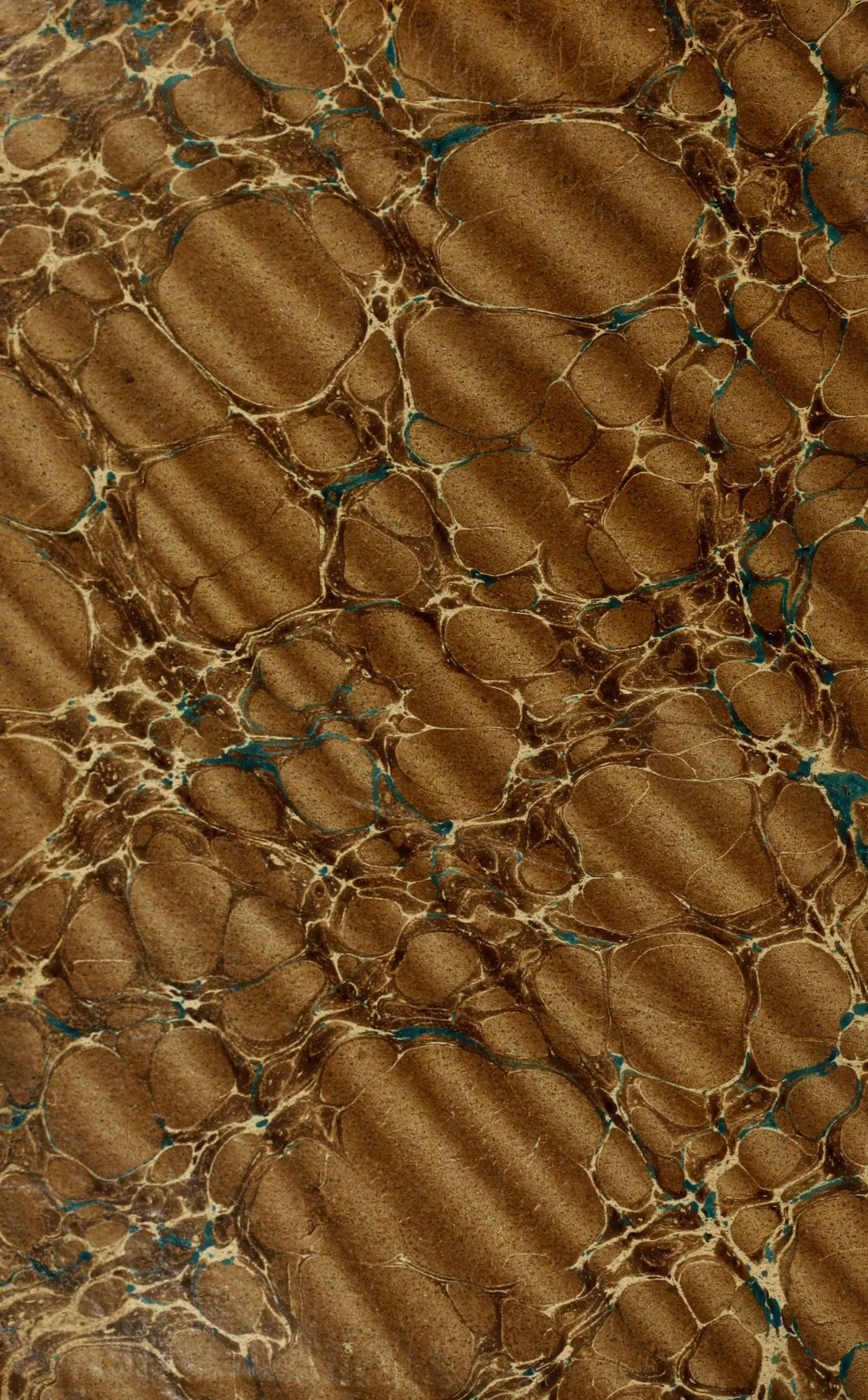
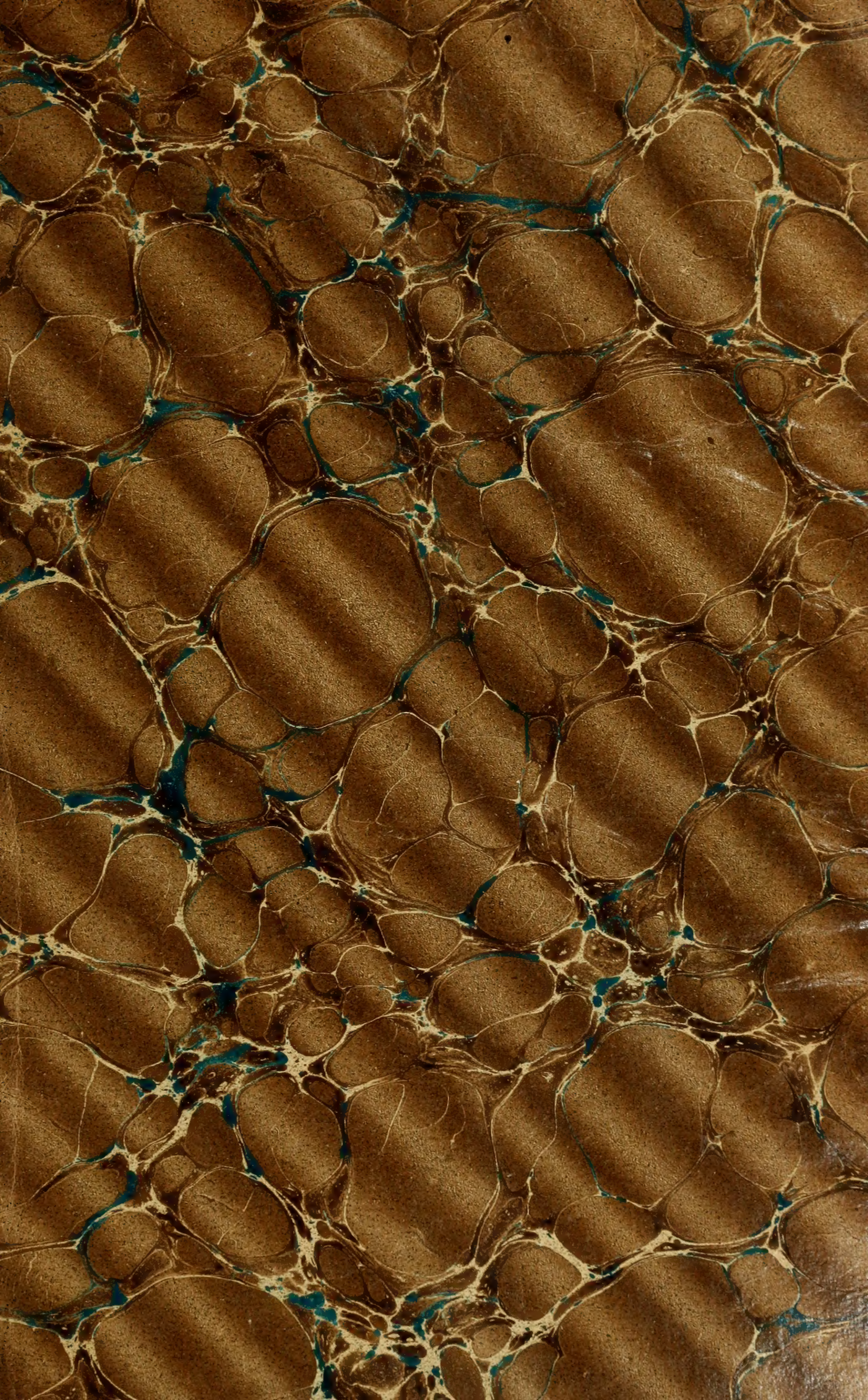

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646459 6





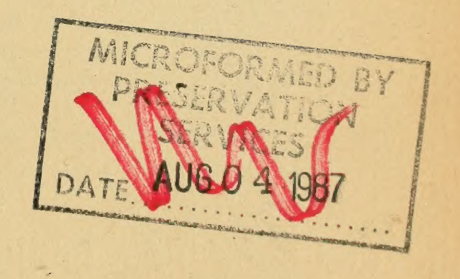
OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

—

XIII



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Ávila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

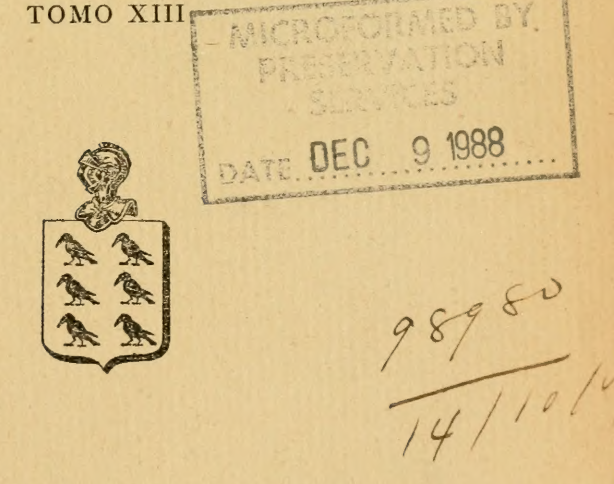
EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

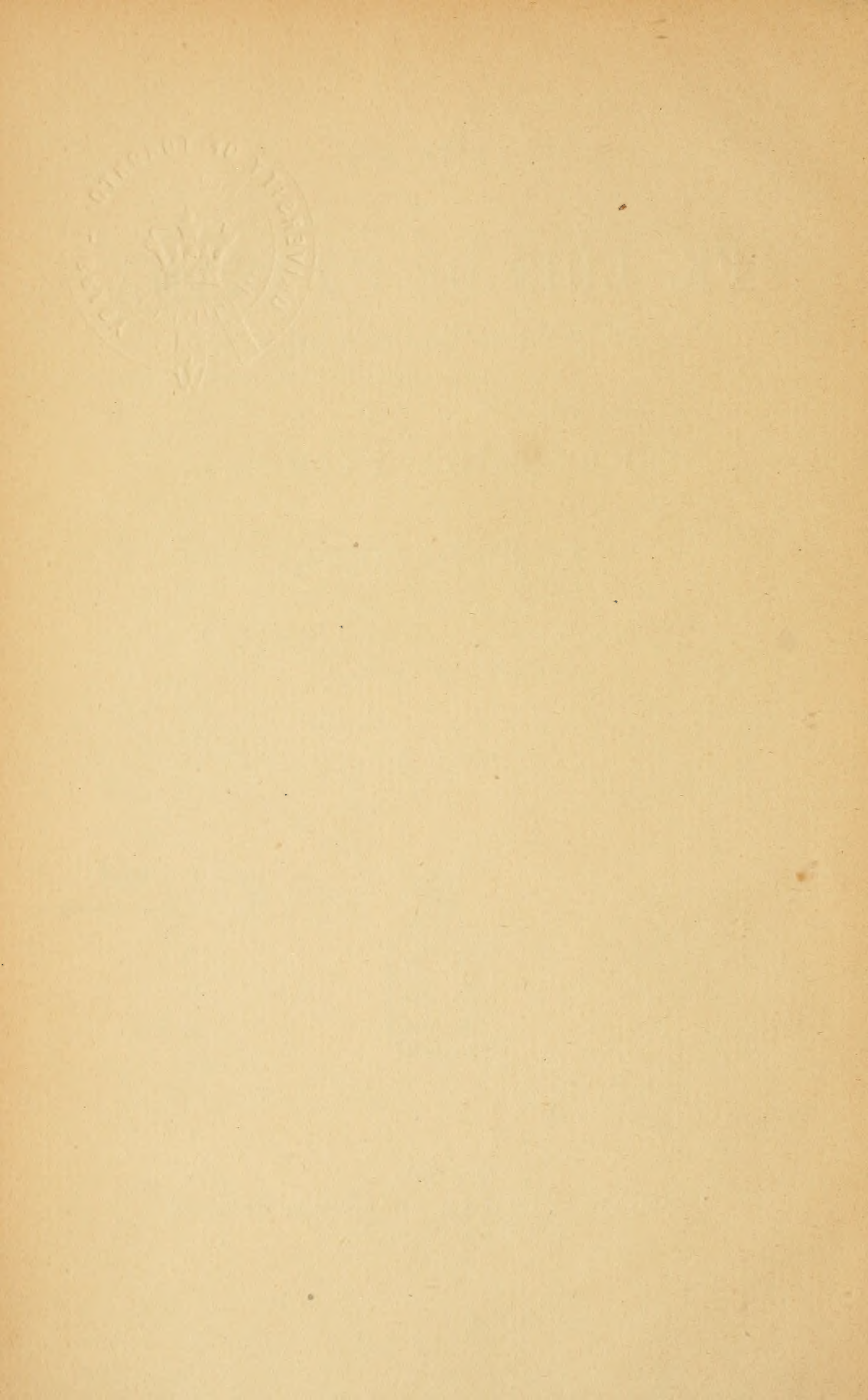
FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO XIII



MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10
1906



Á LA SANTA MEMORIA

DE D. VICENTE GUZMÁN

TERCIARIO DOMINICO

MODELO DE CABALLEROS CRISTIANOS

PADRE DE LOS POBRES

PRÓLOGO

El *Compendio de Doctrina Cristiana* que forma el presente volumen, fué escrito en lengua portuguesa y publicado en Lisboa, por vez primera, el año 1559. Encierra una explicación cabal de los misterios de nuestra santa fe, de los mandamientos y de los sacramentos, más extensa y razonada de lo que el título promete. Fué compuesto «para la gente rústica y popular, que se está cuasi toda la vida sin luz, sin doctrina y sin oir palabra de Dios, que es vivir en tinieblas y en la región de la sombra de la muerte». Pero la elocuencia divina del autor relampaguea en todas sus páginas, y no ya la gente rústica y popular, sino las personas cultas y elevadas útil y agradablemente lo saborean. En la misma portada, Fr. Luis de Granada declara noblemente haberlo recopilado de diversos autores: entre los cuales debemos contarle á él, pues de su hermoso *Libro de la Oración*, impreso en 1554, están tomados los dos últimos capítulos de la primera parte, y largas páginas de los *Sermones*, digno remate del *Compendio de Doctrina Cristiana.*

Existen dos traducciones castellanas de esta obra, debidas á los PP. Almeida y Montoya, dominicos, impresas el mismo año, 1595, aunque en distintos lugares. La traducción de Almeida tuvo más fortuna que la de Montoya, aunque sin merecerlo, adquiriendo carta de naturaleza en todas las ediciones de las *Obras de Fr. Luis de Granada*. La traducción de Montoya es menos infiel, y estaba dispuesto á incluirla en esta edición, aunque no fuese sino por sacarla del olvido.

cuando al cotejarla con el texto original portugués, hallé que si Almeida no había cumplido con los deberes de traductor, Montoya fué poco feliz en muchas ocasiones. Vime pues obligado á traducir por mí mismo el *Compendio de Doctrina Cristiana*, y desde luego propuse conservar todas las palabras, giros y frases portuguesas compatibles con la lengua castellana usada por el autor en el *Libro de la Oración* y demás anteriores al que traducía. Lo cual no juzgaba yo difícil, conocida la identidad de genio de las dos más importantes lenguas peninsulares.

Impresa ya mi traducción, vi que el criterio por que en ella yo me había guiado, estaba en un todo conforme con el seguido por Fr. Luis de León al traducir el *Cantar de los Cantares*, empresa cierto de mayores dificultades, en cuyo prólogo el gran Maestro se expresa en esta forma: «El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuere posible, contar las palabras, para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que los originales tienen, sin limitarlas á su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traducción, puedan entender toda la variedad de sentidos á que da ocasión el original, si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere. Que el extenderse diciendo, y el declarar copiosamente la razón que se entiende, y con guardar la sentencia que más agrada, jugar con las palabras añadiendo y quitando á nuestra voluntad, eso quédese para el que declara».

Á esa norma traté de amoldarme. Si lo he conseguido ó no, á los lectores la ardua sentencia.

FR. JUSTO CUERVO

COMPENDIO

DE

DOCTRINA CRISTIANA

RECOPILADO DE DIVERSOS AUTORES

QUE DESTA MATERIA ESCRIBIERON

POR EL

R. P. F. LUIS DE GRANADA

Provincial de la Orden de Santo Domingo

ACRECENTÁRONSE AL CABO TRECE SERMONES

DE

LAS PRINCIPALES FIESTAS DEL AÑO

POR EL MISMO AUTOR



FUÉ IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE JUAN BLAVIO DE AGRIPINA COLONIA

IMPRESOR DEL REY NUESTRO SEÑOR

ACABÓSE Á LOS XXV DÍAS DE ABRIL

AÑO 1559

Con privilegio Real por diez años.

Fué visto y examinado por el Reverendo Padre Fray Francisco Foreiro, examinador de libros por el Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor Mayor en estos reinos de Portugal.

AL CRISTIANO LECTOR

Muchos días ha, cristiano lector, que tengo grande pena de ver algunas iglesias en diversas partes, donde cuasi todo el año no hay sermón, ni disposición para poderlo haber. Y así se está la gente rústica y popular cuasi toda la vida sin luz, sin doctrina y sin oir palabra de Dios, que es vivir en tinieblas y en la región de la sombra de la muerte. Porque faltando la palabra de Dios, ¿qué luz, qué salud y qué conocimiento puede haber? Porque (como dice S. Hierónimo) todo hombre sin el conocimiento de su Criador es bestia. Para esto me pareció que los tiempos no daban otro más conveniente remedio que en lugar de sermón leer los domingos y fiestas, acabado el evangelio de la misa mayor, un pedazo de buena doctrina que en alguna manera supliese esta falta: porque, aunque no iguala la palabra muerta con la viva, todavía es grandísima luz y consolación para nuestras almas, pues es cierto que uno de los mayores beneficios de la divina Providencia es haber comunicado á los hombres su doctrina. El cual remedio no es nuevo, porque ya en nuestros tiempos vimos en España algunos religiosos y prudentes prelados que en sus iglesias así lo proveyeron. Y como haya muchas cosas que en este tiempo se podrían leer, pareció que la más conveniente de todas era la doctrina cristiana, que es la facultad propria de nuestra profesión, la cual nos enseña lo que habemos de creer, y lo que habemos de obrar, y los medios por donde alcanzaremos gracia para lo uno y para lo otro, que es la virtud de la oración y de los Sacramentos. Desta materia hay escritos muchos libros: porque como ella sea una cosa tan necesaria, muchos pusieron las manos en ella, de los cuales unos trataron mejor una parte, y otros otra, según que les fué por Dios concedido. Yo, por acertar más en esta obra, leyendo los que pude, escogí lo mejor que me

pareció, y destos pedazos más escogidos hice todo el cuerpo desta escritura, paresciéndome que tanto sería mejor recebida cuanto más escogida fuese de diversos autores, puesto caso que á ninguno quise nombrar en ella.

Y porque parecía cosa impropria en las fiestas principales del año leer esta común doctrina sin decir cosa alguna que armase con el misterio de la fiesta, y que diese cuenta al pueblo de lo que aquel día la Iglesia celebraba, por esto me pareció que sería cosa muy conveniente acrecentar á ella algunos breves y devotos sermones de las fiestas principales del año, que tratasen brevemente alguna cosa que tocase á la fiesta. Y así los capítulos del libro como también los sermones por la mayor parte van de una misma medida: porque se tuvo respecto á no hacer más larga la escritura de lo que se pudiese leer en espacio de media hora, porque la otra media quedase para decir el Cura alguna cosa sobre lo que hubiese leído. Mas hase de tener aviso que el que esto leyere, no lo lea muy de priesa y atropelladamente, sino de vagar y distintamente, de manera que el pueblo entienda bien lo que se lee, como se escribe que Esdras leía al pueblo de Dios la ley. Y para entender en esta obra de mejor voluntad, ayuntóse la autoridad y mandamiento de la Reina Nuestra Señora, que con el celo y deseo grande que tiene del adelantamiento de la virtud y religión cristiana en estos reinos, fué servida que esto se hiciese y se mandase imprimir á su costa, para remedio desta necesidad. Tú, cristiano lector, aprovéchate destos trabajos y dejadas las escrituras y libros de caballerías profanas, lee este libro de la caballería celestial, donde aprendas á servir y militar á tu Rey soberano, y triunfar de las pompas y vanidades del mundo. Vale.

COMPENDIO
DE
DOCTRINA CRISTIANA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA NECESIDAD QUE HAY DE SABER LA DOCTRINA CRISTIANA, Y DE LA MANERA DE ENSEÑARLA

UNA de las cosas más para sentir de cuantas hay en la Iglesia cristiana, es la ignorancia que los cristianos el día de hoy tienen de las leyes y fundamentos de su misma religión. Porque apenas hay moro ni judío que si le preguntáis por los principales artículos y partes de su doctrina, no sepa dar alguna razón della. Mas entre los cristianos (que por haber recebido la doctrina del cielo, la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia en esta parte, que no solamente los niños, mas aun los hombres de perfecta edad apenas saben los primeros elementos desta celestial profesión. Y si es verdad que de decir á hacer hay mucha distancia, ¡cuán lejos estarán de hacer lo que Dios les manda, pues aún no saben ni les pasa por el pensamiento lo que les manda! ¿Qué pueden esperar éstos sino aquella maldición del Profeta (1) que dice que el niño de cien años será maldito, esto es, el que después de tener edad y juicio perfecto, todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pueden esperar sino el mismo fin de aquéllos, de quien dice el mismo Profeta (2): Por tanto fué llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo sciencia, y los nobles

(1) Esa. 65. (2) Esa. 5.

dél murieron de hambre, y la multitud dellos pereció de sed? Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra alma, sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que trae todas las otras en pos de sí) está parada, necesariamente han de parar todas las otras: y si la primera rueda deste espiritual movimiento (que es el entendimiento) está impedida, ¿cómo se podrán mover las otras? Por donde todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos, cuando tuvieron á Sansón en su poder, fué sacarle los ojos (1), y hecho esto, no hubo trabajo en todo lo demás que quisieron, hasta hacerle moler en una atahona. Dellos mismos se escribe (2) que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Dios, donde pudiese hacer armas para pelear, sino que fuese necesario para cualquier cosa deste menester bajar á tierra dellos y servirse de sus oficinas, para que estando el pueblo desproveído y desarmado, fácilmente se apoderasen dél. Pues ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana, cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo á cada tentación una palabra de la Escritura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejadas en lugar dellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos de la caballería del diablo.

Y allende desto, ¿qué mayor gloria tiene el pueblo cristiano que la palabra de Dios y los favores del cielo? ¿Qué gente hay, dice el Profeta (3), tan noble, que tenga las cerimonias, y los juicios, y las leyes de Dios, que yo os pondré hoy delante de los ojos? Y en el Psalmo (4) alaba á Dios el Profeta Real diciendo que tenía anunciada su palabra á Jacob y sus juicios á Israel: la cual merced á ningún otro pueblo del mundo había sido concedida. Pues si ésta es tan alta y tan grande gloria, ¿qué me aprovecha á mí que ella sea de suyo tan grande, si yo no me aprovecho della, si no la veo, si no la platico, si no la traigo en el corazón y en las manos, si no clarifico con ella mis ignorancias, si no castigo con ella

(1) Judic. 16. (2) 1 Reg. 13. (3) Deut. 4. (4) Psalm. 147.

mis culpas, si no enfreno con ella mis apetitos, si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué me vale á mí, si no quiero aprovecharme de ella? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso y fruto dellas, para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo se puso á escribir con su dedo las leyes en que habíamos de vivir (1). Él mandó hacer un tabernáculo y un arca con grandísimas riquezas y artificio, y allí quiso que estuviese guardado y depositado este libro para mayor veneración (2). Él mandó á Josué que nunca quitase este libro de sus ojos y de su boca para leer siempre en él y enseñarlo á los otros (3). Él mandó á quienquiera que hubiese de ser rey de Israel, que tuviese á par de sí este libro escrito de su propria mano, si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra. Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escritor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino quiso que él lo escribiese con la suya propria, para que con esto le quedasen más impresas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra de vagar, y para que más estimase lo que él por su propria mano (siendo rey) hubiese escrito, teniendo muchos escribanos y oficiales á quien pudiera encomendar aquel trabajo, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez fué ella escrita con el dedo del mismo Dios, y después se escribía, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes.

Y como si esto no bastara, para mayor recordación deste consejo mandó á Moisés que cuando entrase en la tierra de promisión, levantase unas grandes piedras y escribiese en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino, viesen aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme á este tenor aconseja Salomón á aquel espiritual hijo que instruye en el libro de sus Proverbios, diciendo (4): Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley

(1) Exod. 13. (2) Exod. 25. (3) Josue 1. (4) Prov. 6.

de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada á tu corazón y colgada como una joya á tu pescuezo. Cuando anduvieres, ande contigo, y cuando durmieres, esté á tu cabecera, y cuando despertares, platica con ella, porque los mandamientos de Dios son una candela encendida, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida. Mil lugares destos se pudieran traer aquí, tomados así destos libros como de todos los otros sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra sino día y noche leer, oir, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María: la cual asentada á los pies de Cristo oía con silencio su palabra (1).

Pues ¿qué diré de las virtudes y efectos maravillosos desta palabra? Cuando Dios quisò revocar su pueblo de sus pecados, mandó á Hieremías que escribiese todas las profecías que contra aquel pueblo le había revelado, y las leyese públicamente: la cual lición dejó tan atónitos y pasmados á los oyentes, que se miraban unos á otros llenos de espanto y confusión (2). Cuando el rey Josías hizo aquellas tan grandes hazañas y maravillas en servicio de Dios, cuales nunca antes dél ni después dél rey alguno hizo (3), ¿qué otro medio ni principio hubo para todo esto sino leerle aquel libro de la ley de Dios, que se hallara en el templo? Cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto sino mandar sacerdotes y levitas por todas partes, llevando el libro de Dios en las manos, leyéndolo al pueblo y declarando la doctrina dél? Y para dar Dios á entender el fructo que desta maravillosa invención había resultado, dice luego la Escritura: Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío. Todo esto se escribe en el capítulo XVII del segundo libro del Paralipómenon: el cual capítulo deseo yo que tuviesen escrito en el medio de sus corazones todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que aprendiesen á ser obispos del ejemplo deste rey. Porque si ellos hiciesen lo que éste hizo, sin duda no florecería menos agora el imperio de los cristianos que entonces floreció el de los judíos,

(1) Lucæ 10. (2) Hier. 36. (3) 4 Reg. 22.

pues es agora el mismo Dios que entonces para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios. Y si agora está la Iglesia por todas partes cercada de tantos males, así de guerras como de herejías, no sé yo á qué se pueda esto atribuir sino á la falta que hay desta providencia.

Pues cuando el profeta Baruch quiso provocar á penitencia aquel pedazo de pueblo que fuera llevado cautivo á Babilonia, deste mismo medio se aprovechó, ayuntando en un lugar todos los cautivos y leyéndoles un pedazo desta doctrina (1). La cual lición dice la Escritura divina que los hizo llorar, y orar, y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados, y ayuntar todos en común sus limosnas y mandarlas á Hierusalem para ofrecer sacrificios en el templo por sus pecados: con las cuales también mandaron el libro que se les había leído, para que también ellos lo leyesen, creyendo que aquella lectura obraría en todos aquéllos que la leyesen, lo que en ellos había obrado.

Pues acabado este cautiverio después de setenta años, ¿con qué se comenzó á fundar otra vez la ciudad, el templo y la religión, sino con esta misma lición de la ley de Dios? Y así se escribe en el segundo libro de Esdras (2) que en el séptimo mes concurrió todo el pueblo de sus ciudades á Hierusalem con un alma y un corazón, y ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete días arreo clara y distinctamente el libro de la ley y mandamientos de Dios: y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leía: y á los veinte y cuatro días de aquel mes tornaron á continuar su lición cuatro veces al día: en los cuales también oraban y loaban á Dios. Y con estos dos ejercicios se movieron á penitencia, y renovaron la religión, que estaba caída, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fué despedir las mujeres extranjeras con que se habían casado, para que no quedase el pueblo de Dios mezclado con el linaje de los gentiles.

Estos y otros maravillosos efectos obra en las almas la palabra de Dios: por cuya razón en la Escritura sagrada tiene muchos y diversos nombres para significar la variedad y multitud destos efectos. Llámase pan, vino, lumbre, fuego, martillo, medicina, agua, espíritu, vida, rocío del cielo, y de otras muchas maneras.

(1) Baruch I. (2) 2 Esdr. 8, 9.

Llámase pan, porque sustenta al hombre en la vida espiritual. Llámase vino, porque alegra y fortifica los corazones en el camino de Dios. Llámase lumbre, porque alumbra los entendimientos con el conocimiento de la verdad. Llámase fuego, porque encien de las voluntades en el amor de Dios. Llámase martillo, porque-quebranta los corazones obstinados y endurecidos. Llámase agua, porque templa el ardor de nuestros apetitos y malos deseos. Llámase rocío del cielo y agua llovediza, porque riega la tierra de nuestros corazones estériles y secos, y les hace dar fructo de buenas obras. Llámase medicina, porque con ella se curan las llagas de nuestros pecados, según lo significó el Sabio diciendo: No fué hierba ni emplasto lo que sanó los hombres, sino tu palabra, Señor, que sana todas las cosas. Finalmente, la palabra de Dios todas las cosas obra y puede, como el mismo Dios, pues es instrumento suyo, y así con mucha razón se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Por lo cual dice el Profeta (1): La voz del Señor es potentísima, la voz del Señor es magnificentísima. Y así como es potentísima, así óbra cosas potentísimas. Porque la palabra de Dios resuscita los muertos, regenera los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos, alegra los tristes y anima los desesperados. Finalmente ella es aquel maná celestial que tenía las virtudes y sabores de todos los manjares: porque no hay gusto ni afecto que una alma desee tener, que no lo halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste, y se anima el desconfiado, y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado, y se mueve á penitencia el duro, y se derrite más el que está blando. Muchos destos efectos explicó en pocas palabras el Profeta cuando dijo (2): La ley del Señor es limpia y sin mácula, la cual convierte las almas. El testimonio del Señor es fiel y verdadero, el cual da sabiduría á los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas, las cuales alegran los corazones. El mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, el cual alumbra los ojos del alma. Y qué tan grande sea esta sabiduría y esta lumbre, el mismo Profeta lo declara en otro psalmo diciendo (3): ¡Cuán enamorado estoy, Señor, de tu ley! Todo el día se me pasa en pensar en ella. Ella me hizo más pru-

(1) Psalm. 28. (2) Psalm. 18. (3) Psalm. 118.

dente que todos mis enemigos, y por esto nunca della me apartaré. Ella me hizo más sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideración della. Ella me hizo más discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla.

§ I

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos óbra en las almas esta luz, ¿qué cosa más para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo, que ver tantas y tan palpables tinieblas, tanta ignorancia en los hijos, tanto descuido en los padres, y tanta rudeza y ceguera en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida, y qué cosa hay más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y qué más despreciada? ¿Quién entiende la majestad y fuerza de los artículos de la fe? ¿Quién sabe la substancia de los mandamientos? ¿Quién conoce la necesidad que tenemos de la oración y de los sacramentos? ¿Quién se sabe confesar por sí, y descubrir sus llagas como conviene al médico en la confesión? ¿Quién se sabe aparejar como conviene para la sagrada comunión? ¿Quién sabe oir una misa y un sermón religiosa y devotamente? ¿Quién entiende lo que debe á Dios por el beneficio del bautismo, y de la redempción, y del Sanctísimo Sacramento? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémosla como picazas, sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna dellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Pues para alguna manera de remedio de tan grande mal (ya que no hay otros mayores) parecióme ser cosa conveniente escribir aquí en pocas palabras la declaración desta celestial doctrina, sacada á pedazos de diversos autores que escribieron della, tomando lo mejor de cada uno, para que de aquí pueda el cristiano tener un mediano conocimiento de la fe que confiesa, y de la religión y ley en que vive.

CAPÍTULO II

DE LAS PARTES PRINCIPALES DE LA DOCTRINA CRISTIANA, Y DE LA MANERA EN QUE SE HA DE ENSEÑAR

Vista la necesidad que tenemos de saber la doctrina cristiana, veamos agora cuáles sean las partes principales della y cómo se haya de enseñar. Todos saben que cuatro son las principales partes desta doctrina, conviene á saber, artículos de la fe, mandamientos, oración y sacramentos: mas la razón y necesidad destas partes no la saben todos, y es cosa dignísima de ser sabida, antes sin ella no se puede saber nada.

Pues para esto es de saber que tres cosas se requieren para ser uno verdadero cristiano, que son, querer, saber y poder. Las cuales son de tal manera necesarias, que la una sin la otra no basta. Porque primeramente es necesario que el cristiano quiera de toda voluntad y corazón servir á Dios y guardar sus santos mandamientos, y que esté tan persuadido en esta parte, que aunque haya otras mil maneras de vidas y caminos en el mundo, se determine ir por solo éste. Lo segundo se requiere, después desta determinación, que sepa cuáles son estos mandamientos y cuáles las cosas en que ha de agradar y servir á nuestro Señor. Porque así como aprovecharía poco estar yo determinado de servir á un rey, si no supiese cómo y en qué cosas lo he de servir, así tampoco aprovecharía desear yo servir á Dios si no supiese en qué lo he de servir. Lo tercero que después desto se requiere, es poder: porque puesto que yo esté determinado de servirlo y sepa en qué lo he de servir, si no tengo fuerzas ni posibilidad para eso por exceder las cosas que me mandan, la facultad y poder de mi naturaleza) poco me aprovecharía el querer y el saber, si me faltase el poder.

Pues á estas tres cosas provee suficientísimamente la doctrina cristiana con aquellas cuatro partes principales que enseña. Porque con los artículos de la fe inclina eficacísimamente nuestros corazones al amor y obediencia de nuestro Señor, proponiéndo-

les para esto tan grandes galardones y temores, tan grandes favores y disfavores, tan grandes obligaciones y beneficios de parte de Dios, que la menor cosa destas que atentamente se considerase, era bastante para robar todos los corazones y llevarlos en pos de sí. Esto sumariamente contiene el Símbolo de la fe, cuando trata de la grandeza de Dios, de su omnipotencia, de los beneficios de la creación, gobernación y redempción del mundo, de la encarnación, nascimiento, pasión, resurrección y ascensión de Cristo, y de su venida á juzgar el mundo, de las penas de los malos y galardón de los buenos, que son los principales estímulos y motivos que la religión cristiana tiene para persuadirnos y movernos á bien vivir.

Á lo segundo, que es el saber, provee con la doctrina de los mandamientos, enseñándonos allí las fuentes de toda virtud y justicia, y declarándonos distinctamente lo que habemos de hacer para agradar á nuestro Señor y merecer su amistad. Y para mayor declaración destos mandamientos se añaden aquí todas las especies y maneras de pecados que se pueden hacer contra ellos, así de aquellos siete que llaman capitales, como de todos los demás. Y porque la naturaleza por el pecado quedó tan flaca y tan mal inclinada, que no es poderosa (con cuantas fuerzas y libre albedrío tiene) para guardar esta ley, por ser la ley espiritual y el hombre carnal, ella rectísima y él flaquísimo, para esto (que era lo más necesario) nos provee suficientísimamente con la oración y sacramentos: porque la oración tiene por oficio pedir el socorro de la gracia para el cumplimiento de la ley, y los sacramentos tienen virtud de darla: y así por estos dos medios se alcanza este poder, que es la principal de las tres cosas que arriba pusimos. La cual ni los filósofos jamás soñaron ni alcanzaron, ni aun la misma ley de Dios antiguamente dió, hasta que vino el Hijo de Dios al mundo y nos la mereció con su pasión. Porque (como dice San Juan) la ley fué dada por Moisés, mas la gracia para poder guardar esa ley, nos fué dada por Cristo.

Pues por aquí entenderá el hombre clarísimamente la excelencia desta doctrina, las partes della, y la suficiencia y necesidad dellas, y la ventaja que hacen las unas á las otras. Porque en el primero y más bajo lugar ponemos el saber. Porque el saber (como dice Aristóteles) muy poco aprovecha para la virtud. Y por eso aprovechó tan poco la ley antes del Evangelio, porque

no hacía más que dar este conocimiento, como dice San Pablo. En el segundo lugar ponemos el querer, que nos da la fe con la grandeza de los intereses y misterios que nos propone. Y en el último y sumo, el poder, que se alcanza por la gracia, la cual nos dan los sacramentos por la oración, porque éste es el fin y cumplimiento de todo.

Por aquí también se entenderá lo que principalmente acrecentó el Evangelio á la ley, que es la gracia, donde nasce este soberano poder que dijimos, sin el cual todo lo demás era insuficiente y imperfecto: y así lo era la ley hasta que suplió su imperfección el Evangelio.

Por aquí también se entenderá cómo nos hayamos de aprovechar desta celestial doctrina, para que no la leamos ni sepamos de balde. Porque de los misterios de la fe nos habemos de aprovechar para inclinar nuestro corazón al amor y temor de Dios, al agradecimiento de sus beneficios y á la obediencia de sus mandamientos. De la doctrina de los mandamientos nos habemos de aprovechar para entender su voluntad y saber en qué le podemos agradar y desagradar. Mas de la oración y sacramentos nos habemos de aprovechar usando dellos para alcanzar espíritu, fuerzas y gracia, con que podamos poner por obra todo aquello que manda la ley. Desta manera ninguna cosa nos faltará de las que se requieren para el cumplimiento y perfección de la cristiandad.

Ésta es la doctrina que la Iglesia católica en su principio enseñó con grandísimo cuidado. Ésta era la predicación de aquel tiempo, y la que en las públicas y particulares congregaciones se trataba. Aquí está sumado y recopilado todo lo que está sembrado por las Escrituras, profetizado por muchas maneras, encubierto con grandes misterios, declarado en el Evangelio por la boca del Hijo de Dios, confirmado con milagros y obras de grande espanto. Á esta breve sciencia se han de arrimar y con ella se han de salvar los profundos y muy fundados letrados, y estas letras es necesario que sepan (si no se quieren perder) los rústicos y simples labradores.

Cuando me pongo á pensar las grandes adversidades que han venido á la Cristiandad por nuestros grandes pecados, las cegueras que ha procurado introducir el demonio, la diversidad de doctrinas que vemos y habemos visto, las porfías y diferencias dellas, conozco que por singular beneficio y misericordia divina se

ha conservado la pureza desta verdad, y no ha permitido Dios que el poder de tanta confusión y escuridad ofuscase la luz desta doctrina. Todos acudimos á esta bandera después de nuestras porfías, y así la ha librado el Señor de todos los peligros y naufragios del mundo, que son tanta diversidad de pareceres y opiniones como en él hay. En lo cual es razón que reconozcamos y confesemos en la conservación desta doctrina el beneficio del cielo y la obligación que nos pone á defenderla y ejercitarla, y á ponerla por obra en todo y por todo. Aventajados somos sobre los antiguos en presumpción de cristianos y en otras cosas que no es necesario declarar: y ojalá estuviéramos iguales con ellos en el estudio y diligencia de enseñar la doctrina cristiana y de tomar, cuenta de cómo se ponía por obra. Sermones había antiguamente y de doctísimos y sanctísimos varones que con grande celo de fe y caridad gobernaron sus iglesias: mas ni por esto cesaba el oficio de catequizar, que es enseñar á los mozos y novicios en la fe los principales lugares de la doctrina evangélica, que son los que habemos dicho. Grandísimo fué el provecho que con esta particular manera de enseñar se hizo, y grandes cristianos, grandes y constantísimos mártires salieron desta doctrina. Ni se cometía tal cargo sino á hombres que tuviesen grandísima excelencia en las letras y en la vida. Parece esto claro por la Iglesia de Alejandría, que tanto floreció en el mundo con grande número de mártires y doctores, donde tuvieron los Apóstoles este oficio de que agora tratamos. No quiero comparar aquí nuestros tiempos con aquellos, ni tratar de cuán grande afrenta sería para muchos predicadores descender á tan baja cosa como les parecería enseñar el Credo y los Mandamientos. Vengamos al remedio desto, si remedio se puede decir tan blanda medicina como es la que quiere el mundo para tan grandes y envejecidas llagas, como son las que tiene. Siempre tiene por cosa áspera y escandalosa decirle que torne á la virtud antigua. Para los vicios y soberbias antiguas muy fácil es de llevar, y no hay cosa que no revuelva para hallar y tener semejantes antiguallas: solamente aborrece el bien, y siendo tan amigo de novedades, en solos los vicios y pecados ama y alaba la constancia. Aquí alega luego costumbres, mudanzas de tiempos, y blasfema de cosas nuevas. Dejemos pues por cosa superflua el verdadero remedio: vengamos á otros más fáciles. Entre los cuales el primero sea que puesto que esta doc-

trina principalmente sea hecha para gente nueva, y solamente concurran á ella los novicios en la religión, cuando este catecismo se usaba, será bien y aun necesario por nuestros pecados que la aprendan muchos de edad más crescida, y aun no sé si de los viejos, y que ellos mismos sean maestros de sus proprios hijos, y se la enseñen, y les tomen cuenta della, y los provoquen á su cumplimiento con ejemplos y castigo. Y este documento no ha de ser solamente aprender de coro y rezar como una picaza la doctrina cristiana, sino saberla con alguna declaración que, por breve que sea, á lo menos dé verdadera noticia de lo que aquello contiene, y declare el verdadero uso y provecho dello, y que en esto tenga el padre especial cuidado, si lo quiere tener de no se perder. ¡Oh si para esto se cercenase un poco del tiempo que sobra para vanos y inútiles ejercicios, cómo no habría con qué se excusar los hombres deste tan piadoso negocio! Mas por nuestros pecados, como el padre no tiene cuidado ni propósito de dar buen ejemplo á su hijo, tampoco lo tiene de enseñarle buena doctrina: que si lo primero se hiciese, yo aseguro que nunca lo segundo se dejaría de hacer, porque lo uno es tan cierta compañía de lo otro, que luego se va en pos dél.

Lo segundo me parece que cuando los padres no tienen esta habilidad para enseñar á sus hijos, á lo menos les busquen algún hombre á quien particularmente se los encomienden: el cual les enseñe lo que conviene saber el cristiano, y que con doctrina y ejemplo los lleve por el camino de la verdad y los enamore della, y sobre todo los enseñe á sentir el beneficio de la redempción que del Hijo de Dios recibieron, y el grande y excesivo amor que antes que naciesen, les tuvo, y cuánto los amará siempre si se conservaren en aquella limpieza que Él les comunicó con su sangre. Esto hará fácilmente el maestro que deso fuere celoso, porque no hay cosa que más se deje guiar que las plantas tiernas, si con destreza son encaminadas.

Lo tercero que después desto se requiere, es que los padres trabajen todo lo posible por apartar desde la niñez á sus hijos de malas y dañosas compañías y llegarlos á las buenas, sin seguir en esto el consejo de la vanidad, de que comúnmente usa el mundo, de no buscar sino sus iguales ó aventajados con que se honren, y huir de la virtud de los más bajos por huir de la bajeza. Han también de tener especial cuidado de los libros en que leen, así en

la escuela como fuera della, que en ninguna manera tomen en las manos ni oigan leer á otro los que tratan torpes ó vanas materias. En toda edad puede esto perjudicar, mas mucho en la de los niños, porque de ninguna cosa queda tanta afición y memoria como de lo que en la primera edad se trató. Y todo aquello no es sino como unas imágenes impresas en alguna blanda cera, que nunca después se pueden quitar. La edad ya experimentada y confirmada en virtud parece que más segura puede leer los libros, aunque algunos son tales que ninguno los había de tomar en las manos. Mas á los que comienzan en el mundo á abrir los ojos, no se les puede permitir mayor ponzoña que dejarles leer lo que agora vemos que más comúnmente se usa. Cosa es de admiración que haya diligencia en la república para evitar cosa de que se podría seguir poco daño, y que para los libros que han de leer los cristianos, esté la puerta tan abierta, que no se ponga término á la vanidad que hay, ni al daño que della viene. Verdaderamente libros veo yo, que consentirlos me parece que es consentir un pecado público. Quiero agora dejar esto, que más largo es de lo que parece, y digo que el padre que quisiere su hijo cristiano, ha de procurar que en casa y en la escuela comience á desenvolver su lengua con el nombre y loores de Dios y de Jesucristo su hijo, redemptor y señor de los hombres: que aquél sea el primer ejercicio en que su memoria se emplee, que nunca lea ni oiga sino loores de la virtud y de las obras cristianas, exhortaciones y esfuerzo para ellas, vituperios de los pecados y vicios, y cosas que le pongan aborrecimiento dellos, y que antes de entender lo que son, esté ya acostumbrado á maldecirlos y blasfemarlos: y finalmente, que en todo lo que leyere y en todo lo que le enseñaren, tengan tiento en formarle un ánimo generoso, despreciador de todo aquello que estima el mundo, y estimador de sola la virtud y de lo que Dios hace por los suyos y los suyos por Él. Si pensasen los cristianos el día en que se han de ver juzgados juntamente con los gentiles, y de cómo ha de aparecer allí la diligencia que éstos pusieron en la crianza de sus hijos, criándolos solamente para virtudes y ejercicios políticos, y la que agora se pone en los que dicen que crían para cristianos, paréceme que sería razón que de agora se corriesen y tremiesen deso.

Habrá muchos que se excusarán con decir que ellos harían bien todo lo que tenemos dicho, si tuviesen posibilidad y tiempo

para eso, mas que les falta lo uno y lo otro. Ganan de comer por sus manos, y hay menester criar sus hijos en aquel mismo ejercicio, donde por fuerza están tan ocupados, que no ha lugar para el estudio destas doctrinas. Bien podría yo satisfacer á éstos con preguntarles si hay alguna obra que excuse al hombre de ser cristiano ó de dejar de saber lo que es necesario para ser cristiano. También les podría preguntar si es verdad que ningún tiempo les sobra de sus oficios, ó para su pasatiempo, ó para sus vanidades, ó para reir, y jugar, y pasear, y murmurar. Pues si les sobra para esto, ¿cómo les falta para lo otro? Tengan ellos amor á la vida cristiana, que nunca dirán ellos que lo dejaron por falta de tiempo. La largueza deste negocio más está en el corazón que en los días. Esto baste al presente para aviso de la manera que se ha de tener para enseñar esta doctrina. Pasemos agora á la primera parte della, que es el Símbolo de la fe, que llaman el Credo.

CAPÍTULO III

DE LA PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA, QUE ES EL SÍMBOLO Ó CONOCIMIENTO DE DIOS: DONDE TAMBIÉN SE DECLARA QUÉ COSA SEA CREER EN DIOS.

Dijimos arriba que la primera parte de la doctrina cristiana es el Credo. Para lo cual se ha de saber que el hombre tiene dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, y ambas á dos quiere Dios limpias y empleadas en su servicio: porque así estará todo el espíritu del hombre perfecto y reformado, estándolo estas dos partes principales dél.

Y comenzando por la primera, quiere Dios que el entendimiento del hombre esté verdaderamente alumbrado y enseñado, y tenga claro conocimiento de quién es Dios, que acierte á sentir verdaderamente de su ser, de su poder, de su bondad, de su justicia, de su misericordia, y de su saber, y de las cosas que por el mismo hombre tiene hechas y hace: para que conforme á este conocimiento lo sepa estimar y adorar, sepa encomendarse á Él, fiarse dél, tomar su consejo y aviso y darle gracias por todo. No quiere Él que el hombre finja falso Dios en su corazón, ni lo conciba de otra manera de lo que Él es, ni tenga en esto falso conocimiento ni engañosa imaginación: porque entonces no adoraría á Él, ni se fiaría del verdadero Dios, sino de aquel falso que él tiene fingido en su cabeza, ni estimaría ni se allegaría á las obras del verdadero, sino del falso, con quien se engañaba. De aquí viene que quien yerra en lo principal de la fe (que es el verdadero conocimiento de Dios y en sentir verdadera y acertadamente dél y de sus obras) va perdido, porque erró la puerta, y ningún camino hay por donde no se pierda, ni obras por que se salve.

Y si me preguntáis en qué puntos principalmente consiste la suma dese conocimiento de Dios, á esto respondo que ese cuidado tomó por todos nosotros la Iglesia, que así por no dar lugar á que cada uno dijese en esto su parecer y presumiese de dar sentencia y seguir su juicio, como para que con mayor brevedad y concierto lo pudiésemos saber y encomendar á nuestra memoria,

coligió la suma de todo ello en ciertos artículos, en los cuales, avisada del Espíritu Santo y mediante la lumbre dél informada de la verdad de las Escrituras divinas, sumó y puso por singular orden y concierto lo principal y más señalado que nuestra religión contiene. Estos artículos son doce, aunque otros los suman en catorce, y en esto va muy poco, pues no hay palabra de más ni de menos en los doce que en los catorce. Y pusiéronles este nombre de artículos, porque así como hay artículos ó coyunturas en el hombre (que son las principales partes de su cuerpo por donde se manda y gobierna) así estos artículos son las principales partes de la fe, y por ellos se gobierna el cuerpo místico de la Iglesia, y mediante ellos se juntan unos miembros con otros. Porque todos los hombres que en la verdadera confesión destos concurren, son miembros deste sancto cuerpo, y los otros son apartados y extraños.

Estos artículos en latín dicen así:

Credo in Deum Patrem omnipotentem, creatorem cœli et terrae. Et in Jesum Christum filium ejus unicum, dominum nostrum, qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine, passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus et sepultus. Descendit ad inferos, tertia die resurrexit a mortuis. Ascendit in cœlum, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Credo in Spiritum Sanctum, sanctam Ecclesiam catholicam, Sanctorum communionem, remissionem peccatorum, carnis resurrectionem, vitam æternam. Amen.

En romance dicen así:

Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único hijo, señor nuestro, el cual fué concebido por el Espíritu Sancto, nació de María virgen. Padeció bajo el poder de Poncio Pilato., fué crucificado, muerto y sepultado: descendió á los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos, y está asentado á la diestra del Padre todopoderoso: y de allí ha de venir á juzgar los vivos y los muertos. Creo en el Espíritu Sancto y que hay santa Iglesia católica, comunión de los santos., perdón de los pecados, resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Agora es necesario que comencemos á declarar todo esto por orden. Y porque para entenderlo mejor y con mayor facilidad

hace mucho tenerlo dividido en sus partes, será bien que comencemos por la división del Credo, y luego iremos á la declaración dél.

Para lo cual es de saber que este Credo que contiene estos doce artículos que dijimos, se divide según la más propria división en tres partes, conforme á las tres Personas divinas. En la primera se trata de la persona del Padre y de lo que se le atribuye: en la segunda, de la del Hijo y de lo que también se le atribuye: en la tercera, de la del Espíritu Santo y de lo que le atribuímos. Al Padre se atribuye la creación y el poder, no porque el poder y la creación no sea de toda la Trinidad, sino porque la persona del Padre es la primera y de ninguna es producida, y Ella es principio de la producción de las otras, y así le damos la primera parte del Credo. A la del Hijo se atribuye la redempción y sabi duría, porque es palabra eterna del Padre, y publicó y predicó su voluntad á los hombres, y encarnó y murió por ellos. Á la persona del Espíritu Santo se atribuye la gracia y sanctificación de los hombres, y á Ella conviene la tercera parte del Credo. Y porque la razón de todo esto se dará adelante, no resta sino que comencemos agora á tratar estos artículos. De los cuales trataremos no sólo con la plática del entendimiento, mas también con la de la voluntad. Porque sabida cosa es que hay dos maneras de fe, una fría y muerta, sin obras y sin amor, como luego declararemos, y otra amorosa y inflamada con caridad, que no se contenta ni queda satisfecha con lo que cree, si no ama y pone por obra lo que cree. Y conforme á esta manera de fe procederá la declaración de los artículos della, trabajando por aficionar y inclinar la voluntad á lo que conociere y creyere el entendimiento, porque en esto está la suma de todo nuestro bien.

Mas antes que entremos en la declaración del Credo, será necesario que primero declaremos las primeras dos palabras dél, que son, *Creo en Dios*. Porque puesto que contadas estas palabras sean pocas y de pocas sílabas, tienen tan grande eficacia, que quienquiera que las pronunciare de corazón y sintiere en su alma lo mismo que pronunciare con su lengua, sin duda alcanzará la vida eterna. Mas para que nuestras almas gocen dellas, necesario es que se declaren.

Y comenzando de aquella palabra *Creo*, habemos de notar que hay tres maneras de creer: porque decimos Creo á Dios, y Creo

en Dios, y Creo que hay Dios. Esta última manera de creer es el primer grado que se ha de subir para nuestra salvación, conviene á saber, que creamos que hay Dios, y que es verdad cuanto deste Dios se escribe en la Santa Escritura: la cual fe llamamos historial, y es común á nosotros y á los demonios, porque ellos también creen desta manera. Creer á Dios, que es el segundo grado para la salvación, es creer que Dios es verdadero y que habla verdad, y dar por esta razón crédito á sus promesas y á sus amenazas: la cual fe tienen todos los cristianos, así buenos como malos, así justos como injustos. Creer en Dios, que es el tercer grado y propincuo á la salvación, es poner toda nuestra esperanza y confianza en Dios, y amarlo como á sumo bien, y amándolo caminar para Él como para nuestro fin. Esta fe es particular y propria de los fieles que juntamente son buenos y guardan justicia: á quien los teólogos llaman fe viva ó formada, y desta dice San Pablo (1) que óbra por la caridad que el buen fiel tiene: y á los que son tales, justifica esta fe. Según esta distinción de creer que habemos dicho, podemos entender cuál es la fe que nos hace salvos, por la cual somos justificados. Ésta es ciertamente una virtud que Dios infunde en nuestras almas, por la cual conocemos y tenemos por cierto que hay un solo Dios verdadero, Padre y Hijo y Espíritu Santo, y tenemos por ciertas y averiguadas cuantas cosas están escritas en los santos y divinos libros, y tenemos certísima confianza de lo que Dios nos tiene prometido, y tememos con temor santo lo que nos tiene amenazado, y entregamos á nosotros y á todas nuestras cosas por toda nuestra vida á su divina voluntad, y finalmente por su respecto y obediencia hacemos, y huímos, y padecemos lo que conviene á su gloria. Ésta es la verdadera, viva y perfecta fe. Ésta es aquella fe que tanto alaban y encarecen las Escrituras sagradas, y á quien tantas cosas se atribuyen, mayormente en el Testamento nuevo. Desta fe escribe el Eclesiástico estas palabras (2): Todas tus obras haz con fe de tu alma, porque ésta es el cumplimiento de los mandamientos. Quien cree en ella, tiene cuidado de lo que ella manda, y quien confía en ella, no recelará daño. Pues ninguno piense que cualquier fe le basta, ni se precie del vano y ocioso título de la fe Porque la fe que no está aneja á la caridad, y acompañada con buenas obras, y forta-

(1) Galat. 5. Roman. 7. (2) Eccli. 32.

lecida con la obediencia de los sanctísimos mandamientos, esta fe es muerta y á nadie puede hacer justo, como dice el apóstol Santiago (1). Pero sepamos que para creer en Dios con verdadera y viva fe no bastan nuestras fuerzas ni la industria humana, mas de Dios lo recebimos, y merced suya es nuestra fe, y á Él habemos de pedir que nos la dé y conserve. Por esto dijo el Señor á S. Pedro, cuando le confesó ser Hijo de Dios (2): No te reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y á la compaña de los judíos que le seguía, dijo (3): Ésta es obra de Dios, que vosotros creáis en Aquél que Él envió. Ninguno puede venir á mí, si mi Padre que me envió, no lo trajere, y yo lo resuscitaré en el día último. Escrito está en los Profetas que serán los hombres enseñados por Dios (4). Otros muchos testimonios de la Escritura trae S. Agustín en el libro de la Predestinación de los Santos para este propósito, pero sobre todos estriba en la sentencia del apóstol S. Pablo que dice (5): Tal confianza tenemos de Dios por Cristo, que no somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros como de nosotros, porque toda nuestra suficiencia es de Dios. La cual sentencia citando San Agustín, dice luego: Atiendan en este lugar y ponderen estas palabras todos los que piensan que en nos está comenzar á creer, y que Dios ha de suplir lo que nos falta. Porque ¿quién no ve que primero ha de pensar el hombre, que creer? Como quier que nadie cree alguna cosa sin pensar primero en lo que ha de creer. Pues si en la religión cristiana (de quien habla el Apóstol) no somos bastantes para pensar alguna cosa, mas toda nuestra suficiencia viene de Dios, verdaderamente no somos suficientes de nuestra parte para creer alguna cosa, pues que sin pensamientos no podemos creer, mas toda nuestra suficiencia, por la cual comenzamos á creer, es de Dios. Pero dirá alguno: si así es, luego por demás es querer oir la palabra de Dios, y por demás es el oficio de los predicadores. Respondo que con todo lo que arriba dije, yo no quiero excluir estos medios para que por ellos nos dé Dios la fe. Porque sabemos y confesamos que para la fe es necesario libre consentimiento de nuestra voluntad, y que por oir la palabra de Dios se engendra en nuestros corazones la fe, y que para esto nos ayudan los predicadores, por cuya amonestación creemos. Pero de-

(1) Jacobi 2. (2) Matth. 16. (3) Joan. 6. (4) Esai. 26, Hier. 31. (5) 2 Cor. 7.

cimos con S. Agustín, ó por mejor decir, con las Escrituras sagradas, que nuestra voluntad, para que quiera oir y creer, es habilitada y aparejada por Dios, y que no podemos querer esto sin el llamamiento de Dios. Porque como se escribe en los Proverbios (1), el Señor es el que da ojos para ver, y el que da también oídos para oir. Por esto el apóstol S. Pablo dice: De gracia sois hechos salvos por la fe, y esto no por nosotros, porque don es de Dios, para que nadie se ensoberbezca (2). Por tanto, como S. Agustín dice (3), en vano trabaja la lengua del que predica, si el Señor no edifica dentro del alma con su gracia. Así que necesario es oir la palabra de Dios, y el oficio del predicador en mucho se ha de tener, y necesario es que á la palabra de Dios se aplique nuestra voluntad: pero con todo esto el fructo de la fe á Dios lo habemos de atribuir, y por tanto en Él solo nos habemos de gloriar, no en nuestra industria ni de otro hombre alguno. Esto baste de aquella palabra, Creo.

Agora veamos brevemente la significación y razón deste nombre Dios. Quién verdaderamente sea Dios, ya lo dijimos que es el Padre y Hijo y Espíritu Sancto, tres personas distintas, pero un solo Dios y un ser. Mas porque ni todos saben cuánto importa este vocablo ó apellido Dios, conviene que se declare. Para esto consideremos que los griegos derivan este nombre de Theos, que quiere decir temor, porque de todos es temido: ó mudada la *t* en *d*, Dios quiere decir veo ó miro como de atalaya ó socorro: porque Dios ve y contempla todas las cosas, y en todos lugares está aparejado para socorrer á los suyos. Los alemanes le llaman Goth, conforme á otro vocablo suyo que dicen Guth, que quiere decir bueno: porque solo Dios es por sí solo bueno, como dice el Evangelio (4). Habemos también de notar que de tres maneras usamos deste vocablo Dios, ó hablando propriamente y conforme á la verdad, ó por semejanza y uso de hablar, ó hablando impropriamente y según la falsa opinión de los infieles. Propriamente usamos deste vocablo, cuando por él entendemos al verdadero Dios, uno y trino. Por semejanza y comunicación de alguna perfección, cuando hablamos de príncipes y monarcas y de varones sanctos, según lo que dice el Psalmista: Yo dije que sois

(1) Proverb. 21. (2) Ephes. 2. (3) Lib. de Prædest. Sanctor. cap. 7. (4) Matth. 16.

dioses y todos hijos del excelso (1). Y á los mismos por la misma razón llama dioses la Escritura en el Éxodo en muchas partes (2).

Notemos más, que por dos respectos podemos hablar de Dios verdadero, ó considerándolo en sí mismo según su esencia, ó en sus obras y efectos, con que nos hace bien. Pues si lo queremos considerar según su esencia ó naturaleza, ningún nombre hallaremos que le cuadre, como fué dicho al patriarca Jacob (3): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es maravilloso? Por esto dijo también el Señor á Moisés: Yo soy el que soy. Así dirás á los hijos de Israel, el que es, me envió á vosotros (4). Pero si consideráremos las obras en que se manifiesta y con que nos hace mercedes, lícita y razonablemente le podemos atribuir otros nombres, como lo hace la divina Escritura, llamándole unas veces señor, otras veces altísimo, otras salvador, otras ayudador, otras padre, fortaleza, vida, luz, misericordia, y otros innumerables nombres.

Finalmente notemos que cuando hablamos ó pensamos en Dios verdadero, no habemos de hablar ó pensar de otra manera sino como de un espíritu ó substancia eterna, la mayor que puede ser, y más sabia y mejor, que fué sin principio, y será sin fin, que no desciende de otra cosa, invisible, incorpórea, inmensa, simplicísima, incomprehensible, inestimable, inefable, inmudable, en todo lugar presente, fuente y autor de todas las cosas, de quien todas las cosas criadas tienen su ser, y que ninguna cosa puede ser mejor, ni más sabia, ni mayor que ella. Tal espíritu y tal substancia habemos de imaginar todas las veces que hacemos mención de Dios por palabras ó por pensamiento. Pero determinar lo que sea la naturaleza de Dios, ó inquirirlo curiosamente, en ningún tiempo ni por alguna vía osemos ni nos pase por pensamiento: porque cuanto es verdad que ella no se puede explicar ni entender, tanto es cierto que tentar esto es puro y total desvarío. De lo cual queda declarado cómo se han de entender las primeras palabras en el principio de nuestro Símbolo, que dice: *Creo en Dios*. Agora pasemos á la declaración del primer artículo.

(1) Psalm. 81. (2) Exod. 7, 22. (3) Genes. 32. (4) Exod. 3.

CAPÍTULO IV

DEL PRIMER ARTÍCULO DE NUESTRA FE

El primer artículo de nuestra ſe es: *Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.* En estas palabras tenemos en suma lo que habemos de creer y sentir de la primera persona de la Trinidad, conviene á saber, que es Padre, que es todopoderoso, que es criador del cielo y de la tierra (1). Dícese Padre, así porque naturalmente es padre de nuestro Señor Jesucristo, como porque es padre por gracia de todos los fieles, como dijo el Señor: Dió poder Dios para ser hijos de Dios á todos los que creen en su nombre. Engendró á Cristo natural hijo suyo eternalmente, de tal manera que no se puede decir ni entender, de su substancia, solo de sí mismo y por sí mismo, sin ayuda ni compañía de otra cosa alguna. Y así lo engendró de su substancia, que no le dió parte della, mas toda su substancia le comunicó. Asimismo de tal manera lo engendró, que no lo hizo otro Dios, ni quedaron dos dioses el Padre y el Hijo, ni el que engendró era primero en tiempo que el engendrado, mas como ambos son un solo Dios, así la misma eternidad es del Padre y del Hijo. Á los fieles que creen, engendró el mismo Padre, ó por mejor decir, siendo primero nascidos desdichadamente de Adam, los tornó otra vez á engendrar, no de su substancia como á su único Hijo natural, mas por la simiente espiritual, que es la palabra de la verdad, quiere decir, por el mismo Hijo suyo natural, verbo de Dios, palabra eterna y verdadera. Item por el Evangelio y por los sacramentos mediante la fe viva y la virtud del Espíritu Sancto, como declaran los sanctos apóstoles San Pedro y San Juan (2), no por los merecimientos dellos, sino por su grande misericordia y per su eterna determinación, como dice el apóstol San Pedro: Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucris-

(1) Joan. 1. (2) 1 Petr. 1, Joan. 1, 1 Joan. 3, 2 Petr. 1, Ad Tit. 1, 2 Petr. 1.

to, que según su inmensa misericordia nos engendró otra vez á esperanza viva y herencia perpetua en los cielos. Y engendrándolos desta manera, no los hizo de su substancia, mas participantes y compañeros de su naturaleza, quiero decir, de su inmortalidad y claridad y gloria sempiterna, y herederos de la vida eterna, para que la participen y gocen della así como la goza Él, aunque cada uno en su grado.

Y aunque la primera manera de generación convenga sólo á la primera persona de la Trinidad, á quien por excelencia llamamos Padre, mas esta segunda manera de paternidad espiritual no menos conviene al Hijo y al Espíritu Santo que al mismo Padre. Y así el profeta Esaías hablando del Hijo de Dios le llama padre del siglo que está por venir (1), y al Espíritu Sancto llama la Iglesia padre de los pobres.

Mas para que veamos cuánta excelencia tiene Dios sobre los que se llaman padres en la tierra, tenemos en el Credo una singular adición, la cual es, Todopoderoso, esto es, que con solo su querer hace cuanto hay en el cielo y en la tierra, cuanto quier que parezca á los hombres imposible, y cuanto quier que sobrepuje á la razón humana. A cuya potencia comparado el poder de todos, no digo los hombres poderosísimos, mas de los demonios y de los ángeles, es menos que un pelillo en toda la tierra, y que una gotica de agua comparada con el mar Océano: y saber que Dios es todopoderoso, ayuda maravillosamente para despedir todas las razones humanas que se ofrecen en los dificultosos artículos de la fe, y vale mucho para confirmación de la misma fe. Porque cualquier cosa que nos ponga delante ó Satanás ó sus ministros los gentiles ó judíos y los herejes, todo esto podemos derribar con esta sola arma. No hay cosa ni obra imposible á Dios, como dijo el Ángel á nuestra Señora (2). Y como dice David, todo lo que quiso el Señor, hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos (3). Y puesto que en el Credo á solo el Padre se atribuye nombre de todopoderoso, pero no menos compete al Hijo y al Espíritu Sancto, como quier que según arriba se mostró, de una misma substancia y virtud son con el Padre.

Agora veamos en qué manera declaró Dios su omnipotencia. Crió ciertamente el cielo y la tierra de nada con sola su palabra:

(1) Esai. 9. (2) Luc. 1. (3) Psal. 134.

primeramente los cuerpos celestes con todos sus ornamentos, el sol y la luna y las estrellas con todas sus virtudes y operaciones que tienen. Crió también el cielo soberano, que es el asiento de su majestad, y á todos los espíritus celestiales, ángeles, arcángeles, querubines, serafines. tronos, dominaciones, principados y potestades, con toda la virtud y poder que tienen. Crió también la tierra, quiero decir, este mundo tan hermoso, y los hombres, y todos los animales brutos, aves y peces, todos los montes y valles, todos los árboles y plantas, todos los prados y tierras para labrar, todos los ríos y abismos y todo cuanto en estas cosas cría. En fin, crió todas las cosas visibles y invisibles, la luz y las tinieblas, la noche y el día, ni hay cosa en la naturaleza que por Él no fuese criada. Y lo que mucho habemos de atender, todas las cosas crió muy buenas, como se escribe en el Génesis(1). De manera que agora toda dádiva buena y todo don perfecto (como dice el apóstol Santiago) dél solo desciende (2). Porque de los males no es Dios autor: digo de los males de culpa, que son pecados. Porque los males de pena, trabajos y castigos desta vida, Él los hace, según Él mismo dice por Isaías(3). Y como (según arriba dijimos) no conviene sólo al Padre la omnipotencia, mas igualmente compete al Hijo y al Espíritu Sancto, así aquí habemos de entender que la creación de las cosas es común al Hijo y al Espíritu Sancto ni más ni menos que al Padre. Porque no solo el Padre hizo el cielo y la tierra, mas el Hijo y el Espíritu Sancto, según aquello del Psalmista: Por el Verbo del Señor fueron establecidos los cielos, y por el Espíritu de su boca fué hecha toda la virtud dellos (4).

Allende desto por la misma razón que oímos y creemos que Dios crió todas las cosas, juntamente habemos de creer que Él mismo las gobierna y las sustenta. Porque no consiente aquella soberana bondad con el amor sin medida que nos tiene, mayor que de padre, que sus criaturas perezcan, ó se diminuya dellas alguna cosa sin su voluntad y determinación, según aquello que el Señor dijo á sus discípulos por San Mateo: ¿Por ventura dos pajaricos no valen ellos muy poco? Pues vuestro padre tiene tanto cuidado dellos, que uno dellos no morirá sin él mandarlo y querer. Y los cabellos de vuestra cabeza él los tiene todos contados. Pues no queráis temer, que más valéis vosotros que muchos pá-

(1) Gen. 1. (2) Jacob. 1. (3) Isai. 45. (4) Psalm. 32.

jaros (1). Para lo cual hace maravillosamente lo que en otra parte dice San Juan: Mi Padre todavía óbra, y yo obro, conviene á saber, conservando lo que criamos (2). Por lo cual sancta y verdaderamente dice el Real Profeta (3): El Señor me gobierna, ninguna cosa me faltará. Y otra vez (4): El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién temeré? Item (5): Los ojos de todos esperan, Señor, en vos, y vos les dais mantenimiento en el tiempo necesario. Abrís vuestra mano, y satisfacéis á todo animal con vuestra bendición. Item: Todas las cosas esperan de vos, Señor, que les deis de comer á su tiempo, y dándolo vos, lo recibirán: abriendo vos vuestra mano, serán llenos de vuestra bondad. Donde concluye el apóstol San Pablo que en solo Dios se ha de poner la confianza, que da á todos cuanto les basta abundosamente.

Estas dos obras tan maravillosas como son la creación y gobernación de las cosas, nos dan claramente á conocer mucho de quién es Dios. Porque nos dan á conocer su poder en haber creado una cosa tan grande y tan maravillosa: su bondad, en quererlo hacer, sin haberlo menester ni pretender interese digno: su sabiduría, en la orden y concierto que le puso, y en guiarlo y sustentarlo como lo guía y sustenta: su grande magnificencia y beneficios y lo que el hombre le debe, pues hizo todo esto por amor dél: su misericordia, pues con tantas ofensas como le habemos hecho y hacemos, nunca por eso lo muda ni desbarata, sino que deja salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Ésta es en suma la confesión y declaración deste primer artículo: agora veamos (según arriba prometimos) lo que nuestra voluntad debe sentir conforme á esto, que es la plática deste artículo.

§ I

Pues el fructo proprio y legítimo de todo lo que arriba está tratado, consiste en esto, que así como confesamos con el entendimiento este poder, esta bondad, esta sabiduría, esta magnificencia y misericordia en Dios, así tengamos en nuestra voluntad

(1) Matth. 10. (2) Joan. 2. (3) Psalm. 28. (4) Psalm. 26. (5) Psalm. 144.

aquel temor y obediencia, y aquel amor y confianza que á tal Señor y Padre todopoderoso se debe.

Y comenzando primeramente por la confianza, pide este artículo que en todos nuestros trabajos, angustias y perplejidades nos encomendemos y acojamos á Él confiadamente, teniendo por certísimo que pues es nuestro padre y nos hizo de nada, y pues es todopoderoso, nunca nos faltará en lo necesario: mas como puede con su omnipotencia, así también querrá con su inmensa misericordia ayudarnos en todo lo que nos conviniere, y por aquella bondad y amor paternal que nos tiene, nos dará abastadamente todo lo que fuere provechoso y saludable á nuestra alma y á nuestro cuerpo. Por lo cual ninguna cosa temamos que nos pueda empecer, ni Satanás, ni los malos hombres del mundo, ni las bestias fieras, ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni la calma, ni las enfermedades, ni la muerte: finalmente, ni los espantosos infiernos. Porque si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nos, dice (1) el Apóstol? Si Él nos rige y nos apascienta en sus abundantes campos, ¿qué hambre ó qué frío nos podrá dar trabajo? Si Él es defensor de nuestra vida, ¿de quién habremos miedo? Si con la sombra de sus alas nos cubre, ¿quién nos podrá hacer daño alguno? Pues no falta aquí otra cosa sino que digamos con el profeta David: Aunque ande en medio de las tinieblas de la muerte, no temeré, porque tú, Señor, estás comigo (2). Si vinieren contra mí ejércitos, no temerá mi corazón. Si se levantare guerra contra mí, en este Señor esperaré, porque me escondió en su tienda, en el día de los trabajos me recogió en el secreto della. Púsome encima de una roca, y agora levantó mi cabeza sobre mis enemigos (3). ¿De dónde nasce tanta confianza, tanta consolación y sosiego en nuestros corazones, sino de ser Dios nuestro padre, y ser Él todopoderoso, y habernos criado?

Allende desto hay otro fructo muy principal desta fe, conviene á saber, que conociendo ser Dios padre nuestro por tantos títulos y maneras, lo amemos con todas nuestras entrañas, y sujetemos alegremente al juicio y voluntad de tan poderoso Dios todo nuestro juicio y voluntad, y reconozcamos todos los bienes de nuestra alma y de nuestro cuerpo ser de tan alto padre, y por ellos le demos infinitas y continuas gracias y loores. Y de tal

(1) Rom. 1. (2) Psalm. 22. (3) Psalm. 26.

manera y con tal propósito lo amemos, que no antepongamos á su amor el de alguna creatura, ni los padres, ni la mujer, ni los hijos, ni los amigos, ni la privanza de los príncipes, ni las riquezas, ni las honras, ni los deleites, ni la misma vida: mas antes desamparemos y despreciemos todas estas cosas que ofenderlo. Y si alguna cosa después dél amamos, ó tememos, ó acatamos, no en ella ni por ella, sino en Dios y por Dios y para su gloria la amemos y temamos y veneremos. Y tanto conviene que pongamos debajo dél nuestra voluntad y entendimiento, que ninguna duda ni escrúpulo quede en ello acerca de lo que interesa creer de su majestad, y alegremente nos despidamos de inquirir ó escudriñar sus misterios, húmil y llanamente creyendo que Él es verdadero en sus palabras, y sancto en todas sus obras, y maravilloso en todos sus juicios; finalmente, que todas las cosas le son posibles, y de tal manera le debemos dar gracias por todos sus beneficios, que también usemos dellos como Él quiere, y no como piden nuestros apetitos, conociendo que nosotros mismos con todo cuanto poseemos, pendemos de su poder, esto es, que de su providencia habemos de ser mantenidos, y por tanto en Él solo, no en nos ni en alguna criatura nos gloriemos, y de corazón y por toda la vida nos confesemos sus deudores y le seamos agradecidos. Y no sólo por la prosperidad que nos da, mas por cualesquier adversidades lo habemos de alabar y darle gracias, teniendo por cierto lo que el Apóstol dice, que á los que aman á Dios, todas las cosas se les tornan en bien (1), y que como el Psalmista canta, no desampara Dios á sus sanctos, mas conservarlos ha para siempre (2).

Donde se descubre otro tercero fructo desta misma fe que hace en las almas de los justos, que su esperanza es firmísima y su consolación perpetua. Pero si les falta la fe, ó la justicia y bondad de vida, presumpción es y engaño todo cuanto los hombres esperan y se prometen. Porque puesto que los malos algún tiempo son amparados por Dios y prosperados, pero sólo los que creen y son justos, tienen cierta promesa de Dios, de la vida presente y de la otra, como el Apóstol dice (3). Y déstos solos se escribe en el Psalmo: Bienaventurados son todos los que confían en el Señor (4).

---

(1) Rom. 8. (2) Psalm. 36. (3) 1 ad Timot. 4. (4) Psalm. 2.

Mas para entender este artículo más perfectamente, hace mucho al caso ver quién son los que contra él pecan, para que de los unos y de los otros recojamos cumplidamente la guarda y plática dél. Pecan, pues, primeramente contra este artículo los que creen que hay muchos dioses, no siendo Él más de uno: los que niegan la providencia divina, y dicen que Dios no tiene cuidado de guiar y regir nuestras cosas: los que atribuyen el acontecimiento dellas á la fortuna ó á los hados, ó á otras vanidades que ellos han imaginado: los agoreros, y hechiceros, y supersticiosos, que dejado el saber de Dios, quieren saber las cosas por otra vía: que dejado su poder, se quieren socorrer de otro poder: que teniendo por mejor lo que ellos querrían que lo que Dios quiere, buscan otros caminos y voluntades para que la suya se cumpla, ya que ven que la de Dios manda otra cosa, y quieren ganar con invenciones y supersticiones malas la voluntad de los demonios, creyendo que de allí sacarán lo que no pueden sacar de la justa voluntad de Dios. Pecan los que desesperan, ó por tristezas, ó por pecados, ó por desastres y malos acontecimientos, porque no creen de verdad en el poder, en la misericordia, en el saber y en la bondad que confiesan haber en Dios. Esto baste cuanto al primero artículo: agora pasemos al segundo.

CAPÍTULO V

DEL SEGUNDO ARTÍCULO DE LA FE Y DEL MISTERIO DE LA TRINIDAD

El segundo artículo es *creer en Jesucristo, único Hijo de Dios, Señor nuestro:* y aquí comienza la segunda parte del Credo. En este segundo artículo confesamos que puesto que Dios sea uno y de una substancia y ser, es trino en personas. Quiero decir que hay una naturaleza divina, la cual con un mismo ser y un poder y un amor y querer está en tres personas, y que éstas no son más de un Dios, porque no tienen más de un ser y un poder y una voluntad. Y para ser muchos dioses, había de tener cada uno su ser y su poder separado de los otros, como vemos que es en los hombres y en todas las otras cosas. Y porque esto ni es ni puede ser en la Santísima Trinidad, no es más de un Dios, puesto que sean tres las personas, ni hay otra diferencia entre ellas sino que la una es Padre porque engendra eternalmente su Hijo, y la otra es Hijo porque es eternalmente engendrada por una manera muy excelente que trasciende nuestro entendimiento, y la otra es Espíritu Sancto porque procede de las dos primeras Padre y Hijo, también por una manera inefable. De la cual también tenemos en el Credo su artículo distinto, donde se cumple del todo la confesión deste misterio. Esto basta que el verdadero cristiano entienda deste misterio de la Santísima Trinidad, y en lo demás lo adore y acate dentro de su corazón, sin que su entendimiento se desmande á volar sin alas á lugar que está tan alto, que más es para causar religión, acatamiento y espanto, que para despertar curiosidad.

Y hablando más en particular de la persona del Hijo (de quien trata la primera parte deste artículo) digo que por él confesamos que el Padre eterno, que es la primera persona en la Trinidad, tiene un Hijo también eterno y igual con Él, engendrado de su substancia, y engendrado por vía de entendimiento conociéndose el Padre á sí mismo, donde se produce aquella noticia y imagen

suya que es de infinita perfección y bondad, la cual es su Hijo. El cual se dice Hijo único de Dios á diferencia de los otros hombres sanctos, los cuales también se llaman y son hijos de Dios, como arriba dijimos: pero éstos son prohijados por pura liberalidad y gracia de Dios Padre y por el beneficio de aquel hijo único Jesucristo. Mas este Jesucristo es natural hijo de Dios, solo engendrado de su Padre eternalmente, solo consubstancial, solo igual al Padre, solo coeterno, resplandor de la gloria del Padre, imagen viva de su substancia, que todas las cosas sustenta y rige con la palabra de su virtud, á quien constituyó el Padre por heredero de todas las cosas, por quien hizo el mundo, de quien y en quien siempre tuvo contentamiento, como enseñan los sanctos Apóstoles y Evangelistas (1). Este Hijo por otro nombre se llama Verbo ó palabra del Padre, y llámase también imagen suya, cada uno de los cuales nombres representa alguna cosa desta divina generación. Porque Hijo se llama para dar á entender que es de la substancia del Padre, y así es Dios como el mismo Padre. Y llámase palabra, para dar á entender que esta generación, aunque es substancial, no es material sino espiritual, porque es por vía de entendimiento, como ya dijimos. Y llámase imagen y figura de su substancia, porque representa todo lo que hay en la substancia del Padre, así como contiene todo lo que hay en ella. Porque así como la imagen impresa en la cera con un sello, tiene todo lo que tiene el mismo sello, excepto que la imagen procede del sello, mas no el sello de la imagen, así todo lo que hay en el Hijo, hay en el Padre, excepto que el Hijo procede del Padre, mas no el Padre del Hijo.

Éste es en suma el misterio inefable de la Santísima Trinidad, el cual no es mucho que no pueda ser comprehendido con nuestro entendimiento: porque si muchas de las obras de Dios no podemos comprehender, ¿cómo podremos comprehender al mismo Dios? Antes la mayor gloria que le podemos dar, es confesar que Él es tan grande, que de grande, es incomprehensible, inefable, infinito y inmenso Porque tal conviene que sea el verdadero Dios, y tal conviene que sea su grandeza. Y por esto guárdese el hombre de querer escudriñar ó inquirir de qué manera tres personas puedan ser un solo Dios, y un mismo y solo Dios sea tres

(1) Ad Hebr. 1, Ad Colosens. 1, Joan. 1, Math. 3,17.

personas. Bástenos que la Escritura divina así nos lo enseña: contentémonos con su autoridad y no curemos de investigar curiosamente lo que sobrepuja á nuestra capacidad, acordándonos de lo que está escrito en los Proverbios (1): El escudriñador de la Majestad será oprimido de su gloria. Y lo que el Eclesiástico escribe (2): No busques las cosas mayores que tú, ni escudriñes las cosas que sobrepujan á tus fuerzas, porque muchos cayeron poniendo los ojos en ellas, y ocupó la vanidad sus sentidos. Mas así en este lugar como en otros muchos secretos que no podemos comprehender, levantemos todos la voz con el apóstol S. Pablo (3) y digamos: ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y sciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán escondidos sus caminos!

§ I

Ésta es la primera parte deste segundo artículo que trata de la divinidad del Hijo. La segunda comienza á tratar del misterio de la humanidad, cuando dice: *Creo en Jesucristo*, *único Señor nuestro.* En las cuales palabras confesamos que el Padre celestial, con acuerdo y eterno consejo, envió al Hijo á que haciéndose verdadero hombre y compañero de los hombres, los sacase y librase del yugo y sujeción del demonio, les alcanzase perdón y paz de su Padre, fuese su capitán, su rey y su señor, para que con su favor puedan ser defendidos del pecado y tener fuerzas y aliento para servir á su rey y obedecer á sus leyes y mandamientos. Y por esta causa le atribuímos estos nombres, *scilicet*, Jesucristo y Señor nuestro. Porque Jesú quiere decir Salvador, y el Padre eterno quiso que tuviese este nombre, y mandó por el Ángel que le llamasen Jesús (4), porque Él había de salvar los hombres del cautiverio y miseria del pecado, y tornarlos á la gracia de su Padre y á los bienes y herencia del cielo. Cristo quiere decir ungido, que vale tanto como rey, porque antiguamente cuando á uno hacían rey, lo ungían, como agora lo coronan. Y Él de verdad es nuestro rey (de quien está escrito que reinará en la casa de Jacob para siempre (5), que es en la Iglesia cristiana) porque ejercita

(1) Prov. 25. (2) Eccli. 3. (3) Rom. 11. (4) Matth. 1. (5) Luc. 1.

para con nosotros perfectísimamente oficio de rey. Porque el oficio de buen rey es ser cabeza de todo su reino, amar á sus vasallos, regirlos, defenderlos, cumplirlos de justicia, favorecerlos en sus trabajos, socorrerlos en sus peligros, pelear y poner la vida por ellos, librarlos de sus enemigos, y ordenar á sí y á todas sus cosas por el bien dellos, y no descansar hasta llevarlos á su debido fin. Éste es el oficio y éstas las propriedades y condiciones del buen rey, las cuales en ningún otro se hallaron jamás tan perfectamente como en la persona de nuestro Salvador para con nosotros Porque Él nos ama, nos rige, nos defiende, nos favorece y ampara de nuestros enemigos, que son el pecado, el demonio, la carne, la muerte y el infierno, tanto que por nos defender dellos, no rehusó la muerte, ni la cruz, ni ser tenido por pecador, ni bajar á los infiernos. Y por esta misma causa se llama Señor nuestro, porque aunque sea señor de todo lo criado y de todos los reyes y monarcas del mundo, con todo particularmente se llama nuestro, porque nos rescató y compró, no por oro ni por plata ó piedras preciosas, sino por su misma sangre: por el cual título somos mucho más suyos que el esclavo comprado y rescatado por dinero es de su señor.

Estos tres nombres le competen por razón de la sacratísima humanidad que por nosotros tomó, que es uno de los principales artículos y misterios de nuestra fe, la cual confiesa en la persona del Hijo de Dios dos naturalezas y dos generaciones, una eterna y otra temporal, la una en que eternalmente antes de todo tiempo fué engendrado del Padre, y la otra en que temporalmente nació de su madre. Por la una de las cuales le llamamos Dios verdadero, y por la otra hombre verdadero. Cómo y por qué quiso Dios engendrar este su único Hijo antes de todo tiempo, no es nuestro preguntarlo, ni podemos entenderlo: excede toda nuestra capacidad y ingenio. Pero por qué el mismo Hijo de Dios se hizo hijo de hombre, quiero decir, tomó la naturaleza de hombre, preguntémoslo y sepámoslo, porque en saberlo está todo nuestro bien, y no pecaremos en inquirirlo religiosa y húmilmente. La causa pues deste tan grande misterio fué porque por el pecado y quebrantamiento de la ley de nuestros primeros padres, cayera tanto la generación humana en poder del pecado, y en la tiranía de Satanás, y en la muerte eterna, que ningún hombre por ninguna vía se libraba desta sujección, por justo y sancto que fuese,

ni podía librar á otros, mas cada día iban los hombres de mal en peor. Y puesto que nuestro todopoderoso Dios y Señor con muy grande razón y derecho estaba muy airado contra los desobedientes, con todo como padre benignísimo en medio de su saña se acordó de su misericordia y no quiso que pereciesen para siempre aquéllos que Él criara á su imagen y semejanza. Y por esto desde el principio y en todas las edades dió á los hombres esperanza de mandarles quien los librase, como en el Génesis (1), cuando Dios dijo á la serpiente que el hijo de la mujer le quebraría la cabeza: y cuando prometió Dios á Abraham que en su generación habían de ser benditas todas las naciones de la tierra (2): y cuando por boca de Moisés prometió enviarles salvador nascido del pueblo de los judíos (3): y cuando por mil profetas y en mil lugares prometió que del linaje de David, y abiertamente que de virgen había de nascer (4). Pues llegándose ya el cumplimiento del tiempo, el cumplimiento digo del tiempo de hacer misericordia, envió Dios su Hijo unigénito á este mundo para que recibiendo verdadera humanidad el mismo que era Dios, obrase la redempción de todos los hombres, esto es, levantase á los caídos, recogiese á los perdidos, diese vida á los muertos. Y si alguien se maravillare porque para esto no envió el Padre celestial alguno de sus ángeles, sino el Hijo de sus entrañas, y porque quiso que su Hijo Dios se hiciese hombre de nuestra substancia, participante de nuestra miseria, quien desto se maravillare, oiga brevemente la causa que lo movió, muy clara y muy verdadera. Convenía enviar quien fuese medianero entre Dios airado y los hombres culpados y merecedores de grande castigo. Pues para que la intercesión deste tercero fuese con Dios más eficaz y con los hombres más ferviente, convenía que este medianero fuese de ambas naturalezas, divina y humana. Á esta causa también se llega otra, que ninguno puede perdonar los pecados sino solo Dios, y ninguno había de satisfacer por ellos sino hombre. Porque el pecado como sea de ofensa infinita, ninguno lo podía quitar sino quien tuviese poder infinito: y pues hombre era el que había pecado, hombre convenía que por el pecado satisficiese. Por estas causas el Hijo de Dios se hizo hijo de hombre, para que desta manera pagase asimismo por entero la deuda del hom-

(1) Gen. 1. (2) Gen. 22. (3) Deut. 18. (4) Esai. 7, Jer. 32, Ezech. 14, Psal. 111.

bre, y en Él no tuviese qué acusar Satanás. Ésta es la declaración deste artículo: agora vengamos á la plática y sentimiento dél.

§ II

Los que verdaderamente son siervos y vasallos de tan buen rey, creo que sentirán en este artículo cosas que yo no sabré decir, por no tener tan empleado mi corazón en su servicio como sería razón. Mas tomando yo agora en mí la persona de uno dellos, diré lo que en este caso se ha de sentir.

En este artículo me acude á la memoria cada vez que lo rezo, cuasi lo mismo que en el primero, aunque éste me despierta á mi parecer con mayor fuerza que el otro. Porque en el primero consideraba las mercedes y dones que Dios nos había dado en nos criar y sustentar, y dar todos los otros bienes que este mundo tiene. Mas en este segundo represéntaseme otro muy mayor don y merced, que es habernos dado Dios su proprio Hijo para que nos remediase y alumbrase y sacase de toda la ceguera y miseria en que habíamos caído. Muchas veces cuando pienso en esto y miro cuán allende va la bondad y misericordia de Dios de lo que los hombres podrían acertar á pedir ó desear, cuando miro el inmenso y excesivo amor que Dios aquí mostró á los hombres, y la grandeza del beneficio que les hizo, y considero por otra parte lo que todos hacemos, lo poco que agradescemos este beneficio y lo mal que nos aprovechamos dél, me toma tan grande vergüenza y afrenta de mí mismo, que querría huir de mí por no verme: y algunas veces me toma tan grande odio comigo, que querría hallar quien me vengase de mí. Y tengo en poco á los que me tratan bien, y como que me enojo dellos porque no me conocen y no me hacen el tratamiento como quien yo soy. Todas las cosas que bien me suceden, me parece que me condenan, y que las guían y acarrean mis pecados para testimonios contra mí y para que sea mayor mi perdición y desagradecimiento. Cuando algunas veces pensando este artículo y confesión que yo mismo hago, se me ofrece á la memoria el día en que he de aparecer ante la presencia de Dios para ser juzgado, acontesce desatinarme tanto, que

no parece sino que de agora busco donde me esconder, y pónese-me tan grande confusión en el corazón y en la lengua, y aun pienso que en el rostro, que muchas veces por grande espacio no lo puedo lanzar de mí, porque me parece que no he de tener lengua con que responder, y que tenerla sería mucho mayor sinvergüenza, pues hablando la verdad y estando en juicio donde no tiene lugar la mentira, no podría yo decir que creí verdaderamente: y si lo creí, fué con una fe muerta y desalmada, pues no quise recibir á Jesucristo Hijo de Dios vivo por mi señor, sino que lo deseché y no hice caso dél. Porque el no agradecer ni servir esta merced, es como no la querer ó desecharla.

Mas cuando por otra parte busco perdón para mis pecados, ó remedio para cualquier trabajo, súbitamente parece que este mismo artículo me muda y me pone otro nuevo corazón. Porque veo que para tan grandes males y culpas como las mías me hizo Dios tan grande merced como fué darme á su Hijo para que fuese mi señor y mi amparo: y con esto luego me parece que Él me guía y me lleva por la mano delante de su Padre, y que responde y habla por mí, que es mi abogado y me defiende como mi señor y redemptor, y que cubre mi confusión y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo. Y esta consideración y fe que en este artículo tengo, muda mis desconfianzas en esperanza, y mis tristezas en alegría, y mis desasosiegos en reposo. Y si el hombre no fuese tan ruin y tan flojo, nunca saldría desta consideración sin mercedes nuevas y señales de amistad, que es aliento y deseo para servir á tal Señor, y enemistad y deseo de venganza contra el demonio y contra el pecado.

Ésta es la plática deste artículo, y la obligación que pone á los hombres. Y no me espanto que la consideración y confesión dél desatine el entendimiento de muchos hombres cristianos, y les ponga todas estas confusiones, estos desasosiegos y alteraciones; antes me espanto de los que nunca pasan por ellas, y bien parece que cuando hacen la confesión deste artículo, lo rezan como picaza, sin atender á lo que dicen que creen, pues nunca cotejan ni hacen comparación de sus culpas con tales mercedes, y del descuido y negligencia en que viven, con la cuenta que les han de pedir. Porque si ellos esto hiciesen, por endurecidos que estuviesen, por insensibles que fuesen, les pondría todo esto un muy grande espanto, y les causaría tan grande confusión y vergüenza,

que de verse tan atormentados y acosados, buscasen camino para se tornar y encomendar á quien confiesan que es su señor y que les fué dado del Padre para su remedio Y estas inquietudes y sentimientos les harían aborrecer la vida pasada y que tomasen della escarmiento y aviso para lo porvenir. Y hallarían en Jesucristo nuestro único Señor puerto de paz y sosiego y de viva y segura fe para adelante. Mucho más había que decir en esto, porque es mùy dulce y muy rica esta palabra ó palabras, Jesucristo, hijo de Dios, único Señor nuestro, y hay mil cuentos de cosas que considerar en ella.

Desta declaración se ve manifiestamente cuáles son los que pecan contra este segundo artículo y cómo se peca. Porque así como dijimos que pecaban contra el primer artículo todos aquéllos que buscaban remedio, ó otra cosa alguna, fuera de Dios y mediante los caminos que Él permite como gobernador y proveedor de todas las cosas, así pecan contra el segundo todos aquéllos que buscan otra entrada y confían en otra cosa para con Dios, si no es su unigénito Hijo señor nuestro. De manera que el que cree que Dios le perdonará por otra cosa fuera de su Hijo, el que le pide verdadera paz, verdadera justicia dentro de su alma, y no pone toda su confianza para alcanzar esto en el Hijo, éste no será oído del Padre, y peca contra este segundo artículo. Y por esto todas las oraciones así de la Iglesia como de todos los miembros della van encaminadas y fundadas en este medianero: porque todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Jesucristo, y todo se atribuye á Él, y si tiene valor, es por Él. Y así siempre en nuestra intención y en nuestra fe ha Él de ir en la delantera y en Él se ha de poner la confianza: y desta manera aprovecha lo que sus miembros hacen y piden, por la virtud que reciben de estar unidos y incorporados con Él. De aquí nasce que se peca contra este artículo confiando en nuestras proprias obras, ensoberbeciéndonos dellas, pensando que por nuestras industrias y nuestro valer somos más y tenemos más parte con Dios que los otros: que por ellas habemos de ser santos: que por solas nuestras fuerzas nos habemos de aventajar y contentar tanto á Dios, que nos tenga por justos y nos dé el cielo, como lo pensaba aquel fariseo del Evangelio (1). Porque esto es no entrar por Jesucristo,

(1) Luc. 18.

unigénito hijo de Dios, ni tomarlo por señor. Mucho habemos de trabajar por hacer buenas obras y servir á Dios: y no sólo las obras y los servicios, mas también el trabajar para eso y quererlo hacer, lo habemos de atribuir á Jesucristo, nuestro señor, nuestro salvador y rey, y tener por cierto que todos son dones recaudados para nosotros por sus merecimientos, y que todos los bienes que nos vienen del Padre, nos vienen por medio dél, y que Él es nuestra justicia, nuestra confianza y todo nuestro bien. Esto es ser Él rey y señor nuestro. Agora digamos del tercer artículo.

CAPÍTULO VI

DEL TERCER ARTICULO DE LA FE Y DE LA CONSIDERACIÓN Y USO DÉL

EL tercer artículo es que *fué concebido del Espíritu Sancto, y nasció de María Virgen.* Y así éste como los más que se siguen, son declaración del segundo, porque declaran mucho de las propriedades de nuestro redemptor Jesucristo, y nos dan mayor conocimiento de su persona, y cuentan lo que por nosotros hizo, y de qué manera nos fué dado por señor y redemptor, y el fin á que habemos de llegar, siguiéndole. En este tercero se nos enseñan dos cosas, y ambas hacen mucho al caso para conocer su grandeza y para nos despertar á serle agradecidos y súbditos. La primera es haberse hecho por nosotros verdadero hombre, la segunda su inocencia y pureza. Sabemos que es verdadero hombre, así como lo es cualquier de los otros hombres, porque tomó nuestra naturaleza y se vistió de nuestra carne, tomándola de verdadera madre y mujer, como son las otras mujeres. Su inocencia y limpieza se manifiesta en que no fué concebido como son los otros hombres, sino por favor del cielo, por obra y virtud del Espíritu Sancto. Porque todo lo que el poder de naturaleza no podía alcanzar, lo suplió la Omnipotencia divina, formando aquel cuerpo sanctísimo y dándole verdadera alma en el vientre de la Virgen. De suerte que la Virgen sirvió allí con su sangre y bendita carne, de donde fué formado aquel sanctísimo cuerpo: lo demás todo es obra del Espíritu Sancto. Y así por parte de lo que tomó de la madre, es verdadero hombre, por parte de ser concebido por el Espíritu Sancto, quedó sin raíz ni sospecha de pecado, sin sujección y condenación, en que son concebidos los otros hombres. Tenemos pues señor y redemptor que por parte de Dios tiene la misma sanctidad de su Padre, por parte de hombre es sanctísimo y inocentísimo, por ser sancta y por Espíritu Sancto su concepción. Tal por cierto convenía que fuese el que venía á desterrar el pecado de los hombres, el que

venía á satisfacer por ellos, el que con darles parte de su sanctidad y limpieza los había de sanctificar y alimpiar y pararlos tales que agradasen y pareciesen bien á su Padre. Tal convenía que fuese Aquél á quien habemos de tener siempre delante de los ojos para imitarlo, á cuyo blanco habemos de encaminar y enderezar todos nuestros pensamientos y obras, para que desta imitación y seguimiento se nos pegue á nosotros limpieza. Esto es lo que confesamos deste artículo: agora vengamos á la plática y uso dél.

§ I

Este misterio nos enseña la limpieza que habemos de imitar todos los que somos miembros de Cristo, y por qué medio la podremos alcanzar. Porque así como este Señor fué concebido, no por la vía común de los otros hombres, sino por virtud del cielo y favor del Espíritu Sancto, y por esto, como dice el Evangelista (1), fué todo sancto, porque no podía proceder otra cosa de tal Espíritu sino tal Sanctidad, así el verdadero cristiano ha de nascer otra vez deste mismo Espíritu, y por Él ha de cobrar otro nuevo ser, para que mediante su virtud y gracia no viva ya según los apetitos de la carne, ni según las leyes y pareceres del mundo, ni según las sugestiones y consejos del demonio, sino como quien tiene espíritu de Dios, como quien tiene simiente del cielo, como quien tiene recebido otro nuevo ser, otro nuevo espíritu, otra nueva luz, otro nuevo corazón y otras nuevas inclinaciones, para que así sea otro hombre nuevo, esto es, para que muerto ya en él todo lo viejo, que son todos los afectos y deseos de Adam, resurja en él otro hombre nuevo, viva según las leyes del Adam celestial y sea otra nueva criatura. Desta manera cumpliría el hombre con la obligación deste misterio, trabajando por imitar la limpieza y pureza deste Señor por virtud del mismo espíritu que Él tuvo: porque así como Él fué todo sancto, porque fué concebido del Espíritu Sancto, así él también en su manera sea sancto, por haber sido otra vez engendrado por el Espíritu Sancto. Porque lo que desta manera nasce, desde aquel punto es dicho hijo de Dios, por razón desta

(1) Luc. 1.

espiritual regeneración causada por esta simiente del cielo. Y luego este nuevo nascimiento le pone nuevo corazón y nueva voluntad con nuestro Redemptor y un nuevo amor con que pone por obra todo lo que sabe que Él manda.

De aquí se saca regla para conocer cuándo no cumple bien el hombre con este artículo y confesión que hace. Porque cuando huye desta limpieza y generación espiritual que dijimos, y estima más la ruin casta de la carne y sus obras, y se contenta con ellas, es señal que no se quiere aprovechar deste beneficio que el Hijo de Dios le hizo. Parécese más claramente el pecado déstos, cuando resisten al Espíritu Sancto, siempre que secretamente en su corazón, ó por la palabra de Dios, ó por otras ocasiones, los llama y los convida y ruega que reciban dél este nuevo nascimiento y generación espiritual, que aborrezcan el pecado y amen la limpieza del Redemptor, que se muden en el corazón y en las obras y reciban de su mano este nuevo ser, con que sean hechos hermanos de Cristo: porque así como Él fué concebido por obra del Espíritu Sancto, así desta misma fuente les viene á ellos esta espiritual generación y adopción. Y el que estas voces y estos ruegos del Espíritu del cielo tiene en poco, el que estos llamamientos y ocasiones desecha, paréceme que con grande afrenta había de hacer la confesión deste artículo y confundirse consigo mismo, pues confiesa con la boca lo que tiene en tan poco en el corazón.

Aquí también en este artículo, donde se trata de la verdadera humanidad y verdadera concepción de nuestro Redemptor, se trata también de su madre. En el cual pretende la Iglesia enseñarnos, lo primero, ser nuestro Redemptor verdadero hombre, y su Humanidad sanctísima, no fantástica ni fingida, sino cierta y verdadera, pues le da verdadera mujer por madre y nos la nombra por su nombre. Lo segundo, hace todo esto muy al caso para lo que dijimos del misterio de la limpieza del Redemptor y de la que vino á obrar en nosotros. Porque así como fué concebido por Espíritu Sancto y por obra divina, así la madre fué limpia y de inestimable castidad, entera y virgen, y cual la halló, tal la dejó y quedó para siempre jamás. Y así como en ser verdadera mujer conocemos ser la humanidad del Hijo cierta y verdadera, así en todo lo demás se nos da á entender ser esta misma humanidad inocentísima y limpísima, pues tan lejos y tan desterradas van de su concepción y nascimiento todas las circunstancias de la gene-

ración carnal, y su madre de las otras madres todas. Dásenos también aviso del misterio de la limpieza que en nosotros viene á obrar, y cuáles quiere Él que seamos, y cuáles nos quiere Él hacer de su mano, si nosotros no lo rechazáremos y fuéremos negligentes en eso. Convídanos también este artículo á que consideremos la limpieza y sanctidad que la Virgen había de tener, pues fué escogida para madre de tal hijo y que en ella se obrase tan grande misterio, poniéndola como retrato para que la contemplemos y la procuremos imitar y seguir, y entendamos cuánto agrada á Dios la limpieza y castidad, para que conozcamos, engrandezcamos y alabemos las maravillas y poder del Señor. Y dásenos aquí en la Virgen un instrumento para todo esto, y así, como á cosa tan sancta nos humillemos, acatemos y estimemos tanto, y engrandezcamos en ella las obras y maravillas de Dios. Esto baste cuanto á este artículo: agora digamos del cuarto.

CAPÍTULO VII

DEL CUARTO ARTÍCULO DE LA FE Y DE SUS CONSIDERACIONES

El cuarto artículo es creer que el unigénito Hijo de Dios, después de haberse hecho verdadero hombre, verdaderamente murió por nos, siendo sentenciado por Poncio Pilato, y fué puesto en una sepultura como verdaderamente muerto. Esto se entiende que Jesucristo nuestro redemptor, aunque no podía morir en cuanto era Dios, murió en cuanto era hombre y por la manera que mueren todos los otros hombres, que por los grandes tormentos que le dieron, se apartó su alma sanctísima de su cuerpo: porque esto es morir. La causa desto se puede tratar y considerar de muchas maneras. Si la consideramos por parte del consejo divino, fué que el Padre eterno quiso que los hombres fuesen remediados y Él satisfecho de la ofensa que le habían hecho, por vía de un precio inestimable, de un sacrificio grandísimo y de infinito valor, que fuese paga y satisfacción para Él. Por parte de la humanidad de Cristo nuestro Señor, fué su voluntad que su Padre fuese satisfecho, y que en humanidad verdadera y verdaderamente de la progenie de Adam y parentesco de los hombres se hiciese venganza de la ofensa y pecados de los hombres contra la majestad divina del Padre, y que de aquí resultase perdón y justicia para los mismos hombres, de cuyo linaje Él se hiciera, y que fuese su sangre un vivo y perpetuo sacrificio lleno de inocencia, de justicia y de valor, ofrecido delante de los ojos de su Padre para perdón de los hombres pecadores y condenados. Y para que esto se efectuase, el mismo Redemptor y Señor se ofreció de libre y entera voluntad á muerte, porque el mundo no tenía poder para quitarle la vida, si Él no quisiera. Por parte de los hombres la causa desta muerte fué su maldad y traición dellos: porque no pudieron sufrir la justicia de nuestro Redemptor, tuviéronle envidia, aborreciéronla y persiguiéronla. No pudieron sufrir su reprehensión, su palabra y su verdad. No qui-

sieron caer de su tiranía y estima, ni que el mundo fuese desengañado. Y así se juntaron para dársela con grandísima crueldad y rabia los sacerdotes y letrados de la ley, los pontífices y religiosos della, los tiranos y gobernadores del pueblo, Herodes y Poncio Pilato. Porque los primeros temieron que el pueblo vendría en conocimiento cómo Cristo nuestro redemptor decía verdad, y ellos no la decían, cómo falsaban la palabra de Dios, cómo teniendo oficio de enseñar verdad y virtud y reprehender mentira y pecado, eran ellos los más injustos y mayores pecadores: cómo engañaban el pueblo enseñándoles vanas confianzas, nescias y perdidas religiones, enderezadas á sus deseos, á su estima, tiranía y provecho, nascidas de sus imaginaciones y no de la doctrina cristiana. Los otros temieron también perder sus reinos, tuvieron su vida y palabra por escándalo, por locura y desatino. Fué la muerte tan cruel, para que conozcamos cuán injusto es el mundo en sus justicias, cuán ciego en sus placeres, cuán amigo de sus venganzas, cuán cautivo de sus apetitos, cómo no tiene medida, ni conoce misericordia, ni sabe qué cosa es justicia, y que esto anda y se ejecuta doquiera que no hay conocimiento ni palabra de Dios, y reinan pecados y vicios. Fué con tanta circunstancia de afrentas y tormentos, para que conozcamos cuán grande y hondo era aquel piélago de la voluntad y amor que tenía de servir á su Padre, y cumplir su voluntad, y nos remediar, y para que tomen ejemplo los que lo quisieren seguir, de lo que han de esperar del mundo, y la fe que han de tener cuando se hallaren en trabajos y afrentas, poniendo los ojos en lo que Él padeció. Fué en cruz, extendido y enclavado en ella, para que entendamos y consideremos el misterio que allí se obró, que fué crucificar y matar el poder y tiranía del pecado que en nuestra carne reinaba, mortificarla y arrancarle aquellas malas fuerzas, para que reinase el espíritu ó la espiritual generación, de que poco ha hablamos, para que ya no sea por parte del poder del pecado, sino por nuestra negligencia y culpa, si de nos se enseñoreare. Fué sepultado, lo primero, para que más manifiesta fuese su muerte y después su resurrección: lo segundo, para que supiésemos cuán hasta el cabo llegó el quitar el poder á la maldad de nuestra carne, crucificando la suya, que era inocente, pues no paró hasta ponerla en la sepultura, que es declararnos cuán vencida nos la dejó: lo tercero, por pagar con su muerte la deu-

da común de la generación humana, que estaba condenada á muerte por aquella primera desobediencia. Porque así como porque merecíamos todo género de penas, Él las quiso recebir todas en su cuerpo, *scilicet,* prisiones, escarnios, bofetadas, injurias, azotes, heridas, finalmente el cruelísimo tormento de la cruz, así también porque merecíamos la muerte y que nuestra carne empodreciese debajo de la tierra, y muerte digo no sólo temporal mas eterna, quiso Él morir por nos y ser sepultado: pero de tal manera, por la gloria de su divinidad, que ni su carne se tornase en polvo, ni mucho tiempo durase en la muerte, mas verdaderamente muriendo y siendo puesto en el sepulcro, por su pasión alimpiase nuestra sepultura y nos librase de la muerte que dura para siempre.

Agora será bien que veamos cómo testifican esto las Escrituras divinas. Primeramente dice San Pablo: Cristo fué entregado á muerte por nuestros pecados (1). Y más adelante dice: Encarece Dios la caridad que nos tuvo, en que siendo nos en aquel tiempo pecadores, Cristo murió por nos: mucho más agora que somos justificados por la sangre de su Hijo, seremos salvos por Él (2). Y en otra Epístola dice: Aquél que no sabía qué cosa era pecado, hizo que fuese sacrificado por los pecadores, para que por Él nos hiciésemos justos (3). Y en otra parte: Cristo nos redimió de la maldición de la ley estando en el madero, donde los que eran puestos, eran malditos (4). Y en otra parte: Cristo ciertamente destruyó la muerte, y con ella nos descubrió la vida y la inmortalidad (5). Finalmente, escribiendo á los Hebreos dice: Porque los hombres eran de carne y sangre, Él también participó con ellos, para que por su muerte destruyese al que tenía imperio de la muerte, que es el demonio, y librase aquéllos que con temor de la muerte por toda la vida estaban sujetos á servidumbre (6). Y adelante dice: Por su propria sangre entró una vez en el sanctuario de Dios. Porque si la sangre de los cabritos y toros y la ceniza de la becerra derramada sanctificaba á los que estaban sucios, y les daba limpieza de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Sancto ofreció á sí mismo sin mácula á Dios, alimpiará nuestras consciencias de las obras del pecado,

(1) Rom. 4. (2) Rom. 5. (3) 2 Cor. 5. (4) Galat. 3. (5) 2 Tim. 1. (6) Hebr. 2.

para que sirvamos á Dios (1) vivo? Conforme á esto dice el apóstol San Pedro: Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo, y los puso sobre el madero de la cruz, por cuyas heridas fuimos sanos, para que muriendo al pecado, vivamos á la justicia (2). Y después dice: Cristo murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos á Dios mortificados en la carne y vivificados en el espíritu (3).

§ I

Todos estos bienes nos dejó ganados Cristo: no resta sino que sepamos y procuremos usar dellos para que no los perdamos, y Él se quede con su riqueza y nos con nuestra pérdida. Usaremos dellos cuando quier que confiando en Él y pidiéndole favor, mortificáremos las malas obras de nuestra carne, tomando primeramente fuerza en la fe y en el espíritu que nos da, y luego trabajando nos por castigarla con ayunos y disciplinas y ejercicios que conociéremos ser necesarios. Porque esto es imitar el misterio de los martirios con que su carne sanctísima fué atormentada y crucificada, y no descansar hasta ponerla en la sepultura, que quiere decir, hasta que sea verdadera la muerte, y la traigamos debajo de los pies vencida y ella no nos venza.

De aquí se colige cuáles son los que pecan contra la fe y confesión deste artículo, que será cada vez que los hombres no pusieren todo su esfuerzo y confianza en la muerte y sangre del Redemptor y no pensaren que esta sola es su satisfacción, y cuando por medio de peligros, de infamias y de muerte, y de juicios de hombres, aflojaren en la verdad y en lo que conocen que es voluntad de Dios. Pecarán también contra el misterio de este artículo los que tienen mimosa y tan estimada su carne, que aunque conocen que de allí se recrece mucho daño y perjuicio para su espíritu, y que si la castigasen y maltratasen, no estaría tan señora, ni tendría tanta fuerza ni ímpetus, no por eso la castigan ni le hacen enojo alguno: tánto les duele molestarla, antes la dejan estar en vicios y torpezas. Asimismo pecarán los que viendo, como muchas veces se ve, que con castigarla y sojuzgarla con

(1) Hebr. 9. (2) 1 Petr. 2. (3) 1 Petr. 5.

ejercicios de penitencia y mortificación van cada día de bien en mejor, al mejor tiempo la dejan y la tornan á respetar y contentar, teniendo en menos cuenta el pecado cometido contra Dios que el enfado que ellos pueden recibir. Porque éstos no la ponen en la sepultura, ni la sojuzgan y meten debajo de los pies como vencida y esclava. Así que los que en tales pasos y ocasiones como éstas que tengo dicho, se vieren puestos, han luego de acudir á la confesión que en el Credo hacen, y parar en este artículo por algún espacio, y pedirse á sí mismos cuenta qué quiere decir: Padeció el Redemptor del mundo sentenciado por Poncio Pilato, fué muerto y sepultado, y que lo creen así: y á mi cargo que se afrenten y corran de confesar que creen esto, y que no obran conforme á eso. Agora pasemos adelante.

CAPÍTULO VIII

DEL QUINTO ARTÍCULO DE LA FE Y DE LA PLÁTICA DÉL.

EL quinto artículo es creer que *descendió á los infiernos.* Este artículo es de grande admiración y de grande misterio, que el Hijo de Dios no contento con morir por nos, y morir tal muerte, quisiese aún descender á los infiernos. Grande debe ser el misterio y la razón desto. Porque cierto parece que ninguna cosa ha hecho Dios que tan grande y tan cierto remedio tenga para alguna enfermedad corporal como el que la consideración y fe deste artículo tiene para alguna enfermedad espiritual, de que muchos hombres de los que juzgamos y tenemos por mejores, son continuamente atormentados. Porque el entendimiento deste artículo es que el alma de nuestro Señor, en cuanto su cuerpo quedó en la cruz y fué puesto en la sepultura, por aquellos tres días descendió al lugar donde los padres y fieles que con esperanza y fe de su venida eran muertos, estaban retenidos. Y esto, porque aún no era ofrecido el gran sacrificio que había de abrir el cielo y hacer libre y franca la vista de Dios, que era la sangre del Redemptor. Y que los sacó de allí quebrantando aquellas cadenas, alumbrando aquellas tinieblas, tomando la posesión del reino y victoria contra el demonio. En lo cual se muestra manifiestamente la profundísima humildad de Cristo nuestro Redemptor y la sed que tuvo de la salvación y redempción de los hombres, y la grande voluntad y afición con que por ellos murió, pues escapado ya de la cruz y afrentas en que los malos lo tenían puesto, dejando su cuerpo de tal manera tratado, empleó luego el alma en tanta humildad, que bajó en ella al infierno. Porque aunque Él allá no descendiese como culpado sino como vencedor y triunfador, con todo fué señal de su grande humildad y amor, pudiendo con su mandado dar fin á aquel negocio, ir Él mismo y bajar al lugar tan desterrado del cielo, á la fealdad y escuridad de la cárcel del demonio, que para él había

hecho y deputado, y entrar en aquel lugar donde estaban detenidos los que tenían su fe, y con su misma voz y palabra darles las buenas nuevas, alegrarlos con su vista, sacarlos de allí con su mano, espantar con su presencia al demonio, entrarle en su mismo reino, abrirle y quebrantarle sus puertas para que quedase como saqueado y despojado y sin poder y sin reino. Sin duda sola esta consideración basta para afrentar y quebrantar todas las soberbias del mundo y para que tengan los hombres que emplean sus vidas en servir á Dios y en hacer bien á sus prójimos, en muy poco todo lo que hacen, y por muy leves todas las afrentas y trabajos que les acontecieren, y para que se condenen por muy soberbios cada vez que presumieren que hacen alguna cosa. Y los que cansan y se ponen á pensar que basta y es alguna cosa lo que hacen, contentándose y ensoberbeciéndose deso, pecan propriamente contra la verdadera confesión y sentimiento deste artículo. Y el verdadero aprovecharse dél es pensar que todos los trabajos y obras que por servicio de Dios y bien del prójimo recrecen, son muy leves, abajar y humillar sus pensamientos y corazón y estar ciertos de la bondad y cuidado que el Redemptor del mundo tiene de los que en esta vida se encomiendan á Él, pues tanto tuvo de los que tanto tiempo había que eran muertos. ¡Qué cosas se podrían aquí decir de los que por cuasi nada que hacen, se ponen luego á descansar y se desdeñan de entender por sus mismas personas en muchas cosas de las que son obligados, enseñando que basta encomendarlas á otros y que no es razón que ellos se abajen y ocupen en todo! Mas esto es materia honda, y no hace para aquí mucho al caso.

Agora digamos la otra parte deste artículo, la cual es creer que al tercero día de su muerte resucitó, que su alma sanctísima se tornó á juntar con su cuerpo, y vivo y glorificado salió de la sepultura para nunca más morir. El entendimiento deste artículo es que como el Redemptor del mundo moría para satisfacer por los hombres, no consintió su eterno Padre que pasado el tercero día, que fué término bastante para que se viese ser verdadera su muerte y fuese más admirable su resurrección, quedase más entre los muertos, sino tornarlo á vida inmortal y gloriosa, pues Él se había ofrecido á muerte tan cruel y tan deshonrada, y que conociese el mundo quién era Aquél á quien había condenado y tenido en poco. Pues por esta causa resucitó al tercero día después

de su muerte, de tal manera, que del sepulcro cerrado salió todo vivo Cristo, vencedor gloriosísimo de la muerte y del demonio, del pecado y del infierno, y así fué declarado por Hijo de Dios todopoderoso. Porque como antes Él mismo se había mostrado por muchas maneras y razones, así en su pasión como principalmente en su muerte, ser verdadero hombre pasible y mortal, así en su resurrección se manifestó ser Hijo de Dios y Dios inmortal. Y el que se levanta por su propia virtud no puede ser puro hombre, mas conviene que juntamente sea Dios. Y no solamente en su resurrección se muestra y confirma su inmortalidad y divinidad, mas por esa misma somos nos certificados que verdaderamente resucitamos de la muerte del pecado. Porque si aún perseverara en el infierno, permaneciéramos en nuestros pecados, dudosos si verdaderamente nos había alcanzado perdón dellos ó no, y si nos tenía libres del poder de Satanás ó no.

Mas pues resucitó, y resucitó Él solo por su virtud, vencidos y derribados sus enemigos y nuestros, no hay duda sino que por Él somos redimidos y puestos en libertad, y reconciliados á la amistad de Dios, y justificados. Donde con grande confianza dice San Pablo: Cristo resucitó para nuestra justificación (1). Y S. Pedro afirma que por la resurrección de Jesucristo queda nuestra consciencia segura y aparejada delante de Dios (2).

Pero allende déste cogemos otro fructo de la resurrección del Señor, que es resurrección y inmortalidad. Porque si creemos, como dice S. Pablo, que Jesús murió y resucitó, así Dios llevará con Él para sí á los que murieron por Jesús. Y como en Adán todos mueren, así en Jesucristo todos tendrán vida (3). Porque restaurará el Señor nuestro vil cuerpo, haciéndolo semejante á su clarísimo cuerpo, como el Apóstol dice (4). También entendemos por este misterio que así como Él resucitó verdaderamente, así espiritualmente resucitó con Él nuestra vida, nuestra justicia y nuestra paz, y que éste es el fructo que de su muerte sacamos, y que como su muerte y sus trabajos fueron para parar en tan gloriosa y triunfante resurrección, así nuestras penitencias y nuestras obras han de ser para salir por vencedoras y señoras del pecado, que es nuestra verdadera muerte. Y los que de tal manera pelean que salen con grande victoria contra el pecado, y grande

(1) Rom. 4. (2) 1 Petr. 3. (3) 1 Cor. 15. (4) Philip. 3.

propósito y perseverancia contra él, son los que se aprovechan de la plática deste artículo: y los que son tan poco constantes que luego tornan á caer, son los que guardan mal el uso dél, pues resucitan para tornar luego á morir, y no para larga y perpetua vida. También es aquí mucho para notar el concierto que tienen estos misterios y victorias del Redemptor, cómo destruyó y venció todos nuestros enemigos y deshizo las pérdidas y cautiverios en que caímos por el pecado. Porque con derramar su sangre, lavó nuestro pecado y pagó la obligación que contra nos tenía, satisfaciendo cumplidamente con esto mismo á su Padre. Por ser crucificada su carne sanctísima y muerta, venció el poder y maldad de la nuestra, y nos dió poder y fuerzas para vencerla. Por bajar al infierno quitó el poder al demonio y lo depuso de la tiranía y reino que tenía ocupado en este mundo. Y por resucitar de la muerte, venció nuestra muerte y le quitó todo el mal y ponzoña que tenía. De manera que quedaron destruídos todos nuestros enemigos, carne, pecado, infierno, demonio y muerte: para que veáis si es bien que viva descuidado quien tales mercedes ha recibido y tiene que dar cuenta dellas.

CAPÍTULO IX

DEL SEXTO ARTÍCULO DE LA FE

El sexto artículo es creer que *subió á los cielos y está asentado á la diestra de Dios Padre.* Porque como Cristo nuestro redemptor, en cuanto hombre, en este mundo trabajó tanto y murió en servicio de su Padre, predicando su palabra y su justicia y su verdad, y le ganó el reino de los hombres, reconciliándolos y poniéndolos debajo de su jurisdicción y obediencia, así el Padre después de haberlo resucitado, en pago destos servicios lo sube al cielo y le entrega el reino del mundo y lo asienta á su diestra, que quiere decir hacerlo rey y señor de todo. Y decimos que subió, no según su divinidad, según la cual siempre está en el cielo como en todos los lugares, mas subió según la humanidad, que llevó su humano cuerpo con su alma en alto al lugar donde antes no había estado, de donde tampoco había descendido. Porque lo que decimos que descendió Dios del cielo, entendemos según la divinidad, sólo para recibir en la tierra la humanidad, como se muestra en el Capítulo III del Evangelio de S. Juan. Subió á los cielos y asentóse á la diestra de Dios Padre, primeramente para alcanzar del Padre y enviar el Espíritu Sancto á los hombres, para hacerlos hijos de Dios: lo segundo, para darnos esperanza de seguirlo hasta el mismo lugar, á donde Él nos guió y fué delante de nosotros: lo tercero, para que agora esté presente al Padre en nuestro nombre, intercediendo y rogándole por nos como procurador y abogado nuestro en la audiencia del Padre. Pero oyendo que está asentado á la mano derecha del Padre, no figuremos en nuestro pensamiento que es como un asiento corporal, porque ni el Padre desta manera tiene mano derecha ni izquierda, mas entendamos que aquel hombre Cristo Jesús como Hijo consubstancial del Padre está en la compañía y igualdad del Padre en el reino celestial, y en la autoridad y poder, y que de allí gobierna cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra.

Enséñanos también este misterio la manera en que nos habe-

mos de haber con Él, que es adorarlo en espíritu. Pues que ya apartó la carne de nuestra presencia, entiéndese que lo habemos de servir con cosas espirituales, que es dándole nuestro corazón y voluntad, teniendo verdadera y viva fe en todas sus palabras y promesas. Porque donde esto hay, lúego todas las obras que de ahí manan son espirituales. Y dándole de verdad el corazón y teniendo con Él esta fe, luego se pone en obra la plática deste artículo y misterio, que es no hacer fundamento ni poner nuestra afición en las cosas de la tierra, sino emplearnos del todo en las del cielo. Porque si confesamos de verdad que nuestro redemptor Jesucristo es nuestro tesoro, y si es verdad, como lo es, que donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón, síguese que nuestra afición no estará en las cosas de la tierra sino del cielo. Las cosas del cielo son aquéllas que el Redemptor vino á obrar en el mundo, que son justicia, fe, enemistad contra el pecado, y victoria contra él, contra el infierno y contra la muerte. Y el hombre que confesando que el Señor que lo redimió, está en el cielo y asentado á la diestra del Padre, tiene su cuidado puesto y empleado en las cosas de la tierra, y dellas quiere ser favorecido y estimado y socorrido en sus trabajos, éste óbra contra la plática deste artículo, y no van conformes sus obras con la confesión que hace, pues que estando su rey y su bien en el cielo, tiene él puesto su amor en la tierra, y teniendo de su parte tanto favor (como es estar su Redemptor y Señor á la diestra del Padre) se abate él tanto, que pide favor y socorro á las miserias y vanidades del mundo, y en ellas está confiando y allí pone su esperanza.

Recapitulando pues agora todo lo que hasta aquí se tiene dicho de la persona de Cristo, y de los misterios de su vida sanctísima, y de lo que en ellos se ha de sentir, digo primeramente que cuantas veces traemos á la memoria y platicamos esta segunda parte del Credo, no nos contentemos con creer sin alguna duda á manera de una historia todo cuanto de nuestro Señor Jesucristo se nos declaró. Porque si más adelante no pasa nuestra fe, no sobrepujará á la fe que los demonios tienen, los cuales creen asaz que Jesucristo es unigénito hijo de Dios, como parece en muchas partes del Evangelio (1). Creen asimismo que verdaderamente fué concebido, que padeció, que fué puesto en la cruz, y que murió y

(1) Matth. 8, Marci 5, Lucæ 8, Act. 19.

fué sepultado. Creen también (de que mucho les pesa) que descendió á los infiernos, y que resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos, y que está asentado á la diestra del Padre: y temen creyendo que en el fin del mundo ha de venir juez poderoso para su castigo. Pero no se hacen justos por esta fe, por mucho que temen y tremen y se derriban á su sanctísimo nombre, como dice el Apóstol (1).

Lo que á nuestra fe pertenece, para que nos sea saludable, es creer que el mismo Jesucristo, nuestro Señor, se hizo hombre verdadero, salvador, sacerdote y rey por nuestro bien, y que por nos fué concebido, por nos padeció, y murió, y fué sepultado, por nos descendió al infierno, resucitó, y subió á los cielos, y asentóse á la diestra del Padre, y finalmente vendrá á juzgarnos.

Y para decir más claro lo que quiero, conviene que creamos con entera y constante fe y confianza que por esto descendió de los cielos, para subirnos á ellos: por esto se hizo hombre, para hacernos participantes de su divina naturaleza, hijos de Dios, sus hermanos y particioneros en su herencia. Por esto fué concebido y nasció sin pecado, para alimpiar nuestra concepción y nascimiento, que por sí es sucio en pecado y digno de castigo, y para engendrarnos otra vez por su Espíritu Sancto. Por esto fué crucificado, muerto y sepultado, para librarnos de nuestras culpas y de la maldición de la ley y de la muerte y pena eterna. Por esto descendió á los infiernos, para triunfar del diablo y librar á los sanctos y á nos de las cadenas y tormentos del infierno. Por esto resucitó de la compañía de los muertos, para hacernos ciertos y seguros de nuestra libertad, y que no tiene poder sobre nos Satanás, ni la muerte, ni los infiernos, y para hacernos justos y darnos viva esperanza de su gloria, y finalmente para nos certificar que en algún tiempo nuestros cuerpos verdaderamente resucitarán. Por esto subió á los cielos y se asentó á la diestra del Padre, para abrirnos el cielo que antes para todos estaba cerrado, y para enviarnos de allí el Espíritu Sancto, y para todavía procurar nuestros negocios y ser fiel patrón nuestro delante del Padre, y para que de allí nos rija y nos defienda y llene de su gracia y de su espíritu. Por esto finalmente volverá en el fin del mundo juez de vivos y muertos, para librarnos á todos los justos

(1) Philip. 2.

y buenos así de la muerte de los cuerpos como de todas las miserias y trabajos que en esta vida padecemos, y para llevarnos consigo á su bienaventurada morada y eterno reino, donde nos coronará con eterna felicidad y gloria. Y pues tan abundantemente y por tantas maneras tenemos en Él nuestra salvación, justo es y necesariamente se requiere de nos que en Él solo pongamos toda nuestra esperanza y consolación, y á Él solo nos acojamos como á cierto remedio y seguro puerto en todas las angustias y males que en esta vida nos acontecen, y en Él solo nos gloriemos y descansemos continuamente, diciendo con alegría con el apósto S. Pablo: Dios no perdonó ni á su proprio Hijo, mas por nos lo entregó á la muerte. Pues ¿cómo será posible que con Él no nos dé todas las cosas? ¿Quién hará libelo contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién hay que pueda condenar? Cristo Jesús por nos murió y resucitó y está asentado á la diestra del Padre (1). Tal conviene que sea nuestra fe, si con razón nos queremos gloriar del nombre de cristianos, porque desta manera ni los demonios ni los malos creen ni pueden creer como deben. Porque para que esta fe de todas partes esté cuadrada y perfecta, necesario es acompañarla con otra cosa, conviene á saber, que con nuestra voluntad y espíritu sigamos y imitemos las obras de Cristo. Porque, como S. Pedro testifica, muriendo Él, nos dejó rastro por donde sigamos sus caminos (2). Pues de la manera que siendo Él de la substancia de Dios y igual á Dios, se abatió y apocó haciéndose hombre y tomando figura de siervo, así nos por muy claros que seamos en sanctidad ó en autoridad, conviene que nos humillemos y sometamos debajo de su mano poderosa y en la conversación de los otros hombres. Y como Cristo padeció y fué crucificado por nos, así conviene que nos suframos, aunque seamos inocentes, con paciencia cualesquier aflicciones y persecuciones que nos sobrevengan, como dice el apóstol San Pedro (3). Cristo padeció por nos, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas. El cual nunca hizo pecado, ni hubo engaño en su boca, y por maldiciones que le lanzasen, no respondía con otras y cuando padecía, no amenazaba (4). Y como Él murió por nuestros pecados, y acabó esta vida mortal, y fué puesto en la sepul-

(1) Rom. 8. (2) 1 Petr. 2, Philip. 2, 1 Petr. 5, Rom. 12, Marc. 11, 18, Lucæ 21, (3) 1 Petri 2. (4) Rom. 6, Ephes. 4, Galat. 5, Tit. 2.

tura, así nosotros habemos de morir y ser sepultados por toda la vida, y cada día más, digo acabando la mala costumbre de la vida pasada y los deseos y obras de la carne y toda maldad. Y pues Él puso su vida por nos, así pongamos cuando cumpliere no sólo nuestra hacienda, mas nuestras vidas en peligro por nuestros hermanos. Y como el mismo Salvador nuestro se levantó de la muerte á vida inmortal para nunca más morir (1), así nos levantemos de la muerte de la culpa á la vida de la justicia, y perseveremos en ella, y aprovechemos cada día más, y en ninguna manera tornemos á la vida pasada, como tornan los perros á comer lo que vomitaron. Finalmente, como el Señor subió á los cielos (2), así habemos nos agora de subir con el espíritu á los cielos, esto es, á buscar y tomar gusto en las cosas de arriba, y conversar en la tierra á fuero de ciudadanos del cielo, desear ser sueltos desta prisión para estar con Cristo, de tal manera que donde está nuestro tesoro, allí esté nuestro corazón.

(1) 1 Joan. 3, 2 Cor. 12, Rom. 6, 1 Petri 4, 2 Petri 4. (2) Colos. 3, Phil. 1, 3, Matth. 6.

CAPÍTULO X

DEL SÉPTIMO ARTÍCULO DE LA FE Y DEL USO Y CONSIDERACIÓN DÉL

El séptimo artículo es que *de allí ha de venir á juzgar vivos y muertos*. Para lo cual es de saber que dos promesas hay en la Sagrada Escritura de venir nuestro redemptor Jesucristo al mundo, la una para redimirlo, la otra para juzgarlo. La primera fué con grande humildad y mansedumbre, la segunda con grande poder y majestad. Porque el Padre Eterno en pago de haber su unigénito Hijo redimido los hombres y haberse abajado á ser juzgado y sentenciado dellos, y tan maltratado y tenido en poco dellos, le puso en las manos el juicio de los hombres, para que por su sentencia y palabra los malos sean condenados y los justos heredados en las promesas y bienes de su reino. Esto se espera que será en el fin del mundo, y que después no habrá más generación de hombres, ni más nascer ni morir, sino que los malos se quedarán en perpetua miseria y los buenos en perpetua gloria. Y parece muy bien ser éste consejo y obra de las manos y de la justicia de Dios, que pues su Hijo y Redemptor nuestro tanto padeció por los hombres y les predicó la voluntad de su Padre y el camino para ganar el reino del cielo, sea hecho rey y señor y juez de los mismos hombres.

Con la fe deste misterio por una parte nos habemos de alegrar mucho viendo que tan de nuestra parte tenemos el juez, que es el mismo que murió por nosotros, y que es grande merced (como de verdad lo es) la que en esto nos es hecha. Por otra parte, grandísimo espanto y temor, viendo la vida que vivimos, y las obras que hacemos, y lo que debemos al Señor que nos ha de juzgar, y que de tal manera se ha de haber en este juicio, que el principal respecto que se ha de tener es á que la majestad de su Padre sea satisfecha, y su justicia quede cumplida, y que sus enemigos sean castigados (1), y que así como en su muerte quiso de-

(1) Psalm. 109.

rramar su sangre por el celo de la honra que tenía de su Padre, y para que los hombres quedasen perdonados, así en estotra venida no quiere que estas dos cosas se aparten, sino que lo que se hallare enemigo de su Padre, sea tratado como tal, y el amigo y servidor reine perpetuamente con Él, porque así en una venida como en otra siempre se cele la honra del Padre así en el castigo de los malos servidores como en el galardón de los buenos. Por eso nos dejó avisados de cuán estrecha cuenta se nos ha de pedir, que aun de las palabras ociosas ha de haber juicio y razón (1).

El tiempo y día de este juicio no se puede saber, porque dejó nuestro Redemptor puesto silencio sobre eso y dijo que era secreto que á ninguno se comunicaba, que su Padre lo tenía cerrado en su pecho (2). Solamente queda por declarar qué quiere decir que ha de juzgar vivos y muertos. Á esto se responde que por vivos podemos entender los que en aquel tiempo se hallaren vivos, y por muertos los que por todo el tiempo de antes fueren muertos. Ó podemos decir que muertos quiere decir los que serán condenados, y vivos los justos y salvos: porque los unos irán á perpetua muerte, y los otros á perpetua vida.

En este artículo se da doctrina y documento de temor para los buenos y para los malos. Porque unos conciben temor y acatamiento muy grande de contemplar la majestad y poder con que el Hijo de Dios ha de aparecer aquel día, y humillándose delante de su misericordia y teniendo en poco sus obras, ponen toda su confianza en la sangre y bondad del que primero los redimió y entonces los ha de juzgar. Pero á los malos (que solamente saben temer los castigos y penas) también les es provechosa la consideración deste artículo, si del todo no quieren ser perdidos y reprobados: porque muchas veces acontece que viendo el pecador el tormento que le está aparejado, aunque no ame á Dios por lo que en eso le va, comienza á refrenarse de sus malas obras, y desea y procura de seguir otro camino, y poco á poco con los favores del cielo llega á amar y servir al Señor de corazón y voluntad. Porque la misericordia divina es tan grande, que por muchos caminos y maneras se comunica á los hombres.

Y así, los que esta confesión desprecian y tienen en poco, y pa-

(1) Matth. 12 (2) Matth. 24.

rece que con las obras la deshacen y niegan, propriamente son aquéllos en cuyos corazones nunca entra temor bueno ni malo, sino que con gran desenfreno y menosprecio de los castigos con que Dios les tiene amenazados, viven quietos en sus maldades. Y pluguiese á Dios que no fuese tan grande la multitud destos escarnecedores (porque tales se han de llamar) pues parece que zumban de los castigos y penas que la justicia y potencia de Dios tiene aparejadas para ellos. Y dellos hay que buscan maneras y caminos para tener esto en poco, diciendo en sus corazones, y aun á veces por palabras, que el día del juicio va muy á la larga, y que hay mil mundos de aquí allá, y que cuando viniere, estará ya cada uno en su lugar, que no ha de ser tan riguroso como el Evangelio lo pinta, antes creen ellos que aquel día ha de ser para mayor misericordia y perdón, y que todo lo demás se dice para espantarnos, porque no vivamos tan mal. Éstas todas son blasfemias hechas y dichas contra la confesión que deste artículo la Iglesia católica hace. Son soberbias de los vanos y endurecidos entendimientos, que no quieren entender más de lo que su locura y bajeza les enseña. Y es bien que sepan los desventurados, lo primero, que cuanto más tarde aquel día, tanto es peor para ellos y señal de mayor rigor y castigo, si se descuidan y perseveran en sus pecados: lo segundo, que aunque de todos los que vivimos, cada uno haya pasado por su particular juicio, aquel día ha de ser tal que el demonio (que tantos años ha que está condenado) desde agora y desde entonces lo teme, y treme de pensar en él, el cual ha de ser allí juzgado con todos sus ministros y amigos.

§ I

Mas porque la consideración deste juicio hace mucho al caso para refrenar nuestro corazón y criar en él temor de Dios, será bien tratar aquí más largamente de la historia y orden dél. Para lo cual se ha de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para declarar el menor de los trabajos deste día (1). Por donde el profeta Joel, queriendo hablar de la grandeza dél,

(1) Hiere. 30, Joel. 2, Amos. 5, Sopho. 1.

hallóse tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó lamentándose á decir: ¡Ah, ah, ah! ¡Qué día será aquél! Aquel día será día de ira, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y escuridad, día de nieblas y tronada, día de trompeta y estruendo sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas. Pues si quieres saber, hermano, cuál será este día, ponte á considerar las señales que le precederán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del día. Las señales serán, como dice el Salvador (1), que antes que este día venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo Levantarse han gentes contra gentes y reinos contra reinos, y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestes, y hambres, y cosas espantosas que aparecerán en el aire, y otras grandes señales y maravillas. Y sobre todos estos males vendrá aquella persecución tantas veces denunciada del mayor perseguidor de cuantos nunca la Iglesia tuvo, que es el Anticristo, el cual no sólo con armas y tormentos horribles sino también con milagros aparentes y fingidos hará la más cruel guerra contra la Iglesia que jamás se hizo. Pues piensa tú agora, como dice San Gregorio (2), qué tiempo será aquel, cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo, y el verdugo hará milagros delante dél. Finalmente, será tan grande la tribulación destos días, cual nunca fué desde el principio del mundo, ni jamás será. Y si á la misericordia de Dios no pluguiese que se abreviasen estos días, ninguna creatura en ellos se salvaría. Mas por amor de los escogidos se abreviarán (3).

Después destas señales habrá otras más espantosas y más propincuas á este día, las cuales aparecerán en el sol y en la luna y en las estrellas, de las cuales dice el Señor por Ezequiel (4): Haré que se escurezcan sobre ti las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandecerá con su luz, y á todas las luminarias del cielo haré que se entristezcan y hagan llanto sobre ti, y mandaré tinieblas sobre toda tu tierra. Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera haber en la tierra, pues que toda se gobierna por él? Vemos que cuando en una república se revuelven las cabezas que la go-

(1) Matth. 24. (2) Lib. 32 Moralium. Cap. 13 sup. 40 cap. Job. (3) Matth. 24. (4) Ezech. 32, Esai. 13, Joel. 3, Matth. 24.

biernan, todos los otros miembros y partes se revuelven y desconciertan, y toda ella hierve en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando éstas alteradas y fuera de su orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes dél? ¿Cuál estará el aire sino lleno de relámpagos y truenos y cometas encendidos? ¿Cuál estará la tierra sino llena de aberturas y temblores espantosos? Los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar no sólo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y rocas arrancarán de sus lugares. Mas el mar sobre todos los elementos se embravecerá, y serán tan altas sus ondas y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. Á los vecinos espantará con sus crecientes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales que de muchas leguas se oirán. ¡Cuáles andarán entonces los hombres! ¡Cuán atónitos! ¡Cuán confusos! ¡Cuán perdido el sentido, la habla, el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador (1) que se verán entonces las gentes en grande aprieto y opresión, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto, dirán, qué significan estos pronósticos? ¿Qué ha de venir á parir esta preñez del mundo? ¿En qué han de parar estos tan grandes alborotos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, derribadas las alas del corazón y los brazos, mirándose unos á otros, y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto sólo bastaría para hacerlos desmayar, aunque no hubiese más que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos el deseo y la codicia de adquirir, porque la grandeza del temor los traerá tan ocupados, que no sólo se olvidarán destas cosas, sino también del comer y del beber y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar buscando lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crecientes del mar. Y así los hombres irán á meterse en las cuevas de las fieras, y las fieras vendrán á guarecerse en las casas de los hombres, y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusión. Afligirlos han los males presentes, y mucho más el temor de los por venir, porque no sa-

(1) Lucæ 21.

brán en qué fines hayan de parar tan tristes principios. Faltan palabras para encarecer este negocio, y todo lo que se dice es menos de lo que será. Vemos agora que cuando en el mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algún grande trueno ó terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos, y cuán cortados, y cuán pobres de esfuerzo y consejo. Pues cuando entonces el cielo, y la tierra, y el mar, y el aire ande todo revuelto, y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propria tormenta, cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con su caer, ¿quién comerá? ¿Quién dormirá? ¿Quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desventurada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores, mimos y buenos mensajeros de la prosperidad que les ha de venir!

Después de todas estas señales, llegarse ha la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego que abrase y torne en ceniza toda la gloria del mundo. Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que alguna cosa tuvieren por pagar, purgatorio de su culpa. Aquí fenecerá toda la gloria del mundo: aquí expirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generación de las cosas, la variedad de los tiempos, con todo lo demás que de los cielos depende. Y así escribe S. Juan en el Apocalipsi (1) que vió un ángel poderoso vestido de una nube resplandeciente, el cual tenía el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los pies como columnas de fuego, de los cuales uno tenía puesto sobre el mar, y el otro sobre la tierra: y este ángel dice que levantó el brazo para el cielo, y juró por el que vive *in æternum* que de ahí adelante no habría más tiempo, conviene á saber, ni movimiento de los cielos, ni cosa que se gobierne por ellos (y lo que más es) ni lugar de penitencia, ni de mérito ni de demérito para la otra vida.

Después deste fuego vendrá, como dice el Apóstol (2), un arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta que sonará por todas las partes del mundo, con la cual convocará todas las gentes á juicio. Ésta es aquella temerosa voz de que

(1) Apocal. 10. (2) 1 Thesal. 4, Matth. 24.

dice San Hierónimo: Ora coma, ora beba, siempre parece que me está sonando en las orejas aquella voz que dirá: Levantaos, muertos, y venid á juicio. ¿Quién apelará desta citación? ¿Quién podrá rehusar este juicio? ¿Á quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice San Juan (1) que allí el mar entregó los muertos que tenía, y asimismo la muerte y el infierno entregaron los que tenían. Pues ¿qué cosa será ver allí parir el mar y la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandros, allí los Daríos y los Césares de los romanos y los reyes poderosísimos, con otro hábito y otro semblante y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron: y allí, finalmente, se juntarán todos los hijos de Adam para que cada uno dé razón de sí y sea juzgado según sus obras.

Pues estando ya todos resuscitados y juntos en un lugar, esperando la venida del juez, descenderá de lo alto Aquél á quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos: y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz y llamándolos á penitencia (2), así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que como dice Esaías (3), andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las rocas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando viniere á juzgar la tierra. Finalmente será tan grande este temor, que como dice S. Juan, los cielos y la tierra huirán de la presencia del Juez, y no hallarán lugar donde esconderse (4).

Delante del Juez vendrá el estandarte real de la cruz, para que sea testimonio del remedio que Dios envió al mundo, y cómo el mundo no lo quiso recebir. Y así la santa cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entonces dice el Salvador que llorarán y plantearán todas las gen-

(1) Apoc. 20. (2) Luc. 1, Mar. 1., Mat. 19 et 25, Luc. 9 et 21. (3) Esai. 2. (4) Mat. 24.

tes de la tierra (1), y todas ellas herirán y darán golpes en los pechos. ¡Oh cuántas razones tendrán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente y los tormentos por venir. Llorarán su triste suerte, su desastrado nascimiento y su desventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán, y como atajados por todas partes, y pobres de consejo y de remedio, darán golpes y herirán, como dice el Evangelista (2), sus pechos.

Entonces el Juez hará división entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano izquierda y las ovejas á la derecha (3). ¿Cuáles serán estos tan dichosos, que tal lugar y honra como ésta recebirán? Atribúlame, Señor, aquí, aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, según lo escribe el profeta Daniel (4).

Mas ¿de qué cosas piensas se nos ha de pedir cuenta? Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados, dice Job (5). No ha de haber ni una palabra ociosa ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta en aquel juicio (6): y no sólo de lo que pensamos y hicimos, sino también de lo que dejamos de hacer, cuando éramos obligados. Si dijeres: Señor, yo no juré, dirá el Juez: Juró tu hijo, ó tu criado, á quien tú hubieras de castigar. Y no sólo de las obras malas sino también de las buenas daremos cuenta, con qué intención y de qué manera las hicimos. Finalmente (como dice San Gregorio) de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pedir allí cuenta, en qué y cómo los gastamos. Pues si esto ha de pasar así ¿de dónde nasce en los que esto creemos, tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? ¿Con qué nos satisfacemos y lisonjeamos en medio de tantos peligros?

Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas consciencias, que clamarán contra nosotros, y testigos serán también todas las criaturas de quien mal usamos, y sobre todo será testigo el mismo Señor á quien ofendemos, como Él mismo lo significa por un Profeta (7) diciendo: Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros

(1) Mat. 24, Apoc. 1. (2) Luc. 23. (3) Mat. 25. (4) Dan. 9. (5) Job. 14. (6) Mat. 12. (7) Malach. 3.

y adúlteros y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para sacar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y oprimen á los peregrinos y extranjeros que poco pueden, y no miraron que estaba yo allí presente, dice el Señor.

Acusadores tampoco faltarán, y bastará por acusador el mismo demonio, y (como San Agustín escribe) alegará muy bien ante el Juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos estos traidores, pues ellos fueron siempre míos y en todo hicieron mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste y hiciste á tu imagen y semejanza y redimiste con tu sangre: mas ellos apagaron tu imagen y pusieron la mía: rechazaron tu obediencia, y abrazaron la mía: despreciaron tus mandamientos, y guardaron los míos. Con mi espíritu vivieron, mis obras imitaron, por mis caminos anduvieron, y en todo siguieron mi partido.

Pues oída esta acusación, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia que dice (2): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles. Y vuelto con amoroso rostro á los buenos, les dirá: Venid, benditos de la bendición de mi Padre, y tomad la posesión del reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Y así irán los unos á la vida eterna, y los otros al fuego eterno, que dura para siempre, donde arderán, padescerán y morirán eternalmente, en cuanto Dios fuere Dios, maldiciendo su justicia, blasfemando de su gloria y condenando su mala suerte. Éste es el proceso y historia deste tan horrible juicio: por donde cada uno de nosotros verá cuánto le importa hallarse justo para este día, porque no arda para siempre en esta llama.

(1) Matth. 25.

CAPÍTULO XI

DEL OCTAVO ARTÍCULO DE LA FE Y DE LA CONSIDERACIÓN DÉL

AGORA digamos del octavo artículo de la fe, que es, *creer en el Espíritu Sancto*. Y aquí comienza la tercera parte del Credo: porque ya dijimos cómo se dividía en tres partes, y la razón deso, y cómo algunas operaciones de las que Dios obra en nosotros (puesto que sean hechas por todas las tres personas de la Sanctísima Trinidad) algunas dellas se atribuyen á una persona, y otras á otra, por razón de alguna conveniencia que en esto hay. Y pues esto ya está dicho, y tenemos tratado en la primera parte de las obras que atribuímos al Padre, y en la segunda, de las que se atribuyen al Hijo, diremos agora en esta tercera del Espíritu Sancto y de lo que á Él se atribuye. Este artículo comprehende dos cosas: la primera, creer que del Padre y del Hijo procede una tercera persona, que verdaderamente es Dios, de un mismo ser, bondad y poder que las dos primeras. Y aquí se acaba de confesar el misterio de la Sancta Trinidad, en que creemos ser tres personas y un solo Dios verdadero. Y si preguntáis por qué llamamos á esta tercera persona Espíritu Sancto, pues que cada una dellas es espíritu, á esto se responde que no le llamamos Espiritu Sancto por esta razón, porque ya se tiene por sabido que estas personas son espíritu y que la naturaleza divina no es cosa corporal sino espiritual: sino llamámosle Espíritu Sancto por la manera de su producción. Porque así como á la segunda persona llamamos Hijo por ser engendrado, así la tercera llamamos Espíritu, por ser aspirado, ó por otra razón más evidente y más clara para los que no están ejercitados en estudio de letras, y es, por la obra que le atribuímos que en nosotros hace, que es inspirar en nosotros, ó (para hablar más claro) darnos vida espiritual. Porque si vivimos espiritualmente en la vida que Dios quiere que vivamos (que es en su amor y gracia) es por un aliento y un espíritu de vida que del Santo Espíritu nos viene. Y así se entiende la

segunda parte que dije que este artículo comprehendía, que es creer que todo nuestro bien, todas las obras con que agradamos y servimos al Señor, vienen por favor, por doctrina y por virtud del Espíritu Sancto.

Mas por ventura parecerá á alguien ser esto contrario á lo que arriba dijimos. Porque primero tratamos cómo toda nuestra confianza y nuestro bien era del Hijo, y Él era nuestra redempción y nuestra justicia: y agora parece que atribuímos todo al Espíritu Sancto. La declaración desto hace mucho al caso para entender la grandeza destos misterios y para ver las muchas maravillas que Dios nuestro Señor por nosotros tiene obradas. Porque en declarar esto se da mucha lumbre á nuestro entendimiento, y nuestra voluntad se despierta para el agradecimiento y servicio de tan grandes mercedes. Y bien entendido lo que en los otros artículos se dice, poco es menester para que éste de agora se entienda. La obra de nuestra redempción principalmente es de la Trinidad toda, porque de consejo y de voluntad de todas tres personas vino el Hijo al mundo y se hizo hombre, y hecho hombre murió por nosotros y satisfizo por nuestras culpas, y fué sacrificio para que la Trinidad Sanctísima quedase aplacada y satisfecha, y así nos recibiese en su amor y gracia. Mas porque solo el Hijo es el que encarnó, y solo Él fué el sacrificio y la causa meritoria deste perdón y desta gracia, por esta manera se le atribuye particularmente nuestra redempción y salvación. Y porque tener verdadero conocimiento y fe de las cosas que el Hijo hizo por nosotros, y de lo que nos dejó dicho y mandado, y tener aquel amor, aquella limpieza y bondad que debemos, no es cosa de nuestras fuerzas, las cuales no bastan para esto, por eso atribuímos todo esto á Dios, y particularmente al Espíritu Sancto, á quien entre las personas divinas se atribuye la bondad y el amor: porque destas fuentes nace querer Él tomar este cargo de hacernos buenos y entender en nuestra sanctificación. Y así decimos que nuestra redempción por primera y principal autoridad es de la Trinidad Santísima. Y por haber el Hijo muerto por nosotros, es de Cristo nuestro redemptor como de medianero y sacrificio y merecedor deste bien. Y por alumbrarnos para conocer todo esto y darnos fuerza para agradecerlo y servirle, decimos que todo nuestro bien y espiritual vida depende de los dones del Espíritu Sancto. Y así lo que en este artículo se atribu-

ye al Espíritu Sancto, es que nos da aliento para que recibamos á Jesucristo y cumplamos lo que Él nos manda: porque aunque Él se nos dió, no lo sabríamos nosotros tomar ni seguir sin el Espíritu Sancto De manera que en buen romance querrá decir nuestro artículo (allende de la confesión que hacemos de la tercera persona de la Trinidad Sanctísima) que confesamos también que nuestras fuerzas son flacas, y que creemos verdadera y ciertamente que ningún bien habría en nuestros corazones, con que de verdad agradásemos y sirviésemos á Dios, si por el Espíritu Sancto no nos fuese comunicado. Aunque querer el Espíritu Sancto comunicársenos desta manera y dar este favor y gracia, es por haberlo sudado y merecido Cristo nuestro salvador con el sacrificio de su pasión.

Y de aquí se ve quién son los que por obra y voluntad confirman esta confesión, y los que van contra ella. Porque aquéllos conformarán su vida y su corazón con la fe y confesión deste artículo, que desconfiaren de sus fuerzas y se encomendaren á la bondad y misericordia divina para que con su espíritu los guíe y haga que sus almas y sus pensamientos y obras estén vivas en servicio de Su Majestad: y que por mucho que ellos trabajan, no por eso se ensoberbecen ni tienen en más, ni hacen mayor cuenta de su poder. Irán al revés desta confesión las obras de muchos que antes que ningún bien hagan, están soberbios y contentos de lo que han de hacer, teniendo esperanza y confianza de sus proprias fuerzas: y otros que después que han hecho alguna cosa que tenga color de bien, ó que de verdad lo sea, vienen á deshacerlo todo con atribuírlo á sí mismos y dentro en sus corazones darse la honra y victoria deso. También pecan contra este artículo los que estiman poco los dones que del Espíritu Sancto les vienen, y los rechazan y contradicen, como son aquéllos que muchas veces son llamados y avisados deste Espíritu y esforzados para la penitencia y camino del Evangelio, y ellos menospreciándolo y despidiéndolo de sí porfían en su mala vida. Los cuales parece que han tomado porfía con el Espíritu Sancto, Él á llamarlos y ellos á hacerse sordos.

§ I

Mas pues que dijimos que el Espíritu Divino mediante sus dones gobierna y da vida á los justos, los llama y esfuerza y sustenta en el camino del Evangelio, será razón agora decir acerca desto cuántos y cuáles son estos dones, porque hace mucho al caso para que el cristiano tenga más claridad y certeza destas cosas. Es pues de saber que los dones del Espíritu Sancto son siete, conviene á saber, espíritu de sabiduría, espíritu de entendimiento, espíritu de consejo, espíritu de fortaleza, espíritu de sciencia, espíritu de piedad, espíritu de temor. Mostrando el profeta Esaías (1) cómo estas siete maneras de gracia del Espíritu Sancto se juntaron perfectamente en Cristo nuestra cabeza y en su cuerpo, que es la Iglesia (2), dice así: Descansará sobre Él el espíritu de sabiduría y de entendimiento: espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de sabiduría y de piedad, y henchirlo ha el espíritu del temor del Señor. Y es de saber que proceden estos dones ordenadamente subiendo por grados. Del de temor de Dios se sube á los otros dones de uno en otro, y finalmente se llega al más alto y más excelente de todos los dones, que es el espíritu de sabiduría.

El espíritu de temor es don del Espíritu Sancto que nos incita y despierta á que temamos á Dios, no con miedo de siervos, ó como el Apóstol le llama (3), de servidumbre, mas con ánimo de hijos prohijados por Dios, y para que con acatamiento filial reverenciemos á nuestro piadosísimo Padre, procurando con temor y grande cuidado de ninguna manera ofenderle ni perder la gracia y amor con que tanto nos ama. Al cual temor llama San Agustín (4) temor casto, que nasce de la caridad: porque temor de siervos no lo tuvo Cristo, puesto que dél dice el Profeta (5) que fué lleno de temor de Dios.

El espíritu de piedad es don del Espíritu Sancto, por quien somos enseñados y inclinados á que con ardientes y alegres afectos honremos á Dios recta y puramente, y queramos bien al prójimo por amor de Dios, puesto que por sí no nos lo merezca.

---

(1) Esai. 11. (2) Collos. 4. (3) Rom. 8. (4) Sup. epist. ad Galathas, tomo 4, f. 294, et tomo 9, f. 69. (5) Esai. 11.

El espíritu de sciencia es don del Espíritu Sancto, por el cual inflamados nos ocupamos siempre en conocer nuestros defectos, y cómo pasaremos la vida en este malignísimo mundo inocente y prudentemente sin culpa alguna.

El espíritu de fortaleza es el don del Espíritu Sancto, por el cual inflamados perseveramos fuertes y constantes en Cristo, tanto que ni las blanduras ni los trabajos deste mundo nos pueden apartar en manera alguna de la honra y servicio de Dios, y por el cual codiciamos y tenemos sed en toda manera de vivir en justicia.

El espíritu de consejo es don del Espíritu Sancto, por el cual somos enseñados, amonestados y enderezados á que pongamos diligentemente por obra aquellas cosas que consultada la recta razón y deliberado lo mejor, viéremos ser lo que más nos conviene para nuestra salvación y para ensalzar la gloria de Dios, mayormente en las cosas dificultosas.

El espíritu de entendimiento es don del Espíritu Sancto, por el cual se nos descubre el verdadero, recto y católico entendimiento de las cosas divinas.

El espíritu de sabiduría es el don del Espíritu Sancto, por quien nuestro corazón apartado de las cosas temporales y terrenas se emplea todo en la contemplación de Dios y descansa en Él con suavísima consolación y gusto de los deleites soberanos.

Para alcanzar y mejorar estos dones en nuestra alma, conviene rogar á Dios continuamente, confiando alcanzarlos por Cristo hijo de Dios, de quien manan como de fuente copiosísima ríos muy abundosos, conforme á lo que dijo nuestro Redemptor por San Lucas (1): Si vosotros siendo malos sabéis dar á vuestros hijos buenas dádivas, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno del cielo á los que se lo pidieren? Y Sanctiago (2) dice: Cualquiera de vosotros que tuviere necesidad de sabiduría, pídala á Dios: Él la da á todos abundantemente sin echarla en rostro. Pero pida con fe y sin duda alguna.

Con estos siete dones y gracias del Espíritu Sancto mueve y facilita en nosotros las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad; asimismo la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y las anima, despierta, esfuerza y inflama para que siem-

(1) Lucæ 12. (2) Jacobi 1.

pre vivan y estén prestas y fuertes y diligentes en sus proprios ejercicios. Porque la fe y la esperanza y la caridad son levantadas por el espíritu de sabiduría y de entendimiento: la prudencia por el espíritu de sciencia: la justicia por el espíritu de piedad: la fortaleza por el espíritu de fortaleza: la templanza por el espíritu de temor del Señor. Estos siete dones del Espíritu Sancto destruyen y matan en nuestras almas otros siete espíritus y movimientos que el espíritu maligno príncipe de los demonios levanta en los hijos de soberbia y rebeldía, que viven según los deseos de su carne cumpliendo los deseos y pensamientos del pecado. Conforme á lo cual entendemos lo que en el Evangelio (1) se cuenta, que lanzó el Señor del alma de una mujer siete demonios, conviene á saber, que por su espíritu, que vino á comunicar á los hombres, lanzó de las almas de los fieles siete pecados mortales, que son raíz y cabeza de todos los vicios y maldades. Porque viniendo el espíritu más fuerte y más poderoso, como en otra parte se escribe (2), lanza fuera con su poderosa virtud á este espíritu sucio, y renueva en nuestras consciencias espíritu de justicia.

Y viniendo en particular el espíritu de temor quebranta la soberbia y planta la humildad, porque como Salomón enseña (3), el fin de la humildad es el temor del Señor.

El espíritu de piedad, que hace que con alegre corazón queramos el bien del prójimo, hace huir la envidia, conforme á lo que escribe San Pedro Apóstol (4): Con la paciencia guardad la piedad, y con la piedad el amor de los hermanos.

El espíritu de sciencia enfrena la ira, la cual siempre está acompañada con la locura, según está escrito (5): La ira reposa en el corazón del loco. Porque el que recibió el espíritu de sciencia, sabe que se ha de haber con los que injustamente le ofenden de la manera que se han los sanos con los enfermos, ó con los niños, ó con los frenéticos, de los cuales reciben sus padres y amigos y médicos muchas malas palabras y obras, y las sufren con paciencia, y aun si para su salud es necesario, se ofrecen á padecer mucho más hasta que sanen de su enfermedad, ó lleguen á hombres de seso.

El espíritu de fortaleza desbarata grandemente el espíritu de pereza ó tristeza espiritual, y quita todo el mal hastío del alma, y

(1) Mar. 6. (2) Luc. 11. (3) Prov. 22. (4) 2 Pet. 1. (5) Prov. 12, Eccles. 17.

la alegra y aclara sustentándonos con esperanza, según aquello que escribe Esaías (1): En esperanza y en silencio será vuestra fortaleza. Y Nehemías dice (2): No queráis estar tristes, porque el gozo del Señor es vuestra fortaleza. Y el apóstol Sanctiago (3): Cuando alguno de vosotros estuviere triste, haga oración con ánimo sufrido y fuerte, y cante loores á Dios. Que quiere decir: levante dentro de sí el espíritu de fortaleza con que ore á Dios con grandes gemidos.

El espíritu de consejo destierra la avaricia, porque quien por él es enseñado, libremente escoge lo que es mejor, conviene á saber, enriquecer su alma de bienes espirituales y ajuntar tesoros en el cielo, donde nunca se pierden, que amontonar riquezas en la tierra, de las cuales unas se comen de gorgojo, otras de polilla, otras son robadas de ladrones. Lo cual es conforme al consejo del Señor que dice (4): ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde ó padece daño en su alma?

El espíritu de entendimiento degüella la gula, que señorea á aquéllos que como caballos y mulos sin tiento se dan á los vicios (5).

Finalmente, el espíritu de sabiduría destruye la lujuria, porque los que deste espíritu son dotados, deléitanse en Dios, y aborrecen los deleites en que se envuelven como bestias en su estiércol los hombres carnales y deshonestos (6).

Pues pidamos á Dios Padre estos siete dones de su Espíritu por los merecimientos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, contra esta mala cuadrilla de siete malos espíritus, rogándole con las palabras del profeta David diciendo (7): Criad, Señor, en mí corazón limpio, y renovad en mis entrañas espíritu recto. No me despidáis de vuestra presencia, ni apartéis de mí vuestro espíritu sancto. Volvedme la alegría de vuestra salud, y confirmadme con vuestro espíritu principal. Amén.

(1) Esai. 30. (2) Esdr. 6. (3) Jacobi 5. (4) Marci 9. (5) Proverb. 31. (6) Joel. 1. (7) Psalm. 50.

CAPITULO XII

DEL NONO ARTÍCULO DE LA FE Y DEL USO Y CONSIDERACIÓN DÉL

El nono artículo es creer que *hay una Iglesia católica y sancta*, sanctificada por favor y obra del Espíritu Sancto, como tenemos dicho. Iglesia quiere decir tanto como ayuntamiento ó congregación. Y así á toda la congregación de todos los cristianos, doquiera que estén repartidos, llamamos Iglesia. Porque puesto que estén muy apartados los unos de los otros, por concordar todos en una fe y un baptismo y una obediencia de Jesucristo nuestro redemptor, los llamamos Iglesia. Decimos que es sancta, porque están juntos en un cuerpo místico y son miembros dél, tienen por cabeza á nuestro redemptor Jesucristo y son sanctificados por el Espíritu Sancto. Llámase católica á diferencia de las congregaciones cismáticas y de las de los herejes, porque éstos se apartan y hacen división de la verdadera fe y obediencia de nuestro Redemptor: y también se llama católica, para comprehender la Iglesia de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las naciones que tienen una misma fe.

Mas por ventura preguntará alguien dónde ponemos á los cristianos que son pecadores y no quieren salir de sus pecados. Porque éstos no todos serán herejes, ni tampoco veo que sean de la compañía de la Iglesia sancta, siendo tan malos, ni miembros del cuerpo de nuestro Redemptor, pues Él no los tiene por suyos. Á esto se responde que estas palabras, Iglesia sancta, tienen dos significaciones. Por la una entendemos la congregación de todos aquéllos que confiesan la fe católica, aunque haya entre ellos algunos que en sus corazones tengan pecado y no estén juntos con Dios por caridad y por gracia. Y desta manera solamente están fuera desta Iglesia los infieles y herejes. En los demás súfrese que esté por este tiempo la paja junta con el grano. Por la otra significación solamente son entendidos los miembros verdaderamente sanctificados, no solamente por la

profesión de la fe, mas por gracia del Espíritu Sancto, y mediante ella unidos con su cabeza: y déstos habla más claramente la segunda parte del artículo, que es la comunión de los sanctos. Mas los primeros verdaderamente son muy dignos de ser llorados, pues teniendo nombre de miembros de tan sancto cuerpo, de verdad no lo son, sino podridos, esto es, sin espíritu de Dios, sin obediencia y sin amor. Y aunque todavía tienen éstos más aparejo para volver al verdadero camino que los herejes (por la doctrina que oyen, y por no estar metidos en tan grandes errores como ellos) todavía he grande lástima dellos, y querría mucho saber qué corazón tienen, ó qué es lo que sienten cuando vienen á confesar este artículo y dicen que creen que hay acá en la tierra una compañía y iglesia á quien el Espíritu Sancto comunica sus dones, y les da limpieza y sanctidad, sabiendo ellos que no tienen parte en esta compañía, sino que son de la otra que tiene otra cabeza, que es el demonio, que tiene enemistad y bando con el Redemptor del mundo. Por cierto grande razón sería que el que en tan mal estado se halla, y rezando llega á la confesión deste artículo, se turbase consigo mismo y no pasase con tan gran descuido por él, como muchos creemos que pasan. Este artículo convida y avisa á todos los cristianos á que miren mucho por la paz y concordia de la Iglesia, que tengan en grande reverencia y acatamiento el estado y doctrina della, y favorezcan y atiendan mucho por los que sirven á Dios y dan buen ejemplo á los otros, que no pongan á estos tales impedimento ni escándalo alguno: porque los que lo contrario hacen, pecan contra este artículo.

Agora veamos lo que deste artículo se sigue. Porque lo que se sigue es parte de este mismo artículo, que es creer la comunión de los sanctos, que es aquella segunda manera y Iglesia y compañía que arriba dijimos, que es de los miembros sanctificados no sólo por la fe, sino también por la caridad y gracia del Espíritu Sancto. Porque entre éstos se halla esta maravillosa comunión que tienen con Cristo, consigo y con el Espíritu Sancto. Con Cristo, porque Él es su verdadera cabeza que comunica sus virtudes y méritos á estos miembros. Con el Espíritu Sancto, porque todos ellos viven con este Espíritu y con el aliento y gracia que dél reciben, y Él vive, mora y reina en todos ellos y los hace en su manera más unos entre sí que lo son los miembros de un mis-

mo cuerpo, por estar animados con una misma alma. Y entre sí también están unidos, porque participando todos de un mismo espíritu y de la virtud de una misma cabeza, y siendo miembros de un mismo cuerpo, de necesidad se sigue que los bienes de los unos han de ser de los otros, porque las oraciones de los unos valen para los otros y los méritos y penitencias de los unos también valen á los otros, en cuanto hacen más aceptas las oraciones que hacen por ellos. Y con esto les comunican su doctrina, ejemplo, socorro y todo lo demás. Esto es lo que significa la comunión de los sanctos.

No falta agora sino que pues esto es así, trabajemos todos por vivir siempre en esta caridad y largueza con nuestros prójimos todos, principalmente con los que viéremos que son amigos de Dios, porque ya se ve cuán mala cuenta dará deste artículo el que ensoberbecido de sus bienes espirituales se alzare con ellos y quisiere para sí solo la sanctidad y no para otros, y el que por codicia de los temporales dejare de favorecer la gloria, la fe y obediencia del Redemptor y el acrecentamiento de sus fieles: porque este tal claro está que no participa deste Espíritu, ni se tiene por parte deste cuerpo, pues no se emplea en procurar con todas sus fuerzas el bien dél como de cosa suya propria.

CAPÍTULO XIII

DEL DÉCIMO ARTÍCULO DE LA FE

El décimo artículo es creer que *hay remisión de los pecados*. Entiéndese que en esta vida que vivimos por la bondad y misericordia de Dios y por la sangre de nuestro Redemptor, puede uno alcanzar perdón de todos sus pecados, por muchos que tenga hechos, y mala vida que haya vivido, y que puede volver á la amistad y gracia del Señor, la cual perdiera por el pecado. Y por cierto éste es un artículo de grande consolación para los hombres, y que yo no sé cómo acertase á decir el placer que tengo en mi corazón cada vez que me acuerdo desto. Porque por una parte me esfuerzo mucho para pelear contra mis pecados y maldades, por otra tengo grande consolación de pensar que muchos que anduvieron mucho tiempo perdidos y desterrados de la gracia y amor de Dios, volvieron á cobrar este bien y á ser perpetuamente bienaventurados. Mas sobre todo el hombre se ha de alegrar mucho por parte de la honra de Dios y de la sangre de su Hijo y Señor nuestro. Porque parece que ninguna cosa hay que tanto la manifieste, ni que tanto nos descubra cuán grande es el valor y precio que delante de los ojos del Padre alcanzó la sangre del Redemptor, como en dejar abierta esta puerta, por donde cada vez que el pecador se volviese á Él, pudiese ser pordonado de todos sus pecados, por grandes y abominables que fuesen. Por donde parece que contra este artículo particularmente pecan los que por la multitud de sus pecados desesperan ó desconfían de la misericordia de Dios, porque con esto parece que niegan haber en la Iglesia remisión de pecados, pues en ellos no hay esperanza de Dios.

CAPÍTULO XIV

DEL UNDÉCIMO ARTÍCULO DE LA FE

EL artículo onceno es creer *la resurrección de la carne.* Entiéndese que antes que seamos juzgados, habemos todos de resucitar en cuerpo y en alma, y que esta carne que vemos ir á la sepultura y volverse polvo, ha de volver á su mismo ser y á la compañía del alma con que primero estuvo junta, y nunca más apartarse della. Ésta es una de las cosas que más espantó á los filósofos y sabios del mundo: porque quien no tiene don de fe, no puede bien entender las maravillas de Dios. Mas en esto el buen cristiano no tiene más que dudar ni pensar, sino creer que quien tuvo tanto poder que pudo criar el mundo de nada, y hacer el cuerpo del hombre de una poca de tierra, y que cada hora convierte en las plantas y en nuestros cuerpos unas cosas en otras, lo podrá resucitar después de muerto, cuando Él fuere servido.

CAPÍTULO XV

DEL ÚLTIMO ARTÍCULO DE LA FE

El último artículo es creer que dará Dios á los que en este mundo le sirvieron y supieron aprovecharse de la sangre de su Hijo, *una vida eterna*, que nunca ha de tener fin, teniéndolos en su compañía, donde gozarán en cuerpo y en alma de aquellos bienes que Él les tiene prometidos: y que los malos durarán para siempre padeciendo en sus cuerpos y almas los tormentos y penas que merecieron sus obras.

Y porque entre todas las cosas que confiesa la fe y religión cristiana, que principalmente mueven nuestros corazones al amor y temor de Dios, es la consideración desta pena y gloria que está aparejada para buenos y malos, destas dos cosas trataremos más copiosamente en el fin deste Símbolo.

Y comenzando por la primera, que es la gloria de los sanctos, aunque esta materia sobrepuje todo lo que se puede decir y encarecer, y haya en ella muchas cosas que considerar, con todo particularmente podemos considerar estas cinco, entre otras muchas, conviene saber, la excelencia del lugar, el contentamiento de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y la eternidad de todos estos bienes tan grandes.

Primeramente debes aquí considerar la hermosura del lugar, la cual en figura nos escribe San Juan en el Apocalipsi (1) por estas palabras: Uno de los siete ángeles habló conmigo diciéndome: Ven, y mostrarte he la esposa mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu sobre un monte alto y grande, y mostróme la ciudad santa de Hierusalén que descendía del cielo, la cual resplandecía con claridad de Dios: y la lumbre della era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenía esta ciudad un muro grande y alto, en el cual había doce puertas, y en las puertas doce ángeles según el número de las puertas. Los fundamentos de sus muros eran de piedras preciosas, cada puerta de su piedra: y

(1) Apocal. 21.

la plaza era de oro limpio, semejante á un vidrio muy claro. Y templo no vi en ella, porque el Señor Dios todopoderoso es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que le den luz, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara que en ella arde, es el Cordero. Y mostróme además el ángel un río de agua viva, claro como un cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero. Y en medio de la plaza y de la una ribera del río y de la otra estaba plantado el árbol de la vida, que daba doce frutos al año, cada mes uno, y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. Todo género de maldición nunca allí se verá, sino Dios y el Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre dél escrito en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos. Ésta es, hermano, la hermosura desta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por éstas entiendas otras más espirituales y más excelentes que por éstas se nos figuran.

Pues si preguntares por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si eso que parece por de fuera á los ojos mortales, es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está escondido á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas y de tanta hermosura, que espantan los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real y en aquel sacro palacio y en aquella casa de placer, que Él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán amables son (dice el Profeta) tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Desea y desfallece mi alma contemplando los palacios del Señor (1).

¿Quién podrá después deste gozo declarar el que se recibirá con esta tan dichosa compañía? Porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfección, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes. Aquella petición del Salvador, que dice: Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor, así como Nos lo somos por naturaleza (2), allí es donde perfectamente se cumple: porque allí son todos entre sí más unos que los miembros de un mismo cuerpo, porque todos participan un mismo espíritu, el cual da á todos un mismo ser y una bienaventurada vida. Si no, dime:

(1) Psalm. 83. (2) Joan. 17.

¿cuál es la causa por que los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma alma, la cual da á todos ellos un mismo ser y una vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre miembros de tan diferentes oficios y naturalezas, ¿es mucho que aquel Espíritu Divino, por quien viven todos los escogidos (que es como alma común de todos) cause entre ellos otra mayor y más perfecta unidad, pues es más noble causa, y de más excelente virtud, y que da más noble ser? Pues decimos agora: si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas comunes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mismo cuerpo, y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes dellos como con los suyos proprios) siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno dellos ama como á sí mismo? Porque (como dice San Gregorio) aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda: porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí sino que pues es cuasi infinito el número de los bienaventurados, serán cuasi infinitos los gozos de cada uno dellos? ¿Qué se sigue sino que cada uno tendrá las excelencias de todos, pues lo que uno no tuviere en sí, lo tendrá en los otros? Éstos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job (1), entre los cuales había tan grande conformidad y amor y comunicación, que cada uno dellos por su orden hacía un día de la semana su convite á todos los otros: donde resultaba que no menos participaría cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propria, y así lo proprio era común de todos, y lo común proprio de cada uno. Esto obraba en aquellos sanctos hermanos el amor y hermandad. Pues ¿cuánto mayor es la hermandad de los escogidos? ¿cuánto mayor el número de los hermanos? ¿cuánto más bienes y riquezas de que gozar? Pues según esto, ¡qué convite será aquél que nos harán allí los serafines, que son los más altos espíritus y más llegados á Dios, cuando descubrieren á nuestros ojos la nobleza de su condición, y la caridad de su contemplación, y el ardor ferventísimo de su amor! ¡Qué convite harán luego los

(1) Job. I.

querubines, donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría de Dios! ¡Cuál será el de los tronos y dominaciones, y de todos los otros bienaventurados! ¡Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos (1) y con las insignias gloriosa de sus triunfoss! ¡Qué será ver juntas aquellas once mil Vírgenes, y aquellos diez mil Mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra multitud innumerable! ¡Qué gozo será ver aquel glorioso Diácono con sus parrillas en la mano, resplandeciendo mucho más que las llamas en que ardió, desafiando á los tiranos y cansando á los verdugos con paciencia inexpugnable! ¡Qué será ver á la hermosísima virgen Catalina, coronada de rosas y lirios, vencida la rueda de sus navajas con las armas de la fe y la esperanza! ¡Qué será ver aquellos siete Macabeos, con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos (2) por la guarda de la ley de Dios! ¿Qué collar de oro y pedrería será tan hermoso de ver como el cuello del glorioso Baptista, que quiso antes perder la cabeza (3) que disimular la torpeza del rey adúltero? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado San Bartolomé, por Cristo desollado? ¡Oh convite glorioso! ¡Oh banquete Real! ¡Oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Vayan pues los mundanos á sus banquetes sucios y carnales á romper los vientres con sus excesos y demasías. Tal convite como éste convenía para Dios, donde sirviesen tan excelentes manjares.

Sube aún más arriba sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana y hinche de maravillosa suavidad la ciudad de Dios. Alza los ojos y mira aquella Reina de misericordia, llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, de cuya grandeza se glorían los hombres. Ésta es la Reina del cielo coronada de estrellas, vestida del sol y calzada de la luna (4), y bendita sobre todas las mujeres. Mira pues qué gozo será ver esta Señora y madre nuestra, no de rodillas delante del pesebre, no con los sobresaltos y temores de lo que aquel sancto Simeón le profetizara (5), no llorando y buscando por todas partes al Niño perdido, sino con inestimable paz y seguridad

---

(1) Apocal. 7. (2) 2 Machab. 7. (3) Matth. 14. (4) Apocal. 12. (5) Luc. 2.

asentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamás aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para librar al Niño de las celadas de Herodes huyendo á Egipto (1). Ya no se verá más al pie de la cruz (2) recibiendo sobre su cabeza las gotas de la sangre que de lo alto caían, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor. Ya no padecerá más el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron el discípulo por el maestro y el criado por el señor. Ya no se oirán más aquellas tan lastimosas palabras que debajo de aquel árbol ensangrentado con muchas lágrimas decía: ¡Quién me diese que yo muriese (3) por ti, Absalón hijo mío, hijo mío Absalón! Ya todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió más afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel sumo bien, y diciendo: Hallé á quien ama mi alma: téngolo, no lo dejaré (4).

Y si éste es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sanctísima humanidad de Cristo y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz? Cosa será por cierto (como dice San Bernardo) llena de toda suavidad que vean los hombres á un hombre criador de los hombres. Por honra propria tienen los parientes ver un pariente hecho cardenal ó papa: pues ¡cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre y hecho rey de cielos y tierra! ¡Cuán ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vieren que el señor de la posada y el común criador de todos no es ángel sino hombre! Si los miembros tienen por honra suya la que se hace á su cabeza, por la grande unión que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí, donde tan estrecha es la unión de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será sino que todos tengan por suya propria la gloria de su Señor? Éste será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan para darle debido encarecimiento.

Pues ¿qué será sobre todo esto ver claramente aquella divina cara, en que consiste la gloria esencial de los sanctos? Allí veremos á Dios, y veremos á nos, y veremos todas las cosas en Dios. Dice San Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante, ve el espejo, y ve á sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo, así cuando tuviéremos aquel

(1) Matth. 2. (2) Joan. 19. (3) 2 Reg. 18. (4) Cant. 3.

espejo sin mancilla de la majestad de Dios presente, veremos á Él, y veremos á nos en Él, y después todo lo que está fuera dél, según el conocimiento mayor ó menor que tuviéremos dél. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento y no deseará más saber, porque tendrá delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal, en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay más bienes de que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera hinchirá la boca de nuestro corazón, que no le quedará capacidad para más desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado, conviene á saber, fe, esperanza y caridad: cuando á la fe se dé por premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad imperfecta la caridad en toda su perfección. Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío y hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se canta aquel cantar cuasi nuevo que San Juan oyó cantar en su Apocalipsi (1). El cual llama cuasi nuevo, porque aunque él sea siempre de una manera (porque es un común loor que responde á una misma gloria, que todos tienen) pero con todo esto es siempre nuevo cuanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, ese tendrá para siempre sin fin.

Ésta es la gloria esencial de las almas. Mas aquel justo Juez y padre tan liberal no se contenta con sólo glorificar las almas, sino extiende también su magnificencia por honra dellas á glorificar sus cuerpos y dar lugar á las bestias en su palacio real. Quiere también este Señor que el que ayudó á llevar la carga, éntre en el repartimiento de la gloria, y que así como el alma por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene después á participar la gloria de Dios, así el cuerpo que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del alma, venga también á participar la gloria della. Y desta manera serán los justos en cuerpo y alma gloriosos, y como dice el Profeta (2), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las almas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y

(1) Apocal. 14. (2) Esai. 10.

aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaría para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de inefable sabor y dulzura, no para sustentación de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entonces el alma del bienaventurado, cuando por la mortificación y guarda de los sentidos que duró tan poco tiempo, se viere así anegada en aquel abismo de gloria sin hallar cabo á tan grandes alegrías? ¡Oh trabajos bien empleados! ¡Oh servicios bien galardonados! ¡Oh cosa no para hablarse sino para sentirse y desearse y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

Mas agora veamos por cuánto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que solo había de bastar para hacernos andar dando voces y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará este galardón tantos millares de años cuantas estrellas hay en el cielo, y mucho más. Durará tantas centenas de millares de años cuantas gotas de agua han caído sobre la tierra, y mucho más. Durará finalmente cuanto durare Dios, que será para siempre jamás, porque escrito está: El Señor reinará para siempre, y más (1). Y en otro lugar: Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generación en generación (2).

Pues ¡oh Padre de misericordias (3) y Dios de toda consolación! ruégote, Señor, por las entrañas de tu piedad no sea yo privado deste soberano bien. No me des, Señor, en este mundo descanso ni riquezas: todo me lo guarda para allá. No quiero heredar con los hijos de Rubén en la tierra de Galaad y perder el derecho de la tierra de promisión (4). Una sola cosa pedí al Señor, y ésta siempre buscaré, que more yo en casa del Señor todos los días de mi vida (5).

(1) Exod. 15. (2) Psalm. 144. (3) 2 Cor. 1, Luc. 1. (4) Num. 32. (5) Psalm. 26.

CAPÍTULO XVI

DE LA SEGUNDA PARTE DESTE ARTÍCULO, QUE ES DE LA PENA DE LOS MALOS

La segunda parte deste último artículo es que así como hay gloria para los buenos, así también hay castigo y penas para los malos. La consideración destas penas es grandemente provechosa para muchas cosas: lo primero, para movernos al amor de los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movía el bienaventurado San Hierónimo, el cual dice de sí mismo que por el gran miedo que tenía concebido de las penas del infierno, se había condenado á hacer tan áspera penitencia como él escribe que hacía en aquel desierto.

Aprovecha también (como dice Ricardo) para vencer las tentaciones del enemigo, cuando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror destas penas, y apagamos la llama del deleite antes que arda, con la memoria de las llamas que nunca se apagarán. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos Padres del yermo que siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas de fuego para ver si podía sufrir aquel poco de calor: y como no lo pudiese sufrir, volvióse contra sí mismo y dijo: Si no puedo sufrir este pequeño calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno que durará para siempre?

Aprovecha también esta consideración para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduría (1) y comienzo de la caridad, y después della es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado, visto el miserable galardón que por él se da, que es la muerte perdurable. Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente se reducen á dos, que son, pena de sentido y pena de daño. Pena de

(1) Psalm. 110.

sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados, y pena de daño es el haber de carecer para siempre de la visión y compañía de Dios.

Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan grande ardor y eficacia, que según dice San Agustín (1), este nuestro de acá es como pintado, si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino también las almas: y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque así sea la pena eterna. Lo cual dice San Agustín que se hará por especial milagro (2): porque Dios que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propriedad á aquel fuego, que de tal manera atormente que no consuma. Pues mira tú agora qué sentirán los malaventurados estando siempre echados en tal cama como ésta. Y para que mejor puedas entender esto, ponte á imaginar lo que sentirías si te echasen en una grande calera cuando estuviese más viva y más encendida, ó en algún grande horno, como aquel que encendió Nabucodonosor en Babilonia (3), cuyas llamas subían cuarenta y nueve codos en alto: y por aquí podrás barruntar alguna cosa de lo que allí se pasará. Porque si este nuestro fuego que (según dijimos) es como pintado, así atormenta ¿qué hará aquél, que es verdadero? No me parece que sería necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso y hacer aquí una estación hasta sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no menos intolerable, que será un espantoso frío que con ninguno de los nuestros se puede comparar: el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job (4), de las aguas de nieve á las llamas encendidas de fuego, para que no quede género de tormento por probar á los que ningún género de deleite quisieron dejar de gustar.

Y no solamente los atormentará el frío y el fuego, sino también los mismos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantosos en que les aparecerán, los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos y redes de Satanás. Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pen-

(1) Aug., super psal. 37, et in sermone vigil. Pentec. (2) Aug., ubi supra, et de Civitate Dei, libr. 21, cap. 2. (3) Dan. 3. (4) Job 24.

sar: porque si nos consta que algunas personas perdieron el sentido y aun murieron de espanto con la vista ó imaginación de algunas cosas temerosas, y á veces la sospecha sola dellas nos hace levantar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago escuro, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrecerán á los ojos de los malos?

Al tormento de los ojos se acrecienta otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomportable que habrá en aquel lugar para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo, como lo amenaza Dios por Esaías diciendo (1): Porque se mostraron vanas las hijas de Sión, y anduvieron con los cuellos levantados, guiñando los ojos, y pavoneándose en su pasear, y haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos, por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza, con todos los otros atavíos profanos, y darles ha en lugar de los suaves olores hedor, y en lugar del ceñidor una cuerda, y en lugar de los cabellos trenzados la calva pelada, y en lugar de la faja á los pechos un cilicio, Ésta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos. Para sentir algo desta pena ponte á considerar aquel tan extraño género de tormento que un tirano cruelísimo inventó para ajusticiar los hombres: el cual tomando un cuerpo muerto, mandaba estirarlo sobre uno vivo, y atando muy fuertemente el vivo con el muerto, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto matase al vivo con el hedor y gusanos que dél salían. Pues si te parece tan medroso este tormento, dime, ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar donde los malos estarán?

Y si esta pena se da á las narices, ¿qué tal es la que se dará á los oídos, con los cuales se cometen mayores pecados? Éstos pues serán atormentados con perpetuas voces, clamores, gemidos y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena otra cosa sino aleluya perpetua (2) y loores divinos, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores sino blasfemias y maldiciones de Dios y una desentonada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantan al son de los martillos y golpes de los verdugos. En la cual será tanta la confusión y va-

(1) Esai. 3. (2) Apocal. 19.

riedad de voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella triste carcelería, que ni cuando Troya se tomaba, ni cuando Roma se ardía, es todo nada en comparación de lo que allí será.

Para sentir algo desta pena, imagina agora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita multitud de cautivos y heridos y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces cada uno de su manera, así hombres como mujeres, como niños, como viejos. Dime, ¿qué parecería este ruido tan grande y de tanta confusión? Pues ¿qué parecerá aquel espantoso ruido de tan grande número de condenados, los cuales perpetuamente no harán otra cosa sino gritar, y blasfemar, y renegar de Dios y de sus sanctos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegados y forzados esté poblada? Éstos son los maitines que allí se cantan, ésta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas, y éstos sus laudes y cantores, de los cuales serán hermanos y cofrades todos los murmuradores y maldicientes y los que dieron oídos á las mentiras del enemigo.

Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio (1) la sed que padecía aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al sancto Patriarca pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua que tenía tan abrasada.

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo: pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del alma, á los cuales ha de caber tanto mayor parte de pena cuanto fueron más descuidados en atajar la culpa. Porque primeramente la imaginación será allí atormentada con una tan vehemente aprehensión de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará, ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo, no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento dél, porque el mismo dolor despierta la imaginación para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¡cuánto más acontecerá esto allí donde el dolor es sin comparación más insufrible! Desta manera la imaginación avivará el dolor, y el dolor la imaginación, para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Éstas serán los meditaciones continuas de aquéllos que nunca quisieron mientras vivían acordarse destas

(1) Luc. 16.

penas, para que los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

La memoria también por su parte los atormentará, cuando allí les recuerde su antigua felicidad y sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padecer tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenían aquellos bocados que tan dulces les parecían. Entre todas las maneras de adversidades, la mayor dice un sabio que es haberse visto en prosperidad, y después venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos deste mundo volvieren los ojos atrás, y se acordaren de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron, y vieren cómo á aquella abundancia sucedió tanta esterilidad, que no se le da una sola gota de agua, y que ya los regalos se mudaron en trabajos, y las delicadezas en miserias, y los olores en hedores, y las músicas en gemidos, ¡qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán!

Mas mucho mayor aún será cuando se pusieren á medir la duración de los placeres pasados con la de los dolores presentes, y vieren cómo los placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¡qué dolor será aquél, y qué gemido de corazón, cuando echada bien esta cuenta, vieren que todo el tiempo de su vida no fué más que una sombra de sueño, y que por deleites que tan presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán!

Éstas son las penas que padecerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada: pero mucho mayores serán las que padecerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nasce aquel gusano remordedor de la consciencia, con que tantas veces amenaza la Escritura (1), el cual de día y de noche siempre morderá, y roerá, y se apascentará en las entrañas de los malaventurados. El gusano nasce del madero, y siempre está royendo el madero donde nasció: y así este gusano nasció del pecado, y siempre tiene guerra con el mismo pecado que lo engendró.

Este gusano es una comezón y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos cuando consideran lo que perdieron, y la causa por que lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para

(1) Marci 9.

no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita de delante: ésta siempre (aunque en balde) les está comiendo las entrañas y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien, y no me quise dél aprovechar! Tiempo hubo en que me ofrecían este bien, y me rogaban con él, y me lo daban de gracia, y no lo quise. Por confesar y pronunciar por la boca mis pecados, me los perdonaban: por pedir á Dios el remedio, me lo otorgaban: por solo un jarro de agua fría me daban la vida eterna. Agora para siempre ayunaré, y lloraré, y me arrepentiré de lo que hice, y todo será en vano. ¡Oh cómo ya pasó aquel tiempo, y nunca más volverá! ¿Qué me dieron porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que dellos hubiera de gozar tantos años cuantas arenas hay en el mar, todo esto era nada en comparación de lo que aquí se pasa. Y no dándome nada desto, sino una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por ésta he de llevar á cuestas un perpetuo tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado trueque, y malaventurada hora y punto en que así me cegué! ¡Oh ciego de mí! ¡Oh mezquino de mí! ¡Oh mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló, y maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto y mi nacimiento y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese ser. Dichosos y bienaventurados los que nunca fueron, los que nunca nascieron, los vientres que no engendraron y los pechos que no criaron (1).

Desta manera los miserables maldirán á todas las criaturas, y principalmente á aquéllas que les fueron causa de su perdición. Así leemos en las Vidas de los Padres, de un sancto varón que vió en revelación un pozo muy hondo, lleno de grandes llamas de fuego, y en el medio dellas andaban un padre y un hijo atados uno á otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decía: Maldito seas, hijo, que por dejarte rico me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decía: Maldito seas, padre, que pensando me hacías bien, me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

Sobre todo esto, ¡cuáles serán los tormentos y dolores de la

(1) Luc. 23.

mala voluntad! En ella está siempre una envidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les estará siempre royendo las entrañas no menos que aquel gusano ya dicho. Desta pena dice el Psalmo: El pecador verá y airarse ha, con sus dientes regañará y deshacerse ha, y el deseo de los malos perecerá (1). Tendrán otrosí un tan grande aborrecimiento y odio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso herido con la lanza se vuelve con grande furia á morder la lanza, así ellos querrían (si les fuese posible) despedazar á Dios, porque saben que Él es el que les hinca la lanza y el que desde lo alto los hiere con la espada de su justicia. Tienen también grandísima obstinación en el mal: porque no les pesa ni porque son malos ni porque lo fueron, antes quisieran haber sido peores: y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan á Dios, sino por su proprio amor y porque pudieran excusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen también una perpetua desesperación, porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan della que les podrá jamás perdonar. Y ésta es la causa de sus blasfemias y de aquel deslenguamiento contra Dios: porque como ya nada esperan dél, procuran vengarse dél en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

§ I

En que se prosigue la misma materia de las penas del infierno.

¿Quién podrá creer que después de todas estas penas ya dichas, queda aún más que padecer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparación de la que queda por decir. Mira tú cuál será esta pena, pues tan espantosos tormentos como los que están dichos, se llaman nada comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí contamos, pertenecen por la mayor parte á la pena de sentido: queda después désta la pena de daño (que arriba tocamos) que es sin comparación mayor. Porque no es otra cosa pena sino privación de algún

(1) Psalm. III.

bien que se poseía, ó se esperaba poseer: y cuanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde, como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer dél será mal infinito y el mayor mal de todos los males.

Allende desto, como Dios sea el centro del alma racional y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nasce que apartar esta alma de Dios le es el más penoso dolor y apartamiento de cuantos pueden ser. Por lo cual dice San Crisóstomo que mil fuegos del infierno que se juntasen en uno, no darían al alma tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios.

No se puede explicar con palabras hasta dónde llega este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras y cautiverios, cuando quitan los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua división y ausencia de Dios. Pues para entender algo desto, ponte á mirar aquel tan terrible género de muerte con que un tirano dicen que atormentaba los hombres: el cual hacía bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las dos puntas dellas mandaba atar los pies del triste hombre que quería ajusticiar: y esto hecho, mandaba soltarlas de prisa, para que levantándose ellas á sus lugares naturales, lanzasen á volar el cuerpo por lo alto, y lo despedazasen en el aire, llevando cada una de las ramas su pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte sino el todo de nuestra alma, especialmente habiendo de durar, no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir la rama á lo alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios? Sobre todas estas penas referidas aún hay otras: porque éstas son penas generales y comunes á todos los condenados: mas sobre éstas hay otras particulares asignadas y proporcionadas á cada uno según la cualidad de su delicto, como lo significó el profeta Esaías cuando dijo: Medida se dará contra medida, porque así lo determinó el Señor en su corazón duro en el día del estío (1). El estío significa la inflamación y furor de la ira divina, el corazón duro la terribilidad de la sentencia que casti-

(1) Esai. 27.

gará culpas temporales con penas eternas. La medida contra medida será la cuantidad y proporción de la pena conforme á la cualidad de la culpa. Porque allí ha de resplandecer la hermosura y orden de la divina justicia, dando á cada uno lo que mereciere, según la condición de su pecado. Desta manera serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí picados con aguijones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán vestidos en llamas de azufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presuntuosos serán llenos de perpetua confusión: y así todos los demás. Pues ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, granjeadores de hacienda, inventores de nuevos trajes, comidas y deleites! ¡Oh ciudad triste y mezquina de Babilonia, quién hiciese agora llanto sobre ti, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo (1): Si conocieses agora tú! ¡Oh, si conocieses cuán caros te han de costar estos bocados, y cuán rigurosos verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fruta antes de tiempo, por fuerza les ha de hacer dentera: y así porque los mundanos quisieron gozar antes de tiempo del descanso y tener paraíso en lugar de destierro, estaba claro que algún día les había de parecer acedo este bocado, según lo amenaza Dios por su Profeta, diciendo: Todo hombre que comiere las uvas acedas antes que maduren, sepa cierto que le han de amargar (2). Pues aquél come las uvas antes de maduras, que quiere anticipar en esta vida los deleites de la otra, al cual amargará después este bocado cuando fuere castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar antes de tiempo.

Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cien mil, y después destos cien mil añadirse han tantos millares de millones de años cuantas estrellas hay en el cielo y cuantas arenas hay en el mar: y después de todo esto cumplido comenzará á padecer de nuevo, y así andará siempre la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Esaías (3), desde ayer el valle de Tofet,

(1) Lucae 19. (2) Hierem. 31, Hebr. 8. (3) Esai. 10.

aparejado está por mandamiento del rey: su mantenimiento es fuego y mucha leña, y el soplo del Señor Dios de los ejércitos así como un arroyo de azufre corriente soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado desde ayer, conviene á saber, desde el principio del mundo para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba, y la leña deste fuego no es de mil cargas ni de cien mil, sino de tantos millares de cargas cuantos cuerpos y almas hay allí de condenados. Y porque estén seguros de que este fuego nunca se apagará, por eso tendrán siempre los demonios cuidado de soplarlo y atizarlo, los cuales como sean inmortales, nunca jamás se cansarán de soplarlo. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno que nunca se cansará.

Gran cosa sería si pudiesen los hombres entender algo desta duración como es. Porque sin duda sólo esto bastaría para freno de todos nuestros vicios y aficiones. Y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

Ponte pues á pensar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores, y cuanto es mayor su delicto, tanto los queman con menos fuego, para que así sea más largo su tormento. Mas ¿cuánto será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir de espacio al tormento? Apenas podrá ser un día natural. Pues dime agora por caridad: si tan terrible y tan inhumano linaje de tormento es el que aun no dura un día entero, y con poco fuego, ¿qué tal será aquél que dura por una eternidad y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda apuntar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento no habría peligro, ni camino, ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué sería razón que todos hiciésemos por escapar deste tormento?

Piensa también cuán terrible género de tormento era aquél que inventó aquel cruelísimo tirano Falaris, de quien se escribe que mandaba meter el hombre que había de ajusticiar en el vientre de un toro hecho de metal, y le hacía echar fuego debajo para que el miserable hombre con el calor del metal se fuese poco á poco quemando y no pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sino arder y bramar y balancearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto que no se le estremez-

can las carnes sólo en pensarlo? Pues dime agora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparación de lo que aquí tratamos, sino un sueño de sombra? Pues si sólo pensar esto nos espanta, ¿qué hará, no pensarlo, sino padecer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera más que uno solo entre los hijos de Adam el que desta manera hubiera de padecer, bastaba éste para hacernos temblar á todos. Porque no era más que uno entre los discípulos de Cristo el que lo había de vender, y cuando Él dijo, uno de vosotros me ha de entregar, todos comenzaron á temer y entristecerse (1), por ser la cosa tan grave. Pues ¿cómo no temblaremos nosotros sabiendo cierto que es infinito el número de los necios, y que es estrecho el camino de la vida, y que el infierno ha alargado sus senos (2) para los muchos que van á él? Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y razón? Y si hay fe y razón, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos (como hicieron muchos de los sanctos) á hacer vida entre las bestias, por escapar destos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso, imaginando en tan extraño peligro, pues otros menores acontecimientos bastaron, no sólo para desvelar y privar de juicio á los hombres, sino también para acabarles la vida?

Pues ésta es la mayor pena de los miserables, saber que Dios y su pena corren á la par, y por esto su mal no tendrá refrigerio, porque su pena no tendrá fin. Si los malaventurados creyesen que después de cien mil cuentos de años se había de acabar su pena, esto solo tendrían por grandísima consolación, porque todo esto puesto que tarde, tendría fin. Mas su pena no lo tiene porque (como dice San Gregorio) dase allí á los malos muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin defecto, porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto nunca desfallece. Por esto dijo el Profeta: Así como ovejas están puestos en el infierno, y la muerte se apascentará en ellos (3). La yerba que se pasce, no se arranca del todo, porque queda viva la raíz, que es el origen de la vida, la cual la hace revivir, para que otra vez se pueda pascer. Y por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se pasce, y siempre revive. Pues desta manera se

(1) Matth. 26, Marci 14, Luc. 22, Joan. 13. (2) Esa. 5, Abac. 2. (3) Psalm. 48.

apascentará la muerte en los malaventurados: y así como la muerte no puede morir, así nunca se hartará deste pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamás de tragar este bocado, porque tenga ella siempre que comer, y ellos siempre que padecer.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA DECLARACIÓN DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE SE DECLARA CUÁNTO NOS IMPORTA LA GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS, CON OTRAS COSAS Á ESTE PROPÓSITO.

HASTA aquí hemos tratado de los artículos de nuestra fe. Y puesto que de la doctrina de la fe se podría sacar la de las obras, y por lo que cada uno confiesa que cree, podría bien conocer lo que es obligado á hacer y cuándo deja de cumplirlo, mas porque no todos alcanzan esto tan claramente, bien será, ya que habemos dicho de lo que toca á nuestra fe, que digamos también de la doctrina de las obras. La cual está escrita en los diez mandamientos que Dios dió á su pueblo, donde Él declara cómo quiere ser servido, y esto tan llana y abiertamente, que ningún hombre por poco que sepa, puede dejar de entenderlo.

Pero antes que ponga las palabras de la ley de Dios, con que fueron dados los diez mandamientos, quiero decir algunas cosas que tuve por no poco provechosas para este propósito. Y sea lo primero, quién escribió la ley de los diez mandamientos: lo segundo, qué fructo ó provecho sacamos della: lo tercero, la obligación que los cristianos tenemos de guardarla.

Cuanto á lo primero, por averiguado sin duda alguna tenemos como cosa declarada y certificada en las Escrituras sanctas que el mismo Dios nuestro fué el autor y Él mismo escribió los diez mandamientos con su propria mano en dos tablas, según leemos

en el Éxodo (1) por estas palabras entre otras: Eran aquellas tablas hechas por obra del Señor, y la escritura de Dios estaba esculpida en las tablas, etc. Pues si Dios es el autor y escritor desta ley, justísima cosa es que sea de nosotros tenida en grandísima honra y estima, porque si las leyes del príncipe, que es hombre, se honran y se cumplen, ¿cuánto más se ha de venerar y obedecer la ley de Dios?

Cuanto á lo segundo, tiene esta ley estos provechos. Primeramente danos á conocer los pecados para que sepamos cuándo y de qué manera y cuán gravemente pecamos, según dice San Pablo: Por la ley tenemos conocimiento del pecado. Y otra vez dice: No conozco qué es pecado sino por la ley (2). El cual conocimiento tiene gran fuerza para provocarnos á buscar la gracia de Dios y la penitencia de nuestras culpas. Lo segundo nos enseña la ley cuáles son verdaderamente buenas obras y qué es lo que Dios quiere que hagamos para cumplir su sancta y perfecta voluntad, según aquello de San Pablo que dice: La ley es sancta y el mandamiento justo y bueno (3). Para todo esto es la ley prueba manifiesta y nos da verdadera experiencia con que entendemos si cumplimos la voluntad de nuestro Padre celestial, y si en lo que hacemos, nos movemos por su espíritu: porque como San Pablo dice (4), los que andan á gusto de su carne, no tienen espíritu de Dios.

Cuanto á lo tercero, la ley es una jurisdicción espiritual que nos obliga á que no hagamos males desenfrenadamente, mas vivamos vida honesta y bien ordenada. De donde San Pablo dice: La ley es nuestro ayo. Y luego dice: La ley fué puesta para reprimir á los quebrantadores della (5). Y pues tantos y tan grandes fructos nos trae la ley de los diez mandamientos, no conviene que sea de algún cristiano despreciada ó tenida en poco.

Pero dirá alguno: ¿qué tenemos que ver los cristianos con la ley de los diez mandamientos, que se dió á los judíos, pues que no somos judíos sino cristianos y hechos libres de aquella ley por Cristo, según lo que el Apóstol dice (6): No estáis sujetos á la ley, sino á la gracia? A esta objeción respondemos brevemente que no hay duda sino que la doctrina de Cristo pertenece á los cristianos: pero es cierto que la doctrina de Cristo no es otra cosa sino

(1) Exod. 12. (2) Rom. 3 et 7. (3) Rom. 7. (4) Rom. 8. (5) Galat. 3. (6) Rom. 6.

una cierta y perfectísima declaración de los diez mandamientos de la ley, como parece muy claramente en el capítulo quinto de San Mateo (1). Luego de aquí se sigue que verdaderamente nos pertenece la ley de los mandamientos no menos que á los mismos judíos á quien se publicaron primero. Y puesto que Cristo nos libró de la ley, no por eso se sigue que somos exentos de guardar la ley de los diez mandamientos. Porque solamente fuimos por Cristo libres de la ley en aquellas ordenaciones que ella disponía acerca de las cerimonias y de los juicios y fueros del pueblo. Porque éstas no nos obligan: las cuales fueron dadas á solo el pueblo de los judíos, que más alta doctrina no alcanzaba, y para cierto tiempo, conviene á saber, hasta que el Redemptor viniese. Y ciertamente tanto es verdad que Cristo no nos libró del cumplimiento de los diez mandamientos, que antes quiso que á esto fuésemos muy obligados, como lo declaró manifiestamente cuando dijo aquellas palabras (2): No penséis que vine á deshacer la ley ó los Profetas: no vine á deshacer la ley, sino á cumplirla. En verdad os digo que antes se podrá deshacer el cielo ó la tierra que perecer una letra ó una tilde de mis palabras. Pues quien traspasare uno destos pequeños mandamientos, y así enseñare á los hombres, éste no tendrá parte en el reino de los cielos. Y quien los cumpliere y enseñare, gozará de grandes bienes en el reino de los cielos.

Mas primero que tratemos en particular de cada uno destos mandamientos, será bien declarar brevemente cuál sea el fin y intención destos mandamientos. El cual sin duda no es otro sino que el hombre en todas sus obras así interiores como exteriores sirva al Señor, y sean todos sus hechos un traslado de su bondad y limpieza. Esta voluntad de Dios está declarada por diez mandamientos, porque éstos comprehenden en sí todas las obras en que el hombre en esta vida puede ocuparse, ó la mayor parte della, y son plática y ejecución de la misma fe que ya dijimos. Estos mandamientos dió el Señor á Moisés escritos en dos tablas de piedra. En la primera estaban los tres que principalmente pertenecen á la religión, que es á la gloria y honra de Dios. En la segunda los siete que pertenecen al prójimo, y son como ramas que nacen de la raíz de los tres primeros.

---

(1) Matth. 5. (2) Matth. 5.

También es aquí de notar que entre estos mandamientos unos son afirmativos y otros negativos: porque unos entran mandando y ordenando alguna cosa que se ha de hacer, como cuando dice: Honra á tu padre y á tu madre, y otros negando y defendiendo alguna cosa que no se haga, como cuando dice: No matarás, no hurtarás, etc. La obligación destas dos maneras de mandamientos es un poco diferente: porque los mandamientos afirmativos, aunque nos obligan siempre (porque siempre estamos obligados á la guarda dellos) no nos obliga la ejecución dellos en todo tiempo, como parece en este mandamiento de honrar á los padres, que no nos obliga sino al tiempo que se ofreciere ocasión para eso. Mas los mandamientos negativos obligan siempre y en todo tiempo, porque en todo tiempo estoy obligado á no matar, no hurtar y no retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Por la cual razón no cumple el que tiene alguna cosa que restituir, con tener propósito de restituir adelante, si luego puede hacerlo: porque va contra este mandamiento negativo de no tomar ó retener lo ajeno, que es mandamiento negativo, el cual nos obliga en todo tiempo.

Mas aquí es mucho de notar que aunque entre estos mandamientos unos sean afirmativos y otros negativos, con todo ningún afirmativo hay que no encierre y presuponga otro negativo, y ningún negativo que no encierre otro afirmativo. Porque (declarando esto por ejemplos) el mandamiento afirmativo de honrar á los padres encierra otro negativo de no deshonrarlos, ni injuriarlos, ni desacatarlos. Y el mandamiento negativo de no tener dioses ajenos encierra otro afirmativo, que es tener al Señor por su verdadero Dios, y adorarlo, y servirle como á tal. Esto es lo que generalmente se debe mirar en cada uno destos diez mandamientos, para que mejor sean entendidos. Y presupuesto agora este pequeño preámbulo, comencemos á tratar de cada uno de los mandamientos en particular.

CAPÍTULO II

DEL PRIMER MANDAMIENTO

El primer mandamiento es: *No tendrás dioses ajenos delante de mí.* Este mandamiento, aunque se da en forma de negativo, prohibiendo el culto y honra de los falsos dioses, todavía (como dijimos) encierra en sí otro afirmativo, á saber, que á solo el Señor tengamos por verdadero Dios, adorando á Él solo, amándolo y venerándolo como á tal, y haciéndole así en el corazón como en las obras el tratamiento que se debe á tal Señor: porque esto es tenerlo por Dios.

Para entendimiento deste mandamiento se han de notar dos cosas: la primera, que este mandamiento es el mayor de todos los otros mandamientos. Lo cual manifiestamente determinó el Señor en el Evangelio (1) respondiendo á un letrado de la ley que le preguntó diciendo: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley? Al cual respondió el Señor: Amarás á tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Éste es el primero y el mayor de los mandamientos. Y cuando dice, el mayor, no entiende una sola mayoría, sino todas las mayorías que el entendimiento humano puede comprehender: porque este mandamiento es mayor en dignidad, en obligación, en perfección, en valor y merecimiento y en todo lo demás que se puede decir, como luego se verá. Porque así como hay diversas maneras de personas en el mundo á quien estamos obligados, así hay diversas maneras de preceptos para cumplir. Porque una es la obligación que tenemos á los padres, otra á los señores, otra á los prelados, otra á los maestros, otra á los amigos y bienhechores, y así á los demás: pero ninguna destas obligaciones viene á cuento con la que tenemos á Dios, pues ninguno es tan padre, ni tan madre, ni tan rey, ni tan señor, ni tan amigo, ni tan bienhechor, etc., como Él: antes en todas estas ma-

(1) Matth. 22.

neras de personas apenas se halla más que un solo título de obligación, mas en Dios hállanse todas estas obligaciones juntas, y todas en sumo grado de perfección, y así hacen este mandamiento de grandísima obligación, de tal manera que cuanto nos es más Dios que todas estas cosas, tanto es mayor la obligación que tenemos á este mandamiento que á todos los otros. De donde nasce que todos los otros mandamientos se han de regular por éste, porque en tanto nos obligan ó no obligan en cuanto no contradicen á éste: porque si alguna vez contradijesen, entonces ya no nos obligarían, como lo significó el apóstol San Pedro cuando dijo (1): Más razón es obedecer á Dios que á los hombres, aunque sean príncipes, cuando mandan contra lo que manda Dios. Y de aquí es lo que dice San Hierónimo, que para ir á servir á Dios, si fuere menester poner el pie á padre y madre, que todo se haga por Él: porque suma piedad es ser en este caso cruel.

Es también este mandamiento de gran perfección y merecimiento: porque ninguna cosa hay en que el hombre más merezca y con que mayor perfección alcance, que con estar siempre ocupado en amar á Dios, alabar á Dios, contemplar en Dios y emplear todo su corazón y voluntad en Él, haciendo en la tierra lo que siempre se hace en el cielo. Y por tanto el verdadero cristiano esto ha de tomar por último fin de su vida, á esto ha de enderezar todas sus obras, esto ha de procurar y pretender en todas las cosas, esto ha de pedir al Señor en todas sus peticiones, esta ha de ser la más continua ocupación de toda su vida, de tal manera que todo el tiempo que se le pasare sin amar y contemplar en Dios, ó hacer alguna cosa por su amor, lo tenga por perdido y piense que en aquel tiempo no vivió.

La segunda cosa que aquí se ha de notar es que este primer mandamiento de la ley es la plática del primer artículo de la fe. Porque aquél nos dice lo que Dios merece, y éste nos manda ponerlo por obra. Porque el primer artículo de la fe dice que Dios es Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra: éste dice luego: Pues si tú crees y confiesas por tal á ese Señor, sírvele como á tal, adóralo como tal y hazle el tratamiento que tal Padre, tal Dios y tal Señor merece. Declaremos esto por ejemplos. Tú crees y confiesas que ese Señor es Dios, y que es también tu

(1) Actuum 5.

padre, no sólo por creación sino también por adopción (porque por los méritos y ruegos de su Hijo te tomó por hijo en el sancto baptismo y te dió espíritu y corazón de hijo): pues si así es, ámalo como á padre con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, como tal padre merece ser amado. Si es tu padre, y padre todopoderoso, razón es que pongas en Él toda tu esperanza, de tal manera que en todas las tribulaciones y angustias desta vida, cuando ningún remedio hallares en las criaturas, levantes los ojos á los montes, de donde te ha de venir el socorro (1), quiero decir, que mires para Él y estés seguro debajo de las alas de su providencia paternal, pues es cierto que ni le faltará voluntad para remediarte, pues es tu padre, ni poder para salvarte, pues es todopoderoso. Desta manera confiaba el Profeta cuando decía (2): El Señor es mi claridad y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Y en otro lugar (3): Pues que el Señor me rige y tiene cargo de mí, ninguna cosa me puede faltar.

Item, si es tu padre, y tal padre, requiérese que á Él recurras por oración en estas mismas necesidades, como hacen los hijos á las casas de los padres, porque no digas una cosa con las palabras y otra con las obras, sino que pues lo llamas á boca llena padre, así acudas en todos tus trabajos á Aquél que para contigo tiene corazón de padre. Porque si un amigo se tiene por afrentado cuando ve que su amigo en sus opresiones llama á otras puertas y no á las suyas, ¿cuánto más se afrentará este piadoso padre que en tus trabajos y fatigas sea Él el último de tus valedores?

Item, si es tu padre, razón es que sufras con toda humildad y paciencia los azotes y castigos que de su paternal mano te vinieren, porque como dice el Apóstol (4), ¿qué hijo hay á quien no castigue su padre? Y asimismo es razón creer que todo lo que en esta vida te sucede próspero ó adverso, viene encaminado por la providencia deste padre (pues ni un pájaro cae en el lazo sin su voluntad) y que así lo tomes todo como de su mano, y te resignes y conformes con su voluntad, creyendo firmemente que hasta los cabellos de tu cabeza tiene contados (5).

Item, si es tu padre y criador de cielos y tierra, á Él conviene que dés gracias por todo lo que crió, pues todo es suyo y todo te

(1) Psalm. 120. (2) Psalm. 26. (3) Psalm. 22. (4) Hebr. 12. (5) Mat. 10, Luc. 12 et 21.

lo dió Él graciosamente por sola su misericordia, de tal manera que ningún día, ni aun hora, se te pase sin levantar los ojos á Él y darle gracias por todos sus beneficios y por toda esta fábrica tan admirable del mundo criado para tu servicio, y por todas cuantas cosas hay en él.

Si es tu padre, conviene que ninguna cosa más desees ni procures en este mundo que su honra y gloria, y ninguna cosa te dé más pena que la deshonra y los desacatos de su majestad, de tal manera que este celo coma tus entrañas y te haga decir con el Profeta (1): Vi á los prevaricadores de tu ley, y enflaquecía con esto mi corazón, porque no guardaban tus mandamientos.

Si es tu padre, y padre tan rico y tan poderoso, hombre que tal padre tiene y que de tal Señor es recibido por hijo, ¿de qué otra cosa se ha más de preciar? ¿En qué se ha de gloriar más? ¿De qué ha de tener mayor gusto y alegría? Alégrense otros en sus mayorazgos, otros en sus riquezas, otros en sus honras, otros en sus privanzas: mas tú ¿qué mayor honra, ni mayor riqueza, ni mayor privanza puedes tener que tener á Dios por padre y llamarlo á boca llena por este nombre? ¿Qué le faltará de todas estas cosas á quien tuviere tal Señor por padre, pues es cierto que así como en riquezas y poder ninguno le hace ventaja, así tampoco en amor y voluntad y providencia de padre?

También se sigue de aquí que pues es padre, y padre todopoderoso, y señor de todo lo criado, á Él también se debe temor junto con amor, como el mismo Señor lo significó por su Profeta diciendo (2): El hijo honra al padre, y el siervo á su señor. Pues si yo soy vuestro padre, ¿dónde está mi amor? Y si yo soy vuestro señor, ¿dónde está mi temor? Porque así como la verdadera confesión de lo uno nos pide amor, así también la de lo otro nos pide temor: el cual nos ha de hacer andar en todo lugar y tiempo humildes y medrosos de tan grande majestad, de la cual tiemblan las columnas del cielo y toda la máquina del mundo, especialmente cuando estamos en los lugares sagrados y asistimos á los oficios divinos, porque entonces estamos más en presencia dél.

Finalmente, si á Él como á tal padre habemos de amar más que á todas las cosas, más que la hacienda, más que la vida y que la honra y que los hijos y mujer, con todo lo demás, síguese que

(1) Psalm. 117. (2) Malach. 1.

por ninguna de todas estas cosas lo habemos de ofender: porque si por no perder alguna dellas consintiésemos en perder á Él quebrantando alguno de sus mandamientos, síguese que otra cosa hay más querida y más preciada que Él, pues por no perderla consentimos en perderle á Él. Por donde la primera ley y la primera determinación del buen cristiano ha de ser que así como está determinado de amar á Dios sobre todas las cosas, así también lo esté de no ofenderlo por ninguna de todas ellas, sino que así como la buena mujer está determinada de morir antes que hacer traición á su marido, así él esté determinado de padecer mil muertes (como las padecieron los mártires) antes que hacerle esta manera de traición quebrantando alguno de sus mandamientos. Y cuando alguna vez se ofreciere ocasión de perder algunos grandes intereses, ó incurrir en algunas grandes pérdidas por esta causa, en tal caso no hay otro mejor remedio que poner en una balanza esto que pensamos perder ó ganar, y en la otra el perder ó no perder á Dios, y luego se nos abrirán los ojos y veremos que si pusiesen á una parte mil mundos y á otra á solo Dios, vale más Él que todo eso: porque todo eso sin Él es suma pobreza, y solo Él sin nada deso es suma riqueza. Y los que estimaren otra cosa más que á Él, no serán en su manera menos culpados que los judíos, los cuales puesto Cristo y Barrabás delante, dijeron que antes querían á Barrabás que á Cristo (1).

Esto pues es amar á Dios sobre todas las cosas, y esto es lo que se encierra en la guarda del primer mandamiento. De manera que debajo deste mandamiento se comprehende no una sola virtud sino otras muchas. Porque aquí se comprehende el amor de Dios, el temor, y el agradecimiento de sus beneficios, y la obediencia, y la paciencia, y la confianza, y la oración, con todo lo demás. Y así las obras deste mandamiento son creer en Dios, acatarlo, servirlo, poner en Él toda nuestra confianza, nunca dudar de su poder y misericordia, llamarlo en todas las necesidades, obedecerle con toda alegría y contentamiento, tomar todas las cosas de su mano, buscar en todo y por todo su gloria, recibir alegría de las cosas en que Él se sirve, y pesar de las que se hacen contra su servicio, dejar todas las cosas por no ofenderlo, y darle gracias por todos sus beneficios. Y para recogerlas en

(1) Matth. 17, Marci 15, Luc. 23, Joan. 18 et 19.

breve, digo que todas estas obras se encierran en fe, esperanza, amor y temor de Dios, que son las obras que el primer artículo de la fe dijimos que pedía.

De lo cual parece claro lo que al principio dijimos, que no es otra cosa este primer mandamiento sino un ejercicio y plática que se sigue del primer artículo. Porque el primer artículo dice y confiesa que el Señor es nuestro Dios, y nuestro padre, y nuestro criador: y el primer mandamiento dice que pues es así verdad, lo reconozcamos por tal y le hagamos el tratamiento que á tal padre se debe: porque de lo primero se sigue necesariamente o segundo. Porque así como si uno os dijese aquél es rey, por el mismo caso os daba aviso de cómo y con qué modo de cortesías le habíais de hablar y con qué cerimonias lo habíais de servir, así diciéndonos el primer artículo de la fe que el Señor es nuestro Dios, nuestro criador y nuestro padre, por el mismo caso nos enseña el culto, el tratamiento, el amor y la reverencia que le habemos de tener: en lo cual se ve claramente la consonancia maravillosa que tienen los artículos de la fe con los mandamientos de la ley, que es la doctrina de la fe con la doctrina de las obras, pues así se miran y corresponden unos á otros. Por donde convenientísimamente son figuradas estas dos partes de la sabiduría divina por aquellos dos querubines que estaban á los dos lados del arca del Testamento (1), los cuales dice la Escritura (según muchos doctores declaran) que estaban mirando uno para otro para dar á entender cómo estas dos principales partes de la Escritura divina se miran y corresponden con esta maravillosa consonancia una á otra.

§ I

De las maneras en que se peca contra este primer mandamiento.

De lo dicho parece claro con qué obras se cumple este mandamiento, y con cuáles se quebranta. Porque claro está que primero quebrantan este mandamiento los que adoran dioses

(1) Exod. 17 et 25.

ajenos, que son los idólatras, conviene á saber, los que atribuyeron al sol y á la luna y á las estrellas ó á los ídolos y demonios la divinidad de Dios, y consecuentemente el culto los sacrificios, el amor y reverencia que se debía al mismo Dios, que es el mayor de los pecados del mundo y el que (como dice el Sabio) es principio y causa de todos los males de culpa (1), y también (como dice el Apóstol) de todos los castigos y males de pena. Ésta es la idolatría de los gentiles (2).

Hay otra segunda manera de idolatría espiritual entre los cristianos, que es cuando aunque no confiesan con la boca ni creen con el entendimiento que alguna creatura sea Dios, pero hácenle el mismo tratamiento que á Dios, ámanla como á Dios, sírvenlo como á Dios, estímanla como á Dios, ponen su esperanza, su gloria y su contentamiento en ella como en Dios, como lo hace el avariento en sus riquezas, el ambicioso en sus honras, el carnal en sus deleites, la mujer á veces en su marido ó en sus hijos. Pues todos éstos también son espirituales idólatras, y todos hacen dioses de las criaturas, no de palabra, sino de obra. Porque así como si un hombre tratase á otro con las mismas ceremonias y reverencias que al rey, y le obedeciese como á rey, y lo vistiese de las mismas insignias que al rey, diríamos que éste hacía rey al que así trataba, aunque no lo alzase por rey, así también el que atribuye á la criatura aquello que se debe á sólo el Criador. Y por esto con mucha razón llama el Apóstol idólatra al avariento (3): porque si éste ama el dinero como á Dios y recela perderlo más que á Dios, y en él tiene puesto su arrimo, su contentamiento, su esperanza, su gloria y su alegría como en Dios, y por acrecentar y multiplicar su dinero padece y hace mucho más que por Dios, ¿cómo no será éste idólatra del dinero? ¿Cómo no hace éste del dinero Dios? Y lo que digo del avariento, eso también digo de la mujer que con este exceso ama á su marido ó á su hijo: porque también hay peligro en el puerto como en el mar: quiero decir, en el amar lícito como en el ilícito (cuando es demasiado): antes creo que este peligro es tanto mayor que estotro, cuanto parece menos escrupuloso y más seguro. Y así es de creer que no menos gente se condena por los amores lícitos que por los ilícitos, cuando son desordenados. Porque éstos común-

(1) Sapient. 13 et 14. (2) Rom. 1. (3 Ephes. 5.

mente nos punzan y entretienen con sus escrúpulos, mas los otros nos aseguran con la apariencia de bien. Y verdaderamente mucho nos había de entristecer este género de idolatría tan universal como hoy hay en el mundo, viendo tanta multitud de cristianos que con la boca no saben confesar más de un Dios y dicen que éste solo es el verdadero y que todo lo demás es engaño y mentira, y por otra parte tienen su corazón hecho templo de ídolos y dioses falsos, de honras, de riquezas, de linajes, de avaricia, de deleites, de aficiones y amores vanos, y en todas estas cosas ó en algunas dellas tienen empleado su amor y su esperanza. De allí depende su contentamiento, y en eso andan desvelados, como si allí estuviese todo su bien. Quien preguntase á uno destos, vos hermano, ¿tenéis oído el primer mandamiento? ¿Adoráis dioses ajenos? Respondería que no, y aun con gran pasión. ¡Quién pudiese acabar con ellos que considerasen las palabras con que este mandamiento está escrito, para que viesen cuán grande cosa es cumplirlo, y lo mucho que en él se demanda, para que viesen si adoran dioses extraños! Porque como ya está declarado, en él se nos manda amar á Dios sobre todas las cosas: y quien así lo amare, todas las dejará para cuando fuere necesario, y ninguna habrá por la cual lo deje ó olvide. Mas hay muchas personas tan mal enseñadas y que con tanto descuido miran estas cosas, que ofendiendo á Dios de mil maneras y por amor de mil vanidades, cuando les preguntan si aman á Dios sobre todas las cosas, responden que sí por cierto, engañados de una imaginación en que piensan que tenerlo concebido por grande, y por poderoso, y por hermoso, y por justo y misericordioso, y porque no blasfemarían ni renegarían dél, que esto es amarlo sobre todas las cosas. Y no miran los pecadores que no dan aquí nada de su casa, y si dan, dan la imaginación, no el corazón: porque para amarlo y tenerlo de verdad por tal cual ellos dicen que es, requiérese que haya en su corazón una estima grande de Dios, con que les parezca la cosa más fea del mundo ofenderlo ó apartarse dél, y que estas cosas todas y estas excelencias que juzgan de Dios, las miren no como en cosa muerta ni en cosa pintada, sino como en cosa viva y merecedora deste amor, de manera que esta hermosura les lleve tras sí los ojos y el corazón.

Son asimismo contrarios á este mandamiento todos aquéllos que honran á los demonios ejercitando arte mágica, los que dan

crédito á agoreros ó adivinadores, y los que quieren saber las cosas por revelación de las almas de los defunctos, ó á éstas piden ayuda ó remedio en sus necesidades. Lo cual todo defendió el Señor abiertamente cuando dijo: No seréis agoreros ni daréis crédito á los sueños (1). Y allí mismo dice: El hombre que fuere á los encantadores y adivinadores, y hiciere pacto con ellos, ó les diere crédito, yo pondré mi rostro contra él, y le quitaré la vida en medio de mi pueblo (2).

Á este propósito se ofrece una cuestión: si pueden hacer algún daño á los hombres las hechiceras ó brujas, ó si habemos de haber miedo dellas. Una cosa tengamos por cierta, que ni ellas ni el mismo Satanás, sin que Dios se lo permita, puede arrancar de nuestra cabeza ni un cabello, ni quebrarlo: pero permitiéndolo Dios, mucho pueden perjudicar y hacer cosas espantosas, según leemos que hicieron en Job (3): pero no por eso las habemos de temer, sino á Dios, que quiere que seamos maltratados por ellas, ó para esclarecer nuestra fe, ó en pena de algunos pecados que cometemos. Y en cualquier pérdida ó daño que nos hicieren, digamos lo que dijo Job: El Señor nos lo dió, el Señor lo quitó, como al Señor plugo así se hizo, sea bendito su nombre (4): y confesemos como él confesaba que la mano del Señor es la que nos toca (5).

Quebrantan asimismo este precepto todos los que se rigen por las estrellas y por sus influencias, que ellos dicen, ó por ciertos días ó tiempos, juzgando unos por prósperos y otros por contrarios; y cuanto les acontece, ó bueno ó malo, lo atribuyen á esto como á causa. Contra éstos dice el Señor: Yo soy Dios que formé la luz, y crié las tinieblas, que hago la paz, y causo el mal de penas y dolores que vienen á los hombres. Yo el Señor hago todas estas cosas (6). No niego lo que dice San Basilio (7), que en muchas cosas es necesario y muy provechoso mirar las significaciones de los planetas, porque muchas cosas nos avisan, como es si el año será lluvioso ó seco, y otras mudanzas de tiempos grandes ó pequeñas: lo cual ningún discreto hay que niegue ser bueno mirar y atender á los marineros y á los labradores, porque el mismo Señor dijo: Háganse las estrellas que estén puestas en el

---

(1) Levit. 19. (2) Levit. 20. (3) Job. 1, 2. (4) Job. 1. (5) Job. 19. (6) Esai. 45. (7) Basilius in Exameron.

cielo, y sean señales de los días y de las noches y de los tiempos y de los años. Pero aunque esto así sea, tener cuenta curiosamente con el curso de las estrellas, y hacer diferencia en los tiempos para guiar por estos respectos nuestras obras, y querer conocer desta manera el suceso de nuestra vida ó de la ajena, y disposición del cuerpo y condiciones del alma, y atribuir todo esto á la influencia del cielo, allende de ser cosa vana y para reir, es pura idolatría.

Pecan asimismo contra este precepto los que usan de la sal bendita, ó del agua bendita, ó del cirio pascual, ó de las candelas de las tinieblas para otro fin que aquel para que la Iglesia instituyó estas cosas, aprovechándose dellas para el arte mágica y para otras supersticiones peores que de infieles. Porque la Iglesia no bendice ó consagra las cosas sobredichas, ó otras semejantes, para otro fin sino para amonestarnos que ninguna cosa nos es provechosa sino por la bendición y gracia del Señor, y que por tanto en el uso de cualesquier criaturas habemos de implorar y reconocer la ayuda de Dios. Así que todo cuanto de bueno y saludable las sobredichas criaturas pueden obrar estando benditas, fuera de su propriedad y naturaleza, todo se ha de referir y atribuir sólo á la gracia y liberalidad divina y á la bendición que tiene virtud de la invocación de su nombre y de su palabra. Y por tanto no habemos de poner la esperanza de la salud en las tales cosas ni en sus operaciones, sino en sola la virtud de la palabra de Dios y de su bendición Y cuáles bienes ó provechos espirituales de doctrina y amonestación sancta nos puedan venir de la bendición de las dichas criaturas, en otro lugar donde vendrá más á propósito lo trataremos largamente con el favor de Cristo.

Quebrantan también este mandamiento los que con ciertas palabras, ó con figuras extrañas y no conocidas, ó de alguna otra manera conjuran las enfermedades, la sangre, los cuchillos, el agua, los animales, y cualquier otra cosa, para que no pasen adelante y ningún daño puedan hacer. Y puesto que los tales entran en la cuenta de los hechiceros, pero quise hacer clara y particular mención dellos por su especial engaño y desvarío, que por usar de algunos nombres sagrados ó de algunas figuras que ellos tienen por buenas, les parece que no solamente no son adoradores de ídolos, mas que hacen obra de hombres católicos y religiosos, como quier que tal excusa nada los puede disculpar, antes

cuanto más sanctos fueren los nombres, tanto son ellos más dignos de reprehensión y de mayor condenación, porque de las palabras ó cosas sanctas usan mal y perversamente, como si en ellas hubiese la virtud que Dios tiene para hacer lo que quiere.

Finalmente quebrantan este precepto los que ponen confianza en sus merecimientos, ó en su propria justicia, ó en su industria y trabajo, en su ciencia, prudencia, fuerzas, gentileza, nobleza, sana complexión, riquezas, privanzas ó amistades, ó en otros cualesquier bienes proprios, así del cuerpo como del alma, como también de la que llaman fortuna. Semejantemente los que tienen en más su salud corporal y el sosiego y contentamiento, y tienen desto mayor cuidado que de Dios, como hacen aquéllos que todos sus pensamientos y cuidados ponen en comer y beber abundante y viciosamente, y todo su negocio es buscar deleites lujuriosos y adquirir riquezas, y los que temen y acatan á algún hombre más que á Dios, por lo cual disimulan y consienten en sus pecados, ó cumplen sus mandamientos injustos, como son algunos cortesanos y lisonjeros á sus príncipes, y todos aquéllos que por complacer á sus padres, ó mujeres, ó hijos, ó amigos, ó por cualquier otro respecto, no temen ofender á Dios, como ya dijimos.

No resta agora para conclusión desta materia sino declarar si este mandamiento es fácil ó dificultoso de guardar, y qué cosas ayudan para la guarda dél. Á lo cual brevemente se responde que no es este mandamiento tan fácil de cumplir como algunos cuidan: porque no basta para esto decir así con la boca que el hombre ama á Dios sobre todas las cosas, porque le parece que merece Él ser así amado, mas requiérese que no sólo con la boca sino con el corazón y con las obras así lo ame y así lo precie y lo anteponga á todas las cosas, por muy caras y preciosas que sean. Para lo cual se requiere que ordene á sí y á todas las otras cosas á Él como á verdadero y último fin y sumo bien, y ordenar desta manera las cosas, que no sólo todo esto emplee el hombre en su servicio, sino también que todas las veces que se ofreciere caso en que se haya de perder alguna cosa déstas ó ofender á Dios, pongamos en riesgo lo menos por lo más y dejemos perderlo todo como menos amado, por no perder este sumo bien, que ha de ser sobre todas las cosas amado. Lo cual no se puede negar ser dificultoso de hacer, porque á veces se ofrecen ocasiones de perder la vida y la honra por no perder á Dios, como ya dijimos, y no es

de cualquier espíritu posponer y despreciar todo esto por no quebrantar un mandamiento de Dios. Y por esto yo confieso que según la flaqueza del hombre, según su ruin metal y ceguera, junto con la contrariedad que el demonio y el mundo y la carne le hacen, difícil cosa es cumplir con este mandamiento, y tan difícil, que es necesario para eso particular socorro del cielo. Mas esto no disculpa á los hombres, antes los debía despertar para poner mayor diligencia y andar siempre con gran cuidado para no apartarse dél. ¿No os parece que sería mala excusa que por un camino peligroso y lleno de ladrones fuese alguien sin armas ni aparejo alguno para poder pasarlo, y que yendo durmiendo se quejase después de haberle robado, y que diese la culpa que él tenía, á los ladrones y á la aspereza del camino, siendo esto mismo lo que le obligaba á ir más prevenido? Grande es este mandamiento, y no hay duda deso: mas grandes son las industrias y caminos con que Dios nos despierta á que lo amemos, y muy mayores los favores que después de despertados nos da para ponerlo en efecto. ¿Cómo queréis vos que se levante el corazón del hombre á enamorarse de Dios, pues tan poco considera sus obras, tan poco contempla en su hermosura, tanto descuido tiene en pensar en todas las cosas de donde ha de nacer el amor y por donde ha de ser despertado á pedir favor y gracia con que lo ame? Cosa parece de grande espanto ver que un hombre no ama á Dios: mas de muchos hombres no me espanto que no lo amen, porque si les preguntáis qué es lo que tienen pensado acerca de Dios, no saben dar más razón que de lo que nunca vieron ni oyeron decir. Los que desean emplear su amor en tan grande cosa como es Dios, gran diligencia ponen en saber nuevas dél, en tener información de sus obras: apartan su pensamiento de vanidades, empleándolo en considerar las muestras que todas las cosas criadas dan del saber, de la bondad, de la misericordia de Dios. Y si esto bastó para que muchos conociesen en su corazón grande estima del nombre y obras del Señor, ¿qué hará el que considerare con atención al Hijo de Dios hecho hombre, enviado por el Padre, puesto en cruz y muerto y resucitado para salvación de los hombres? Verdaderamente yo me espantaría mucho más que de ninguna cosa monstruosa del mundo, de quien esto atentamente pensase, y no se fuese luego á Dios y le pidiese favor para emplear en Él todo su corazón, toda su voluntad y todo su amor.

CAPÍTULO III

DEL SEGUNDO MANDAMIENTO DE LA LEY

EL segundo mandamiento es: *No tomarás su nombre en vano.* Éste se sigue después del primero con grande concierto y razón. Porque en el primero fué instruído nuestro corazón de cómo había de honrar á Dios y cómo lo había de acatar y servir. En este segundo comienza á tratar de las muestras de fuera, por las cuales el hombre suele manifestar lo que en su alma tiene. Y porque la más propincua señal es la de la lengua, enseñásenos por este mandamiento que no tomemos el nombre de Dios en vano. Y puesto que sea así, que el que de verdad amare á Dios en su corazón, tendrá siempre cuidado de nunca ofenderlo con palabras, pero dásenos este mandamiento para mayor abundancia y mayor declaración, condescendiendo en todo la divina Majestad con nuestra grande inhabilidad y rudeza. Dase por vía de negación diciendo: No tomarás su nombre en vano, por las razones que ya dijimos. Mas habemos de entender luego el mandamiento afirmativo que en este negativo está encerrado. Porque como el hombre tenga á Dios en su corazón, por fuerza ha de hablar en él, y así somos enseñados por la afirmación que este mandamiento tiene, que celebremos su sancto nombre, alabándolo, magnificándolo, dándole gracias, manifestándolo y invocándolo para ser socorridos dél, confesando que somos suyos y que ésta es nuestra bienaventuranza. Después desto hemos de considerar el mandamiento negativo en que se nos manda que no tomemos en vano este nombre, porque aunque él no sea más de una voz, es significada por ella la Majestad divina, á quien es enderezada nuestra confesión, y á quien se ha de tener grande respeto. Tomar este nombre en vano no quiere decir otra cosa sino tomarlo para aprovecharnos dél en cosas no buenas, ó para aprobar alguna mentira, ó para alguna cosa vana y de ninguna importancia con desprecio y poca reverencia

dél. La razón desto es porque como el Señor sea suma verdad, suma sabiduría, y dél nos vengan todos los bienes y no haya otra cosa en el mundo en que podamos tener esperanza ni hayamos de confiar y esperar socorro, no ha de ser nombrado entre los hombres sino para semejantes cosas, esto es, para darle gracias, para pedirle consejo, para que nos ampare y favorezca, para despertar y atraer á los hombres á conocimiento dél, para testimonio de la verdad y favor de nuestros prójimos: finalmente, para que de nuestras palabras se conozca la estima que dél tenemos en el corazón.

De aquí está claro cuáles son las proprias obras deste mandamiento por la parte que es afirmativo ó que encierra en sí afirmación, y cuáles son las que contradicen por la razón que es negativo. Las primeras son invocación del sancto nombre de Dios: para la cual es necesario tener fe y conocimiento de su unigénito hijo Cristo nuestro Redemptor. Porque nuestra indignidad es tan grande, y de tal manera nos condena la consciencia de nuestros pecados, que ningunos bienes osaríamos pedir ni esperar, si no tuviésemos medianero, cuya dignidad sea tal, que podamos confiar en ella, cual es la del Redemptor del mundo. De donde se sigue cuánto ha de ser ensalzado y acatado su nombre: lo cual juntamente se entiende de la doctrina deste segundo mandamiento. Es también obra de este precepto dar gracias al Señor: lo cual es una profesión exterior que nasce del primer mandamiento. Porque así como allí somos informados que lo conozcamos por criador, por salvador y por autor de todos los bienes (por lo cual se le debe grandísimo agradecimiento y obediencia), así se nos manda aquí que demos testimonio desto entre los hombres gloriándonos de tal Señor, confesando sus beneficios y incitando á los otros para que lo conozcan, lo teman, lo crean y esperen en Él. Item, es obra deste segundo mandamiento loar al Señor por todo lo que su Majestad hace, ora sea para nosotros próspero, ora adverso, confesando que la prosperidad viene por su misericordia, y la adversidad por nuestros pecados. Y así son obras deste mandamiento todas las oraciones que la Iglesia en el oficio divino hace, y las que hacen los miembros della particularmente. Será también obra deste mismo mandamiento evitar y perseguir las blasfemias y todas las cosas por donde el nombre del Señor es maltratado y desacatado entre las gentes, como es el desprecio de

las iglesias y de todas las cosas que pertenecen al culto divino. Es también propria obra deste mandamiento usar del sancto nombre de Dios y traerlo por testimonio para socorro de la verdad que importa y está en peligro para la necesidad del prójimo, ó para la de la república, y cuando es necesario para la gloria y honra del Señor. Las obras que son contra este mandamiento, son las que propriamente son enemigas á éstas: no invocar á Dios, no darle gracias por sus beneficios, no procurar la reverencia ó gloria de su sancto nombre, ó mezclarlo en conjuros ó en ensalmos donde hay nombre de demonio ó de superstición ó de vanidad: porque habiendo de ser en Él solo la confianza, lo acompañamos con cosas vanas y diabólicas. Pecan asimismo contra este mandamiento los que lo llaman ó usan dél para pedirle cosas ilícitas, los que usurpan este nombre ó las palabras de la Escritura y de cosas sanctas para cosas de burla, ó para cosas deshonestas, ó para mezclarlas con fábulas, para decir gracias, ó mostrar que no las creen ó que las tienen en poco. Pecan también los que oyendo nombrar el nombre de Jesús glorioso, no le hacen reverencia debida, hincando las rodillas en tierra, ó al menos inclinando devotamente la cabeza, como quier que según la sentencia del Apóstol (1), pronunciando aquel benditísimo nombre, toda rodilla se ha de inclinar, de los moradores del cielo y de la tierra y de los infiernos.

Pero mucho más grave y directamente pecan contra este mandamiento los que juran el nombre de Dios en vano: porque este pecado es directamente contra Dios, y así de su condición es más grave que los que se hacen contra el prójimo, por muy graves que sean. Y no sólo es esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino también cuando se jura por la cruz, por los sanctos, por los Evangelios y por la vida propria: porque cualquier destos juramentos, si cae sobre mentira, es pecado mortal, y pecado grandemente reprehendido en las Escrituras sagradas como injurioso á la divina Majestad.

Verdad es que cuando el hombre descuidadamente sin pensar en ello jurase mentira, excusarse hía de pecado mortal: porque donde no hay juicio y deliberación, no hay esta materia de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar,

(1) Philip. 2.

y no les pesa de tenerla, ni procuran de hacer lo que de su parte es para atajarla: porque éstos no se excusan de pecado cuando juran mentira, aunque sea con este descuido: porque no pueden decir que no pusieron atención en eso, ni fué su voluntad jurar: porque supuesto que ellos querían tener esta costumbre, también quieren lo que se sigue della, que es este y otros semejantes peligros: y por esto no dejan de imputárseles y llamarse voluntarios, y así son pecados mortales.

Por esto ha de trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre: para lo cual no hay otro medio mejor que tomar aquel tan saludable consejo que nos dió primero el Salvador (1) y después su apóstol Santiago diciendo: Ante todas las cosas, hermanos míos, no queráis jurar ni por el cielo ni por la tierra, ni otro cualquier juramento, sino sea vuestra manera de hablar sí por sí y no por no, porque no cayáis en juicio (2). Quiere decir, porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira por donde vengáis á caer en juicio y castigo de Dios.

Para esto aprovechará conocer la graveza deste pecado, que con ser tan común entre los hombres, está en la clase de los más graves pecados que se pueden hacer. Porque tres órdenes de pecados apuntan los teólogos para conocer la graveza dellos. La primera es de los que se hacen contra la Divinidad, que son los mayores, como son la idolatría y desesperación. La segunda es de los que se hacen contra la humanidad de Cristo y contra sus sacramentos, como son los sacrilegios contra los sacramentos, etc. La tercera es de los que se hacen contra puras criaturas, como son homicidio y adulterio, y los demás. Según la cual división afirman que jurar en falso esencialmente es más grave pecado que matar un hombre: porque éste es pecado contra criatura, y el otro contra el mismo Criador y contra la reverencia que se debe á su divinidad. Y la injuria que en esto se le hace, es muy grande, porque es traerlo por testigo de mentira, que cuanto es de nuestra parte es hacerlo mentiroso. Y por esto el siervo de Dios en todo y por todo trabaje por desterrar no sólo de sí sino también de sus hijos y criados y familiares esta peste, acordándose de aquella sentencia que dice: El varón que mucho jura, será

(1) Matth. 5. (2) Jacobi 5.

lleno de maldad y el azote de Dios nunca saldrá de su casa (1).

Pero sobre todos los pecados que se pueden hacer contra este mandamiento, el mayor es el de la blasfemia, que es un pecado muy propincuo á los tres mayores pecados del mundo, que son, infidelidad, desesperación y odio de Dios, que es absolutamente el mayor: al cual es muy semejante la blasfemia, porque el blasfemo si pudiese en aquella hora de furor matar y despedazar á Dios, parece que lo haría. Por donde dijo S. Agustín que no menos pecaban en su manera los que blasfemaban de Cristo, que agora reina en el cielo, que los que lo crucificaron estando en la tierra. Éste es un pecado que castiga Dios tan gravemente, que porque el rey Sennaquerib una vez blasfemó contra Él, le mató en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y por la mañana amaneció todo el campo lleno de cuerpos muertos, y de ahí á pocos días se levantaron contra él sus proprios hijos y lo mataron (2): porque justa cosa era que los mismos hijos fuesen traidores al padre que fuera rebelde y blasfemo contra Dios.

Las mujeres no caen en este pecado: mas caen en otro muy semejante á él, que es volverse contra Dios en los trabajos, y quejarse dél y de su providencia, y poner mácula en su justicia, y decir que no le agradecen la vida que les da, y maldecir el día de su nacimiento y el siglo de sus padres, y pedir la muerte con la ira y rabia que tienen, y quejarse porque tarda, y á veces ofrecerse al demonio y echar maldiciones contra sí mismas. Todo esto es casta de blasfemia y todo lenguaje que propriamente se usa en el infierno entre los condenados, los cuales día y noche ninguna otra cosa hacen sino ésta: y déstos parece que han de ser compañeros los que agora usan este mismo oficio y hablan este mismo lenguaje. Y por esto si tú temes ser deste número, trabaja por humillarte y abajar la cabeza en todos los trabajos que Dios te mandare, tomándolos de su mano como una purga ordenada por un sapientísimo médico para tu remedio, presuponiendo que Dios es la misma bondad y justicia, y que tan imposible es hacer cosa mal hecha como dejar Él de ser Dios. Y si dices que los trabajos son grandes, piensa discretamente que no los haces menores con la impaciencia, sino antes los acrecientas. Y con esto pierdes el mérito de la paciencia y cometes una grande culpa, y así haces mal

(1) Eccli. 23. (2) 4 Reg. 19, 2 Paralip. 32, Isai. 37

á tu propria costa. Pues ¿qué fruto sacarás deste pecado? Mas si tú quieres que los trabajos te parezcan pequeños, S. Bernardo te da para eso un buen remedio diciendo que los compares con cuatro cosas: conviene á saber, con los beneficios que tienes recibidos de Dios, con los pecados que has hecho contra Él, con las penas del infierno que por ellos mereces, y con la gloria del paraíso que por los trabajos alcanzas: y con cualquier cosa destas que los compares, te parecerán pequeños, porque mucho más merece Dios por sus beneficios y mucho más mereces tú por tus pecados, y mucho mayor es la pena del infierno que por ellos se debe, y mucho mayor la gloria del paraíso que por los trabajos se alcanza.

Concluyendo pues este capítulo, digo que por lo dicho somos enseñados de qué manera se toma en la boca el nombre de Dios desacatadamente, y de qué manera se puede tomar honestamente. Por lo cual poniendo todo lo dicho en las entrañas de nuestro corazón, huyamos la mala costumbre de jurar y de traer en la boca el nombre de Dios vanamente, y mucho más blasfemarlo, y tomemos la buena costumbre de invocar el nombre de Dios, alabándolo, bendiciéndolo y dándole gracias para que por él alcancemos los premios que en las sanctas Escrituras están prometidos á los que honran á Dios, conviene á saber, que serán glorificados, que serán libres de sus enemigos, que morarán en la casa de Dios, que alcanzarán del Padre todo lo que pidieren: finalmente, que serán bienaventurados para siempre sin fin.

CAPÍTULO IV

DEL TERCER MANDAMIENTO DE LA LEY Y ÚLTIMO DE LA PRIMERA TABLA

El tercer mandamiento en orden y el último de la primera tabla es: *Sanctificarás las fiestas*. En el cual se acaba de enseñar y instruir el hombre de cómo se ha de haber en el servicio y honra del Señor. Quiero decir que en el primer mandamiento se dice cuál había de ser el corazón del hombre para con Dios, en el segundo, cuáles han de ser sus palabras, en el tercero se dice cuáles han de ser todas sus obras, puesto caso que al parecer no se haga en él más mención que de la sanctificación de las fiestas. Porque no es otra cosa sanctificar las fiestas sino haber ciertos días que los fieles tienen para ofrecer al culto divino, el cual consiste en concurrir la Iglesia á las públicas cerimonias que están instituídas y señaladas para que exteriormente sea Dios reconocido, acatado y reverenciado, y muestren todos los fieles la obediencia que en esto tienen y con bueno y sancto ejemplo se provoquen unos á otros: que en estos tales días especialmente sea honrado, llamado y invocado, servido con palabras y con obras de viva fe y de verdadera caridad: y que en ellos la Iglesia se junte á oir la palabra divina, por la cual ha de ser alumbrada y guiada en todas las otras cosas para con Dios. Porque no sólo es enseñado de cómo lo ha de honrar exteriormente, cómo ha de tener cierto culto y cerimonias con que en la congregación dé señal y profesión de su fe, cómo lo ha de confesar, cómo lo ha de llamar y invocar para ser amparado y favorecido dél, mas también avisado y enseñado que en estos tales días oiga la doctrina y palabra de Dios, de la cual ha de aprender el verdadero uso y fin de todas las otras obras. Esto es lo que se entiende por esta sanctificación.

Mas también es necesario declarar por qué se manda que en este tal día no se hagan obras serviles. Á esto respondo que estas obras defendió Dios en el día de fiesta, no porque entonces de sí

fuesen malas, ni agora lo sean, sino porque el hombre se hallase desembarazado para verdadera y espiritual sanctificación de la fiesta. Porque como él está en este mundo como en destierro, donde ha de ser mantenido con el trabajo de sus manos, dásele lugar en otros días para que trabaje y busque lícitos y honestos medios con que pueda mantener á sí y á su familia y socorrer al que tuviere necesidad y que no lo robe ni adquiera por maldad ni engaño. Mas porque entendiendo siempre en esto y empleándose del todo en el cuidado del cuerpo y de lo que á esta presente vida pertenece, podría ser que se olvidase de Dios y de la vida espiritual, la cual es necesaria para gozar de otra mejor y más verdadera y más larga, asígnasele cierto tiempo y día, el cual sea como diezmado y ofrecido á Dios, en que se desembarace de todos los otros cuidados, y exterior y interiormente haga reconocimiento al Señor que lo crió y sustenta en este mundo y le tiene prometidos grandes y eternos bienes: y que para esto se junte con los otros miembros de la Iglesia donde se hallare, en señal de que tiene una misma obediencia con ellos: reciba doctrina y mantenimiento espiritual para su alma, vaya enseñado para obrar todas sus cosas con fe y obediencia del Señor, ofrezca sacrificios espirituales de oración y de hacimiento de gracias, conociendo y confesando que por su pecado era perdido y condenado desde su nascimiento, y que los trabajos desta vida y los sudores y ejercicios de sus manos eran ira de Dios y maldición de su pecado, y que por medio de Jesucristo, unigénito Hijo suyo, redemptor y señor nuestro, se ha mudado todo al revés, que su pecado es perdonado, y la cruz y trabajo de su destierro es tornada en bendición, si lo quiere sufrir con paciencia y con fe y amor del Señor. Y de aquí conozca cuánto debe á Aquél que no sólo lo sustenta y lo bendice en los trabajos deste mundo, mas al fin dellos lo espera con quietud y holganza que nunca ha de tener fin. Y ciertamente aquélla es verdadera fiesta y donde verdaderamente se huelga, en la cual se hicieren tales consideraciones, tan dulces y tan sabrosas, y de donde tanta recreación y descanso se lleva para el trabajo de los otros días. Y agora se entiende mejor lo que al principio dijimos, que aunque este mandamiento parezca que solamente contiene las obras que pertenecen al culto y honra de Dios, tiene también doctrina de todas las obras del hombre, pues en semejantes días se hace una como provisión de doctrina, de

conocimiento y alivio para todos los trabajos y todas las obras en que el hombre ha de pasar esta vida. Finalmente, quiere el Señor que todo este día sanctifiquemos y dediquemos á Él, gastándolo todo en obras de su servicio, así como todos los otros gastamos en el nuestro. Quiere que en este día lo glorifiquemos con himnos y cánticos espirituales: que nos dolamos y hagamos penitencia de nuestros pecados, especialmente de los cometidos en aquella semana: que nos ocupemos más ardientemente en devotas oraciones: que recibamos los sacramentos sagrados de la confesión y comunión: que con ánimo más levantado demos gracias al Señor: que distribuyamos más largas limosnas: que nos hayamos templada y castamente: que visitemos y consolemos á los enfermos: que nos ajuntemos á pláticas y conversaciones sanctas: que enseñemos á nuestra familia la doctrina cristiana diligentemente: finalmente, que ejercitemos todos los otros oficios y obras de caridad y de piedad. Esto es verdaderamente sanctificar las fiestas, de tal manera holgar corporalmente, que con el espíritu entendamos en sanctas meditaciones, palabras y obras, tanto que ninguna cosa se halle en nosotros aquellos días sino cristiana y sancta. Y desta manera el día solemne de la fiesta se hace más sancto que los otros. Agora digamos quién son los que pecan contra este precepto.

Contra este precepto, en cuanto manda esta holganza temporal y exterior, pecan todos los que en los días de fiesta trabajan en obras serviles ó mecánicas, ó mandan que los suyos trabajen en ellas sin necesidad alguna, sino sólo por avaricia. Porque habiendo necesidad grande y muy importante, excusa de pecado y hace lícito el trabajo. Desta manera excusó nuestro Redemptor á sus discípulos, á quien acusaban los judíos porque cogían espigas el sábado (1), porque las cogían para comer por la necesidad grande que padecían. Excusa también cualquier trabajo ó provecho grande de nuestro prójimo. Porque entonces este precepto da la ventaja á la caridad, como probó el Señor en el Evangelio (2), así por su ejemplo como por firmísimas razones que para eso dió á los fariseos que lo acusaban porque curaba en el día del sábado. Pero fuera desto no hay duda sino que peca mortalmente quien por avaricia ó por poco temor y vergüenza trabaja en el

(1) Matth. 12. (2) Matth. 12.

día de fiesta, porque quebranta el estatuto de la Iglesia y escandaliza los hermanos que lo ven ó lo saben. Y para poner algún freno á los quebrantadores de las fiestas, pondré aquí un ejemplo notable de la Escritura (1). Donde leemos que hallando los hijos de Israel un hombre haciendo leña un día de fiesta, avisaron deso á Moisés, y él consultó á Dios sobre este caso, y Dios le respondió que sacase aquel hombre al campo y que todo el pueblo lo apedrease: y así se hizo. Ésta es la pena con que Dios mandaba castigar en aquella ley los quebrantadores deste precepto, y no menos lo mandará castigar agora, si no fuere en esta vida, á lo menos será en la otra, donde habrá mayor castigo.

Hay otros quebrantadores deste precepto, conviene á saber, aquéllos que puesto que cesen de todo trabajo servil, pero en todo el día de fiesta no hacen cosa alguna de cristiano ni de quien tiene cuidado de su salvación, mas todo el día gastan en ociosidad, juegos y pasatiempos. Los tales muy mal se puede decir que guardan la fiesta. Porque si solamente á la manera de los judíos las guardamos, no trabajando aquellos días en cosa alguna, vistiendo y comiendo más delicadamente y no curando de ocuparnos en Dios ni en las cosas que pertenecen á su gloria, mejor fuera que no nos mandaran holgar en aquellos días, sino que trabajáramos como en los otros.

Quebrantan asimismo este precepto no solamente los que no se ocupan en las fiestas en estar á misa, mas también los que á esto vienen, pero en cuanto se celebra andan paseando ó platicando ó negociando, de manera que parecen escarnecer de las cosas sanctas y hacer impedimento y turbación á los que devotamente asisten á ellas. Y sobre todo son más quebrantadores deste precepto aquéllos que los días dedicados para cosas sanctas gastan torpemente en convites, juegos de cartas y dados, embriagueces, representaciones, danzas, bailes y otras vanidades y deshonestidades. Lo cual lloraba en sus lamentaciones el sancto Hieremías diciendo (1): Viéronla sus enemigos, y hicieron escarnio de sus días sanctos. Y ciertamente ésta es una de las cosas más para llorar que hay en el pueblo cristiano, ver de la manera que se sanctifican las fiestas: porque no solamente no hacen en aquellos días mejores obras que en los otros, mas antes guardan para aquellos

(1) Numer. 15. (2) Thren. 1.

días todas las disoluciones y solturas que no pueden cometer en los otros. De suerte que el cesar de los oficios, que había de servir para hacer obras buenas, sirve para hacerlas malas, y en el día que habían de hacer penitencia de los pecados de la semana, hacen más pecados que en toda la semana, adoleciendo con la medicina y haciendo ponzoña de la triaca. Pues ¿qué se puede esperar de tal gente? ¿Qué se puede esperar del enfermo que empeora con los remedios? ¿Qué se puede esperar del que de la huelga de las fiestas, que se deputó para servicio de Dios, se aprovecha para servir al demonio? Pues ¿qué mayor maldad que dándote el Señor todos los días de la semana para ti, no le dar uno solo que reservó para sí, y no sólo no lo dar á Él sino ofrecerlo al servicio de su enemigo? ¿Con qué rostro al fin de la vida irá á pedir el galardón de sus servicios á Dios, quien sirvió al demonio y no á Dios? ¿Dónde están (dirá Él) los dioses á quien serviste? Pues levántense ésos, y ayúdente en el tiempo de la tribulación (1). Esto baste agora cuanto á este tercero mandamiento.

(1) Deuter. 32.

CAPÍTULO V

DEL CUARTO MANDAMIENTO DE LA LEY, Y PRIMERO DE LA SEGUNDA TABLA

En el cuarto mandamiento comienza la segunda tabla, en la cual es el hombre enseñado cómo se ha de haber con los otros hombres, qué respecto les ha de tener, qué obras ha de hacer, y de cuáles se ha de guardar para no ofenderlos. Y porque lo principal que entre los hombres conserva la paz y orden que Dios les tiene puesto, es la obediencia, y sin ésta ningún otro bien podría tener lugar, comienza á tratar della el cuarto mandamiento y primero desta segunda tabla, en el cual el Señor nos manda que *honremos á nuestros padres.* Y porque este vocablo honrar tiene muy grande significación, mándasenos aquí que no sólo les tengamos obediencia así levemente, sino que les tengamos un grande respeto y acatamiento, como á instrumentos á quien Dios escogió para darnos ser en este mundo. Y así nos habemos de preciar y contentar dellos, de cualquier linaje y condición que fueren, como de cosa dada y escogida de la mano de tal señor, y para tan grandes fines y efectos. Habémoslos de socorrer en sus necesidades y trabajos, si por ventura cayeren en ellos, sufrirlos con amor y paciencia, si alguna vez nos fueren difíciles y trabajosos. Porque en esta honra que aquí se nos pide, se encierra un singular agradecimiento que habemos de tener á nuestros padres, y una paga igual de lo que por nos hicieron. Ellos nos engendraron y después de Dios nos dieron ser, criáronnos y sustentáronnos con mucho trabajo y cuidado y con mucho sufrimiento de nuestra niñez y de nuestras ignorancias y pesadumbres. Razón es que reciban de nos igual y aun mayor beneficio, si mayor lo pudiese haber que el ser que dellos recibimos. Por esto conviene que como ellos nos amaron, los amemos, como tuvieron grande cuidado de nosotros, así lo tengamos dellos, que los sustentemos como nos sustentaron, y que tengamos siempre en la memoria cuántas cosas nos sufrieron, y con cuánto amor

y paciencia. Y conozcamos que ningún trabajo, ningún peso nos pueden dar con su pobreza, con sus enfermedades, con su condición ó con su edad, que se pueda igualar con lo que les debemos, y con todas las ignorancias, porfías y desvaríos que suelen acompañar la primera edad en que nos criaron: y que sobre todo acatemos en ellos aquella superioridad que Dios quiso que tuviesen sobre nosotros, y finalmente que nos hayamos con ellos fiel y lealmente, como conviene á hijos con sus padres. Desto tenemos maravilloso ejemplo aun en los animales: porque de las cigüeñas se escribe que tienen cuidado de sus padres en la vejez, cuando ellos por sí no se pueden valer ni proveer: porque entonces los hijos con una maravillosa piedad y natural instinto se compadecen dellos, y les buscan de comer, y parten con ellos el fruto de sus trabajos, y los sustentan en sus nidos. Pues si esto hacen las aves, que carecen de razón y con tan poco tiempo y trabajo se criaron, ¿qué será razón hacer una criatura racional, que tanto mayor beneficio recibió, y con tanto mayores trabajos se crió, especialmente mandándole esto Dios tan encarecidamente? Por esto con mucha razón nos aconseja el Sabio diciendo (1): Honra á tu padre, y no te olvides de los gemidos de tu madre: acuérdate que si no fuera por ellos, tú no fueras nascido, y págales agora con tu trabajo lo que ellos trabajaron por ti. Y el sancto Tobías amonesta á su hijo diciendo (2): No desprecies á tu madre, hónrala en todos los días de tu vida, y haz lo que á ella contentare, y no la entristezcas en cosa alguna. Acuérdate, hijo, que pasó muchos peligros por ti cuando te traía en su vientre. Y otra vez el Sabio dice (3): Con obras y con palabras y con todo sufrimiento honra á tu padre. Hijo, recrea la vejez de tu padre y no lo enojes mientras viva, y si alguna vez como viejo caducare ó no fuere tan sabio, perdónale y no lo desprecies por saber ó poder tú más que él.

Pero por la misma razón tengan cuenta los padres de lo que han de hacer y el cuidado que han de tener de sus hijos, conviene á saber, que los amen de corazón, que los críen solícitamente y los guarden en el temor del Señor, y los enseñen en todas las buenas costumbres, y los traten con mansedumbre. Porque todo esto manda la Escritura divina. ¿Tienes hijos? dice Salomón (4) Enséñalos y dómalos desde la niñez. ¿Tienes hijas? Guarda su ho-

(1) Ecli. 7. (2) Tobiæ 4. (3) Eccli. 3. (4) Eccli. 7.

nestidad y no les muestres tu rostro risueño. Y luego dice: Regala á tu hijo, y ensoberbecerse ha contra ti: juega con él, y darte ha mil disgustos. No te rías con él, ni llores con él, porque después no te arrepientas. No le des poder sobre tu casa en su mocedad, y mira por sus propósitos y por lo que piensa hacer. Dobla su cerviz cuando es mozo, y azótalo cuando es niño, porque después de duro no te desprecie y no haga caso de ti, y entonces te dolerá el corazón. Enseña á tu hijo y trabaja con él, porque su deshonestidad no te sea contada por pecado (1). Conforme á esto dice San Pablo (2): Padres, no queráis provocar á ira á vuestros hijos, mas criadlos con doctrina y temor del Señor. Y de tal cuidado y trabajo, qué fructo hayan de coger los padres, declháralo el Sabio diciendo: Quien ama á su hijo, castígalo muchas veces, para que después se alegre con él y no ande pidiendo de puerta en puerta. Quien enseña á su hijo, será alabado por sus virtudes y en medio de sus prójimos será honrado (3). Por lo dicho parece claro cuán reprehensibles y crueles son los padres que con una indiscreta piedad, por no castigar á sus hijos, los dejan estragar y corromper con solturas y vicios, los cuales con más razón se pueden llamar homicidas que no padres. ¿Qué mayor crueldad podría ser que estando vuestro hijo ahogándose en un río, que de dolor por no tirarle de los cabellos, lo dejaseis sumir debajo del agua? Pues no son menos crueles los que por no repelar ó azotar á sus hijos, los dejan sumir en el abismo de los vicios. No sé con qué palabras pueda encarecer este descuido. Porque aun aquel rico avariento que estaba ardiendo en las llamas del infierno tenía cuenta con sus hermanos, y ya que para él no había lugar de castigo ni disciplina, deseábala para sus hermanos, y para eso pedía que fuese Lázaro á avisarlos, porque no viniesen á parar en aquel lugar de tormentos (4). Pues si este cuidado y providencia tenía de los suyos un condenado, puesto caso que no hacía esto con buen celo sino con amor proprio, ¿cómo no se confundirá el que no hace otro tanto siendo cristiano? Y si este ejemplo no nos mueve, había de movernos el del sacerdote Helí, que porque no castigó dos hijos que tenía, por los males que hacían, él y ellos murieron desastradamente, y el arca de Dios fué presa en poder de los filisteos, y el ejército de Israel fué vencido, y treinta mil

(1) Eccli. 30. (2) Ephes. 6. (3) Eccli. 30. (4) Lucæ, 16.

hombres muertos en la batalla (1). Pues si desta manera castiga Dios á los que no castigan á sus hijos, ¿quién no trabajará por ganar á Dios por la mano, castigándolos agora moderadamente. porque no sean después castigados con tanto rigor?

Mas este castigo ha de ser con discreción y mansedumbre, buscando tiempo y oportunidad para avisarlos de sus culpas, no cuando lo dicta el ímpetu de la ira, sino cuando lo aconseja la razón. Y ante todas las cosas trabajen por apartarlos de malas compañías, de juegos, de ociosidad (que es peste de la mocedad) y enseñarlos desde la cuna á temer á Dios, á quebrar su propria voluntad, á aborrecer la mentira, á no traer el nombre de Dios en la boca, á no ser golosos ni comedores, á no ofrecer al demonio las criaturas de Dios. Y el mejor medio que para esto hay es no oir ni ver en sus padres lo que no es razón que hagan sus hijos. Porque hechos y dichos de padres, leyes son eternas de sus hijos. Provéanlos otrosí de buenos maestros y ocúpenlos desde muy temprano en honestos estudios, y enséñenlos á rezar y encomendarse á Dios y estar en la iglesia y en la misa con todo recogimiento y sosiego, y á confesarse algunas veces entre año. No los traten mimosamente ni los dejen siempre salir con lo que quisieren, porque no se hagan apetitosos, indómitos y voluntarios. Y sobre todo miren que no pierdan esta tan conveniente oportunidad que la naturaleza les da de poderlos enseñar y castigar en los tiernos años: porque si ésta pierden, nunca jamás la alcanzarán. Todas las cosas tienen sus tiempos y se hacen muy bien en ellos, los cuales pasados, el trabajo que después se pone es mucho, y el fructo ninguno. No pierde el marinero la sazón y tiempo de navegar, ni el viñadero de podar, ni el labrador de sembrar ni de segar: y mucho menos deben perder los padres la buena ocasión que les da la edad y molicie de sus hijos para doblarlos y enderezarlos, porque pasada ésta, quebrarlos han, y no los enderezarán. Esto baste cuanto á declarar la obligación que tienen los padres á los hijos y los hijos á sus padres.

Mas porque por este nombre de padre se entienden también los curas de almas y prelados espirituales, los padrinos, los maestros y los señores ó señoras de familia, no será fuera de propósito tratar del acatamiento que se les debe, y juntamente de lo que

(1) 1 Reg. 2 et 4.

cada uno tiene á cargo de hacer con sus encomendados. Y comenzando por los curas de almas y obispos, ninguno creo que habrá tan sin vergüenza, que no se tenga por obligado á honrarlos en todas las maneras: porque si á los padres, que solamente engendraron y criaron nuestros cuerpos, se debe la honra y servicios que tenemos dicho, por justo derecho habemos de acatar á los que por la doctrina cristiana y por los sacramentos engendran y mantienen nuestras almas. Lo cual confirma el apóstol San Pablo maravillosamente escribiendo á Timoteo (1), donde dice: Los sacerdotes que gobiernan como deben, tengan doblada honra, mayormente los que trabajan en la predicación y doctrina. Á los cuales conviene honrar en la manera siguiente. Sobre todas las cosas tengámosles acatamiento juzgándolos por merecedores de grande veneración, amémoslos de todo corazón, recibamos húmilmente su corrección y amonestaciones: finalmente démosles lo necesario para su corporal sustentación. Esto es lo que manda el Apóstol en muchas partes. Á los Tesalonicenses (2) dice: Rogámoos, hermanos, que miréis por aquéllos que trabajan con vosotros, y os rigen por la virtud del Señor, y os amonestan su voluntad, que los améis con ardiente caridad por el oficio que entre vosotros tienen: y tened paz con ellos. Y á los Hebreos (3): Obedeced á vuestros prelados y sedles sumisos, porque ellos velan por vosotros como quien ha de dar cuenta de vuestras almas, para que hagan esto con alegría, y no gimiendo por el grande peso.

Semejantemente los pastores de las almas han de tener grande cuidado y diligencia de su rebaño y de darles pastos de continua y sana doctrina y ejemplos de sanctísima vida. Así los amonestó San Pablo en los Actos de los Apóstoles (4) diciendo: Mirad atentamente por vosotros y por el ganado de que sois pastores puestos por el Espíritu Sancto para regir la Iglesia que Cristo redimió por su sangre. Y el apóstol San Pedro (5) amonesta lo mismo con estas palabras: Á los sacerdotes que hay entre vosotros ruego yo que soy sacerdote como ellos y testigo de la pasión de Cristo y participante de su gloria, que se descubrirá en el tiempo que está por venir: apacentad el ganado del Señor que os he encomendado, proveyéndolos no por fuerza sino alegremente, no por vuestro temporal interese sino por amor de su bien, no

(1) 1 Timot. 1. (2) 1 Thesal. 5. (3) Hebr. 13. (4) Act. 20. (5) 1 Petri 5.

como señores de la heredad sino como retrato de sancta vida de vuestras ovejas.

Cuanto toca á los maestros y preceptores ó ayos, también á éstos pertenece alguna parte de los cuidados de los padres. Porque como los padres naturales engendraron los cuerpos, y los obispos y curas tienen cuidado de las almas, así éstos tienen cargo de informar á los mozos no solamente para enseñarles letras, mas también buena crianza y honestas costumbres y principalmente los primeros principios de la doctrina cristiana. Y por esto les deben los discípulos especial veneración, conviene á saber, que les hagan la cortesía y acatamiento que les pertenece, que los teman, que les obedezcan, que les sean agradecidos y les paguen el salario que les deben. Pero miren éstos mismos que hagan diligentemente su oficio, que instruyan á los mozos que tienen á su cargo con cuidado en letras y costumbres y en toda virtud, y que castiguen á los viciosos y á los que á otros hacen agravio, y defiendan en cuanto pudieren á los inocentes contra el atrevimiento de los poderosos, y sobre todas las cosas se guarden de enseñar malas opiniones á los corazones tiernos.

Resta por decir lo que los amos deben á sus criados y los criados á sus señores. Deben pues los criados y criadas á sus señores esta honra. Primeramente que los amen de corazón y que les deseen y procuren toda prosperidad, que obedezcan y cumplan húmil y muy alegremente lo que les mandaren, que sean leales y muy fieles en el cargo que les fuere encomendado y que les acudan todas las veces que fuere menester, así á su persona como á sus bienes y su fama, según bastaren sus fuerzas. De aquí es lo que San Pablo dice (1): Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y temblor, con sencillez de corazón como á Cristo, no sirviéndoles solamente cuando estáis delante dellos como quien pretende agradar á hombres, mas como siervos de Cristo que hacen con todo corazón la voluntad de Dios, y como quien sirve al Señor y no á hombres. Y lo mismo escribiendo á Tito dice (2): Amonesto á los siervos que sean sumisos á sus señores y que en todo los contenten, no contradiciéndoles ni engañándolos, mas mostrando lealtad en todas las cosas. Y el após-

(1) Ephes. 6, Colos. 3. (2) Titum 2.

tol San Pedro dice así (1): Siervos, sed sumisos con todo temor y acatamiento á vuestros señores, no solamente á los buenos y mansos, mas también á los díscolos. Por el contrario, deben los amos y amas á su familia, primeramente, ser para ellos benignos y mansos, y proveerlos de las cosas necesarias para su sustentación, guardarlos con buena disciplina y costumbres en el temor del Señor y pagarles su justo salario y soldada según su servicio y trabajo. Sobre lo cual amonesta el Sabio diciendo (2): Si tienes algún siervo fiel, tenlo en lugar de tu alma y trátalo como á hermano. Y el apóstol San Pablo (3): Vosotros, señores, haced también lo que es razón con los vuestros, perdonando las iras y amenazas que les tuviéredes hecho, sabiendo que vuestro Señor y el suyo está en los cielos. Y en otra parte (4): Señores, dad á vuestros criados lo que es justo, pues sabéis que vosotros y ellos tenéis un mismo Señor en los cielos. Y lo que hasta agora tenemos dicho de los siervos y criados de casa, lo mismo decimos de los jornaleros y oficiales que trabajan por días en vuestras casas, conviene á saber, que éstos asimismo trabajen fielmente y se les pague su jornal como con ellos se asentare. Porque de otra manera dice el Apóstol (5): Quien á otro hace injurias, recibirá según lo que á otro tenga hecho injustamente. Y más largamente el apóstol Santiago amenaza con grandes penas al que niega á los que en su hacienda trabajaron, el salario ó galardón que merecen (6).

Pero á todos los sobredichos acrecentaremos los hombres viejos y ancianos, porque por este mismo precepto conviene que éstos sean honrados por los más mozos. La cual honra consiste primeramente en la cortesía y reverencia acostumbrada de levantarse y descubrir la cabeza y que de buena voluntad y con humildad les pidan consejo y hagan lo que les aconsejaren y amonestaren. Porque así lo manda el mismo Dios en el Levítico (7) por estas palabras: Levántate delante del hombre anciano que tiene canas en la cabeza, y honra la persona del viejo. Y el Sabio dice (8): Al anciano humilla tu alma. No desprecies las palabras de los ancianos, y sé amigo de sus dichos y sentencias, porque dellos aprenderás sabiduría y doctrina. Pero los viejos de tal manera han de vivir y conversar, que no sean ellos dignos de reprehensión en

(1) 1 Petri 2. (2) Eccli. 33. (3) Ephes. 6. (4) Col. 4. (5) Colos. 3. (6) Jacobi 1. (7) Levit. 19. (8) Eccli. 8.

comparación de los mozos. Mas procuren que en ellos resplandezca toda piedad y honestidad, así en sus gestos como en sus palabras y obras. De donde escribe San Pablo á Tito (1) que amoneste á los ancianos que sean templados, castos y prudentes, sanos en lo que toca á la fe y caridad y paciencia. Esto baste cuanto á este cuarto mandamiento.

(1) Titum 2.

CAPÍTULO VI

DEL QUINTO MANDAMIENTO

EL quinto mandamiento es: *No matarás.* Éste tiene su razón y orden como los otros que tenemos dichos: porque propriamente tras el mandamiento de la obediencia viene el que nos enseña lo que en particular habemos de hacer con todos los hombres de cualquier suerte y condición que sean. Y porque lo que los hombres más aman y más estiman de las cosas deste mundo, es la vida, por esto se pone este mandamiento en la delantera, en que se nos manda que á ninguno de nuestros prójimos quitemos la vida por nuestra propria autoridad. Y digo por nuestra autoridad, porque por ajena autoridad podría alguno matar á otro. Porque el que es ministro de justicia, puede por autoridad de la ley ó de su superior quitar la vida á otro, con tal que no haga ésto con odio, ó crueldad, ó enemistad. Porque ésta no es particular venganza de alguno sino de toda la república, á la cual pertenece castigar y echar de sí los miembros malos y perjudiciales que pervierten en ella la paz y la justicia y servicio de Dios. Éstos son justamente castigados porque quebrantan y menosprecian el cuarto mandamiento de la obediencia que agora dijimos, con grande desasosiego y daño de la república y de lo que Dios quiere y ordena. Y desta manera de matar no habla nuestro mandamiento, sino de la particular venganza que muchas veces los hombres por su propria autoridad quieren tomar.

Por este mandamiento no sólo está prohibido matar al hombre exteriormente, mas también los afectos y pasiones del corazón, de donde se suele recrescer voluntad y obra de matar: porque prohibido el efecto, claro es estar prohibida la causa. Las pasiones de donde procede la voluntad ó obra de ser homicida, son ira, soberbia, envidia, avaricia, deseo de venganza ó de otros intereses á que nuestra mala inclinación nos trae. Todos estos malos afectos son por este precepto prohibidos como causas y desper-

tadores de tan mala obra como es el homicidio. Y porque de tan malas causas ningunos efectos pueden nascer que no sean también malos, son también vedados por esta misma razón todos los otros males y daños que podemos hacer á nuestros prójimos. Y así nos obliga este mandamiento á que ni con obras ni con lengua ni voluntad seamos perjudiciales ó dañosos á los hombres. La raíz y fundamento del mal que de un hombre viene á otro, nasce en el corazón: de allí se encamina á la lengua y á las manos y á todas las otras obras por donde el hombre es maltratado de su prójimo. Por esta razón habemos de entender que principalmente son prohibidas en este mandamiento cualesquier pasiones que pueden encaminar el corazón del hombre á cualquier daño y perjuicio de otro. Quiere Dios entre los hombres grande concordia y amistad y grande liberalidad y largueza de los unos para con los otros. Porque como todo el mundo sea criado por causa del hombre, y el mismo mundo sea un traslado y muestra del amor y de la beneficencia de Dios, en ninguna otra cosa se puede más conocer este amor y esta liberalidad y largueza de Dios como en la paz y concordia de los hombres que Él crió para ser en ellos conocido. De aquí viene que los que más procuran por la conservación desta paz, y mayor paciencia tienen por que no sea deshecha ni rota, más ciertos y más conocidos siervos son del Señor. Y así testifica dellos nuestro Redemptor en el Evangelio (1): Bienaventurados los pacíficos, porque éstos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra: dando á entender que éstos solos responden y aprueban como verdaderos hijos de Dios. Éstos dan testimonio de quien los crió en el mundo, representando aquella bondad, aquella paz y concordia que se requiere tener los hijos de un mismo padre, y de tal padre. Ellos solos usan del dominio de la tierra según la condición y fin para que les fué entregado. Y así los que rompen y tienen en poco esta paz y que ninguna cosa quieren sufrir ni hacer por respecto de la conservación della, son como deshacedores y afrentadores de la obra de Dios y dados y sentenciados por enemigos suyos, porque cuanto en ellos es, borran y deshacen el traslado con que Dios en este mundo es más repre-

(1) Matth. 5.

sentado y conocido. Esto es lo que se contiene en este mandamiento.

Agora digamos las obras afirmativas dél, y luego las negativas: porque este mandamiento, aunque es negativo, no estará sin su afirmativo. Esto no es para más que para dar una muy llana y fácil explicación de los mandamientos, que á la verdad bien mirado, todo se encierra en la declaración que se da dellos. Este mandamiento pues, aunque va dado por vía de negación diciendo, no matarás, síguese dél manifiestamente que incluye en sí afirmación: porque prohibiendo los malos afectos del corazón que son en perjuicio del prójimo, es visto pedir buenos y provechosos afectos para el mismo, y prohibiendo malas palabras y obras, es visto pedirlas buenas. Y así las obras deste mandamiento por la parte afirmativa son: buen celo de los bienes de su prójimo, perdón de todas las injurias, paciencia y sufrimiento en ellas, socorro en las necesidades, rogar á Dios que lo ampare y favorezca en los bienes del cuerpo y del alma. Principalmente en este mandamiento es encomendada la paciencia, sin la cual no se puede conservar la paz y concordia entre los hombres: pedir al Señor socorro para todo esto, porque el corazón humano de su propria raíz y naturaleza es soberbio, y mal sufrido, y amigo de vengarse: rogarle con toda humildad que para este caso haga á nuestro corazón tan largo como él lo pide: que nos dé mansedumbre para con nuestros prójimos, estudio y diligencia de paz y concordia con ellos mismos, largueza de corazón para despreciar todo lo que en esto pusiese estorbo: que no demos mal por mal, sino que antes por mal demos bien: que roguemos por nuestros enemigos y confiemos de la grande bondad y misericordia de Dios que los ha de convertir y encaminar á buen fin.

Las obras deste mismo mandamiento por la parte que es negativo, ó para hablar más propriamente, aquéllas por donde él es quebrantado y despreciado, son: todo género de odio y malquerencia con el prójimo, envidia, deseo de venganza, palabras injuriosas en ausencia ó en presencia dél, y cosas semejantes. Así que dispone este quinto mandamiento primeramente que á ninguno quitemos la vida, ni por nuestro favor se haga algún homicidio, ni consintamos en la muerte de algún hombre por consejo ó mandado ó ruego. Después desto, que contra ninguno nos airemos ni ensoberbezcamos con mala intención, que á nadie aborrezcamos,

que á nadie echemos maldiciones ó pidamos á Dios que le haga mal, que de nadie hagamos escarnio, que con nadie tengamos riñas porfiadas, que no sembremos discordias y enemistades entre los que bien se quieren, que á nadie engañemos con mentiras, que no tengamos envidia ni nos pese con la prosperidad de otro, que no seamos duros y pertinaces para aplacarnos, que no seamos crueles sin misericordia, finalmente que á nadie difamemos ni quitemos la buena opinión que de otro se tiene.

Cuanto toca al homicidio exterior, dos cosas principalmente nos deben poner espanto de cometerlo: la una, que este pecado no es humano, sino de bestias fieras: porque á los hombres crió Dios para paz y concordia, no para disensiones y para herirse unos á otros, por lo cual sólo los hombres entre todos los animales nascen sin armas, pues ni tienen cuernos, ni uñas, ni dientes con que puedan matar. La otra, que nuestro Señor Dios aborrece mucho esta crueldad terrible, y la castigó en los tiempos pasados con grandísimas penas, y así quiere agora que sea castigada. Lo cual consta de otras muchas partes, pero señaladamente del cuarto capítulo del Génesis, donde fué dicho por Dios á Caín, que fué el primer homicida: La voz de la sangre de tu hermano da voces á mí desde la tierra: serás pues maldito sobre la tierra, que bebió la sangre de tu hermano derramada con tus manos. Cuando trabajares en ella y la labrares, no te dará fructos. Andarás por la tierra vagabundo y huyendo de la gente. Á lo mismo pertenece lo que también se escribe en el Génesis (1): De la sangre de vuestras vidas pediré cuenta á los hombres que la derramaren con su mano ó con crueldad de fieras: de la mano de cualquier hombre y de la mano de cualquier hermano requiriré la vida del muerto. Cualquier que derramare la sangre ajena, su sangre será derramada: porque á imagen de Dios es hecho el hombre. Y desta manera se hallarán otros muchos pasos en las Escrituras (2), donde se muestra la maldad de aquéllos cuyos pies están prestos y corren para derramar sangre, y cuyas manos están ensangrentadas. Son también culpados de homicidio los que por falsas acusaciones ó falsos testimonios hacen que muera el inocente. Asimismo quien en su corazón tiene asentado y determinado de matar, aunque la obra no se siga, quebranta este mandamiento.

(1) Genes. 9. (2) Prov. 1, Esai. 59, Psalm. 5.

Son también culpados en este mandamiento los que dejan perecer al prójimo á quien podrían salvar, si quisieran, como son especialmente los avarientos que dejan á los pobres morir de hambre ó de frío, y aquéllos que sabiendo que un inocente está condenado á muerte, no procuran librarlo por la vía que puedan. De quien dice la Escritura: Libra y no te descuides de socorrer á los que son llevados á la muerte. Si dijeres no bastan mis fuerzas, quien ve tu corazón entiende si por eso lo dejas ó por otra cosa (1).

§ I

Contra los odios y deseos de venganza.

Mas porque algunos tienen particulares odios contra sus prójimos y pasan grande dificultad en vencerlos, para remedio déstos pondremos aquí algunas consideraciones de que se puedan ayudar contra esta ponzoña. Primeramente el que es tentado de odio contra algún hombre por haber sido dél ofendido, debe ante todas cosas pensar que ese hombre tal cual es, por vilísimo que sea, es criatura de Dios y hijo suyo, redimido por su sangre, y que por amor deste Señor (ya que él no lo merezca) es razón que perdones alguna cosa. Así que no mires á él, sino mira á Dios, que aunque mirando á él no halles razones para perdonarle, mirando á Dios sobrarte han.

Mira pues lo que Dios merece por ser quien es, y lo que merece por tantas mercedes como te tiene hechas, y por tantos trabajos como por ti sufrió, y verás que no es mucho sufrir tú este pequeño por Él.

Mira también la multitud de ofensas que contra Él tienes hechas desde el día que supiste pecar hasta el presente, y verás que no es mucho perdonar tú una pequeña ofensa por amor de Aquél que tantas y tanto mayores te tiene sufrido, perdonado y adelante te sufrirá. Porque de otra manera injustamente pide misericordia quien no usa della, y no merece alcanzar perdón para sí el que no lo concede á otro. Así lo concede el Eclesiástico di-

(1) Proverb. 24.

ciendo (1): El hombre guarda el disgusto contra otro hombre, y ¿á Dios pide el remedio? Con otro hombre como él no usa de misericordia, y ¿hace oración por sus pecados? ¿Quién osará rogar por él?

Considera también aquel remedio que nos da el Eclesiástico contra este vicio diciendo: Acuérdate de tus postrimerías, y deja de tener odios y pasiones (2). Como si más claramente dijera: Acuérdate que de aquí á muy pocos días te has de ver en paso de muerte, y que en aquella hora ninguna cosa más desearás que hallar misericordia en los ojos de Dios, porque todos los otros deseos en aquella hora cesarán y se mudarán en éste. Pues siendo esto así, ten por cierto que una de las cosas que más te pueden ayudar para esto, es perdonar. Por donde en tus manos está hallar entonces á Dios en la manera que lo quisieres hallar. Si quieres hallar en Dios misericordia, hállela tu prójimo en ti: si quieres hallar en Dios buen rostro, hállelo tu prójimo en ti: si quieres que Dios entonces te perdone, perdona también agora tú. Ten por cierto que no hay tal bula ni tal indulgencia para alcanzar perdón de los pecados como amar y perdonar á los prójimos, pues la caridad, como dice el Apóstol (3), es la que cubre la multitud de los pecados.

Mira también allende desto el mérito grande desta obra: porque no sólo es eficacísimo medio para alcanzar perdón de pecados, sino también para enriquecer al hombre con nuevos merecimientos. Porque una de las raíces y causas que los teólogos ponen del merecimiento, es la dificultad de las obras: y por esto cuanto una obra de suyo fuere más dificultosa, tanto será más meritoria. Que por esto el martirio es obra de tan grande mérito, porque es de grande trabajo: y si aquí se te ofreciere semejante trabajo, también alcanzarás semejante premio: de manera que puesto que no seas mártir por la fe, serás mártir por la caridad, pues como dice San Gregorio, sin hierro y sin llamas podemos ser mártires, si de verdad conservamos paciencia en nuestros corazones.

Considera también la dignidad y precio desta virtud, la cual por una muy alta manera nos hace hijos de Dios, imitadores de la realeza y nobleza del corazón de nuestro Padre celestial, el

(1) Eccli. 28. (2) Eccli. 7, Psalm. 36. (3) 1 Petri 4.

cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1).

Y si no te mueve tanto el amor del bien como el temor del mal, considera la malicia y graveza deste pecado, la cual es tan grande que la comparó el evangelista S. Juan con la del homicidio cuando dijo: El que tiene odio á su hermano, homicida es (2), porque en el juicio de Dios ya ha muerto un hombre el que deseó matarlo.

Y si allende de ser este pecado tan grave, fuera pecado que acabándose de hacer pasara luego, como pasa la blasfemia y otras tales, aún fuera menos mal: mas no es así, sino que muchas veces acontece durar la malquerencia un año, y dos años, y más; de donde ya podrás ver en todo este tiempo cuántos pecados de odio se cometerán, pues cuantas veces se renueva el propósito de la malquerencia, tantas de nuevo se comete la culpa. De manera que no es ésta como herida de espada, que corta y pasa, sino como saeta que deja el hierro en la herida, que en cuanto no sale fuera, siempre está empodreciendo y afistolando la llaga.

Y con éste aún se junta otro grande mal, que es traer este pecado consigo una cuadrilla de otros muchos pecados que comúnmente andan en su compañía, por lo cual dice San Juan que el que ama á su prójimo, anda en luz y no tiene escándalo en su alma: mas el que tiene odio contra él, está en tinieblas y anda en ellas (3), y por consiguiente no se puede excusar de tropezar y caer en muchos barrancos de pecados que andan en compañía déste. Porque en teniendo odio contra una persona, luego nos parecen mal todas sus cosas, luego las juzgamos y condenamos, luego se levanta la ira, la envidia, la murmuración, la detracción y otros muchos males que de aquí se siguen: y lo que peor es, que no se contenta el hombre con andar él solo en esto, sino también mete en la danza á todos sus amigos y paniaguados, y así lleva en pos de sí como el dragón la tercera parte de las estrellas del cielo y las derriba en el abismo.

Y si todo esto no basta para doblar tu corazón, al menos considera el ejemplo de aquel Señor que estando en la cruz extendido en aquel madero, atravesado con clavos, coronado con espinas, abiertas las espaldas con azotes y hecho un piélago de dolores, y

(1) Matth. 5. (2) 1 Joan. 3. (3) 1 Joan. 2., 1 Joan. 3.

á todo esto la madre inocentísima presente, la primera palabra que habló, la primera voz que aquel tan cansado pecho arrancó, fué: Padre, perdona á éstos, que no saben lo que hacen (1). Pues ¿qué mayor desconocimiento, qué mayor ingratitud que dejar pasar en vano un tal ejemplo de amor y de perdón como éste, y hacer que sea sin fructo para nosotros lo que Dios tan encarecidamente con su ejemplo nos encomendó? Esto es, hermano mío, lo que has de considerar en tus injurias, y así se te harán tan dulces que vengas á hallar miel en la boca del león (2), que es, en la mala obra de tu contrario, y así de lo que comía saldrá manjar y fuerte dulcedumbre: de manera que lo que tomado por una parte te daba tormento, tomado por ésta te dará refrigerio.

(1) Luc. 23. (2) Judicum 4.

CAPÍTULO VII

DEL SEXTO MANDAMIENTO

El sexto mandamiento es: *No cometerás adulterio*. Es negativo como el pasado, mas tiene también su afirmativo. Para cuyo entendimiento es de saber que la cosa que después de la vida el hombre más estima y ama, es la mujer que tiene consigo junta por matrimonio, y así lo muestra la experiencia en todos aquellos hombres que no desvaran de la razón. Este amor mandó Dios que hubiese entre el hombre y la mujer, y puso grande inclinación y grandes prendas para eso. Porque de ninguno hace tanta confianza el hombre como de su propria mujer, y la mujer de su proprio marido. No sólo tienen la vida y la casa juntos, mas todos los bienes y trabajos son entre ellos comunicados y como unos, y sobre todo tienen igual parte en los mismos hijos, si Dios se los da. De aquí viene que después de quitar la vida al hombre, la mayor injuria que se le puede hacer, es tomarle su mujer, ó á la mujer tomarle el marido, porque es quebrantar y deshacer aquella grande amistad y aquella liga y fe que entre ellos hay. Por tanto este mandamiento de no cometer adulterio se sigue después del otro, no matarás. Y así como el quebrantamiento del otro es grande menosprecio de la obra de Dios, así lo es éste de la fe que Él quiso que hubiese entre el hombre y la mujer, y de la certeza que á cada uno dió para que conociese á su proprio hijo y tuviese cargo dél como de cosa tan suya, y del sacramento grande que por éste es significado, que es el espiritual matrimonio entre Cristo nuestro redemptor y la Iglesia que Él redimió: de todo lo cual hace burla y escarnio el que quebranta este mandamiento.

Esto basta para que entendamos cuán grande mal es no guardar este mandamiento. Mas es menester que pasemos más adelante y declaremos si solamente es defendido por este mandamiento tomar la mujer ajena ó el marido ajeno, ó también otras

cosas por donde los hombres algunas veces vemos haber cometido fealdades y torpezas. Á lo cual se responde que este mandamiento, aunque es negativo, contiene en sí uno afirmativo, y según ambas las maneras se ha de considerar para ser bien entendido. Porque cuando se prohibe el adulterio, prohíbese por consiguiente la raíz de donde esta mala obra nasce: porque si la raíz no fuese mala, no se daría por malo el fructo que della sale. Y quien avisa que se guarden del fructo como de cosa mortífera y ponzoñosa, da á entender la maldad que hay en la raíz. Y así digo que en este mandamiento es prohibido el ánimo que es mal inclinado y consentidor de cosa deshonesta y fea. Y así es vedada aquí toda obra y todo consentimiento con que la honestidad y limpieza es quebrantada, de cualquier manera que sea: porque es vedado todo apetito desenfrenado y todo aquello que fuere encaminado y tuviere semejanza ó olor de lo que solamente es permitido á los que están juntos en legítimo matrimonio. Y así en el mandamiento afirmativo que este negativo consigo trae, se nos demanda en este caso toda limpieza de cuerpo y de alma. Porque como el alma sea casa y posada de Dios, y el cuerpo lo sea del alma, quiere Él que todo eso sea sanctificado á su servicio y limpio y puro, como conviene á casa donde tal Señor dice que quiere morar. Por esto en este mandamiento se nos piden castos y limpios pensamientos, la vista y todas las muestras que de nosotros salieren, las palabras que habláremos, las conversaciones que tuviéremos, todas con honestas señales y ejemplos, y que no demos ocasión que por nuestra culpa y descuido juzgue alguien otra cosa de nosotros. Y éstas son las obras por donde este mandamiento es guardado por la parte de su afirmación.

Más las obras contrarias á este mandamiento son pensamientos torpes, hablas encaminadas á eso, tener trato y conversación con gente leve, darles ocasión á alguna liviandad, dar consentimiento en semejantes cosas, favorecerlas ó dejarlas de estorbar. Pecan contra este mandamiento las madres y padres que no dan grande ejemplo de honestidad á sus hijos, que no ponen diligencia en guardarlos: las que dejan á sus hijas andar desmandadas por donde se les puede recrecer algún inconveniente: los que tienen súbditos debajo de su mano, y en este caso no tienen sobre ellos la vigilancia que es necesaria: los que por comidas y regalos dejan crescer en su cuerpo las fuerzas y tiranías de su ruin apetito.

Pecan también gravemente los que por alguna compañía ó conversación sufren que haya escándalo y infamia deso entre la gente. Porque en este caso no basta tener limpio su corazón, sino es menester que cuanto en sí es, estorbe el perjuicio de su fama ó de la ajena.

Pero habemos de ser avisados que en este precepto no se defiende que se cometa solamente el adulterio, de que hasta aquí tenemos hablado, mas toda fornicación y ayuntamiento de hombre y mujer fuera del legítimo matrimonio, como es el incesto, que es pecado de alguno con su pariente ó con pariente de su propria mujer: item ayuntamiento con persona ofrescida á Dios por voto de religión ó de orden sagrada, y otros ayuntamientos deshonestos prohibidos por derecho divino ó eclesiástico, y sobre todos el abominable vicio contra natura y el bestial de quien se junta á las bestias, cuya torpeza no quiere el Apóstol que nombremos en nuestra boca: y junto con esto la fornicación simple, que es el ayuntamiento de soltero con soltera ó mujer pública, ó cualquier otra, aunque sea tenida por honesta: y el desenfrenado y demasiado ayuntamiento de los casados cuando no tienen esperanza ni propósito de haber hijos, aunque éste no es pecado mortal.

Allende desto, para que entendamos bien la fuerza deste precepto, conviene advertir que no solamente se defiende aquí la obra corporal deste sucio vicio, mas también todo aquello que levanta la llama del mal deseo y propósito de pecar, como es la ociosidad, la holgazanería, las pláticas y palabras torpes, el vestido y atavío del cuerpo disoluto y deshonesto, y los cantares y bailes deshonestos, y cualesquier gestos y figuras que á este vicio puedan incitar, y finalmente todos los deleites y regalos que mueven ó inflaman á deshonestos apetitos.

Y puesto que con lo que está dicho, á mi juicio tenía satisfecho la declaración y determinación deste precepto, pero para provocar más al aborrescimiento deste sucio vicio de lujuria, quiero referir algunos ejemplos de las Sanctas Escrituras. Y sea el primero el que se escribe en el Génesis (1). Comenzando los hombres á multiplicarse sobre la tierra y á criar hijas, viendo los hombres que tenían noticia de la honra de Dios, las hijas de los otros hombres malos, que eran hermosas, juntáronse con ellas, cada uno

(1) Genes. 6.

con la que le plugo. Y dijo Dios: No permanescerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque son carnales, etc. Y por este vicio de lujuria, con otras maldades que los hombres cometían, vino el diluvio que destruyó toda la tierra. Después aquellas ciudades de Sodoma y Gomórra, por la abominabilísima lujuria que en ellas había, fueron asoladas y hechas ceniza. Después leemos que Abimelech, rey de Gerare, porque tomó para sí á Sara, mujer de Abraham, puesto que no sabía que estaba casada con él, tanto ofendió á Dios, que todas las mujeres de su casa se hicieron estériles, y él estuvo en peligro de ser muerto (1). Lo cual antes dél aconteció á Faraón, rey de Egipto, el cual con toda su familia fué herido con muchas plagas por el mismo adulterio (2). Leemos también que por el pecado y injuria que se hizo á Dina, hija de Jacob (3), no sólo el autor principal, mas su padre Hemor y toda la ciudad de Siquén fué entrada á degüello, y solamente se salvaron las mujeres y los niños. Allende desto todo que se cuenta en el Génesis, leemos en los Números (4) que los hombres del pueblo de Israel se juntaron con las mujeres de los ammonitas, que eran gentiles, y por esta maldad mató Dios cuatro mil hombres. Y viendo Finees á un hombre israelita entrar desvergonzadamente con una mujer madianita, tomó una espada, y entró en el lugar donde estaban, y á ambos juntamente les atravesó el cuerpo. Escríbese también en el libro de los Jueces (5) que por solo un adulterio que se hizo con una mujer de un Levita, perecieron en batalla infinitos millares de ciudadanos de Gabaa y de la tribu de Benjamín, y todas sus villas y aldeas fueron quemadas. Finalmente cuentan las Escrituras del rey Salomón que puesto que era sapientísimo, en su vejez se encendió tanto en amor de las deshonestas mujeres que adoraban ídolos, que se cegó de manera que abandonó á Dios vivo y solo, y adoró los ajenos y falsos dioses (6). Por lo cual enojado el Señor, le amenazó que dividiría su reino y le quitaría mucha parte dél del señorío de sus descendientes: y de ahí adelante levantó contra él muchos enemigos, y él y todos sus descendientes padescieron por esto muchas y grandes calamidades.

Pues viendo tales ejemplos y acaecimientos contados en la Escritura divina, escarmentemos y huyamos como de perro rabioso

(1) Gen. 29. (2) Gen. 12. (3) Gen. 34. (4) Num. 25. (5) Judic. 20. (6) 1 Reg. 17.

y víbora, deste torpe vicio, así del adulterio como de la simple fornicación y de cualquier especie de lujuria, de donde vemos que tantos y tan grandes males han sucedido y en el tiempo presente experimentamos, y siempre suene en nuestros oídos aquel mandamiento del apóstol San Pablo, que dice (1): Huid de la fornicación, porque todos los otros pecados que el hombre hace, son fuera de su cuerpo, mas el lujurioso contra su mismo cuerpo peca. ¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Sancto, que mora en vosotros por merced de Dios, y que no sois vuestros, porque estáis comprados por Cristo por grande precio para que glorifiquéis y traigáis á Dios en vuestros cuerpos? Y lo que en otra parte (2) el mismo Apóstol escribe: La fornicación y cualquier suciedad y avaricia no se nombre en vuestra boca, como conviene á sanctos, ni palabras torpes ni vanas ni chocarrerías que ningún provecho traen: mas siempre traigamos en nuestra lengua loores de Dios. Porque sabed, dice el Apóstol (3), que todo aquél que fornica ó comete cualquier género de lujuria, ó es avariento (que es tanto como si adorase ídolos) no tiene parte en el reino de Cristo y de Dios. Oigamos asimismo lo que en otra parte (4) dice: Ésta es la voluntad de Dios, que seáis sanctos, que sepa cada uno de vosotros usar de sus miembros en sanctificación y honestidad, y no con pasión de sus apetitos como las gentes que no conocen á Dios. Esto baste cuanto á este sexto mandamiento, sin que nos metamos en otras torpezas de que muchos hacen muy grandes y muy largas pláticas, y muy sin provecho. Porque por nuestros pecados se sabe deso más de lo necesario, y solamente hablar en eso es afrenta. Dicho está en suma lo que hace al caso, y encarescida la vigilancia que en este caso todas las gentes han de tener sobre sí, por ser la flaqueza humana tan grande y los peligros tantos y tan á la mano. Lo demás sépanlo los confesores para cuando fuere menester.

(1) 1 Cor. 6, (2) Ephes. 3. (3) 1 Thesal. 4. (4) 1 Cor 6.

CAPÍTULO VIII

DEL SÉPTIMO MANDAMIENTO

El séptimo mandamiento es: *No hurtarás*. Éste también es negativo, y tiene su afirmativo: síguese convenientemente tras éste otro de que agora dijimos. Porque después de la mujer, lo que más ama el hombre, son todos los otros bienes, como son los hijos y los bienes temporales y lo que parece ir en compañía desto. Por esta razón en este mandamiento se nos dice que no tomemos á nadie lo que es suyo. En esto tiene lugar la misma razón que en los otros mandamientos dijimos, la cual es que prohibiendo el hurto, se sigue luego que son también prohibidas las raíces de donde sale el hurtar. Éstas son la avaricia, la codicia de las cosas ajenas, la envidia dellas, el menosprecio de quien las tiene. Y por el contrario se nos manda la disposición que en este caso en nuestro corazón habemos de tener, que es el mandamiento afirmativo que el negativo trae en su compañía y lo presupone. Esta disposición es una buena y larga voluntad de alegrarnos con los bienes de nuestro prójimo, que seamos en esto sanos y liberales, y que esté tan lejos de pesarnos de los bienes ajenos, que estemos aparejados para dar de los nuestros cuando ocurriere la necesidad. Quien esta disposición tuviere, tiene aparejo muy fácil para el cumplimiento de las obras de este precepto por la parte que encierra en sí uno afirmativo. Las obras contrarias á él son tomar alguna cosa de la hacienda ajena contra la disposición y mandamiento de las leyes, robar los hijos y persuadirlos á que hagan alguna cosa mal hecha, ó que no obedezcan á sus padres, recibir dellos alguna cosa estando en poder de los padres ó tutores. La misma cuenta es de los siervos y mujeres casadas. Pecan contra este mandamiento los que no obedecen las sentencias de los jueces que tienen autoridad de juzgar: los que traen demandas injustas, los que injustamente las dilatan: los que no pagan cumplidamente los diezmos de las iglesias: los señores que

no pagan á los criados, ó les dilatan las pagas con daño y detrimento dellos: los que no pagan á tiempo ó lo alargan, ó quieren demandas por traer á los otros á tales conciertos que pierdan de lo que se les debía: los que falsan ó mezclan las cosas que venden, ó dan uno por otro, ó no tal cual había de ser conforme á las leyes que sobre eso están puestas, con palabras, con peso y medidas falsas, y de otras muchas maneras: los que usan de contratos usurarios y injustos: los que contra derecho votan en cabildos, en juicios ó ayuntamientos: los que admiten personas indignas, ó las prefieren á otras para oficios eclesiásticos ó seculares: los jueces que permiten malos oficiales que dañan lo que hacen ó lo menoscaban, porque éstos son todos ladrones de la república. Y según la cosa es de más cualidad ó de mayor importancia, así será mayor el pecado y el hurto. Pecan asimismo los que no socorren al prójimo en su necesidad, cuando lo ven en ella: porque tal puede ser la necesidad, que sea quitarle su hacienda. Porque en aquel tal caso como cosa propria se le debía, y no era el que lo había de socorrer sino un como depositario para proveerlo en viéndolo en tal necesidad. Finalmente pecan contra este mandamiento los que desconfían de la verdad, de la bondad y misericordia de Dios, por donde vienen á socorrerse y á remediarse por malos medios y malos consejos. Porque de aquí nace el hurtar y el querer usurpar lo ajeno por tantas y tan malas maneras. Porque ciertamente este demasiado cuidado que tiene el hombre pecador de su honra, y de lo que ha menester, y de lo que ha de dejar á sus herederos, es la fuente de donde mana toda la codicia y tantos y tan graves males: que sí se confiase verdaderamente de la palabra que Dios le tiene dada, de su sabiduría, de su providencia y de su misericordia, entendería y tendría por cierto que Dios lo sustentaría y lo remediaría en sus necesidades con sólo usar él de lícitos y justos medios: y cualquier cosa que en esto lo sucediese, aunque él por entonces no alcanzase á entenderla cumplidamente, la tendría por buena como á cosa guiada por el consejo del Señor y salida de la mano de su verdad y misericordia. Mas como los pecadores y mundanos tienen por más acertado su consejo que el de Dios, escogen más para sí lo que ellos desean que lo que Él les da, y creen que al mejor tiempo les faltará, y que si van por el camino de Dios, tendrán flaco sustentamiento sus edificios y imaginaciones y darán consigo en el suelo. Por esto pónenles

las columnas de sus obras, y afírmanlas con sus astucias y invenciones, y creen que serán más durables y firmes con sus urdimbres y robos que con lo que Dios manda y permite. De aquí nasce no haber lealtad entre los hombres, desmandarse los superiores contra los inferiores, los inferiores contra los superiores: que no se guarden leyes, ni se tenga respeto á la verdad ni á la justicia: que ninguna cosa esté segura de la codicia y maldad humana; que ni baste obligación ni amistad para poner algún freno en esto, ni la religión de los templos, ni las cosas sagradas para que no haya tantos sacrilegios públicos y secretos, claros y disimulados como hay.

De lo que está dicho será facilísima cosa recoger todos aquéllos á quien comprehende este general vocablo de hurto, los cuales traspasan este mandamiento, y qué es lo que en él se defiende. Y puesto que la brevedad deste volumen no da lugar para que declaremos en particular cada una de las dichas cosas y las confirmemos por testimonio de las Escrituras, con todo es menester repetir y declarar algunas dellas, en que más comunmente pecan los hombres deste tiempo.

Pero callemos de los robadores, de quien no hay necesidad de decir cosa alguna, porque todos conocen su pecado, y que como San Pablo dice (1), no poseerán el reino de Dios. Diremos primeramente de los usureros, los cuales no quieren ser contados en el número de los ladrones, antes presumen que merecen ser alabados, porque socorren á los que padescen necesidad. Lo cual en verdad merecerían, si graciosamente hiciesen misericordia. Mas si lo dan porque tornen á recibir doblado lo que dan, ó con cuatro tantos, y así lo conciertan y lo requieren, no hay duda sino que su liberalidad se convierte en avaricia y su misericordia en crueldad: y pues desta manera chupan la sangre y el sudor á los pobres, ciertamente son verdaderos y legítimos ladrones. Pero oigamos lo que la Escritura divina determina destos tales, y lo que enseña acerca de la usura. Dice así el Señor en el Éxodo (2): Si prestares tu dinero al pobre que mora contigo en mi pueblo, no le apretarás para cobrarte eso como recaudador de alquileres ni lo oprimirás con usuras. Si tomares de tu prójimo en prenda el sayo ó la capa, antes que el sol se ponga vuélvesela, porque no

(1) 1 Cor. 6. (2) Exod. 22.

tiene otra con que cubra sus carnes, ni tiene otra manta con que se abrigue para dormir. Si diere voces á mí, yo le oiré, porque soy misericordioso. Y en el Levítico dice (1): Teme á tu Señor Dios, para que pueda vivir tu hermano contigo: no le des tu dinero á logro, ni le pidas más trigo del que le prestares. Y el profeta Ezequiel (2) llama justo y bienaventurado al que prestare sin usura y no recibiere más de lo que prestó: y por el contrario dice así del usurero: Recibiste logro y más de lo que prestaste, y por avaricia pusiste demanda maliciosamente á tu hermano, y te olvidaste de mí, dice el Señor Dios. Por esto me moví á ira y á pasión por tu avaricia (3). Item en el Deuteronomio (4): No darás á logro á tu hermano dinero ni trigo ni otra cosa alguna. Y en el mismo lugar dice: Prestarás á tu hermano aquello que ha menester, para que te bendiga el Señor tu Dios. Y después el Salvador por sí mismo declaró la misma doctrina diciendo (5): Haced bien, prestad sin esperanza de ganar con lo que diereis, y tendréis vuestro galardón en los cielos y seréis hijos del Altísimo.

Agora diré un poco de aquéllos que compran ó venden con peso ó medida engañosa, por mucho que les parezca que no son ladrones ni robadores. Pero ciertamente éstos y los mercaderes que engañan á los mercaderes en el precio, manifiesto hurto cometen, ni amador alguno de justicia pondrá en tal cosa duda. Á los cuales amonesta la Escritura por estas palabras: No tendrás en tu tienda diversos pesos, uno mayor y otro menor, ni tendrás en tu casa un celemín mayor y otro menor: mas tendrás peso justo y fiel y medida de trigo justa y igual, para que vivas largo tiempo, porque aborresce el Señor á quien esto no guarda, y es contrario á toda injusticia (6). Hallamos también que contra estos ladrones escribe el profeta Amós diciendo: Oid los que desolláis á los pobres y hacéis perecer á los miserables de la tierra diciendo: cuando viniere Agosto, venderemos nuestras mercaderías, acortaremos nuestra medida, con que acrecentaremos el peso con que compremos, y trataremos con balanzas desiguales, y así poseeremos por dinero á los pobres, y por un calzado á los necesitados, y venderles hemos las limpiaduras del trigo. ¿No temblará por esto la tierra, y llorarán todos sus moradores, y pasarán como un arroyo

(1) Levit. 25. (2) Ezech 18. (3) Ezech. 22. (4) Deut. 23. (5) Lucæ 6. (6) Deuter. 25.

que cresce súbitamente y luego pasa con ímpetu como los ríos de Egipto? Entonces, dice el Señor, se pondrá el sol al medio día, y haré que se escurezca la tierra en medio del día claro, y tornaré vuestras fiestas en llanto, y vestiros he de luto, y pelaré los cabellos de vuestras cabezas, y haré en vuestra ciudad que todos lloren como la madre que llora la muerte de su único hijo, y el remate de vuestros placeres serán días amargos (1). Pues ¿qué más tristes nuevas, qué mayores amenazas se podrían decir contra este vicio que éstas? Y el profeta Miqueas dice: Oid, moradores, ¿quién tendrá tal cosa por buena? Arde todavía el fuego en la casa del malo, tesoros de maldad, y medida desigual llena de ira. ¿Por ventura tendré yo por justa la balanza engañosa, con que los ricos han enriquecido sus casas de maldad, y los que usan della hablan mentira, y su lengua está llena de engaños? Pues yo comenzaré á herirte por tus pecados, dice el Señor. Tú comerás, y no te hartarás, y serás oprimida por tus enemigos. Tú sembrarás, y no cogerás: tú molerás las aceitunas, y no tendrás aceite para ungirte: pisarás las uvas, y no beberás el vino dellas (2).

Pero vengamos ya á los que en compras y ventas hacen engaños, ó vendiendo mercaderías bajas por finas, ó por más caro precio del que comúnmente corre, los cuales no hay duda sino que son culpados de hurto. De los cuales dice la Escritura: Cuando vendieres alguna cosa á tu ciudadano, ó se la comprares, no le hagas agravio (3). Y el Apóstol manda: Nadie sea desigual con su hermano, ni lo engañe en los negocios que con él contratare: porque castigará Dios á los tales, como os lo tenemos testificado (4).

Acerca del retener de la soldada ó jornal que se debe y no se paga al que lo tiene servido, dice el apóstol Sanctiago: Veis aquí el jornal de los obreros que segaron vuestros panes, y no les pagáis; dan voces, y éstas llegan al Señor de los ejércitos (5). Por esto mandó el Señor en el Deuteronomio: No negarás su jornal al pobre y necesitado, ora sea hermano tuyo, ora extranjero que mora en tu tierra y dentro de tus puertas: mas pagarle has el premio de su trabajo antes que se ponga el sol, porque es pobre y con esto sustenta su vida: porque no dé voces al Señor desde la tierra, y por eso seas castigado (6). Esto es lo que el sancto Tobías enseñó sanctamente á su hijo diciéndole: Á cualquiera que

(1) Amos 8. (2) Mich. 6. (3) Levit. 25. (4) Thes. 4. (5) Jacobi 5. (6) Deut. 24.

trabajare por tu mandado ó en tus obras, págale luego su jornal, y por ninguna manera detengas la paga de tus obreros (1). Pero miren también los trabajadores y oficiales que respondan fielmente con su trabajo al galardón que piden ó se les promete. Porque si trabajaren poco y perezosa y flojamente, y quisieren llevar por entero la paga, ellos serán culpados como si lo hurtasen.

Cuanto toca á los avarientos, y á los holgazanes, y á los pródigos, y á los que sin necesidad mendigan, que éstos serán verdaderamente ladrones, no es menester largas pruebas. Porque los hombres escasos, que todo su estudio y amor ponen en conservar y amontonar dinero, y para esto á sí mismos y á los suyos quitan lo necesario, y á los pobres niegan el remedio que pueden y deben darles, pues para esto los hizo Dios despenseros de su hacienda: y los ociosos y pródigos que destruyen su hacienda, y por su culpa vienen á pobreza, á sí mismos hurtan; porque se quitan la sustentación á sí mismos, y á su familia, y á los pobres, á quien pudieran cómodamente socorrer.

(1) Tobiæ 4.

CAPÍTULO IX

DEL OCTAVO MANDAMIENTO

El octavo mandamiento es: *No levantarás contra tu prójimo falso testimonio.* Éste y los dos últimos que se siguen, son una muy fácil y clara exposición de todos los pasados. En éste se prohibe el daño que viene de un hombre á otro por parte de la lengua. Esto tiene principal lugar en los juicios, donde se da crédito al testigo y al juez, y los dichos déstos tienen gran peso y autoridad, y dellos depende grandemente el perjuicio y provecho de los hombres así en la vida como en la fama y hacienda. Por esta razón se manda aquí particularmente que el hombre no diga falso testimonio contra su prójimo. Dícelo el testigo que falsa ó calumniosa ó mañosamente dice su dicho y por cualquier manera que sea, es encubridor de la verdad que había de decir. Dícelo el que lo presenta, si lo entiende, y el que se lo persuade, y el juez ó oficial que lo sufre ó lo disimula, si lo conoce. Dice falso testimonio el juez que tuerce la ley, que encamina maliciosamente las palabras para algunas de las partes, que no quiere ser informado de la verdad, que no pone diligencia para saberla.

Y bien creo que si los hombres entendiesen cuán grave es este pecado de decir falso testimonio, no andaría tan vulgar como por nuestros pecados vemos que anda. Porque bien mirado, es un atrevimiento contra Dios tan grande, que es como decirle que miente, ó hacer que sea tenido por mentiroso, que es lo mismo. Esto se prueba así. Dios es el sabedor de toda verdad, y Él sabe quién la trata y quién no. Él es un oráculo á quien habemos de acudir á que nos la diga, pues Él es el verdadero juez della. Quiso pues Él que tuviésemos en tanto al hombre, por ser hecho á su semejanza y como lugarteniente suyo en la tierra, que nos dijo y mandó que preguntásemos al hombre esta verdad, que lo que alcanzase della él nos lo diría. Y así quiere que vayamos al juez

para saber la verdad de la justicia, y que al testigo preguntemos la verdad de cómo pasa el hecho, y así de los otros oficiales. Y éstos dice Él que dirán la verdad. Pues si éstos á quien Dios me manda y me dice que están en su lugar, la encubren ó mudan, y de la verdad hacen mentira y de la mentira verdad, ¿no es esto querer hacer á Dios mentiroso, y desmentir su verdad y el camino y orden que Él dió para que se supiese? Y esto es lo que quiso el Señor dar á entender en aquellas palabras que por Moisén mandó decir á los jueces de su pueblo: Oid á todos igualmente, y juzgad lo que sea justo, ora sean vuestros naturales, ora extranjeros: así oiréis al grande como al pequeño, sin hacer diferencia de personas, acordándoos que éste es juicio de Dios (1). En las cuales palabras da á entender que así como el juez tiene lugar de Dios y ejercita juicio de Dios, así es obligado á ser justo y verdadero como Dios: y si no lo es, hace á Dios injusto y mentiroso, que es blasfemia insufrible.

Aquí también es de notar que este mandamiento, aunque es negativo, tiene también su afirmativo. Porque pide sencillez de corazón, ánimo libre y fuera de toda malicia y de todo mal respecto: que á no faltar esto, no habría falso testimonio. Quiere Dios que tengamos un juicio sencillo con que no sentenciemos antes de tiempo, ni echemos las cosas á peor parte: que con tener prudencia de serpientes para huir de toda ocasión de mal y velar siempre sobre nosotros, tengamos juntamente para con nuestros prójimos sencillez de palomas: que sintamos los trabajos de nuestros hermanos, que favorezcamos sus cosas, que digamos siempre bien dellos y encubramos cuanto en nos fuere sus faltas.

Y así en este mandamiento por la parte que es negativo se defiende toda palabra en que el prójimo puede ser ofendido, y por esto habemos de entender que no sólo son prohibidos los falsos testimonios que en juicio se pueden decir, mas también los que no se dicen en juicio. Finalmente, este mandamiento propriamente es un freno para la lengua, para que nunca se desmande á hablar en daño de otro. Porque la cosa que los hombres más á la mano tienen y de que más ligeramente usan, es la lengua: y así es la cosa sobre que menos vigilancia tienen y con que más presto perjudican á su prójimo. Ella es instrumento de la ira, de la soberbia,

(1) Deuter. 1.

de la lisonja, de la mentira, de la murmuración y de la vanagloria: todo esto va en un punto á parar allí. Éstas son las armas con que más presto nos vengamos, y siendo la cosa con que más daño hacemos, es el daño que entre todos los otros menos estimamos y de que menos nos emendamos. Ésta es la causa por que nos dió Dios este particular precepto para recogimiento de la lengua.

Y así no sólo pecan contra él los que dicen falsedad en el juicio, que son los que arriba dije, mas los que la dicen fuera dél, de cualquier manera que sea. Pecan los que descubren las faltas de sus prójimos, y hacen que las sepan y entiendan los que no las sabían. Porque dado caso que digan en eso verdad, todavía el descubrirlo trae consigo cierta manera de falsedad, porque es contra el mandamiento de Dios y contra la ley que expresamente dice que lo que uno no quiera para sí, no lo quiera para otro: y contra el derecho natural que encubre el secreto con que otro puede ser perjudicado, sin recrescerse de decirlo otro mayor provecho que de callarlo. De aquí se conoce pecar contra este mandamiento los que presumen de grandes reprehendedores y dan á entender tener grande enemistad con los vicios: porque nunca hacen sino decir mal de los que tienen oficios en las repúblicas, de los que están en más altos lugares, contando cuentos y fábulas dellos: porque el oficio de tratar de las faltas ajenas es proprio de los superiores, que tienen cargo de castigarlas, y de los predicadores, que las han de reprehender, y enseñar el camino de la emienda dellas. Y aun éstos no han de ser tan atrevidos y tan desatentados como algunos se precian de ser, sino con aquella templanza y con aquella consideración y uso que la Escritura divina enseña. De manera que pecan contra esté mandamiento todos los murmuradores, sueltos de lengua y mentirosos, y todos los hipócritas, que tienen una cosa y fingen otra. Y aquí también entran los vanagloriosos y los lisonjeros, porque todo esto tiene gran parentesco con la mentira y con el fin que ella pretende.

Mas para saber cuándo una mentira es pecado venial ó mortal, es de notar que los teólogos ponen tres diferencias de mentira. La primera es en daño del prójimo ó con intención deso, y ésta siempre es pecado mortal, si la intención no fuese de tal manera encaminada, y el daño tan leve que lo excusase. La segunda es cuando ya que sea mentira, no es sino para aprovechar á alguien, sin que de allí resulte daño á otro, ni haya tal intención,

y entonces es pecado venial. La tercera es la mentira de broma, que se dice por pasatiempo y no por daño de alguien: y ésta también es pecado venial. Lo mejor sería huir della, y mucho más de la costumbre della.

Pero sobre todas se ha de huir la mentira que es perjudicial, y mucho más la que es en perjuicio de la fama: porque con este mandamiento ampara el Señor la buena fama de cada hombre, y defiende principalmente cualquier perjuicio que con la lengua puede algún hombre hacer á otro. Porque con la lengua puede una persona dañar, y no menos gravemente que el homicida, ó el adúltero, ó el ladrón. Antes quien con mentira ó falso testimonio corrompe á su prójimo, homicida es, adúltero y ladrón: homicida, porque con su ponzoñosa lengua como con saeta herbada hiere á su prójimo: adúltero, porque con su desvergonzada mentira infama y pervierte á la muy hermosa y resplandeciente verdad: ladrón, porque con su falso testimonio roba la fama y muchas veces la hacienda de su hermano.

Aquí es de notar que por este mandamiento se prohibe también la murmuración: porque es principio y camino para la detracción, que roba y desdora la fama de los hombres. Este vicio (porque de corazón lo aborrezcas) tiene tres males: el primero, que está muy próximo de pecado mortal, porque de la murmuración á la detracción hay muy pequeño camino que andar, y como estos dos vicios sean tan vecinos entre sí, fácil cosa es pasar del uno al otro. Y así vemos acontescer muchas veces que cuando los hombres comienzan á murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes, con que dejan á sus prójimos tiznados y infamados. Porque después que la lengua se comienza á calentar en la plática, y cresce el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se refrena el apetito del corazón como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, ó la corriente de agua cuando corre á toda furia.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso: porque á lo menos no se pueden excusar en él tres males: el uno del que dice, y el otro de los que oyen y consienten y se calientan al fuego que tú enciendes: el tercero de los ausentes de quien el mal se dice: porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos y con-

graciarse con otros llevando y trayendo semejantes nuevas, de aquí nasce que cuando esto llega á oídos del infamado, se agravie y se embravezca contra quien le agravió: de donde suelen recrecer enemistades eternas, y aun á veces heridas y sangre. Por donde dijo el Sabio: El escarnecedor y maldiciente será maldito: porque revolvió á muchos que estaban en paz. Y todo esto, como ves, nasció de una palabra perjudicial, porque (como dice el Sabio) de una chispa se levanta á veces una grande llama.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrecible y infame entre los hombres: porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua como de serpientes y basiliscos. Por donde dijo el Sabio que era terrible cosa en su ciudad el hombre desbocado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para desistir de un vicio que por una parte es tan dañoso, y por otra tan infructuoso? ¿Por qué querrás ser de balde y sin causa infame y aborrecible á Dios y á los hombres, especialmente en un vicio tan cuotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar cuantas abrieres la boca para con otros?

Haz pues agora cuenta, hermano, que la vida del prójimo es para ti como un árbol vedado, y por consiguiente que de todas cuantas cosas hay en el mundo, puedes hablar, si no de sola ésta. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y crea todo el mundo que ninguno es malo por tu dicho. Desta manera excusarás infinitos pecados y remordimientos de consciencia, y serás amado de Dios y de los hombres, y de la manera que honrares á todos, así de todos serás honrado. Pon un freno á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras cuando vieres que llevan sangre. Cree que ésta es una de las grandes prudencias y discreciones y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua. Y no pienses que te excusas deste vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres reprehender: porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la tabla del brazo con aceite, y después hieren con la lanceta y sacan sangre. Déstos dice el Profeta que hablan palabras más blandas que el óleo, mas que ellas de verdad son saetas (1). Por donde no sólo has de huir de las otras maneras de

(1) Psalm. 54.

murmurar, sino también désta, que cuanto es más artificiosa, tanto es más engañosa para ti y más perjudicial para los otros.

Y como quier que sea grande virtud abstenerse de toda especie de murmuración para con todos, mucho más lo es para con aquéllos de quien fuimos ofendidos. Porque cuanto es más fuerte el apetito de hablar más déstos, tanto es de más virtuoso y generoso corazón ser templado en esta parte. Y por esto conviene aquí tener mayor recaudo donde suele haber mayor peligro.

Y no sólo de maldecir y murmurar, sino también de oir lenguas de murmuradores y maldicientes te has de abstener, guardando aquel consejo del Sabio, que dice: Tapa tus oídos con espinas, y no oigas la lengua del maldiciente (1). Donde no se contenta este Sabio con que tapes los oídos con algodón ó con otra materia blanda, sino quiere que sea con espinas, para que no sólo no te entren las tales palabras en el corazón dándoles crédito ó holgando de oirlas, sino también piques el corazón del que murmura haciéndole mal rostro á sus palabras, como más claramente lo significó en otro lugar diciendo: El viento del norte esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque como dice San Hierónimo, la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura, sino de allí salta y hiere al que la tira. Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, ó tu hijo, ó tal persona que sin escándalo le puedas mandar que se calle, debes hacerlo: y si esto no puedes, á lo menos entremete otras pláticas artificiosamente para cortar el hilo de aquéllas, ó mostrarle tan mal rostro, que él mismo se avergüence de lo que habla, y así quede cortésmente avisado y se vuelva del camino. Porque de otra manera, si lo oyes con alegre rostro, dasle ocasión que pase adelante, y así no pecas menos oyendo tú que hablando él, pues no es menos mal pegar fuego á una casa que estarse calentando á la llama que arde, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es murmurar de los buenos y de todos aquéllos que entienden en obras de devoción y piedad: porque esto es acobardar y retraer á los flacos y pusilánimes del servicio de Dios, y cerrar la puerta á otros más flacos para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que

(1) Eccli. 28.

lo es para muchos flacos. Y porque no tengamos en poco esta manera de escándalo, acordémonos que dice el Señor: Quien escandalizare á uno destos pequeñuelos que en mí creen, más valdría que le atasen una piedra de atahona al pescuezo y lo echasen en lo profundo del mar.

CAPITULO X

DEL NONO Y DÉCIMO MANDAMIENTO

Después déste se sigue el nono y décimo mandamiento que es: *No codiciarás la mujer de tu prójimo:* y éste es el nono, y el décimo es: *No codiciarás su hacienda.* Van así juntos porque la declaración dellos va por un mismo camino, tanto que muchos dijeron que estas dos sentencias no hacían más de un solo mandamiento: pero la Iglesia tiene ya costumbre de dividirlos y de ponerles el número de diez. Mas podría uno dudar diciendo que estos dos mandamientos están aquí demás, porque el nono está tratado y declarado en el sexto, donde es prohibido el adulterio, y el décimo en el séptimo, donde se nos manda que no hurtemos: y como allí dijimos, aquellos mandamientos, aunque son negativos, incluyen en sí otros afirmativos, y no sólo piden limpieza de manos y de obras de fuera, mas también de corazón. Todo esto es verdad, mas ni por eso se concluye que estos dos sean superfluos. La razón es, porque la rudeza del hombre para entender las cosas de Dios es tan grande, y la inclinación tan incitada y poderosa para contradecirlas, que es necesaria muy grande y muy manifiesta declaración para entenderlas y para quedar convencido y no pretender ignorancia ni buscar excusas en ellas. Por esta razón se ponen estos dos últimos mandamientos, porque son una breve y manifiesta declaración de los pasados. Porque aunque sea verdad, y la razón así lo enseñe, que en aquellos mandamientos sexto y séptimo, y en todos los que dijimos, no sólo se pide limpieza de las manos y de las obras exteriores, mas también del corazón, está como secreto y encubierto y no dice expresamente que tengamos limpio el corazón. Porque como las obras exteriores son las que más dañan y ofenden al prójimo, y estas tales obras son las que están sujetas á nuestro juicio y en que nosotros podemos sentenciar, pusiéronse en todos los mandamientos de la segunda tabla clara y distintamente, porque

ésta es la justicia que toca á los hombres, la que ellos conocen y piden. Mas la otra, que es de la limpieza del corazón (que es justicia de Dios) porque Él la pide y Él solo la conoce y quiere que aunque la otra baste para con los hombres, no baste para Él, pónese algún tanto más escura y sácase por razón que Dios no sólo quiere que no sean ofendidos los hombres, sino también que delante de los ojos de su Majestad no haya pensamiento feo ni malicioso, ni enemigo de su prójimo. Porque así como los beneficios y obras de que Él nos hace merced, salen de una larga y benignísima voluntad, llena de amor y misericordia, así quiere que sean las nuestras, sin que haya diversidad ó fingimiento entre las obras y el corazón. Mas como al principio dije, la rudeza de los hombres es grande para tan grande cosa, y la inclinación muy mala, y fácilmente busca alguna cosa diciendo que él no entendía estas sotilezas, y que era pedirle cosas muy demasiadas, y que pues Dios no las tenía puestas distinctamente en sus mandamientos, no era de creer que obligaba á ellas ni que ponía sobre nuestros hombros tan grande carga. Por esto en estos dos últimos mandamientos se le pone expresamente que no codicie la mujer ni los bienes de su prójimo. Donde está claro que se le pide limpieza de voluntad y de corazón. Y fué tan necesario que esto así se mandase, que aun después de así mandado leemos en el Evangelio que todavía los fariseos creían que bastaba cumplir los mandamientos de Dios con las obras de fuera, y que aunque hubiese malicia en el corazón, no por eso serían condenados, como la malicia no se pusiere por obra. De aquí nascía aquella arrogancia y soberbia grande que consigo tenían, de ver que los otros hacían obras que se las pudiesen ver y juzgar los hombres por malas, y que ellos no las hacían, teniendo por cosa muy leve ó de ninguna tacha ni culpa la malicia de su corazón, de quien Dios era sabedor.

También es aquí de notar que en estos dos mandamientos últimos, allende de lo sobredicho, se nos defienden unos ciertos acometimientos que la justicia humana no condenaría, como es el procurar los criados ajenos, y los hijos para casamiento, y otras cosas semejantes, sin tener cuenta con las pérdidas y afrentas en que traemos á nuestros prójimos con aquellas tales obras. Las cuales el mundo y la justicia humana no sentencia por hurto, y á la verdad son contra el décimo mandamiento, que verdaderamente estrecha la codicia de los hombres y engrandece la ley de

la caridad, y es propriamente declarado por el otro mandamiento que dice: Amarás al prójimo como á ti mismo: y por la otra regla: no desees para otro lo que no quieres para ti.

Otro ejemplo de no codiciar la mujer ajena. Muchos hay que no desean la mujer de su prójimo para adulterar con ella, mas al menos desean que por alguna vía dejase de ser mujer de otro y lo fuese suya, aunque el otro perdiese en eso, teniendo en poco la pérdida de su hermano con tal que á él recrezca ganancia. Esto todo es contra estos dos mandamientos, quiero decir, contra la ley de la verdadera caridad, que manda que ninguno haga contra otro lo que no querría que se hiciese contra sí. Bien sé que estos dos mandamientos, que son la ley de caridad, como ya tengo dicho, á los hombres carnales y que no tienen experiencia en su corazón de la libertad y alegría que la caridad consigo trae, se les hacen muy graves y muy pesados: mas no es de maravillar, que así les es todo el Evangelio y el yugo de Jesucristo. Los hombres bien pueden buscar sus provechos, mas no han de buscar en ellos las pérdidas de sus prójimos.

También somos aquí avisados que peleemos con la mala codicia y inclinación que heredamos del pecado, que procuremos de traerla debajo de los pies y cada día vayamos ganando tierra con ella. Porque á descuidarnos desto, es grande el peligro que corremos y grandes inconvenientes los que desta mala raíz se nos pueden recrecer. Porque desta codicia nascen todas las otras malas codicias, y si descansamos con ella, ella no descansa con nosotros. Y todo lo que con nuestro descuido se acrecienta á ella de fuerzas, se acrecienta también de dificultad y peligro á las nuestras y de diminución y resfriamiento á los favores y inspiraciones que del Señor recibimos. Esto quise decir para que se entienda este secreto aviso que estos dos mandamientos nos dan: porque como son de mano de la misericordia del Eterno Padre, vienen llenos de claridad y remedios contra las cautelas de nuestro enemigo, que con tanta diligencia y cuidado busca nuestra perdición.

Mas para que no desconfíe alguien en sintiendo en su corazón algún mal deseo, sepamos que no es pecado ser tentados, si no fuéremos vencidos de la tentación, esto es, alegrarnos y consentir con la tentación. Porque vicio es de nuestra naturaleza, no por su propriedad sino por la corrupción del pecado, ser conti

nuamente inclinados á mal. Pero habemos de consolarnos con saber que este mal deseo que por la corrupción de la naturaleza tenemos, por el bautismo que recibimos por la inmensa bondad de nuestro Salvador, nos es perdonado, de manera que no nos sea contado por pecado ni por él seamos condenados, con tanto que refrenemos nuestro corazón que no consienta, y la voluntad que no obedezca, y los miembros de nuestro cuerpo que no pongan por obra las malas inclinaciones. Así que pues á tan altísima virtud no podemos llegar, ó dificultosísimamente, tengamos siempre el corazón y los pensamientos castos y limpios, según dice el Sabio (1). Lo que podemos y debemos hacer es que no nos vayamos en pos de los malos deseos con la voluntad, mas como nuestro Redemptor nos enseñó (2), que velemos y oremos para no ser vencidos de la tentación, y nos armemos contra los vicios y tentaciones del diablo, con las virtudes que el Apóstol enseña escribiendo á los Efesios (3) con estas palabras: Tomad las armas de Dios para que podáis estar firmes en el día de la tentación, y en todo perseverar perfectos: ceñid vuestros lomos con la verdad y rectitud de intención: vestíos del arnés de justicia, y calzaos de buenos afectos, conformes al Evangelio de paz, y á todos los encuentros escudaos con el escudo de la fe, con el cual podréis defenderos de las saetas encendidas del enemigo, y el yelmo de la esperanza de vuestra salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Y así armados resistamos al diablo, y huirá de nosotros, como dice Sanctiago apóstol (4).

Somos finalmente enseñados en estos dos últimos preceptos que sobre todas las cosas tengamos grande diligencia en la guarda de nuestro corazón. Porque como el Salvador dice, las cosas que del corazón salen, inquinan y ensucian al hombre (5). Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Asimismo por estos mismos preceptos entendemos que la ley es espiritual y que para el cumplimiento della se requiere corazón puro, sencillo y claro. De donde parece que el cumplimiento de la ley de Dios es muy dificultoso. Porque como el Sabio escribe (6), ¿quién podrá decir, limpio está mi corazón, puro estoy de pecado? Por lo cual, en conclusión de todo lo dicho,

(1) Prov. 20. (2) Mat. 26. (3) Ephes. 6. (4) Jac. 4. (5) Mat. 15. (6) Prov. 10.

conozcamos nuestra imperfección, y lloremos, y con ardientes deseos pidamos la gracia divina, y con diligentes ejercicios de obras la procuremos.

§ I

Éstos son los mandamientos con que la bondad divina nos manifestó su voluntad: éstos ha de tener el hombre entendidos y pensados y amados en su corazón como cosa muy preciosa dada por la mano de quien quiere salvarlo, y no quiere salvarlo por otro camino. Ha de tener por averiguado que el demonio y el mundo y la carne han de poner diligencia muy grande para que no los cumpla. Lo que ha de hacer es resistirles poderosamente y procurar de vencerlos, teniendo en poco todos los daños que le puedan hacer, aunque sean pérdidas de los bienes del mundo, aunque sean tormentos y trabajos muy grandes, aunque sea perder la vida. Considera que éstos que aquí lo persiguen y lo quieren engañar, por una parte ofreciéndole muchos mimos, y por otra muchas pérdidas, no han de ser después sus jueces, sino sus acusadores y sus enemigos, y que el que le pone estos mandamientos, es el que le ha de juzgar, y le ha de juzgar por ellos y defenderlo de todo lo que le hiciere contradicción, si él los hubiere cumplido.

Ha de pensar y traer á su memoria continuamente que allende de servir á tan grande y á tan buen Señor con las obras que en estos mandamientos le son mandadas, no le sirve sin grande premio, y que en el otro mundo le dará gloria sin fin, teniéndolo siempre en su compañía regalado y favorecido como á cosa muy amada, y que en este mundo tendrá cargo de su inocencia y de su justicia y favorecerá sus propósitos y amparará á sus descendientes cuando su sabiduría juzgare que es el tiempo proprio de cumplir su palabra.

En esto ha de poner siempre los ojos como en fin y blanco de todas las obras, para que se alegre y esfuerce en ellas. Tenga en los trabajos paciencia, y persevere y vaya cresciendo en el bien: y si ellos lo trataren mal, considere que son breves y de poca dura, y que lo que espera por las buenas obras y por el buen co-

razón, no tiene fin: para que el placer que de aquí nasciere, venza toda otra tristeza, y no desmaye en su buen camino.

Si midiere la regla destos mandamientos sanctos con la poquedad de sus fuerzas, como debe medirla, si comparare entre sí estas dos cosas, de una parte la hermosura de las obras que le son demandadas, y de la otra la fealdad que muestran sus inclinaciones y los resabios de su corazón, no se espante ni desespere, porque bien sabe el Señor que le puso estos mandamientos, que el grande poder del pecado inhabilitó al hombre para cumplirlos con tales obras que por eso volviese á la primera amistad. Con fuerzas ajenas los ha de cumplir, no con las suyas: las ajenas son poderosas, porque son las de Dios: son ciertas, porque son ganadas con la sangre de su unigénito Hijo, cuyo sacrificio alcanzó este favor para que no nos perdamos, sino que nos esfuercen y nos den aliento del cielo, y el Espíritu Sancto nos guíe y sea con nosotros para cumplir lo que nos es mandado: para que nuestras obras, de malas que habían de ser por nuestro pecado, se tornen buenas por la gracia que nos ganó Jesucristo nuestro redemptor, para que nuestro corazón de feo se torne hermoso, y de las malas inclinaciones que dejó en él el pecado, se mude en buenos deseos y pelee contra el mal y lo venza, y abrace y siga el bien.

De manera que estos mandamientos se han de considerar con grande humildad de parte de nosotros mismos y de todo lo que podemos, conociendo que seríamos perdidos si con solas nuestras fuerzas nos dejasen para ponerlos en obra. Por parte de quien nos la pide, hanse de considerar con grandísima fe, teniendo por cosa cierta que el demonio nuestro enemigo está vencido, y vencido por Jesucristo, redemptor y señor del mundo, y vencido para no poder vencernos si nosotros no quisiéramos consentir en la perdición: sino que llegándonos con verdadera humildad y pidiendo perdón á nuestro señor para la justicia y limpieza que nos demanda en las obras y en el corazón, y no huyendo nosotros de lo que nos dieren, sino abrazándolo y queriéndolo como á cosa muy estimada, puesto que con trabajos y contradicciones, por último saldremos con victoria.

Son tan grandes nuestros defectos y flaquezas y tantos los impedimentos que por muchas partes se nos ofrecen, que sería grande maravilla hallarse quien cumpliese estos mandamientos

tan perfectamente como sería justo que los cumpliésemos: mas es tanta la misericordia divina, que si nosotros tuviéremos apareja-da y verdadera voluntad para ponerlos en obra y aplicar nues-tras fuerzas á eso, de manera que ni por nuestra traición ni por nuestra negligencia se deje de hacer lo que se requiere, de los otros defectos pequeños que hacen y son ocasión de no llegar todo á punto, se nos hace gracia y da perdón dellos, no por nos-otros sino por Jesucristo nuestro redemptor, cuyos merecimientos son tan grandes, que de sus sobras y demasías se suplen nuestros defectos. Esto baste para cumplir con la declaración de los man-damientos divinos: agora será razón que brevemente tratemos de los mandamientos de la Iglesia, que sirven para la guarda dés-tos mismos.

CAPÍTULO XI

DE LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

Después de haber tratado de los mandamientos de Dios, conviene que también tratemos de los mandamientos de la Iglesia: para lo cual será necesario declarar primero qué cosa es Iglesia y qué autoridad y excelencia tiene. Iglesia dicen los sanctos que es la universidad de todos los fieles que profesan la doctrina de Cristo, por cualquier parte del mundo que estén derramados: porque todos éstos constituyen un cuerpo místico y una santa, católica y universal Iglesia, la cual tiene por cabeza á Cristo, príncipe de los pastores della, y por Él fué encomendada á San Pedro y á todos sus sucesores.

Esta Iglesia esclarece Cristo con grandes favores y beneficios, porque ninguna cosa tiene en esta vida más amada que ella: á ésta adorna, conserva, enriquece y defiende de todos sus enemigos. Ésta quiso que fuese su casa, en la cual los hijos de Dios sean criados, enseñados y ejercitados. Ésta quiso que fuese columna y fundamento de la verdad, para que no se dudase de su doctrina, la cual, como guarda, intérprete, maestra de la verdad, tiene autoridad en sus determinaciones inviolable. Ésta quiso que estuviese fundada sobre firme piedra, para que estuviésemos ciertos que todas las fuerzas y poderes del infierno no habían de prevalecer contra ella, derribándola de la fe, esperanza y amor que tiene con Dios Ésta quiso que estuviese como una ciudad puesta sobre un monte, para que todos claramente la viesen y se acogiesen á ella sin divertir á las cuevas y conventículos de los herejes movidos por las voces de los que dicen, aquí está Cristo, allí está Cristo. Ésta es el lirio blanco que está entre las espinas de los infieles deste mundo. Ésta es á quien la Escritura divina llama esposa, y hermana, y amiga de Cristo: de cuyas gracias y excelencias trata aquel misterioso libro de los Cantares de Salomón, por cuya redempción, sanctificación, purificación y congregación y des-

posorio el Hijo de Dios padeció tantos trabajos, á quien dejó el sacramento de su precioso cuerpo y sangre. Por ésta rogó al Padre que nunca jamás desfalleciese su fe. Á ésta prometió y dejó el Espíritu Sancto por maestro y tutor, por presidente y gobernador. Él (dice la misma Verdad) os enseñará todas las cosas, y os traerá á la memoria y declarará todas las cosas que yo os dijere, y os enseñará toda la verdad que os fuere necesario saber.

Pues esta Iglesia, cuya autoridad es tan grande, allende destos diez mandamientos divinos, nos ayunta otros seis, los cuales nos ayudan grandemente para guardar estotros: de los cuales

El primero es guardar las fiestas.

El segundo es oir el oficio de la misa en los tales días de fiesta.

El tercero es guardar los ayunos por ella determinados, como son los de la cuaresma y cuatro témporas del año y vigilias de algunos sanctos: las cuales se llaman vigilias porque antiguamente velaban los cristianos las tales noches en oración y clamores de Dios.

El cuarto es confesar todos los pecados al proprio sacerdote una vez en el año.

El quinto es comulgar una vez por Pascua.

El sexto es pagar fielmente los diezmos á los ministros de la Iglesia.

Éstos son los estatutos y mandamientos de la Iglesia recibidos en todos los tiempos pasados, confirmados con el uso y costumbre y con consentimiento de todos los fieles, muy conformes á toda piedad y razón y llenos de grandes provechos que consigo traen. Porque son bienes saludables y ejercicios de la fe, humildad y obediencia cristiana, los cuales sirven para la honesta disciplina y concordia del pueblo. Son señales de la verdadera religión, son indicios de la piedad interior, con los cuales edificamos al pueblo y damos luz de buen ejemplo á todo el mundo. Finalmente sirven para guardar aquello que el Apóstol nos aconseja diciendo que todas las cosas se hagan entre nosotros honesta y ordenadamente. Y sobre todo esto sirven para usar bien de la libertad cristiana, de la cual agora tantos usan mal aprovechándose della para muchas larguezas y demasías. De la cual licencia nos libran estos religiosos estatutos de la Iglesia, poniendo freno al apetito humano y enseñándonos á usar bien de la libertad cristiana, la

cual se llama libertad, no porque nos da licencia para comer y beber, sino porque nos libra de la tiranía de nuestras pasiones, de las cadenas de nuestros apetitos, del servicio del pecado y del yugo de la vieja ley, y nos da espíritu de adopción y de hijos de Dios, para que no por medios y intereses sino por nuestra pura voluntad hagamos obras de cristianos y sirvamos á Dios en justicia y sanctidad, y sigamos al Espíritu Sancto, guía en la ley de la caridad, hechos siervos de la justicia y hijos de la obediencia, seguidores de la humildad, guardadores de la paciencia, amadores de la penitencia y de la cruz, como dice el Apóstol. Vosotros, hermanos, sois llamados á verdadera libertad, mas con tal condición que no toméis ocasión desta libertad para daros á vicios de carne, sino antes por medio de la caridad del espíritu os sirváis unos á otros (1). Para la cual caridad nos sirven todas las obras virtuosas, y señaladamente estos estatutos y mandamientos de la Iglesia. De cada uno de los cuales se hubiera de hacer agora su explicación por sí: sino que de los dos primeros, que es guardar las fiestas y oir misa, tratamos en el tercer mandamiento, que es de guardar las fiestas. De los ayunos trataremos adelante. De los sacramentos de la confesión y comunión trataremos también en la materia de los sacramentos. Del pagar los diezmos tocamos ya en el séptimo mandamiento que dice, no hurtarás. Y por tanto no hay necesidad de decir más en este lugar.

---

(1) Galat. 5.

CAPÍTULO XII

DE LOS PECADOS EN COMÚN, ASÍ MORTALES COMO VENIALES

Hasta aquí hemos tratado de los mandamientos de Dios, y agora trataremos de los pecados que se hacen contra estos mismos mandamientos. Y puesto caso que esto se podía entender por los mismos mandamientos (porque no es otra cosa pecado sino dicho ó hecho ó deseo contra los mandamientos de la ley de Dios) todavía será necesario tratar de los pecados por sí por muchas causas: la primera, para que mejor se conozcan las especies y diferencias dellos: la segunda, para que se conozca la orden y causalidad que entre ellos hay, porque quien quiere evitar los efectos, es necesario que primero evite las causas: la tercera, para conocer la graveza dellos, porque unos son más graves que otros, lo cual conviene mucho saber, porque el que fuere más grave se evite con más diligencia. Y para llevar algún orden en esta materia, primero trataremos de los pecados en común: segundo, de los remedios para ellos: tercero, de los pecados capitales: cuarto, de los pecados contra el Espíritu Sancto: quinto, de los pecados de que se dice que claman al cielo.

§ I

Cuanto á lo primero, pecado (como dice San Ambrosio) es quebrantamiento de la ley de Dios y desobediencia de los mandamientos celestiales, que es la cosa más para huir de cuantas hay en este mundo: porque como dice el Apóstol, el galardón del pecado es la muerte, y como dice el Señor por el Profeta, el alma que pecare, morirá. Y en el libro de la Sabiduría está escrito: El hombre por la codicia mata su alma. Y ninguna cosa hay más desventurada que esta manera de muerte, por la cual queda el

hombre eternalmente apartado de la compañía de los sanctos y del gozo de los bienaventurados y de aquel sumo y eterno Bien, en cuyo conocimiento y amor está toda nuestra bienaventuranza. Y no solamente nos aparta de Dios y de su gracia y de su gloria, sino también nos entrega en las manos de los demonios, para que con ellos seamos atormentados con fuego eterno y con todos los malos. Por lo cual con mucha razón nos aconseja el Eclesiástico diciendo: Como de una serpiente así huye del pecado. Y aquel sancto viejo Tobías muy sabiamente aconsejaba á su hijo diciendo: Todos los días de tu vida trabaja por traer á Dios en la memoria y nunca consentir en algún pecado y quebrantar los preceptos de nuestro Dios.

Para criar en nuestros corazones este odio y enemistad contra el pecado, ayudará mucho acordarnos de los espantosos castigos que Dios tiene hechos en este mundo contra él: como fué el castigo del primero ángel que pecó, y del primero hombre, y el castigo de Caín, de Faraón, de Nabucodonosor, de Saúl, y de David cuando pecó, y de los Sodomitas, egipcios, y de los hijos de Israel, y otros semejantes: para que por aquí conozcan los hombres cuán riguroso juez sea Dios contra los malos, y conosciéndolo teman, y temiendo miren por su salvación, y mirando por ella escapen de las espantosas penas de los pecados. Porque no en balde dijo el profeta Esaías: Éste es todo el fructo, no haber pecado.

Y para evitar este mal tan grande es de saber que por tres grados sube el hombre al pecado, conviene á saber, por sugestión ó representación del enemigo, por delectación y por consentimiento. Por sugestión es cuando el demonio, el mundo ó la carne nos representa algún mal pensamiento: por delectación es cuando nuestra carne ó nuestra alma se deleita y toma contentamiento en aquello que mal se le representó: por consentimiento es cuando la voluntad inclinada por el deleite deliberadamente consiente en el mal: en el cual consentimiento consiste ya el pecado, y hace al hombre merecedor de pena eterna, aunque no lo tenga puesto por obra. Por lo cual no sin razón se dice que en la tentación está la simiente del pecado, y en la delectación el nutrimento, y en el consentimiento la perfección dél. Y si quisiéremos más delicadamente considerar estos grados, hallaremos que de la tentación nasce el pensamiento, y del pensamiento la afición, y de la afición el deleite, y del deleite el consentimiento, y del consentimiento la

costumbre, y de la costumbre la desesperación, y de la desesperación la caída en el pecado, y désta el gloriarse en él, y de aquí la verdadera y cierta condenación. Ésta es aquella larga y espantosa cadena de pecados: éstos son aquellos lazos y grillos con que Satanás lleva los hombres á todo género de males, y de ahí los derriba en el abismo de los infiernos. Y por esto hace mucho al caso conocer esta procesión y derivación de males de unos en otros, porque quien quisiere evitar los últimos, ha de cortar las raíces á los primeros. Y porque como ya dijimos, la primera simiente es el pensamiento, que procede de la tentación, de aquí viene que ahogando esta simiente y cortando esta primera raíz, se cortan todos los otros frutos y ramas que della proceden. Por lo cual uno de los principales consejos que se dan al verdadero cristiano es que resista á los principios del mal pensamiento y arranque la mala planta antes que eche raíces en el alma: porque desta manera fácilmente vencerá la tentación y ganará corona por esta victoria: y si hiciere lo contrario, caerá en tres inconvenientes: el primero, que perderá este merecimiento: el segundo, que ofenderá á Dios deteniéndose ó deleitándose en el mal pensamiento: el tercero, que padecerá tanto más trabajo en despedirlo de sí, cuanto más se hubiere detenido en él: porque más dificultosamente se lanza el enemigo de la fortaleza cuando ha entrado ya en ella, que cuando aún tiene por tomar la primera puerta. Y la paz en que vive el alma que así sacude los malos pensamientos y los trabajos y remordimientos de consciencia, de que por aquí se libra, no lo puede saber sino aquél que lo tiene probado.

Mas porque ninguno en esta vida puede decir, limpio está mi corazón, libre estoy de pecado, será bien que declaremos los remedios que la palabra de Dios nos dejó contra él: entre los cuales el primero y más principal es el sacramento de la penitencia, sin el cual en vano trabaja el hombre en todos los otros medios, si tiene pecados mortales, no ayudándose primero déste. Porque ésta es la más necesaria medicina que aquel médico celestial instituyó (después del bautismo) para remedio del pecado, cuando dijo á los sacerdotes: cuyos pecados perdonáredes, serles han perdonados.

Y para esto es el segundo remedio, que es el dolor de contrición, que es aquel sacrificio del corazón quebrantado y atribulado, el cual Dios nunca desprecia (como dice David) porque

(según el mismo dice) Él mira para el corazón de los humildes, y no desprecia las oraciones dellos. Y cuánta sea la necesidad que deste dolor tenemos, decláralo S. Agustín en el libro de la Medicina de la Penitencia por estas palabras: No basta mudar las costumbres y apartarse de los pecados, si el hombre no satisface á Dios por ellos con el dolor de la penitencia y con el gemido de la humildad y con el dolor de contrición y con obras de misericordia.

Lo tercero, púrganse también los pecados con la limosna, porque como se escribe en el libro de Tobías, la limosna libra al hombre de todo pecado y de la muerte, y no lo dejará ir á las tinieblas. Y en otro lugar está escrito: Redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con socorrer á los pobres.

Lo cuarto, perdónanse los pecados con perdonar á los prójimos las ofensas que nos hicieron, pues dice el Señor: Si perdonáredes á los hombres sus pecados, perdonaros ha el Padre celestial los vuestros, y si no les perdonáredes, no os perdonará.

Lo quinto, también se alcanza esto ayudando á salvar las almas de nuestros hermanos Porque como dice Santiago, el que convierte un pecador de su error y de su mal camino, libra su alma de la muerte y cubrirá la multitud de sus pecados.

Lo sexto, vale también mucho para esto la oración humilde. cual fué la de aquel publicano que hiriendo sus pechos hacía oración á Dios diciendo: Señor Dios, apiádate de mis pecados. Y deste mismo medio se aprovechó el hijo pródigo cuando después de vuelto en sí, determinó de ir á su padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y contra vos: ya no merezco llamarme vuestro hijo, tratadme siquiera como á uno de vuestros criados.

Lo séptimo, finalmente púrganse los pecados con el amor de Dios, como la herrumbre del hierro se purga con el fuego: con el cual fuego fué purificada aquella santa pecadora á quien fué dicho: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

§ II

Y pues tenemos dicho de los pecados mortales y de sus remedios, digamos agora de los veniales y de los suyos. Pecados veniales se llaman, porque tienen más fácil el perdón que los otros, porque no son contra la caridad, aunque van fuera della, como es

una palabra ociosa, una risa demasiada, un derramamiento del alma, comer, ó beber, ó dormir más de lo necesario, ó cualquier otra cosa que se hace contra razón ó contra la medida que se ha de tener en las cosas: sin los cuales pecados no se puede pasar esta vida. Y aunque no sean mortales, todavía son perjudiciales, porque ofenden á Dios, entristecen al Espíritu Sancto, escurecen la consciencia, diminuyen el fervor de la caridad, impiden el aprovechamiento de las virtudes, y llevan muchas veces al hombre á grandes peligros. Procuremos pues de despedir de nosotros estas inmundicias y suciedades, pues escribe S. Juan que en aquella celestial Hierusalén ninguna cosa sucia entrará. Y si en esta vida no se purgan, empecernos han en la otra, donde serán purgadas con aquel fuego del purgatorio, el cual, aunque no es eterno, todavía (como dice S. Agustín) es más grave que todo cuanto en esta vida se puede padecer.

Los remedios deste género de pecados veniales (según la Iglesia antigua los acostumbraba) son los siguientes: la humilde acusación de sí mismo, la oración del Pater noster, el herir los pechos, y cualesquier otras aflicciones corporales tomadas religiosamente y de voluntad, y cualesquier otros devotos ejercicios así para con Dios como para con los prójimos. Los cuales remedios procuran los siervos de Dios tanto más diligentemente cuanto más claro ven y más profundamente consideran que de cualquier palabra ociosa que hablan los hombres, darán cuenta en el día del juicio. Por lo cual decía el santo Job: Temía yo en todas las obras que hacía, sabiendo qne no perdonáis vos, Señor, al delincuente. Y es cierto (como dice el Apóstol) que si nosotros nos juzgásemos, no seríamos juzgados. Y por esto bienaventurado es el hombre que siempre vive con temor.

Mira pues atentamente, hermano, no seas del número de aquéllos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin más escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comenzaron por unas pequeñas goteras, y ésas poco á poco fueron empodreciendo la madera, y así vinieron á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate

que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero que todavía es verdad lo que dice S. Agustín por estas palabras: No despreciéis los pecados veniales porque son pequeños, sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acontece que las bestias pequeñas (cuando son muchas) matan á los hombres. ¿Por ventura no son muy menudos los granos de arena? Pues si cargáis un navío de mucha arena, presto se irá con ella al fondo. ¡Cuán menudas son las gotas de agua! ¿Por ventura no hinchen los ríos caudales y derriban las casas soberbias? Esto pues dice S. Agustín, no porque muchos pecados veniales hagan uno mortal (como ya dijimos) sino porque disponen para él y muchas veces vienen á dar en él. Y no sólo esto es verdad, sino también lo que dice S, Gregorio, que muchas veces es mayor peligro caer en las culpas pequeñas que en las grandes. Porque la culpa grande cuanto más claro se conoce, tanto más presto se emienda: mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto más peligrosamente se repite cuanto más seguramente se comete. Finalmente los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el alma, porque quitan la devoción, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, marchitan el vigor del ánimo, aflojan el rigor de la vida espiritual y finalmente resisten en su manera al Espíritu Sancto y impiden muchas operaciones suyas en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar, pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño que despreciado no sea muy poderoso para dañar. Y si quieres saber en qué género de cosas se cometen estos pecados, digo que en una poca de ira, ó de gula, ó de vanagloria, en palabras y pensamientos ociosos, en risas y burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjas de cosas leves, y así en otras cosas semejantes. Tenemos pues aquí señaladas tres diferencias de pecados, unos que comúnmente son mortales, otros que comúnmente son veniales, otros como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos, pero mucho más déstos que están como en el medio, y mucho más de los mortales, pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios y se pierden todos aquellos bienes que arriba dijimos. Agora será bien que tratemos de los remedios generales que hay contra ellos.

CAPITULO XIII

DE LOS REMEDIOS GENERALES QUE TENEMOS CONTRA TODOS LOS PECADOS ASÍ MORTALES COMO VENIALES

DICHO ya en común de los pecados así mortales como veniales y de los medios con que se purgan, digamos agora también en común de los remedios generales que tenemos para no caer en ellos: porque éstos son los que principalmente destruyen y dañan nuestras almas.

Entre los cuales el primero sea asentar en tu corazón un muy firme y determinado propósito de morir mil muertes (si fuese necesario) antes que hacer un pecado mortal contra Dios. De manera que así como una mujer noble y virtuosa está aparejada para morir antes que hacer traición á su marido, así el cristiano ha de ser tan fiel á Dios, que esté aparejado á padecer cualquier detrimento de vida, de honra y de hacienda (por grande que sea) antes que cometer esta manera de traición contra Él. Para lo cual (entre otras muchas cosas) te aprovechará entender las pérdidas en que un hombre cae por un pecado mortal: las cuales son tantas y tan grandes que quien con atención las considerare, no podrá dejar de quedar espantado de ver la facilidad con que los hombres cometen esta manera de pecados.

Porque por cualquier destos pecados se pierde primeramente la gracia del Espíritu Santo, que es la mayor dádiva de cuantas Dios puede dar á una pura criatura en esta vida: porque no es otra cosa gracia sino una forma sobrenatural que hace al hombre participante de la naturaleza divina, que es en cierta manera hacerlo Dios. Piérdese también la amistad y privanza con Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia: y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de los cielos y de la tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales nuestra alma está adornada y ataviada en los ojos de Dios, y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas de Satanás.

Piérdese también el derecho del reino de los cielos, que también procede desa misma gracia: porque por la gracia se da la gloria, como dijo el apóstol S. Pablo (1). Piérdese también el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios, y así nos da espíritu y corazón de hijos para con Él: y junto con este espíritu de hijo la providencia paternal que Dios tiene de aquéllos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer, en el cual con grandísima alegría se gloriaba el Profeta cuando decía: Alegrarme he, Señor, de verme puesto debajo de la sombra de tus alas (2), que es, debajo del amparo y providencia paternal que tienes de los que recibes por tuyos. Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena consciencia: piérdense los mimos y consolaciones del Espíritu Sancto, que sin comparación exceden á todos los regalos y deleites del mundo: piérdense el fructo y mérito de todas las buenas obras de la vida pasada: piérdese la participación y comunicación de todos los bienes de Cristo y de su gloria, de los cuales no goza el hombre de la manera que antes gozaba, por no estar como miembro unido con Cristo por gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal: y lo que por él se gana es quedar condenado á las penas del infierno, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho, en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Santísima Trinidad, cueva de ladrones y nido de dragones y serpientes. Finalmente queda el hombre como quedó Sansón después de perdidos los cabellos (en que estaba su fortaleza) flaco como todos los otros hombres, atado de pies y manos y en poder de sus enemigos, los cuales le sacaron los ojos y le ataron á una atahona y le hicieron moler como animal (3). Pues en este miserable estado queda el hombre después que por el pecado pierde estos cabellos, que es la fortaleza y ornamento de la divina gracia, flaco para resistir á las obras malas y atado para no poder entender en las buenas, ciego para el conocimiento de las cosas divinas y cautivo y sujeto á los demonios, para que lo ocupen siempre en oficios de bruto animal, que es en cumplir y poner por obra todos sus apetitos sin razón.

¿Parécete pues que es estado éste para temer? ¿Parécete que son pérdidas éstas para recelar? Pues ¿cómo es posible tener seso

(1) Rom. 6. (2) Psalm. 62. (3) Jud. 16.

de hombres los que teniendo esto por fe osan con tanta facilidad cometer tantos pecados? Verdaderamente cosa es pecado mortal, que ni del mismo infierno que viésemos delante de los ojos abierto, habíamos de tener tan grande espanto como dél solo. Pues ¿qué sería si con esto juntásemos el odio que Dios tiene contra el pecado, y los castigos espantosos que desde el principio del mundo hasta el día de hoy tiene hechos contra él, y lo que en este mundo hizo y padeció por destruirlo? Mas esta consideración quedará para otro lugar. Por agora esto baste para confirmar en tu corazón este firme propósito. Y cuando alguna vez fueres provocado á pecar, has de aprovecharte de todas estas consideraciones, poniendo en una balanza por una parte todas estas pérdidas, y por otra el interés y golosina del pecado, mirando si es razón que por una tan sucia y torpe ganancia pierdas tan grandes y preciosos tesoros, como hizo aquel malaventurado Esaú, que por una tan baja golosina vendió la bendición y mayorazgo de su padre, y esto hecho, fuése, haciendo poco caso de haber vendido su mayorazgo (1). Éste es el principal remedio que hay contra todo género de pecado mortal.

El segundo es huir de las ocasiones de los pecados, como son juegos, malas compañías, conversaciones, comunicaciones sospechosas y vista y trato de mujeres: porque quien esto no evita, bien se puede tener por derribado y llorarse ya por muerto. Si un hombre estuviese tan flaco y enfermo que de su estado proprio cayese muchas veces en tierra, ¿qué seguro tendría éste, si le tirasen del brazo ó le diesen un empujón? Pues si el hombre por el pecado quedó tan miserable y tan flaco que muchas veces cae por su propria flaqueza sin tener ocasión para caer, ¿qué hará ofreciéndole ocasión para eso, pues es verdadera sentencia que en el arca abierta el justo peca?

El tercero es resistir al principio de la tentación con grandísima presteza, poniendo delante de los ojos del alma á Cristo crucificado, con aquella misma piadosa figura que tuvo en la cruz, todo hecho llagas y ríos de sangre, y acordarse que Aquél es Dios y que se puso allí por el pecado, y temblar de hacer cosa que fué parte para traer á Dios en tal estado. Y considerando esto, llamémoslo de lo íntimo de nuestro corazón para que nos ayude y libre dese

(1) Genes. 25.

dragón infernal y no permita que tan grande trabajo suyo fuese tomado por nos en vano.

El cuarto es el uso de los sacramentos, que no son otra cosa sino remedios inventados por Dios para curar los pecados hechos y preservar de los por venir, y es el mayor beneficio que recibimos en la ley de gracia. Y puesto que en todo tiempo tenga sazón el uso de los sacramentos, con todo especialmente al tiempo de la tentación es grandísimo remedio acudir á la confesión. Y si alguna vez (lo que Dios no permita) cayeses en pecado, en ninguna manera te has de echar en la cama con él, porque no sabes lo que será de ahí hasta mañana, sino trabaja ese mismo día por confesarte y arrepentirte, porque (como dice San Gregorio) si el pecado no se quita luego por la penitencia, luego con su propria carga trae otro en pos de sí.

El quinto es el uso de la frecuente y devota oración: en la cual se pide fortaleza y gracia contra el pecado, y se gustan las consolaciones del Espíritu Sancto, con que fácilmente se desprecian las del mundo, y se alcanza el espíritu de devoción esencial que nos hace promptos y idóneos para todo bien.

El sexto es lición de buenos y sanctos libros, con la cual se ocupa bien el tiempo, y se alumbra el entendimiento con el convencimiento de la verdad, y se enciende la voluntad en devoción, y así se hace el hombre más fuerte contra el pecado y más hábil para toda virtud.

El séptimo es ocupación en obras piadosas y ejercicios honestos: porque el hombre ocioso es como la tierra holgada, que no da otra cosa sino cardos y espinas: por donde con razón dijo el Sabio que muchos males enseñó al hombre la ociosidad (1).

El octavo es el ayuno y las asperezas corporales y abstinencia de vino y de manjares calientes: porque entre otras alabanzas que tiene el ayuno, ésta es muy principal, que enflaquecido el enemigo doméstico, enflaquecen también todos los ímpetus y pasiones dél. Y por esta causa, y también por satisfacción de nuestros pecados y por imitación y honra de la pasión de Cristo, se da por muy saludable consejo que el cristiano procure cada día (y principalmente todos los viernes del año) de hacér alguna manera de penitencia, aunque sea pequeña, ó en el comer, ó en el beber, ó en

(1) Eccli. 37.

el dormir, ó en estar de rodillas, ó en sufrir algún poquito de trabajo, ó en perdonar alguna ofensa, ó en negar su propria voluntad y apetito en cosas que mucho desea, ó en otra cualquier obra semejante: porque esto aprovecha no sólo para remedio de los pecados, sino también para otros grandes provechos.

El nono es silencio y quietud: porque como dice Salomón, en el mucho hablar no pueden faltar pecados (1), y como dijo otro sabio, nunca entré en compañía de otros hombres, que no saliese de allí menos hombre. Y por esto el que quiere quitar parte de sus armas al pecado, huya de conversaciones, de compañías innecesarias y de visitas y cumplimientos de mundo: porque por experiencia hallará (si esto no hace) cuál vuelve después á su posada, cuán desconsolado y descontento, y cuán llena la cabeza de imágenes y representaciones de cosas que le dan bien en qué entender al tiempo que se quiere recoger.

El décimo es examinarse cada noche antes que se acueste, y tomarse cuenta de lo que hizo aquel día, y de cómo gastó el tiempo. Y puede proceder en este examen por los mismos documentos desta regla, considerando si cometió alguno destos doce pecados que aquí contamos, y desfalleció en los remedios.

Desta manera se podrá examinar y también acusar ante Dios de la soberbia y vanagloria, de la envidia, odios ó enemistades, de las sospechas y juicios temerarios, de la vana tristeza y vana alegría por las cosas del mundo, de los deseos desordenados de tener haciendas ó estados ó honras temporales, de las tentaciones contra la fe y contra la limpieza y castidad, de las mentiras y palabras ociosas y de los juramentos sin necesidad, de las burlas y palabras dichas en ofensa del prójimo, de la pereza y negligencia en las obras de virtud, de que es tibio en el amor de Dios, desagradecido á su Majestad, olvidado de los beneficios recibidos, seco como una arista en la oración, frío en la caridad con los pobres. Y de todo esto en particular te pese, y pide perdón á nuestro Señor con firme propósito de la emienda. Y después que así tuvieres lavado con lágrimas tu lecho, según lo hacía David (2), dormirás con más reposado sueño y sentirás grande alivio de tu consciencia y espiritual consolación en tu alma.

Y para los que son particularmente tentados de algún vicio

(1) Proverb. 10. (2) Psalm. 6.

(como es ira, vanagloria, jactancia, ó otros semejantes) es muy grande remedio (allende deste examen y confesión de la noche) armarse cada día por la mañana con propósitos y oraciones contra este tal vicio, pidiendo instantemente al Señor especial ayuda: porque esta manera de reparo cuotidiano hace mucho al caso para ganar victoria contra el enemigo. Y no menos ayuda para esto tomar cada semana una especial empresa, ó de vencer un vicio, ó de alcanzar una virtud: porque desta manera poco á poco va el hombre ganando tierra y alcanzando virtudes y apoderándose de sí mismo.

El undécimo remedio es vivir con cuidado de evitar aun los pecados veniales, pues ellos son los que disponen para los mortales: de lo cual arriba ya tratamos. Porque quien está habituado á huir de los menores males, mucho más se guardará de los mayores.

El duodécimo y último remedio es romper con el mundo y con todas sus leyes, vanidades y cumplimientos, y no hacer caso del decir de las gentes: porque éste es el primero capítulo que ha de aceptar el que trata de amistad con Dios, según aquello de Sanctiago: Quienquiera que quisiere ser amigo de Dios, luego se ha de declarar por enemigo del mundo (1). Porque de otra manera, como dice el Salvador, imposible es servir á dos señores (2), especialmente siendo tan contrarios como son, pues Dios es la suma de todos los bienes, y el mundo está todo (como dice S. Juan) armado sobre males (3). Y tenga por cierto quienquiera que no quebrare con el mundo ni le perdiere la vergüenza en lo que se ha de perder, que no podrá dejar de hacer muchos males por temor del mundo, y excusarse de muchos bienes por la misma causa: y esto basta para tenerse por siervo del mundo y no de Dios, pues por no descontentar al mundo, descontenta á Dios.

Éstos son los remedios generales que tenemos contra todo género de pecados: resta agora tratar de los particulares que sirven para contra cada uno dellos en particular, especialmente contra aquellos siete que llaman capitales, porque son cabezas y fuentes de todos los otros: porque vencidos estos siete primeros, luego son rendidos y vencidos todos los otros.

Mas aquí es mucho de notar que en esta pelea no tenemos tanta

(1) Jacobi 4. (2) Matth. 6. (3) 1 Joan. 5.

necesidad ni de brazos para pelear ni de pies para huir, cuanto de ojos para mirar, porque éstos son los principales instrumentos desta lucha espiritual. Porque el principal cuidado de nuestro adversario es encubrir de tal manera la tentación, que no parezca tentación sino razón. Porque si nos quiere tentar de soberbia, ó de ira, ó de codicia, trabaja por hacernos entender que está en razón desear aquella honra, ó aquella riqueza, ó aquella venganza, y que sería contra razón hacer otra cosa, encubriendo la ponzoña de la tentación con la capa de la razón, para que así pueda mejor engañar aun á aquéllos que se rigen por razón. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos para ver el anzuelo debajo del cebo y la ponzoña de la tentación debajo del pretexto de la razón. También son necesarios ojos para que después de entendido esto, sepamos considerar la malicia, la fealdad, el peligro y los daños y inconvenientes así presentes como por venir que se siguen de aquel vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito y tema de gustar lo que ve que después de gustado le ha de traer la muerte. Porque escasamente se hallará manera más conveniente para resistir á todos nuestros vicios y malas inclinaciones sino con este género de consideraciones. Por donde aquellos misteriosos animales que vió el profeta Ezequiel (que son figura de los sanctos varones) con tener todos los otros miembros singulares, estaban por todas partes llenos de ojos (1): para dar á entender que los siervos de Dios han de ser todos ojos y que tienen mayor necesidad de los ojos de la consideración que de todos los otros miembros de las virtudes, porque todas las victorias que se alcanzan contra los vicios (por donde se conservan las mismas virtudes) se alcanzan con esta consideración, como adelante en el proceso se verá. En lo cual se ve cuánta necesidad tiene el verdadero cristiano de tener algún ejercicio de meditación y consideración, para que así esté más diestro y mejor ensayado en las armas de que ha de usar en esta milicia espiritual.

(1) Ezech. 10.

CAPÍTULO XIV

DE LOS SIETE PECADOS QUE SE LLAMAN CAPITALES Y PRIMERO DE LA SOBERBIA Y DE SUS REMEDIOS

Después de haber tratado de los pecados en general y de sus remedios generales, trataremos dellos en particular y de sus particulares remedios, y primeramente de aquellos siete que vulgarmente llaman mortales, los cuales mejor se llaman por otro nombre capitales, porque no siempre son mortales y siempre son cabezas y principios de todos los otros vicios, y dellos (como de una raíz dañada) nascen los frutos de todos los pecados y escándalos del mundo, como está claro considerando el enjambre de males que nascen de la soberbia, de la avaricia y lujuria, y así de todos los demás.

Entre los cuales el primero es la soberbia, que es apetito desordenado de propria excelencia, ora esté encerrado dentro del alma, ora se publique y manifieste por de fuera. Ésta dicen los sanctos que es la madre y princesa y reina de todos los vicios, aunque particularmente engendra estos ocho, conviene á saber, desobediencia, jactancia, hipocresía, porfía, pertinacia, discordia, curiosidad y presunción: por los cuales frutos claramente se conocerá cuál será la raíz de donde tales frutos proceden. Y por tanto con mucha razón nos aconseja aquel santo Tobías diciendo: Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento ó tus palabras, porque della tomó principio toda nuestra perdición (1).

Pues cuando este tan grande vicio tentare tu corazón, puedes aprovecharte contra él de las armas siguientes. Primeramente considera cuál fuiste en tu nacimiento, y cuál eres agora después de nascido, y cuál serás después de muerto. Fuiste primero una materia torpe, eres agora un saco de estiércol, y serás después manjar de gusanos. Pues ¿por qué razón te ensoberbeces, hom-

(1) Tobiæ 4.

bre, cuyo nascimiento es culpa, cuya vida es miseria y cuya muerte es corrupción?

Considera también el espantoso castigo con que fueron castigados aquellos malos ángeles por su soberbia, pues en un punto fueron lanzados al infierno (1). Mira pues cómo este vicio puede escurecer lo que resplandecía más que las estrellas, y al que era no solamente ángel, mas el principal de los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de los demonios. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, tierra y ceniza? Ten pues por averiguado que quien no perdonó á los ángeles soberbios, menos perdonará á los hombres soberbios, porque Dios no es contrario á sí mismo ni aceptador de personas, mas así en el ángel como en el hombre solamente le contenta la humildad.

Considera también la maravillosa humildad de tu Señor Jesucristo, hijo de Dios: mira cómo por ti tomó tan baja naturaleza, y por ti obedeció al Padre hasta la muerte, y muerte tan afrentosa de cruz. Pues aprende, hombre, á obedecer: aprende, tierra, á estar debajo de los pies: aprende, polvo, á tenerte en nada: aprende, oh cristiano, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazón (2). Si te desdeñas de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desdeñes de imitar el de Dios, el cual se hizo hombre no solamente para redimirnos, mas también para humillarnos. Porque ¿qué razón había para que así se abatiese el Señor de la majestad, sino para que nosotros así lo hiciésemos? Porque como dice San Agustín, todas las obras de Cristo son nuestra doctrina, y el cristiano (pues tiene el apellido de Cristo) ha de imitar las obras de Cristo. De donde ninguno se llama justamente cristiano si no quien se conforma con la vida de Cristo.

Considera también que la Virgen nuestra Señora y todos los sanctos principalmente agradaron á Dios por la humildad, y porque se humillaron fueron sublimados sobre los cielos, como por el contrario los demonios, que se quisieron levantar, fueron derribados á los infiernos. De donde dice San Agustín: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia hizo de los ángeles demonios. Y San Bernardo dice: La soberbia derriba desde lo alto hasta lo más bajo, y la humildad levanta desde lo más bajo hasta lo más alto. El ángel ensoberbeciéndose en el cielo cayó

(1) Esa. 14. (2) Matth. 11.

hasta el abismo, y el hombre humillándose en la tierra es ensalzado sobre las estrellas del cielo. Y San Agustín dice: El diablo soberbio trujo al hombre soberbio á muerte, y Cristo humillado restituyó el hombre humilde á vida.

Y si por ventura te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales, espera un poco, vendrá la muerte, que hará iguales á todos y que no tengan más ni unos ni otros. Como todos nascemos iguales (cuanto toca á la condición natural) así todos moriremos iguales, por la común necesidad, salvo que después de la muerte tendrán más de que dar cuenta los que tuvieron más. Por lo cual dice San Crisóstomo: Mira las sepulturas de los muertos, y busca en ellas algún rastro de la magnificencia con que vivieron, ó alguna señal de las riquezas y deleites de que gozaron: mira bien. ¿Dónde están agora los vestidos y ornamentos preciosos? ¿Dónde los pasatiempos y recreaciones? ¿Dónde la compañía y multitud de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos, la alegría demasiada. Mira con más diligencia y llégate más de cerca al sepulcro de cada uno, y hallarás solamente polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Éste pues es el fin de los cuerpos, dado que en muchos mimos y placeres hayan pasado esta vida. Y pluguiese á Dios que todo el mal de los tales parase en hacerse ceniza y ser comidos de los gusanos. Pero mucho mayor mal es el que después se sigue, que es el temeroso tribunal del juicio divino y el castigo que allí se les dará, el continuo lloro y crujir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la consciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará.

Mira también cuán vana, cuán quebradiza, cuán vidriosa sea la gloria del mundo, cuán ligeramente vuela, cuán sutilmente penetra, cuán presto pasa, y con todo esto no hace cualquier llaga, sino tal que luego mata, y de gloria temporal se muda en eterna confusión.

Considera también, cuando alguna vez eres alabado ó honrado, si eres digno desa honra, ó indigno: porque si eres indigno, no te debes por eso ensoberbecer sino humillar y trabajar porque sea verdadera la opinión que de ti se tiene: y si eres digno de ser alabado, refiere tu alabanza á Dios, á quien debes todo aquello de que lo eres, porque no te hagas indigno deso, pues es cierto que así la honra que te hacen, como la causa por que te la hacen, vie-

ne de Dios, y todo el favor que á ti apropias y no refieres á Dios, haz cuenta que lo hurtas. Porque ¿qué siervo hay más desleal que aquél que hurta la gloria á su señor?

Considera también qué desvarío es pesar tu valía con el parecer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza á la parte que quisieren, y quitarte lo que agora te dan, y deshonrarte los que agora te engrandecen. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como pluguiere á las lenguas de los hombres mudables. Desatino es poner tu tesoro donde no lo puedas tomar cuando lo hubieres menester, mas tengas necesidad de mendigar de aquéllos en cuyas manos lo pusiste. Pues así es, deposita tu gloria en las manos de Dios, que puede volvértela á su tiempo y es sabio para guardarla y fiel para restituirla: y si despreciares la gloria del mundo, tendrás segura la de Dios, que te la guardará en cuanto vivieres, y te la restituirá cuando murieres.

Considera, hombre que deseas mandar y sentarte en el más honrado lugar, cuán presto pasa lo que deseas, y cuánto dura lo que pierdes. ¿Qué provecho trae reinar por pocos días en la tierra, y ser privado del reino del cielo? ¿Cómo podrás mandar á otros, no habiendo primero obedecido á ti mismo, y señorear á otros, no te habiendo sujetado á ti? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues escasamente la puedas dar de ti solo? Mira cuán grande escuadrón de pecados allegas juntando pecados á pecados y acrecentando además los pecados de tus súbditos á los tuyos que se asientan á tu cuenta. Por lo cual dice la Escritura que se hará durísimo juicio contra los que presiden, y que los poderosos poderosamente padecerán tormentos (1).

Considera que los que procuran aventajarse sobre otros, incurren en grandes dificultades, porque tienen muchos contrarios y muchos que les estorben, y ninguna cosa es más fácil y suave al hombre que humillarse. Mostró esto un rey que habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos y la tuvo así por mucho espacio, diciendo: ¡Oh corona, corona, más preciosa que dichosa, la cual quien bien la conociese, aunque la hallase en el suelo, no la levantaría!

Considera, oh soberbio, que á ninguno contentas con tu soberbia: no á Dios, á quien tienes por contrario, porque Él á los so-

(1) Sap. 6.

berbios resiste, y á los humildes da su gracia(1). Pues ¿qué mayor mal que tener á Dios por contrario? Ni agradas á los humildes, porque aborrecen tu altivez: ni á los otros soberbios tus semejantes, porque por las mismas raíces y títulos por que tú te levantas, ellos te quieren mal, por envidia que de ti tienen, ó por no verte más próspero de lo que ellos son. Ni aun á ti mismo contentarás en este mundo, si volviendo en ti conocieres tu poquedad y no hallares en ti cosa de peso, de que con razón te puedas gloriar, y mucho menos en el otro mundo, cuando por tu soberbia perpetuamente serás desterrado. De donde dice San Bernardo: Oh hombre (dice Dios) si te vieses, de ti te descontentarías, y á mí agradarías. Mas porque no te miras, estás ufano de ti, y descontentas á mí. Vendrá tiempo cuando ni á mí ni á ti agradarás: á mí no, porque pecaste, á ti menos, porque arderás para siempre. Á solo el diablo parece bien tu soberbia, el cual por ella de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio, y por tanto se alegra por verte su semejante.

Considera que no sabes claramente si en toda tu vida hiciste una obra buena por donde merezcas el cielo: porque muchas veces los vicios tienen color de virtudes, y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de sí era buena, y muchas veces nuestra justicia (examinada por el juicio de Dios) se halla ser injusticia, y muchas veces á los ojos de Dios es escuro lo que á los ojos de los hombres parece claro. Otros son los pareceres de aquel rectísimo Juez que los de los hombres, al cual contenta y agrada más el pecador humilde que el justo soberbio.

Mira también que por ventura hiciste muchos más males que bienes: y si algunos bienes hiciste, fueron hechos con tanta frieza, que quizá tienes más razón de pedir dellos perdón que galardón, mayormente que pocas veces hallarás obra buena en que no éntre culpa, si Dios la juzgare con rigor y justicia. De donde dice S. Gregorio: ¡Ay de la vida virtuosa, si Dios la juzga poniendo aparte su piedad! Porque por las mismas cosas con que cuida que agradará á los ojos de Dios, por las mismas es confundida: porque nuestros males son puramente males, y nuestros bienes no siempre son puramente bienes, porque muchas veces van mezclados con muchas imperfecciones. Por lo cual dice el mismo Sancto: Muchas veces acontece que la malicia de nuestro enemigo

(1) Jacobi 4.

ciega nuestros ojos con tanta sotileza, que nos hace creer que los vicios son virtudes, y que esperemos galardón por aquellas cosas por que merecemos castigo. De donde, si prudentemente te miras, más has de temer de tus buenas obras que preciarte dellas, como lo hacía el sancto Job cuando decía: Temía en todas mis obras, sabiendo que no perdonáis, Señor, al delincuente (1).

§ II

Y para que mejor puedas vencer este enemigo, quiero avisarte que la principal causa de nuestra soberbia es engañarse el hombre en el conocimiento de sí mismo, teniéndose por mejor de lo que es: y por eso el principal remedio es el verdadero conocimiento de sí mismo. Por tanto mírate á la luz de la verdad y júzgate rectamente sin lisonja. No te engañes por tu mismo juicio. Porque si así te conoces, ¿cómo no te humillarás, pues te hallarás lleno de pecados y cargado con el peso deste cuerpo mortal, corrupto con las heces de los deleites carnales, envuelto en mil errores, espantado con mil temores, cercado de mil perplejidades, aflicto con mil desastres, fácil para todo mal y embarazado para el bien? Si te humillares demasiadamente, no por eso perderás, antes por el contrario, si te estimares más de lo que eres, perderás todo lo que eres. Y si vieres alguno pecar públicamente, aunque sea pecado grave, no por eso te has de tener por mejor que él, pues no sabes cuánto tiempo perseverarás en el temor de Dios. Todos somos flacos, mas á ninguno has de tener por más flaco que á ti.

Mucho más procura saber las virtudes ajenas que los vicios: porque dado que en alguna cosa Dios te tenga dado mayor gracia, todavía, si bien consideras, en muchas cosas te hallarás inferior. Pues ¿por qué presumes de ti y desprecias á tu prójimo, si puedes trabajar ó ayunar más que él, pues él te lleva ventaja en paciencia, humildad, caridad y otras virtudes? Pues ten más cuidado en mirar lo que te falta, y las virtudes que el otro tiene, que en saber lo que tú puedes y lo que el otro no puede, y este pensamiento te conservará en la humildad y te avivará el deseo de la perfección. Pero si atiendes á lo que te parece que tienes, y á lo que á los otros

(1) Job 9.

falta, anteponerte has á ellos, y hacerte has negligente en el estudio de la virtud. Porque pareciéndote por comparación del otro que asaz tienes hecho, de ahí vendrás á resfriarte en el ejercicio della.

Si por alguna buena obra sintieres que tu pensamiento se ensoberbece, entonces has de mirar más por ti, porque el proprio amor y contentamiento de ti mismo no destruya la valía de la buena obra que hiciste, y la vanagloria, peste de las buenas obras, no la corrompa. Mas sin atribuir cosa alguna á tus merecimientos, agradece todo á la divina clemencia, y reprime tu soberbia con las palabras del Apóstol que dice (1): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿cómo te glorías como si no lo hubieras recibido? Y si todavía quieres gloriarte de la buena obra, gloríate en el Señor, y esto harás, si atribuyendo á Dios todo el bien, le dieres por él gracias.

Las buenas obras que acostumbras hacer, escóndelas de tal manera que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (2), porque la vanagloria muy fácilmente acomete las obras que se hacen en descubierto. Cuando vieres que tu corazón se hincha con soberbia, aplícale luego el remedio y trae á la memoria tus pecados, y así con una ponzoña curarás otra, mayormente si te acordares de algún grande y abominable pecado que hubieres hecho. Porque si como el pavón mirares para la más fea cosa que tienes, sin duda desharás la rueda de la vanidad. No te midas por las alabanzas ajenas, sino por lo que tú de ti sabes. Y si te oyes alabar de otros, pregúntate si es verdad lo que los otros de ti dicen: y si tu consciencia responde que no es así, cree antes á ti, que te conoces mejor, que á los otros, que juzgan solamente de oída. Y si por ventura hallares que en la verdad eres tal por cual los otros te tienen, todavía con el escudo de la humildad defiéndete de las dañosas alabanzas, refiriendo la gloria á Dios y diciendo: Por la gracia de Dios soy lo que soy (3). Así que examina tú primero tus obras, como dice el Apóstol (4), y desta manera tendrás la gloria en ti mismo y no en los otros.

Cuanto mayor fueres, tanto te trata más húmilmente: porque si en la verdad eres bajo, no es mucho que seas humilde: pero si eres grande y honrado, y con todo te humillas, alcanzarás una muy rara y muy grande virtud, porque la humildad en la honra

(1) 1 Cor. 4. (2) Matth. 6. (3) 1 Cor. 16. (4) Gal. 6, Eccl. 4.

es honra de la misma honra y dignidad de la dignidad: y si ésta falta, piérdese esa misma dignidad.

Si quieres alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humillación: porque si no sufres ser humillado, nunca llegarás á ser humilde. Y puesto que muchos se humillan que en la verdad no son humildes, todavía no hay duda sino que la humillación es camino para la humildad, como la paciencia para la paz y el estudio para la sabiduría. Obedece á Dios, y no te tengas por verdaderamente sujeto á tu criador si no te sujetares por su amor á otra criatura. Aborrece tu proprio parecer y afición de tu propria voluntad y sujétate al parecer de tus superiores y de los más sabios, en cuyas manos el verdadero humilde entrega su parecer.

Ten siempre tu corazón lleno de tres temores, conviene á saber, cuando tienes gracia, y cuando la pierdes, y mucho má cuando la cobras. Teme cuando estás en gracia no hagas alguna cosa indigna della: teme cuando la pierdes, porque faltando ella quedas tú desamparado sin su ayuda Teme si después de perdida otra vez la cobrares, porque no vuelvas á perderla. Y temiendo desta manera, no presumirás de ti, estando lleno de temor de Dios. Ten paciencia en las adversidades: porque el verdadero humilde se muestra en el sufrimiento de la injuria, como nos enseñó Cristo con su ejemplo, que cuando lo maldecían, no maldecía, y cuando padecía, no amenazaba (1). No desprecies ni escarnezcas de los pobres, que es señal de presumpción, pues á la miseria del prójimo más se debe compasión que escarnio. Guárdate de tus vestidos ser curiosos: porque quien ama el vestido precioso, no puede tener los pensamientos bajos, y ninguno busca vestidos ricos sino para vanagloria, pues no los viste sino cuando puede ser visto. Pero juntamente guárdate de traer vestido más vil de lo que te conviene, porque huyendo de la gloria no la procures, como hacen muchos que quieren agradar á los hombres mostrando que no curan de agradarles, y así, huyendo las alabanzas, astutamente las buscan. Tampoco has de despreciar los oficios bajos: porque el verdadero humilde no desprecia los servicios humildes como indignos de su persona, mas de su propria voluntad se ofrece á ellos como quien en sus ojos se tiene por bajo.

(1) 1 Petri 2.

CAPÍTULO XV

DEL SEGUNDO PECADO CAPITAL, QUE ES AVARICIA, Y DE SUS REMEDIOS

AVARICIA es desordenado deseo de hacienda. Y por esto con razón es tenido por avariento no solamente el que roba, sino también el que codicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Las hijas desta madre son las siguientes: traición, engaño, falsedad, inquietud, perjurio, violencia, falta de misericordia ó inhumanidad y dureza de corazón. Este vicio condena el Apóstol cuando dice: Los que desean ser ricos, caen en la tentación y lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan á los hombres á la muerte y perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia (1).

Pues cuando este mal vicio tentare tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes: Primeramente considera, oh avariento, que tu Señor y tu Dios descendió de los altos cielos á este mundo, y no quiso poseer estas riquezas, antes de tal manera escogió la pobreza, que quiso nascer de una virgen pobre y muy humilde, y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nasció, no quiso ser agasajado en grandes palacios ni acostado en cama blanda ni en cunas delicadas, sino en un pesebre y sobre pajas. Después desto en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza y despreció las riquezas, siempre amó los pobres, porque para apóstoles suyos escogió no capitanes ni grandes señores ni otros hombres ricos, sino pobres pescadores. ¡Oh verdaderamente grande abusión de los hombres, que quiera ser rico el gusano, por quien quiso ser tan pobre el Señor de todo lo criado! Pues quienquiera que por Dios es pobre, ó voluntaria y alegremente, ó (si por necesidad) pacientemente, mire para Cristo pobre, y así se consolará en su pobreza.

---

(1) 1 Tim. 6.

Considera también cuán miserable es la vileza de tu corazón y en cuán poco te tienes, que siendo tu alma criada á imagen de Dios y redimida por su sangre, en cuya comparación no vale nada todo el mundo, por tan pequeña cosa la quieres perder. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el alma del hombre: luego de mayor valor es tu alma que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro ni plata, sino las virtudes que consigo trae la buena consciencia, con las cuales se hace rica para siempre. Pon aparte la falsa opinión de los hombres, y verás que no es otra cosa el oro y la plata sino tierra amarilla y blanca que el engaño de los hombres hace preciosas. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, discípulo de Cristo pobre y llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas siervo della? Porque como dice S. Hierónimo, aquél es siervo de las riquezas, que las guarda como siervo: y quien de sí tiene echado este yugo, repártelas como señor. Ésta es la diferencia que hay entre tener riquezas y servir á las riquezas, que ellas te sirven si tú usas dellas como debes, y tú eres su siervo si dellas no sabes usar.

Considera que no puedes servir á dos señores, á Dios y á las riquezas (1), y que no puede el alma del hombre libremente contemplar á Dios si anda con la boca abierta en pos de las riquezas desta vida, así como no pueden los ojos juntamente mirar para el cielo y para la tierra. Los deleites espirituales huyen del corazón ocupado con deleites temporales, ni se podrán jamás mezclar las cosas vanas con las verdaderas, las eternas con las temporales, las espirituales con las corporales, las altas con las bajas, de tal manera que juntamente gustes de las unas y de las otras. Delicada es (dice S. Bernardo) la consolación divina, y no se da á los que buscan la humana En balde piensas que podrás recibir el espíritu de Dios si no renuncias á todos los contentamientos de la carne. Porque por eso tu alma mendiga las dulzuras ajenas, porque se ha olvidado de comer su pan. Por tanto conviene que tu alma despida de sí los bienes mundanos, si se quiere deleitar con la memoria de Dios.

Considera también que puesto que los bienes que el mundo puede dar á sus amadores, parezcan grandes, no se puede negar ser engañosos: porque su brevedad es cierta, y el fin desos

(1) Matth. 6.

pocos días que duran es incierto, y muchas veces antes de la muerte desamparan á su dueño, y después de muerto nunca le siguen. ¡Oh mundo malvado, que de tal manera haces bienaventurados á tus amigos, que los haces enemigos de Dios y indignos de la compañía de los verdaderamente bienaventurados, porque sin duda quien quiere ser amigo deste mundo, enemigo se hace de Dios!

Considera que cuanto más prósperamente te sucedan las cosas terrenas, tanto más miserable eres, porque te fiarás más desa falsa bienaventuranza. ¡Oh si supieses cuánta desventura trae consigo esta prosperidad mundana! El amor de las riquezas más atormenta con su deseo que deleita con su uso, porque enlaza al alma con diversas tentaciones, provócala á pecar, quítale la caridad, estórbale su descanso, y allende desto nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor. Asimismo, cuasi nunca se adquieren grandes riquezas ni se conservan sin pecado: porque como dice el proverbio, el rico es malo ó heredero de malo.

Considera cuán grande desatino es desear continuamente aquellas cosas que aunque todas se junten, no pueden hartar ni diminuir tu apetito, mas antes acrecientan la sed de la avaricia, como el beber al hidrópico: y por mucho que tengas, siempre codicias aquello que te falta, y siempre estás suspirando por eso. Y así discurriendo el triste corazón por las cosas del mundo, cánsase y no se harta, porque tiene tanta hambre, que no hace caso de lo que tiene sino de lo que le queda por cobrar, y no menos molestia tiene por lo que no alcanza que por lo que posee, ni se harta más de oro que su corazón de aire. Por lo cual dice San Agustín: ¿qué codicia es ésta tan insaciable de nuestro apetito, pues aun los brutos animales tienen medida en sus apetitos? Porque entonces cazan cuando tienen hambre, y dejan de cazar cuando están hartos. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en su deseo: siempre roba, nunca se harta.

Mira también que donde hay muchas riquezas, ahí hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las hurten. Ni el más rico hombre de todo el mundo tiene más de sus riquezas que el proprio mantenimiento. Dél te podrías descuidar, si pusieses tu corazón en Dios y te encomendases á su providencia: porque nunca desampara á los que esperan en Él. Porque quien hizo

al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca por falta de lo necesario. ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaritos y vistiéndolos (1), desampare al hombre?

Allende desto, para cumplir la necesidad poco es menester. La vida es breve y la muerte dase gran priesa: ¿qué necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto más libre y desembarazado andarás este camino? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá peor, si llegares pobre, que á los ricos que llegan muy cargados, sino que, acabado el camino, te quedará ó nada ó muy poco de que dar cuenta, como quier que los muy ricos al fin de la jornada no sin grande angustia dejarán los montones de oro que con mucho cuidado ajuntaron (2).

Considera también, oh avariento, para quién amontonas tantas riquezas, pues es cierto que así como á este mundo veniste desnudo, así saldrás dél. Pobre nasciste en esta vida, pobre la dejarás (3). Esto habías de pensar muchas veces, porque, como dice San Hierónimo, fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, ó buenas ó malas, donde perderás todos los bienes celestiales si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entonces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el alma á los demonios, los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Luego mejor será, según el consejo de Cristo (4), distribuirlos á los pobres que te los lleven delante, como hacen los grandes señores cuando caminan, que mandan delante sus tesoros. Porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes donde jamás volverás, y no mandarlos adonde has de vivir para siempre?

Considera que Dios como padre de familia repartió en este mundo los cargos de tal manera, que á unos ordenó que rigiesen, y otros para ser regidos: unos para que distribuyan lo necesario, y otros para que lo pidan y reciban. Y pues tú eres uno de los que están puestos por despenseros de la hacienda que á ti te sobra, ¿parécete que te será lícito guardar para ti solo lo que recibiste

(1) Matth. 6. (2) Psalm. 48. (3) Job. 1. (4) Lucæ 6.

para muchos? De los pobres es el pan (dice S. Ambrosio) que tú encierras, de los desnudos el vestido que tú escondes, remedio es de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtas sus bienes á cuantos pudieras aprovechar con los que á ti sobran.

Considera cuán agradable sacrificio de misericordia ofreces á Dios (que te dió cuanto tienes) dándole de comer en sus pobres, porque Él dice: Lo que á uno de mis pequeños hicistes, á mí lo hicistes (1): y por el contrario, lo que á uno de los pequeños no hicistes, no lo hicistes á Cristo, queriendo antes guardar inútilmente lo que pudiera aprovechar á muchos.

Considera que los bienes que de Dios recibiste en este mundo, son remedios de la miseria humana, no premio de merecimientos. Pues mira que sucediéndote todas las cosas prósperamente, no te descuides de quien te las da, y así hagas de los remedios de la miseria corona de gloria. Mira también no ames el destierro más que la patria, y de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino, ni amando la claridad de la luna en la noche, desprecies la luz del medio día, y el socorro de la vida presente no te sea ocasión de muerte perpetua. Vive pues, hermano mío, contento con la suerte que te cupo, acordándote que dice el Apóstol: Teniendo suficiente mantenimiento y ropa con que nos cubramos, con esto quedemos contentos (2). Porque como dice S. Crisóstomo, el siervo de Dios no se ha de vestir para parecer bien ni para blandura ó mimo de la carne, mas para cubrir su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas se te acrecentarán: porque Dios, que te quiere dar las cosas celestiales y grandes, no te negará las terrenales y pequeñas. Y si no confías dél que te dará cosas de tan poca valía, ¿cómo esperarás que te dará el reino de los cielos? Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la misma pobreza. Los pobres que voluntariamente lo son, semejantes son á Cristo, que siendo rico, por nos se hizo pobre (3). Y los que viven en pobreza y necesidad, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen como si las tuviesen, de la pobreza necesaria hacen virtud. Y como los pobres por su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos por la limosna se reforman á Cristo: porque no sola-

(1) Matth. 25. (2) 1 Tim. 6. (3) 2 Cor. 9.

mente los pobres pastores hallaron á Cristo pobre en el pesebre, mas también los reyes poderosos cuando lo buscaron y le ofrecieron sus dones. Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres, porque dándola á ellos la recibe Cristo. Y ten por averiguado que en el cielo, donde ha de ser tu perpetua morada, te está guardado lo que agora les dieres: mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada en el cielo, donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, mas antes los pierde contra su voluntad? Los bienes espirituales, ésos son verdaderos bienes, que no desamparan á su dueño, aun en su muerte, ni los puedes perder, si tú no quisieres.

CAPÍTULO XVI

DEL TERCERO PECADO MORTAL, QUE ES LA LUJURIA, Y DE SUS REMEDIOS

LUJURIA es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites: del cual vicio nascen todas estas pestes del alma, conviene á saber, ceguera del entendimiento, inconsideración, inconstancia, precipitación, amor de sí mismo, aborrescimiento de Dios, deseos de la vida, temor de la muerte, desesperación del juicio y de la bienaventuranza perdurable. Contra este vicio nos arma el Apóstol diciendo (1): Cualquier pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es: mas el que cae en fornicación, peca contra su proprio cuerpo, y así ensucia el templo vivo que Él consagró con su sangre. Y en otro lugar nos amonesta diciendo: Fornicación y inmundicia ó avaricia no se nombre entre vosotros, como conviene á varones santos (2).

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazón, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera en qué pára la flor de toda la hermosura del mundo: porque esto te desengañará y declarará lo que amas. San Isidoro dice: Ninguna cosa tanto aprovecha para domar la fuerza de los apetitos carnales, como pensar cada uno cuál será después de muerto aquello que agora tanto ama vivo.

Considera que cuanto más entregares tu cuerpo á deleites, y en ellos ocupares tus pensamientos, tanto menos te hartarás y satisfarás. Porque este tal deleite no causa hartura sino hambre: porque el amor de la mujer al hombre nunca se pierde, antes apagado una vez vuelve á encenderse, y después de la abundancia se hace más pobre, y enflaquesce los ánimos varoniles y turba el entendimiento de manera que no deja pensar otra cosa sino la pasión que padesce.

Considera que el deleite deshonesto es breve, y la pena que por

(1) 1 Cor. 6. (2) Ephes. 5.

él se da, perpetua, y por consiguiente que es un muy desigual trueque por una brevísima y torpísima hora de placer perder en esta vida el gozo de la buena consciencia, y después la gloria que para siempre dura, y padescer la pena que nunca se acabará.

Considera también cuán presto pasa, cuán falsa es, cuánto más tiene de hiel que de miel, y cuántos males trae consigo esta peste. Primeramente lanza á perder la fama, tesoro preciosísimo porque entre los hombres ningún vicio hace al hombre más infame que el vicio de la carnalidad) quebranta las fuerzas del cuerpo, afea la hermosura del hombre, perjudica mucho á la salud, cría innumerables enfermedades, y muchas dellas abominables, marchita la flor de la mocedad y trae la vejez más temprana, y hace más corta la vida, y allende desto escurece y apaga la luz del entendimiento. Y siendo ésta la más excelente cosa entre las naturales que Dios al hombre dió (1), este deleite se la destruye como su principal enemigo: porque donde señorea la lujuria, no tiene lugar la templanza ni razón, ni donde mandan los deleites es preciada la virtud. Asimismo la razón del hombre se ahoga por el deleite carnal, el seso se pierde, los sentidos se turban, y de las cosas divinas ninguna se puede entender, porque la ceguera del alma que allí se cría, destruye todo el conocimiento de las cosas espirituales.

Considera que ninguna hacienda hay tan gruesa, ningún tan grande tesoro, que la lujuria no gaste y consuma. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y unos á otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales son comedores tragones, y así en banquetes y vestidos y joyas gastan todo su patrimonio. Porque las mujeres deshonestas nunca se hartan de semejantes cosas, á saber, de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas y de perfumes y olores, y más aman á estos presentes que á quien se los manda. Para cuya confirmación basta el ejemplo de aquel hijo pródigo que en esto gastó toda la legítima de su padre.

Considera cuán grande tropel de maldades suele traer este vicio consigo. Los otros vicios tienen por ventura cualquier compañía y amistad con alguna virtud: pero éste con ninguna virtud tiene amistad sino con muchos y grandes vicios.

(1) Plato, de Republ.

Considera también que la limpieza de la carne, especialmente la virginidad, tiene grande ventaja sobre el matrimonio, y que los vírgines en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y que singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales: porque vivir en carne sin obras de carne más es virtud angélica que humana (1). Sola la virginidad es la que en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estudio de la inmortalidad. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad bienaventurada, donde no habrá bodas ni desposorios, y da á los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversación. Por la cual en el cielo se da cierto y singular premio y corona á los vírgines. De los cuales se escribe en el Apocalipsis: Éstos son los que no se ocuparon con mujeres, mas permanecieron vírgines: éstos siguen al Cordero por doquiera que fuere (2). Porque imitan los vírgines á Cristo, y como Él fué virgen, así ellos también lo son. Y porque en este mundo se aventajan sobre los otros mortales en parecerse á Cristo, por esto en el otro se llegarán á Él más familiarmente que los otros, y singularmente se deleitarán de la incorrupción de su carne. De cuyos privilegios los otros fieles no podrán gozar más que por la común caridad alegrándose con ellos y alabándolos y holgando con su excelencia.

Considera cuán honesta es, cuán apacible, cuán fresca y cuán agradable á Dios la pureza del alma y del cuerpo, que hace á los hombres familiares, á los sanctos ángeles y hábiles para recibir y tener dentro de sí al Espíritu Sancto, como quier que aquel Divino Espíritu, amador de limpieza, de ningún vicio más huye que de la inmundicia de carnalidad, y en ninguna parte más alegremente reposa que en las almas virginales. Por lo cual el Hijo de Dios concebido por el Espíritu Sancto tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo el principal de sus milagros, que fué nascer de madre virgen.

Pero tú que ya perdiste la virginidad y cometiste algunos pecados carnales, á lo menos después del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de la naturaleza, siquiera después de quebrado repáralo, y volviéndote á Dios después del pecado, tanto más diligentemente te ocupa en buenas obras, cuanto por las malas que hasta

(1) Hieron. (2) Apocal. 14.

aquí has hecho, te conoces por más merecedor de castigo. Porque muchas veces acontece (como dice S. Gregorio) que después de la culpa se hace más ferviente el alma que en el estado de la inocencia estaba más descuidada. Y pues Dios te guardó habiendo cometido tantos males, no hagas agora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el último error peor que el primero.

§ I

Y si me preguntares qué avisos ó qué medios tendré para poder mejor vencer este enemigo, á esto te respondo que primeramente debes presuponer que entre todas las batallas de los cristianos las más duras son las de la castidad, donde cada hora se da batalla, y pocas veces se alcanza victoria. Y sabe bien esto nuestro cruel adversario, que es más duro el combate de los deleites contra la continencia que el del dinero contra la pobreza: porque éste pelea de fuera, pero aquél hace guerra de dentro, y por eso es más peligroso, porque dificultosamente os podéis guardar del enemigo que tenéis dentro de casa, como es el deseo carnal, que procede de vuestros lomos. Por tanto, para reprimir esta carnal concupiscencia es necesario grande cuidado. Porque puesto que el enemigo pueda levantar contra ti alborotos, no es poderoso para vencerte, si tú no quieres ser vencido. Debajo de tu poder tienes tu apetito (1), y tú eres su señor, y en tu mano está de tu enemigo hacer tu siervo: porque con sólo no consentir con él, todo lo demás será para tu bien, y cuantas veces resistieres, tantas coronas recibirás.

Para lo cual primeramente te aviso que resistas á los principios de la tentación: porque si al principio no se rechaza, luego cresce y se fortalesce, y muchas veces tanto, que ya no se puede matar sino con grande dificultad. Porque como dice S. Gregorio, después que la golosina del deleite se apodera del corazón, ya no le deja pensar otra cosa. Por esto se debe resistir al principio, lanzando fuera los pensamientos carnales: porque así como la leña sostiene al fuego, así los pensamientos mantienen á los de-

(1) Genes. 4.

seos, los cuales, si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad, y si malos, el de la lujuria.

Después desto conviene guardar con diligencia todos los sentidos del cuerpo, mayormente los oídos y los ojos, de ver y oir cosas que le puedan causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente alguna cosa, y por sola la vista queda el corazón herido. Y porque el mirar desatentadamente á las mujeres ó inclina ó ablanda la constancia del que las mira, aconseja Salomón diciendo: No queráis traer los ojos por los cantones de la ciudad, ni por sus calles y plazas: aparta los ojos de la mujer lozana, y no mires su hermosura (1).

Guárdate también de estar solo con alguna mujer, porque como dice San Crisóstomo, entonces más comúnmente acomete el diablo á algunos y los tienta más gravemente, cuando los ve solos y apartados de otros: porque donde no se teme reprehensor, más osado llega el tentador. Por tanto nunca estés solo con mujer sin testigos: porque estar solo incita y convida á todos los males. Ni confíes en la virtud pasada, puesto que haya muchos días que vives casto, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susana porque la vieron muchas veces andar sola en su jardín.

Por esto huye de la compañía de las mujeres: porque verlas daña los corazones, oirlas los atrae, hablarles los inflama, tocarlas los estimula, y finalmente todo en ellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice San Gregorio: Los que dedicaron su cuerpo á la continencia, no se atrevan á morar con mujeres, porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, ninguno presuma que del todo tiene apagado el fuego del corazón. Por esto dice San Bernardo: Estar continuamente con mujer, y no conocerla, esto tengo en más que resuscitar muertos. Y pues tú no puedes lo que es menos, ¿cómo creeré de ti lo que es más?

Semejantemente huye de los presentitos, visitas, cartas de mujeres: porque todo esto es liga para prender los corazones con amor carnal, y soplos para encender el fuego del mal deseo, cuando la llama se va acabando. Y si amas alguna mujer honesta y sancta, ámala en tu alma, sin curar de visitarla mucho, acordándote que al morador del paraíso lanzó la mujer fuera de su posesión.

(1) Eccli. 9.

Ocupa tu corazón en escrituras y sanctas meditaciones, y tu cuerpo en buenas obras. Porque como dice S. Bernardo, los demonios mandan al alma ociosa malos pensamientos en que se ocupe, para que, aunque cese de obrar, no cese de pensar cosas malas.

Nunca oigas palabra deshonesta, y cuando la oyeres, recíbela con rostro triste, porque fácilmente se hace lo que de buena voluntad se oye.

Mucho más guarda tu lengua de cualquier palabra torpe, porque corrompen las buenas costumbres las pláticas malas (1). Y la palabra mala hiere súbitamente al alma, y lo que alegremente se dice, alegremente se pone por obra. La lengua descubre las aficiones del hombre, porque cual se muestra la plática, tal se descubre el corazón: que de lo que el corazón está lleno, habla la lengua (2).

Allende desto, conviene templarte en comer y beber, porque la castidad no puede estar segura sino con la abstinencia, y hinchéndose el vientre de mantenimiento, crescen los estímulos del mal deseo, y el estómago lleno de vino fácilmente se derrama en deleites, y dificultosamente dejan de hacer obras de carne los que abundantemente comen carne.

Huye también de todas las ocasiones: porque como dice Agustino, contra los ímpetus de la lujuria debes huir, si quieres alcanzar victoria: y no tengas por vergonzoso volver las espaldas, si quieres conservar la palma de la castidad. Más pide huída este vicio, dice Cipriano, que encuentro.

Cuando te aconteciere alguna tentación carnal, imagina en tu corazón que ya cumpliste tu deseo y te hartaste, y pasó ya la hora del deleite: porque no tiene más ser aquel deleite que el sueño de la noche pasada, y aún es más para despreciar: porque después de pasado deja llagada la consciencia con dolor, y si excusas de cometerlo, tendrás el alma pacífica y alegre.

En toda tentación, mayormente en ésta, pon ante los ojos de tu corazón al ángel de tu guarda y al demonio tu acusador, los cuales en verdad siempre te están mirando en todo lo que haces, y lo representan al mismo Juez que todo lo ve. Porque siendo esto así, ¿cómo te atreverás á hacer obra tan fea (que delante de

(1) 1 Cor. 15. (2) Matth 12, Luc. 16.

otro hombrecillo como tú no osarías hacer) teniendo delante á tu guardador, á tu acusador y á tu Juez? Pon también delante de tus ojos el espanto del juicio divino y la llama de los tormentos eternos: porque cualquier pena se sufre con temor de otra más grave, y como una cuña se saca con otra cuña, así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del fuego del infierno.

Sobre todos estos remedios el mayor es poner ante nuestros ojos, luego al punto que se levanta la tentación, la imagen lastimosa que Cristo tenía en la cruz, con todas aquellas heridas y llagas que estaban derramadas por todo su cuerpo, y acordarse que todo aquello padesció Él por destruir el pecado, y ver cuán indigna cosa es volver á cometer lo que Él destruyó con tan grande trabajo, y tratar de mimos de carne, habiendo Él tratado la suya con tanta aspereza. Y aquí debe el hombre clamar en lo íntimo de su corazón y pedir socorro y victoria á este Señor diciendo: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandum me festina* (1), haciendo muy de priesa la señal de la cruz encima del corazón. Esta devoción tenía un sancto religioso, y después de muerto y sepultado, á cabo de muchos días hallóse una cruz hecha como de marfil de los mismos huesos de sus pechos, cuyos brazos remataban cada uno en una flor de lis, para dar nuestro Señor á entender que la pureza de la castidad la alcanzara aquel santo varón por la virtud desta gloriosa señal. Y San Bernardo escribe que una monja de su tiempo tenía por devoción hacer muchas veces la señal de la cruz sobre su corazón, y después de muerta y sepultada, y comido ya el cuerpo de la tierra, aquel dedo con que ella hacía esta señal, estaba tan entero y tan sano como el día en que la enterraron.

(1) Psalm. 69.

CAPÍTULO XVII

DEL CUARTO PECADO CAPITAL, QUE ES LA ENVIDIA, Y DE SUS REMEDIOS

Envidia es tristeza del bien ajeno y pesar de la felicidad de los otros, conviene á saber, de los mayores, porque no se igualan con ellos, y de los menores, porque se igualan con ellos, y de los iguales porque compiten con ellos, como dice San Agustín. Las hijas que proceden desta mala raíz, son: odio, escarnio, detracción, alegría en las tristezas ajenas y tristeza en las prosperidades. Desta manera tuvo envidia Caín á Abel (1), Saúl á David (2), María á Moisés (3), los hijos de Jacob á su hermano Josef, y los Fariseos á Cristo, por la cual le procuraron la muerte: porque tal es esta bestia fiera, que á sus proprios hermanos no perdona. Éste es aquel pecado que el Señor condena diciendo: Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo (4): y deste son imitadores todos los que son de su parte, conviene á saber, los que tienen espíritu de envidia como él. Por lo cual nos amonesta el Apóstol diciendo: No seamos codiciosos de gloria, compitiendo unos con otros y teniendo envidia unos de otros (5).

Pues cuando este venenoso vicio acometiere tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos somos hermanos naturales, pues tenemos todos un común padre carnal, y somos también hermanos espirituales, pues tenemos un padre espiritual, que es Dios, y una madre espiritual, que es la Iglesia, y un hermano común de todos, que es Cristo. Somos también todos hermanos, porque somos llamados para una herencia de nuestro padre, que es el reino celestial, donde todos moraremos en una casa, y nos alegraremos no sólo de nuestros proprios bienes, sino también de los de todos: porque la caridad hará todos los bienes comunes. Pues si somos

(1) Genes. 4. (2) 1 Reg. 19. (3) Num. 12. (4) Sap. 2. (5) Gal. 5.

hermanos todos en el Señor, si juntamente herederos con Cristo, si miembros de un mismo cuerpo, si redimidos con una misma sangre, si tenemos una fe común y somos llamados á una misma gracia y gloria, razón será por cierto que un hermano quiera bien á otro, le desee bien, y le haga bien, y huelgue con su bien. Pues ¿cuánto más será contra razón alegrarse de sus adversidades y dolerse de sus prosperidades, que es proprio de la envidia?

Considera que los envidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que los hombres hacen, y de los soberanos y eternos bienes que alcanzan, no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen, porque ya ellos los perdieron irrevocablemente, mas porque los hombres levantados del polvo no suban al lugar de donde ellos cayeron. Desta manera los envidiosos (á manera de demonios) suelen tener envidia, no porque pretendan alcanzar la prosperidad de los otros, mas porque querrían que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues que puesto que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes envidia, tú tampoco los tuvieras, y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué á ti te pese de él tenerlos.

Considera que de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, con tanto que estés en gracia de Dios, y cuanto él más merece, tanto más aprovechas á ti mismo. Por donde sin razón tienes envidia á su virtud, antes debías holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes.

Considera cuánta miseria y desventura es que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor, como quier que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mismos bienes serían tuyos por razón de la caridad, y así gozarías de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

Considera que la envidia abrasa el corazón, seca las carnes, cansa el entendimiento, y no permite que el hombre viva bien ni alegremente. Porque es como el gusano que nasce en el madero, que lo primero que roe es el madero de donde nasce: y así la envidia (que nasce del corazón) lo primero que atormenta es el mismo corazón donde nasce. Y después que la ponzoña de la envidia tiene corrompido el corazón, aun en la amarillez del rostro que parece por de fuera, muestra cuán gravemente aflige al alma de

dentro. Porque ningún juez hay más riguroso que la misma envidia contra sí misma, la cual continuamente castiga á su autor y lo atormenta.

Considera cuán contrario sea á la caridad (que es Dios) y al bien común (que la largueza de Dios da á todos) tener continua envidia de los bienes ajenos y tener aborrecimiento de aquéllos á quien Dios crió, redimió y á quien está siempre haciendo bien: porque esto es estar siempre condenado y deshaciendo lo que Dios hace, á lo menos con la voluntad.

§ I

Y si quieres una muy cierta medicina contra este veneno, ama la humildad y aborrece la soberbia, que ésta es la madre desta peste. Porque el soberbio que no solamente no puede sufrir superior, mas ni igual, fácilmente tiene envidia de aquéllos que en alguna cosa ve aventajados, por parecerle que queda más bajo si ve á otro en más alto lugar. Aparta tu amor de todos los bienes deste mundo, y solamente ama la herencia celestial y los bienes espirituales, que no se hacen menores por ser muchos los que los poseen, antes para todos son unos mismos y para cada uno son todos, y tanto más se dilatan cuanto cresce el número de los que los reciben. Pero los bienes temporales tanto se diminuyen cuanto entre más poseedores se dividen. Y por esto la envidia atormenta al alma de quien los desea, porque recibiendo otro lo que él codicia, ó del todo se lo quita, ó al menos se lo diminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

La mejor manera que hay para vencer este vicio, es pedir á Dios que haga bien al mismo á quien tú tienes envidia, y procurar de darle contentamiento y aprovecharle en cuanto pudieres. Á ningún hombre por ningún caso aborrezcas: ama á tus amigos en Dios, y á tus enemigos por amor de Dios, el cual siendo tú primero su enemigo tanto te amó (1) que por rescatarte del poder de tus adversarios, puso su vida. Y por esto te amonesta por su

(1) Rom. 5.

misma persona diciendo: Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen (1). Y aunque el hombre sea malo, no hay más razón para aborrecerlo que la que tiene el médico para aborrecer al enfermo, en quien aborrece la enfermedad y ama la persona, que es amar lo que Dios hizo, y aborrecer lo que él hizo.

Nunca pienses en tu corazón diciendo: ¿qué tengo yo que ver con éste, ó en qué le estoy obligado? No lo conozco ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me perjudicó. Mas acuérdate solamente que sin ningún merecimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes, por lo cual te pide que en pago desto uses de liberalidad, no con Él (que no tiene necesidad de nuestros bienes) sino con el prójimo que Él te encomendó.

Las cosas prósperas ó adversas que á tus prójimos acontecen, siéntelas como si á ti mismo aconteciesen, alegrándote en las unas y entristeciéndote en las otras, y llorando con el que llora (2), considerando que otro tanto te puede á ti acontecer. Porque pues todos somos miembros de un mismo cuerpo, animados con un mismo espíritu, juntamente nos habemos de alegrar y entristecer, como si lo que á uno acontece, aconteciese á todos.

Brevemente, ésta es la suma de la caridad, que todo cuanto querrías que á ti se diese, quieras para tu hermano (3), y el mal que no querrías para ti, no lo quieras para él, y que todos sus provechos los tengas por tuyos, y por los pecados ajenos llores como lloraras por los tuyos.

---

(1) Matth. 5. (2) 1 Cor. 12. (3) Matth. 7.

CAPÍTULO XVIII

DEL QUINTO PECADO CAPITAL, QUE ES LA GULA, Y DE SUS REMEDIOS

Gula es apetito desordenado de comer y beber. Las hijas naturales deste vicio son: alegría sin propósito, parlería, truhanería, inmundicia, rudeza de los sentidos y del entendimiento. Deste vicio nos aparta Cristo diciendo: Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con el demasiado comer y beber y con los cuidados deste mundo (1). Y en otra parte amonesta la Escritura diciendo: Muchos murieron por el demasiado comer y beber: mas el que es abstinente, vivirá larga vida (2).

Pues cuando este feo vicio tentare tu corazón, podrás resistirle con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano (3). Y de aquí viene á ser ésta la primera batalla que te conviene vencer: porque cuanto menos la vencieres, tanto serán más terribles las de los otros vicios, y tú más flaco para resistirles. Por esto comienza por la gula, si quieres triunfar de las otras pasiones, que si ésta no vences primero, en balde trabajarás contra las otras. Porque entonces podrás subyugar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nascen dentro de ti mismo. Porque con su daño hace guerra á los extraños quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula (4), queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros pecados.

Considera la singular abstinencia de Cristo, que no sólo después del ayuno del desierto sino otras muchas veces también trató mal su carne y padeció hambre para nuestro esfuerzo y ejemplo. Pues si Aquél que mantiene todos los hombres, y por quien los pájaros que vuelan por el aire son sustentados, padeció por ti hambre, ¡cuánto más tú por ti mismo debes ayunar y padecerla! ¿Con qué razón y título te llamas cristiano, si teniendo Cristo

---

(1) Luc. 21. (2) Eccli. 37. (3) Genes. 3. (4) Matth. 4.

hambre, tú comes y bebes, y sufriendo Él hambre por tu salvación, tú no la quieras padecer por la tuya? Considera cuán amargo manjar dieron los cruelísimos judíos á este Señor en la cruz, cuando por el grande trabajo que había padecido, y por la mucha sangre que había derramado, tuvo grandísima sed, para cuyo remedio los perversísimos hombres le dieron hiel y vinagre (1). Si te acordases, oh cristiano, desta hiel, no dudo sino que te contentarías con el sabor de cualquier manjar, aunque fuese muy vil. Por lo cual dice San Bernardo: No hay manjar tan sin sabor, que no se haga sabroso si fuere mojado con la hiel y vinagre que en la cruz dieron á Cristo.

Considera también la abstinencia de muchos sanctos que apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todas sus pasiones y malos deseos, y pudieron con el favor de Cristo sustentarse muchos años con raíces de yerbas, y hacer abstinencias que parecen increíbles. Pues si éstos así imitaron á Cristo y por este camino fueron al cielo, ¿cómo quieres tú ir donde ellos fueron, con abundancia de manjares y regalos?

Considera que muchos hombres pobres tienen por grande deleite hartarse de pan y agua, y á veces no lo tienen: y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que te dió más que esto, habiendo tomado para sí hiel y vinagre.

Considera cuán indigna cosa es y cuán torpe que la boca con que recibes el sacratísimo cuerpo de Cristo, ó muchas veces, ó una siquiera al año, hagas instrumento de la gula y de todos los males que se siguen della, y que por una misma puerta por donde entra la vida, salga la muerte, y el manjar que te ha dado para que comiéndolo des gracias al Señor, lo conviertas en instrumento de maldad y de todo pecado.

Considera que el deleite de la gula escasamente se extiende por dos dedos de largo que tiene la lengua, y que es cosa muy fuera de razón que á tan pequeña parte del hombre y tan breve deleite no baste la tierra, el mar, el aire. Por esto se roban los pobres, por esto se hacen los insultos, para que el hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre lance á todo el hombre al infierno, y que todos los miembros y

(1) Joan. 19.

sentidos del cuerpo y del alma padezcan perpetuamente por la golosina de uno. Considera que cuanto más regalas el cuerpo, tanto más daño le haces, porque así á él como al alma llevas al eterno tormento, donde hay falta de todos los bienes, y sobran todos los males. No miras cuán desatinado juicio es el tuyo, que al cuerpo (al cual muy presto han de roer los gusanos en la sepultura) crías con manjares delicados, y dejas de cuidar al alma con buenas obras, que será luego presentada ante el tribunal de Dios: y si se hallare hambrienta de virtudes (por más que el vientre esté lleno de preciosos manjares) ella será echada en los infiernos: y siendo ella castigada no quedará el cuerpo sin castigo, porque así como por ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en ti es principal, y mimando lo que es de menos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu misma espada te degüellas. Porque la carne, que te fué dada por ayuda y compañera, haces que sea lazo de tu alma, la cual la acompañará en los tormentos como aquí la acompañó en los vicios.

Considera cuán presto pasa el deleite de la gula, cuán poco tiempo dura, y que después de pasado, es como si no fuese, y no deja después de sí sino gusanos que muerden la consciencia, y temor del eterno castigo, y finalmente por el sabor temporal lleva al alma á las amarguras eternas. Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta: el placer corto, y la pena infinita, como por el contrario resistiendo á la pasión tendrás una breve molestia, á la cual sucederá eterna corona. Porque ninguno puede gozar aquí con el mundo y allí con Cristo, ni poseer igualmente los bienes presentes y los por venir, ni hartar aquí el vientre y allí el alma, ni pasar de deleites á deleites. Mas quien amare los temporales, carecerá de los eternos, y quien preciare más los bienes corporales, perderá los espirituales, y quien amare más los bienes de la tierra, despídase de los bienes del cielo, según pareció en Lázaro, que en su vida tuvo trabajos y necesidades, y muriendo fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán, y el rico epulón vestido de seda y muy bien tratado, que cada día tenía banquetes, murió y fué sepultado en el infierno. Porque no pueden tener una misma despedida el hambre y la hartura, el deleite y la continencia: mas en la muerte sucede la miseria á los deleites, y los deleites á la miseria.

Considera cuánto mejor será, repartiendo los manjares superfluos á los pobres, hacer que te estén guardados para el eterno galardón, que recrearte con ellos agora para perdición de tu alma y de tu cuerpo. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados: ¿qué es agora lo que ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino por ventura continuo remordimiento de consciencia, que perpetuamente te aflija. ¿Ves cómo cuanto comiste demasiado, perdiste, y lo que no quisiste para ti, antes lo distribuiste á los pobres, eso tienes guardado y depositado en la ciudad celestial?

Considera que los manjares delicados y sabrosos sirven al cuerpo y no al espíritu, y engordan la carne, no el alma, deleitan el paladar y despiertan los malos deseos. Por lo cual dice San Ambrosio: El hambre es amiga de la virginidad y enemiga de la deshonestidad, la hartura destruidora de la castidad y sustentadora de la lujuria.

Considera también (como arriba tocamos) cuántos males andan en compañía de la gula Primeramente el comer demasiado y antes de tiempo estraga la complexión y sustenta menos el cuerpo, y cuanto el vientre más se extiende, tanto el entendimiento más se acorta, y se embota el ingenio: porque como dice el proverbio, vientre grueso no cría entendimiento delgado. Enflaquece también la vista de los ojos, y acarrea otras enfermedades, y muchas veces causa muerte temprana, conforme á aquello que dice un sabio: Más hombres mueren por la gula que por la espada.

§ I

Pues para que no seas enredado en este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfacción de sí misma, el deleite que debajo de su manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto más fácilmente engaña á los hombres, cuanto con más color de honesta necesidad cubre su apetito. Por esto es menester grande cautela y prudencia para refrenar el exceso del deleite y poner la sensualidad debajo del imperio de la razón. Pues si quieres que tu carne sirva y se sujete al alma, haz que tu alma sirva á Dios y esté sujeta á

la razón. Porque necesario es en todas las maneras que el alma sea regida por Dios para que pueda regir á la carne, como quier que por este orden somos maravillosamente informados que sobre la razón señoree Dios, y la razón sobre el alma, y el alma sobre el cuerpo. Pero el cuerpo resiste al imperio del alma, si ella no se somete al imperio de la razón, y si la razón no se conforma con la voluntad de Dios.

Cuando acometiere á tu alma la tentación de la gula, imagina en tu pensamiento que ya tuviste aquel placer del comer sabroso y que pasó ya aquella hora, pues el deleite del gusto es como sueño de la noche pasada, sino que es de mayor culpa y de menos estima, porque el deleite acabado deja triste la consciencia, y recusado déjala contenta y alegre, y el comer poco y templado es provechoso al alma y al cuerpo juntamente.

Aquí es de notar que como dice San Hierónimo, mucho mejor es comer cada día poco, que pasados muchos días de ayuno, comer después demasiado. Aquella agua es provechosa á la tierra, que á sus tiempos cae mansamente: mas la de tronada destruye las tierras.

Cuando comas, acuérdate que no vives para servir al vientre, mas que luego has de estudiar ó leer ó hacer otra buena obra, para la cual quedarás inhábil si mucho cargares el vientre. Y desta manera en cada manjar y cada vez que bebieres, medirás no lo que el deleite pide, sino lo que la necesidad requiere.

El hambre hase de vencer con cierto peso y medida, y con esto se sustenta el alma y se alarga la vida. Porque de Galeno se dice que vivió ciento y veinte años, porque nunca se levantó harto de la mesa. Donde no te persuadimos que te mates de hambre, mas que no sirvas á la gula más de lo que al uso de la vida conviene. Porque tu cuerpo (así como el animal) tiene necesidad de mantenimiento, porque no desfallezca, y de carga, que es la abstinencia, porque no acocee. Por lo cual dice San Bernardo: Á la carne conviene apretarla, no consumirla: apremiarla, no despedazarla: procurar que se humille y no se ensoberbezca, y que sirva y no hacer della señora.

No tomes más ayunos de los que puedes sufrir. Tus ayunos sean puros, castos, sencillos, templados y no supersticiosos. Huye del vino como de ponzoña, porque el vientre lleno de vino (en que está la lujuria) no te provoque y traiga á obras deshonestas. Por

esto el ardor del vino témplalo con agua. Conténtate con viandas vulgares y que fácilmente se guisen. Porque el mozo, cuyo estómago lleva cualquier vianda, ¿para qué quiere pasteles, perdices, capones, pepitorias, empanadas de jabalí, y otros platos de muchas formas, de que tienen mayor necesidad los cuerpos de los viejos y débiles? Porque si de mozo usas de tales mimos, ¿con qué recrearás la vejez, cuando tuvieres el estómago estragado y el apetito perdido?

CAPÍTULO XIX

DEL SEXTO PECADO CAPITAL, QUE ES IRA, Y DE SUS REMEDIOS

IRA es apetito desordenado de venganza contra aquél de quien el hombre se tiene por ofendido. Las víboras que nascen desta serpiente, son: peleas, injurias, clamores, indignaciones, blasfemias, odios y otras semejantes. Contra esta peste nos provee de medicina el Apóstol diciendo: Toda amargura de corazón, toda ira, y indignación, y clamor, y blasfemia, sea quitada de vosotros, y toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo (1). Y allende desto acordaos que no en balde dijo aquel supremo Juez en su Evangelio: Quienquiera que se airare contra su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio de Dios: y quien le dijere tonto ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno (2).

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazón, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que los animales brutos cada uno con los de su especie viven en compañía y concordia: los elefantes andan juntos con los elefantes, las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños, los pájaros vuelan en bandas, las grullas se revezan para velar de noche y andan en compañía: lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines y otros muchos animales. Pues el concierto y orden de las hormigas y de las abejas á todos es manifiesto. Entre las fieras cruelísimas hay común paz: la fiereza de los leones cesa con los de su género, el jabalí no acomete á otro jabalí, un lince no pelea con otro lince, un dragón no se ensaña con otro dragón: finalmente los mismos espíritus malignos, primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga y de común consentimiento conservan su tiranía: sólo los hombres (á

(1) Ephes. 4. (2) Matth. 5.

quien más convenía la conformidad de corazón y á quien fuera más necesaria) tienen entre sí entrañables odios y disensiones, que es cosa mucho para llorar.

Considera también que la naturaleza dió á todos los animales armas para hacer mal á otros y para vengarse, como al caballo pies, al toro cuernos, al jabalí dientes, á las abejas aguijón, á las aves los picos y uñas: tanto que hasta á las pulgas dió habilidad para morder. Pero á ti, hombre, porque te crió para mansedumbre y paciencia, crió desarmado y desnudo, para que ni aun tuvieses con qué resistir ni hacer mal. Pues considera cuánto es contra tu naturaleza vengarte de otro y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de ti, pues que las fieras (aun cuando se ensoberbecen) solamente resisten y vengan sus injurias con las armas que la naturaleza les dió.

Mira también por la necesidad que tienes de que Dios te perdone: porque si perdonares la injuria ó el daño á quien te hace mal, perdonarte ha Dios las ofensas que tú le hiciste: y ningún camino hay más aparejado para volver á la gracia de Dios, que reconciliarte con tu hermano perdonándole las ofensas. Perdona, hombre, las culpas leves que otro hombre cometió contra ti (porque muy poco es todo lo que un hombre puede hacer contra otro) para que te perdone Dios millares de grandes ofensas que tú cometiste contra Él.

Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazón embravecido, ¿cómo no te acuerdas cuánto más duro fué lo que Cristo hijo de Dios padeció por ti? ¿Quién eras tú cuando por ti derramó su preciosa sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras con cuánta mansedumbre te sufre, pecando tú cada día, y cómo misericordiosamente te recibe cuando á Él te vuelves? Dirás que no merece tu enemigo perdón. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdone? Quieres que Dios use contigo de misericordia, y ¿tú quieres usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo es indigno de perdón, tú eres digno de perdonar, y Cristo es dignísimo por quien perdones.

Considera que todo el tiempo que estás en odio, no puedes ofrecer á Dios sacrificio ni servicio que le sea agradable. Por lo cual dice el Señor: Si ofrecieres tu ofrenda en el altar, y allí te acordares que tu prójimo se tiene por ofendido de ti, ve primero

y reconcíliate con tu hermano, y entonces vuelve y ofrece tu ofrenda (1). De donde puedes claramente entender cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura, no quiere Dios recibir los servicios que se le deben. Porque siendo así que muchos males se deshacen con otros bienes, por cierto grande mal es la discordia, pues en cuanto ella dura, no se puede hacer cosa que agrade á Dios. Por donde dice S. Gregorio: Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos mansamente los males que padecemos.

Considera también á quién tienes por enemigo: porque forzadamente ha de ser justo ó injusto. Si es justo, por cierto cosa es mucho para tener lástima que quieras mal á un justo y que seas enemigo de quien Dios es amigo. Mas si es injusto, no menos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con maldad propria, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar las injurias tuyas y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las disensiones? Porque con esto crecen cada día más las injurias, y endurécense más los corazones, y así nunca tienen fin los males. Mas por el contrario muchas veces con la mansedumbre se ablanda y se conoce aun aquél que hizo la injuria, y volviendo en sí, de enemigo se hace amigo fidelísimo. Y si aun desta manera no pudieres aplacar su corazón, al menos sosegarás el tuyo.

Considera que bastan á cada día los trabajos que en él acontecen, y tantos y tan grandes desastres como la misma vida trae consigo. Por lo cual es grande desatino que teniendo de tantas partes y por tantas causas mil inquietudes, que no puedes excusar, quieras de tu voluntad tomar otras que pudieras dejar si quisieras.

Mira también que queriendo volver mal por mal y no queriendo consentir que seas vencido en cosa alguna, entonces serás mucho más vencido, siendo acoceado de la ira y no pudiendo enseñorear tu mismo corazón, el cual si pudieses sujetar, serías más fuerte que el que por armas tomase una ciudad: porque menor victoria es subyugar las ciudades que fuera de ti están, que vencer tu mismo corazón y ponerte á ti mismo leyes, y refrenar y constreñir la bravísima fiera de la ira que dentro de ti está (2).

(1) Math. 5. (2) Summum imperium vincere seipsum. Séneca.

Considera que si no quisieras refrenar y reprimir tus pasiones, levantarse ha la furia de la ira, y hacerte ha hacer cosas de que después te pese haberlas hecho. Y lo que peor es, que escasamente podrás entender la graveza del pecado cometido: porque al airado cualquier venganza le parece justa, y engáñase creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia: y desta manera se multiplican los pecados con color de virtud.

Allende desto, ¿cuánto padeces respecto de la futura gloria que esperas? Cierto no son iguales los trabajos deste mundo á la gloria que en nos será revelada (1). Porque tanta es la hermosura de la justicia, tanta la alegría de la luz eterna, que aunque no pudiésemos gozar della más que por una hora, se debía con justa razón despreciar por ella cualquier contentamiento que pudiésemos tener en esta vida.

Considera también que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas por el contrario lo purifican con el dolor: en aquéllas se levanta el corazón, en éstas, aunque esté levantado, se humilla: en aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas (aunque no quiera) forzadamente se acuerda de sí. Por aquéllas muchas veces los bienes obrados se pierden, por éstas las culpas cometidas en muchos años se alimpian, y el alma se conserva para que no caya en otras.

Considera que las almas de los escogidos tanto más se alegran con la bienaventuranza interior que poseen, cuanto más graves tribulaciones padecen en esta vida, y viendo por experiencia que que de todo lo criado no pueden coger otro fruto sino tristezas, entienden que solo Dios es su alegría. Y así entendiendo serles amargas todas las variedades y infortunios del mundo, comienzan á sentir la suavidad del reposo interior.

Considera que Dios conociendo antes que habrían de pecar, azótalos con enfermedades de cuerpo porque no pequen: á los cuales es más provechoso ser así quebrantados con la dolencia, que perseverar sanos en su malicia. Porque mejor es entrar en la vida eterna cojo ó manco, que teniendo ambas las manos y ambos los pies (2), ser echado en el fuego del infierno.

Mira también que nuestro misericordioso Dios no se deleita en nuestros tormentos, mas cura nuestras enfermedades con medici-

(1) Rom. 8. (2) Matth. 18.

nas contrarias, para que los que adolecemos con deleites, con amarguras y dolores convalezcamos, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, apartándonos aun de las lícitas nos levantemos.

Considera que por eso la divina bondad se enoja en este mundo, porque no se enoje en el otro, y que agora misericordiosamente usa de rigor, para que después no tome justa venganza. Porque grande ira del Señor es (como dice S. Hierónimo) no airarse contra los pecadores: y quien aquí no quiere ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por tanto, Señor, aquí me quema las llagas, aquí me las cauteriza, para que en el otro mundo me perdones.

Considera con cuánta diligencia mira por ti el Criador de todas las cosas, pues no te suelta la rienda para cumplir tus deseos. Porque si la Divina Providencia no determinara salvarte, no te tuviera en su escuela y debajo de su corrección. Como quier que los médicos fácilmente conceden todo lo que desean aquéllos de cuya salud desconfían: mas aquél que esperan que sanará, pónenle dieta y mándanle que se refrene de malas cosas. Y los padres vemos que á sus hijos mozos quitan el dinero con que juegan y se pierden, á los cuales después dejan toda su hacienda. Mira tambien cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestro Redemptor de los mismos á quien había criado, cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro á los gargajos de los que le escupían, cuán mansamente dejó clavar su cabeza de espinas, cuán de buena voluntad recibió por remedio de su sed hiel y vinagre, con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio, cuán fervientemente corrió hasta la muerte por librarte de la muerte eterna. Pues no te debe parecer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que Él quisiere darte por tus pecados, pues Él tantos azotes recibió por los tuyos, ni quiso salir desta vida sin azotes, viniendo á ella sin pecados. Porque así convenía que Cristo padeciese para que entrase en su gloria (1), con el cual ninguno reinará en el cielo sino quien fuere con Él aflicto en el mundo, ni será allí alguien coronado sino quien acá hubiere fielmente peleado (2). Pues ¿cómo podrá el hombre pelear si no tiene con quien combatir? ¿Qué tendrás que ver con la victoria, si nunca entraste en la batalla? ¿Y cómo puede haber victo-

(1) Lucæ 24. (2) 2 Tim. 2.

ria si nunca hubo pelea? Por lo cual mucho mejor es que sufras los males presentes con paciencia, porque te aprovechen para perdón de la pena y para acrecentamiento de la gloria, que sufrirlos impacientemente sin esperanza de fructo, pues que quieras ó no quieras, los has de sufrir, porque así lo quiere el Señor Dios, y necesariamente se ha de hacer su voluntad.

§ I

Y para que mejor puedas vencer este vicio, el mejor remedio es trabajar cuanto pudieres por arrancar de tu alma la mala raíz del amor de ti mismo y de los tuyos: porque de otra manera fácilmente te encenderás con ira, siendo tú ó los tuyos tocados con cualquier leve palabra.

Allende desto, cuanto te hallares naturalmente más inclinado á ira, tanto con más diligencia te apercibirás á paciencia pensando de antes las palabras ó obras que pueden suceder en cualquier negocio: porque las saetas que de lejos se ven, menos hieren. Para esto ten en tu corazón determinado y concluído que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas ó hagas, ni te creas cosa alguna estando airado, mas ten por sospechoso todo aquello que te amonestare tu corazón turbado, puesto que parezca ser razón. Dilata la ejecución hasta que se abaje la cólera, ó reza devotamente una ó más veces la oración del Pater noster, ó otra semejante.

Cuando alguien te injuriare de palabra, mira que no vuelvas afrenta por afrenta ni mal por mal (1), si quieres que no te señoree la ira, la cual comúnmente acostumbra encenderse más y más con el exceso de palabras. Porque queriendo cada uno vengar su injuria y resistir por fuerza á quien le hace fuerza, de una parte y de otra crecen las enemistades, agrávase más el dolor, y finalmente con trabajo se halla fin á las injurias. Pues por esto no salga de tu boca palabra mala y apártese de ti toda deshonra, ira y indignación, y contra el ímpetu de las injurias que te dicen, toma armas de paciencia y no de furor. Y siendo tú ofendido de otro, fácilmente le perdonarás, si atiendes que te perdonó y te reconci-

(1) 1 Petr. 3.

lió consigo Aquél que deshizo todos tus pecados y te llamó para la vida eterna. Y sábete que hasta que á esta vida llegues, no podrás perseverar sin algún pecado: por tanto, alegremente recibe tan provechosa condición con que Dios se concierte contigo que si perdonares los pecados ajenos, perdonará los tuyos.

También es muy bien consejo, cuando estuvieres enfadado, ocuparte en otros negocios, porque distraído del enfado, poco á poco se apague la llama.

Cuando de fuera sufrieres pacientemente algún agravio, guárdate que no encierres el furor y ira dentro de tu corazón: porque desta manera pecando tú cuando los hombres no lo ven, sino solo Dios que conoce los corazones (1), tanto mayor será tu pecado cuanto á la vista de los hombres tiene más color de virtud. Si tuvieres sufrimiento al tiempo que recibes la injuria, guarda en todas las maneras la inocencia de tu corazón, para que cuando te acordares de lo que sufriste, no te pese de haberlo sufrido, y entonces busques la venganza y conviertas en malicia la mansedumbre que primero tuviste.

Procura de amar á quien de necesidad has de sufrir: porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por de fuera, se hace culpa de rencor. Por lo cual diciendo S. Pablo, la caridad es paciente, luego añade, es benigna. Donde muestra que la verdadera caridad no cesa de amar benignamente á los que sufre pacientemente.

Algunas veces, según el tiempo y lugar en que te hallares, será bien que huyas la persecución ó cualquier adversidad, otras veces que la esperes y constantemente la sufras.

Ten por materia de grande placer caer en diversas tribulaciones. Porque la tribulación para muchas cosas nos es necesaria, la cual después se muda en alegría. En los días trabajosos acuérdate de los días prósperos, porque no desmayes, y en los prósperos acuérdate de los trabajosos y tristes (2), porque no te ensoberbezcas. Porque necesario es que como los amadores del mundo padecen muchos desastres, así también los siervos de Dios no alcancen todo lo que desean, mayormente porque á los tales muchas veces niega Dios las cosas terrenas que desean, por concederles las eternas que mucho más aman.

---

(1) 1 Reg. 16. (2) Eccli. 11.

También es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano: porque si te apartares del airado en el ardor de su ira, darle has lugar para que se desenfade, ó al menos responda blanda y amigablemente á quien contra ti está enfadado: porque la respuesta blanda quebranta la ira (1). Y si todavía no diere en su corazón lugar á paz, consérvela el tuyo sin turbación, y aunque él te la niegue, no por eso has de desampararla. Proprio es del hombre cristiano airarse contra los vicios y no contra los hombres, y desta manera acontecerá muchas veces que de un enemigo harás un certísimo amigo. Serás pacífico aun con los enemigos de la paz, procurando emendarlos, mas no concordando con ellos en su malicia, para que dado que no quieran seguir tus consejos, al menos no tengan causa para justamente quejarse.

Queriendo amansar al bravo, no te enciendas tú con braveza, porque no levantes más la llama de su furor en lugar de apagarla: mas entonces debes mostrar cuanta mansedumbre hubiere en tu corazón.

(1) Prov. 16.

CAPÍTULO XX

DEL SÉPTIMO PECADO CAPITAL, QUE ES ACCIDIA Ó PEREZA, Y DE SUS REMEDIOS

ACCIDIA es una flojera ó caimiento del espíritu para bien obrar, y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. Deste vicio nascen otros muchos, conviene á saber, malicia, rencor, pusilanimidad, desconfianza, pesadumbre para cumplir los mandamientos divinos, derramamiento del corazón en cosas vanas. El peligro deste pecado se conoce por aquellas palabras que Cristo dice: Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado en el fuego (1). Y en otra parte exhortándonos á cuidado y diligencia (que es contraria á este vicio) dice: Atended, vigilad y orad, porque no sabéis cuándo seréis llamados (2).

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazón, puedes pelear con él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por ti desde el día que comenzó á hacer y enseñar hasta el fin de su vida: cuando pasaba las noches sin sueño orando al Padre, cuando discurría de una región en otra predicando á los hombres, cuando se ocupaba en las cosas que su Padre le tenía encomendadas, cuando muy á menudo enseñaba en el templo, y en conclusión, cuando en el tiempo de su pasión llevó sobre sus sacratísimos hombros cansados de muchos trabajos aquel cumplido y largo madero de la cruz. Pues si el Señor por tu salud tanto trabajó, ¿cuánto has tú de trabajar por la tuya propria? Por quitarte los pecados padeció aquel tan tierno Cordero de Dios tantos y tan grandes trabajos: y ¿tú no quieres aun sufrir los pequeños? Acuérdate que está escrito por el Profeta: Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios perezosa y negligentemente (3).

Considera después desto cuántos trabajos sufrieron los Após-

(1) Matth. 3. (2) Matth. 24. (3) Hier. 48.

toles, cuando fueron por todo el mundo predicando, cuántos padecieron los mártires, cuántos los confesores, cuántos las vírgines y finalmente todos los sanctos que agora reinan con Dios, por cuya doctrina y sudores la fe católica y Iglesia se dilató hasta el día de hoy.

Considera que ninguna de todas las cosas criadas está ociosa: porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios, dando voces y diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Señor Dios de Sabaot (1). El sol, y la luna, y el cuerpo del cielo que se llama firmamento, cada día dan una vuelta á todo el mundo. Las yerbas y los árboles, de una pequeña planta van creciendo hasta su alta estatura. Las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se mantengan en el invierno. Las abejas hacen su miel y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos: y lo mismo hallarás en todos los otros géneros de animales. Pues ¿cómo no has vergüenza (siendo tú hombre capaz de razón) tener pereza, la cual aborrecen todas las criaturas irracionales por instinto de naturaleza?

Item, si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para ajuntar las riquezas inciertas y que no les duran siempre (las cuales, después de ganadas, con muchos peligros han de guardar) ¿qué conviene hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos y que sin fin durarán?

Considera que así como las riquezas desta vida se adquieren con suma diligencia y con no perder ganancia alguna, por pequeña que sea, así también se adquieren las riquezas espirituales, y por esto ninguna obra buena, por baja que sea, se ha de tener en poco: porque si desprecias las tales, poco á poco irás perdiendo el caudal, y por el contrario, si con diligencia procurares todo género de buenas obras, presto ajuntarás grande tesoro.

Mira también que si no quieres obrar bien cuando tienes fuerzas, por ventura que no las tendrás cuando quisieres bien obrar. Y muchas veces la ocasión de bien obrar pasa de corrida: por eso hase de tomar cuando ocurre. El tiempo de la vida que vives, es breve y lleno de mil estorbos: pues cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no hayas pereza, porque vendrá la noche, en la cual no podrá ninguno obrar.

---

(1) Esai. 6.

Considera que tus gravísimos pecados piden gravísima penitencia y grande fervor de devoción para poder satisfacer por ellos. Tres veces negó S. Pedro (1), y en todos los días de su vida lloró aquel pecado, puesto que Dios ya se lo tenía perdonado. María Magdalena hasta el último día de su vida lloró los pecados que tenía cometidos, puesto que Cristo ya se los tenía perdonados, porque lo amara mucho (2). Y por abreviar dejo de referir otros que acabaron la penitencia con la vida, de los cuales muchos tenían más leves pecados que los tuyos. Pues tú, que cada día pecas y acrecientas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para deshacerlos? Ciertamente grande satisfacción se requiere por aquellos pecados para que está aparejado el fuego eterno. Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia (que es el desta vida) trabaja por hacer fructos dignos de penitencia, para que con trabajos temporales redimas los eternos. Y puesto que nuestras obras en cuanto se hacen parezcan bajas, todavía son de alto merecimiento, porque en el trabajo son temporales y en el premio eternas: breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual en ninguna manera consintamos que este espacio de gracia y de merecer se nos pase sin alguna obra meritoria, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varón que todas las veces que oía el reloj, decía: Oh Señor Dios mío, ya es pasada otra hora de las que Vos tenéis contadas para mi vida, y de que os he de dar cuenta en qué la gasté. Como en la verdad ningún momento de vida nos da Dios, de que no hayamos de dar razón en qué lo gastamos, en el juicio final.

Considera que el amor de Dios nunca está ocioso, antes obra grandes cosas, si es verdadero amor, y en dejando de obrar, deja de ser amor. Por donde dice S. Hierónimo: Á los que aman, ningún trabajo es duro: á los que desean, ninguna obra es dificultosa. Amemos á Cristo y deseemos sus abrazos, y hallaremos ser fácil todo lo que nos parece ser dificultoso, y tendremos por breve lo que nos parece muy largo. Y si padecemos tribulaciones, por muchas tribulaciones conviene que entremos en el reino de Dios: porque no será coronado sino aquél que varonilmente peleare (3). Y si te parece que asaz merecimiento tienes adquirido en el tiempo pasado, y por eso aflojas poco á poco el rigor que de antes tenías,

(1) Matth. 26. (2) Luc. 7. (3) Act. 14; Judith 3; 2 Tim. 2.

acuérdate de lo que está escrito: No se salvará el que comenzare, sino el que perseverare hasta el fin. Porque sin la perseverancia, ni la obra es buena, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve ha la gracia de su Señor, ni la pena, por grande que sea, alcanza corona. Por donde Cristo dice á su Padre: Padre, ya acabé la obra que me encomendaste (1). Por lo cual no concedió á los judíos lo que le pedían, que descendiese de la cruz (donde obrara nuestra salvación) por no dejar imperfecta la obra de nuestra redempción. Por tanto si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con mucha diligencia en nuestra salvación hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia, no cesemos de llevar nuestra cruz en pos de Cristo, mas perseveremos como Él perseveró, confiando que Él mismo hará perfecta la obra buena que en nos comenzó, y quien nos dió la primera buena voluntad, nos dará el cumplimiento de la virtud. De otra manera ¿qué aprovechará tener navegado muy largo y próspero viaje, y por último perderse en el puerto?

Y no te ha de espantar la dificultad de los trabajos y peleas: porque Dios que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, mira tus combates, socórrete cuando desfalleces, y corónate cuando vences.

Y si te cansa el trabajo que padeces en pelear y adquirir las virtudes, éste será buen remedio. No compares el trabajo de la virtud con el deleite del pecado, mas la tristeza que agora sientes en la virtud, compárala con la tristeza que tendrás después del pecado, y el placer que puedes tener en la hora de la culpa con el alegría que tendrás después en la gloria y con el reposo de la buena consciencia que se sigue después de la victoria, y luego verás cuán mal juzgan y cuánto se engañan muchos comparando la amargura de la virtud con el deleite del pecado, no atendiendo á lo que se sigue después del uno y del otro.

Contra los combates de las tentaciones escúdate con la señal de la cruz, ó con alguna oración, ó con alguna sentencia de la Sagrada Escritura. Y después que vencieres, todavía te has de haber de tal manera como si luego hubiese de sonar la trompeta para otra batalla, y espera seguro ó (para mejor decir) temeroso, que

(1) Joan. 17.

presto se levantará: porque ni el mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y allende desto, el que comience á seguir la vida de penitencia, es más fuertemente tentado del enemigo, el cual no se precia de tentar á los que posee como pacífico señorío. Así que en todo tiempo has de vigilar y siempre estar abierto y armado, en cuanto estuvieres en esta frontera, y si alguna vez sintieres (lo que Dios no quiera) tu alma herida con llaga de pecado mortal, guárdate de luego cruzarte de brazos arrojando el escudo y la espada en el suelo y entregándote á los enemigos. Mas puesto que cayas en pecado, no desesperes, sino imita á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos y el dolor de las heridas no solamente no los hace huir, mas antes los incita á pelear. Desta manera procura tú de tomar de priesa nuevo esfuerzo y tomar con más fervor la pelea, y luego verás huir aquéllos de quien tú querías huir, y perseguirás á los que te perseguían. Y si por ventura (como acontece en las batallas) otra vez fueres herido y cayeres, ni aun entonces desconfíes afrentado de haber caído, mas acuérdate que ésta es la condición de los que pelean varonilmente, no que nunca sean heridos, sino que nunca se rindan á sus enemigos. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido, sino el que siendo herido perdió las armas y el corazón. En siendo herido, luego procura de curar la llaga: porque más fácilmente curarás una llaga que muchas, y más ligeramente curarás la fresca que la que ya está afistolada.

Siendo tentado para hacer alguna obra mala, no sólo no consientas con la tentación, mas antes de la misma tentación saca ocasión de virtud, y con tu diligencia y con la gracia de Dios no serás peor por la tentación sino mejor, y así todo vendrá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria ó de gula, quita un poco de los regalos que de antes tenías, aunque sean lícitos, y acrescienta más á los sanctos y piadosos ejercicios que acostumbrabas. Si eres combatido de escaseza y avaricia, acrecienta las limosnas acostumbradas. Si eres estimulado de la vanagloria, tanto más te humilla en todo y por todo. Desta manera por ventura temerá el demonio tentarte de ahí en adelante, por no te ser ocasión de buenas obras: el cual siempre desea que las hagas malas. Mira que ningún vicio tengas por leve, aunque sea venial; porque el pecado venial, puesto que no mate al alma, todavía la aparta del fervor de la

devoción, y hace al hombre pesado y tibio para el bien, y escurece el entendimiento para conocer á Dios, y poco á poco de pequeños pecados se acostumbra á pasar á grandes. Así que has de aborrecer y huir de todos los pecados así veniales como mortales. Y si aun no puedes del todo deshacer todos los pecados y arrancarlos de raíz, al menos corta cada día alguna rama del tronco vicioso y acrescienta alguna cosa á las buenas costumbres. Guárdate de pensar que serás perfectamente justo con solamente no hacer mal: mas conviene que quieras hacer ó hagas bien. Porque el Profeta que dice, apártate del mal, luego añadió, y haz bien (1). Por tanto puesta la diligencia debida para desarraigar los vicios, no menor industria se requiere para plantar las virtudes. Nunca estés tan ocioso que en la ociosidad no entiendas en algún provecho del prójimo, ni tan ocupado que no procures en la misma ocupación levantar tu corazón á Dios.

§ I

Estos son los principales remedios que tenemos contra estas siete pestes y cabezas de todos los vicios: y si quieres uno solo que valga por todos éstos y que te sea un escudo general contra todos los pecados, pon los ojos en Cristo crucificado, y ahí hallarás universal remedio. Cuando los hijos de Israel heridos de Dios en el desierto con infinitas serpientes ponzoñosas, cuyas mordeduras súbitamente mataban, por ruegos de Moisés les fué dado este remedio: hicieron una serpiente de cobre y pusiéronla sobre un madero para que la viesen todos los que de las serpientes eran heridos, cuya vista los libraba de la ponzoña y llagas que habían recibido (2). En figura de lo cual se nos enseña que si queremos ser libres de los dientes del pecado y sojuzgar las proprias pasiones y vencer las tentaciones del enemigo, habemos muy atentos de contemplar á Cristo crucificado, por cuya vista seremos sanos de todas nuestras pasiones. El cual es figurado por la serpiente sin ponzoña, porque fué crucificado como ladrón siendo inocente (3), y Él tiene poder para librar á todos los que de la ser-

(1) Psalm. 33. (2) Num. 25. (3) Joan. 3.

piente infernal son emponzoñados. Y discurriendo por cada un vicio por el mismo orden que arriba escribimos, si tú eres tentado del vicio de la gula, mira atentamente á Cristo puesto en la cruz en estrechísima angustia y necesidad, no digo de sabrosos manjares ni de preciosos vinos, mas de un jarro de agua fría: y en lugar désta le dieron á beber hiel y vinagre. Si esto pensares, no puede ser que no te corras de tu hartura y abundancia, por la cual tu criador sufrió tal sed, y de mimar tu corruptible carne, pues el Hijo de Dios tuvo descoyuntada su inocentísima carne en la asperísima cruz.

En el mismo acatamiento vencerás la lujuria viendo que tus miembros ya no son tuyos sino de Cristo, que con tan caro precio los compró, y de miembros de pecados los hizo templo del Espíritu Sancto (1). Por cierto ¿será muy bien quitar los miembros de Cristo, y hacerlos miembros de mala mujer, y cubrir de cieno tan preciosísimas perlas?

La avaricia, puesto que sea desconfiada, mirando para Cristo sanará. Porque con su ejemplo te enseña á dejar el amor de las cosas superfluas, faltándole á Él aun las necesarias. Y ciertamente Él es Dios de las riquezas. Él es tan liberal que da la vida propria: y tú no has vergüenza de enriquecer con la pobreza de los otros engañando á tu prójimo. ¡Oh cuán mal conviene al siervo ser solícito por la hacienda, la cual del todo desprecia el Señor! ¿Y qué quieres tú hacer con el tesoro de la tierra, pues con su sangre te dió Dios el tesoro del cielo?

Si eres colérico y iracundo y por cualquier cosa dices palabras injuriosas, ruégote que mires al Hijo de Dios entre tantas injurias tan injustamente sufridas no de hombres extraños, mas de los mismos suyos, á los cuales tenía hecho muchas mercedes, y se las hacía al mismo tiempo en que dellos era injuriado. Óyele, ruégote, aquellas dulces palabras cuando sus llagas aún destilaban sangre: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen (2). Y ciertamente no le queda un miembro sano sino sola la lengua, y aun esa seca y abrasada con la sed. ¡Oh cuán ligeramente sufrirías las injurias por tal ejemplo y volverías bien por mal como Él hizo, si de verdad lo imprimieses en tu corazón!

Si quieres sosegar el espíritu de la tristeza, perfectamente

---

(1) 1 Cor. 6. (2) Lucæ, 23.

contempla á Cristo crucificado, el cual quejándose del Padre como si desesperara de su ayuda, dijo: Padre mío, ¿por qué me desamparaste? Mas para mostrar que aquella desesperación era llena de esperanza, dijo luego (1): Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Cuánta confianza recibe el alma con tal consideración, por la cual sintiéndose desmayada recobra dobladas fuerzas, y cayendo se hace más fuerte! ¿Y cómo podrás tú dejarte vencer de la tristeza, mirando muchas veces aquella fresca sangre que por ti se derramó? Si por ti mismo desesperas poder vencer á ti mismo, con aquella sangre podrás más de lo que puedes, y las cosas imposibles te serán fáciles. Si recelas de poder alcanzar alguna gracia, considera la sangre de Cristo y conoce que quien á sí mismo se te dió, aparejado está para darte cualquier cosa.

Si la serpiente de la pereza te da á beber lo que te hace perezoso, y hace con que duermas en los mimos de la carne, levanta los ojos al Crucifijo y mira que no tiene dónde recline su cabeza y sostenga tan grave y áspera muerte por ti. Pues ¿cómo piensas tú viviendo en continuo ocio vencer al demonio, si el Hijo de Dios con tanto trabajo y dolor lo venció?

Cierto si en Él pusieres los ojos, avergonzarte has de ser flojo y de llevar adelante tu flaqueza de corazón so color de esperanza de la divina clemencia, no curando de crescer cada día, habiendo tu Señor procurado tu salvación sin perdonar á trabajo alguno, nunca cansando hasta dar el espíritu á su Padre. En el cual tiempo aún estaba su espíritu prompto para padescer, si la carne pudiera más llevar. ¿Y cómo podrás consentir pereza en tus miembros comprados con tan grande precio y tantas angustias? ¿Cómo podrás desenfadarte con juegos y pasatiempos, y tomar gusto en murmuraciones y infamias de las vidas de tus prójimos delante de la cruz llena de amor y de cuidados de tu salvación?

Finalmente como la soberbia es malvada sobre todos los otros vicios, así será acosada más eficazmente con la continua presencia de la cruz con todas sus ramas, y arrancada del corazón hasta la última raíz. Pues si te sientes conquistado de la vanagloria, contempla la persona de tu amorosísimo Señor, no adornado de vestidos ricos, mas desnudo y toda su carne rasgada de heridas:

(1) Math. 27.

no resplandeciendo sus manos con anillos y piedras preciosas, antes traspasadas con agudos clavos: no rodeada su cabeza con corona de hermosas y olorosas flores, mas coronada de durísimas espinas: no cercado el cuello con collar y joyas de oro, sino de cardenales y heridas de los nudos de la cuerda con que fué atado. Sus delicados miembros no huelen á ámbar, mas á asquerosas salivas. Ea pues, contempla un poco su rostro denegrido, sus ojos lacrimosos, su frente ensangrentada, su faz sumida, su cabeza inclinada, sus brazos extendidos, su pecho abierto, sus pies rasgados. Mira que por todas partes te predica humildad, oh mortal soberbio.

Si con este espectáculo no quedas humilde, más duro eres por cierto que las piedras, pues hasta las piedras se despedazaron. Si con esto no resucitas, más muerto eres que los muertos, pues que los muertos en aquel tiempo salieron de sus sepulcros. Si no tiembla tu corazón con esta vista, más inmoble eres que la tierra, la cual entonces tembló, y más duro que el centurión, que viéndolo, se volvió y dijo: Verdaderamente éste era Hijo de Dios (1), y más que el pueblo que alrededor estaba, el cual viendo las señales que en su muerte se hacían, con espanto herían sus pechos. Oh hombre, si el Hijo de Dios así se humilla, tú ¿por qué quieres ser altivo? Si Él es pacífico, ¿por qué quieres tú ser fiero? Abate, mezquino, tu soberbia y escoge por su ejemplo el último lugar, y aun estate seguro que no podrás abajarte tanto como el Señor que te crió. Confúndete, vilísima criatura, de no imitar á Cristo por ti crucificado. Si nasciste esclavo, ¿por qué te hinchas? Si eres noble, ¿por qué no sigues la condición de Aquél que es sobre toda alteza ilustrísimo, y bello sobre toda belleza? Si codicias gloria, ¿qué mayor gloria que parecerte al Dios de la gloria? Si deseas sciencia, sábete que ésta es la verdadera y única filosofía.

Si yo hallase un alma cualquiera que supiese bien leer en este libro del Crucificado, verle hía tan humilde, que no solamente se estimaría ser la mayor de los pecadores, mas representársele hía que era merecedor de la pena de todos los pecados pasados, presentes y futuros. Lo cual muchos tendrían por imposible, no penetrando la virtud del Crucificado. Y puesto que el Señor tenga reservada esta doctrina entre otros secretos que tiene escondidos,

(1) Matth. 27.

todavía diré della una palabra que siento. Habiendo Cristo por cada uno de nos sufrido toda su pasión, la cual es de precio infinito, cada uno de nos puede llamarse con verdad causa de su muerte, y que su pecado es de inmensa graveza y de tanta ponzoña, que un solo pecado mortal sería bastante á producir muchos males y destruir todo el mundo. Y esto baste para este propósito: si más cumplidamente quieres ser enseñado, lee la escritura del Crucifijo. El cual si te diere victoria de ti mismo, entonces serás triunfador, y serlo has si continuamente meditares en su pasión y fueres como San Pablo enclavado con Él en la cruz.

CAPÍTULO XXI

DE LOS PECADOS CONTRA EL ESPÍRITU SANCTO

Dicho ya de los siete pecados capitales, digamos de los pecados contra el Espíritu Sancto, que es otro género de pecados gravísimos, pues dellos dice Cristo que no se perdonan ni en este mundo ni en el otro. Porque esta ley tiene Dios puesta á los hombres, que no les dará gracia en la tierra ni gloria en el cielo, si no aborrescen el pecado y determinan de vivir bien. Y lo uno y lo otro falta en los pecados que se hacen contra el Espíritu Sancto, porque por ellos cierra el hombre la puerta á las influencias deste Sancto Espíritu, sin las cuales no hay salud. Porque pecado contra el Espíritu Sancto es despreciar y desechar por pura malicia la misericordia y gracia que el Espíritu Sancto nos ofrece: al cual especialmente se atribuye este beneficio como á fuente de todos los bienes, y esto es lo que propriamente se llama pecado contra el Espíritu Sancto. Para lo cual es de saber que en tres maneras puede pecar un hombre, conviene á saber, ó por flaqueza, ó por ignorancia, ó por malicia. Pecar por flaqueza es pecar contra el Padre, á quien se atribuye el poder, como pecó S. Pedro cuando negó á Cristo (1). Pecar por ignorancia es pecar contra el Hijo, al cual se atribuye el saber, como pecó San Pablo cuando perseguía á la Iglesia (2). Pecar por malicia es pecar sabiéndolo y por pura maldad, que es pecar contra el Espíritu Sancto, al cual se atribuye la bondad, como pecaron los Fariseos.

En este género hay cinco pecados, conviene á saber, presumpción ó esperanza desordenada en la divina misericordia, desconfianza de la misma misericordia, contradicción de la verdad conocida, envidia de la gracia ajena, obstinación en el mal, y impenitencia final.

La presumpción ó esperanza sobrada es cuando el hombre, pospuesto todo temor de Dios, de tal manera confía en la divina

(1) Matth. 26; Luc. 22. (2) Act. 13; Galat. 1.

bondad y misericordia, que por esto desenfrenadamente se derrama en todo género de pecados, como hacen el día de hoy muchos cristianos y muchos herejes, los cuales confiados en esta misericordia (sin hacer fructos de penitencia) esperan alcanzar la gloria, no mirando lo que dice el Apóstol: ¿Por ventura, hombre, desprecias las riquezas de la bondad y sufrimiento de Dios? No miras que su benignidad te llama á penitencia, y tú con tu dureza y con corazón impenitente atesoras ira contra ti para el día de la ira, en el cual se descubrirá el justo juicio de Dios (1). Por lo cual el mismo Apóstol no solamente encomienda la fe, sino también manda que con temor y temblor obremos nuestra salud. Contra este pecado nos amonesta el Eclesiástico diciendo: No vivas sin temor del pecado que Dios te perdonó, y no ajuntes pecados á pecados, y no digas, la misericordia de Dios es grande, no se acordará de mis pecados. Porque la misericordia y la ira ambas proceden de Dios, y su ira señaladamente está armada contra los pecadores (2).

El segundo pecado contrario á éste es desesperación ó desconfianza de la divina misericordia, que es cuando el hombre desconfía de alcanzar perdón de Dios ó vida perdurable. Desta manera pecó Caín, como él lo confesó diciendo: Tan grande es mi maldad, que no puedo alcanzar perdón della (3). Y desta manera pecó Judas, que se ahorcó: como sea verdad que ninguna penitencia es tardía, si es verdadera, como parece por el ladrón en la cruz.

El tercero pecado contra el Espíritu Sancto es contradicción de la verdad conocida: mas no de cualquier verdad, sino de la que toca al culto divino, para que así sea depravada la sinceridad de la fe: como pecaron los Fariseos que tan de propósito contradecían á Cristo, no pudiendo negar sus milagros. Á los cuales son semejantes los que el Profeta dice que se asientan en cátedra de pestilencia (4). Á los cuales también S. Pedro llama maestros mentirosos, que introducen sectas de perdición (5). Y S. Pablo los llama herejes, como á hombres corrompidos en el entendimiento y reprobados en la fe y engañados por espíritu de error, pervertidos y condenados por su mismo juicio.

El cuarto pecado contra el Espíritu Sancto es envidia de la ca-

(1) Rom. 2. (2) Eccli. 5. (3) Genes. 4. (4) Psalm. 1. (5) 2 Petri 2.

ridad y gracia ajena, que es cuando al hombre le pesa de las virtudes y dones que el Espíritu Sancto misericordiosamente concede á los otros hombres. El cual pecado más parece de Satanás que de hombre: el cual recibe grande pesar de que se conserve y acreciente la gracia de Dios en nosotros. Desta manera pecaron los judíos, que tanto trabajaron por destruir la gracia del Evangelio al tiempo que nascía (1).

El quinto pecado contra el Espíritu Sancto es obstinación en el mal, que es cuando el hombre tan porfiadamente sigue el mal, que con ningún género de palabras ó consejos se puede doblar ni apartar dél, como nos lo enseña Faraón, que tantas veces amonestado y azotado de Dios, no se quiso apartar de su tiranía, y así murió obstinado en ella (2). Tales son aquéllos de quien dice el Profeta que son como las serpientes que tapan los oídos para no oir la dulce melodía (3), que es la doctrina sancta que canta la Iglesia. Los cuales parece que dicen aquello del Profeta: Apártate de nosotros, que no queremos la sciencia de tus caminos (4).

El sexto pecado contra el Espíritu Sancto es final impenitencia, que es cuando el hombre no quiere poner fin á sus pecados, antes propone de nunca hacer penitencia ni apartarse dellos. La muerte de los que esto hacen, es la que el Profeta llama pésima delante de Dios (5): los cuales aunque no con las palabras, al menos con las obras parece que dicen aquello del Profeta: Confederados estamos con la muerte, y con el infierno tenemos hecho pacto (6).

Éstos son los pecados contra el Espíritu Santo, que son gravísimos entre todos los otros: los cuales ó nunca ó por maravilla se perdonan Por lo cual muchas veces nos habemos de armar contra ellos, acordándonos de aquellas palabras del Apóstol que dicen: No queráis entristecer al Espíritu Sancto (7). Y aquello del Profeta: Si hoy oyéredes su voz, no queráis endurecer vuestros corazones (8). Porque el corazón duro pasará trabajo en sus últimos días, como dice el Sabio (9).

(1) Act. 4. (2) Exod. 5, 6, usq. ad 14. (3) Psalm. 57. (4) Job 22
(5) Psalm. 33. (6) Esai. 28. (7) Ephes. 4. (8) Psalm. 94. (9) Eccli. 3.

CAPÍTULO XXII

DE LOS PECADOS QUE CLAMAN AL CIELO

Después de los pecados contra el Espíritu Sancto se siguen otras cuatro especies de pecados gravísimos, que en la divina Escritura se dicen dar voces al cielo solicitando la ira divina y pidiendo venganza. Entre los cuales el primero es homicidio, como fué el de Caín á quien dijo Dios: La voz de la sangre de tu hermano me da voces de la tierra (1).

El segundo es el nefando pecado de los de Sodoma, de quien dijo Dios: El clamor de los de Sodoma y Gomorra se multiplicó, y su pecado es muy grande (2). Y los ángeles dijeron á Lot: Queremos destruir este lugar, porque subió el clamor de sus pecados á Dios (3). Y luego llovió Dios fuego y azufre sobre ellas, y destruyó todas aquellas ciudades. Y los grados por donde aquellos malos hombres subieron á este tan enorme pecado, declara el Profeta diciendo: Ésta fué la maldad de tu hermana Sodoma, soberbia, hartura, abundancia de pan, ociosidad así suya como de sus hijos, y no haber abierto las manos á los pobres y necesitados (4).

El tercero pecado es opresión y mal tratamiento de los pobres, contra aquello que mandó Dios en el Éxodo diciendo: No entristeceréis ni afligiréis al extranjero, acordándoos que también fuisteis extranjeros en tierra de Egipto. Ni haréis mal á la viuda y al huérfano, porque si les hiciéredes mal, clamarán á mí, y yo oiré su clamor. Y indignarse ha mi furor contra vosotros, y heriros he con mi cuchillo, y quedarán vuestras mujeres viudas y vuestros hijos huérfanos (5). Y ésta fué la causa por que fueron destruídos y castigados con tantas plagas y después ahogados en el mar el rey Faraón y los egipcios, por la grande crueldad de que usaron contra los hijos de Israel. Y así dijo el Señor: Vi la aflicción de mi pueblo, y oí los clamores que daban, por la dureza y crueldad de los oficiales del rey que los hacían trabajar en sus obras: y sabiendo los dolores que padecen, bajé á librarlos de las manos de

---

(1) Genes. 4. (2) Genes. 13. (3) Genes. 19. (4) Ezech. 16. (5) Exod. 22.

los egipcios (1). Y por Esaías amenaza el Señor diciendo (2): ¡Ay de aquéllos que hacen leyes inicuas y contra justicia para oprimir en juicio á los pobres y hacer fuerza á los que poco pueden para que las viudas fuesen su presa y robasen á los pupilos!

El cuarto pecado de los que claman al cielo es no pagar á los trabajadores su jornal. Del cual pecado dice Santiago: Mirad que el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras tierras, da voces á Dios, y el clamor dellos llegó á los oídos del Señor Dios de los ejércitos (3). Y no es menos lo que dice el Eclesiástico por estas palabras: El pan de los necesitados es vida de los pobres (4): por donde el que les quita este pan es derramador de sangre. El que quita el pan ganado con el sudor del pobre, es como el que mata á su prójimo. Hermanos son en la culpa el que derrama sangre y el que defrauda al jornalero de su jornal. Y allende desto la ley divina nos manda diciendo: No negarás el jornal al hermano pobre y necesitado, ni al extranjero que contigo mora en la tierra dentro de tus puertas, sino en el mismo día le darás el premio de su trabajo antes que se ponga el sol, pues es pobre y con eso ha de sustentar su vida: porque no clame contra ti al Señor y te sea contado eso por pecado (5).

Éstos son los cuatro pecados que en la Escritura divina se dicen clamar al cielo pidiendo justicia: para dar á entender cuánto sean más graves que todos los otros, y cuán próximo tengan el castigo de Dios y la venganza de su justicia, no solamente en la otra vida, mas también en ésta. El fruto que sacamos desta doctrina es conocer la graveza de los pecados, para que así nos apartemos de los mayores con mayor temor, y purguemos lo que en esta parte hemos pecado con mayor dolor. Por aquí también se conoce la diferencia que hay entre el sabio y el nescio y entre el justo y malo, según aquellas palabras de Salomón que dicen: El sabio teme y apártase del mal, mas el nescio pasa por los peligros confiadamente (6). Y en otro lugar dice: El camino del justo es como una luz resplandesciente que va cresciendo hasta el día perfecto: mas el camino de los malos es escuro y no saben dónde caen (7). Por lo cual es muy bueno saber conocer todos estos barrancos y despeñaderos para no caer en ellos, como caen los malos, sino apartarnos del peligro conocido, como se apartan los buenos.

---

(1) Exod. 3. (2) Esai. 10. (3) Jac. 5. (4) Eccli. 14. (5) Deut. 24. (6) Prov. 14. (7) Prov. 4.

CAPÍTULO XXIII

DE LOS PECADOS AJENOS Y PARTICIPADOS

DECLARADAS ya todas estas especies y maneras de pecados, últimamente será necesario declarar cómo los pecados ajenos se hacen nuestros, conviene á saber, cómo la culpa que otro comete por su persona, se puede también atribuir á nosotros por mandarla, consentirla ó aconsejarla, ó por otras semejantes maneras. De los cuales pecados se puede entender aquello que dice el Apóstol: No comuniquéis con los pecados ajenos (1). Y en otro lugar escribiendo á los de Éfeso dice: No queráis comunicar las obras infructuosas de las tinieblas, mas antes reprehendedlas (2). Esta comunicación puede acontecer en nueve maneras, conviene á saber: por consejo, por mandamiento, consentimiento, provocación, lisonja, silencio, disimulación, participación en el crimen y defensa.

Es pues la primera manera de participar en la culpa ajena por vía de consejo, á saber, cuando nosotros aconsejamos el mal que se hace, como hizo Caifás cuando aconsejó á los judíos que matasen á Cristo.

La segunda manera es por vía de mandamiento, á saber, cuando mandamos hacer algún daño á nuestro prójimo. Y desta manera pecó David cuando por cartas mandó matar al inocente Urías.

La tercera manera es por vía de consentimiento, á saber, cuando consentimos en lo que los otros hacen mal, y nuestro consentimiento sirve para que aquello venga á ponerse por obra, de la manera que pecó S. Pablo en la muerte de S. Esteban. Porque como dice el mismo Apóstol, merecedores son de muerte no solamente los que hacen mal, mas también los que consienten en él, como la madre que consiente que su hija sea mala mujer.

---

(1) 1 Tim. 5. (2) Ephes. 5.

La cuarta manera es por vía de provocación ó irritación, que es cuando incitamos á alguien á ira, á blasfemia, á deseos de venganza, ó á otros vicios semejantes, diciendo ó haciendo cosas que lo provoquen á esto, como lo hacía la mujer del pacientísimo Job, cuando le decía que blasfemase de Dios y muriese (1). Por donde nos aconseja el Eclesiástico diciendo: Apártate de contiendas, y cometerás menos pecados: porque el hombre airado es causa de pendencias, y el hombre pecador perturbará á los amigos y sembrará cizaña entre los que viven en paz (2).

La quinta manera es por vía de lisonja, cuando de tal manera lisonjeamos al hombre, que le hacemos cometer algún pecado ó lo incitamos á mal, ó lo confirmamos en él. Contra el cual pecado dice Dios por Ezequiel: ¡Ay de aquéllos que hacen cojines para poner debajo de los codos, y hacen almohadones para reclinar la cabeza (3), para engañar con esto á las almas! En este pecado caen muchas veces aquellos predicadores de quien dice Esaías: Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, ésos te engañan, y destruyen el camino de tus pasos (4). Porque cuando el malo es alabado en los deseos de su alma, entonces se levanta para provocar á Dios á ira.

La sexta manera de pecado ajeno es por vía de silencio, cuando dejamos de avisar, ó de enseñar, ó de reprehender y amonestar al prójimo que está á nuestro cargo, y dejamos de decirle aquello en que le podríamos aprovechar. Á los que esto hacen llama Dios en la Escritura perros mudos que no saben ladrar. Y al profeta Ezequiel requiere y avisa Dios por estas palabras: Si diciendo yo al malo, muerte morirás, tú no le dijeres esto para que se aparte de su mal camino y viva, él morirá en su maldad, mas á ti pediré cuenta de su sangre (5).

La séptima manera es por vía de disimulación, cuando dejamos de castigar ó de emendar lo que estábamos obligados á remediar por razón de nuestro oficio. Desta manera pecan los jueces y corregidores cuando disimulan los males de la república y no usan del cuchillo que Dios les dió para castigo de los malos. Desta manera también pecan los padres y madres, los señores y maestros, cuando por demasiado mimo de los que están á su cargo, disimulan sus vicios y pecados, como hizo el sacerdote Helí

(1) Job 2 (2) Eccli. 16. (3) Ezech. 13. (4) Esai. 3. (5) Ezech. 3.

disimulando y haciendo poco caso de la culpa de sus hijos (1). Desta manera también pecan los que dejan la correpción fraterna no avisando á sus hermanos en caso que son obligados á hacerlo.

La octava manera es por vía de participación, que es cuando nos ajuntamos con los ladrones y robadores, y metemos la mano con ellos en sus maleficios, y nos alcanza parte de sus ganancias y robos. Esto es lo que reprehendía el Profeta diciendo: Corrías con los ladrones, y tenías parte y comunicación con los adúlteros (2). Y en otro lugar dice Dios por Esaías: Tus príncipes son infieles y compañeros de ladrones. Todos ellos huelgan con los regalos y se mueven por intereses (3).

La nona manera de pecado es por vía de defensa, cuando defendemos, ó recibimos, ó encubrimos, ó damos favor á los malhechores para que hagan mal: como son los que reciben ladrones, ó herejes, ó otros semejantes pecadores, y los amparan en sus pecados.

Éstas son las maneras en que un hombre puede pecar sin ser ejecutor del pecado, por la parte que le cabe de haber sido su atizador ó despertador, etc. Porque esto basta para tenerse por cómplice y compañero del culpado, atribuírsele la misma culpa.

Y es aquí mucho de notar que cuando el pecado en que desta manera consentimos, es en perjuicio de parte, así como el principal agresor está obligado á restitución, así también lo están todos los que para eso le dieron favor, y todos cuantos metieron la mano en la masa. De manera que no sólo el que hurtó está obligado á restituir el hurto, sino también el que se lo mandó, aconsejó, acompañó, consintió ó le dió alguna otra manera de favor y ocasión para esto. Por lo cual deben mucho los hombres mirar los pareceres y consejos que dan, y las cosas que favorecen, porque no cargue sobre ellos la culpa ajena, y siendo el provecho de otro, venga á ser suyo solo el daño.

(1) 1 Reg 2. (2) Psalm. 49. (3) Esai. 1.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

QUE TRATA

DE LA ORACIÓN Y SACRAMENTOS

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA NECESIDAD QUE TENEMOS DE BUSCAR LA DIVINA GRACIA PARA GUARDAR LOS MANDAMIENTOS DE DIOS Y HUIR DE LOS PECADOS.

Hasta aquí hemos declarado en pocas palabras la suma de los mandamientos divinos y de los pecados que se pueden hacer contra ellos: donde vimos la grande perfección y pureza de vida que nos pide la ley de Dios. Porque quiere Él que entre todas las cosas tengamos el corazón limpio, y después las palabras, y las obras, y la vida toda. Quiere que en Él solo esperemos, á Él solo amemos con todo nuestro entendimiento, con toda nuestra voluntad y con todas nuestras fuerzas. Quiere que toda nuestra vida y todas nuestras palabras y obras se enderecen á Él de tal manera, que todo lo que hiciéremos, sea para gloria y honra suya. Quiere que seamos fieles para con Él, rigurosos para con nosotros, y piadosos para con nuestros prójimos. Quiere que á ninguno hagamos mal ni por obra ni por palabra ni por pensamiento. Quiere que nos neguemos á nosotros mismos y á todas nuestras cosas por su amor, y que no tengamos cuenta con las cosas visibles sino con las invisibles, no con las presentes sino con las futuras, y que por ellas despreciemos todo lo que el mundo precia y adora. Y sobre todo esto quiere que todas estas cosas estén tan arraigadas y asentadas en nuestro corazón, que ni muerte, ni vida, ni honra, ni deshonra, ni todas las prome-

sas y amenazas del mundo sean parte para hacernos traspasar uno de sus mandamientos. Quiere finalmente que seamos sanctos como Él lo es, y que puesto que nuestro vivir sea en la tierra, las costumbres y la vida sea toda celestial, para que así merezcamos ser hijos de Dios, imitadores de su vida y herederos de su gloria.

No es menester más que ver esto, para entender la inhabilidad que hay de nuestra parte para cumplir esta ley, y á quién habemos de pedir favor y gracia para cumplirla. Porque como dice el Apóstol: Sabemos que la ley es espiritual: mas yo soy carnal, vendido y entregado por esclavo de la mala inclinación del pecado (1). Estas palabras aunque breves declaran maravillosamente la suma de todo este negocio. Para cuyo entendimiento conviene traer agora á la memoria aquella pureza y perfección con que Dios al principio crió al hombre: porque como todas sus obras sean tan ordenadas y tan puestas en número, peso y medida, como dice el Sabio (2), así como dió al hombre ley espiritual y sobrenatural, así lo crió con fuerzas espirituales y sobrenaturales para guardar esta ley, para que así hubiese proporción entre la ley que se daba, y la persona á quien se daba, siendo la ley espiritual y la persona espiritual. Por lo cual dice S. Basilio (3) que cuando crió al hombre, juntamente crió la naturaleza y infundió la gracia, para que con las habilidades de naturaleza viviese vida de hombre, y con las de gracia vida de Dios: con la una vida natural, y con la otra espiritual. Porque con esta gracia se da el Espíritu Sancto, y las obras deste Espíritu, como dice el Apóstol, son caridad, gozo, paz, paciencia, largueza de corazón, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad (4). Éstas son las obras y efectos deste Espíritu, y con tales favores y dones como éstos claramente se ve cuán bien podrá vivir entonces el hombre esta vida espiritual y divina.

Mas después que el pecado se atravesó en el medio, perdió el hombre todos estos dones y favores gratuitos, y así quedó inhábil para guardar esta ley, porque quedó como sin alas para volar, sin armas para pelear y sin fuerzas para conservarse en aquella pureza y perfección que Dios le había dado. Y perdido todo lo gratuito, luego se estragó también todo lo natural que con ello se conservaba, así como quitada la sal y la mirra de un cuerpo

(1) Rom. 7. (2) Sapient. 11. (3) Basilius in Exam. homilia. (4) Galat. 5.

muerto, luego huele mal y se hinche de gusanos. De manera que el pecado fué el que hizo este estrago en la naturaleza humana: porque así como un poco de vinagre echado en una pipa de vino, lo aceda y avinagra todo, y un poquito de fermento corrompe toda la masa (1), así el pecado corrompió toda la naturaleza humana de tal manera, que desde la cabeza no dejó en ella cosa sana. Porque el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, la parte irascible flaca para todo bien, la concupiscible fuerte para todo mal, la carne mimosa y mal inclinada, los sentidos curiosos y derramados, la imaginación inquieta y desasosegada, y finalmente todo el hombre pervertido y trastrocado.

Y si quieres ver las habilidades que sucederán en lugar de aquéllas que el Espíritu Sancto nos había dado, oye lo que dice el Apóstol (2): Manifiestas son las obras de la carne, las cuales son fornicación, torpeza, deshonestidad, lujuria, servicio de ídolos, hechicerías, enemistades, contiendas, emulaciones, iras, peleas, disensiones, sectas, envidias, homicidios y excesos en comer y beber, y cosas semejantes. Éstas dice el Apóstol que son las obras de la carne, éstos sus efectos, sus apetitos y sus malas inclinaciones. ¿Parécete pues que fué buen trueque el de aquellas virtudes y habilidades por éstas? ¿Parécete que es hermoso el árbol que tal fruta da como ésta? ¿Parécete que está bien aviado el hombre, teniendo dentro de su mismo pecho un tal consejero y tal atizador de maldades, y que podrá el hombre con tales ayudadores como éstos guardar una ley que es toda espiritual, toda celestial, sacada de aquel purísimo y perfectísimo original de Dios? Luego muy bien dijo el Apóstol: Sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, vendido y entregado por esclavo del pecado (3). Pues si la ley es espiritual, ¿qué habilidad tendrá un hombre carnal (que es poco menos que un animal bruto) para guardar esta ley? Porque si mudándose el hombre, se mudara también la ley, y así como él se había hecho carnal, así le dieran otra ley carnal, cual es la de los turcos y moros, no hubiera esta desproporción. Mas quedando la ley en aquella misma pureza y espiritualidad que tenía, y estragándose el hombre y haciéndose todo carnal, ¿qué habilidad le queda para guardar ley espiritual? Luego necesario es volver al hombre á la fragua, y reformarlo,

(1) I Cor. 5 (2) Galat. 5. (3) Rom. 7.

y hacerlo de nuevo, y infundirle otro corazón y otro espíritu: porque de otra manera, como dice el Salvador (1), el que nasce de carne, carne es, mas el que nasce de espíritu, espíritu es. Quiere decir que la carne no tiene de su cosecha habilidad para guardar ley espiritual, si no la reformamos y espiritualizamos con espíritu de Dios. De suerte que pues no se ha de hacer mudanza en la ley, hágase mudanza en el hombre, proporcionándolo con la ley y haciéndolo espiritual, para que así la pueda guardar.

Mas por ventura dirás: ¿Pues para qué al hombre se daba ley que excediese sus fuerzas y que él por sí no pudiese guardar? Oye agora las causas desto, porque son muy dignas de saber. Lo primero, para hacer á los hombres humildes: porque realmente ninguna cosa hay que más parte sea para humillar al hombre y darle á conocer su insuficiencia y flaqueza, que considerar por una parte la excelencia de la ley de Dios, y por otra la inhabilidad que tiene para guardarla. Esto dice San Agustín por estas palabras: Los mandamientos imposibles no hicieron á los hombres transgresores sino humildes, porque por la excelencia de los mandamientos vinieron á conocer la inhabilidad de sus fuerzas, y este conocimiento los hizo humildes. Lo mismo dice en otro lugar singularmente por estas palabras: La ley fué para que se buscase la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley. La cual no se podía cumplir: ni era por defecto suyo, sino por culpa de nuestra carne, la cual culpa la ley había de descubrir, y la gracia había de sanar. Y en otro lugar: Por la ley (dice él) se descubre cuán poco puede la voluntad del hombre, para que la gracia sane la voluntad, y la voluntad ya sana cumpla la ley. Ésta es pues la primera causa por que se dió esta ley, que es para hacernos humildes.

La segunda fué para hacernos no solamente humildes, mas también devotos. Porque quiso Dios tomarnos por hambre y que nuestra misma necesidad nos metiese por sus puertas, para que viendo cuán grandes cosas nos mandaban, y bajo cuán grandes penas, nos fuésemos á Dios y le pidiésemos remedio para tan grande necesidad. Porque por la ley, dice el Apóstol (2), se conoce el pecado y la miseria dél; y así como el conocimiento de la enfermedad hace al hombre buscar el médico y la medicina, así

(1) Joan. 3. (2) Rom. 3.

el conocimiento de la enfermedad del pecado, que nos da la ley, nos hace ir á buscar el médico verdadero, que es Dios, y la medicina, que es su gracia. Pongamos ejemplo desto. Dice la ley: No codiciarás. Como el hombre oye esta palabra, dice con el Sabio dentro en su corazón: Sabiendo yo que ninguno puede ser continente, si Dios no le da gracia para eso (y saber esto es grande sabiduría) fuíme á Dios, y presentéle mi oración, y pedíle gracia para guardar esta continencia y estar libre por ella de la codicia (1). Por donde parece que la ley de Dios nos remite al mismo Dios para que por Él guardemos lo que por Él se nos manda, y así le digamos con San Agustín: Dadme, Señor, que pueda yo hacer lo que me mandáis, y mandadme lo que quisiéredes. Por lo cual parece que ninguna cosa hay que tanto mueva al hombre á llamar á Dios y tirar por Él y perseverar en continua oración como la consideración desta continua necesidad que tiene dél: porque en conociéndose por pobre y necesitado, luego toma oficio de pedigüeño, que es andar siempre llamando á las puertas de la divina misericordia, pidiéndole limosna de su gracia.

La tercera causa de dar esta ley fué disponer á los hombres para la venida de Cristo, dándoles claro conocimiento de la necesidad que tenían de medicina y de médico, que es, de remediador y de remedio, para que amasen con todo su corazón á quien tanto bien les había de hacer, y fuesen solícitos y diligentes en aprovecharse de su remedio, si querían ser remediados. Porque del conocimiento de la necesidad nasce el conocimiento y estima del remediador y del uso de su remedio, el cual no fué otro sino Cristo hijo de Dios, nuestro segundo Adam y nuestro segundo padre y regenerador, el cual mediante el sacrificio de su sangre satisfizo por nuestro pecado y nos reconcilió con su Padre, y nos alcanzó el Espíritu y gracia que perdimos, mediante la cual fuésemos reformados y habilitados para la guarda de su ley. Y para esto nos dejó instituídos los sacramentos en la Iglesia, por los cuales alcanzamos este perdón y regeneración y esta gracia que nos hace graciosos en los ojos de Dios, y nos habilita y esfuerza para el cumplimiento de su ley. Por donde parece que ésta es la cosa que más nos mueve á amar á Cristo, y esperar en Cristo, y aprovecharnos de los sacramentos y remedios que Él para esto

(1) Sapient. 8.

nos dejó. Ves luego cuántos provechos tiene la ley y cuántas razones tuvo Dios para darla, puesto caso que no estuviese en ella el entero remedio de nuestra vida, sino en la gracia.

Por lo cual paresce cuán grande beneficio fué dar Dios la ley al hombre, y cuánto mayor fué darle la gracia (que es como alma de la ley): porque así como aunque el cuerpo sea necesario para la vida del hombre, no se puede con todo conservar en esa vida sin el alma, así aunque sea necesaria la ley para la orden de nuestra vida, no se puede guardar esa ley sin la gracia. Por lo cual así como nuestro Señor después de formado el cuerpo del hombre, infundió en él espíritu de vida, así después de trazada por la ley la orden de nuestra vida, infundió en nuestros corazones el espíritu de su gracia, mandándonos en el día de Pentecostés el Espíritu Sancto, para que en el mismo día que se formó el cuerpo de la ley, se infundiese el espíritu vivificador de la gracia. Y pues esta gracia se alcanza por la oración y por los sacramentos, destas dos cosas nos conviene tratar en esta tercera parte, para cumplimiento de todo lo que pide la doctrina cristiana: y diremos primero de la oración, y después de los sacramentos, y al fin también trataremos de la misa, pues en ella se consagra el mayor de los sacramentos.

CAPÍTULO II

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN Y DE LA MANERA DE ORAR

Todo lo dicho en el capítulo pasado sirve para que por aquí se entienda la necesidad que tenemos de la gracia para el cumplimiento de la ley, y por consiguiente la que tenemos de la oración, que tiene por oficio pedirla. Porque no es otra cosa la oración sino un piadoso afecto de nuestra alma para con Dios, con el cual pedimos las cosas que para nuestras almas ó de nuestros prójimos son saludables. Ésta es una de las obras más importantes á la vida humana y más encomendadas en las Escrituras sagradas y á que se prometen mayores promesas. Palabra es de la misma Verdad, que dice: Todas las cosas que pidiéredes en la oración, creed que las recibiréis, y otorgáseos han (1). Y en otro lugar: Pedid, dice Dios, y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y responderos han. Porque todo el que pide alcanza, y el que busca halla, y al que llama respóndenle (2). Y en otro lugar: Si vosotros (dice Él) siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará el espíritu sancto á quien se lo pidiere? Con tales palabras y con tales esperanzas nos provocó á oración el Señor de todas las cosas. Por lo cual conviene que obedeciendo á sus palabras gastemos la vida en oraciones y loores divinos. Ni nos faltarán para esto singulares ejemplos en las Escrituras sagradas. Elías (dice el apóstol Santiago) hombre era pasible como nosotros, y hizo oración á Dios porque no lloviese, y no llovió por espacio de tres años y seis meses: y otra vez volvió á orar, y el cielo dió su agua, y la tierra dió su fruto (3). Haciendo Moisés oración fueron vencidos los Amalecitas (4), y haciendo Samuel oración fueron desbaratados los Filisteos (5), y por la oración de Asaa y Josafat, reyes de Judá, fueron vencidos dos poderosísi-

(1) Lucæ 11. (2) Ut supra. (3) Jacob 5. (4) Exod. 5. (5) 1 Reg. 7.

mos ejércitos. Orando Jeremías fué consolado por Dios en la cárcel: orando Daniel fué visitado de Dios en el lago de los leones: orando los tres mozos en el horno de Babilonia, cantaban y alababan á Dios en medio del fuego: orando el ladrón en la cruz, alcanzó el paraíso: orando Santa Susana, mereció ser libre del falso testimonio de los malvados: orando S. Esteban, vió los cielos abiertos (1) y alcanzó la conversión de S. Pablo. Con los cuales ejemplos no sólo se nos muestra el fruto de la oración, sino también se despierta nuestro corazón á orar. Por donde nos aconseja el Apóstol diciendo: Haced oración sin cansar, y dad gracias á Dios en todas las cosas (2). Y en otro lugar: Rogad unos por otros, para que os salvéis, porque mucho vale la oración del justo continuada.

Éste es uno de los mayores remedios que la divina providencia ordenó para nuestra miseria, para por ella aplicarnos el favor y beneficio de la redempción de Cristo. Porque es tanta la miseria del hombre y tanto su aflojar en el bien y su recaer en el mal, que aunque de parte de Dios ya esté ganado y aparejado todo nuestro bien, todavía es necesario un continuo trabajo y cuidado para la aplicación y uso deste bien. Y éste es la oración, con que pues cada día aflojamos, cada día invoquemos la misericordia de Dios, y pues cada día andamos en peligro, cada día hagamos confesión y protestación de nuestras culpas y faltas, con que nunca dejemos de dar gracias á nuestro Dios y Señor, pues que Él no aparta de nosotros los beneficios de su misericordia. Y pues Él todo lo tiene encaminado para nuestro provecho, nosotros lo encaminemos todo para su gloria y no busquemos remedio para nuestras necesidades sino en Él solo y por Él. Ésta es la necesidad y verdadero uso de la oración, y por esto la sancta madre Iglesia desde su primera institución concertó que hubiese ordinaria oración en los ayuntamientos que en ella cada día se hacen. Deputó oradores, cuyo oficio fuese orar en nombre della toda, porque no todos los que son miembros della tienen lugar para hacer tan continuamente esto. Y quiso que para este fin en ciertos días se ajuntasen todos, según tratamos en el tercero mandamiento de la sanctificación de las fiestas. Y éste es el uso de los oficios divinos que cada día veis, y el oficio sacerdotal. Quiera el

(1) Act. (2) 1 Thesal. 5.

Señor por su misericordia remediar lo que en esto falta, y proveer siempre á su Iglesia de tales oradores que para con Él sean parte para aplacar la ira que los pecadores provocan.

§ I

Mas porque va mucho en la manera de orar, pues el Profeta nos convida á cantar sabiamente, por tanto será razón que digamos la manera que en esto se ha de tener. Para lo cual se ha de saber que la principal disposición que para orar se requiere, es grande conocimiento que el hombre ha de tener de sus faltas, de sus poquedades y miserias, y aun desconfiar de sus proprias fuerzas y confesar su grande inhabilidad y pobreza. Después desto una viva fe, con que esté cierto que todos los bienes que á él faltan, están abundantísimamente atesorados en la misericordia del Señor, ganados por los merecimientos y sangre de nuestro redemptor Jesucristo. De aquí le ha de nascer una grande confianza, que pues tal prenda tenemos y tal medio hay entre Dios y el hombre, no ha de dudar sino que la oración será oída, y que aceptará nuestras peticiones por Jesucristo su hijo y señor nuestro, que antes que lo tuviésemos, tuvo tan grande afición á nuestro remedio, que lo mandó para él. Después desto está claro las grandes gracias que en la oración le habemos de dar por tan encarecidas mercedes, y que no habemos de pedir en ella cosa que sea contra su servicio y gloria, sino que ésta vaya siempre en la delantera.

Esto bastaba para que por aquí se entendiesen las propriedades y cualidades de la buena oración. Mas para que esto mejor se entienda, será bien tratar cada cosa destas en particular, declarando las condiciones que ha de tener la buena oración

CAPÍTULO III

DE LAS CONDICIONES QUE HA DE TENER LA ORACIÓN

Pues el que quisiere que su oración sea eficaz y agradable á nuestro Señor, sepa que la ha de acompañar con las condiciones siguientes. La primera es que ore con grande atención y reverencia: porque no es otra cosa la oración sino una plática con Dios y con Jesucristo su hijo. Pues aquí habemos de considerar cuánta descortesía sería si hablásemos con un príncipe de los de la tierra sin atención y concierto, sin mirar muy bien lo que dijésemos, sin tenerle acatamiento, sin pesar nuestra petición, sin estar muy despiertos para ver lo que respondía, y que no nos cayese palabra que fuese deservicio suyo ó que lo pudiese enojar. Asimismo si fuese nuestra plática con alguno de los sabios del mundo, procuraríamos que todo lo que hablásemos fuese muy concertado y estudiado. Pues si esto se ha de hacer con los príncipes y sabios de la tierra y con quien no se pueden aventurar sino cosas de la tierra, ¿cuánto más se debe hacer con el poder y sabiduría divina, con quien vamos á negociar cosas de tan grande peso, y sabemos que nos está oyendo con grandísima atención? Debe pues el que ha de orar recogerse todo en sí y hablar en su oración con la Majestad divina con el mayor acatamiento y humildad que él pudiere, contra lo que hacen los que sin ninguna atención ni devoción corren mucho número de Avemarías muy apresuradamente sin pensar lo que dicen ni con quién hablan. De los cuales se puede con razón Dios quejar diciendo: Este pueblo con la boca me honra, mas su corazón está lejos de mí.

La segunda condición que la oración ha de tener, es que sea en espíritu, quiero decir, que salga del corazón y que no solamente ore la boca sino que dentro en el alma tengamos encendido afecto, con lo cual demos vida á la oración que hacemos, y le hagamos (cuanto en nos es) que represente nuestra petición y deseo de-

lante de Dios. El cual oye muy más presto, y se inclina á la sencillez del corazón humilde, que á las palabras y razonamientos polidamente compuestos. Y esto es lo que el Redemptor enseña en el Evangelio, que nos recojamos para orar y entremos en nuestro retraimiento, y que allí en aquel lugar escondidos, nos verá y oirá el Eterno Padre. Este secreto y retraimiento es cuando para hablar con la Majestad divina echamos de nuestro corazón el estruendo de nuestros deseos y de los cuidados mundanos, cuando en el sosiego de pensar que el Señor que nos manda orar, que oirá nuestra oración, con santo atrevimiento y confianza despertamos nuestra alma, nuestro deseo y necesidad á que en aquel silencio y soledad se le manifieste y dé cuenta de sí.

La tercera cosa que ha de tener el que ora, es paciencia: porque muchas veces dilata Dios las mercedes que le pedimos, ó para probar nuestra fe, para ver si por tardar aquello acometemos buscar el remedio por ilícitos y malos caminos: ó para que más conozcamos nuestra necesidad y más estimemos sus dones, ó para encendernos en mayor fervor de oración, ó porque así nos cumple, ó por otras causas que Él sabe. Esta virtud es muy necesaria en la oración para que conserve el fruto della y la tentación no nos quite tanto bien de entre las manos: porque hay muchos que para disponerse á orar un poco de tiempo, ponen grande eficacia en eso y sufren mucho trabajo: solamente no saben sufrir la dilación, y esto les hace desmayar y perder todo lo ganado (si alguna cosa tenían ganada) en toda suerte de peticiones, y más en aquéllas con que los hombres procuran bienes espirituales y dones de Dios. Conocen y creen que los hay en otros, vienen á tener codicia dellos, pídenlo á Dios y ejercítanse en oración, y viendo que en un poco de tiempo no alcanzan lo que piden, que en ocho días no son oídos, luego desmayan y desconfían y pierden la oración: por donde se ve claro lo que hace aquí la falta desta paciencia.

La cuarta condición es que nos guardemos de obrar con las manos ó tener en el corazón cosa que provoque la ira del Señor, á quien vamos á pedir mercedes y que use de clemencia con nosotros: porque esto sería deshacer por una parte lo que por otra hacemos: sino que pongamos mucha diligencia en que con buenas y sanctas obras ayudemos nuestra oración y no haya contradicción en nosotros entre las palabras y los hechos.

La quinta cosa que se requiere es que siempre nuestro principal deseo, nuestra principal oración y petición sea encaminada á bienes espirituales y á cosas que nos encaminen á Dios, y que de tal manera pidamos aquello de que en este mundo tenemos necesidad, y las cosas á que en esto más la caridad nos convida, que siempre lo primero vaya en la delantera, y pidamos muy de verdad que nunca la misericordia divina consienta que lo que para pasar este mundo pedimos, haga daño ó impedimento á los bienes que son menester para poder alcanzar el otro: y sobre todo esto nos guardemos de nunca pedir cosa que sea contra el servicio de nuestro Señor, sino como dicho es, lo que para esto nos ayude.

La sexta condición que la oración requiere, es que sea hecha con fe. Ésta es una grande confianza que el hombre ha de tener que será oído. Ésta para ser cierta y viva no ha de hacer su fundamento y valor y merecimiento de lo que pide sino en la infinita bondad de Dios, que para más manifestarse fué servida de prometer que estaba siempre aparejada para remediar las necesidades y trabajos de los hombres y comunicarse á ellos. De manera que el proprio oficio desta confianza es conocer y tener por cierto que aunque por nuestras culpas somos perdidos y no tenemos ni podemos alcanzar cosa por donde merezcamos ser oídos y remediados, la grandeza de la divina bondad, por habernos dado al Redemptor del mundo para que nos redimiese y salvase, nos hace ciertos que siempre nos oirá y remediará, pues así lo prometió por su respecto, y el intercesor y sacrificio que por nos se ofreció, está siempre vivo. Es también oficio desta fe hacer que después de la oración no quedemos incrédulos ni tristes, ni escudriñemos si sería mejor que nuestra oración fuera de otra manera aceptada, que las cosas nos sucedieran de otra suerte, que había otro remedio mejor que el que Dios nos dió, que es pasado el tiempo y la sazón y que ya no podemos ser remediados. Estas cosas todas son señales no de fe sino de curiosidad y sabiduría humana y de pensar que tenemos más cuidado de nosotros mismos y sabemos más lo que nos cumple que Dios. La fe ha de cerrar los ojos y ponerlo todo en la mano del Señor, y cuando hubiéremos tentado los medios lícitos que ella misma nos permite y nos da por instrumentos de su providencia, todavía nosotros, por cualquier cosa que suceda, tengamos seguridad y contentamiento

con que estemos ciertos que pues nos remitimos á la bondad de Dios, pues aparecemos delante dél y hicimos nuestra petición, ella va bien encaminada y no nos queda más que esperar lo que no entendemos de su infinito saber, pues que tenemos por cierto que nunca su misericordia puede faltar.

§ I

Mas antes de acabar esta materia, será necesario responder á algunas dudas que se ofrecen sobre las condiciones que de la oración dijimos. Es la primera que según lo dicho parece que el que ha de orar, lo ha de hacer con fe, con esperanza y caridad. Pues si así es, ¿qué remedio le quedará al pecador, que ya que tenga fe y esperanza, no tiene caridad, que es vida de la misma fe y de la esperanza? ¿Cómo orará este tal? Porque según estas reglas sobredichas de solos los justos es la oración. La segunda duda nasce désta, y es que dijimos que la oración ha de ser en fervor de espíritu. Este fervor claro está que no ha de ser sólo fervor de espíritu humano, sino de espíritu que es don del cielo. Pues si el pecador no lo tiene, ¿cómo orará en él?

Para respuesta desto es de notar que la cierta y eficaz oración es la del justo, que es la que se hace con fe, esperanza y caridad: y en estas tres virtudes se incluyen todas las condiciones que pusimos, y son como fuentes dellas: porque la fe da confianza á la oración, la caridad la enciende, y la esperanza le da paciencia y la sustenta. Mas con todo esto no excluímos de la oración á los pecadores, porque ellos son los que más necesidad tienen della. Mas has de notar que aquellos pecadores no tienen parte con la oración, que huelgan con sus pecados y desean vivir en ellos, y están tan lejos de querer el remedio, que parece, y es así, que aunque se lo diesen (como muchas veces se lo dan) no lo tomarían. Mas el pecador que siente su pecado, y lo acusa y condena su misma consciencia, y querría salir dél, éste bien puede orar, principalmente con oración en que pida á Dios perdón y fin de su pecado. Y tenga por cierto que aun aquello que entonces hace, es porque la poderosa mano de Dios lo ha despertado para eso. Y como su misericordia no tenga fin, y siempre se incline á los po-

bres y necesitados de su remedio, no cansando el pecador, no dejará ella de hacer su oficio, que es alumbrar, y remediar, y proseguir lo que comenzó, aunque el pecador no se lo merece, y despertará en él alguna centella del espíritu que pelee contra el pecado, y poco á poco le comenzará á dar de sus dones, los cuales aunque al principio no sean tan crescidos, por ser de la mano de Dios son de inestimable valía. Y como en esto haya sus grados, el principal que se ha de pedir, es el aumento dellos y que el Señor que tanta misericordia tuvo, que puso las primicias de sus dones donde el demonio tenía su casa, que comenzó á despertar al que tan profundamente dormía, que previno con su gracia al vasallo del pecado, Él la acresciente y llegue á cumplido fin, hasta que en el alma en que esto se comenzó, la fe y la esperanza y la caridad hagan su oficio: y entonces será la oración eficaz y de fruto verdadero.

Esto baste para respuesta de la primera duda, de la cual se sigue la de la segunda. Porque claro está que cuando dijimos que la verdadera oración había de ser en fervor de corazón y de espíritu, no entendíamos que era solamente de espíritu de las fuerzas y industria del hombre, sino de espíritu del cielo, que es don de Dios y don de verdadera oración. Mas entiéndese que así como el pecador de quien agora hablamos, ora, aunque no con tal oración como el justo, con todo despertado y guiado del Señor y sustentado de la mano de su grande misericordia, llegó á tener oración saludable y eficaz, así el que se siente sin espíritu de oración y conoce que por sus pecados le falta, debe pedirlo al Señor como pudiere, y conocer que aun aquel pedirlo y desearlo es cosa de Dios y señal que su misericordia lo viene á buscar, y no contradecirla ni recusar de seguir por donde lo guían: y el Señor que comenzó, hará tanto en él que le dé verdadero espíritu de oración, si el mismo hombre no lo estorba con su pecado y negligencia. Aunque es necesario muy grande cuidado para no contentarse antes de tiempo, y pensar que ya es llegado á aquel espíritu y fervor antes que con muchas leguas llegue á él.

CAPÍTULO IV

EN EL CUAL SE DECLARA LA ORACIÓN DEL PATER NOSTER

DECLARADAS ya las condiciones que ha de tener la buena oración, será razón declarar la oración del Pater noster, la cual nos enseñó el mismo Hijo de Dios, en la cual está comprehendido todo lo que se ha de pedir. Y haber Él compuesto esta oración y ordenado las palabras della, acrecienta mucho nuestra confianza. Porque muy confiados conviene que aparezcamos en la presencia del Padre, pues podemos alegar que su amado Hijo nos manda á Él, y que por más señales Él nos puso las palabras en la boca con que le habíamos de hablar. Y pues es verdad lo que dice el Sabio, que Dios honra al padre en los hijos, haciendo mercedes á los hijos malos por merecimientos de los padres buenos, justamente le podemos pedir, no por nuestros merecimientos, sino por honra deste soberano Señor y padre nuestro. Por donde parece que con ninguna otra oración podemos más convenientemente pedir mercedes al Padre, que con esta oración. Y para que esto se pueda mejor hacer, declararemos aquí sumariamente siete peticiones que hay en ella, dando este aviso al piadoso lector, que cuando fuere pronunciando las palabras desta oración, vaya con su espíritu considerando lo que en ella se comprehende, según aquí se declara, ó según lo que el Espíritu Sancto le diere á entender.

PRIMERA PETICIÓN

La primera petición dice: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.* Ésta fué la más conveniente entrada que se pudiera imaginar, para comenzar á hablar con Dios, y ésta la mayor consolación y mayor gloria y mayor confianza que se pudiera dar al hombre. Para lo cual se ha de saber

que por dos títulos se llama Dios Padre. Primeramente se llama Padre por el beneficio de la creación, pues Él crió nuestras almas, y formó nuestros cuerpos, y nos hizo á su imagen y semejanza. Porque si se llaman padres los que solamente fueron ministros y instrumentos de Dios para formar este cuerpo, ¿cómo no será más padre Aquél que sin ellos crió nuestra alma, y á ellos dió virtud para formar este cuerpo? Mas desta manera generalmente se llama padre de todos los hombres, y ayuda de todas las criaturas. Hay otra mucho más alta manera de llamarse padre, de aquéllos solamente que están en gracia: porque á éstos comunicó el mismo espíritu de su Hijo, á éstos hizo herederos de su reino, para éstos mandó al mundo el Espíritu Sancto, á éstos ama y quiere como á hijos, y déstos tiene especial providencia como de hijos muy amados. El cual amor y providencia es tan grande, que nos dijo el Hijo de Dios: No llaméis á nadie padre en la tierra, porque uno solo es vuestro verdadero padre que está en los cielos (1). De modo que así como Cristo se llama por excelencia maestro, porque no hay maestro en el mundo que con Él se compare, y así como Dios se llama por excelencia bueno, porque no hay bueno en el mundo que merezca llamarse bueno en presencia dél, así también Él solo se llama padre, porque ni en beneficios, ni en amor, ni en entrañas de padre, ni en providencia paternal hay en el mundo quien merezca este nombre delante dél. Lo cual entendía muy bien el Profeta cuando decía: Vos, Señor, sois nuestro padre, y Abrahán no nos conoció, y Israel no tuvo que ver con nosotros (2): dando á entender que ninguno déstos merecía llamarse padre, aunque lo fuese, si se comparaba con Él.

Pues este gloriosísimo nombre nos debe convidar á amar á este Padre, y á esperar en Él, y darle gracias por sus beneficios, y acudir á Él en todos nuestros trabajos, y tomar húmilmente como de su mano los castigos, y buscar y procurar en todo su gloria, y servirle con espíritu de hijos y no de siervos, quiero decir, por quién Él es, y por lo que Él meresce, y no por miedo ni por interese. Pues á todo esto nos convida y nos obliga el derecho y título deste nombre, el cual nos ganó Cristo con sus merecimientos, que siendo único hijo de Dios por naturaleza, hizo otros muchos hijos por gracia. Digamos pues con sancta y humilde osa-

(1) Matth. 23. (2) Esai. 63.

día: Padre nuestro que estás en los cielos. Dice aquí Padre nuestro, porque llamar á Dios Padre mío singularmente á solo Jesucristo nuestro redemptor conviene, porque Él solo es hijo natural, y nosotros adoptivos. Á nosotros nos conviene llamarle Padre nuestro, porque todos somos de una misma manera hijos suyos iguales en una adopción, y en esta palabra nuestro, es avisado el hombre con qué caridad y humildad ha de orar, no se diferenciando ni ensoberbeciendo sobre los otros hombres, pues confiesa que son hermanos suyos y que todos son hijos de un mismo padre. Por tanto ha de mirar si los trata como á hermanos, ó si los desprecia como á siervos, ó les hace obras de enemigo: si conoce que son iguales á él y redimidos con igual precio por la misericordia de un padre. De aquí también se colige cuán sin envidia y sin particulares intereses habemos de orar. No hay mío ni para mí en toda esta oración, sino nos y para nos. De donde se entiende que el principal título por quien esta oración se hace, es en nombre de la Iglesia. Siempre se ha de pedir la prosperidad della, y ningún don, ninguna merced espiritual ni temporal ha de pedir el cristiano, que no quiera por participante en ella á su prójimo.

Dice más, que estás en los cielos. En esta partícula juntamente nos despierta la confianza y somos avisados cuán grandemente habemos de sentir á Dios, á quien tenemos por Señor y Padre. En todas las partes está Dios, ni tiene lugar deputado que estando en él deje de estar en otros. Mas por una cierta consideración le asignamos por morada el cielo como lugar de grande excelencia y hermosura, de grande majestad y poder, de grande seguranza y perpetuidad y donde más resplandecen las obras de la bondad y sabiduría de Dios. De manera que así como en las cosas de acá por el edificio de una casa juzgamos mucho del poder y riqueza de un señor, así las cosas del cielo nos despiertan á consideración de la grandeza y majestad de Dios, y confesamos por esta palabra la miseria de los que estamos en la tierra, cuán necesitados estamos de bienes, cuán sujetos á peligros y mudanzas. Convídanos esta misma palabra á que nos acordemos de cómo el cielo es nuestro proprio origen y naturaleza, pues el Señor que mora en él, nos crió para su casa y para tenernos siempre en su compañía, y que por culpa y pecados nuestros estamos desterrados dél en lugar de tantos trabajos y peligros. Y así habemos de suspirar siempre por volver á él, y provocar con toda diligencia que nuestros pensamien-

tos y obras se conformen con este deseo. Hasta aquí es como entrada y proemio de la oración: después de lo cual se sigue la primera petición, en que hablando con Dios y con nuestro Padre, pedimos sea sanctificado su nombre.

Por el nombre de Dios en este lugar habemos de entender el mismo Dios, la noticia, la gloria, la honra dél. Pedir que sea sanctificado su nombre no es otra cosa sino pedir que sea conocido por quien es, y honrado y servido conforme á tal conocimiento. Éste es deseo de verdaderos hijos, que ponen en la delantera de todo la gloria y honra del padre, y esto es lo que principalmente y entre todas las cosas procuran. Aquí se han de considerar dos cosas: la primera, el grande fuego y deseo que ha de haber en nuestro corazón que Dios sea conocido, que todas las gentes adoren su nombre y alcancen á conocer cómo Él solo es verdadero Señor, cómo en Él solo está todo nuestro remedio. Porque de muchas maneras es Dios deservido y desconocido. Entre las naciones que no profesan la religión cristiana, es blasfemado su nombre, pues lo es el de su Hijo: y sabemos que quien no honra al Hijo, no honra al Padre. Dellos ponen su confianza en falsos profetas, dellos en ídolos y cosas criadas, otros en vanas supersticiones. Entre los que confiesan que lo conocen y creen, hay muchos que tienen las obras muy contrarias de las palabras y que no solamente lo ofenden, mas son causa de grande escándalo para los infieles y ocasión que juzguen por nuestras obras la fe que tenemos. Para todo esto se pide al mismo Señor que sea sanctificado su nombre: y no se ha de pedir esto sin grande sentimiento y celo de ser Él muy verdaderamente acatado y servido, y con grande y ferviente deseo deso.

La otra cosa que se ha de considerar es que la misma honra y sanctificación que deseamos que Él tenga y que nosotros se la demos, la pedimos á Él mismo para que la encamine y haga llegar á efecto. En lo cual se nos enseña que ni es de nuestras fuerzas honrarlo y sanctificarlo, ni de nuestro juicio acertar cómo: sino que Él ha de dar favor para uno y otro. No le podemos nosotros servir por nuestro juicio solamente, ni con nuestro espíritu ó imaginación. Él es el que nos ha de avisar de lo que le agrada, y dar aliento á nuestros corazones y espíritu para eso, y darnos con su palabra noticia (como cada día nos da) de lo que quiere que hagamos para servirle, y darnos de su mano fuerzas para que lo pon-

gamos por obra. Nos conviene pedir á su Majestad todo esto, y pedirlo como hombres que tienen necesidad deso, encendidos en deseos de su gloria. Conviene poner de nuestra parte para esto grande cuidado y diligencia, y procurar que los dones que para esto pedimos á Dios, no nos sean dados en vano. Y como los pecados solos sean los que le ofenden, y los verdaderos enemigos de la honra y sanctificación de su nombre, debe el que hace esta petición ser muy contrario á éstos, y huir de su compañía como de enemigos y estorbadores de aquella sanctificación que él pide, y pedir al Señor que despierte y lleve por delante esta enemistad en él y en todos los hombres, pues entonces se podrá decir ser sanctificado su nombre, cuando en los hombres no reinare pecado sino sanctidad y justicia. Ésta es la primera petición que Cristo nuestro redemptor quiso que pidiésemos al Padre, dándonos ejemplo en sí mismo, que tuvo esto por fin, y ninguna cosa recusó que para eso no se ofreciese.

SEGUNDA PETICIÓN

Síguese la segunda petición, que es: *Venga á nos el tu reino.* En la cual se declara más la primera, porque entre otras excelencias que esta oración tiene, es ésta una, que siempre lo que se sigue es como más clara y viva exposición de lo que precedió. No pedimos aquí el reino con que Dios reina sobre todas las criaturas como autor y señor dellas: porque este reino ni va ni viene, siempre es y nunca ha de tener fin. Tiene otro reino particular, que es de gracia y de gloria, en el cual solamente son contados aquéllos que tienen su espíritu y están en su gracia y amor. Á éstos rige Él con una jurisdicción muy mansa y amorosa y con dominio de suavísimo yugo. Ampáralos con grande misericordia, líbralos de todos los peligros, tiéneles hechas mercedes de grandes privilegios y exempciones, porque los libró de la jurisdicción del pecado, de la muerte y del infierno. El tributo de los vasallos deste reino es de amor, obediencia y confianza, y la misma sujección dél es la libertad y franqueza. Éste es reino de grande paz, donde todo se trata con amor. Deste reino son todos aquéllos que verdaderamente sirven á Dios y que procuran de no perder la libertad que Cristo nuestro redemptor y señor les ganó, que es el señorío del pecado. Pedir la venida deste reino no es otra cosa

sino pedir que este reino se aumente y vaya siempre en crecimiento, pedir abundancia de paz, de espíritu, de fe, de amor y de todos los otros dones del cielo: pedir diminución de todo lo que á esto contradice y estorba, y victoria contra ello. Muchas cosas hay que son contrarias á este reino, el demonio, el mundo y la carne, señores tan poderosos, que tantos vasallos tienen, que tantas artes de guerras saben, que tan diestros y ejercitados son en engañar. Por esto pedimos al Señor en esta segunda petición que venga su reino, que no reinen en nuestros corazones las leyes deste mundo, los apetitos de la carne, los consejos del demonio, sino que solo Él reine en ellos, y de tal manera reine, que haya muchos que lo conozcan, muchos que le sirvan, muchos que resistan á los que pelean contra este reino; que haya constancia en las adversidades, fidelidad en tratar las cosas de Dios, que no nos alteremos con sus bienes, que no nos los atribuyamos á nosotros, sino que á Él solo los pidamos, á Él solo los agradezcamos, Él solo queramos que reine sobre nosotros, que su voluntad sea nuestra ley, su palabra nuestra lumbre, sus mandamientos nuestra alegría, ser suyos nuestra riqueza, y padecer por Él nuestra gloria. El fin y remate deste reino es la bienaventuranza que Él tiene prometida á los que en este mundo lo tuvieren por rey: la cual pedimos que también venga. Esto es, que pedimos perseverancia para alcanzarla y que la Majestad divina abrevie la conversión de todas las gentes, haga que todos lo conozcan y sirvan para que se llegue á la posesión del cielo, donde tengamos seguridad de nunca más ser ofendido, donde estaremos libres de tantos enemigos como en este mundo tenemos para arrancarnos deste reino, y donde en una concordia y con una voz nunca cesemos de alabarlo, de darle gracias por tantas mercedes como nos hizo en hacernos suyos. Esta petición está también llena de grandísima caridad para con nuestros hermanos y prójimos, pues que no solamente pedimos en ella que en esta vida reciban el espíritu del cielo, con que sean vasallos deste reino y sus almas sean libres de pena eterna y herederas del cielo, mas también pedimos que se llegue el cumplimiento del reino, por el cual sean libres de las miserias y trabajos deste mundo, de la pobreza en que muchas veces se ven, de la tiranía que padecen, de los trabajos y adversidades á que esta vida está sujeta, para que no solamente sus almas, mas también sus cuerpos estén fuera de tantos peligros.

TERCERA PETICIÓN

Y porque la venida deste reino consiste en que lo que Dios tiene mandado se cumpla, síguese luego la tercera petición, en que decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Esta voluntad es aquélla que Él tiene notificada por su palabra, y la que quiso que su unigénito Hijo y Redemptor nuestro nos predicase, para que haciendo nosotros aquello que Él dice que quiere, alcancemos los bienes y herencia que nos tiene prometido. Y porque para esto hay tanta flaqueza y contradicción en nosotros, pedímosle húmilmente que pues nosotros de nuestra naturaleza somos ciegos y errados, Él por su infinita bondad y misericordia encamine nuestras cosas, enderece nuestros corazones de tal manera que se cumpla siempre su voluntad y lo que nos tiene mandado y que por su único Hijo nos reveló, lo cual todo es para gloria suya y provecho nuestro. El original de la Iglesia de acá es la Iglesia que está en los cielos. Á ella caminamos y á ella habemos de tomar por norte de lo que acá habemos de hacer. Por eso pedimos al Señor que encamine y ordene que así cumplamos acá su voluntad como se cumple en el cielo: que pues nos quiere para ajuntarnos con los que allá están, haga que nos parezcamos á ellos en el contentamiento que tienen con todo lo que Él quiere. Aquí, si bien miramos y si de verdad y de corazón es la oración que hacemos, confesamos muchas cosas y pedimos remedio para todas ellas. Primeramente confesamos nuestra inhabilidad para cosa tan alta como es la voluntad de Dios, la mala inclinación y contrariedad que tenemos para sentir cosa tan buena, la ignorancia que tenemos para saber lo que nos es provechoso ó dañoso, la ceguera y soberbia de nuestra sciencia cuando nos atrevemos á pedir lo que no sabemos si Dios lo quiere, el deleite y delicadeza de nuestra carne para no sufrir cosa contraria ni cosa que ella juzgue por mala, la falta que tenemos de confianza para contentarnos con lo que nuestro misericordioso Padre quiere, y de paciencia para sufrir los trabajos y tentaciones que vinieren de su mano. Todos estos nuestros males confesamos y protestamos, y de todos pedimos remedio cuando decimos: Hágase, Señor, vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo. Y

es tanto como si dijésemos: Piadosísimo Padre, cuya bondad y poder (como cosa que es infinita) no puede ser entendida ni alcanzada, nosotros (á quien Vos habéis por bien de llamar hijos vuestros) confesamos húmilmente delante de vuestra Majestad que no hay, ni puede haber, ni puede caber en entendimiento criado cosa más justa ni más sabia de lo que es vuestra voluntad y aquello que Vos queréis. Confesamos también que ella es el camino para llegar á gozar de Vos. No queremos escondernos de vuestra sabiduría, ni menos queremos negar cuánta contradicción hay en nosotros para tan grande bien, cuánta ignorancia para lo que nos cumple, cuánta ceguera en nuestros ojos para cosa tan hermosa, cuán aficionados nos tiene este mundo, cuán poco sufrimiento tenemos, cuán mal confiamos en Vos. Pedímoos, Señor, que Vos nos encaminéis de vuestra mano á tanto bien como es cumplir vuestra voluntad. Emendad Vos nuestras vanas peticiones y nuestros deseos vanos, y nunca permitáis que se cumpla ni venga á efecto cosa que sea contra lo que Vos mandáis. Si necesarios fueren castigos, desde aquí, Señor, los pedimos. Y pues vuestra liberalidad es tanta, también, Señor, os pedimos paciencia para ellos. Nunca oigáis las peticiones de nuestra carne, que es vana y ciega, y desde aquí las revocamos todas, y siempre se cumpla lo que vuestra bondad quisiere. En el cielo, Señor, no hay quien no quiera lo que Vos queréis, no hay cosa que os resista: así, Señor, os pedimos con gemidos y conocimiento de nuestras faltas una centella de aquel contentamiento tan acertado, de aquella confianza tan segura, de aquella sabiduría que así alcanza á conocer que ninguna cosa hay buena, ninguna cosa hermosa, sino la que vuestra sancta y misericordiosa voluntad quiere.

Esto es lo que en suma contiene esta petición. Porque en ella pedimos verdadera mortificación de carne y de nuestros proprios afectos, que son la fuente de donde manan todos los inconvenientes y estorbos que tengo dicho.

CUARTA PETICIÓN

Síguese la cuarta petición, que es: *El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*. Hasta aquí pedimos todo lo que es necesario para ser moradores del reino de los cielos y verdaderos hijos de Dios:

agora nos enseña el Redemptor á pedir las cosas cuya falta nos podría ser grande impedimento para alcanzarlo y ser ocasión de grandes caídas. Por esta causa pedimos aquí la necesaria sustentación, que es el pan de cada día. Dos maneras hay de pan significadas en nuestra petición, y de uno y otro tenemos necesidad para que en esta vida nos sustentemos en servicio de Dios. Destos panes uno es espiritual, con el cual la vida de la fe y caridad (que es vida espiritual) sea cada día esforzada, para que siempre vaya en crecimiento y no venga en diminución, ó á que la perdamos del todo. Este pan es Cristo nuestro redentor, pan de vida que fué mandado del cielo (1) para ser manjar y sustento de nuestras almas y para librarnos de eterna muerte. Éste comunicamos mediante su palabra. Por lo cual pedimos aquí lo primero y principal, continuo y cierto ministerio de la palabra de Dios, que nos sea siempre amonestada y predicada, y nunca sintamos falta della. Pedimos ministros que repartan este pan acertadamente, no corrupto ni mezclado con fermento de vanidades humanas: cuya diligencia, cuyo celo y obras nos inciten y amonesten á cumplir lo que debemos. Y porque ni el que planta ni el que riega es alguna cosa, si el Señor no da crescimiento, pedimos juntamente eficacia para la palabra, que el espíritu de los cielos la asiente en nuestros corazones de manera que ejecute los efectos para que fué mandada, y alcancemos el espiritual mantenimiento de gracia que nuestro Redentor nos ganó. Es tan grande el peso de nuestra carne, tan grande nuestro desmayo, que si cada día no fuese esforzada nuestra fe por la mano del Señor, pocos permanecerían en esta vida, que es vida de espíritu y de justicia del cielo. Y como naturalmente seamos desconfiados, fácilmente caeríamos en grandes faltas si nos hallásemos sin lo que naturalmente es menester para pasar la brevedad desta vida. Y ésta es la razón por donde también pedimos la sustentación de la vida corporal, que es la otra manera de pan que en esta petición va metida.

Larga y de inmensa liberalidad es la mano de nuestro soberano Padre para repartir á sus hijos deste pan, pues vemos que por todo el mundo lo derrama y que no lo niega á buenos ni á malos. Mas mándanos nuestro Maestro y Señor que lo pidamos: para

(1) Joan. 6.

que entendamos de dónde nos viene y á quién lo habemos de agradecer, y que sepamos que si lo tenemos, no lo debemos á nuestro trabajo y industria, sino al Padre Celestial, á quien toda naturaleza sirve y obedece, y por cuyo mandamiento obra ó deja de obrar en nuestro servicio. Y aunque esto así sea, no por eso habemos de dejar de trabajar ni buscar los medios y caminos que Él para esta sustentación nos ha dado. Porque esto sería tentarlo y dar á entender que no conocemos que estamos en tierra de trabajos, de destierro, y sujetos á vivir en este mundo del sudor de nuestras manos. Sería blasfemar y despreciar su providencia, la cual nos dió Él para instrumento de su misericordia y bondad, y nos excita con ella á conocerlo y servirlo. De donde habemos de tomar aviso que todo se lo habemos de agradecer, que todo es suyo, que todo se lo debemos, las mercedes, las industrias y caminos por donde nos vienen. Pedimos el pan de cada día, y que nos lo dé para hoy. No pedimos para muchos años como infieles ni como tasadores de nuestra vida, ni pedimos cosas superfluas ni grandes, ni demasiados aparatos, sino solamente el pan de cada día, y que nos lo dé para el día presente. No es ésta nuestra patria y naturaleza, ni habemos de quedar aquí. No son desta tierra nuestros proprios placeres y honra, para que pidamos cosas demasiadas que sirvan más para faustos y soberbias, para vanagloria y vanos deleites, que para necesaria sustentación de gente que va de camino y que va á gozar de bienes y de posada que no tienen comparación. Si tenemos para hoy, aún no sabemos si llegaremos á mañana: y si llegáremos, en la mano donde estaba nuestra vida están también todos los bienes y todo lo que es necesario para ella. El Señor que nos la alargó, alarga juntamente con ella el amparo y sustentación. Aquí no se entiende que habemos de estar ociosos y que ningún cuidado habemos de tener de nosotros ni de nuestra familia, sino es una prohibición de demasiado cuidado, de demasiada ambición, que muchos tienen, confiando más en sus industrias que en la misericordia divina, teniendo tan poca fe, que cuidan que á cada paso les ha Dios de faltar, y que suplirán ellos esta falta con su falta de confianza y sobrado cuidado. Es también de notar que en la petición no decimos: dame, sino danos, como quien pide para muchos: y así es, que no ha de pedir nada para sí solo, sino juntamente para su prójimo. Donde se ve claro cuán mal pedirá el que pidiere para

sujetar ó hacer ventaja á otros, ó para que estén ellos más necesitados que él. Para todos pide cada uno, y general es este cuidado de todos: y como yo pido para los otros, así los otros para mí: porque esta oración y petición enseñó Aquél que tenía tanta caridad, que murió por sus enemigos: y en toda ella van las señales desto. Considere pues el que pide, si pide bien, que pide para todos: y que si recibe, así también recibe para todos, salvo si pide con una fe y recibe con otra. Y si es una (como ha de ser) la fe de orar y de recibir, ha también de mirar cómo negará á su prójimo (cuando lo viere en necesidad) lo que pidió y recibió para él: porque si el otro fué negligente en pedir, basta que él tenga pedido para ambos: y si pidió y no se lo dieron en sus manos, diéronlo en las destotro, al cual hicieron depositario dél para que se lo diese. Estas y otras muchas consideraciones ha de tener el cristiano en esta oración, porque es doctrina y profesión que los hombres han de tener para con sus prójimos.

QUINTA PETICIÓN

El principal impedimento que podíamos tener para no alcanzar lo que tenemos pedido á nuestro Padre Celestial, ó ya que alguna cosa alcanzásemos, para no poseerlo ni gozar con su bendición, sería tenerlo enojado y estar fuera de su gracia. Por esto en esta quinta petición pedimos que perdone nuestras faltas y pecados: que esto es lo que por deudas habemos de entender aquí. Nuestra flaqueza es muy grande, nuestro esfuerzo muy flaco: de aquí viene que son muy continuas estas caídas, y si por alguna dellas, ó por muchas que fuesen, la misericordia divina cerrase la puerta, ¿quién habría tan justo que escapase de ser condenado? El Redentor del mundo nos dice que pidamos perdón de nuestros pecados y deudas: luego es señal que siempre está la puerta abierta para quien de verdad lo pidiere. Juntamente con esto nos enseña que solo el perdón del Eterno Padre nos libra enteramente de los pecados y nos absuelve de las deudas: porque no hay en el mundo quien nos pueda dar carta de libertad de tal deuda sino Él. Y si este perdón no tuviésemos, no podíamos hacer cosa que bastase para que dejásemos de ser deudores. Llamámosle perdón

suyo y no paga nuestra, porque si en estas tales deudas fuésemos tratados con rigor de justicia y no con blandura de misericordia, Él quedaría justo, y nosotros deudores y condenados. Con esta misma petición somos amonestados á penitencia y á memoria de nuestros pecados y á que conozcamos cuán abominable cosa es ofender á tal Señor y tal Padre, y que con grande y firme propósito de emendar lo por venir pidamos perdón del pasado. Somos juntamente avisados de las flaquezas cuotidianas y caídas de pecados veniales, y de la necesidad que tenemos de continua oración. Dice más: *Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. Dura cosa sería y grande desprecio de la Majestad divina que le pidiésemos que perdonase nuestras grandes culpas y ofensas, y que no perdonásemos nosotros á nuestros hermanos las leves que dellos podíamos recibir: porque en comparación de las otras, no pueden dejar de ser muy leves. Casa de grandísima concordia es la Iglesia cristiana entre los hijos y el Padre y los hermanos entre sí mismos. De parte de nuestro Padre cierta y segura tenemos la paz, pues nos dice que le pidamos perdón de nuestros desacatos y ofensas, que Él lo dará y volverá á soldar con su misericordia y mansedumbre la paz que fué quebrada por nuestra culpa. Pues así será más verdadero hijo suyo aquél por quien no dejare de hacerse concordia entre los hermanos: aquél que de verdad procura y hace concordia y paz, que de buen corazón y voluntad perdona la deuda al que se la debe: y si el otro perseverare en su culpa, al menos el que perdona ya se ha mostrado hijo del Padre Celestial, pues por su parte no faltó el perdón. No habemos de esperar para pagar nuestras deudas, que nos den dellas satisfacción, porque ya no sería perdón sino paga, antes habemos de considerar la manera con que el Señor perdona nuestras deudas y culpas, y qué sería de nosotros si Él usase con nosotros de aquel rigor de que algunos usan con sus hermanos pidiendo entera satisfacción y paga, y aun á veces pasando más allá. No tiene menos caridad esta petición que todas las otras pasadas, antes la tiene mayor, si de verdad va pedida. Porque así como en las otras pedimos, no particularmente cada uno para sí solo, mas pide para todos, así lo hacemos en ésta, y en aquello de que mayor necesidad todos tienen, que es que le sean perdonados sus pecados. Pues ¿cómo se puede hacer que yo pida de verdadero corazón y sin falsedad y mentira perdón para mis hermanos, si no hago al menos

lo que está en mi mano, que es perdonarle lo que me debe y la ofensa que me tiene hecha? Si de verdad pido por él, ¿por qué no le doy la parte que tengo de aquello que pido? En esta petición no entendemos que se han de deshacer los contratos que no son contra caridad y que la justicia humana tiene por aprobados: porque eso es muy distinta cosa, y antes (si bien se usa dellos) son para concordia y paz de los hombres. Ni entendemos que los magistrados y ministros de la república dejen de castigar los delitos: porque eso no sería perdonar las deudas, sino favorecer los pecados y caer en mayores culpas.

Aquí podrá preguntar alguien qué es lo que han de hacer los que están mal con sus prójimos y desean venganza dellos, y rezan esta oración: porque al menos no podrán decir que les sean perdonadas sus deudas como ellos perdonan las suyas: y si lo dicen, está claro que ellos mismos se condenan. Y aun hay algunos que aconsejan que estos tales no digan esta petición ni toquen en ella: y tengo visto también quien sigue este consejo, y que se guardan de decirla como de cosa muy mala. Pues lo que á esto se responde, es, que los que desean venganza de su prójimo, está claro que su oración es en vano, pues no son verdaderos hijos del Padre á quien piden con nombre de hijos, ni oran con espíritu y verdad, sino con boca y corazón mentiroso. Mas dejar de decir aquella parte de oración es vanidad: porque esto hace el hombre temiendo que si la dice lo condenarán por ella y no le perdonarán sus pecados, y creyendo que en las otras peticiones será oído, no lo quiere ser en ésta. Y engáñase el pecador de muchas maneras: porque lo primero, él ya no ora como discípulo de Cristo nuestro Señor, pues no ora como Él mandó, antes emienda la oración que le enseñó, y quita della lo que le parece. Donde se sigue que el Padre no la aceptará, pues no es la que su Hijo enseñó. Lo segundo, se engaña en temer la condenación que hace contra sí con la boca, y no la que hace con el corazón, y cuida que Dios no ha de entender su corazón y que entenderá lo que dijere con la boca. Lo tercero en que se engaña, es, que cree que las otras peticiones serán oídas, y no quiere que aquélla lo sea: y las otras no lo serán, como peticiones no de hijo sino de siervo malo y traidor, y será oída aquélla, aunque él la hurte y deje de decir: porque no le serán perdonados sus pecados, pues él no perdona á quien le ofendió. Verdad es que hay algunos que tienen rencores con sus próji-

mos, y tienen tan endurecidos los corazones, que no los pueden tan fácilmente echar de sí, mas pésales desto y querrían que su corazón se les mudase, y entretanto trabajan de no hacer mal á su prójimo con obras ó con palabras, ya que lo hacen en el corazón. Estos tales justamente pueden hacer esta oración y pedir en ella victoria contra sus pasiones, y el Señor los oirá y dará buen espíritu á quien lo hallare menos y con este conocimiento lo pidiere.

SEXTA PETICIÓN

La sexta es: *No nos dejes caer en la tentación.* Para entendimiento désta es necesario que sepamos que Dios muchas veces prueba á los suyos, para que ellos mismos entiendan si están firmes en su servicio ó si son como de emprestado en cuanto ninguna adversidad les contradice. Muchas veces también castiga á los pecadores viendo que van desmandados, y que es necesario azote para que vuelvan en sí y conozcan cómo van huídos de la casa de su padre. Ninguna destas tentaciones es mala, antes una y otra son muy provechosas y son mandadas á los hombres con grande misericordia de que el Señor usa con ellos. Porque de ser probados en la cruz muy grande provecho les viene, si ellos mismos no lo quisieren perder. Esto es muy claro: pues es también claro que el que persevera en la tentación y por ella no se muda, sale con mayor riqueza y con mayor conocimiento de la divina bondad, enamorado para darle mucho mayores gracias y harto de nuevos dones y nuevas mercedes. Si cae, conoce su flaqueza, pierde la ocasión que tenía para llamarse siervo de Dios, pide fuerzas de nuevo, humíllase y confúndese en sí mismo por haber caído, está para lo de adelante más avisado, y conoce mejor el peligro y de dónde le ha de venir el esfuerzo y la victoria. Del castigo que el Señor nos manda por nuestras culpas y pecados, los mismos pecadores tenemos grande necesidad, porque sin él podría ser que cebados de la prosperidad del mundo y del buen suceso de nuestras culpas, las siguiésemos á rienda suelta y del todo nos perdiésemos. Así que una y otra es misericordiosísima tentación: y si alguna vez no nos sucede bien, es por sola culpa nuestra y obstinación: porque en ellas no hay sino mansedumbre y voces con que nuestro Padre nos llama para llegarnos á sí, ó volvernos si vamos huyendo.

Destas maneras de tentación no se entiende la petición que hacemos. Hay otras tentaciones que son del demonio, y del mundo, y de la carne. Éstas como son de mala raíz, siempre tiran á mal fin, y el propósito del demonio no es sino derribarnos. Déstas pedimos á Dios que nos libre. y tanto es decir, no nos dejes caer en la tentación, como decir: Señor, aunque estas tentaciones no sean de las vuestras (porque Vos no tentáis para derribar ni para matar, sino para levantar y dar vida) porque ninguna cosa se puede hacer sin permisión y consentimiento vuestro, rogamos á vuestra infinita clemencia que no deis lugar á que estos enemigos nuestros usen de su poder y fuerza contra nosotros. Vos, Señor y Padre nuestro, sabéis cuán poderosos son ellos, y cuán flacos nosotros, cuán grande es la enemistad que nos tienen, cuánta es su diligencia para destruirnos. No consienta vuestra misericordia que seamos tentados por ellos, y si lo fuéremos, que de tal manera seamos favorecidos que no seamos vencidos en la tentación, sino que lo que ellos comienzan para nuestro mal, se encamine para nuestro bien y para que ellos queden vencidos y nosotros vencedores. Ésta es nuestra petición, en la cual habemos de conocer cuán sin fuerzas estamos de nuestra parte para resistir al demonio y á sus tentaciones, y pedir siempre socorro del cielo para la victoria, si nuestros pecados merecieren que seamos tentados, ó el Señor por esta misma causa lo permitiere.

SÉPTIMA PETICIÓN

La séptima petición es: *Líbranos de mal.* Ésta no solamente es una más abundante declaración de la petición pasada, mas es una suma ó recapitulación de toda la oración, en que pedimos que seamos guardados de todo aquello que puede encaminarnos á desagradar ó olvidar á nuestro sanctísimo Padre. El principal mal que en esta petición habemos de entender, es el demonio, y luego todas las obras que dél salen. Él es malo y autor de todo mal, y á él habemos de tener por la principal causa de nuestros males. Él causó nuestro pecado, él es el autor de la muerte, él urdió la condenación de los hombres, y no es otro su ejercicio sino procurar nuestros males, no solamente del alma, mas tam-

bién del cuerpo. De aquí habemos de tomar aviso que cuando nuestro prójimo nos hiciere algún mal, luego le perdonemos por él, y que antes tengamos piedad dél que rencor y malquerencia, porque cayó en las manos de nuestro enemigo, contra el cual habemos de pasar todo nuestro enojo y enemistad, por tenerlo enlazado en sus redes. De manera que cuando decimos, líbranos de mal, ninguno pide solamente para sí, sino para todos los prójimos, como en las otras peticiones. Y como del demonio (como de capital enemigo nuestro) salgan muchas veces las discordias, las guerras, las pestes, las herejías y scismas, con otros muchos males, y por su causa nos hayan venido, pedimos también aquí ser libres de todo, y paciencia para cuando por nuestros pecados nos viéremos en cualquier cosa déstas. Esto es lo que esta petición también añade sobre la que precedió: porque hay algunos trabajos que por cuanto Dios los permite para prueba y emienda nuestra, es tentación saludable y enderezada para tal fin: mas en cuanto el demonio los busca para vengarse de nosotros y llevarnos á mayor mal, pedimos al Señor que nos libre dellos con todos los otros que siempre vienen acompañados de grandes pecados, como cosas de la inclinación y propriedad del demonio, cuales son algunos de los que agora dijimos. Y porque nuestro enemigo (aunque tiene grande deseo de hacernos mal) no tiene más poder para eso de cuanto por la mano de Dios le es permitido, pedimos aquí que no lo deje andar suelto, mas que siempre lo tenga atado: porque si él se viese libre, ningún bien espiritual ni temporal nos dejaría: tanto es el odio que nos tiene.

Concluye la Iglesia esta oración con esta partícula: *Amén.* Ésta es la voz por que pedimos confirmación de todas, y rogamos que no estorben nuestros pecados aquello que por la divina misericordia nos es prometido, sino que todo sea cierto y firme. Con este Amén confirma Dios sus promesas: y porque la flaqueza de nuestra fe siempre es muy grande, socorre Él con afirmar y jurar que será cierto lo que promete, y ésta repetimos nosotros pidiendo la misma confirmación, la cual Él tuvo por bien hacer para más esforzarnos.

CAPITULO V

DE DOS PRINCIPALES OBRAS QUE DEBEN ACOMPAÑAR Á LA ORACIÓN, QUE SON, EL AYUNO Y LA LIMOSNA Y OBRAS DE MISERICORDIA

Allende desto es de saber que así como acostumbran decir que ruegos secos valen poco para con los hombres, así también se puede decir en su manera que valen poco para con Dios, cuando podían ir acompañados con buenas obras. Porque como dice el Señor en su Evangelio, no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (1). Y por esto aconsejan todos los sanctos que para nuestra oración ser acepta debe ir acompañada con buenas obras, especialmente con ayuno y limosna, que son las que más dicen con esta verdad y más á propósito vienen con ella, como el ángel de Dios lo declaró á Tobías cuando dijo: Más vale la oración con el ayuno y con la limosna, que amontonar tesoros de oro (2). Y particularmente el ayuno es necesario para la oración, porque descargando y aliviando el cuerpo del peso del mantenimiento, queda el espíritu más hábil para volar al cielo, como vemos por experiencia que la garza cuando acosada de los halcones quiere subir á lo alto, se alivia desembuchando y lanzando los peces que ha comido, para volar más ligero.

Pues para esto es necesaria la abstinencia y el ayuno, con el cual no consentimos que la carne de tal manera se enlode en los deleites deste mundo, que lleve por fuerza á nuestro corazón en pos de sí, y ocupe nuestra memoria, y sea una enemiga y contradictora de los bienes y deleites del espíritu, y que con su fortaleza y ferocidad esté siempre á la puerta como para resistirle y defenderle la entrada, en echarlos de casa.

Aquí es para saber que hay tres maneras de ayuno (3): uno general, que es refrenarse el hombre de todo género de vicios, ayunando y guardando la boca y el corazón de murmurar, codi-

---

(1) Matth. 7. (2) Tob. 12. (3) De Conf. d. 5. cap. Nihil.

ciar y de todos los otros vicios. Hay otro ayuno que llaman filosófico, de que usaban los filósofos virtuosos tomando templadamente el manjar, para sustentación de la vida y no para hartura y deleite del cuerpo. Hay otra tercera manera de ayuno que se llama canónico y eclesiástico, cuando en ciertos días hacemos abstinencia de carne, y nos contentamos con una sola refección conforme á la determinación de la Iglesia, para domar la carne, y solicitar el espíritu, y satisfacer por nuestras culpas, y obedecer á los mandamientos de la Iglesia, y alcanzar de Dios lo que le pedimos, mediante la aflicción y humillación de nuestra carne. Á este ayuno nos llama el Señor por su Profeta diciendo: Convertíos á mí de todo vuestro corazón con ayunos y lloros y llantos (1). Y un poco más abajo: tocad (dice él) una trompeta en Sión, y sanctificad el ayuno. El cual se sanctifica acompañándolo con otras buenas obras: porque por aquí se alcanza el perdón de los pecados y la gracia del Señor. Y así miremos, como alega S. Hierónimo, que Daniel, varón de deseos, mediante el ayuno alcanzó los secretos divinos, y los ninivitas por él aplacaron la ira del Señor, y Moisés y Elías con el ayuno de cuarenta días merecieron la hartura y pasto de la comunicación de Dios. Y el mismo Señor y Salvador nuestro ayunó en el desierto otro tanto tiempo (2) para dejarnos con su ejemplo consagrados los días de nuestro ayuno. Y á los Apóstoles dijo que había un cierto género de demonios que no se vencían sino con oraciones y ayunos (3). Y el apóstol S. Pablo muchas veces dice que ayunó. Y el Profeta Real dice que comía ceniza como pan, y mezclaba su beber con lágrimas, y que cuando era perseguido de sus enemigos afligía su carne con ayunos (4). Finalmente, como dice el Apóstol (5), todos los que son de Cristo, crucifican su carne con todos sus vicios y codicias.

§ I

También la limosna y misericordia es grande ayudadora de la oración. La razón desto está muy clara para cualquiera que esté ejercitado en el artificio que la divina Escritura usa: porque lo

(1) Joel. 2. (2) Matth. 4. (3) Matth. 17. (4) Psalm. 101. (5) Galat. 5.

principal que en la oración pretendemos es provocar la divina Majestad á que haya misericordia de nosotros y alargue la mano de sus infinitos bienes para el remedio de nuestras necesidades. También la verdadera oración, ó el que verdaderamente ora, no es interesado para sí solo, ni quiere solamente para sí el remedio, ni busca daño de persona alguna. Pues con la limosna se humilla el hombre, y profesa todo esto cuando con pedir la misericordia del cielo no niega él la que puede hacer en la tierra, y es como si dijese á Dios: Señor, no quiero yo vuestras misericordias para alzarme con ellas, porque ladrón sería si tal hiciese, que vuestras son y no mías. No las quiero para daño de mis hermanos, pues las merecen ellos mejor que yo. Déstas de que Vos me tenéis hecho merced, quiero repartir en señal y protestación que como obra vuestra uso de misericordia, como Vos siempre la usastes comigo, y no permitáis Vos sobre mí tanto mal que con mis mismas obras yo me condene, viniendo á pediros misericordia, y no usándola con mi prójimo.

Veis aquí cómo por la limosna se nos dan á entender todas las obras de que somos obligados al prójimo.

Mas aquí es para saber que la limosna no solamente es provechosa porque ayuda á la oración, sino también por sí misma, porque es excelentísima virtud, pues ella hace al hombre hijo de Dios y imitador de Dios en aquello que es más glorioso y más alabado en Dios, que es en la misericordia. Por esto nos aconseja nuestro Salvador diciendo: Sed misericordiosos así como vuestro Padre es misericordioso (1): el cual Salvador corría por las ciudades y lugares haciendo bien y sanando á todos los que estaban opresos del demonio (2). Mil testimonios hallaremos déstos en las Escrituras divinas. En un lugar dice el Señor: Dad por amor de Dios lo que os sobra, y todas vuestras culpas serán limpias (3). Y en otro lugar: Vended vuestras haciendas y dad limosna, y atesorad en sacos que no se envejecen, un tesoro que nunca os falte en los cielos (4). Y en otro lugar: Ganad (dice Él) amigos con el dinero que suele servir á la vanidad, para que cuando desfalleciéredes os reciban en las moradas eternas (5). Y el Eclesiástico dice: El fuego encendido apágase con agua, y los pecados con la limosna (6). Y el ángel San Rafael dijo á Tobías: La limosna libra de

(1) Luc. 6. (2) Act. 10. (3) Luc. 11. (4) Luc. 12. (5) Luc. 16. (6) Eccli. 3.

la muerte y purga los pecados, y hace al hombre alcanzar misericordia y vida eterna (1). Y por el contrario dice Santiago que se hará juicio sin misericordia al que no usare de misericordia (2). Mas por el contrario dice Cristo: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (3).

También tenemos ilustres ejemplos en las mismas Escrituras de hombres misericordiosos. De Lot se dice haber agradado á Dios por la virtud de la hospitalidad, que es oficio de recoger huéspedes y peregrinos en casa. Las limosnas de Tobías y del Centurión pudieron tanto, que subieron ante el acatamiento de Dios, y tuvieron á los ángeles no sólo por testigos dellas sino también por alabadores. Zaqueo, movido por las palabras de Cristo, de príncipe de los publicanos se hizo espejo de misericordia, porque la mitad de sus bienes daba á los pobres (4). Y Tabita, mujer religiosa, después de muerta fué por San Pedro Apóstol resucitada, por las limosnas y buenas obras que hacía, como escribe San Lucas (5).

§ II

De las obras de misericordia.

Y porque la limosna tiene tanto parentesco con la misericordia, pues dijimos ya de la limosna, digamos agora de la misericordia. Misericordia dice San Agustín que es compasión del ánimo lastimado, con dádiva de algún beneficio, para que compadeciéndonos del prójimo, lo proveamos de algún socorro. Por lo cual este nombre de misericordia muchas veces se toma por limosna, conforme á aquello del Eclesiástico que dice: Toda misericordia aparejará lugar al hombre según el mérito de sus obras (6). Y San Crisóstomo dice: La misericordia es fortaleza de nuestra salud, ornamento de nuestra fe y perdón de nuestros pecados. Ésta es la que prueba los justos, esfuerza los sanctos y declara cuáles son los verdaderos siervos de Dios (7). Finalmente, S. Ambrosio dice que la suma de toda la vida cristiana consiste en piedad y misericordia (8).

---

(1) Tob. 1. (2) Jacobi 2. (3) Matth. 5. (4) Lucæ 10. (5) Actuum 9. (6) Eccli. 16. (7) Chrysost., super Matth. (8) Ambrosius, 1. Tim. 4.

Y como sean muchas las obras de misericordia, comúnmente los doctores las reducen á dos órdenes: porque unas son corporales, otras espirituales. Corporales se llaman porque sirven al remedio de las necesidades del cuerpo, y espirituales porque ayudan á las espirituales necesidades del alma. De las unas y de las otras obras tenemos ilustre ejemplo en el santo Job, que hablando de sí mismo decía así: Desde mi niñez cresció comigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió comigo. Ojo fuí al ciego y pies al cojo. Padre era de pobres, y la causa que no entendía, con suma diligencia procuraba averiguarla. Quebraba las quijadas de los malos, y de sus dientes les sacaba la presa (1). Y más abajo dice: No quedó fuera de mi casa el peregrino, y mis puertas siempre estuvieron abiertas al caminante.

Y descendiendo más en particular á tratar del número destas obras, en cada una destas dos órdenes se ponen siete. Porque las obras de misericordia corporales son dar de comer al hambriento, y de beber al sediento, vestir al desnudo, redimir al cautivo, visitar al enfermo, agasajar al peregrino y enterrar los muertos.

Las obras de misericordia espirituales son también siete, conviene á saber, enseñar al que no sabe, reprehender al que peca, aconsejar al que está dudoso, consolar al triste, rogar á Dios por el prójimo, sufrir con paciencia las injurias, y perdonar las ofensas.

De las primeras obras de misericordia dice Dios por Esaías: Parte tu pan con el que tiene hambre, y á los pobres y peregrinos recoge en tu casa. Cuando vieres algún desnudo, cúbrelo y no desprecies tu propria carne (2). Después de estas palabras acrescienta el Profeta grandes fructos que se hacen de estas obras, diciendo: Cuando esto hicieres, irán tus obras delante de ti, y la gloria y providencia del Señor te ampará. Entonces llamarás y oirte ha Dios, gritarás y responderte ha, vesme aquí. Y el evangelista S. Juan después de haber encarescido grandemente en una carta suya las obras de caridad y misericordia, finalmente dice así (3): Quien tuviere de los bienes deste mundo y viere á su hermano en necesidad, y le cerrare las entrañas, ¿cómo se podrá decir que éste tiene amor de Dios? No contento con haber dicho esto, concluye su razón diciendo: Hijitos

(1) Job 29. (2) Esai. 58. (3) 1 Joan. 3.

míos, no amemos solamente con palabras, mas con obras y con verdad. Éstas son las obras de que dice el Salvador que se nos ha de pedir cuenta en aquel universal juicio, donde se dará la bendición del Padre y el reino de los cielos á los que hubieren usado destas obras: y por el contrario, serán malditos y condenados los que no hubieren usado dellas (1).

De las otras obras de misericordia espirituales dice el Apóstol: Los que estamos más firmes debemos sufrir los defectos de los más flacos y no estar contentos y satisfechos de nosotros mismos, antes cada uno trabaje de agradar á su prójimo en el bien para edificarlo y aprovecharle á imitación de Cristo, que no tuvo cuenta con su contentamiento, sino con nuestro remedio (2). Y escribiendo á los de Éfeso dice así: Sed unos con otros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, así como Dios os perdonó por Cristo (3). Y en otro lugar: Sed imitadores de Dios como hijos muy amados, y vivid en amor así como Cristo nos amó (4). Y después desto: Como escogidos y amados de Dios vestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos unos á otros y perdonándoos, si alguien tiene de vosotros alguna queja: así como el Señor os perdonó, así vosotros también perdonad (5). Y escribiendo á los de Tesalónica dice así: Castigad los inquietos, consolad los pusilánimes, recibid á los flacos y sed sufridos para con todos (6). Estas y otras maneras de obras de misericordia nos encomienda S. Pablo, el cual se hizo todo para todos por hacer salvos á todos, y resplandeciendo en todo género de obras de misericordia, nos dejó un clarísimo ejemplo desta virtud (7). Y quienquiera que quisiere saber cuál sea el fin y suma de todas las obras de misericordia, sepa que no es otro que aquél que en muy pocas palabras comprehende el mismo Apóstol diciendo: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (8): la cual dice el mismo Apóstol que consiste en la caridad (9). Finalmente, á cada uno de nosotros está mandado que tenga cargo de su prójimo, el cual mandamiento interpretó el Salvador diciendo: Todas las cosas que queréis que hagan los hombres con vosotros, hacedlas vosotros con ellos: porque ésta es la ley y los profetas (10).

(1) Matth. 25; Luc. 16. (2) Rom. 15. (3) Ephes. 4. (4) Ephes. 5. (5) Ephes. 6; Col. 3. (6) 1 Thes. 5. (7) 1 Cor. 9; 2 Cor. 11; Act. 20. (8) Gal. 6. (9) 1 Tim. 1. (10) Matth. 7.

CAPÍTULO VI

DE LOS SIETE SACRAMENTOS, Y PRIMERO DEL BAPTISMO

Antes que comience á tratar del sacramento del baptismo, diré primero de la virtud y efectos de los sacramentos en común y de la razón por que fueron instituídos. Sentencia es común entre todos los filósofos que la naturaleza no falta en las cosas necesarias: esto es, que el autor de la naturaleza (que es Dios) así como crió todas las cosas para que fuesen y permaneciesen en su ser, así las proveyó de todo aquello que para la conservación deste ser les era necesario. Y si esta providencia tiene Dios en las obras de naturaleza, mucho más la ha de tener en las de gracia: y si tan enteramente proveyó de todo lo que era necesario para la vida corporal, mucho más proveerá de lo que conviene para la vida espiritual. Pues como la verdadera vida y bienaventuranza del hombre consista en el cumplimiento y guarda de la ley de Dios (que es vida celestial y sobrenatural) y ésta no se pueda cumplir sin el favor de la gracia, necesario es que pues quería Dios que el hombre viviese esta manera de vida, que lo proveyese también desta gracia con la cual pudiese vivir. Pues para esto fueron instituídos los sacramentos, que son unos celestiales instrumentos y medios por donde se nos comunica la divina gracia, y unos caños que se derivan de la fuente del costado de Cristo, por los cuales se deriva el agua de su gracia en nuestras almas. Porque aunque Dios pudiera infundir esta gracia sin estos medios (como muchas veces la infunde) todavía porque el hombre está compuesto de dos substancias, una visible y otra invisible, que son cuerpo y alma, por esto, proporcionando el remedio con la persona á quien se debía, quiso que se le diese por medio destos sacramentos, que también están compuestos de dos cosas, la una visible, que es la materia y forma del sacramento, y la otra invisible, que es el espíritu y gracia que por él se da.

Mas por ventura dirás: para eso bastaba un solo sacramento que diese esa gracia de que el hombre tiene tanta necesidad.

Á esto se responde que así como la misma divina Providencia crió muchas diferencias de cosas para la sustentación de la vida humana (porque eran muchas las necesidades que padescía) así también porque tenía el hombre diversas maneras de necesidades en la vida espiritual, lo proveyó de diversas maneras de remedios, y por eso fueron muchos y diversos los sacramentos, porque así lo eran también las necesidades. Y siguiendo agora el hilo desta misma comparación de la vida humana, vemos primeramente que para esta vida tiene el hombre necesidad de una virtud generativa, para que en ella nazca: y de otra aumentiva, para que después de nascido crezca: y de otra que llaman nutritiva, para que después de crescido se conserve: y de otra curativa, para que si alguna vez adoleciere, se cure: y de otra reparativa, para que después de curado se restituya en aquellas mismas fuerzas y vigor que de antes estaba. Pues estas mismas cinco cosas proveyó también este Señor en su manera para la sustentación de la vida espiritual, y esto mediante la virtud de los cinco primeros sacramentos. Entre los cuales uno sirve para nascer en esta vida, que es el sacramento del sancto baptismo: otro para crescer y esforzarnos, que es el de la confirmación: otro para conservarnos y sustentarnos en ella, que es el de la Eucaristía: otro para curarnos si alguna vez enfermáremos, que es el de la confesión: y otro después para del todo restituirnos y restaurarnos en ella, que es el de la extrema-unción. De manera que por el baptismo se hace uno de infiel fiel, que es, de hijo de hombre hijo de Dios, ó de hijo de Adam hijo de Cristo: por la confirmación se hace de menor mayor y más robusto, por la Eucaristía vive y se conserva en esa misma fortaleza, por la confesión se cura cuando está enfermo, y por la extrema-unción del todo se restituye y queda sano, porque por ella se quitan las reliquias que en nuestra alma quedaron del pecado, aunque este sacramento se administra en artículo de muerte, porque era razón que en tiempo de tanta necesidad tuviese el hombre de fuera quien le ayudase, cuando apenas puede él ayudarse de sí mismo.

Estos cinco sacramentos son necesarios al hombre considerándolo en cuanto es una persona particular. Mas considerándolo en cuanto tiene otros dos oficios, el uno, de propagar y multipli-

car la naturaleza humana con otros individuos, y el otro, de regir á éstos y encaminarlos á su último fin, que es Dios, tiene necesidad de otros dos sacramentos, el uno del matrimonio, que nos da virtud para vivir casta y religiosamente en este estado, y criar nuestros hijos en temor de Dios: y el otro, del orden, que nos hace hábiles para ser ministros de la Iglesia y encaminar los hombres á Dios. Y porque para lo uno y lo otro era el hombre inhábil sin la gracia de Dios, convenía también á su providencia que no nos faltase en esta necesidad, sino que ordenase sacramentos para eso.

Éstos pues son los siete sacramentos, por los cuales el Espíritu Sancto (por la virtud y méritos de la pasión de Cristo, que nos mereció tanto bien) comunica sus dones y gracias á los fieles para todos estos efectos. De manera que así como Dios crió siete planetas en el cielo, por cuya virtud y influencia gobierna todo este mundo visible, que son todos los cuerpos inferiores, así también instituyó estos siete sacramentos (que son como otros siete espirituales planetas) por los cuales influye y gobierna á la Iglesia y produce todas las virtudes y gracias en nuestras almas.

Pues comenzando por el primero dellos, que es el Baptismo, será necesario tratar sumariamente dél cinco cosas: lo primero, qué cosa sea baptismo: lo segundo, por qué es y se dice sacramento, y quién lo instituyó: lo tercero, qué fructo y efecto hace en los hombres, donde especificaré brevemente las cerimonias y costumbres que la Iglesia guarda en su administración: lo cuarto, asignaré las condiciones que ha de tener aquél que ha de ser baptizado: lo quinto y último, enseñaré cuál es y debe ser el oficio de los padrinos y madrinas con sus ahijados. Lo cual todo trataré breve y distinctamente.

Cuanto á lo primero, brevemente digo que en nuestro propósito baptismo significa y es un lavatorio de agua que tiene virtud de la palabra de la vida. Desta manera le llama el Apóstol escribiendo á los Efesios. Ó es también un lavatorio de otra generación y renovación, como le llama el mismo escribiendo á Tito (1). Dícese lavatorio de agua, porque los baptizados se bañan en agua, al menos se mojan con ella: y llámase de otra generación y renovación, porque en este sacramento otra vez nascemos espiri-

(1) Tit. 3.

tualmente, y somos alimpiados y sanctificados, como enseña el Apóstol.

Cuanto á lo segundo, por qué razón el baptismo es y se dice sacramento, la causa es porque sacramento es una señal visible exterior de la gracia invisible. Donde en cada un sacramento déstos se nos ofrecen dos cosas para considerar. Una es la señal que de fuera aparece, otra la gracia divina que no se parece. Pero es de saber que los sacramentos no solamente son señales sagradas, mas son señales eficaces y obradoras de lo que significan: esto es, que no solamente significan la gracia de Dios y favor que en ellos nos hace, mas dan y obran la misma gracia en los que dignamente los reciben. Estas dos cosas manifiestamente se hallan en el baptismo, quiero decir, señal exterior y gracia interior. Porque como el agua tiene por su naturaleza fuerza para alimpiar las suciedades de las cosas corporales, así el agua del baptismo muestra que en él se lavan las inmundicias de las almas. Pero no solamente se muestra esto por aquel lavatorio, mas de hecho y verdaderamente se hace en él. Por lo cual dice S. Agustín: Esta agua no solamente alimpia los cuerpos de las suciedades, mas libra al alma de los pecados. Pero conviene que sepamos de dónde tiene virtud esta agua que aprovecha no sólo á los cuerpos, mas á las almas: porque no toda agua tiene de suyo tal virtud, sino la que va acompañada con las palabras que Dios ordenó. Quitad al agua estas palabras: ¿qué quedará al agua sino agua? Ajúntase la palabra con el agua, y hácese sacramento. La virtud de las palabras de Aquél que anduvo sobre las aguas, ésa es la que alimpia nuestras almas, y las palabras son los mandamientos y promesas de Cristo instituidor deste sacramento, las cuales son éstas: Yo te baptizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto. Fúndanse estas palabras en aquéllas que dijo Cristo á sus discípulos: Id y enseñad á todas las gentes, baptizándolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto (1). Fúndanse también en la promesa de Cristo, que es ésta: El que creyere y fuere baptizado, será salvo. El que no creyere, será condenado (2). El sentido de las sobredichas palabras con que el ministro deste sacramento lo celebra, es éste: Yo por esta señal visible (que es el agua) te lavo en nombre de la Sanctí-

(1) Matth. ult. (2) Marci. ult.

sima Trinidad, que es Padre y Hijo y Espíritu Sancto, para que te reconcilies con Dios y estés en su gracia. Donde parece que el sello de nuestra alianza y amistad con Dios y del favor de su gracia es el baptismo.

Agora declaremos lo tercero, conviene á saber, el efecto y provecho que el baptismo hace. El efecto es que por este sacramento se libra el baptizado de la tiranía y reino del diablo, recibe perdón de todos sus pecados, y por el Espíritu Sancto y por la inocencia se consagra á un Dios Padre y Hijo y Espíritu Sancto, y se hace su hijo y heredero. Los cuales efectos y fructos también se muestran y representan hermosamente en las obras y manera con que se administra y celebra este sacramento, y principalmente metiendo al baptizado en el agua y sacándolo della. Porque escondiéndose el hombre dentro en el agua, ó cubriéndose y mojándose con ella, significase que ya muere y se libra del imperio de Satanás y de la muerte y del pecado que reinan en los infieles. Y sacándolo fuera del agua significase que de ahí adelante resuscita á otra nueva vida y inocencia, conviene á saber, que por el Espíritu Santo es otra vez resuscitado ó engendrado y hecho hijo y heredero de Dios. Allende desto, en la bendición que primero se hace de la pila del agua con solemnes oraciones, ungiéndola con el sancto crisma, se nos da á entender que el agua, no por su propria naturaleza (según arriba dijimos) mas por la virtud divina y por obra del Espíritu Sancto, lava las máculas del pecado. El exorcismo ó conjuro del demonio que luego se hace en la administración del baptismo así con ciertas palabras como con el soplo del sacerdote, principalmente se hace para que el espíritu malo (que hasta entonces tenía tiranizado por el pecado de los primeros padres al que se ha de baptizar) huya y dé lugar al Espíritu Sancto y de ahí adelante no ose derribar ni corromper á aquél que desde entonces se pone al amparo de Jesucristo. Luego el que se baptiza se signa con la señal de la cruz, para que se acuerde que está señalado por siervo y caballero de Cristo, escrito en la nómina de los suyos, y que con muy grande confianza y ánimo muy constante lo ha de confesar delante de todo el universo mundo y reconocerlo por Señor. Después desto dan al baptizado á gustar sal bendita primero, para que con esto sea amonestado que ha de carecer de todo hedor y corrupción de pecado, y que de ahí adelante todas sus palabras han de ser ordenadas

con sabiduría, que es significada por la sal. Luego se untan las orejas y las ventanas de las narices del que se ha de baptizar, con saliva, para que sea avisado que le conviene por toda la vida oir la palabra de Dios, y que en solo Dios ha de poner todos sus deleites y contentamientos, y que en ninguna manera ha de buscar los deleites y regalos ó mimos de la carne. Después dicen al que se ha de baptizar que renuncie á Satanás y que confiese la fe de Cristo, para que acordándose después de lo que entonces promete, en todos sus pensamientos y palabras huya solícitamente de todos los pecados y todos los malos consejos del diablo, y que todo el tiempo que viviere se junte con Cristo y con la inocencia de vida constantemente. Demás desto úngese el que se ha de baptizar con óleo santo en el pecho y entre las espaldas, para que entienda que ha de luchar contra Satanás y contra el mundo, y para que con la virtud de Dios se esfuerce para la confesión de la fe católica y para la ejecución de las buenas obras. Luego en siendo baptizado, se unge con crisma en la frente, para que conozca que entonces se une con la cabeza de la Iglesia, que es Cristo, lo cual es ser cristiano, porque como S. Pablo dice (1), por el baptismo nos vestimos de Cristo. Luego se cubre el baptizado con un velo blanco, para que sepa que ya está libertado de la servidumbre del diablo en que antes estaba, y para que entienda que por el baptismo se viste de inocencia y de pureza, la cual ha de trabajar por guardar en cuanto viviere, sana y salva. Las cuales cerimonias son antiquísimas y por la mayor parte descienden del tiempo y ordenación de los Apóstoles, por lo cual ninguno las debe tener en poco ni dejarlas presuntuosamente.

Después de lo dicho resta que consideremos brevemente cuáles son ó han de ser aquéllos á quien se ha de dar el baptismo. Á esto decimos juntamente con la sancta y católica Iglesia que se ha de dar á los niños de poco tiempo nascidos, y á los que tienen años de discreción que de nuevo se convierten á Cristo. Lo cual podemos mostrar por firmísimas razones. Lo primero, averiguada cosa es que la circuncisión que se dió á los judíos, fué figura del baptismo, como también el Mar Bermejo (2): pues cierto es que en el Viejo Testamento los niños nascidos de ocho días se circuncidaban, y por el Mar Bermejo no solamente pasaron y se salva-

(1) Galat. 3. (2) 1 Cor. 10.

ron los hombres ya hechos, sino también los niños. Luego desta manera se han agora de baptizar no solamente los mozos y hombres, mas también los niños: porque lo que en la figura se hacía, mucho más conviene que se haga en la verdad. Asimismo Cristo abiertamente dijo: Dejad á los pequeñitos venir á mí, porque de los tales es el reino de los cielos (1). Y en otra parte dijo: No tiene voluntad mi Padre qne perezca uno destos pequeñitos. Pues cierto es que no pueden venir á Cristo los niños sino por el baptismo, y no pueden dejar de perecer si no son baptizados. Porque quien no fuere baptizado, no puede entrar en el reino de Dios (2).

Y si alguno preguntase: ¿cómo creen los niños nuevamente nascidos? Respondemos con S Agustín que los tales creen, pero por otros, como también pecaron por otros. Y que la fe ajena aproveche á otros, parece claro por el Evangelio, donde por la fe que otros tuvieron, perdonó el Señor los pecados á un paralítico (3). Desta manera recibe el Señor en su gracia y en su fe al niño que no entiende ni sabe hablar, por la fe y confesión de la Iglesia y de sus padrinos.

Agora vengamos á lo último que prometimos, conviene á saber, qué cosas pertenecen al oficio de los padrinos Porque dado que arriba en el cuarto precepto dijésemos alguna cosa de su cargo, todavía este lugar más propriamente conviene para este tratado. Significan pues y representan los padrinos á aquéllos que por mandado de Cristo le traían los niños y se los ponían delante para que los tocase con su mano. Cuyo ministerio siempre usó la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles, como refiere S. Dionisio. Éstos son los que en nombre de la Iglesia y en su fe ofrecen á Cristo los niños para que sean baptizados, y se constituyen como fiadores por los que no pueden por su palabra obligarse. Y por esto responden por ellos á lo que son preguntados, y prometen que pondrán diligente cuidado en su crianza en la fe y en las costumbres. Por lo cual, pues su oficio es de tanta importancia y de tanta obligación, hase de mirar mucho la cualidad de las personas que para ello se escogen. Y especialmente no se deben escoger ni tomar mozos que no entiendan lo que prometen ni el cargo que echan sobre sí, ni la virtud y misterios del baptismo. Después desto han de procurar los padrinos de cumplir enteramente su

(1) Matth. 19. (2) Marci ult. (3) Matth. 9.

obligación. Lo cual harán si responden á lo que son preguntados con el corazón lo mismo que pronuncian por la boca, y enseñan y avisan á sus ahijados de todo lo que pertenece á la fe católica y á las costumbres y vida cristiana, si entendieren que tienen deso necesidad, como dice S. Agustín.

Esto es lo que nos basta saber de lo que toca á esta materia del baptismo. Mas lo que sobre todo esto conviene, es que ordenemos nuestra vida de tal manera que permanezca en nosotros la eficacia y virtud del baptismo: esto es, que mortifiquemos nuestros pecados y resuscitemos y perseveremos en novedad de vida. Porque desta manera seremos siempre lo que comenzamos á ser en el baptismo, conviene á saber, hijos de Dios y herederos de la bienaventuranza, cuya posesión esperamos en el cielo y en la vida venidera.

CAPÍTULO VII

DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

Después del sacramento del baptismo síguese el de la confirmación. Del cual para proceder por su orden, diremos primeramente qué cosa es confirmación: lo segundo, de dónde viene el uso y costumbre deste sacramento: lo tercero, por qué y cómo es sacramento: lo cuarto, qué significan las cerimonias que se hacen en su administración: lo quinto, en qué edad se ha de recibir: lo sexto y último, con qué intención se ha de recibir, y qué efectos obra en quien lo recibe.

La confirmación es un sacramento, en el cual y por el cual se infunde á los baptizados gracia, acrescentamiento de los provechos espirituales, conviene á saber, de los siete dones del Espíritu Sancto, que son, espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de sciencia y de piedad, y espíritu de temor del Señor. Y porque ninguno se maraville cómo el Espíritu Sancto se da en este sacramento á los baptizados, pues ya en el baptismo lo recibieron, entienda que de una manera se da aquí el Espíritu Sancto, y de otra manera allí. Porque en el baptismo se da para purificar y renovar al alma, y en la confirmación se da para fortaleza y acrescentamiento de fe y de virtud: quiero decir, para que sea guarda y esfuerzo de los baptizados, consolador en las adversidades, maestro en las cosas dudosas, tutor y defensor en todas las tentaciones.

Esto se entenderá mejor declarando lo segundo que prometimos, que es, cuándo leemos en las Escrituras haberse usado este sacramento. Á lo cual decimos que los Apóstoles usaban dél: porque ellos por su oración, poniendo las manos sobre la cabeza de los baptizados, les impetraban el Espíritu Sancto: lo cual refiere y justifica la Sancta Escritura por estas palabras: Oyendo los Apóstoles que estaban en Hierusalem que los moradores de Samaria habían recibido la palabra de Dios, enviáronles á San

Pedro y á S. Juan, los cuales llegando á su ciudad, hicieron oración por ellos para que recibiesen el Espíritu Sancto: porque aún no era venido sobre alguno de ellos, mas solamente eran baptizados en nombre del Señor Jesús. Entonces pusieron las manos sobre ellos y recibieron el Espíritu Sancto (1). Este lugar de la Sancta Escritura entienden especialmente del sacramento de la confirmación así los antiquísimos escriptores como los sucesores y modernos. De aquí es que Clemente, discípulo de S. Pedro, en la epístola que escribió á los obispos Julio y Juliano, dice: Todos deben darse priesa para volver á nascer para Dios, y luego sean signados por el Obispo, y así reciban la gracia de los siete dones del Espíritu Sancto: porque ninguno sabe cierto cuál será el día último de su vida. Y Tertuliano, escribiendo de la resurrección de los cuerpos, dice así: La carne se lava para que el alma se alimpie: la carne se unge para que el alma se consagre: la carne se signa para que el alma se fortalezca: con las manos se cubre la cabeza, para que con el Espíritu Sancto se alumbre el alma. De los cuales testimonios parece claro que desde antiquísimo tiempo y desde los mismos Apóstoles desciende el uso deste sacramento de la confirmación, y desde entonces siempre se ha continuado en la Iglesia católica.

Agora declaremos lo tercero, que es, por qué la confirmación se llama sacramento. Ya dijimos que en cada uno de los sacramentos se ha de considerar el signo visible y la gracia de Dios invisible, asimismo la palabra con que se da. Pues ambas estas cosas hallaremos en la confirmación, cuyas palabras son éstas: *Yo te signo con la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto, para que seas lleno del mismo Espíritu Sancto y vivas vida eterna.* La materia deste sacramento es el crisma, con el cual se unta la frente del confirmado con la figura de la cruz: lo cual por ordenación apostólica así se acostumbra después que el Espíritu Sancto cesó de venir en formas visibles sobre los confirmados, en lugar de lo que se solía hacer antiguamente cuando se ponían las manos sobre la cabeza. Y pues la confirmación tiene palabras determinadas y materia cierta, con justa razón es y se llama sacramento. Cuyas palabras se fundan en las promesas que Cristo

(1) Act. 8.

hizo de enviar su Espíritu Sancto á los Apóstoles y á los fieles. Y del crisma se usa en lugar de propria materia, para significar la invisible y interior unción del Espíritu Sancto y juntamente para avisar á los que se crisman con este suavísimo óleo, que fueron alumbrados con el resplandor de la fe y calentados con el ardor de la caridad y que les conviene dar de sí buen olor de justas obras por toda la vida.

Vengamos ya á las cerimonias que allende de la unción del crisma se usan en la administración deste sacramento. Primeramente se hace en la frente la señal de la cruz, para que seamos amonestados que sin miedo alguno habemos de confesar públicamente y en todo lugar á nuestro Emperador y Señor Jesucristo, crucificado, por cuyos nos entregamos en el baptismo para que verdaderamente digamos con San Pablo: Ninguna otra cosa sé sino á Jesucristo, y á éste crucificado (1): y lo que en otra parte el mismo escribe: Nunca Dios quiera que yo me gloríe en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (2). Después da el Obispo una bofetada al confirmado, para avisarnos que como habemos de confesar el nombre y la cruz de Cristo sin miedo alguno ante todas las gentes, así también habemos de estar aparejados á sufrir cualquier injuria pacientemente y de buena voluntad por su amor y por su gloria, tanto, que si fuere necesario, volvamos la mejilla izquierda á quien nos hiriere en la derecha, como nos enseña el Señor (3).

Pero sepamos de qué edad comúnmente se deben confirmar los que ya están báptizados: y decimos que según la costumbre que agora se tiene, se confirman así los niños que aún no tienen edad de discreción como los que ya tienen juicio y entendimiento, puesto que la Iglesia y los Padres antiguamente acostumbraban á dar la confirmación solamente á los que tenían discreción y eran primero enseñados de la fe y religión cristiana, y antes de la confirmación confesaban delante del Obispo la fe católica y la obediencia cristiana por su propia boca, con lo cual libraban á sus padrinos del cuidado que prometieran tener dellos, según se escribe en el Concilio Aurelianense, donde se manda que los que en esta edad se confirman, vengan en ayunas á este sacramento y confiesen primero la fe.

---

(1) 1. Cor. 2. (2) Galat. 6. (3) Matth. 5; Lucae 6.

Resta que declaremos la intención que ha de tener el que se llega á recibir este sacramento. Pues el que quiere ser confirmado, determine consigo con fe cierta, sin alguna duda, que por la fe y oración recebirá al Espíritu Sancto por prenda de su salvación, para que por sus dones sea mucho más alumbrado en la fe y hecho más fuerte para la confesión de la misma fe y para ejecución de las buenas obras, y finalmente para poder perseverar firme y no vencido de todas las acometidas de sus enemigos así interiores como exteriores: porque éstos son los principales efectos de la confirmación.

CAPÍTULO VIII

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Y DE SUS PARTES

DESPUÉS del sacramento del baptismo y de la confirmación síguese el de la penitencia. La necesidad que deste sacramento tenemos es ésta. Acontece muchas veces á los baptizados y confirmados en el espíritu lo que á todos los hombres igualmente acontece en el cuerpo. Porque ninguno de los mortales nasce ni se cría tan perfecto, que algunas veces no enferme y se enflaquezca: y de la misma manera ninguno de los cristianos se hace por el baptismo y por la confirmación tan robusto y valiente en la fe y virtudes cristianas, que alguna vez no caya en pecados. Porque aun todavía está arraigada en nosotros (puesto que seamos baptizados y confirmados) aquella inclinación ó naturales deseos del pecado, en cuanto vivimos en este cuerpo mortal: por cuyos estímulos muchas veces caemos, no solamente en leves pecados, mas muchas veces en crímenes gravísimos. Luego fué necesario tener algún remedio espiritual, por cuya virtud y obra nos levantemos después de caídos, conviene á saber, que seamos otra vez libres de las culpas cometidas. Porque de otra manera, ¿quién se podría tener ó ponerse en pie, ó quién no desesperaría de su salvación? Este remedio que Dios nos dió para esta flaqueza, es el sacramento de la absolución ó de la penitencia, á quien graciosamente llaman los sanctos segunda tabla en que se acogen y salvan aquéllos cuya nave se abre en la tempestad. Porque la tabla primera en que navegamos para el puerto de la salvación libres del naufragio que causaron el pecado de nuestro primero padre y nuestra propria malicia, es solo el baptismo. Pero si después de baptizados, por proprios pecados otra vez cometidos padecemos otro naufragio, ya no ha de morir otra vez por nosotros Cristo, como dice San Pablo, ni nos queda otro baptismo ni otro remedio sino sola esta tabla en que nos salvemos, que es la penitencia: para lo cual dejó Cristo á la Iglesia el poder de

absolver los pecados, que en el Evangelio se llama llaves (1). Pues deste sacramento de la absolución y penitencia (por el cual todas las veces que caemos en pecado después del baptismo, podemos tomar el puerto de la salud y alcanzar la gracia) trataremos al presente, y diremos tres cosas: la primera, qué cosa sea el sacramento de la penitencia: la segunda, por qué es y se llama la penitencia sacramento: la tercera, qué condiciones se requieren que haya en nosotros para que recibamos este sacramento fructuosamente.

Cuanto á lo primero digo que el sacramento de la penitencia es sacramento con que es absuelto el penitente de todos sus pecados por el sacerdote como por público ministro de Cristo y de la Iglesia, y es vuelto á la amistad de Cristo y de la Iglesia. Dícese sacramento de penitencia, porque su fuerza en ningún otro tiene lugar sino en el pecador arrepentido. Esto es tan manifiesto, que no tiene necesidad de mayor declaración: y si alguna cosa hay en esto todavía escura, declararse ha más cumplidamente por lo que agora diremos en la segunda parte.

Acerca de lo segundo, cómo y por qué la penitencia se llama sacramento, decimos que porque tiene las mismas partes que los otros sacramentos, conviene á saber, forma y materia. La forma es el tenor de las palabras que el sacerdote dice, que son éstas: *Yo te absuelvo de todos tus pecados, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Porque estas palabras son la substancia de la absolución: y las otras palabras que dice el sacerdote, son oraciones que hace por el penitente. Pero las palabras que dijimos son la substancia de la absolución, que son conformes á las que Cristo usaba cuando perdonaba los pecados y decía al penitente: Perdonados son tus pecados (2). Y demás desto se fundan en la determinación y palabra que Cristo dió á sus Apóstoles y á los sacerdotes sus sucesores cuando les dijo: Como me envió mi Padre, yo os envío. Recibid el Espíritu Sancto: á quien perdonáredes sus pecados, serán perdonados, y á quien los retuviéredes, serán retenidos (3). Y en otra parte: En verdad os digo, todo lo que atáredes sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatáredes sobre la tierra, será desatado en el cielo (4). La materia ó señal visible deste sacramento son los pecados confe-

(1) Matth. 16. (2) Matth. 9; Lucæ 5. (3) Joan. 20. (4) Matth. 18, 16.

sados: porque sobre esta materia cae la forma de la absolución. Donde lo que el sacerdote dice, yo te absuelvo, tanto vale como si expresamente dijese: Yo en lugar de Cristo te absuelvo. Y cuando diciendo estas palabras el sacerdote, pone la mano encima del penitente, significa que la mano de Dios (conviene á saber, la virtud divina ó gracia del Espíritu Sancto) está presente al sacramento y eficazmente obra en él para alimpiar y sanctificar al pecador.

Agora consideremos ya qué condiciones se requieren en nosotros para que recibamos el efecto de la absolución y se perdonen nuestros pecados. Á esto digo que se requiere que tengamos verdadero arrepentimiento de nuestras malas obras: porque por esto se llama sacramento de penitencia, que quiere decir arrepentimiento. Y entonces verdaderamente el pecador se arrepiente, cuando se convierte de los pecados, y los deja, y se vuelve á Dios, y cuando tiene grande y vehemente dolor por haber pecado, y determinado aborrecimiento de los pecados y firme propósito de emendar de ahí en adelante su vida.

Para lo cual es de saber que el sacramento de la penitencia, según la doctrina de los sanctos, tiene tres partes, conviene á saber, contrición, confesión y satisfacción. La contrición es una intensa tristeza por los pecados cometidos y por haber ofendido á Dios, con firme propósito de mudar en mejor la vida y de nunca más pecar. La cual nasce en nuestros corazones primeramente de la atenta consideración de la fealdad del pecado y de la pena que por él merecemos: lo segundo del entrañable agradecimiento y memoria de los beneficios que de Dios tenemos recibidos: y finalmente de la consideración del ardiente amor con que Dios nos ama, y de su bondad, que está aparejada para recibirnos cada vez que á Él nos volviéremos. Mas para que eficazmente nos movamos con el conocimiento de la culpa y del castigo y para que verdaderamente nos dolamos por tener ofendido á este Señor, necesario es que Dios nos lo dé: porque todos estos bienes dél manan, y desta manera Él comienza en nosotros la penitencia y la perfección. Porque como S. Pablo dice, Dios da el arrepentimiento y la emienda de vida (1): con que se libra el hombre de los lazos del diablo que tiene cautivos á los pecadores. Lo cual hace Dios por

(1) Philip. 2.

medios de que usa con nosotros, así públicamente con amenazas y promesas, por sus Escripturas y predicadores, como interiormente por el Espíritu Sancto, inspirando saludables propósitos y deseos en nuestros corazones con que nos mueve y finalmente nos determina. Por lo cual para que esta contrición se críe en nosotros, conviene oir diligentemente las palabras de Dios, y pedir devotamente á Dios nos dé la gracia de su Sancto Espíritu.

La confesión, que es la segunda parte de la penitencia, es una humilde manifestación de los pecados cometidos, de que tenemos conocimiento y memoria. Pero en tres maneras podemos confesar nuestros pecados: una, interiormente en nuestro corazón: segunda, á nuestro hermano: tercera, sacramentalmente. La primera confesión se hace á solo Dios, y se debe hacer cada día: la segunda, al prójimo, cuando lo tenemos ofendido y le pedimos perdón: la tercera, al sacerdote como á público ministro de toda la Iglesia, la cual se debe hacer todas las veces que nos hallamos culpados de algunas culpas y pecados mortales y todas las veces que nos llegamos á la sagrada comunión. De la primera confesión habla la Escritura en muchos lugares, pero especialmente David en el Psalmo 31, donde dice: Dije, yo confesaré mi injusticia delante del Señor, y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Y San Juan en su Canónica dice: Si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es Dios que nos los perdonará. De la segunda confesión se entiende lo que S. Mateo escribe en el capítulo 18, y Sanctiago en su Epístola, donde dice: Confesad unos á otros vuestros pecados porque seáis salvos (1). La cual sentencia también se entiende de la confesión sacramental. Désta, que es la tercera, se entienden todos los lugares del Evangelio, donde Cristo dió poder á sus Apóstoles, y por la misma razón á sus sucesores los sacerdotes, para perdonar y para retener los pecados, conviene á saber, para perdonarlos á los penitentes y retenerlos á los que no quisieren hacer penitencia. Porque dado que en estos lugares no se hace expresa mención en la letra desta palabra confesión, pero necesariamente se presupone y se incluye en el poder que Cristo da de absolver y de retener los pecados. Porque ¿cómo podrán ejercitar esta autoridad los sacerdotes, si no entienden y saben los pecados que han de retener ó los que han de perdonar? Pues ¿cómo podrán

(1) Jacobi 5.

saber esto los sacerdotes, si los penitentes no les declararen y contaren sus pecados? Mayormente, pues todos los pecados se cometen públicamente, antes los más se hacen á escondidas, y no menos los secretos llagan al alma que los públicos: por lo cual igualmente tienen necesidad de perdón, y por consiguiente, de confesión en el juicio del sacerdote. Donde bastantemente se concluye que es necesaria la confesión y relación de los pecados hecha delante del sacerdote. Hanse de referir y confesar todos los pecados que ocurrieren á la memoria, hecho para esto diligente examen de consciencia: y los que habiendo precedido toda diligencia se olvidaren, perdónanse por virtud de la penitencia, como si particularmente se confesasen. Y mírese mucho que no se deje de confesar algún pecado mortal: porque quien esto hiciese, no engañaría á Dios ni á sus vicarios, sino á sí mismo, según aquello que se escribe en los Proverbios: Quien esconde sus pecados, no se justificará, y quien los confiesa y los descubre, alcanzará misericordia (1).

Resta tratar de la tercera parte de la penitencia, que es la satisfacción. Y porque ninguno se ofenda con este vocablo satisfacción, pareciéndole que con ninguna obra podemos satisfacer á Dios, declaro que hay dos maneras de satisfacción. Una es por la cual se perdona la culpa de nuestros pecados y se descarga la pena de la muerte eterna. Esta satisfacción solamente se hace por los merescimientos de Cristo, y á solo Él la debemos atribuir, como quier que Él solo sea el sacrificio por quien alcanza perdón de los pecados todo el mundo, según dice el evangelista S. Juan. Y por la virtud desta satisfacción nosotros cumplimos, y nos son perdonados los pecados así en este sacramento de la penitencia como primero en el baptismo. Otra satisfacción hay, de que al presente hablamos, que consiste en nuestras obras, conviene á saber, en la emienda de la vida y en huir los pecados, y demás desto en obras trabajosas de penitencia, como son oraciones, lágrimas, ayunos, vigilias, limosnas y otros ejercicios desta cualidad hechos ó por propria voluntad, ó impuestos por el sacerdote. Y lo que principalmente es necesario, es huir del pecado y mejorar la vida, porque sin ambas estas cosas ó no se perdonan los pecados, ó aunque primero fueran perdonados, vuelve el hombre

(1) Proverb. 28.

á la misma condenación y á merecer ser más gravemente castigado, como parece en muchos lugares del Evangelio (1), mayormente en aquel sermón y amonestaciones que S. Juan Baptista hizo á los que se venían á baptizar, á los cuales decía: Haced fructos dignos de penitencia. Las cuales obras penitenciales aprovechan para sanar las malas inclinaciones y reliquias que quedan de los pecados, aun después que se perdonaron, y para que la mala costumbre envejecida de pecar, con estos ejercicios se venza y se destierre, y para que las penas temporales debidas por el pecado, ó del todo se perdonen, ó al menos se ablanden. Porque perdonada la culpa del pecado que personalmente cada uno comete, no por eso luego se perdona la pena temporal á que por el pecado nos obligamos: como parece en el rey David y en el pueblo de Israel, que aun después de perdonados, fueron rigurosamente castigados. Y sobre todo manifiestamente lo conocemos con nuestra propria experiencia en las enfermedades y dolores y trabajos que padecemos todavía por el pecado original, aunque la culpa dél nos esté perdonada por el baptismo. Donde con razón dice el Sabio: Del pecado perdonado no estés sin miedo, y no acrecientes pecado á pecado (2). Y en otra parte dice: Hijo, ¿pecaste? No añadas más pecados, sino pide á Dios que te perdone los que tienes cometidos (3). En conclusión digo que no sentimos en esta materia por este nombre de satisfacción otra cosa sino fructos dignos de penitencia, esto es, obras contrarias á los pecados cometidos. Pero entendamos que estas obras que dijimos, bastan para que por ellas se nos remitan las penas temporales, ó se nos ablanden, no por su valor ni dignidad, mas por la fe y devoción con que se hacen y por la cumplida satisfacción y merecimientos bastantes de Cristo, en quien principalmente estriban. Y no dude cualquiera que tuviere estas tres partes de penitencia arriba declaradas según el poder, que verdaderamente se le aplicará la satisfacción de Cristo en este sacramento: esto es, que por la sangre de Cristo alcanzará cumplido perdón de sus pecados y la gracia del Espíritu Sancto.

(1) Matth. 3; Lucæ 3. (2) Eccli. 5. (3) Eccli. 21.

CAPÍTULO IX

DE LA PRIMERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONTRICIÓN

Lo arriba dicho bastaba para entender las partes y la substancia deste sacramento. Mas porque éste es el sacramento de que más á menudo usan los hombres junto con la sagrada comunión, déstos dos me pareció sería cosa necesaria tratar más copiosamente para instrucción y enseñanza del pueblo cristiano, para quien esta escritura principalmente se ordenó.

Y comenzando por el sacramento de la penitencia, es de saber que entre todos los males que agora reinan en el pueblo cristiano, ninguno hay que merezca más ser llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesarse, cuando lo manda la Iglesia. Porque poniendo aparte aquéllos que viven en el temor de Dios y tienen cuenta con sus almas, los otros vemos cuán mal se aparejan para este sacramento y cuán sin arrepentimiento y sin examen de sus consciencias. Donde nasce que acabando de confesarse y comulgar, luego vuelven á lo pasado, y que escasamente es acabada aquella semana de penitencia, cuando vuelven luego como perros á comer lo que tenían vomitado. Esto paresce que es hacer escarnio de Dios y de la Iglesia y de sus misterios y sacramentos, y andar cada año jugando con Dios, pidiéndole perdón de las injurias hechas y protestando la emienda dellas, y en volviendo la cabeza, tornando á hacer otras mayores. El castigo que éstos merescen, es el que Dios les da, que es el mayor que se puede dar, que es dejarlos andar en este juego toda la vida, hasta que llegue la muerte, donde les acaezca lo que suele acontescer á los que nunca hicieron verdadera penitencia hasta aquella hora, cuyo fin, como dice el Apóstol, será conforme á sus obras, de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera sino falsa, como el Señor mismo se queja por un profeta diciendo: No se convirtieron á mí con todo su corazón, sino con mentira. Y llama aquí mentira

aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que parece penitencia, y no lo es: con la cual no engañan á Dios, mas engañan al mundo y á sí mismos, paresciéndoles que hicieron penitencia, siendo todo lo hecho fingimiento y mentira.

Pues si alguno desea convertirse á Dios de verdad y hacer penitencia de verdad, aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer, poniéndole delante los más comunes avisos que los doctores para esto dan: los cuales aunque entre teólogos sean muy claros, para los sencillos (para cuya edificación esta escritura se ordena) son muy ocultos, como cada día los confesores ven por experiencia. Y porque este sacramento tiene tres partes (que son, contrición, confesión y satisfacción, como ya dijimos) en cada una déstas declararemos sumariamente lo que se debe hacer.

§ I

Del arrepentimiento de los pecados.

La primera y más principal parte de la penitencia es el dolor y arrepentimiento de los pecados. Por lo cual el verdadero penitente debe trabajar con todo cuidado por alcanzar este dolor, haciendo lo que hacía aquel santo penitente que decía: Revolveré, Señor, en mi memoria delante de ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón. Y este dolor y amargura no ha de ser porque por sus pecados meresció el infierno y perdió el cielo con todos los otros bienes que por esto se pierden, sino porque por ellos perdió á Dios y lo ofendió. Y así como Dios meresce ser amado y preciado sobre todas las cosas así por lo que Él es en sí como por lo que es para nosotros, así es razón que sintamos haberlo perdido y ofendido sobre todas las cosas. Porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas el mayor de los dolores.

Y si me preguntares cómo podré yo conseguir este dolor tan grande, respóndote que lo pidas á Dios de todo corazón: porque ésa es obra y gracia suya, y aun es una de las mayores obras y gracias suyas, tanto, que en su manera, mayor obra es sacar á un hombre de pecado que criar de nuevo un mundo. Así que suya es esta gracia y á Él la debes pedir con todo cuida-

do, y no dudes que te la dará, porque dicho tiene por un profeta: Convertíos á mí, y yo me convertiré á vosotros (1): dando á entender que si el hombre hiciere de su parte lo que debe, Él hará lo que es de la suya.

Mas aunque esta manera de compunción sea una tan principal obra y gracia de Dios, débese el hombre de disponer para ella revolviendo en su corazón y considerando algunas cosas que á esto le puedan mover. Y para mayor luz y doctrina de los lectores apuntaremos aquí algunas.

Primeramente muévelo á esto considerar la grandeza de la persona ofendida, que es Dios, cuya bondad, majestad, nobleza, misericordia, hermosura y sabiduría es tan grande, que aunque dél ninguna cosa tuviéramos recibida ni esperásemos recibirla, por sólo ser Él quien es, merescía que aunque el hombre tuviese más vidas que estrellas hay en el cielo y arenas en el mar, todas las ofreciese en sacrificio por Él. Y de aquí verás cuánta razón tienes de dolerte por haberlo ofendido, pues no solamente no te ofreciste en sacrificio por Él, mas antes tantas veces como éstas lo crucificaste de nuevo, pues tantas ó pocas menos lo ofendiste.

Moverte ha también á esto la consideración de sus beneficios, que son sin cuento. Porque si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra, son beneficios suyos, y cuantos miembros y cabellos tienes, son beneficios suyos, y cuantos puntos vives de vida, son beneficios suyos, y finalmente el pan que comes, el sol que te calienta y el cielo que te alumbra, con todo lo demás, son beneficios suyos. Y para decirlo todo en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos, porque todos esos bienes crió para ti, y de todos esos males te libró, ó de la mayor parte dellos. Pues ¿qué cosa más digna de ser sentida que haber vivido con tan grande olvido y desconocimiento de un Señor, en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenías, con cuyo espíritu vivías, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regía, te movía y conservaba? ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender á quien siempre perseveraba en hacerte bien, y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacía tantos beneficios?

También la memoria de las penas del infierno, que son tan ho-

(1) Zachar. I.

rribles, y la de aquel juicio universal, que será tan riguroso, y la del particular de nuestra muerte, que á cada hora nos aguarda, es razón que nos mueva á dolor y temor de nuestros males, pues cada cosa déstas por su parte amenaza tan grandes males al culpado, y de tanto más cerca cuanto menos le puede quedar de vida.

Considera también la multitud y grandeza y enormidad de tus pecados, y hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza y sobre las arenas del mar. Y si bien esmerilares la vida pasada, hallarás en ella tantas heridas, tanto tiempo perdido, tantos aparejos para bien obrar tan mal empleados, tantos atrevimientos, tantas invenciones y maneras de males, una lengua tan suelta, unos ojos tan livianos, un corazón tan desenfrenado y una consciencia tan desbaratada como si fueras nascido entre gentiles, ó como si ningún conocimiento tuvieras de Dios. Pues quien halla dentro de sí un tamaño estrago, ¿cómo no llorará y gemirá de corazón, y sentirá tan grande mal?

En estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre ocupar sus pensamientos algún tiempo, antes que se confiese, para despertar en su alma este dolor. Y debe leer y rezar algunas oraciones y psalmos que desta materia traten, para que haciendo él de su parte lo que buenamente pudiere, el Señor haga lo que es de la suya y le dé á beber un poco deste cáliz, el cual aunque tiene los primeros principios amargosos, el fin es de muy grande suavidad.

§ II

De la firmeza y propósito de no pecar.

La segunda cosa y muy principal que para la verdadera contrición se requiere, es la firmeza y propósito de nunca más ofender á Dios en cosa de pecado mortal. Y ésta, así como el dolor, no ha de ser tanto por cielo ni por infierno ni por otro algún interese proprio, cuanto por amor de Dios, como la buena mujer tiene asentado en su corazón de morir antes que quebrantar la fe que debe á su marido, no por el temor ó interese que espera dél, sino por el amor que le tiene. Y así como está obligado á evitar los pecados futuros, así también es necesario apartarse de los presentes, si son mortales: porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio y escarnio del sacramento. Y por

consiguiente, así el que se confesase como el que absolviese serían sacrílegos y escarnecedores del sacramento, y la tal confesión no sería remisión de pecados viejos sino acrescentamiento de nuevos. Y por tanto el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su salud, trabaje antes de todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal (como es cualquier odio, ó deshonestidad, etc.) si por ventura está en él. Y así el que tiene quitada la palabra á su prójimo, no basta que le quite el odio, mas es necesario que se reconcilie con él y le hable, cuando se siguiese de así no lo hacer algún notable escándalo, según el juicio del prudente confesor. Mas esto que decimos del odio y enemistad, entiéndese cuando es enemistad formada, no cuando es algún enfado interior, que es un género de pasión que el hombre no puede muchas veces sacudir de sí.

Asimismo el que retiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, está obligado á luego restituirlo. Y digo luego, porque si luego puede pagar, luego está obligado á eso: y no basta que tenga propósito de en adelante restituirlo, ó en testamento, si luego lo puede hacer, aunque sea poniéndose en algún aprieto, mayormente cuando aquél á quien se debe está puesto en otro tal. Y porque acerca desta obligación de luego pagar hay mucho que decir y mucho engaño en los malos pagadores, quien quisiere tener segura su consciencia, aconséjese con quien lo sepa desengañar.

Y tenga aviso que no solamente está obligado á restituir aquello que tomó, ó hizo algún daño, mas también lo que fué causa de aquel daño que se hizo ó acompañando, ó aconsejando, ó consintiendo, ó lisonjeando, ó recibiendo en su casa al malhechor, ó comprando de persona sospechosa, ó recibiéndola, ó encubriéndola en su casa, ó también no atajando el mal que se hacía, si era persona que lo debía y podía hacer (como ya dijimos de los pecados ajenos) porque todos éstos y cada uno dellos por sí, sólo son obligados á restituir al agraviado: y restituyendo el uno, los otros quedan obligados á restituir á éste que pagó por todos.

Y como hay restitución de hacienda, así también la hay de fama, si yo publiqué algún delito grave y secreto de mi prójimo, y así también la hay de honra, si le hice alguna injuria de palabra ó de obra. Y en lo primero está obligado á restituirle su fama volviendo á dorar con buenas palabras lo que antes desdoró,

cuando desto se espera provecho: y en lo segundo, es necesario satisfacer á la persona ofendida ó mandándole pedir perdón, ó recompensando la injuria, ó con lo uno y con lo otro juntamente, cuando el caso lo requiera, según el juicio del confesor.

Asimismo los que tienen alguna comunicación deshonesta ó propósito y afición dañada, están obligados á echar fuera esta peste, si quieren gozar de la gracia deste sacramento. Y no basta apartar el corazón del pecado, si no se aparta la ocasión: porque de otra manera no se puede evitar este pecado. En lo cual se engañan muchos que justificado (á su parecer) el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal les queda en casa, que al mejor tiempo volverá á brotar. Así que por esta causa conviene quitar todas las ocasiones del mal, especialmente cuando ya una vez se rompió la vena de la vergüenza y se abrió camino para el mal: porque abierta esta puerta, imposible es (moralmente hablando) dejar de ir el mal para adelante. Y si dices que te es muy dificultoso apartarte de la ocasión, porque para eso es necesario echar fuera de casa tal y tal persona á quien se tiene grande obligación, ó de que tienes grande necesidad, á eso no sé que te responda sino aquello del Salvador: Si tu pie ó mano te fueren ocasión de mal, corta ese pie y mano que esta ocasión te da: porque mejor es que cojo y manco vayas al cielo, que con dos pies y manos al infierno (1). Bien veo que es rigurosa cura ésta: mas así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego y serrando á veces una pierna ó un brazo, por guardar el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirirituales que no sufren más blandos remedios que éstos. Y desto no tiene culpa la ley (que es rectísima y suave) sino tú que rompiste el velo de la vergüenza y abriste el camino para el mal, y te pusiste á irritar y ensañar una bestia fiera estando con ella dentro de su misma jaula, donde no hay pies para huir ni lugar para acogerte. Y por esto no es mucho que pagues agora lo que mereciste, y cojas el fructo de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar al enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta.

Esto es lo que toca á las dos principales partes de la contrición, que son propósito y arrepentimiento.

---

(1) Matth. 5.

CAPÍTULO X

DE SIETE COSAS QUE SE DEBEN GUARDAR EN LA SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONFESIÓN

Dicho ya de la primera parte de la penitencia, que es la contrición, digamos agora de la segunda, que es la confesión. Pues el que quisiere acertadamente confesarse (cosa que muy pocos saben hacer) después que tuviere proveído lo que está dicho acerca de la contrición, debe guardar las cosas siguientes.

Lo primero, que tome tiempo antes que se confiese, para examinar su consciencia y traer á la memoria todos los pecados pasados, mayormente si hay días que no se confesó. En lo cual (como dice un doctor) debe entender con aquel cuidado y diligencia que entendiera en un negocio grave y de mucha importancia, pues en la verdad éste es el más grave y importante de todos los negocios. Y es esta diligencia tan necesaria, que si del todo faltase, la confesión sería nula, como lo sería aquélla donde de propósito se dejase de confesar algún pecado: porque como dicen los doctores, todo viene á una cuenta, ó callar de propósito algún pecado en la confesión, ó confesarse tan negligentemente y tan sin aparejo, que por fuerza haya de quedar alguno.

Y esto es lo que se había de predicar á altas voces por las plazas, por estar tantas personas en esto tan engañadas, que sin alguna manera de examen ó aparejo se van á poner á los pies del confesor. Los que desta manera se confiesan (allende del sacrilegio que cometen) están obligados á confesarse otra vez, así como si de propósito callaran algún pecado, por la razón arriba dicha: y aunque quedasen por olvido, ni por eso se excusarían, porque esta manera de olvido no excusa, mas acusa, pues no ven por defecto de la naturaleza, sino por negligencia notable de la persona.

Para no incurrir en estos inconvenientes debe el hombre (como ya dijimos) primero aparejarse y examinar su consciencia. Y la manera y orden del examen puede ser procediendo por los man-

damientos y pecados mortales: y examinando en cada uno cuántas veces desfalleció en él por palabra, por obra ó pensamiento, y cuántas veces esto fué, con todas las circunstancias que en el pecado entrevinieron, cuando son tales que de necesidad deban confesarse. De lo cual todo trataremos en este lugar.

SEGUNDO AVISO

Que se ha de confesar el número de los pecados.

§ I

Lo segundo tenga aviso cuando se confesare, que declare el número de los pecados, conviene á saber, cuántas veces cayó en tal ó tal pecado. Porque si este número no se declarase, ya no sería la confesión entera. Y si no se acordare distintamente deste número, al menos declárelo de la manera que fuere posible poco más ó menos, como se acordare. Y si aun desto no pudiere tener memoria (y es un pecado de muchos días continuo, como una enemistad ó un pecado sensual) declare cuánto tiempo perseveró en este mal estado, porque por allí puede conjecturar poco más ó menos el número de los pecados que puede hacer en tanto tiempo. Mas si es pecado que no tiene esta continuación, sino que se repite muchas veces (como es el perjurio ó blasfemia) y no se puede acordar de las veces que en esto cayó, al menos diga si tiene por costumbre caer en este género de culpas cada vez que para eso se le ofreciese ocasión, sin ninguna manera de resistencia (como hacen algunos desalmados) ó si algunas veces volvía sobre sí y resistía á la tentación: porque al menos por esta vía entienda el médico la disposición y estado del enfermo que ha de curar.

TERCER AVISO

De la confesión y de las circunstancias.

§ II

Y no basta confesar la especie y número de los pecados, mas es también necesario confesar las circunstancias dellos, cuando son tales que tienen especial repugnancia contra algunos de los mandamientos de Dios ó de su Iglesia. Porque aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada con algunas fealdades tales, que contradiga á muchos destos mandamientos, y de todo lo que así contradice, es necesario que se confiese: como si uno hurtase armas para matar á fulano, para tomarle su mujer. Bien se ve que aunque ésta sea una obra (que es hurtar) y por consiguiente un solo pecado (porque no es más que una obra) con todo esa obra tiene otras dos fealdades anejas, que son querer matar y adulterar, las cuales contradicen á aquellos dos mandamientos: No matarás, y No codiciarás la mujer ajena. Y por tanto esta manera de circunstancias que así agravan el pecado, es necesario que se confiesen.

Mas otra manera de circunstancias hay que ni mudan la especie del pecado ni tienen especial repugnancia contra alguno destos mandamientos, como es murmurar en la iglesia, ó hacer tal pecado en día de ayuno ó de fiesta. No es necesario que se confiesen, aunque de consejo es muy bien confesarlas, como se confiesan los pecados veniales. Y porque saber hacer diferencia de unas circunstancias á otras es algún tanto dificultoso, por eso pondré aquí algunas circunstancias que más comúnmente somos obligados á declarar en la confesión.

Primeramente, en los pecados carnales es necesario declarar las circunstancias de la persona con quien pecaste: porque según las diversas cualidades de las personas son diversos los pecados. Porque una especie de pecado es el que se comete con soltera, y otra con casada, y otra con virgen, y otra con parienta, y otra con religiosa ó persona de orden sagrada. Porque con soltera es simple fornicación, con casada adulterio, con virgen estupro, con parienta incesto, y con persona religiosa y dedicada á Dios sacrile-

gio ó adulterio espiritual. Y por esto siempre se ha de declarar la tal circunstancia en este pecado, no solamente cuando se comete por obra, sino también por solo el pensamiento y deseo, pues para con Dios todo es una manera de pecado.

También en este mismo género de pecado y en cualquier otro se ha de declarar la circunstancia del escándalo. Y por escándalo entendemos aquí haber dado ocasión á que otro pecase, como el que solicita á una mujer que peque, ó á un hombre que juegue, ó á otro que se vengue de su contrario, etc. Y por esto en todos los pecados sensuales (allende de lo dicho) se ha también de declarar si trabajó él por inducir á parte á que pecase, ó si la misma parte voluntariamente se ofreció al pecado: porque en lo primero hay escándalo (que es un pecado bien grave) y en lo segundo no.

Asimismo se debe mirar si cuando se hizo el pecado, lo cometió en tal lugar y delante de tales personas que con el mal ejemplo que dió, les fuese ocasión eficaz de hacer otro tanto. Como si una persona religiosa se pusiese á jugar á los dados, ó á cenar ó comer carne en día de ayuno, ó á tratar disolutamente con mujeres delante de personas tan leves y tan flacas, que se pudiese presumir que tomarían de allí licencia para hacer lo mismo. Porque aconteciendo esto así, sería necesario confesar esta circunstancia del escándalo y mal ejemplo que se dió.

La circunstancia del lugar sagrado es también necesario confesarla algunas veces, particularmente en tres casos, que son, hurto de lugar sagrado, y derramamiento de sangre, y derramamiento de simiente humana con pecado: porque cada cosa déstas por razón del lugar muda la especie del pecado y se hace sacrilegio, que es pecado más grave.

Item, si alguno tuviese hecho voto ó juramento de hacer ó no hacer alguna cosa á que también es obligado por especial mandamiento de Dios, como es de no matar, ó no fornicar, etc. Si después hiciese lo contrario desto, sería obligado á declarar allende del pecado también la circunstancia del juramento ó voto hecho: porque ésta también muda la especie de la culpa y hace que lo que era pecado por una razón, lo sea también por otra.

CUARTO AVISO

De cómo no se ha de confesar más que la especie del pecado.

§ III

El cuarto aviso es que cumpliendo lo que está arriba dicho acerca del número y circunstancias del pecado, en lo que queda no se ha de confesar más que sólo la especie del pecado, que es el nombre que tiene de hurto, odio, adulterio, ó cosa semejante. De lo cual se infiere primeramente que no hay necesidad, para declarar un pecado, contar toda una historia (como algunos hacen) mas basta decir el nombre del pecado y cuántas veces lo cometió, sin contar la historia de cómo pasó. Y si esto entendiesen bien los penitentes, podrían muy limpia y brevemente confesarse de infinitos pecados reduciéndolos todos á sus especies y diciendo: mil veces hurté, ó maté, ó adulteré, etc., sin explicar más. Y para saber hacer esto, atienda el hombre (cuando quiere contar una historia déstas) á la causa ó causas por que la quiere contar para acusarse dellas, y tome estas cosas de todo el cuerpo de la historia, y acúsese solamente desto, y así acertará á acusarse desta manera. Y si esto no supiere hacer, acúsese como supiere, porque Dios á ninguno pide más de aquello que sabe y puede.

De aquí se infiere también que no es necesario explicar por menudo los modos y maneras en que se cometió el pecado, mayormente si es sensual. Mas basta declarar (como dijimos) solamente la especie dél. Y aunque esta materia sea torpe, todavía para tratar del remedio de nuestras torpezas será necesario meternos un poco en este lodo y ofender las orejas limpias declarando esto más en particular. Para cuyo entendimiento se debe saber que un pecado deshonesto se puede cometer ó por pensamiento, ó por palabra, ó por tocamiento, ó por obra consumada. Si fué por obra consumada basta decir el nombre de la obra, como es cometer adulterio, ó incesto, ó simple fornicación tantas veces, sin declarar todas aquellas particularidades que acompañaron ó entrevinieron en aquella mala obra cuando se hizo, porque todas ellas se entienden, entendida la especie de la obra. Si fué por tocamiento basta decir: toqué deshonestamente tantas veces á tal

especie de persona, sin decir en qué parte del cuerpo, ni cómo y en qué manera. Si fué por palabra, basta decir: dije palabras torpes para provocar á mal, sin decir, dije tales y tales palabras. Si fué por pensamiento, basta decir: tuve un pensamiento deshonesto y consentí y deleitéme, ó detúveme en él, sin decir pensé tales y tales cosas, como algunos hacen con grande vergüenza suya y sin necesidad del sacramento. Y asimismo si alguno tuviese algún sueño deshonesto en que después de acordado se deleitase, no es necesario explicar la historia de lo que soñó, mas basta decir un sueño deshonesto en que después de despierto me deleité. Todas estas cosas son tan claras y manifiestas, que sería demasiado tratar dellas si no viésemos que se hace lo contrario. Mas hay algunos hombres tan rudos y ignorantes, que al medio día tienen necesidad de luz para ver. Ni los escrupulosos deben querer de otra manera explicar sus pecados, porque se deben contentar de explicarlos desta manera que los doctores dicen que basta.

QUINTO AVISO

De la manera de confesar los pecados de pensamiento.

§ IV

Y porque hay especial dificultad en saber cómo se han de confesar los pecados de pensamiento, declararé sumariamente cómo esto se ha de hacer. Para cuyo entendimiento es de saber que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras, conviene á saber, ó echándolo de sí con presteza, ó deteniéndose en él algún tanto, ó determinándose de ponerlo por obra, ó al menos deleitándose en él. En lo primero claro está que no hay culpa, sino merecimiento y corona, y por eso no hay qué confesar. Y aunque el combate del pensamiento durase todo el día, si el hombre siempre resiste y pelea fuertemente, no hay pecado, sino corona y merescimiento.

Lo segundo es pecado venial, más ó menos grave según fué mayor ó menor la detención. Y la manera de confesar este pecado es diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de odio, etc., y no lo eché de mí tan presto como debiera, mas detúveme en él algún tanto.

Lo tercero, que es el consentimiento y determinación en la obra, aunque no se ejecute, es claro ser pecado mortal, y de la misma especie y gravedad esencial que sería la misma obra: porque (como dicen los teólogos) la obra interior nada tiene menos que la exterior, cuanto á lo esencial della. Porque así como tanto mereció el patriarca Abrahám por querer sacrificar á su hijo (1) como si de hecho lo sacrificara, así tanto peca el que desea matar un hombre como si de hecho lo matara.

Lo cuarto (que es querer estar deleitándose en el mal pensamiento, aunque no lo quiera poner por obra) también es pecado mortal, por razón del peligro á que se pone un hombre de venir del deleite al consentimiento, cuando se quiere estar deleitando en el mal pensamiento. Esto se entiende cuando el hombre advierte en lo que piensa: porque si cuando advirtiese en el pensamiento, trabajase por sacudirlo de sí, ya esto no sería pecado mortal, porque no advirtió en lo que pensaba: mas es venial, porque hubiera de advertir en eso. Y si también el hombre advierte en lo que piensa, y se quiere detener en el pensamiento voluntariamente, no por razón del deleite sino por alguna curiosidad, pareciéndole que está tan firme y tan determinado en el bien que no bastará aquella detención para derribarlo, el que así se detiene peca gravemente y es temerario en ponerse en este peligro: mas con todo esto no lo condenan los doctores á pecado mortal. Porque pecado mortal es una cosa tan grave, que no luego se debe condenar cualquier mala obra á este género de pecado. Mas entonces es pecado mortal, cuando el hombre ve el mal que piensa, y se quiere estar en él por el gusto que en eso recibe.

Y esta manera de pecado (que llaman los teólogos delectación morosa) puede acontecer en todo género de pecados, mas particulamente tiene lugar en los pensamientos de sensualidad y deseo de venganza, porque en ambas las materias hay peligro de venir á parar el deleite en consentimiento. Porque cuando el hombre se está cebando en el deleite, y la ira y deseo de venganza hierven en el corazón, fácilmente puede caer en el consentimiento de lo uno ó de lo otro, si luego no acudiere á lanzar al enemigo de casa y no echare agua en la llama antes que arda.

En este pecado suelen comúnmente caer las personas viciosas

(1) Genes. 22.

y deshonestas, las cuales cuando no tienen aparejo para cumplir sus malos deseos, hacen eso que pueden, que es revolverse con el pensamiento en el lodo de la deleitación. Asimismo están muy cerca de caer en este pecado las personas tocadas de afición de otra persona, por la grande fuerza que tiene esta afición para tiranizar el corazón y llevarlo en pos de sí y tenerlo siempre fijo en la cosa que ama. Y por esto ninguna cosa hay más peligrosa para la consciencia que dar entrada á una afición déstas, porque es meter en casa un cruelísimo tirano y un destruidor de la inocencia y un despertador de infinitos pecados. También están á peligro de caer en este vicio los que andan en tratos de casamiento, porque aunque los deleites de los casados sean lícitos cuando son casados, no lo son antes que se casen: porque el deleite está presente y el casamiento por venir, el cual por muchas vías se puede impedir, y por eso no es lícito el deleite por aquel tiempo en que se recibe. Mas si esto acaeciese en el que es ya casado, ó lo fué, acordándose de los deleites presentes ó pasados de su estado, no sería esto pecado mortal, porque los deleites son ó fueron lícitos, y así el pensamiento y deleite de cosa lícita, exceptuando si de aquí se levantasen algunos otros deseos y apetitos sensuales que pusiesen al hombre en algún peligro. Porque ya esto por razón del peligro sería pecado mortal.

Entendida esta diferencia de pensamientos, fácil cosa será saber el hombre cómo se deba de acusar discretamente de cualquier dellos, declarando si se detuvo ó si se deleitó morosamente, ó si consintió en tal pensamiento.

SEXTO AVISO

De guardar la fama del prójimo, y otras cosas.

§ V

El sexto aviso sea que el penitente trabaje cuando se confesare por guardar la fama del prójimo no menos en la confesión que fuera della. Así que de tal manera declare sus pecados, que no descubra los ajenos, ni nombre á alguien por su nombre, sino diga: pequé con cierta persona casada, ó soltera, etc. Y si la circunstancia de la persona fuere tal que por ella entenderá el

confesor quién es, debe entonces buscar otro confesor que esto no entienda, por no hacer este agravio á su prójimo. Y si esto no fuere posible, entonces (siendo el confesor persona segura y de confianza y de quien ningún peligro se puede temer) bien puede decir esta circunstancia: porque esto no es propriamente infamar, pues esto no se dice en público sino en secreto, ni se hace con mala intención sino por sola esta necesidad.

Asimismo tenga aviso el penitente que ni excuse sus pecados cuando los confesare, ni tampoco los acuse poniendo en ellos más de lo que es: ni el dudoso diga por cierto, ni el cierto por dudoso, mas ponga cada cosa en su lugar sin desviarse (cuanto fuere posible) de la línea de la verdad.

El último aviso sea que para mayor cumplimiento de todo lo que está dicho y de lo que aún se ha de decir, trabaje el penitente por buscar tan buen médico para su alma como lo buscaría para su cuerpo, pues no es razón que se ponga menos cobro en lo precioso que en lo vil, ni en la vida eterna que en la temporal. Porque buscar confesor ignorante no es otra cosa sino buscar un guía cierto para el infierno, pues como dice el Salvador (1), si un ciego guía á otro, ambos caerán en la cueva. Y destos ciegos hay agora tantos por nuestros pecados, que todo el mundo está lleno dellos. Y por el contrario, es tan grande el provecho que se sigue de ser virtuoso y prudente el confesor, que no sé cómo lo encarezca más que con decir que algunas veces puede acaecer seguirse mayor provecho del confesor que de la confesión, pues vemos que algunas veces el confesor se ha con vosotros de tal manera que os hace mudar la vida, lo cual no acabarían con vosotros muchas confesiones que hicistes de antes, porque los confesores no eran tales. Y los que esto no procuran, no carescen de grandísimo peligro: porque (como dice S. Crisóstomo) no se puede excusar por la ignorancia á los que tuvieron aparejo para hallar, si tuvieran voluntad de buscar: porque si la verdad es salud y vida de los que la conocen, no es razón que ella busque á nadie, sino que ella sea buscada de todos.

(1) Matth. 5; Lucæ 6.

CAPÍTULO XI

DE LOS CASOS EN QUE LA CONFESIÓN ES NULA

Y para que más claramente se vea lo que importa cada cosa de las arriba dichas, será bien contar aquí sumariamente los casos más comunes en que la confesión es nula, y así es necesario reiterarla.

El primero es cuando el penitente está excomulgado: porque entonces allende del pecado que hace en confesarse estando así, la confesión es nula según la más común sentencia.

El segundo es cuando el penitente no tiene propósito de salirse del pecado en que está, conviene á saber, de la enemistad, ó de la deshonestidad, ó de la ocasión manifiesta del pecado, ó cuando no quiere restituir lo que debe, ó no quiere luego, pudiéndolo hacer, como está ya declarado.

El tercero, cuando el confesor no tiene jurisdicción para poder absolverlo, ó estaba impedido para eso: como cuando estuviese excomulgado por su proprio nombre, etc.

El cuarto, cuando el penitente mintiese en la confesión acerca de algún pecado mortal, ó alguna circunstancia dél que necesariamente se haya de decir, ó cuando de propósito y sabiéndolo callase algún pecado mortal sin tener causa para eso, como ya se declaró. Esto se entiende cuando la persona tenía aquello que calló por pecado mortal: porque si no lo tenía por tal y después entendió que lo es, basta que se acuse desto sin repetir la confesión. Y aunque la ignorancia fuese tal que no excusase á la persona de pecado cuando aquello hizo, con todo bastará para excusarla de reiterar la confesión, cuando esto se le acuerda. Esto suele acontescer á las personas que después de los ocho ó nueve años cayeron en algunas flaquezas, las cuales no quisieron confesar creyendo que no eran pecados. Y aunque en la verdad en esto se engañasen, y esta ignorancia no los excusase de pecado, pero no serán obligados á reiterar aquellas confesiones, mas bastará decir lo que así callaron.

El quinto caso es cuando el confesor es ignorante y también el penitente, y en la confesión había llagas y negocios que requerían mano de prudente médico. Porque en este caso hase de presumir que siendo el confesor ignorante, no acertaría á determinar lo que convenía: y por consiguiente es necesario reiterar la confesión á los pies de otro que sepa poner cada cosa en su lugar y determinar lo que conviene.

Y es de notar que en cualquier destos casos en que es necesario reiterar la confesión, si esto se hiciere con el confesor que nos oyó, no es necesario volver á decir todos los pecados que le dijimos, si él tiene memoria dellos, mas basta decir: Acúsome de todos aquellos pecados que tal vez os confesé, y del pecado por por donde agora soy obligado á reiterar esta confesión, que es haberos dicho mentira, ó haber callado alguna cosa, etc.

Y porque se hallarán algunas personas en cuyas confesiones haya entrevenido algún defecto déstos, por esto me parece muy sano consejo que una vez en la vida haga el hombre una confesión general muy bien hecha, para barrer con ella todas las negligencias pasadas, y de ahí en adelante mirar por cada cosa déstas con mayor cuidado. Esto baste cuanto á lo que requiere este sacramento de la penitencia.

CAPÍTULO XII

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA, QUE ES DE LA SAGRADA COMUNIÓN

Después del sacramento de la penitencia convenientemente se sigue el de la Eucaristía: porque sin preceder la penitencia de nuestros pecados, indignamente nos llegaremos á la sancta Eucaristía. La cual nos acrescienta la gracia que ya alcanzamos, y nos hace más ciertos de la remisión de los pecados, y nos arma contra las tentaciones, y nos inflama y provoca á verdadera inocencia de vida. Pues para tratar lo que pertenece á esta materia, diré primero qué cosa es Eucaristía: lo segundo, quién y por cuáles palabras la instituyeron: lo tercero, cuál sea la forma y la materia deste sacramento: lo cuarto, para qué fin se instituyó este sagrado misterio: lo quinto, qué se requiere para que dignamente lo recibamos: lo sexto y último, qué fructos sacan los que dignamente lo reciben.

Cuanto á lo primero, decimos que Eucaristía es el verdadero cuerpo y verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, que se nos da debajo de especies de pan y de vino: porque así conviene que creamos constantemente y sin otra glosa ni entendimiento que lo que vemos y adoramos ó recibimos, es verdadero cuerpo y verdadera sangre del Señor, y que en ella no hay de pan y de vino sino sola la aparencia ó especie después de la consagración. Porque la substancia del pan y del vino se convierte en substancia del cuerpo y sangre de Cristo, no porque nosotros usamos dél ni por merescimiento de nuestra fe, ni por la bondad del sacerdote que lo consagra, sino por sola la potencia de la palabra de Cristo, que puede hacer lo que quiere en el cielo y en la tierra. Y como la palabra de Cristo nunca es ni puede ser dicha en vano ni falsamente, así es cierto y verdadero que la Eucaristía es verdadero cuerpo y verdadera sangre de Cristo. Al cual debemos mirar y estribar en Él, y no en nuestra humana razón ni juicio, así en este misterio como en los otros dificultosos de nuestra fe.

Lo segundo, por quién fué instituída la Eucaristía, ya de lo que acabamos de decir queda manifiesto: porque no por otro sino por el mismo Cristo, cuyo cuerpo y sangre es. Pero oigamos agora las palabras con que lo instituyeron, las cuales leemos en los Evangelistas y en el apóstol San Pablo, que son las que Cristo dijo cuando cenando con sus Apóstoles tomó el pan y lo bendijo, y partió y dió á sus discípulos diciéndoles: Tomad y comed, éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado á la muerte. Esto haced en mi memoria. Y tomando el cáliz y dando gracias al Padre, se lo dió diciendo: Bebed desto todos, porque ésta e smi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada para perdón de los pecados. Esto haced todas las veces que lo bebiéredes en mi memoria. Con estas palabras, que sacamos en suma de los Evangelios (1), nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento de la Eucaristía. Las cuales son llanas y claras, sin figura alguna ni arte de decir, mas abiertamente afirman, y así se han de entender, que ésta es su verdadera carne y sangre. Donde quien otra cosa dijese, al Señor haría injuria no creyendo á sus palabras ó desconfiando de su poder.

Vengamos á lo tercero y mostremos la forma y materia deste sacramento. La forma son las mismas palabras que Cristo pronunció en su institución, que agora acabamos de referir. La materia es pan de trigo y vino de uvas, porque en estas dos especies se consagra este sacramento. Y si quieres saber por qué el Señor quiso poner su cuerpo y sangre y que lo comunicásemos en las especies de pan y de vino y no en otras, diré dos causas, que son las principales de muchas que para esto se acostumbran y pueden dar. La primera, porque naturalmente el pan mantiene y sustenta el corazón del hombre, y el vino cría la sangre y alegra los espíritus. La segunda, porque el pan se hace de muchos granos de trigo amasados y ajuntados en uno, y el vino de muchos racimos de uvas exprimidos. Pues desta manera quiso el Señor dar á entender los excelentes efectos que óbra este sacramento en los que fielmente lo reciben. Porque primeramente él es mantenimiento y conservación del alma, vida y alegría de la consciencia, ayuntamiento y compañía con su cuerpo místico, que es la Iglesia, esto es, comunicación de los merecimientos y bienes de

(1) 1. Cor. 11; Matth. 26; Marci 14; Lucæ 22.

todos los suyos. Y si alguno preguntase por qué quiso el Señor darnos su cuerpo y sangre escondido en esta figura y no lo quiso dar descubierto ó visible, respondemos brevemente que esto quiso por dos razones: una, por ejercitar desta manera nuestra fe, la cual es de las cosas invisibles: otra, porque no se espantase el hombre y tomase horror poniéndole delante para comer carne y sangre humana. Pero aún otra cosa habemos de notar no menos que las dichas, que puesto que la figura de pan se atribuye particularmente al cuerpo, y la figura de vino se atribuye á la sangre, todavía en la verdad así está la sangre de Cristo debajo de la figura del pan como la carne, y así está la carne de Cristo debajo de la especie de vino como la sangre, y así está todo Cristo en cada una de aquellas especies como en ambas, porque no se puede dividir Cristo, como dice el Apóstol (1). Donde puesto que los sacerdotes, cuando celebran, reciben á Cristo debajo de ambas especies de pan y de vino, y los seglares que comulgan no más que debajo de una, no por eso deben agraviarse, mas solamente tener cuidado cómo reciban á Cristo dignamente. Porque como dice San Hilario, acontece á los que reciben este sacramento, lo que aconteció á los hijos de Israel cuando cogían el maná en el desierto, que á quien cogía mayor cuantidad de la que había menester, no le sobraba, y á quien cogía menos no faltaba. Desta manera el que recibe ambas especies, no recibe más que el que recibe una dellas, ni el que recibe una, menos que el que recibe ambas.

Agora vengamos á declarar lo cuarto, conviene á saber, el fin á que enderezó Cristo la institución deste sacramento, que manifiestamente declaran sus mismas palabras, en que nos dijo: Esto haced en mi memoria: esto es, para que os acordéis de mi pasión y de mi muerte, y la confeséis y prediquéis continuamente (2). Lo primero, para que acordándonos della, despertemos y confirmemos nuestra fe, sabiendo cierto que su muerte fué nuestro rescate y que por su sangre somos lavados de la culpa de nuestro primer padre, y agora también nos lavamos de nuestros pecados proprios. Lo segundo, para levantarnos á darle gracias perpetuamente por tan inefable beneficio como nos hizo. Lo tercero, para animarnos á dejar los pecados y ocuparnos continua-

(1) 1 Cor. 1. (2) 1 Cor.

mente en virtudes y buenas obras y encendernos en amor de la inocencia, pensando diligentemente que ya somos hechos miembros de Cristo, por lo cual conviene que nuestras obras sean dignas de tal cabeza: porque esto es ser cristianos. Lo cuarto, para aficionarnos á la caridad de nuestros hermanos, dándonos todos á nuestros prójimos, como el Señor se dió todo á nosotros. Á lo cual nos amonesta el misterio del pan y del vino, porque como de muchos granos se hace un pan, y de muchas uvas se hace el vino, así nosotros somos hechos un cuerpo de Cristo, y cada uno de nosotros es miembro de su prójimo. Por tanto justo es que nos hayamos como en un cuerpo se han unos miembros con otros, que seamos concordes, humildes, mansos y amigos. Esto pretendió S. Pablo cuando dijo: Un pan y un cuerpo somos todos los que de un pan y de un cáliz participamos (1).

Cuanto á lo quinto, de qué manera se ha de recibir la sagrada comunión, esto se dirá más copiosamente en el capítulo siguiente, por ser el más necesario punto desta materia. Para esto es de saber que ésta es la cosa que más principalmente nos conviene tratar en este lugar para doctrina y enseñanza del pueblo. Porque sin duda uno de los principales cuidados que deben tener los siervos de Dios, es aparejarse con todo estudio y diligencia para la sagrada comunión. Porque este sacramento es de infinita virtud (así porque contiene en sí á Cristo, que es fuente de gracia, como porque en él se nos comunica la virtud de su pasión, que es de infinito valor) y por esto cuanto mayor fuere el aparejo del que lo recibiere, tanto será mayor la gracia que recibirá. Como vemos que el que va á coger agua en el mar, tanta agua coge cuan grande vaso lleva: porque por parte del mar no puede faltar el agua, sino falta por la estrechez del vaso. De manera que aquí se cumple á la letra lo que el Señor promete por su Profeta, diciendo: Dilata la boca de tu corazón, que yo henchiré todo el lugar que en él me dieres (2). Regla de filósofos es que todas las cosas obran conforme á la disposición que hallan en los sujetos: y pues en este sacramento está Cristo (que es autor y fuente de gracias) claro está que conforme al aparejo que hallare en el alma, así obrará en ella y le comunicará la gracia. Lo cual ven por experiencia los que á menudo celebran y comulgan,

(1) I Cor. 10. (2) Psalm. 80.

que cada día experimentan que tal devoción y fructo reciben deste sacramento, cual es el aparejo con que se llegan á recibirlo.

Y no sólo la esperanza deste fructo, mas también el temor de nuestro proprio daño nos debe hacer diligentes en esta parte: porque general cosa es en todos los sacramentos de la ley de gracia que así como son de grandísimo provecho en los que dignamente los reciben, así son de grandísimo daño para los que los reciben indignamente. Y así dice un doctor que así como el sol, el agua y el aire ayudan á crescer y fructificar las plantas cuando están verdes y vivas, y si por el contrario no lo están, ellos mismos son los que más presto las secan y empodrecen, así también los sacramentos (que son las causas generales de nuestra salud) acrescientan la gracia y todas las virtudes en las almas que están vivas y bien dispuestas: mas si no lo están, ellos mismos son ocasión de mayor dureza y secura y de mucho mayor corrupción.

Lo cual señaladamente pertenece á este sacramento. Porque como él sea verdadero pan y mantenimiento de las almas, así como el mantenimiento corporal (que es el medio con que se sustenta la salud y vida) es contrario á la misma vida cuando el cuerpo está mal dispuesto, así también lo es este manjar espiritual. Por donde viene á ser que lo que es vida y salud para unos, sea enfermedad y muerte para otros. Donde nasce que los que frecuentan este sacramento (regularmente hablando) se han de ir haciendo cada día los mejores hombres ó los peores, por el continuo provecho ó daño que con esta frecuentación reciben. Por esta causa uno de los principales cuidados del siervo de Dios ha de ser aparejarse con toda diligencia, para evitar por una parte este grande daño, y gozar por la otra deste tan grande beneficio: de manera que estas dos cosas le sean como espuelas que lo azucen y despierten á hacer en esta parte lo que debe. Y para cumplir con esta obligación, debe guardar con todo estudio y diligencia las cosas que en el capítulo siguiente se declaran.

CAPÍTULO XIII

DE TRES COSAS QUE SE REQUIEREN PARA DIGNAMENTE COMULGAR

Pues para que uno pueda dignamente llegarse á este sacramento, debe con todo estudio guardar las cosas siguientes.

§ I

Primeramente debe el hombre reconocer con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni ángeles es bastante para este aparejo, si no entreviene la mano de Dios que para él especialmente nos ayude. Porque así como ninguno se puede disponer para gracia sin gracia, así ninguno se puede disponer á recibir dignamente á Dios sin el mismo Dios. Y por esto ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que Él por su mano alimpie y concierte la casa para su morada. Vemos que cuando el rey va á posar en alguna aldea, no espera que los aldeanos le concierten el aposento (porque no son ellos parte para eso) sino él manda sus aposentadores y su recámara, que es el concierto conveniente para su persona real. Y pues esto así pasa, justo título tenemos para rogar á nuestro Señor que pues Él por la grandeza de su bondad y misericordia quiere venir á posar en nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra, que es mandarnos su aposentador mayor (que es el Espíritu Sancto con sus virtudes y gracias) para que desta manera sea Él aposentado como meresce. Presupuesto ya este conocimiento, la primera cosa que para esta sagrada comunión se requiere, es pureza de consciencia, que es limpieza de todo pecado mortal: por razón de la cual dijo San Pablo aquellas palabras tan temerosas: Examine cada uno su consciencia, y desta manera se llegue á comer de aquel pan y á beber de aquel cáliz: porque el que lo come ó lo bebe indignamente, condenación come y bebe para su

alma (1), pues no trata á aquel sacratísimo cuerpo del Señor con la reverencia que debe.

Y especialmente se requiere para esto limpieza de dos géneros de pecados que más directamente parece que contradicen á la condición deste sacramento, que son, odios y carnalidades. Porque cuanto al primero este sacramento es sacramento de amor y unión, porque en él participan los fieles un mismo espíritu, el cual es más poderoso para hacer á todos los fieles una misma cosa que el alma á los miembros de un mismo cuerpo. Y para significación desto dice San Agustín que nuestro Señor instituyó este sacramento en tales géneros de cosas que de muchas hacen una (porque de muchos granos de trigo se hace el pan, y de muchos géneros de uvas el vino) para dar á entender que el sacramento que en estas dos especies se administra, óbra en los que dignamente lo reciben, este mismo efecto, que es hacer de muchos corazones uno, comunicando á todos un mismo espíritu. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más contra razón que llegarse á recibir el sacramento de unión y amor con corazón dividido? ¿Qué es esto sino pedir al cirujano que os cierre la herida, y por otra parte trabajar con toda diligencia por tenerla abierta? Pues no es menos contra razón llegarnos á recibir esta medicina espiritual que tiene virtud de cerrar las llagas de los odios y enemistades y ajuntar los corazones divididos, queriendo por otra parte resistir de propósito á este beneficio y romper con particulares odios y disensiones la unión de la paz y de la caridad. El que desta manera se llega á esta mesa, debía temer mucho no le dijese también el Señor del convite: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestiduras de bodas? Y lo que después se sigue: Atadlo de pies y manos, y echadlo en las tinieblas exteriores, donde habrá perpetuos lloros y crujir de dientes (2). Pues el que quisiere evitar este inconveniente y llegarse á esta mesa con vestido de bodas (que es la misma caridad) no se atreva á llegar á ella sin poner primero por obra aquel consejo del Salvador que dice: Si ofrecieres tu ofrenda delante del altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja la ofrenda á los pies del altar, y vete primero á reconciliar con tu hermano, y esto hecho podrás volver á ofrecer tu don (3).

(1) 1 Cor. 11. (2) Matth. 22. (3) Matth. 5.

El otro pecado contrario á este sacramento es cualquier torpeza y deshonestidad: porque este sacramento (que en sí encierra aquella carne virginal, amasada de las purísimas y virginales entrañas de nuestra Señora) pide gran limpieza de cuerpo y alma, y tanto, que aun haber pasado por entre sueños una sombra de deleite tienen los sanctos por impedimento para llegarse á este divino Sacramento, si no fuese cuando la obediencia ó alguna fiesta señalada á esto nos constriñese. Y no solamente de comulgar, mas aun de ayudar á misa nos aconseja S. Bernardo que nos refrenemos, si nos fuere posible, habiendo precedido esto: tan grande es la pureza que se requiere para este venerable sacramento. Porque si para solamente vacar á la oración quiere el Apóstol que se refrenen los casados de la conversación conyugal (1), ¿cuánto más para llegarse á este sacramento, donde corporalmente se recibe Dios? Y si en la ley vieja un solo sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel día de las tiendas y compañía del pueblo de Dios (2), ¿cuánto más de la comunicación y participación del mismo Dios?

Y no sólo de los pecados mortales, mas también de los veniales habemos de ir limpios para llegarnos á este sacramento: porque este género de pecados mortifica el fervor de la devoción, que es el más proprio y más conveniente aparejo que para este sacramento se requiere. Y para alcanzar limpieza destos pecados, conviene que preceda la confesión dellos antes de la comunión, ó al menos el arrepentimiento y dolor dellos, ó algunos otros sanctos ejercicios de amor y devoción, para que con ellos se restituya el fervor de la devoción que con los tales pecados se perdió. Y quien alguna destas cosas dejase de hacer, no se excusaría al menos de pecado venial grave, por esta negligencia, y perdería mucho de la suavidad y refección deste sacramento, que es el proprio efecto que él obra en las almas que con este aparejo lo reciben.

Mas el que hubiese caído en algún pecado mortal (allende del arrepentimiento arriba dicho) es necesario que se confiese antes de la comunión so pena de pecado mortal, si no fuese en caso que no pudiese dejar de comulgar ó celebrar sin algún escándalo notable y no hubiese copia de confesor que lo oyese: porque en tal

(1) 1 Cor. 7. (2) Deuter. 23.

caso (si alguna vez aconteciese) bastaría la contrición con propósito de confesarse habida oportunidad, como dicen los doctores.

§ II

Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere, es pureza de intención, que es hacer esto por el fin que se debe hacer, y no por otro. Porque como la intención sea lo principal de nuestras obras y la que sola basta para hacerlas buenas ó malas, esto es lo que principalmente se debe mirar en todas ellas (y mucho más en ésta) porque no pervirtamos las obras de Dios, usando para un fin lo que Dios usó para otro. Y porque mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan, para que así se vea más claro lo que debemos seguir ó huir.

Muchos sacerdotes vemos el día de hoy tan pervertidos, que la principal cosa que los mueve á celebrar, es la codicia del interese. Los cuales son aquellos dos hijos de Aarón que ofrecieron á Dios sacrificio con fuego ajeno (1), pues los mueve á celebrar, no el fuego del amor divino, sino el ardor y codicia del dinero. Por donde así como salió fuego del sanctuario y los quemó en un momento, así también se cree que quemará á éstos el del infierno, si no hicieren penitencia deste pecado. ¡Quién cuidara, Señor, cuando tú ordenabas este tan admirable sacramento, que había de ser tan grande el abuso de los hombres, que hubiesen de usar para ganar dinero, de lo que tú ordenaste para ganar el cielo, y que puestos en dos balanzas Dios y un real, había de haber quien se moviese más por un real que por Dios!

Otros hay que comulgan á más no poder, por pura fuerza ó por temor de la penitencia (como hacen los malos cristianos en la comunión de Pascua) que van por los cabellos y como quien va á la cruz, van á la mesa del Señor. Éstos debían considerar que ni con ropa de burato entra nadie en el palacio del rey Asuero, ni con este ánimo y corazón servil puede alguno entrar en este sacro palacio ó asentarse á esta mesa. Con amor se ha de recibir lo

(1) Levit. 10.

que por amor se instituyó, porque no es razón que se reciba con ánimo de siervo lo que se dió con ánimo de padre.

Otros hay también que van á comulgar en pos del hilo de la gente y hacer lo que los otros hacen, sin tener aquel hambre ni procurar aquel aparejo ni aquella emienda de vida que debían procurar los que usan desta medicina. Y no son muy diferentes déstos los que comulgan sólo por costumbre, como hacen algunos que por tener por costumbre de comulgar de tantos á tantos días, sin tener aquella devoción que debían, y sin procurarla, solamente por no perder aquel estilo, sin otro más aparejo se llegan á este sacramento. Los cuales debían mirar que aunque esta costumbre sea buena, no es negocio éste que se haya de hacer sólo por costumbre, sino por el fruto que de aquí se espera, y con el aparejo que para gozar deste fruto se requiere.

Otros también se llegan con una golosina espiritual y con un apetito y deseo de alguna suavidad y devoción sensible, teniendo esto como por último fin deste negocio y no enderezando esta manera de devoción al fin que se debe enderezar, que es abrazar la cruz de Cristo y servir al Señor con mayor prontitud y alegría de corazón.

Todos estos fines son aviesos y unas como puertas falsas para entrar á hurtar como ladrón, y no á recibir como fiel siervo las mercedes del Señor. Entremos pues por las puertas que entraron los sanctos, procurando llevar la intención que ellos llevaron, la cual no es siempre de una manera sino de muchas y diversas, como declara S. Buénaventura por estas palabras: Muchos son los afectos y intenciones de los que se llegan á celebrar ó comulgar. Á algunos mueve el amor de Dios, para que por medio deste sacramento traigan muchas veces al amado á su posada y allí dentro de sí mismos lo abracen dulcemente y lo retengan. Á otros mueve el conocimiento de su propria enfermedad y flaqueza, para que con el favor y socorro deste Médico celestial sean curados y libres de sus enfermedades. Á otros lleva el conocimiento de sus deudas y pecados, para que mediante esta divina hostia y sacrificio de salud sean purgados y perdonados. Á otros lleva la priesa de alguna tribulación ó tentación, para que por virtud de Aquél que todo lo puede, sean libres de sus adversidades y amparados del enemigo. Á otros inclina más el deseo de alguna gracia particular, para que por medio de Aquél á quien el Padre nada pue-

de negar, alcancen lo que desean. Á otros mueve el agradecimiento de los beneficios recibidos, considerando que no podemos de nuestra parte ofrecer al Padre cosa más agradable por lo que nos dió, que recibir este cáliz de salud. Á otros mueve el deseo de alabar á Dios y á sus sanctos, pues no podemos honrarlos con otra mayor honra que con ofrecer de nuestra parte este sacrificio de alabanza. Á otros mueve el deseo de la salud de los prójimos y la compasión de sus trabajos, sabiendo que por la salud de los vivos y muertos ninguna cosa aboga con mayor eficacia delante de los ojos del Padre, que la sangre de su Hijo que por unos y por otros fué derramada. Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura.

Pues el que desea acertar en la pura y recta intención que para aquí se requiere, escoja cuál destos dos fines le arma mejor, y á ése enderece su intención. Y mucho mejor será considerar primero todos estos fines y fructos deste sacramento y ponerlos todos delante de los ojos, y pretender por este divino medio conseguirlos todos. Y sobre todo esto el fin más principal y más proprio es procurar por medio deste sacramento (en el cual está Cristo) recibir en nuestras almas el espíritu de Cristo, mediante el cual seamos transformados en Él, y así vivamos como Él vivió, que es con aquella caridad y humildad y paciencia y obediencia y pobreza de espíritu y aspereza de cuerpo y desprecio del mundo con que Él vivió: porque esto es espiritualmente comer y beber á Cristo y mantenerse dél, como podríamos decir de algún grande estudioso de Aristóteles ó de Tulio que no se contenta con haber leído ó estudiado á Tulio, sino que lo comió y bebió y que está todo transformado en él y hecho otro él. Pues desta manera ha de comer el cristiano á Cristo (que es su vida y su doctrina) para transformarse todo en Él y parescer otro Él, como lo tenía hecho aquel que decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo (1). Y por tanto éste ha de ser nuestro fin principal, y juntamente con esto hacer lo que Él nos encomendó, que es celebrar en este sacramento la memoria de su pasión y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redención.

(1) Galat. 9.

§ III

De la actual devoción que para este sacramento se requiere.

Lo tercero que para este sacramento se requiere, es actual devoción: para lo cual es de saber que este venerable sacramento (así como todos los otros) tiene un efecto común y otro proprio. El efecto común es la gracia, que es también efecto de todos los otros sacramentos de la ley de gracia: mas el efecto proprio es el que los teólogos llaman refección espiritual, que es un nuevo esfuerzo y aliento para todo bien y un gusto y suavidad de las cosas espirituales. Porque así como el manjar corporal no solamente sustenta la vida del que come, sino también le da esfuerzo y gusto cuando se come, así este divino manjar no sólo conserva la vida espiritual con la gracia que da, sino también esfuerza el espíritu y deleita el gusto con su propria virtud: y este deleite es tan grande, que como dice Santo Tomás, ninguno puede con palabras explicar cuán grande sea: porque en él se gusta la dulzura espiritual no por tasa ni por medida, sino en su misma fuente, que es en Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad.

Pues para gozar deste tan grande beneficio decimos que señaladamente se requiere actual devoción: porque como entre la forma y la disposición para ella haya de haber alguna semejanza, no puede haber más conveniente aparejo para recibir acrecentamiento de devoción, que ir con actual devoción: como vemos por experiencia, que cuanto el leño está más caliente y seco, tanto está más cerca de hacerse fuego, que es también caliente y seco.

Y si me preguntas qué cosa sea esta actual devoción, no sé cómo lo pueda mejor explicar que con decirte que es una como agua de ángeles, la cual así como se destila de diversas hierbas olorosas, así tiene diversas suavidades y olores: porque esta devoción es un afecto espiritual compuesto de otros espirituales y santos afectos, de los cuales ha de ir llena el alma cuando se llegare á este venerable sacramento. Porque como dice S. Ambrosio, ¡con cuánta contrición y arrepentimiento, con qué fuentes de lágrimas, con cuánto temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo y con qué pureza de ánimo se ha de celebrar, Dios mío,

este celestial y divino sacramento, donde tu carne verdaderamente se come, y tu sangre verdaderamente se bebe, y donde las cosas altas se juntan con las bajas, y las divinas con las humanas, y donde está la compañía de los sanctos ángeles, y donde tú mismo eres el sacerdote y el sacrificio por una manera espantosa! ¿Quién pues podrá dignamente tratar este misterio, si tú, Señor, no lo hicieres digno?

Y descendiendo más particularmente á esto, para corresponder de nuestra parte á lo que pide la condición y nobleza deste sacramento, conviene que nos lleguemos á él por una parte con grandísima humildad y reverencia, y por otra con grandísimo amor y confianza, y por otra con grandísima hambre y deseo deste pan celestial. Todas estas maneras de afectos piden las excelencias deste sacramento.

Pues para aparejarse el hombre desta manera, conviene que tome espacio de algunos días antes de la comunión, para que en este tiempo se ocupe así en algunas sanctas oraciones y consideraciones como en la purificación y limpieza de su consciencia mediante el examen y arrepentimiento de sus culpas y la confesión sacramental dellas. En lo cual es mucho de reprehender el atrevimiento de algunos sacerdotes que sin haber precedido nada desto, donde los toma la voz, de allí se levantan y se van á celebrar, ora estén parlando y riendo, ora estén ocupados en otros negocios temporales. Y no menos dignos de reprehender son los malos cristianos que después de haberse derramado por todo género de vicios, cuando al cabo de un año por la Pascua se vienen á confesar, escasamente acaban de vomitar mil maneras de torpezas y abominaciones, cuando luego levantándose de los pies del confesor, se van á sentar á la mesa de Dios y á recibir aquel beso de paz, que es proprio de sus familiares amigos. ¿No sería razón primero gastar algunos días en aplacar á Dios y lavar con lágrimas la posada en que ha de ser recibido? ¿No sería razón celebrar la vigilia antes de la fiesta, y disponerse primero para el tálamo y para los abrazos de aquel esposo celestial, sino que estando aún tan fresca la memoria de los pecados y tan reciente el mal olor de tantas torpezas, quiera el hombre llegarse á un misterio de tanta pureza y echar una piedra tan preciosa en un muladar? Éste es un grande abuso del pueblo cristiano, el cual quien lo quisiere estimar y tener en lo que es (pesando las cosas no

con el peso de Canaán, que es peso falso, sino con el peso del sanctuario, que es con el juicio de Dios y de sus sanctos) lea un sermón de Cipriano *de Lapsu*, y allí verá condenada esta manera de atrevimiento. Donde hablando de los cristianos que poco tiempo después de haber sacrificado á los ídolos por temor de los tormentos, se llegaban á comulgar, dice así: Volviéndose de los mismos altares del diablo y teniendo las manos inficionadas y sucias con el tocamiento de los profanos sacrificios se llegan á este sacramento. Estando aún eructando los manjares mortíferos de los ídolos, y aun sus gargantas vomitando y exhalando su maldad, y hediendo á aquellas sucias y pestilenciales comidas, se atreven á arrebatar el cuerpo del Señor, como esté escrito: Todo el que estuviere limpio comerá desta carne, y el que no lo estuviere, su inmundicia estará sobre él, y morirá por eso. Sin hacer caso de todo esto, se llegan á forzar el cuerpo y sangre del Señor. Mayor es el pecado que hacen agora con las manos y con la boca, que el que antes hicieron cuando lo negaron. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Mira si se podrá decir cosa más para temer que ésta.

Y si me dices que estás ya reconciliado con Dios por medio de la confesión precedente, ya que eso sea así, no es razón que luego en la misma hora que acabaste de botar tantos pecados, lo recibas, sino que des un poco de espacio á las lágrimas y al dolor, y á la purificación de la consciencia, para que así te llegues á Él con más aparejo. Porque perdonado estaba ya Absalón por su padre David de la muerte de su hermano Amón, mas con todo eso le mandó el Rey que no entrase en su palacio ni aparesciese delante dél. Y desta manera pasaron tres años primero que viese la cara de David (1). Y pues á éste ya perdonado se dilató la vista del padre ofendido por tres años, no es mucho dilatarse á ti á lo menos por tres días, pues mucho más gravemente ofendiste á tu verdadero padre Dios.

Y si por otra parte dices que en este tiempo no te podrás refrenar de pecar y que por eso es mejor llegarte luego á comulgar antes que los nuevos pecados te vuelvan á hacer indigno deste misterio, á esto respondo que si los pecados son veniales, no es ése inconveniente (porque siete veces al día cae el justo, y eso tiene remedio más fácil); mas si temes ó crees que serán mor-

(1) 2 Reg. 19.

tales, ¿qué mayor peligro, ó qué peor aparejo puede haber que llegarte á comulgar con una consciencia tan inconstante y tan poco firme y determinada en el bien, que no esperas pasar tres días sin pecar mortalmente? ¿Dónde está aquel firme propósito de nunca ya más ofender á Dios, aunque se pierda la vida? ¿Dónde está el amor de Dios sobre todas las cosas, que teme ofenderlo sobre todas ellas? No son tan flacas las fuerzas de la gracia, ni es tan fácil hacer un pecado mortal, que si el hombre pusiese de su parte una mediana diligencia, no pudiese por muchos días y años, y aun por toda la vida, librarse deste género de pecados.

Mas querer obligar á esto á los hombres carnales y sensuales, aunque sea por tan pequeño espacio, es como quien quisiese sacar un río de madre, que como tiene de tantos años abierto el canal por donde corre, es dificultosísima cosa sacarlo de allí, y así si con fuerza y arte lo sacáis, luego en viendo la suya, corta y rompe por donde puede y se vuelve á su antigua corriente. Pues así éstos, como ha tantos años que están acostumbrados á vivir con aquella miserable libertad de hacer y decir cuanto les viene á voluntad, y de dejarse llevar de su corazón por la corriente de sus malos apetitos, querer sacarlos deste hilo y obligarlos á resistir á todos estos ímpetus de naturaleza depravada, esles un tormento tan grande, que no ven la hora en que han de salir de aquella obligación y volverse á la corriente de su antigua libertad. Y por eso se dan tanta priesa por salir de aquel cargo, para poder luego tornar á vivir como antes acostumbraban. De manera que averiguado bien el negocio y sacando en limpio la causa desta priesa, es el tormento grande que padescen en obligarlos á ser buenos por espacio de tres días, según están habituados á lo contrario. ¡Oh desdichados de vosotros, cómo presumís por otra parte salvaros y ser compañeros de todos aquéllos que fielmente pelearon y trabajaron, pues tan intolerable os es traer por tres días solos el arnés y las armas desta caballería, y sufrir el yugo de la virtud, y caminar por donde todos ellos caminaron?

Esto baste cuanto es á lo que toca á la manera de aparejarnos para este sancto sacramento. Restaba declarar los efectos y virtudes que óbra en el alma este misterio: mas desta materia se trata más abajo, en el sermón del Sanctísimo Sacramento, donde remito al piadoso lector.

CAPÍTULO XIV

DEL SACRAMENTO DE LAS ÓRDENES

En los capítulos pasados tratamos lo que nos era más necesario del sacramento de la Eucaristía. Y porque á este sacramento está muy anejo el sacramento de las órdenes y ministerios de la Iglesia, dél trataremos agora. Manifiesto es por relación de antiquísimos y sanctísimos doctores que en el pueblo cristiano hubo siempre especiales ministros de la Iglesia que por especial ordenación eran instituídos para tratar y ministrar los sacramentos y misterios divinos. Porque dado que podamos llamar por las Escrituras sanctas á todos los cristianos sacerdotes (á los cuales dice el apóstol San Pedro: Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio (1): y San Juan en su Apocalipsi (2) dice de Cristo que nos amó y lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reino y sacerdotes de su Padre) puesto que así se diga y así sean todos los cristianos sacerdotes, pero esto se entiende espiritualmente, como también por las mismas Escrituras se llaman reyes. Son ciertamente sacerdotes para ofrecer á Dios sacrificios espirituales, conviene á saber, loores, hacimientos de gracias, oraciones, invocación del nombre de Dios, corazón contrito y humillado, mortificación de la carne, sacrificio de justicia y de inocencia. Como también desta manera son reyes, para señorear y sojuzgar á los malos apetitos de la carne y regir sus miembros por las leyes del espíritu. Pero como allende destos espirituales reyes hay en el pueblo cristiano otros reyes y príncipes y jueces que gobiernan las ciudades, á los cuales debe el pueblo, según enseña el Apóstol (3), honra y temor y tributos, desta manera allende de los sacerdotes espirituales que tenemos dicho, hay otros sacerdotes en la Iglesia de Cristo, los cuales por especial título son y se llaman sacerdotes: á quien las Escrituras sanctas llaman

(1) 1 Petri 2. (2) Apocal. 5. (3) Rom. 13.

también obispos, presbíteros (que quiere decir más viejos) pastores, doctores, prelados, ministros de Cristo, despenseros de los misterios de Dios, etc. Y como no pertenece igualmente á todos los cristianos administrar ni ejercitar los oficios de la república, así tampoco es lícito á todos entremeterse ni querer usurpar el oficio y dignidad y cargos de los sacerdotes, que son particulares y proprios ministros de la Iglesia: que son, predicar al pueblo la doctrina del evangelio, celebrar los divinos sacramentos y los otros solemnes oficios que á sus órdenes pertenecen. Mas á solos aquéllos convienen estos ejercicios que para ellos son legítimamente escogidos y ordenados por los obispos y prelados de la Iglesia. Por lo cual algunos que sandiamente se atrevieron á usurpar el oficio de sacerdotes, fueron por Dios rigurosamente castigados, como cuentan las Escrituras de Datán y Abirón y de Ozías, rey de Israel (1). Porque á esta dignidad ninguno se ha de llegar sino llamado por Dios, como dice el Apóstol (2). Pues deste particular y proprio cargo y dignidad de los ministros de la Iglesia trataremos al presente, y primero diremos qué cosa son las órdenes: lo segundo, cómo y por qué las órdenes se llaman y son sacramentos: lo tercero, cuántas y cuáles diferencias hay de órdenes y qué oficios pertenecen á cada una dellas: lo cuarto, por qué fin se instituyeron: lo quinto, qué significan las cerimonias con que se dan. Digo pues que las órdenes son un sacramento por el cual se da gracia y poder al que es escogido y llamado directamente para ejercer algún particular oficio como ministro público de la Iglesia. Esta definición clara está, y ninguna duda tiene: solamente resta declarar cuál es escogido y llamado para recibir las órdenes y qué gracia y facultad en ellas se concede. Á esto respondo que aquél es justa y directamente escogido y llamado que no solamente es escogido y traído por Dios, mas es ofrecido y presentado por los prelados de la Iglesia, que según las ordenaciones apostólicas tienen poder para dar las órdenes. Conviene que preceda la elección y llamamiento de Dios para que prósperamente y para bien del ordenado y del pueblo cristiano se le conceda el ministerio: pero cuál sea escogido de Dios, ninguno lo puede saber ni tener por cierto, porque no lo muestra Dios por revelaciones y señales sensibles: pero hay muchos indicios de

(1) Num. 16; Psal. 105; 2 Paral. 26. (2) Hebr. 5.

los cuales se puede colegir confiadamente esta elección: como si se siente el hombre inclinado y deseoso de las mismas órdenes y estado eclesiástico, si siente en sí habilidad y disposición para tales oficios, y finalmente si desea y pretende en este propósito sólo la gloria de Dios y el provecho espiritual del pueblo y no temporales intereses y ganancias. Mas porque el apóstol S. Juan enseña que se deben primero probar y conocer los espíritus si son de Dios, y no se ha de creer á cada uno por su proprio testimonio, han de procurar con toda diligencia aquéllos á quien está encomendado escoger y aprobar á los que se han de ordenar, que en este negocio despidan toda afición humana y proprios provechos y solamente presenten ó reciban á los que fueren dignos y idóneos, quiero decir, que fueren católicos, templados, castos, humildes, mansos, bien doctrinables y enseñados en sanctas y buenas doctrinas, y hábiles y poderosos para persuadir la verdad y convencer á quien la contradijere. Tales condiciones se requiere que tengan los ministros de la Iglesia para que dignamente y con fructo sean escogidos y llamados, como enseña el Apóstol escribiendo á Tito y á Timoteo: y los que tuvieren las condiciones contrarias á éstas, se han de despedir.

Á los cuales así escogidos y ordenados se da la gracia singular en este sacramento. La cual gracia es una virtud por la cual son firmes y eficaces delante de Dios aquellas cosas de su ministerio, que ellos hacen según el regimiento que tienen de Cristo y de la Iglesia, no solamente si son dignos de tal virtud, mas aunque no sean dignos. Porqúe puesto que se requiere que sean los que habemos dicho, pero los sacramentos no penden de su virtud ni sanctidad, sino de la virtud de las palabras de Cristo que los instituyó.

Lo tercero que dijimos, cómo las órdenes sean sacramentos, no es dificultoso mostrarlo. Porque tienen como todos los otros sacramentos su forma y su propria materia, tienen señal visible y gracia invisible. La forma son aquellas palabras que los obispos dicen cuando dan cada una de las órdenes, las cuales tienen fuerza por mandamiento de Cristo. La materia ó señal exterior en las órdenes menores es entregar á los ordenados diversos instrumentos convenientes á su ministerio. Y en el sacerdocio la forma son las palabras que el obispo dice: Recibe poder de ofrecer el sacrificio por los vivos y por los muertos, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto: por las cuales formas

y señales visibles se hace cierto el ordenado que recibe el don de Dios que se le da en este sacramento para edificación de la Iglesia.

Cuanto al número de las órdenes que en este sacramento se comprehenden, decimos que son siete. La primera es de los porteros, la segunda de los lectores, la tercera de los conjuradores, la cuarta de los acólitos, la quinta de los subdiáconos, la sexta de los diáconos, la séptima y última de los sacerdotes. La cual distinción de títulos no es nueva en la Iglesia, mas fueron así declarados de tiempo antiquísimo, parte por las escrituras de los Apóstoles, parte por la doctrina de los antiquísimos y sanctísimos Padres. El oficio de los porteros era guardar las puertas del templo y recibir á los que merescían entrar dentro, y despedir á los indignos. De los lectores era cantar y leer las liciones sanctas públicamente en el coro eclesiástico. De los exorcistas ó conjuradores invocar el nombre del Señor sobre los endemoniados y conjurar al espíritu malo, ó para echarlo fuera, ó al menos para que no atormentase más. De los acólitos, allende de otros servicios, era tener los cirios encendidos de los presbíteros y diáconos cuando rezaban el Evangelio, en señal de resplandor y claridad del Evangelio. De los subdiáconos era servir á los diáconos y leer en la misa la epístola. De los diáconos era servir en todas las cosas á los sacerdotes y obispos, procurar limosnas para sustentar á los pobres, leer el Evangelio y predicarlo al pueblo. De los sacerdotes es enseñar al pueblo como preceptores de la cátedra ó púlpito las palabras de Dios, celebrar los sacramentos y administrarlos á los seglares y consagrar y ofrecer aquel perpetuo sacrificio de la Eucaristía, de quien arriba hablamos. Éstos son los oficios de las órdenes desde tiempo antiguo, puesto que agora no están en uso los ejercicios dellos más del subdiaconado y diaconado y sacerdocio. Pero es de notar que el sacerdocio, aunque en la verdad es una orden, y individua, todavía está repartido en diversos oficios y dignidades y poderes y grados: porque unos son sacerdotes menores, que son los que comúnmente así llamamos, otros sacerdotes, que son los obispos y arzobispos, patriarcas y sobre todos el Sumo Pontífice. Las cuales distinciones ayudan mucho para que se guarde la unidad y concordia en la Iglesia: porque si todos fueran iguales, cuantas cabezas hubiera, tantos pareceres hubiera, y no habría cabeza ó autoridad principal que

determinara entre ellos lo que se había de tener. Y para decir brevemente el oficio destos principales sacerdotes, allende de lo que tienen común con los sacerdotes menores, tienen de más consagrar el crisma y el óleo sancto, confirmar á los baptizados y consagrar las iglesias y altares, dar órdenes á los sacerdotes y los otros grados eclesiásticos, bendecir á las vírgines religiosas, ayuntar sínodos en sus diócesis, visitar sus territorios y finalmente mirar cuidadosamente por sí y por todo el rebaño del Señor que les es encomendado.

Cuanto á lo quinto, que es, para qué fué instituído este sacramento por Cristo y qué provecho viene dél á la Iglesia, para respuesta desto es de notar lo que dice el apóstol S. Pablo: Cristo dió á unos que fuesen apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y doctores, para cumplir el número de los escogidos y para diversos ministerios para edificación del cuerpo de Cristo (1). Donde se colige que fué este sacramento del orden instituído para que todos conozcan la verdad y se conviertan y se ayunten al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y crezcan en la fe y en caridad, y finalmente sean salvos para siempre. De lo cual también habemos de ser avisados en cuánta estima y acatamiento habemos de tener este sagrado misterio y cuánta reverencia debemos á los sacerdotes y ministros de la Iglesia. De los cuales dice el Señor: El que á vosotros oye, á mí oye, y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia (2). Y conforme á esto dice S. Pablo: Los presbíteros que bien presiden en sus oficios, son dignos de doblada honra, mayormente los que trabajan en la predicación y doctrina (3). Y cuál deba ser esta honra que habemos de dar á los sacerdotes, decláralo en muchos lugares el Apóstol, conviene á saber, que obedezcamos á sus mandamientos, que los reverenciemos y tengamos en grande precio, que los amemos con caridad y tengamos paz con ellos, y finalmente que les demos lo necesario para su vida y sustentación.

Pero no será sin razón declarar después de todo lo que tenemos dicho, qué significa la unción sacramental con que los sacerdotes son ungidos: asimismo por qué les cortan el cabello y les abren la corona. Y desto último decimos que con mucha razón los clérigos se cortan el cabello y se hacen la corona, así para que anden

(1) Ephes. 4. (2) Lucæ 10. (3) 2 Tim. 5.

distinguidos y diferenciados de los seglares, como más principalmente para que por esta obra adviertan lo que á su oficio pertenece. Porque la corona rapada les muestra que han de rapar de su corazón los vanos y desordenados pensamientos, y todos los carnales y torpes deseos, y todos los cuidados de los negocios y haciendas seculares, para que atendiendo á solo Dios y á las cosas divinas, puedan cumplir su oficio más libre y más diligentemente.

CAPÍTULO XV

DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Declaramos en el capítulo pasado brevemente lo que las sagradas Letras y los doctores sanctos dicen en loor y recomendación del sacramento de las órdenes. Al cual sacramento se sigue el sacramento del matrimonio, y en buen orden y razón, así porque en él se requiere (según dice el papa Evaristo bendición sacerdotal, como por la semejanza y conformidad que hay entre el un sacramento y el otro Pues déste trataremos agora brevemente como de los pasados. Mas aquí será excusado declarar qué cosa sea matrimonio: porque asaz tenemos entendido que matrimonio es el ayuntamiento y compañía del varón y de la mujer según la ley de Dios y de la Iglesia. Pero será bien que mostremos al principio por qué llamamos al matrimonio sacramento. Lo cual también está manifiesto, pues en él claramente se hallan las condiciones de los otros sacramentos: porque tiene su propria forma y señal visible y la gracia invisible. La forma son las palabras con que el varón y la mujer declaran juntamente su consentimiento con que se recibe uno á otro, las cuales palabras tienen vigor de las que dijo Cristo en el Evangelio: El que hizo al hombre al principio, crió al hombre y á la mujer, y dijo: por ésta dejará el hombre el padre y la madre, y llegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne. Pues á los que Dios ayuntó, no aparte el hombre (1). La señal visible deste sacramento es el tocarse exteriormente el marido y la mujer cuando se dan las manos, ó uno al otro da un anillo. Y para que más claramente parezca cómo el matrimonio es sacramento, hará mucho al caso decir lo que por él se significa y la gracia que en él se da. Acerca de lo cual digo que la gracia que en este sacramento reciben los que con temor de Dios y con sancta intención se ayuntan, es

(1) Matth. 19.

que el marido ame á la mujer con amor casto, como Cristo amó la Iglesia, y semejantemente la mujer ame y reverencie al marido: para que por ella el uno y el otro se guarde limpio de todo ilícito deleite, y críen sus hijos (si los tuvieren) con todas sus fuerzas en piedad cristiana. Ésta es la gracia del matrimonio. Agora consideremos su significación, y entenderla hemos por la sentencia y palabras del apóstol S. Pablo que dice así: Ninguno aborrece su propria carne, mas antes la mantiene y la regala, como Cristo hizo con la Iglesia: porque somos miembros de su cuerpo y de su carne y de sus huesos. Por eso dejará el hombre al padre y á la madre, y llegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, en cuanto es figura de la unión de Cristo y de su Iglesia (1). Mirad cómo abiertamente aquí el Apóstol llama al matrimonio sacramento, por el cual se significa muy á propósito aquella estrechísima unión de Cristo y de la Iglesia, en la cual somos una cosa Cristo y sus fieles. Y pues tan noble significación (con que los hombres tanto se deben consolar) tiene el matrimonio, por esta razón (aunque otra no hubiera) se debía llamar sacramento.

Agora veamos cómo este sacramento se ha de recibir y conservar por los casados: que sin duda conviene que se trate sanctamente, como todos los otros sacramentos. Digo, pues, que entonces principalmente lo recibirán y lo proseguirán dignamente los casados, cuando ellos fueren reverenciadores de Dios y guardadores de la ley cristiana, y se amaren uno á otro con amor honesto, y se ajuntaren con solo el deseo y propósito de engendrar hijos, y guardaren uno á otro la fe y lealtad que deben: finalmente cuando moraren juntos y se acompañaren por toda la vida sin hacer divorcio alguno. Porque desta manera representarán verdaderamente el ayuntamiento de Cristo y de la Iglesia, y se harán ellos mismos un cuerpo con Cristo. El temor de Dios y su honra y servicio se requiere que tengan sobre todas las cosas, así porque Dios es único instituidor del matrimonio como porque fué establecido en el estado de la inocencia, como también porque sin el temor de Dios ninguna cosa tiene buen principio ni buen suceso. Conviene también que haya amor entre los casados, pues fué ésta la principal causa de la institución del matrimonio, que es para

(1) Ephes. 5.

que fuese una estrechísima compañía entre los hombres, que comprehendiese las razones de toda amistad. Donde leemos que dijo el Señor: No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle un ayudador semejante á él (1). Y que los casados se hayan de ayuntar con su propósito de tener generación, éstas son las causas principales. Primeramente, porque para este fin instituyó Dios este estado y linaje de vida, para que se criasen hijos, y así de generación en generación se multiplicase y conservase el linaje humano. Después desto, porque sobre los que se ayuntan para solo cumplir el encendimiento de su lujuria, prevalece Satanás: y los que se ayuntan con deseo de tener hijos más que por satisfacer á su deleite, alcanzan la bendición del Señor, según dijo el ángel Rafael á Tobías. La fe y lealtad del matrimonio se requiere, porque de propriedad del matrimonio es que no haya más de dos personas: por donde de todo en todo es su contrario el adulterio. Por lo cual dice S. Pablo: Hase de honrar el matrimonio en todas las cosas, y la cama de los casados no se ha de injuriar: porque el Señor condenará á los adúlteros y fornicadores (2).

Finalmente entre los casados se requiere vivienda y morada perpetua. Porque el matrimonio cristiano en ninguna manera consiente ser apartado, ni que el marido eche de sí á su mujer, según lo declaró y sentenció el Señor diciendo: Los que Dios ayuntó, no los aparte el hombre (3). Y S. Pablo determina lo mismo diciendo: Mando yo, mas no yo sino el Señor, que la mujer á quien desechare su marido porque le cometió adulterio, permanezca sin casarse con otro, ó se reconcilie con su marido, y que el marido no deje á su mujer (4). Donde, puesto que alguna vez se haga apartamiento de los casados, ó por adulterio de alguno dellos, ó por otra legítima causa, según los sagrados cánones, pero viviendo alguno dellos, el otro en ninguna manera se puede casar.

Pero acerca de lo dicho se puede mover una duda, y es. Pues que según dijimos, el matrimonio fué instituído para que haya generación, ¿por ventura podrán los casados lícitamente vivir y permanecer sin haber entre ellos ayuntamiento carnal? ¿Y si será lícito y aprobado el matrimonio entre los viejos, de quien ninguna esperanza hay de engendrar? Y pues según dijimos, no conviene que los casados se ayunten sino con propósito de tener hijos, ¿qué

(1) Genes. 2. (2) Hebr. 13. (3) Matth. 19. (4) 1 Cor. 7.

diremos ó qué sentiremos de aquéllos que no tienen respecto á generación sino solamente á su apetito? Á lo cual responderé brevísimamente. Y cuanto toca á los que siendo de edad impotente para engendrar se casan, decimos que aunque tengan perdida la esperanza de tener hijos, todavía es entre ellos verdadero matrimonio. Porque no es sólo causa de la institución del matrimonio la multiplicación del género humano, mas también es (como arriba dijimos) causa de su institución la razón de ayuntar una firme y sancta amistad y compañía. Pues si algunos por esta intención se casan, no solamente su matrimonio se ha de permitir, mas hase de aprobar. Pero no aprobamos á los viejos que sin esta causa y sin aquélla, solamente por cumplir sus desordenados deleites, ó por amontonar hacienda y riquezas, se casan. Finalmente acerca de la destemplanza de aquellos casados que se ayuntan sólo por gozar de deleites, decimos que no carecen de vicio y de culpa: pero es menor su pecado, por el bien y razón del matrimonio, con tanto que no pasen desenfrenadamente los términos y límites de la costumbre y orden de la naturaleza. Por tanto mire quien pide la deuda, que la pida como es razón, y la parte que es requerida, pague lo que debe, porque no le dé ocasión de fornicar ó de hacer otro pecado. Porque así dice el Apóstol: El varón pague la deuda á su mujer, y por el contrario la mujer á su marido (1). Como quier que tanto se debe huir la fornicación y cualquier obra deshonesta, que por esta causa es muy sano y acertado no solamente que los casados se gocen, mas que los solteros se casen, según dice el Apóstol por estas palabras: Bien es que el hombre no conozca mujer: pero por evitar la fornicación tenga cada uno su propria mujer, y cada mujer su marido (2). Y desta manera (como dice el Maestro de las Sentencias) el matrimonio que fué instituído en el paraíso antes del pecado como oficio virtuoso, fuera del paraíso y después del pecado se hizo remedio: y se descubre otra causa de su institución, conviene á saber, cautela y remedio para evitar los ilícitos deleites.

Y no dejaré también de avisar en este lugar que en todas maneras se debían evitar los matrimonios clandestinos, y que no se debía hacer casamiento alguno sin consentimiento de los padres ó de los que tienen lugar de padres, y que se debía dar principio

(1) 1 Cor. 7. (2) 1 Cor. 7.

á género de vida tan sancto públicamente en presencia de la Iglesia: porque desta manera se remediarían muchos inconvenientes y se excusarían muchos males que de lo contrario suelen seguirse, y sucederían las bodas más prósperamente que en tales casos suceden. Lo mismo digo que se debía procurar cómo el consentimiento de los que se casan fuese libre y con madura y prudente deliberación, y que ningún engaño hubiese acerca de las personas ni acerca del dote, para que adelante no hubiese discordias entre el marido y la mujer y no se diese ocasión á justo ni á injusto apartamiento.

Concluyendo pues este capítulo, digo que los que sois casados, trabajéis por vivir en vuestro estado sancta y cristianamente y con el amor y paz de Dios. Y los que no sois aún casados, mas tenéis determinada aquella vida, ante todas cosas poned delante de los ojos el temor de Dios, y buscad compañía no tanto resplandeciente en riquezas ó hidalguía ó gentileza, cuanto amador de virtud y de justicia. Y desta manera comenzaréis vuestro estado como cosa sancta y divina, y después de casados gozad uno de otro, no con ardor de deleites, sino con deseo de generación. Finalmente sea vuestra morada en uno, pacífica y perpetua en cuanto la vida durare: sea vuestra cama limpia y honesta, y los hijos que Dios os diere, criadlos en temor de Dios y amor de la virtud. Y los que de vosotros estáis obligados á la continencia por voto que tenéis hecho, ó por vuestra voluntad, tened deseo y propósito de guardar castidad: procurad diligentemente las cosas que agradan al Señor, y servidlo de día y de noche en ayunos y oraciones, y sed castos y santos juntamente en el cuerpo y en el espíritu. Y puesto que según S Pablo dice, más bienaventurados seréis si permanecéis así en castidad, pero mirad no neguéis por eso al matrimonio la deuda que le pertenece (1). Otras cosas hay que convienen á este estado, de las cuales tratamos arriba en el cuarto mandamiento.

(1) I Cor. 7.

CAPÍTULO XVI

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMA-UNCIÓN

EL séptimo y último sacramento es de la extrema-unción. Deste sacramento nos conviene declarar primeramente quién fué su primer autor, de quien desciende este uso de ungir los enfermos. Después desto diremos por qué esta unción es y se llama sacramento: lo tercero, los efectos que óbra, y finalmente con qué afecto y devoción se ha de aparejar el enfermo para recibirlo. Cuanto á lo primero, si queremos saber quién fué el autor desta sagrada costumbre, oigamos lo que dice el evangelista San Marcos: Caminando los Apóstoles predicaban á los hombres que hiciesen penitencia, echaban muchos demonios y ungían á muchos enfermos con aceite, y sanaban (1). Veis aquí donde claramente se nos dice que los Apóstoles dieron principio á la unción de los enfermos. Los cuales no tenemos duda sino que lo hicieron por especial mandamiento de Cristo: porque no es de creer que de su cabeza lo inventasen, ó por su autoridad lo intentasen hacer. Luego síguese que como los Apóstoles fueron los primeros ejecutores deste sacramento, así Cristo fué su primer instituidor. Donde parece la reverencia que se le debe, pues no es invención de hombres, sino ordenación de Dios y uso apostólico. Porque manifiesto está que no untaban los Apóstoles á los enfermos con aceite como con otro ungüento ó medicina natural, sino como con cosa sagrada y medicina de las almas: ni los enviaba el Señor por la tierra como médicos y cirujanos, sino como Apóstoles á comunicar la gracia que habían recibido para la salud principalmente de las almas. Lo cual asaz parescía claro, pues luego en ungiendo á los enfermos con aceite, sanaban: que cierto es que no á todas las enfermedades y llagas aprovecha naturalmente el aceite: mas la gracia que los Apóstoles habían recibido

(1) Marci 6.

de Cristo, sanaba á todos los que ungían. Y para más abundante confirmación oigamos lo que el apóstol Sanctiago dice en su Epístola: Cuando alguno de vosotros enfermare, traiga á los presbíteros de la Iglesia, y hagan oración por él ungiéndolo con aceite en nombre del Señor, y la oración fiel salvará al enfermo, y si estuviere en pecados, serle han perdonados (1). Bien veis claramente que aquel aceite no era ungüento de médicos ni de cirujanos, ni materia medicinal, sino sagrada y sacramental: que por eso se ponía en nombre del Señor y se acompañaba con fieles oraciones. Demás desto os podría traer innumerables doctores que así entienden estos lugares de la Escritura y enseñan la doctrina deste sacramento, Dionisio, Clemente, Ambrosio, Agustín y otros que callo. Pero la sentencia y palabras de Teofilacto no callaré, el cual escribiendo sobre aquel lugar de San Marcos, dice así: Sólo San Marcos cuenta que los Apóstoles ungían con óleo á los enfermos, y después dél Sanctiago primo del Señor dice lo mismo en su Epístola canónica: Cuando alguno de vosotros enfermare, llame á los sacerdotes de la Iglesia, y hagan oración sobre él, ungiéndolo con óleo (2). Donde abiertamente Teofilacto afirma que la misma unción de los Apóstoles que refiere San Marcos, ésa misma es la que Sanctiago dice que se haga en la Iglesia. Y que el sobredicho doctor entienda que esta unción es sagrada y sacramental, parece claro por lo que luego añade, según abajo más largamente referiremos.

Agora pues mostramos que en el tiempo de los Apóstoles se usó la Extrema-Unción, y que Cristo la instituyó: resta que declaremos por qué es sacramento y se deba así llamar. Llámase y es sacramento porque tiene su forma determinada y su materia, señal visible y gracia invisible. La forma son las palabras que se dicen al tiempo mismo que se hace la unción, que en suma son éstas: Por esta unción y por su piísima misericordia te perdone nuestro Señor Jesucristo cuanto pecaste por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto, por el tacto, por los pasos y por los pensamientos. Amén. Paz sea contigo. Las cuales palabras tienen fuerza por los dos lugares de la sancta Escritura que arriba recitamos de San Marcos y de Sanctiago. La materia ó señal exterior de que usamos en la administración deste sacramento, es

(1) Jacobi 5. (2) Theophilactus super Marcum.

aceite sanctificado. Y por qué en este sacramento se use esta materia, decláralo hermosamente Teofilacto en el lugar arriba referido. Porque el aceite es provechoso para recrear los miembros trabajados, y cría y sostiene la luz con que se alegran los hombres, y significa la misericordia de Dios y la gracia del Espíritu Sancto, por la cual sentimos alivio en el cansancio y recibimos luz y gozo espiritual. Éstas son las palabras de Teofilacto. Pero más clara y elegantemente escribe San Cirilo la sagrada significación deste aceite diciendo así: Por el aceite se significa la misericordia de Dios, porque su naturaleza concuerda mucho con la misericordia divina. El aceite sube arriba y náda sobre cualesquier otros licores: así la misericordia de Dios se ensalza sobre todas sus obras y se descubre á los hombres más que todas las otras, como dice Sanctiago: La misericordia de Dios se ensalza sobre su juicio (1). Y el Psalmista dice: Sus misericordias son sobre todas sus obras. Demás desto el aceite mitiga los ardores de las llagas y sana las hinchazones y las heridas: así la misericordia de Dios sana todas las llagas del alma y remedia todas las enfermedades del pecado, como canta el Profeta diciendo: Alaba, alma mía, al Señor, que perdona todos tus pecados, y sana todas tus enfermedades, y cumple tus buenos deseos, y te corona con misericordia y piedad (2). También los que entraban en lucha ó en algún desafío, primero se untaban con aceite para que sus cuerpos estuviesen más hábiles y más diestros para aquel género de pelea: así á los que pelean en batalla contra los poderes del demonio, unge Dios con el óleo de su misericordia, con que les da fuerzas para que alcancen victoria de tan dura contienda. Así que pues la sagrada unción tiene cierta señal visible y sagrada significación (como vemos en la doctrina destos Sanctos) con justa razón y derecho le llaman (como en la verdad lo es) sacramento.

Mas para que más cumplidamente parezca la gracia que en este sacramento se comunica á los que se ungen, estando dignamente dispuestos, veamos agora (según prometimos) los efectos que en ellos hace. El apóstol Sanctiago (como arriba alegamos) dice: La oración fiel salvará al enfermo, y levantarlo ha el Señor: y si estuviere en pecados, alcanzará perdón (3). Donde abiertamente vemos que por la fiel oración junta con esta sagrada un·

(1) Jacobi 2. (2) Psalm. 102. (3) Jacobi 5.

ción favorecerá Dios al enfermo y estará presente y cumplirá sus promesas que nos anunció por su Apóstol: esto es, restituirá la salud, ó aliviará el trabajo del enfermo, ó al menos le dará que parta desta vida con menos dolor y con más esperanza: y demás desto le perdonará los pecados y lo fortalecerá con su divina potencia contra las tentaciones y engaños del diablo y contra el espanto de la muerte. Éstos son los fructos de la sagrada unción dignamente recibida.

Donde fácilmente podemos sacar la intención y afección con que el enfermo debe recibir este sacramento, conviene á saber, con tal corazón y propósito que confíe que será sano en el alma y en el cuerpo por la misericordia de Dios, que en este sacramento óbra. Y para esto en cuanto se unge, haga esta oración con el alma ó con la lengua, ó otras semejantes.

Señor Dios, Padre celestial, yo te ruego y pido por tu unigénito Hijo, nuestro salvador, que como agora se ungen mis pecadores miembros con aceite visible y sagrado, así tú tengas por bien ungir interiormente mi consciencia llagada y enferma con óleo de alegría y con la gracia del Espíritu Santo y con tu infinita misericordia, y me quieras librar de todo trabajo y de todo daño que por mis culpas tengo merecido, y alumbrarme con luz espiritual, y finalmente alegrarme con el gozo de la vida eterna. Amén.

Y porque en aquella última lucha es el hombre combatido con innumerables tentaciones de Satanás, para esto debe el enfermo después que se hubiere ungido, pensar dentro de sí con ánimo confiado: Miembro soy de Cristo, luchador soy de Cristo, por cuya significación me ungieron con sagrado óleo, según la doctrina del Apóstol. Pues tú, príncipe deste mundo, espíritu sucio, pártete de aquí, no tienes en mí parte, ni entre ti y mí hay alguna cosa común, porque mi Señor Jesucristo te desterró deste mundo. Y puesto que me aparezcas en mil figuras infernales, no he miedo de ti, porque más son comigo que contigo, porque está comigo la Iglesia de los sanctos, que hace oración por mí sin cesar. Y no sólo esto, mas el mismo Cristo, aquél que de ti gloriosamente triunfó y te quitó los despojos que del mundo habías robado, me recibió en su amparo, y para confianza deste socorro tengo señales y testimonios ciertos que Dios me dió, conviene á saber, los sacramentos de la Iglesia, y agora en el fin de mi vida la absolu-

ción sacramental, el cuerpo y sangre del Señor y la unción extrema, con que sé cierto que Dios no me engañará, mas será constante en sus prometimientos y cumplirá todo aquello de que me dió esperanza.

Á quien estas y otras cosas semejantes pensare en el artículo de la muerte, ¿quién dudará que el Señor dará su gracia y consolación, con que venza los temores de la muerte y los malignos acometimientos del demonio? Y esto baste para concluir la materia deste sacramento y de todos los otros.

CAPÍTULO XVII

EN EL CUAL SE DECLARA QUÉ COSA SEA MISA

Porque entre todos los misterios y ejercicios de la religión cristiana, el mayor es el de la misa, por razón del mayor de todos los sacramentos que en ella se consagra, será bien (después de haber tratado de los sacramentos y del uso dellos) tratar también del misterio de la misa y de la manera que habemos de asistir á ella. Para lo cual entre todas las cosas conviene declarar qué cosa es misa: porque entendido esto queda luego entendida la grandeza del misterio y la manera en que habemos de asistir á ella.

Misa es un altísimo y divinísimo sacrificio que se ofrece á Dios, en el cual la Iglesia mediante el ministerio del sacerdote ofrece al Eterno Padre la más rica ofrenda que se le puede ofrecer, que es el cuerpo y sangre de su unigénito Hijo, que por nosotros se ofreció en la cruz. Para lo cual se ha de saber que antiguamente desde el principio del mundo ofrecían los hombres á Dios sacrificios de animales (como le ofreció Abel, Abraham y los otros Padres) degollándolos y sacrificándolos para gloria de Dios. Estos sacrificios eran una protestación y confesión de cómo Dios era criador, conservador y dador de todos los bienes y señor universal de todo, y como á tal le ofrecían y presentaban eso que Él mismo les daba, reconociendo que dél lo habían todo recibido y á Él lo volvían á entregar como cosa recibida de su mano, y así le daban las gracias por eso. Y no solamente era ésta protestación y reconocimiento de sus beneficios, sino también satisfacción por los pecados cometidos: porque matando aquellos animales daban á entender que eran merecedores de muerte por haberlo ofendido: y en lugar desta muerte le ofrecían la de aquellos animales, porque con ésta se daba la divina misericordia por contenta, la cual no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Mas porque este sacrificio era imperfecto, y no tenía valía por

sí mismo sino por la humildad y devoción del que lo ofrecía (porque imposible es, como dice el Apóstol, que se quiten los pecados con sangre de cabritos ó de toros) por esto vino el Hijo de Dios al mundo, y con inestimable caridad y celo de satisfacer á la honra de Dios y á la salvación de los hombres, ofreció á sí mismo (que es, su propria sangre y vida) en servicio y obediencia del Padre: el cual sacrificio fué de infinita estima, por la dignidad de la persona que lo ofrecía y por la grande caridad con que lo ofrecía, no porque Dios se deleite con los dolores ni con la muerte de los hombres, mas deleitóse sumamente con la caridad, con la humildad, con la mansedumbre, con la paciencia y con la suma obediencia de su unigénito Hijo, el cual con suma devoción y alegría ofreció su vida por la gloria del Padre, y ofreciera mil vidas si mil tuviera. Este sacrificio le fué tan agradable, que basta (cuanto es de su parte) para perdón de todos los pecados del mundo y para que por él se den todos los bienes desta vida y de la otra. Y por esto, después de celebrado este sacrificio, no quiere Dios que se ofrezcan jamás los otros imperfectos sacrificios, sino éste solo, pues éste solo basta para nuestro remedio. Y así dice por un Profeta: No tengo ya mi voluntad y corazón con vosotros, ni recibiré más ofrendas de vuestra mano: porque desde donde el sol sale hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se me ofrece y sacrifica una ofrenda muy limpia (1). La cual no es otra sino la de aquel Cordero sin mancha, de quien dijo San Juan Baptista: Ved aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Pues éste mismo es agora el sacrificio que se ofrece en la misa, conviene á saber, el mismo Cordero, la misma carne y la misma sangre que allí se ofreció, y la misma aceptación y gracia que entonces tuvo, tiene agora: porque tan fresca está el día de hoy en el acatamiento divino aquella preciosa sangre como el día que se derramó: porque en los ojos de Dios ni lo pasado pasa, ni lo futuro llega, porque lo uno y lo otro le está siempre presente. Así que el mismo sacrificio que allí se ofreció, se ofrece aquí, aunque no de la misma manera, porque allí se ofreció visiblemente con dolor y heridas del que padecía, mas aquí se ofrece sacramentalmente, sin dolor ni muerte del que se ofrece.

(1) Malach. 1.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que Cristo nuestro Salvador es sacerdote, como dice el Profeta, según la orden de Melquisedech (1). Y llámase sacerdote desta orden á diferencia de los sacerdotes de la orden de Aarón, los cuales ofrecían á Dios sacrificios de animales: mas Melquisedech ofreció á Dios sacrificios de pan y vino, como lo ofreció después de aquella ilustre victoria de Abraham, porque como dice el texto de la Escritura, era sacerdote de Dios altísimo (2). Por esto se llama Cristo sacerdote según esta orden y no según la orden de Aarón, porque no ofreció sacrificios de animales, como él ofrecía, sino sacrificio de pan y vino (como ofreció Melquisedech) el cual sacrificio ofreció en la última cena con sus discípulos cuando consagró el pan y el vino, y ofreció no solamente á los discípulos para que lo recibiesen, sino también al Padre para que lo aceptase en remedio de nuestros pecados y en memoria del sacrificio que luego había de hacer en la cruz. Pues cuando nosotros agora ofrecemos en la misa á Cristo, no lo ofrecemos como Él se ofreció en la cruz, mas como se ofreció en la cena: esto es, no lo ofrecemos como herido y ensangrentado y como si aún estuviese muerto ó mortal, porque ya resucitó de los muertos para no más morir, como dice el Apóstol: mas ofrecémoslo (según dijimos) como Él se ofreció en la cena para representar este mismo sacrificio y obrar por él lo mismo que se obró en la cruz. Asimismo, para que en él demos gracias al Eterno Padre y cantemos sus loores porque tuvo por bien de recibirnos en su amistad por aquel único sacrificio que su Hijo le ofreció por nosotros. Finalmente en este sacrificio de la misa con entera fe aplicamos á nos y como nuestro al Hijo de Dios, á quien el Padre nos dió, y ofrecemos al mismo que allí está presente en sacramento de su cuerpo y de su sangre, al Padre celestial. Y con la confianza que tenemos de sus merecimientos, hacemos oración por el perdón de nuestros pecados y pedimos todo lo que pertenece á la salvación de nuestra alma y de nuestro cuerpo. En la cual petición rogamos al Padre por Jesucristo su hijo tenga por bien nos sea saludable y eficaz todo aquello que Cristo nuestro Señor mereció y impetró por el sacrificio que ofreció de su cuerpo y sangre en la cruz para remedio del universo mundo. Y finalmente pedimos que aquel Padre misericordiosísimo por el mis-

(1) Psal. 109. (2) Genes. 14.

mo Jesucristo nuestro Señor aparte los males de nosotros y de toda la cristiandad y nos dé todos los bienes y con su fortaleza nos ampare y socorra. Finalmente por este ofrecimiento se aplaca Dios y se perdonan los pecados, porque por él se nos aplica el beneficio de la redención. Y este sacrificio dura para siempre y es eterno. Porque como Cristo es eterno sacerdote, y su sacerdocio dura para siempre, así su cuerpo y su sangre es y persevera perpetuamente hostia, sacrificio y ofrenda para aplacar á Dios, como se prueba de lo que escribe el apóstol S. Pablo en la Epístola á los Hebreos, donde dice así: En la ley había muchos sacerdotes, porque no podían vivir mucho tiempo: mas Cristo, que vive para siempre, tiene sempiterno sacerdocio (1). De manera que en el sagrado sacrificio de la misa se perdonan los pecados por la conmemoración y representación que en ella se hace del único sacrificio de la muerte de Cristo, la cual allí se anuncia y se ensalza y glorifica. Lo cual no solamente lo tiene en su intención, mas graciosamente lo muestra y significa en las palabras, en los actos, en las vestiduras y en todas las cerimonias de la misa.

Queda pues agora suficientemente declarado cómo la misa es sacrificio, y qué manera de sacrificio, y en qué concuerda con el sacrificio de la cruz, y en qué difiere dél. Mas aquí es mucho de notar que puesto que lo principal y aun esencial de la misa sea esto, todavía con esto se ajuntan otras cosas que sirven para ayudarnos á ofrecer con mayor devoción y pureza este sacrificio, como son las oraciones, y liciones de Epístola y Evangelio, y todas las ceremonias de la misa, las cuales nos despiertan á considerar los misterios que en ella se representan: porque tanto nos cabrá más parte deste sacrificio cuanto con mayor pureza y devoción lo ofreciéremos. De manera que dos cosas concurren en la misa, una principal y otra como accesoria: la principal es el sacrificio, y la accesoria son todas las otras cosas que preceden y se siguen al sacrificio, las cuales sirven para despertar nuestra devoción, instruir nuestra vida, purificar nuestra consciencia, para que así lo ofrezcamos más dignamente. Esto es pues lo que se comprehende debajo del nombre de misa.

(1) Hebræor. 7.

§ I

De lo que está dicho se infiere que la misa es uno de los misterios más altos y una de las mayores medicinas que hay en toda la religión cristiana, para la cura y reparo de nuestra vida. Para lo cual se ha mucho de notar que como arriba dijimos, en el hombre cristiano hay dos vidas, una corporal y natural (que es ésta que tenemos común con los brutos) y otra espiritual y sobrenatural (que es otra que podemos tener común con los ángeles) que es vida celestial, vida divina, vida bienaventurada, la cual consiste en el uso de la caridad y de todas las otras virtudes: finalmente, es vida que no se rige por afectos de carne ni de sangre, ni tampoco por sola la razón, sino por la lumbre sobrenatural y por espíritu y gracia de Dios. Pues así como aquella vida tiene medios con que se sustenta (que son el comer, el beber, las medicinas, los aires y todas las otras cosas que para esto sirven: porque una cosa es la vida, y otra los medios y instrumentos con que se sustenta la vida) así también la vida espiritual tiene otros medios proporcionados con que se conserva y repara cuando alguna vez enflaquece. Éstos son primeramente el sermón, que es palabra de Dios viva, porque ésta es la simiente celestial que como dice el Salvador, sembrada en nuestros corazones, da frutos de vida eterna.

El segundo medio es la lición, donde falta el sermón: porque también ésta es palabra de Dios, y no hay otra diferencia entre ella y el sermón sino que la una es palabra de Dios hablada, y la otra escrita: pero la una y la otra es palabra divina.

El tercer medio es la consideración de las cosas celestiales: porque ésta es lumbre del entendimiento, instrumento de la caridad y incentivo de devoción, que es estímulo de todas las virtudes y freno de nuestra vida.

El cuarto medio que para esto sirve, es el uso de los sacramentos, especialmente de la confesión y comunión: porque por aquí se comunica la gracia del Espíritu Sancto, que es el primer fundamento y principio desta vida celestial.

El quinto medio es la oración: porque ésta tiene por oficio pedir la gracia, y así le corresponde por premio alcanzarla: con la cual

nos conservamos en esta vida y nos defendemos de los peligros del enemigo, según aquello del Salvador, que dice: Velad y orad, porque no cayáis en tentación. Éstos pues son los principales medios con que se sustenta esta vida, y déstos se ha de aprovechar el que desea bien vivir: porque éstas son las columnas desta obra, éstos los cimientos deste edificio, sin los cuales no podrá el hombre mucho tiempo perseverar sin pecado, por los grandes peligros y ocasiones desta vida y por los grandes estímulos y incitamentos de nuestra carne, de los cuales no se podrá defender sino con algunos destos defensivos, ó con todos ellos. Por lo cual, querer el hombre conservarse en la virtud sin esto, es querer conservarse en la vida sin los medios y instrumentos de la vida, ó querer sustentar un puente en el aire sin tener debajo pilares y arcos con que se sustente.

Pues para que se vea claro la excelencia y virtud inmensa del misterio de la misa, no sé más que decir sino que en ella están juntos todos estos medios y motivos de bien vivir, y todos en altísimo grado de perfección. De manera que en ella sola se hallan todos los reparos de nuestra vida, todas las medicinas de nuestra dolencia, todas las armas de nuestra milicia, para que con ellas nos defendamos de nuestros enemigos: porque no tenemos lucha con carne y con sangre sino con todas las fuerzas y máquinas del infierno, de las cuales ninguno se puede defender sino con estos celestiales pertrechos. Porque primeramente en la misa entrevienen sermón y palabra de Dios, al menos en los domingos y fiestas, que es el primer medio y fundamento desta vida celestial. Lo segundo, también entreviene lición, y ésta de la mejor parte de las Escrituras sagradas, que comúnmente es de las Epístolas de San Pablo y del Evangelio de Cristo. Lo tercero, también allí se da materia muy copiosa de meditación y consideración: para lo cual se dan aquellos espacios de silencio, donde nada se dice que se oiga, y entonces el sacerdote revestido hace tantas maneras de señales y cerimonias, significadores de los principales misterios de la vida y muerte de Cristo, para dar en aquel tiempo materia de consideración á los que asisten á la misa, y no de cualquier misterio, sino del mayor de todos los misterios, que es de la pasión y encarnación de Cristo. Lo cual no solamente representa con las cerimonias y partes de la misa, sino también con las mismas vestiduras con que viene vestido. Porque el amito significa el

velo con que los soldados cubrieron la cabeza de Cristo: el alba, la vestidura blanca con que Herodes lo escarneció: la casulla, la otra vestidura de púrpura con que fué escarnecido de los soldados: el manípulo, el cordel con que le ataron las manos: y la estola, la cuerda con que lo ataron á la columna. Y finalmente, todo el sacerdote que sale á decir misa revestido de seda y oro es figura de Cristo que salió á este mundo revestido de la preciosísima ropa de nuestra humanidad, llena de todos los dones y gracias del Espíritu Sancto, para decir misa, que es para ofrecerse por nosotros en sacrificio en el altar de la cruz. Y así como las vestiduras del sacerdote significan estos misterios, así también los representan todas las otras partes de la misa: lo cual no fué así instituído para sólo hacerse, sino para que poniéndonos este retablo delante, pensásemos en lo que así se nos representaba. Lo cuarto, también entreviene allí el uso de los sacramentos, al menos de la sagrada comunión y de la confesión que ha de haber precedido: porque allí comulga el sacerdote y con él también habían de comulgar todos los fieles, como se usaba y mandaba en la primitiva Iglesia por muchos sanctos Pontífices, especialmente por Anacleto y Calixto, los cuales mandaron que todos los fieles acabada la consagración comulgasen, y los que no quisiesen, que los echasen fuera de las iglesias. Esto en nuestros tiempos se ha resfriado, y con eso también la caridad y todas las otras virtudes: porque por esto se nos han acabado las fuerzas, porque cesamos de comer este pan. Mas ya que los fieles no comulgan aquí sacramentalmente, al menos comulguen espiritualmente, adorando este misterio: porque esto es espiritualmente comulgar. Lo quinto, también entreviene aquí oración, y de tal manera, que la mayor parte de la misa es oración, y oración de muchas maneras. Porque ahí entrevienen oración pública y oración secreta, oración vocal y oración mental, cual es la del sacerdote en los dos mementos de la misa: porque de todas estas maneras nos conviene orar, según lo pidiere nuestra devoción, la cual unas veces se enciende más con lo uno y otras con lo otro, como dicen los sanctos. Y porque para que la oración sea más eficaz, conviene que no aparezcamos delante de Dios vacíos, sino que le ofrezcamos alguna cosa que le sea agradable, para esto le ofrecemos el mayor y más agradable sacrificio que se le puede ofrecer, que es el cuerpo y sangre de su unigénito Hijo, que por una parte son tan

grandes que no pueden ser mayores, y por otra son tan nuestros como la hacienda de los padres es de sus hijos, pues Él es nuestro padre y nuestro segundo Adán, y nosotros sus hijos herederos de sus bienes. Ved aquí pues cómo en la misa entrevienen cuasi todos los ejercicios y medios que sirven para la sustentación de la vida cristiana. Por donde parece que ella es una como ensalada de todas las flores, un banquete real de todos los manjares y una espiritual triaca compuesta de todas las cosas cordiales que pueden aprovechar contra la ponzoña de aquella antigua serpiente, que es contra la malicia del pecado.

De lo cual fácilmente podremos colegir con qué intento y de qué manera habemos de asistir á misa, si queremos gozar de tan grande bien. Y aunque lo dicho bastaba para enseñarnos esto, todavía será bien descender á tratar más en particular de cómo esto se haya de hacer, para que mejor se entienda cosa que tanto nos importa, como es saber bien oir una misa.

CAPITULO XVIII

DE LA MANERA DE OIR Y CELEBRAR LA MISA, Y DE LOS APAREJOS QUE PARA ESTO SE REQUIEREN

DECLARADO ya qué cosa es misa, tratemos agora la manera de que se ha de oir y celebrar, y de los aparejos que para esto se requieren: donde será necesario avisar de algunos abusos y negligencias que por el discurso del tiempo sucedieron en la Iglesia acerca deste misterio.

Para esto habemos de presuponer que una de las cosas que más hace atollar todos los entendimientos humanos, es pensar en las cosas deste sacramento que nos mandó Cristo repetir muchas veces, para conocimiento y memoria de su pasión. Publicó este mandamiento en la última Cena, cuando dijo: Haced esto en memoria de mi muerte (1), Así la Iglesia para cumplir con ésta, y para representar la grandeza deste sacramento sobre los otros, dando orden cómo se habían de celebrar todos los sacramentos, para unos manda tomar unas cosas sanctas, y para otros, otras: mas para el sacramento del altar todas las cosas han de ser sanctas. Lo primero, la persona que lo tratare ha de ser consagrada y ungida con óleo sancto, y las partes con que lo ha de tratar (como las manos) han de ser particularmente ungidas y consagradas, y el ministro particularmente se ha de sanctificar con otros sacramentos, como son confesión y penitencia, para administrar este sacramento. Las vestiduras también no han de ser las comunes, sino diputadas y consagradas para esto. Han de ser primero sanctas, para servir deste oficio. Aunque el baptismo se administre con vestiduras y personas consagradas, puédese hacer sin ellas: porque una mujer y un soldado con sus vestiduras comunes pueden en tiempo de necesidad lícitamente baptizar. El lugar también donde se administra este sacramento, ha de ser consagrado, la casa, el altar, la piedra y los paños sobre que se consa-

(1) Lucae 22.

gra. Todas estas cosas han de ser deputadas y consagradas para esto. Antiguamente se guardó esto con mucho rigor, y la Iglesia apartó esto con leyes y decretos muy rigurosos.

El papa Félix trató esto en una Epístola decretal muy bien, de la cual se sacó el decreto siguiente: Como solos los sacerdotes consagrados á Dios, y no otros, puedan celebrar misas, ofrecer sacrificios sobre el altar, así en solos los lugares consagrados al Señor, que llamamos iglesias y tabernáculos divinos, y no en otros, es lícito cantar misas y ofrecer los tales sacrificios, si para eso no hiciere fuerza alguna suprema necesidad. Y mejor es no cantar ni oir misas, que decirlas ó oirlas en lugares donde no conviene, si no se hiciere por alguna extrema necesidad: porque la necesidad no tiene ley. Así está escrito que dijo Dios á Moisés: Mira no ofrezcas tus sacrificios en cualquier lugar que agradare á tus ojos, sino en el lugar que para esto escogiere tu Señor Dios. Éstas son las palabras del decreto.

Ordenadas las cosas que concurren en la administración deste sacramento, hanse de ordenar los hombres desde que entran en la iglesia á hacerse este sacrificio. Para esto es necesario componerse el hombre y dejar á la puerta de la iglesia la autoridad que tiene con los otros hombres, porque delante de la majestad de Dios, ningún hombre tiene autoridad. Y así todo lo que no es hacer negocio con Dios (aunque sea bueno) se ha de dejar á la puerta de la iglesia. San Bernardo cuando entraba en el coro, porque no tenía que dejar sino los negocios de su monasterio, decía á la puerta de la iglesia, tomando el agua bendita que suele estar en aquel lugar: Pensamientos y cuidados míos, esperadme aquí hasta que vuelva á salir. Los cuidados que un hombre tiene de su casa, de su familia ó de su hacienda, buenos son: mas hanse de dejar á la puerta de la iglesia, si no es cuando se ha de hacer negocio con Dios dellos. Así dice S. Agustín en su Regla: En el oratorio nadie haga cosa alguna sino aquello para que fué hecho y de donde tomó nombre de oratorio. Cristo dos veces entrando en Hierusalem se fué derecho al templo, y hallando en él muchos comprando y vendiendo y haciendo negocios, y que los cambiadores tenían allí metidas sus mesas, hizo unas disciplinas de cuerdas, y afrentosamente los lanzó del templo, y derribó las mesas de los que compraban y vendían, derramándoles el dinero por el suelo, diciendo: Mi casa es casa de oración, y vosotros la hicisteis cueva

de ladrones. En esta obra y en estas palabras nos mostró Cristo con qué obras se profana el templo de Dios y cuánta injuria se hace al Señor en hacer en el templo otras cosas que aquellas para que fué fundado, que son, orar, sacrificar, enseñar y oir la ley de Dios. En fin el templo es casa de contratación para el cielo, y todo lo que se hace en él que no es contratar para allá, está mal hecho. Porque cierto es que Cristo no castigó aquel pecado con tanto rigor por la substancia de la obra, porque comprar y vender palomas, si se hiciera fuera del templo, ningún pecado era. Luego el pecado fué la circunstancia del lugar, y así Cristo castigó la injuria que se hacía al templo con aquellas obras profanas, aunque fuera de allí no eran malas. Defendió Cristo tan apretadamente hacer estas cosas comunes en el templo, que no permitió que alguien llevase un cántaro ó vaso común por él, ni otra cualquier alhaja profana, como se dice por S. Marcos (1). Si aquel templo deputado para sacrificios de animales dice Cristo que se había de tratar con tanto acatamiento, ¿con cuánto mandará tratar nuestro templo deputado, no para hacer sacrificios de animales, sino para hacer sacrificio del mismo Dios? Si por hacer cosas tan comunes como vender y comprar palomas llama Jesucristo ladrones á los vendedores, ¿qué nombre pondrá á los que en el templo cristiano hacen estas cosas ó otras peores?

Dijimos con qué ánimo ha de estar un hombre en la iglesia, y lo que ha de hacer en ella. Conviene también saber cómo ha de ordenar su cuerpo en la iglesia. Antiguamente el templo de Salomón tenía tres partes, una que era más secreta, á que llamaban *Sancta Sanctorum*, en la cual sólo el Sumo Sacerdote entraba, y esto una vez en el año. La segunda llamaban *Sancta*, donde entraban todos los sacerdotes y ministros del templo. La tercera llamaban Atrio, donde entraba todo el pueblo, los varones á una parte y las mujeres á otra. En las iglesias de los griegos hubo siempre dos apartamientos, el uno junto al altar para los sacerdotes, dividido con unas rejas, y el otro de la otra parte de la iglesia, que está deputado para el pueblo. Y esta forma tuvieron nuestras iglesias latinas, que tenían una parte deputada para el pueblo y otra para el clero. Deste acatamiento corporal que debemos tener en la iglesia, hay mucho descuido entre los cristianos: porque

(1) Marci 11.

muchos entran así en la iglesia como en casa de su vecino, y hecha una cerimonia de oración que hacen luego entrando en la iglesia, siéntanse en una silla entretanto que dicen la misa, y paréceles que basta, cuando ven levantarse los otros á oir el Evangelio, levantarse ellos, y ponerse de rodillas cuando el sacerdote alza el sacramento y cuando consume. Y para esto traen una almohada, para no poner las rodillas en el suelo. Otros ponen una rodilla en el suelo y otra en el aire, y entretanto el sacerdote levanta el sacramento y lo consume, rezan algunas Avemarías, ó rezan por algún libro de devoción que ellos traen para esto, y el otro tiempo parlan con sus vecinos: y acabada la misa vuélvense para su casa. Y éstas son las más comunes maneras de oir misa que agora vemos. Y porque los más creo que pecan por ignorancia acerca desto, y por descuido, avisarlos hemos aquí cómo se ha de cumplir con esta obligación en la misa.

La verdadera forma que se ha de tener en la misa, es la que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ordenó. Para esto habéis de entender que todos nos juntamos para hacer misa, que no solamente venís para oir la misa (como decís) sino á hacerla con el sacerdote: porque venís á ofrecer y hacer sacrificio con él, aunque solo él habla y con sus manos ofrece, pero todos ofrecemos. Como cuando todo un pueblo manda un presente á su señor, vienen tres ó cuatro hombres y habla uno solo con él, mas todos traen el presente y todos lo ofrecen. Así acá por manos del sacerdote ofrecemos todos esta ofrenda. Verdad es que hay diferencia: porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, con todo cualquiera de los otros podía hacer aquello: en la misa no, porque sólo el sacerdote que es escogido de Dios para eso, puede hacer lo que se hace en la misa. Todos los demás, ó han de servir ó asistir á lo que hace el sacerdote y oir con reverencia lo que se dice en la misa, como personas que son partes en tan grande negocio como allí se trata: porque éste es el mejor libro que allí pueden leer, y el mejor devocionario que se puede rezar. Por lo cual es bien avisar á los sacerdotes que digan con voz clara y moderadamente alta aquellas cosas que la Iglesia ordenó que entendiese el pueblo, como la Epístola, el Evangelio y el Prefacio y oraciones. Porque cierto los que dicen bajo estas cosas, privan al pueblo de la doctrina y no hacen lo que la Iglesia manda.

Comienza la primera parte de la misa.

§ I

Mas para asistir con más devoción á la misa es de saber que la misa tiene tres partes principales. La primera es desde la confesión hasta el prefacio. En ésta se contiene la instrucción y preparación del pueblo, y en ella apareja la Iglesia al pueblo y lo enseña para que dignamente pueda ofrecer aquel sacrificio en la forma siguiente. Llegado el sacerdote á las gradas del altar, dice al pueblo: *Confitemini Domino quoniam bonus*, confesad y alabad al Señor porque es bueno. Y responde el pueblo: *Quoniam in sæculum misericordia eius.* Después se confiesa el sacerdote con los ministros que le sirven y con todo el pueblo, hombres y mujeres, y les pide que todos rueguen á Dios por él. Y después todos se confiesan con él, y á todos los absuelve el sacerdote. Esto, pues la Iglesia lo ordenó, no es cosa vana ni ociosa, y es cosa digna de saber á qué fin el sacerdote (pues ya viene confesado de la sacristía) se vuelve allí á confesar con sus ministros y con todo el pueblo, y á qué fin el pueblo sin haber de comulgar (para solamente asistir á la misa) se confiesa con el sacerdote. La razón desto es porque para bien decir la misa ó oirla, no habéis de llevar allí pecados más graves que aquellos que se perdonan por aquella confesión general, que son pecados veniales. Por esto el sacerdote, aunque venga confesado de la sacristía, se vuelve á confesar allí, y el pueblo hace lo mismo, para no perder algún fructo de la misa. Todo esto se hace antes de llegar al altar. Llegado el sacerdote al altar, hecha la señal de la cruz, se dice el introito, que quiere decir, entrada de la misa. Éste dice el sacerdote con los ministros á una parte del altar, y el pueblo por su parte en el cuerpo de la iglesia: y en persona del pueblo y en su nombre (por quitar confusión) lo dice agora el coro. Antiguamente se decían algunos psalmos aquí, y agora por la prolijidad dicen algunos versos de los mismos psalmos. Aquí se representan los deseos y suspiros de los sanctos padres que con fe esperaban la encarnación del Hijo de Dios, como se declara en muchos psalmos que hizo David.

Y conforme á estos deseos se siguen luego los Kiries, que quieren decir: Señor, misericordia: Cristo, misericordia, etc., que son las voces y clamores con que aquellos sanctos padres pedían á Dios el cumplimiento de aquellos deseos, que era el cumplimiento de la palabra que Él les tenía dada de mandarles la misericordia del cielo y remedio de todos sus males con la persona de su Hijo. Porque unos decían: Muéstranos, Señor, tu misericordia y mándanos tu salud (1). Otros decían: Manda, Señor, el Cordero que ha de ser señor de toda la tierra (2). Otros decían: Dad, oh cielos, rocío de arriba, y las nubes lluevan al justo. Ábrase la tierra, y nazca el Salvador y la justicia nazca juntamente con Él (3). Con estos y con otros semejantes clamores solicitaban y pedían esta misericordia sin cesar, conforme á aquel consejo del Profeta que dice: Los que os acordáis del Señor, no os calléis, sino importunadlo de noche y de día y hasta que haga á Hierusalem materia de loor en toda la tierra (4). Y por esto se repiten tantas veces estos Kiries, para dar á entender la vehemencia y continuación destos deseos piadosos y clamores que aquellos sanctos tenían: lo cual (como dice S. Bernardo) es para grande confusión de nuestros tiempos, pues no tenemos tanta devoción con la gracia recibida como aquéllos tenían con la esperada.

Después desto se sigue convenientemente el himno que entonaron los ángeles cuando el Salvador nació, que es: *Gloria in excelsis Deo.* En el cual se significa el cumplimiento así de aquellos piadosos deseos como de la palabra que Dios tenía prometida, que es la venida de su Hijo, por la cual le damos en este himno gloria y alabanza. Después de lo cual se vuelve el sacerdote al pueblo y lo saluda diciendo: *Dominus vobiscum.* Con la cual palabra les confirma la buena nueva del ángel diciendo que ya Dios es venido al mundo y está con ellos, y por eso que ya pueden seguramente orar al Padre y pedirle mercedes por Él, y así les convida á hacer oración diciendo: *Oremus*, y acaba la oración y concluye diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, etc., que es allegar los merecimientos y gracia deste Señor para que por Él sea recibida y cumplida nuestra petición. Donde es de notar que ni aquí ni en otra parte de la misa dice, *oro*, que es de uno solo, sino, *Oremus*, que es de todos, porque todos son

(1) Psalm. 84. (2) Esai. 26. (3) Esai. 45. (4) Esai. 62.

allí los que oran y todos los que ofrecen juntamente con el sacerdote aquel sancto sacrificio.

Síguese la Epístola. Ésta es una lición que lee uno de los ministros para instrucción del pueblo. Ésta se lee del Testamento viejo (porque representa el oficio de la Ley y de los Profetas que precedieron á Cristo) ó de las Epístolas de S. Pablo, y de otras partes del Nuevo Testamento para instrucción del pueblo en la ley y mandamientos de Dios. Esta lición se ha de oir estando el pueblo sentado. Después el otro ministro, que es el diácono, lee otra lición del Nuevo Testamento, que es el Evangelio. Para leer esto, saluda primero al pueblo diciendo: *Dominus vobiscum*, y el pueblo responde: *Et cum spiritu tuo*. Y respondiendo se levanta en pie, y todos descubren las cabezas para oir con atención y reverencia el Evangelio que se ha de leer. La forma cómo se ha de oir el Evangelio escribe la Iglesia en las palabras siguientes: Por autoridad apostólica mandamos que cuando se leen los Sanctos Evangelios en la Iglesia, los sacerdotes y todos los otros fieles no sentados como á la Epístola, sino levantados en pie, inclinando un poco la cabeza, oigan con atención y adoren con fe las palabras del Señor que allí se leen. Este decreto es del papa Anastasio, del cual se entiende también que se ha de leer alto, como dijimos. El diácono hace la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, en señal que nos ha de predicar á Cristo crucificado. Después se persigna haciendo la misma señal de la cruz en la frente, en la boca y en los pechos, y lo mismo hace el pueblo que ha de oir el Evangelio. En lo cual profesamos todos que en nuestros corazones y en nuestros pechos tenemos á Cristo crucificado, y con nuestras lenguas lo confesaremos crucificado, y las caras descubiertas (teniéndolo por honra) predicaremos lo mismo, y viviremos y moriremos en esta profesión. Cuando se lee el Evangelio encienden nuevas candelas en la iglesia, porque esta doctrina es la que alumbró nuestras almas en el conocimiento de Dios y en las cosas de la otra vida. Esta doctrina nos enseña el camino de nuestra salvación, esta luz trajo el Hijo de Dios al mundo, y sin ésta todo el mundo estaba en tinieblas. Esto representan las nuevas luces con que se lee el Evangelio.

Después se proponen todos los artículos de la fe en el símbolo que se ordenó en el Concilio Niceno y en los concilios siguientes. Dícese tan largo, porque para el sacrificio que se ha de hacer, es

necesaria la fe muy cumplida: en el cual se hace aquella tan debida reverencia de poner las rodillas en tierra, humillándonos cuando se dice aquel artículo: *Et homo factus est*, que fué un sumo grado de amor, descender de tan alto á tan grande bajeza.

Y luego los sacerdotes en el lugar en que se leyó el Evangelio, declaran lo que está leído por los ministros en la Epístola y en el Evangelio, y el pueblo sentado lo oye con atención. Acabado el sermón, el diácono del púlpito antiguamente mandaba salir de la iglesia á los catecúmenos y á los infieles ó herejes que se hallaban presentes: porque hasta acabado el sermón á ninguno defendían la entrada de la iglesia. Y el decreto desto está en el Concilio Cartaginense: El obispo no defienda á nadie entrar en la iglesia y oir la palabra divina, ora sea judío, ora sea gentil ó hereje, y esto hasta la misa de los catecúmenos.

Cuidarán algunos que estamos ya en el medio de la misa, y aún no está comenzada la misa propria de los cristianos. Hasta aquí es una misa de los catecúmenos: del prefacio hasta el fin es otra misa que llaman la misa del sacrificio. Á esta misa no se pueden hallar presentes sino los cristianos profesos, que son los que recibieron el baptismo, en el cual se hace la profesión de cristiano. Nosotros estamos obligados á hallarnos presentes á estas dos misas, porque lo manda así la Iglesia en el Concilio Agatense, *de consec. d. p. Missas*. Y dice así: Mandamos á todos los seglares por especial ordenación que el domingo oigan todas las misas, de manera que antes de la bendición del sacerdote el pueblo no presuma salirse de la iglesia, y si así no lo hicieren, sean públicamente confundidos de sus obispos. Á la primera misa cualesquier personas se pueden hallar, cristianos profesos ó novicios.

Hasta aquí todo son aparejos de misa. Y en esto veréis con qué devoción os habéis de aparejar y asistir á la misa. Todo esto que se dice y hace antes del Prefacio, es un devocionario que ordenó la Iglesia para enseñar y aparejar los ánimos cristianos á la misa del sacrificio.

Segunda parte de la misa.

La segunda parte de la misa es desde el Prefacio hasta el Pater noster. Aquí se hacen dos cosas, la consagración del pan y del vino, que es nuestro sacramento, y el ofrecimiento de lo con-

sagrado, que es nuestro sacrificio. El sacerdote después de lavadas las manos, vuélvese al pueblo en medio del altar y apercíbelos diciendo: Rogad, hermanos, á Dios que este sacrificio tanto vuestro como mío, que de vuestra parte y de la mía se ha de presentar en la presencia de Dios, sea acepto á sus ojos. Y después de una oración que él hace á Dios en secreto, dice en alta voz el Prefacio, que como nota S. Cipriano mártir, es un apercebimiento más particular con que los cristianos profesos se aparejan para el sacrificio que se ha de hacer, como parece en las palabras del Prefacio, que son éstas. Lo primero, el saludo acostumbrado: *Dominus vobiscum.* Lo segundo, les pide que tengan los corazones arriba en el cielo, cuando dice: *Sursum corda.* Responde el pueblo: Ya los tenemos con el Señor. Lo que se ha de advertir aquí es que los que asisten á la misa no mientan. Porque si tienen sus corazones en la tierra, con amor y cuidado de las cosas della, mienten á Dios diciendo, ya tenemos nuestros corazones con Dios. Replica el sacerdote: Pues que así es (porque se ha de creer que dice verdad) demos gracias de corazón á nuestro Señor Dios por el beneficio que recibimos con la muerte de su Hijo. Responde el pueblo: Cosa digna y debida es de nosotros y digna de la bondad y majestad de Dios que sea loado de todos nosotros por este beneficio que tenemos recibido. Replica el sacerdote: *Vere dignum et iustum est*, etc., y prosigue el Prefacio, y acabado, todos los que asisten á misa y el sacerdote con los ministros por su parte y el pueblo por la suya dan gloria á Dios diciendo: *Sanctus*, *Sanctus*, *Sanctus*. Santo es el Padre, santo el Hijo, santo el Espíritu Sancto, como lo hacen los ángeles en el cielo: y sobre todo reconocen el beneficio de la encarnación del Hijo de Dios y le dan gloria por él diciendo: Loado sea el que descendió á la tierra en nombre y con poder de Dios para redempción del mundo. En esta segunda parte, que es la más substancial, no habla el sacerdote con el pueblo, sino con solo el Padre celestial, con quien hace los negocios que lleva del pueblo. Lo que allí hace es consagrar aquel inefable sacramento, y después de consagrado en ambas las figuras de pan y de vino, preséntalo al pueblo para que con fe reconozcan y adoren lo que está debajo de aquellas figuras, que es Jesucristo verdadero Dios y hombre. Lo segundo es hacer sacrificio al Padre de aquello como se hizo en la cruz y ofrecerlo como se ofreció allí, porque es el mismo

sacrificio que se hizo en la cruz, como ya dijimos. Éste ofrece el sacerdote en aquel silencio, y con él ofrecen todos los circunstantes que vinieron para eso. El sacerdote dice que lo ofrece primeramente por la Iglesia católica, la cual por los méritos de aquel sacrificio quiera Él pacificar, conservar y gobernar en su servicio. Después lo ofrece por el Papa y por el Obispo y por el Rey, que son los que están encargados de toda la gobernación de la Iglesia espiritual y temporal. Después lo ofrece por todos los fieles cristianos, mas particularmente por los que él trae en su ánimo, por los cuales pretende ofrecer aquel sacrificio, y particularmente por los que están allí presentes, que con fe y devoción ofrecen con él. Y así es cosa muy provechosa asistir siempre al sacrificio de la misa. Porque allende de los provechos generales, el sacerdote ofrece siempre en especial el sacrificio por los que están allí presentes y ofrecen con él. Y esto hacen en persona de la Iglesia: por eso dice siempre, ofrecemos, oramos, y nunca dice, ofrezco ni oro. Y de aquí viene que el sacrificio es de mucho provecho, aunque el sacerdote sea malo: y si es bueno, será de mucho mayor. Después que tiene ofrecido por los vivos, hace sacrificio por los defunctos, y no por todos, sino por aquéllos que nos precedieron con señal de fe y durmieron en paz con Cristo: quiere decir, los que murieron en su gracia y no han entrado ya en el cielo, porque no tienen hecha entera satisfacción de sus pecados, como son los que están en el purgatorio: y particularmente por los que él pretende decir aquella misa Después en el último lugar lo ofrece por sí mismo y por los que están con él. Esto hace cuando hiriéndose en los pechos dice: *Nobis quoque peccatoribus*. En esta segunda parte de la misa, en tanto que el sacerdote está en este silencio y trata con Dios nuestros negocios, el pueblo ha de estar prostrado por tierra en silencio, encomendándose á Dios y adorando con fe lo que allí se hace y la majestad del Señor que está presente en aquel altar. Cuando Moisés subía al monte á hablar con Dios, deseando ver Moisés el rostro de Dios, le dijo el Señor: Cuando pasare por aquí mi gloria, yo te meteré en un agujero de una piedra, y te defenderé con mi mano derecha entretanto que paso. Y levantando yo la mano, me verás las espaldas, porque no puedes ver mi rostro (1). En la vida pre-

(1) Exodi 33.

sente el hombre no puede ver á Dios cara á cara y por su rostro, como los ángeles lo ven en el cielo: mas podémoslo ver por las espaldas, que es en las cosas criadas. En estas criaturas conocemos al criador, y en estos efectos á su hacedor. Y esto es conocimiento natural, y por la fe (que es conocimiento sobrenatural) lo vemos en este sacramento. Debajo de las figuras de pan y vino está con verdad la majestad de Dios, como está en la persona de Jesucristo. Y por esto cuando desciende la gloria de Dios á este monte, que es por el tiempo que está en el altar, se habían de meter los hombres en un agujero, si pudiesen, y confundirse debajo de la tierra, por el acatamiento que se ha de tener á la Majestad que está presente. Y de aquí nasció el estilo que hay en los monasterios, que acabado el Prefacio, se prostran por tierra y están así orando y adorando el sacramento, en unos tiempos, hasta que el sacerdote dice el Pater noster, y en otros hasta que acaba de consumir y acabó del todo de pasar la gloria de Dios por el altar. En este tiempo solo el sacerdote está levantado en pie en presencia del Señor; los otros todos están echados en tierra. Solo Moisés subía al monte y avisaba al pueblo diciendo: Mirad que no subáis al monte ni toquéis en él: porque todo hombre que tocare al monte, morirá por eso, y si fuere bestia, también morirá. Y así estaban todos los del pueblo al pie del monte esperando que volviese Moisés, acabado de despachar los negocios que llevaba para con Dios. Así se ha de ordenar el pueblo cristiano en la iglesia con grande acatamiento y con grande temor y miedo del mal y daño que le podría venir por los desacatos y irreverencias que hacen estando en la iglesia, unas veces de pie, y otras sentados, y otras parlando sin el respeto y reverencia que debían tener á la gloria de Dios, que está en el altar, aunque metida en aquella nube del sacramento, porque no la podemos ver de otra manera.

Tercera parte de la misa.

La tercera parte de la misa es del Pater noster hasta el fin. Y aquí se contienen dos cosas, la comunión y el hacimiento de gracias. Después que el sacerdote ofreció el sacrificio y con él presentó á Dios sus negocios, vuelve á tratar con el pueblo y convídalos á orar con la forma de la oración que Cristo nos enseñó,

que es el Pater noster. Y porque viniendo nosotros á conocer á Dios por señor y por criador, y ofrecernos á nosotros por sus vasallos y esclavos, parecía atrevimiento y desacato llamarle Padre nuestro, por esto el sacerdote apercibe al pueblo diciendo: Hermanos, oremos, y pues estamos avisados por mandamientos saludables y informados de doctrina de Dios que por virtud deste sacrificio son satisfechos nuestros pecados, y nosotros reconciliados con Dios y vueltos á su gracia, y de esclavos que éramos, recibidos por hijos, osamos hablar con Dios desta manera: Padre nuestro que estáis en los cielos, tu nombre sancto sea conocido y honrado por toda la tierra, etc. En esta divina oración, aunque hay muchas cosas que notar, pero una de las más principales es ver la proporción y consonancia que tienen todas las peticiones della con su principio. Porque el principio es: Padre nuestro, que es la mayor gloria y bienaventuranza que el hombre puede tener. Pues para que se vea que este título no es sólo de palabra sino también de obra, síguense luego todas las peticiones conformes á este título y proporcionadas con este espíritu y corazón de hijo. Porque ¿qué cosas más convenientes para el que de verdad tiene este corazón de hijo, que pedir y desear con toda afección que sea sanctificado el nombre de su padre, que Él solo reine sobre la tierra, y que en todo se cumpla su voluntad? Item, ¿qué cosas más de hijos que pedir á su padre pan y todo lo necesario para la vida? ¿Qué cosas más de hijos que tener grande dolor porque ofendieron á su padre, y pedirle perdón de las ofensas, y darlo también de verdad á los que tienen por hermanos, pues son hijos de un mismo padre? También es de hijos pedir y esperar de su padre la providencia y tutela de sus vidas y el remedio de todos sus males. Porque todo esto nasce naturalmente de corazón de hijos, y así todo esto se pide en esta oración. Por donde así como cuando hacen á un hombre mayordomo de un señor, luego entra en casa y toma posesión del oficio y comienza á entender en cosas que pertenecen á aquel oficio, así aquí el hombre, recibida esta nueva dignidad de hijo de Dios, luego comienza á tener deseos de hijo y pedir peticiones de hijo y tratarse como tal. Y así todas las veces que reza esta oración, toma posesión deste título y se confirma cada día más y más en esta dignidad. Y esto es en lo que principalmente ha de ir fundado quien quiere fructuosamente rezar esta oración.

Después que el sacerdote acaba de decir esta oración, saluda al pueblo de otra manera de lo que acostumbraba antes que hiciese el sacrificio, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum.* Quiere decir: La paz del Señor sea siempre con vosotros. Aquí declara el sacerdote el fructo de la pasión de Jesucristo y deste sacrificio, que es pacificarnos con Dios. Y esto ruega el sacerdote á Dios saludando al pueblo, que la paz que se alcanzó por la virtud deste sacrificio con Dios, se conserve siempre en los que están allí presentes. Y prosiguiendo esta oración, dicen tres veces, el pueblo por una parte y el sacerdote por la suya, el *Agnus Dei,* etc., que quiere decir: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros, etc. Y luego se sigue la comunión. Comulga primero el sacerdote y sus ministros, y después llama el diácono á los fieles que han de comulgar diciendo: *Venite, fratres, ad communionem.* Éstos comulgan por manos del sacerdote, y nunca se dispensó que se pudiese hacer por manos de otro. Al diácono se permitió antiguamente que administrase con el cáliz la sangre, y agora ministra él de su oficio el vino ó agua que se da en su lugar al pueblo. En el tiempo antiguo ordinariamente había algunos fieles que comulgaban con el sacerdote, aunque no es cosa necesaria, porque con ellos y sin ellos se puede decir la misa, comulgando sacramentalmente solo el que consagra, y los circunstantes que asisten á la misa comulgando espiritualmente por virtud de la fe: aunque cumplirían más con lo que Dios nos mandó hacer en la misa y con lo que deben á este beneficio, si estuviesen aparejados para que siempre comulgasen algunos sacramentalmente con el sacerdote que consagra, pues que este sacramento no se ordenó para que solamente fuese allí visto, sino para que fuese tomado y comido en sustentación de nuestras almas, y así se llama entre otros nombres la Cena del Señor. Y así es grande descuido de los cristianos dar tan de tarde en tarde este pasto á sus almas, aunque es verdad que la Iglesia no nos obligó á más que al menos una vez en el año por la Pascua de Resurrección. Acabada la comunión, el sacerdote vuelve á saludar al pueblo y á convidarlo para que juntos oremos y demos gracias á Dios por los beneficios recibidos. Y así todas las oraciones que se dicen después de la comunión, no contienen sino un hacimiento de gracias, y ellas dadas, el diácono despide al pueblo diciendo: *Ite, missa est.* Ya tenéis licencia de

iros á vuestras casas, que ya el sacrificio es acabado. El pueblo responde: *Deo gratias.* Damos gracias á Dios por eso. Y el sacerdote, vuelto el rostro al pueblo, le da su bendición, y ninguno se puede salir de la iglesia hasta que no tenga licencia y bendición dél. Y para esto hay un decreto que dice así: Cuando se hace ayuntamiento de fieles para celebrar misa, el pueblo no saldrá de la iglesia hasta que toda la solemnidad de la misa sea acabada, y hasta que (donde no hubiere obispo presente) tenga tomada la bendición del sacerdote. Y en otro Concilio se manda que si alguno fuere osado salirse de la misa antes de la bendición, que el obispo le afrente con alguna penitencia pública y sea confundido por el desacato que hizo.

Dije en el principio que diría el modo cómo se había de oir la misa. Yo no creo que hay otro mejor que el que está dicho que es ordenado por la Iglesia, que es atender á lo que se hace y lo que se dice en la misa. Y el mejor libro de devoción de cuantos vi, es el libro que llamamos misal, por el cual se hace y dice la misa amonestando (como tenemos dicho) que los sacerdotes cumplan también de su parte diciéndola cómo el pueblo la oiga, y no entredientes y mal leída. Mas no fué nuestro propósito tratar cómo se debe decir la misa, lo cual requiere proprio tratado, sino solamente cómo se debe oir.

CAPÍTULO XIX

DE LA MANERA DE OIR EL SERMÓN

El sermón es una continua lición de lo que debemos hacer, con reducirnos á la memoria la obligación que tenemos á nuestro Señor, y nos declara el daño que se nos sigue de nuestro pecado: es un avisarnos del mal y animarnos para el bien. Y de todo esto tenemos mucha necesidad, porque es muy grande nuestra flaqueza, y nuestro olvido muy ordinario: y el demonio, el mundo y la carne siempre traen guerra con nosotros para cegarnos y hacer que nos apartemos del verdadero camino. Remedio tan grande como es el de la divina palabra, cosa tan encomendada de la boca de nuestro Redemptor y por todos sus discípulos, debe ser codiciada con grande voluntad, buscada con diligencia y oída con mucha atención.

Debe acudir el cristiano al sermón que más le descubre sus enfermedades, que mejores y más ciertas medicinas le pone, que más lo aparta del mal y más lo esfuerza para el bien, que mayor espanto le pone para lo uno y mayores alas para lo otro. Esto tomará por regla para conocer la doctrina y entrar en cuenta consigo mismo del provecho que recibe. Cuanto más frío se sintiere, tanto debe poner mayor diligencia en oir la verdad, humillándose y conociendo que por sus grandes maldades y por la dureza de su corazón no hace impresión en él la palabra de Dios, ni el espíritu del cielo halla entrada en su alma, procurando la emienda de sus obras, pidiendo á nuestro Señor que destierre la pertinacia de su voluntad y le dé luz para que conozca verdaderamente los muchos bienes de que le es en cargo, y los males en que está envuelto.

Recorrerá su memoria y mirará atentamente las llagas de su consciencia, y aquella palabra ó parte del sermón que más á su propósito hace y más remedio le pone, recogerá con grande atención y la guardará como cosa muy preciada, y la traerá mu-

chas veces á su memoria, usando della para su salud. Cuando viere que teniendo muchas veces oído el remedio de su pecado, y ni por eso viere que no le tiene mayor odio, ni tuviere puesta mayor diligencia para echarlo de sí, entenderá que la ira de Dios es muy grande contra el tal hombre, y muy grande su obstinación para resistir y cerrar la puerta á los favores del cielo. Debe este tal pecador concebir grande temor desto y con muy grande diligencia buscar la emienda antes que venga el juicio de Dios, y tomándolo tan mal proveído, ejecute contra él la sentencia que merescen sus obras.

Éstas son las reglas que ha de seguir cada uno para oir la sancta doctrina de los sermones, éste es el provecho que ha de buscar y la manera de conocerlos. De lo cual podemos fácilmente entender con cuánta atención habemos de huir de las vanas fábulas así perjudiciales como no perjudiciales, tapando los oídos á todo, esperando con grande deseo la palabra del Redemptor del mundo, y haciendo cuenta que Él mismo es el que nos enseña, porque así lo dejó dicho, que el que oyese á su verdadero ministro, á Él oía, y que así sería premiado si obedeciese, y castigado si no obedeciese.

No ha de salir de su casa el cristiano para oir el sermón con el descuido que sale para las cosas ociosas: ha de ir con consentimiento de su necesidad, con reverencia de la doctrina que le han de enseñar, con encomendarse de verdadero corazón á nuestro Señor que lo alumbre y le abra camino para ponerla por obra.

Epílogo.

Desta doctrina, juntamente con la que se dijo de la guarda de los mandamientos y artículos de la fe y del uso de la oración, se colige qué tal ha de ser la vida y trato del hombre que quiere ser premiado de la mano de Dios, para con todos los otros hombres. Colígese cuáles han de ser sus pláticas y sus conversaciones, su hábito y todo el concierto de sus cosas. Todo esto ha de ir sin muestra de soberbia, ni de vanidad, ni de envidia, ni de desprecio de sus hermanos: todo con ejemplo de seso y honestidad, y de temor de Dios y de vida de cristianos. Los de más edad han de dar ejemplo á los otros, criando sus hijos con estas costumbres, amonestando y enseñando á todos con blandura. Los de menos edad han de conocer la obligación que deben tener para seguir á los otros, y que no los excusa la mocedad del gran cargo que tie-

nen del buen ejemplo y á ser cristianos. Desta manera y para este fin han de tratar las madres á sus hijas, procurando primero que entiendan el fin para que son nascidas y lo que prometieron en el baptismo, y la verdadera guarda y cumplimiento desto. Lo segundo, que no den ocasión á que los prójimos tengan que juzgar, al menos porque en sus juicios no pequen: antes conviden en todo que alaben á Dios por ver cómo resplandece en tales edades la obediencia de sus mandamientos. Enseñado desta manera el cristiano, prosiguiendo por este camino, tendrá vida quieta y segura. Porque aunque el mundo le ponga tropiezos y le haga guerra con muchos trabajos, la confianza que tuviere puesta en nuestro Señor, el conocimiento de su misericordia le dará paz en su corazón, y con alegre y esforzado ánimo pasará por todo lo desta breve vida, esperando el cumplimiento de lo que está prometido, lo cual no puede faltar, pues él no falta en el obedescer. La más frecuente consideración que el cristiano debe hacer y de donde sacará muy grandes provechos es la continua memoria de la hora de la muerte, no para entristecerse, ni para desmayar, ni para descuidarse, ni para aborrecer lo que tiene á cargo, como muchos hacen, por lo cual tienen por mal agüero el nombre de la muerte y nunca quieren pensar en ella, de donde resulta que nunca tratan sus cosas como hombres que han de morir.

Muy distinto es el camino que enseña nuestra doctrina: porque en la consideración de la muerte halla el cristiano placer, conociendo en esto cuán breves son los trabajos y que por cosa de tan poca dura no es razón que perdamos nuestra paciencia ni nos apartemos un punto de lo que nos tienen mandado, considerando también cómo se llega el estado en que gozaremos de Dios y nunca más le deserviremos. Sácase también temor para que no nos tome la muerte en ruin estado descuidados de la cuenta y en peligro de perdernos. Pónese freno contra la avaricia, contra la soberbia y contra la ambición. Engéndrase hastío de los malos y prohibidos placeres y de las cosas con que este mundo nos quiere detener y engañar, cuando tenemos consideración que ha de venir la muerte, y que ha de venir muy pronto. Dado que la carne tema, por su natural flaqueza, y rehuse esta memoria y despida de si tales pensamientos, habémosla de habituar á que aunque peor le parezcan, más atentamente los piense y los trate hasta que haga costumbre á que no ponga tanta violencia para no pen-

sar en ellos. El espíritu es el que se ha de esforzar con las consideraciones ya dichas y poner freno á la carne para que no se desmande con el olvido, y oiga siempre esta doctrina y le sea como un azote que la ande castigando, encaminándola siempre al bien y apartándola del mal. Esta consideración y memoria de ser la muerte cosa tan cierta y el tiempo de su venida ser cosa tan incierta, debe de ser grande causa para que el cristiano tenga de tal manera proveídas sus cosas, así las deste mundo como las del otro, que en la hora que Dios lo llamare, no tenga otro negocio en que se embarace sino en solamente dar gracias á quien lo llama y lo llegó á aquel punto, y encomendarle su alma, para que según Él tiene prometido, la lleve á su compañía. Grande yerro es esperar á tal punto para perdonar el hombre á sus enemigos y para conocer la grandeza de sus pecados y hacer la penitencia que es obligado. Este engaño suele ir acompañado con otro en los hombres que tienen poco cuidado de cosa tan grande: porque no solamente guardan las cosas de su alma para cuando ya no tienen hora de vida, mas también guardan los negocios de su hacienda, de sus cuentas y de sus restituciones. Lo cual suele dar grande desasosiego, en tal hora y despertar guerra en el tiempo que más paz había de haber, y más escuridad cuando más luz, y más desasosiego cuando más reposo. Dado caso que supiésemos cómo y cuándo nos había de venir la muerte, y el espacio que nos había de dar (lo cual es imposible que en esta vida se sepa, según la común orden que Dios tiene puesta) sería muy grande locura aguardar para apuntar las cosas de los testamentos y las revueltas y las declaraciones de las haciendas con los negocios del alma y de lo que se debe á Dios, cuanto más estando tan inciertos del tiempo y de la manera en que habemos de morir.

Si el cristiano siguiere verdaderamente lo que enseña esta doctrina acerca de la vida y de la muerte, podrá tener vida pacífica y más rica que ninguna de la de los príncipes de la tierra. Esperará la muerte con poco temor, recibirla ha cuando viniere como cosa de grande merced de la mano de Dios nuestro Señor, y alcanzará posesión de los bienes que solamente puede dar el que por su grande misericordia nos los tiene prometidos.

FIN DE LA DOCTRINA CRISTIANA

SIGUENSE

TRECE SERMONES

DE LAS TRES PASCUAS DEL AÑO

Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS

DE CRISTO NUESTRO SALVADOR

Y DE NUESTRA SEÑORA

POR EL

R. P. F. LUIS DE GRANADA

Provincial de la Orden de Santo Domingo

en la provincia de Portugal

FUE IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE AGRIPINA COLONIA

Impresor del Rey nuestro Señor

Acabóse á los XX días del mes de Mayo

Año 1559

Con privilegio Real por diez años

Fueron examinados estos sermones por el Reverendo P. Fray Francisco Foreiro, examinador de libros por comisión del Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor General en estos reinos de Portugal.

AL CRISTIANO LECTOR

ESTE libro de Doctrina Cristiana se ordena, cristiano lector, para leerse los domingos y fiestas en las iglesias donde comúnmente en todo el año no hay sermón: para que á la falta de la voz viva sirviese la letra muerta, que todavía podía obrar alguna cosa en los corazones de los piadosos oyentes. Mas porque parescía cosa impropria en algunas fiestas principales del año leer cosa que no dijese con el misterio de la fiesta, paresció que sería cosa provechosa entremeter aquí algunos sermones destas principales fiestas, como son las tres pascuas del año y las principales fiestas de Cristo y de Nuestra Señora, para que se pudiesen leer en estos días. Y porque esta escriptura principalmente se ordena para edificación y provecho de la gente sin letras, no se tuvo respecto á hacer sermones fundados, sino devotos y doctrinales, cuales convenía que fuesen para este propósito. Y así no todas las veces llevan temas, ni prosiguen una misma materia, sino van apuntadas algunas cosas espirituales y devotas en que puedan ocupar su pensamiento aquel día los fieles cristianos. Y porque mejor se puedan hallar, van aquí repartidos por los meses del año, como lo podrás ver por la tabla siguiente (1). Vale.

(1) Véase al final del tomo.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE LA

CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Sobre el Evangelio de S. Lucas, que dice así.

En aquel tiempo, después de pasados los ocho días para haberse de circuncidar el niño, fuéle puesto por nombre Jesús: el cual nombre fué pronunciado por el ángel primero que en el vientre fuese concebido.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Acerca del misterio de la sagrada Circuncisión debes considerar cómo luego al octavo día quiso el Salvador comenzar el oficio de redemptor, que es padescer trabajos y derramar sangre por mi remedio. Donde primeramente puedes considerar qué dolor sentirían las entrañas de la sacratísima Virgen viendo aquel sancto niño en tan tierna edad comenzar á perder ya de su carne y de su sangre, y con cuánta devoción y acatamiento recogería aquella preciosa sangre y aquellas preciosas reliquias que de la circuncisión quedaron. Considera también al niño Jesús (ó por mejor decir, á la eterna Sabiduría de Dios en aquel niño) llorando y derramando lágrimas por el grande dolor de la herida, el cual era tan grande, que algunas veces acontescía morir algunos de los que se circundaban: y es de creer que en este niño sería mayor, pues era el más delicado de todos los niños. Pues siendo esto así, ¡qué dolor padescería la Virgen cuando viese aquel cuchillo correr por las carnes del hijo tan querido y tan delicado!

¡Y con cuánto dolor de sus entrañas y con cuántas lágrimas de sus ojos se esforzaría en halagar y arrullar al niño, tomándolo en sus brazos, y allegándolo á sus virginales pechos, y dándole de mamar! ¡Y qué sentiría otrosí el sancto Josef, que por ventura fué el ministro de la circuncisión! ¡Con qué compasión ejercitaría este oficio, y con qué entrañas sentiría este dolor y vería correr por un cabo la sangre del niño y por otro las lágrimas de la madre, á los cuales él amaba con tan grande amor! ¡Oh Esposo de sangre y Rey de gloria, desposado con la naturaleza humana, cuán grande fué el amor que tuviste para con los hombres y el rigor para contigo, pues tan presto quisiste por ellos ensangrentar tu carne y experimentar los filos de la espada que después había de acabar tu vida! ¡Oh Sol de justicia, arrebolado por la mañana y á la tarde, esto es, al nascer y al morir, tinto y rubricado con sangre! Dicen que los arreboles de la mañana son señales de agua en la tarde. Luego ¿qué significan esos arreboles de la mañana, quiero decir, esa sangre de la circuncisión, sino la grande lluvia de sangre que había de haber á la tarde, cuando rasgadas todas las venas y fuentes de tu sacratísimo cuerpo, por todas partes llovieses sangre? Mas los arreboles de la tarde no son ya señales de lluvia, como los de la mañana, sino de serenidad: y verdaderamente así lo fueron, pues acabado el martirio de tu pasión, con tu muerte destruíste nuestra muerte, y con los arreboles de tu sangre deshiciste las nieblas de nuestros males.

Lo segundo considera el ejemplo de aquella inestimable caridad y humildad del Hijo de Dios, que tan presto quiso comenzar á padescer por nosotros y recibir en sí la sangría y medicina de nuestros males. Sobre este misterio dice S. Bernardo así: En la circuncisión del Señor tenemos qué amar, y qué imitar, y de qué nos maravillar. Porque vino el Salvador al mundo no sólo para redimirnos con su sangre, sino también para enseñarnos con su doctrina y instruirnos con su ejemplo. Porque así como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, así no aprovecha sacarnos de la cárcel, si no sabiendo el camino, el que primero nos hallara, nos volviera á la cárcel. Y por esto en la edad más crescida nos dió manifiestos ejemplos de paciencia, humildad, caridad y de todas las virtudes: mas en la niñez dió estos mismos ejemplos, puesto que disimulados y encubiertos con figuras. Porque tomando en su encarnación forma de hom-

bre, fué hecho menor que los ángeles: mas circuncidándose al octavo día, vino á parecer mucho menor que los hombres, pues no sólo tomó aquí forma de hombre sino también de pecador. ¿Qué hacéis circuncidando á este niño? ¿Cuidáis por ventura que podrá caer sobre él aquella maldición que dice (1): El varón que no fuere cincuncidado, perecerá su alma de su pueblo? ¿Podrá el Padre olvidarse del Hijo de sus entrañas, ó no lo conocerá, si no lo viere señalado con esta señal? Antes si fuese posible no conocerlo, sólo por esto no lo conocería, si lo viese señalado con señal de pecado. Mas ¿qué maravilla es que la cabeza estando sana reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¡Cuántas veces acontesce recibir un miembro la cura y medicina de otro! Está enfermo el hígado, y sangran la mano. Están torcidas las cuerdas de los pies, y ponen la medicina en el celebro. Pues desta manera es cauterizada hoy la cabeza, para curar la podredumbre y corrupción de todo el cuerpo. Finalmente, ¿qué maravilla es querer ser circuncidado por nosotros el que quiso morir por nosotros? Porque todo Él enteramente se nos dió, y así todo Él enteramente se entregó en nuestro provecho.

Lo tercero considera no solamente la caridad (como dicho es) sino también la humildad del Hijo de Dios, la cual particularmente quiso Él que resplandesciese en el comienzo de su vida, como raíz y fundamento de todas las virtudes. Pues ¿qué mayor loor que tomar imagen de pecador el que era remedio de pecadores, y querer parecer culpado el que era espejo de inocencia y destierro de toda culpa? El Cordero sin mancilla (dice S. Bernardo) sin tener necesidad de circuncisión quiso ser circuncidado, y el que no tenía señal ninguna de herida, quiso ser curado con medicina de heridos. No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, sino antes por el contrario quiere gloriarse en los delictos y tiene vergüenza en los remedios. De manera que siendo tan desvergonzados para la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia: malos en lo uno, y peores en lo otro: malos en ser tan inclinados á las heridas, y peores en ser tan vergonzosos para la cura dellas. Mas el que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parescer pecador: nosotros queremos serlo, y no queremos parescerlo.

(1) Genes. 17.

§ II

Después de circuncidado el niño, dice el Evangelista que le pusieron por nombre Jesús (1), que quiere decir Salvador. Este glorioso nombre fué primero pronunciado por boca de los ángeles: porque el ángel que trajo la embajada á la Virgen, dijo que le llamarían Jesús (2), y el que aparesció á Josef en sueños, le dijo lo mismo, y acrescentó la razón del nombre diciendo: Porque Él salvará á su pueblo de sus pecados. Bendito sea tal nombre, y bendita tal salvación, y bendito el día que tales nuevas fueron dadas al mundo. Hasta aquí, Señor, todos los otros salvadores que mandastes al mundo, eran salvadores de cuerpos y eran salvadores de carne, que ponían en salvo las haciendas y las casas y las viñas, y dejaban perdidas las almas, hechas tributarias del pecado y por él sujetas al enemigo. Pues ¿qué aprovecha al hombre conquistar y señorear el mundo, si él queda esclavo del pecado, por donde venga después á perderlo todo? Pues para remedio deste mal es agora enviado este nuevo Salvador, para que sea cumplida salvación de todo el hombre, que salvando las almas remedie los cuerpos, y librando de los males de culpa libre también de los males de pena: y así deja á todo el hombre salvo. Ésta es la salvación que desearon los Patriarcas, ésta la que con tantos clamores y suspiros pidieron los Profetas, ésta la que tantas veces cantan y prometen los Psalmos, y ésta finalmente con la que acabó el último huelgo de la vida y mitigó los trabajos de la muerte el patriarca Jacob diciendo: Tu salvación esperaré Señor (3). Sobre las cuales palabras dice el intérprete caldeo: Tu salvación esperaré, Señor: como si más claramente dijera: No espero la salvación de Gedeón, hijo de Joás (4), porque es salvación temporal, ni la de Sansón, hijo de Manué (5), porque es salvación transitoria: sino espero la salvación del ungido hijo de David, cuya redención espera mi alma. ¡Oh bienaventurada salvación, digna de tal Salvador y de tal Señor! Desee cada uno la salvación y los bienes que quisiere, anteponga las cosas de la tierra á las del cielo, tenga en más la muerte del cuerpo que la del alma: mas yo desearé

(1) Luc. 1. (2) Matth. 1. (3) Genes. 49. (4) Judic. 7. (5) Judic. 15.

con el santo Patriarca esta salvación, y desfallecerá mi alma deseándola con el profeta David. Sálvame, Señor, de mis pecados, líbrame de mis malas inclinaciones, sácame del poder destos tiranos, no me dejes seguir el ímpetu bestial de mis pasiones, defiende la dignidad y gloria de mi alma, no permitas que yo sea esclavo del mundo y tenga por ley de mi vida el juicio de tantos locos, líbrame de los apetitos de mi propria carne, que es el mayor y más sucio de todos los tiranos, líbrame de los vanos deseos y de los vanos temores y vanas esperanzas del mundo, y sobre todo esto, líbrame de tu enemistad, de tu ira y de la muerte perdurable que se sigue della: y concedida esta libertad y esta salvación, reine quien quisiere en el mundo y gloríese en el señorío de la tierra y del mar, porque yo con el Profeta solamente me gloriaré en el Señor y alegrarme he en Dios mi Salvador (1).

Pues ésta es la salvación que vino el Señor á dar al mundo, y ésta es la que se significa por este nuevo nombre que hoy le ponen de Jesús. De manera que cuando el cristiano oye este nombre, ha de representar en su corazón un señor tan poderoso, tan misericordioso, tan hermoso y de tan grandes hechos, que disipa todo el ejército del demonio, que despoja de sus fuerzas á la muerte, que pone silencio al pecado, que quita la jurisdicción al infierno, que libra á los que están cautivos en manos de estos tiranos, y los limpia de la fealdad de sus cadenas, y los restituye en tanta hermosura que los ojos de Dios se aficionan á ellos, y los abraza su bondad, y los hace reinar eternalmente consigo. Porque tres males principales (entre otros muchos) nos vinieron del pecado, que son, muerte, infierno, servidumbre del demonio: y por esto, quien nos libró del pecado, juntamente con él nos libró de todos estos enemigos y nos dió prenda y certeza de vida perpetua, de compañía con la vida de Dios, de gracia y amistad con Él, de favores de su poder, de dones de su liberalidad y de segura posesión de todos los bienes. Porque todo esto se pierde por el pecado, y todo se gana por Jesucristo, y por esto con mucha razón le fué puesto tan divino nombre. ¡Oh nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traído del cielo, pronunciado por los ángeles y deseado en todos los tiempos! Deste nombre huyen los

(1) Habac. 3.

demonios, con él se espantan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, por él cesan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, á él se acogen los atribulados, con él se curan los enfermos, con él resucitan los muertos y en él tienen toda su esperanza los pecadores! ¡Oh nombre más dulce que la miel, más blanco que la leche, más suave que todo licor suave! Porque como dice S. Bernardo, ¿qué otra cosa es el nombre Jesús sino miel en la boca, melodía en los oídos y alegría en el corazón? Y pues tantos bienes nos vinieron por este glorioso nombre, justo es que de corazón digamos todos con el Apóstol que en el nombre de Jesús toda rodilla se incline en el cielo y en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que este Señor Jesús está en la gloria del Padre (1).

Adora pues, oh alma mía, abraza y besa este dulcísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el olio, más medicinal que el bálsamo y más poderoso que todos los poderes del mundo. Éste es el nombre con cuya invocación se salvan los pecadores: porque no se dió otro nombre debajo de los cielos á los hombres por quien hayan de ser salvos, sino solo éste, y en ningún otro hay salvación. ¡Oh nombre deleitoso, nombre glorioso, quién te trajese siempre escrito con letras de oro en medio del corazón! Pues, oh hombre flaco y desconfiado, si no bastó la blandura del niño nascido para hacerte allegar á Él, baste la virtud y eficacia deste nombre para que no huyas dél. Allégate confiadamente á Él, y dile con el devotísimo Anselmo: ¡Oh Jesús, por honra de tu sancto nombre sé para mí Jesús! Porque ¿qué quiere decir Jesús sino Salvador? Muestra pues, Señor, en mí la eficacia deste sanctísimo nombre y dame por él cumplida y verdadera salvación.

(1) Philip. 2.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE LA

ADORACIÓN DE LOS REYES

Doctrina sobre el Evangelio de S. Mateo, que dice así:

En aquel tiempo, como fuese nascido Jesús en Betlem de Judea en tiempo del rey Herodes (1), vinieron unos sabios de Oriente á Hierusalem diciendo: ¿Dónde está el que es nascido rey de los judíos? Porque vimos su estrella en Oriente, y venimos á adorarlo. Oyendo esto el rey Herodes turbóse, y toda Hierusalem con él. Y ayuntando todos los príncipes de los sacerdotes y letrados del pueblo, preguntábales dónde Cristo había de nascer. Ellos le dijeron que en Betlem de Judea, porque así estaba escrito por el Profeta (2): Tú, Betlem, tierra de Judea, no eres la menor entre las principales tierras de Judea, porque de ti saldrá un duque que rija á mi pueblo Israel. Entonces Herodes llamando secretamente á los sabios, supo dellos diligentemente el tiempo en que la estrella les aparesciera. Y mandándolos á Betlem dijo: Id y preguntad diligentemente por este niño, y como le halláredes, hacédmelo saber para que yo también lo vaya á adorar. Los cuales oído esto, se partieron su camino. Y he aquí la estrella que habían visto en Oriente, iba delante dellos hasta venir á ponerse sobre el lugar donde estaba el niño. Y viendo ellos la estrella alegráronse mucho con una grande alegría. Y entrando en la casa, hallaron el niño con María su madre, y prostrados en tierra lo adoraron: y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes, oro, incienso y mirra. Y siendo avisados en sueños que no volviesen á Herodes, por otro camino volvieron á su región.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

---

(1) Matth. 2. (2) Mich. 5.

§ I

Acerca de la adoración y ofrenda de los Reyes considera primeramente cuán grande fué la devoción destos sanctos varones, pues por ella salieron de sus tierras y se pusieron á un tan largo y tan peligroso camino y á tantos trabajos como en él pasarían, sólo por ver con los ojos corporales al que ya habían visto con los ojos de la fe: porque sabían cuán bienaventurados habían de ser los ojos que lo viesen (1). Lo cual sin duda es para grande confusión nuestra que tan mal acudimos á la casa de Dios y á las misas y oficios divinos, donde tan fácilmente y con tan corto camino podríamos ver y adorar al mismo Señor que ellos con tanto trabajo buscaron y adoraron.

Lo segundo considera la fe destos sanctos Reyes; la cual de tal manera convenció y cautivó sus entendimientos, que los hizo adorar por verdadero Dios y Señor del mundo al que vieron en lo de fuera el más pobre y despreciado del mundo. No los ofendió la bajeza del establo, ni la vileza del pesebre, ni la pobreza de los pañales, ni las lágrimas y flaqueza del niño, para dejar de creer que aquél que lloraba en la cuna, tronaba en el cielo. ¿Qué hacéis, sabios (dice S. Bernardo) qué hacéis? ¿Á un niño adoráis, aposentado en una choza, envuelto en viles pañales? ¿Es ése por ventura Dios? Dios está en su sancto templo, y ¿vosotros buscáislo en un establo y ofrecéisle tesoros? Si ése es rey, ¿dónde está el palacio real, dónde la silla de rey, dónde la compañía de los cortesanos? ¿Es por ventura palacio un establo, y silla el pesebre, y compañía de cortesanos Josef y María? ¿Cómo unos hombres tan sabios se hacen tan ignorantes que adoran por Dios á un niño tan despreciado así en la edad como en la pobreza de los suyos? Todas estas dificultades que aquí hallaba la prudencia del mundo, venció la lumbre del cielo, sojuzgando con la fe la razón y acatando el seso del hombre la sabiduría de Dios. Porque más razón había para creer á lo que la guía del cielo les decía, que á lo que la razón humana conjecturaba, pues en ésta puede haber muchos engaños, en la otra no. Lo cual entendieron hasta los mis-

(1) Matth. 13.

mos filósofos gentiles, pues uno dellos dijo que á los que se regían por instincto y lumbre de Dios, no convenía deliberar ni tantear las cosas con prudencia humana, sino seguir en todo la lumbre divina. Donde tenemos eficacísimo ejemplo para no hacer caso de razones y prudencias del mundo, cuando se encontraren con la palabra de Dios y con la lumbre de su Evangelio. Por donde si ésta nos dijere que son bienaventurados los pobres, los humildes, los mansos, los que lloran, los que son perseguidos y los que aborrescen y crucifican sus vidas por Dios, no dudemos ser ésta la verdadera bienaventuranza, puesto que lo contradiga y desdiga toda la humana prudencia. No te pongas á tantear y decir: ¿Cómo es posible que en la pobreza esté el descanso, en las lágrimas el alegría, en la sujección la libertad, en la humildad la gloria, en la cruz el reino, en la mortificación la paz, en la resignación de todas las cosas el señorío de todas ellas? No te pongas á hacer estas cuentas con la razón, porque á todo esto basta contraponer la lumbre del cielo. Y así como estos sanctos no hicieron caso de todas estas razones y argumentos de carne cuando vieron en contrario el testimonio del cielo, así tú no debes hacer caso de todos los paresceres y juicios del mundo cuando vieres en contrario la palabra de Dios y la lumbre de su Evangelio. Dé voces el mundo, reclame cuanto quisiere contra la palabra de Dios, ladren todos los prudentes dél, aleguen costumbres inmemoriales, defiéndanse con ejemplos de príncipes, emperadores y señores: todo esto es viento contra la palabra de Dios y contra la sabiduría del cielo.

Lo tercero considera el alegría inestimable que estos sanctos varones recibieron cuando acabado tan prósperamente el curso de su peregrinación, y siguiendo la guía que les era dada del cielo, llegaron al lugar tan deseado, y hallaron aquellas dos lumbreras del mundo, aquel hijo y aquella madre, aquel niño y aquella doncella que tanto deseaban. Porque si tan grande fué el alegría que recibieron cuando salidos de Hierusalem volvieron á ver la estrella que los guiaba, que como dice el Evangelista, se alegraron con grandísima alegría, ¿cuánto más se alegrarían con el mismo tesoro, para donde los guiaba la estrella? Si tanto se alegraron con la guía del camino, ¿cuánto más con el término dél? Mucho más alegra el puerto que la navegación, más la posesión que la esperanza, más el fructo que la sementera, y así más la

gloria que la gracia, y generalmente más el fin que los medios que se ordenan para el fin. Pues si tanto se alegraron con la estrella, que era el medio para hallar este tesoro, ¿cuánto más se alegrarían con el mismo tesoro? No hay lengua que esto pueda declarar.

Y si tan grande alegría fué para éstos, cuando acabado el curso de su peregrinación te hallaron, Señor mío, en aquel establo, con tanto desamparo y pobreza, ¿cuál será el alegría del justo cuando acabado el curso de la peregrinación desta tan larga y tan peligrosa mortalidad, te viere, no en este mundo sino en tu reino, no en un vil establo sino en tu sacro palacio, no en el pesebre de heno sino en el trono de tu gloria, no en los brazos de la madre sino en el seno del Padre, no en la bajeza de la humildad que tomaste para salvar á los hombres, sino en la gloria de tu majestad que tienes para beatificar á los ángeles?

Y si tan grande fué el alegría de los Reyes, ¡cuánto sería mayor la de la sacratísima Virgen viendo las lágrimas, los presentes, la devoción y la fe de aquellos sanctos varones, y viendo ya comenzar á extenderse el reino de Dios que el ángel le denunciara, y pronosticarse con aquellos tan prósperos principios la gloria de Dios y la salvación de los hombres que ella tanto deseaba! ¡Qué lágrimas correrían por aquellos ojos! ¡Qué colores se le irían y vendrían por aquel divino rostro! ¡Qué ardores y sentimientos serían los de aquel sagrado pecho con estas y otras consideraciones!

Y si tanta sería el alegría de la madre, ¡cuánto mayor sería la de aquel amador de los hombres, la de Aquél que bajó del cielo á la tierra por ellos, de Aquél que adelante había de decir (1): Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre, que es la conversión de los pecadores, cuando en las primicias destos tres Reyes viese la conversión del mundo, la salvación de los hombres, la gloria de Dios, la confusión del demonio, el triunfo del pecado y las victorias de tantos mártires y confesores y vírgines y de tantos millares de monjes que tan gloriosamente habían de triunfar del mundo por Él! Alégrate pues, oh santo Niño, alégrate con tan prósperos y tan dichosos principios y recibe estos dones que ya te comienzan á ofrecer los que has de redimir.

---

(1) Joan. 4.

Y tú, oh sanctísima Virgen, esfuérzate y cobra ánimo, que ya los pueblos y príncipes del mundo dende los últimos términos de la tierra te comienzan á honrar, para que después te llamen bienaventurada todas las generaciones, y así como fuiste la más humilde de las más humildes, así seas la más venerada y honrada de todas las criaturas.

Allégate pues, oh alma mía, con estos sanctos Reyes, y húmilmente prostrada ante este sagrado pesebre, adora y ofrece también con ellos tus presentes al Salvador. Ellos ofrescieron oro, que es el más precioso de los metales: tú ofresce caridad, que es la más excelente de todas las virtudes. Ellos ofrescieron incienso, que sube á lo alto y vale contra todos los malos olores: tú ofrece oración, que levanta los corazones de la tierra al cielo y vale contra todos los malos olores, que son los apetitos sucios de nuestra carne. Por donde no sin gran misterio los sanctos doctores entienden por el incienso y por el ungüento oloroso la oración y la devoción, para dar á entender la naturaleza y propriedad que estas virtudes tienen contra todos los malos olores, que proceden deste sucio muladar de nuestro corazón. Por donde así como en los aposentos de los purgados y enfermos suelen quemar incienso y otros perfumes olorosos para que no se sienta el mal olor de aquel lugar, así el que quisiere no sentir el mal olor de los apetitos y pasiones de su carne, procure de estar vivo siempre este suavísimo olor de devoción en su espíritu: porque así como contra el mal olor es el bueno, así contra los malos deseos de nuestro corazón son los buenos, que nascen de la oración y devoción. Mas cómo esto sea verdad, en ninguna manera lo entenderá sino quien se vió con devoción, y á tiempos sin ella.

Ellos finalmente ofrecieron mirra, que aunque es amargosa al gusto, es saludable al cuerpo y de suavísimo olor : tú ofrece lágrimas de penitencia y trabajos de mortificación, que aunque sean amarguísimos al cuerpo, son saludables al espíritu y de suavísimo olor en la presencia de Dios. Porque ¿qué cosa más saludable al espíritu, que la que lo defiende de la corrupción de los deleites y de los gusanos de los vicios? Pues ésta es la virtud y condición de esta mirra celestial. Porque así como el estómago dañado con el desordenado uso de manjares dulces, con ninguna cosa es mejor curado que con purgas amargosas, así la consciencia de aquéllos que vivieron en deleites, con ninguna cosa es me-

jor curada que con las lágrimas de la penitencia y con los trabajos de la vida austera. Porque de otra manera, luego hervirían nuestros cuerpos con gusanos de vicios, si no corriese cada día de nuestras manos esta mirra espiritual para lanzarlos. Si no, dime: ¿por ventura no es gusano la lujuria? Por cierto no sé si hay otro más perjudicial. Entra halagando, muerde riendo, emponzoña deleitando y mata consintiendo. Pues bienaventurado aquél, cuyas manos siempre están destilando esta mirra escogida, para ungir su cuerpo con ella, porque así sea perfectamente libre desta corrupción.

Éstos pues son los dones que habemos de ofrescer al Señor con estos Reyes: de los cuales (como dice un doctor) la mirra pertenece á los que comienzan, el incienso á los que aprovechan, y el oro á los perfectos. Y por tanto, si no alcanzan tus manos á ofrescer á Dios el oro de la perfecta caridad, ó el incienso de la devoción, al menos ofréscele mirra de contrición, que es, un corazón contrito y un cuerpo quebrantado, para que subiendo por ese grado al segundo, puedas después cantar con el Profeta diciendo: Volviste, Señor, mi llanto en alegría, rasgaste mi saco (que es el espíritu de tristeza) y cercásteme de alegría (1).

Acabada esta ofrenda con los sanctos Reyes, síguese que con ellos mismos nos volvamos á nuestra región por otro camino. Sobre las cuales palabras dice Eusebio Emiseno: La mudanza del camino significa la mudanza de nuestra vida. Pues entonces mudamos el camino cuando negamos á nuestro viejo hombre, cuando abrazando la humildad desechamos la soberbia, cuando inclinamos nuestro corazón de la ira á la paciencia, cuando despedimos los antiguos deleites y las viejas costumbres de la vida pasada.

Y no sé por cierto, hermanos míos, por qué nos agradarán más los caminos ásperos y dificultosos de los vicios y de la soberbia, siendo los de la humildad tan blandos, tan llanos y tan derechos. Porque donde está la humildad, ahí está el descanso y ahí está la tranquilidad y la paz. Porque como la humildad de suyo sea pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades deste mundo, no hallan dónde puedan quebrar las olas de su ímpetu furioso. Y por eso cualquier otro encuentro que ven-

(1) Psalm. 29.

ga á dar sobre ella, abajando la cabeza, fácilmente lo despide de sí y lo echa. Por donde cualquier tribulación así es vencida de la humildad, como en las riberas llanas y arenosas blandamente se consumen y deshacen las olas de la mar. Vemos que en las rocas y montes altos se embravesce la furia de los vientos, de la cual están guardados y seguros los valles profundos. Mas por el contrario los caminos de los soberbios están llenos de barrancos y grandes rocas y despeñaderos: porque donde está la soberbia, ahí está la indignación, ahí la animosidad, ahí el trabajo, ahí la tribulación, para que aun antes del día del juicio padezcan los soberbios esta justa condenación, y así las almas de los malos traigan siempre consigo su tormento, y por el contrario las de los buenos tengan aquí su refrigerio.

SERMÓN EN EL DOMINGO

DESPUÉS

DE LA EPIFANÍA

Sobre el Evangelio de S. Lucas, que dice así:

En aquel tiempo iban todos los años á Hierusalem el día solemne de la Pascua. Y como fué el niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem según la costumbre de la fiesta, y acabados ya los días, como se volviesen, quedó el niño Jesús en Hierusalem sin saberlo sus padres. Y cuidando que estaría entre la compañía, vinieron por espacio de un día á buscarlo entre los parientes y conocidos. Y como no lo hallasen, volviéronse á Hierusalem en busca dél. Y sucedió que al cabo de tres días le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores oyéndolos y preguntándoles. Y estaban espantados todos los que lo oían, viendo su prudencia y sus respuestas. Y como lo viesen, maravilláronse. Y díjole su madre: Hijo, ¿por qué lo heciste así? He aquí á vuestro padre y á mí, que con dolor os andábamos buscando. Y díjoles Él: ¿Para qué me andabais buscando? ¿No sabéis que en estas cosas que son de mi Padre me conviene á mí estar? Y ellos no entendieron la palabra que les dijo. Y bajó con ellos, y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas palabras en su corazón. Y Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Entre los misterios de la infancia y niñez del Salvador es muy dulce de contemplar cómo se perdió el niño Jesús en el templo: donde muchas veces acontescerá que buscando con la madre el hijo perdido, se cobren y hallen los perdidos.

Pues para esto primeramente considera cuán grande fué el

dolor que la sacratísima Virgen padesció en esta pérdida. Para lo cual es de notar que el dolor y todos los otros afectos se fundan en el amor, de tal manera, que cuanto el amor es mayor, tanto es mayor el temor y el dolor, con todos los otros afectos y accidentes del amor. Pues ¿quién podrá explicar la grandeza del amor que la sacratísima Virgen tenía á su hijo? Porque éste fué el mayor de cuantos amores hubo en el mundo y habrá jamás, porque en solo éste se ajuntaron en uno amor de gracia y amor de naturaleza en un altísimo y soberano grado de perfección. Amor de naturaleza: porque era amor de madre para con hijo, y este amor estaba aquí en el más subido grado que puede ser: porque tal manera de madre sin compañía de padre, y tal manera de hijo y tan digno de ser amado, no se vió ni se verá jamás. Pues el amor de gracia también estaba aquí en tan alto grado cuanto era la gracia que se dió á la Virgen, que fué la mayor de cuantas hasta hoy se dieron á pura criatura. Y este amor cada día crescía con los continuos actos de virtudes merecedores de mayor gracia y amor. Pues si los ríos cuando llegan al mar, por muy pequeños que sean, entran muy poderosos, por las muchas acogidas de agua que toman, ¡cuál estaría entonces este amor, que al principio era tan grande, á cabo de tantos años de crescimiento con tan grandes crescientes de amor! Pues ayuntándose estos dos tan caudalosos ríos en uno, amor de naturaleza y amor de gracia, ¡cuán grande sería el ímpetu y fuerza de tal amor! Y si tan grande era el amor deste tesoro, ¡cuán grande sería el dolor de haberlo perdido, pues tan grande es el dolor como el amor! Y pasáronse en este martirio tres días y tres noches, en que la sacratísima Virgen ni dormiría, ni comería, ni reposaría, viendo que le había faltado todo su tesoro, y temiendo aún mayores peligros. Porque muy bien se acordaba de lo que aquel sancto Simeón le tenía pronosticado de las contradicciones y trabajos del niño (1). Bien sabía que apenas habían pasado pocos días después de su nascimiento, cuando ya Herodes lo andaba buscando para matarlo. Y el mismo temor que tuvo de Herodes, tuvo del hijo Arquelao (2): por donde aun después de muerto el primer perseguidor, se fué á la provincia de Galilea, y no osó morar en la de Judea por temor del segundo. Pues como toda la vida se le pasase en huídas y te-

(1) Luc. 2. (2) Math. 2.

mores y sobresaltos, y agora viese que el niño, que tan doméstico y obediente era, le desaparesciera, eran tan grandes los temores y dolores desta ausencia, que no hay lengua que lo pueda explicar.

Pues ¿qué haría entonces la sacratísima Virgen? ¿Dónde se volvería? Está claro que se volvería á Dios. Allí acudiría, allí se socorrería, allí derramaría delante dél su corazón. Porque éste es el común puerto y nido adonde se acogen los justos en el tiempo de la tribulación, como decía el sancto profeta hablando con Dios: Tú eres, Señor, mi esperanza en el día de la tribulación (1). Y como dice el Sabio, la hacienda del rico es la ciudad de su fortaleza (2), mas el favor de Dios es la torre inexpugnable del rico: ahí se acoge y es amparado. Irse hía pues á Dios, y decirle hía así: Vos solo, Señor, sabéis la soledad, las angustias y dolores de mi corazón, y otro no, porque Vos solo sabéis la grandeza de mi amor, Vos solo conocéis la excelencia deste amado, Vos solo conocéis el valor deste tesoro y la grandeza desta pérdida, y por esto Vos solo conocéis la grandeza deste dolor. Uno solo es el que perdí, y en él pierdo todas las cosas. En él pierdo hijo, padre, madre, esposo, maestro, ejemplo y todos los bienes. Una piedra preciosa perdí, que vale más que todo cuanto tenéis criado. Pues ¿qué será razón que sienta quien tan grande bien perdió? Si David tanto sintió la muerte de Absalón su hijo, puesto que tan malo: si la mujer de Tobías tales cosas hacía y decía por la tardanza del suyo: si el patriarca Jacob tan grandes extremos hizo por la pérdida de otro, quedándole en casa otros once, ¿qué hará quien sin tener otro, perdió uno en quien estaban todos los bienes? Pues, Señor, declaradme en qué desagradé yo á vuestros divinos ojos, por donde perdiese el uso deste depósito glorioso que me encomendastes. Vuestra gracia me lo dió, vuestra misericordia me lo ha conservado: no me lo quite vuestra justicia, pues todo este negocio es de gracia. Hijo mío, ¿dónde estás? ¿Quién te apartó de mí? En todo este tiempo ¿qué harás, qué comerás, qué beberás? ¿Dónde dormirás? ¿Quién te agasajará? ¿Dormirás al frío ó al sereno? ¿Quién tendrá cuidado de ti? ¿Por qué quisiste así desamparar á mí y á ti? ¡Oh nuevo peregrino, oh tierno trabajador, que tan presto comienzas á peregrinar y padecer. Oh sol, que con tus llamas descubres todas las cosas del mundo, descúbreme agora

(1) Psalm. 58. (2) Prov. 10 et 28.

este tesoro. Oh estrella resplandeciente, que desde el cabo del mundo guiaste á aquellos sanctos Magos hasta el pesebre de tu Señor, muéstrame agora ese mismo que á ellos enseñaste, para que yo también lo adore y le ofrezca este corazón lleno de mirra y de dolor.

Estas y otras cosas muy piadosas revolvería la sacratísima Virgen en su corazón, cuando ya el Espíritu Sancto quiso dar fin á este tan lastimoso martirio y mudar aquellas lágrimas en alegría. Porque andando la Virgen por todos estos lugares, vuélvese al templo, de donde saliera, en busca del niño. Agora sí, Señora, vais bien encaminada para hallar lo que buscáis. Buscabais el niño entre parientes y conocidos. No se halla Cristo entre parientes, antes ahí se suele muchas veces perder. Y por esto mandan á Abraham que salga de su tierra y de entre sus parientes y de la casa de su padre (1), y que así hallará á Dios. ¡Y por esto no es maravilla no hallarse Cristo entre parientes, así como lo sería no hallarse en el templo. Cada cosa se ha de buscar en su lugar, y pues el templo es lugar de Dios, ahí es razón qué se busque, y ahí se hallará. El templo es casa de oración: pues ahí es cierto que se halla Dios. Y por esto, cuando tú, hermano, te hallares triste, desconsolado, distraído, tibio, seco y sin una centella de devoción, entra en este templo, persevera en la oración: que si fielmente y húmilmente perseverares en eso, sin duda hallarás á Dios, y el indicio de haberlo hallado será la devoción y la suavidad y el esfuerzo y alegría que allí recibirás.

Pues cuando la sacratísima Virgen alzó los ojos, y vió aquella luz que tanto deseaba, cuando la piadosa mujer, trastornada toda la ciudad, halló el dracma que había perdido, ¿quién podrá declarar el alegría que recibió? Si tan grande fué la tristeza de perderlo, ¡cuán grande sería el alegría de hallarlo! Quedaron las mismas lágrimas en sus ojos, mas mudóse la causa dellas, porque antes eran lágrimas de tristeza, agora lágrimas de alegría. Hermosa es la misericordia (dice el Sabio) como la sombra en el estío, como el agua fría en la sed, como la serenidad después de las escuras nieblas. Pues ¿cuál sería aquella misericordia y aquella luz después de las tinieblas de tantas tristezas? Allegóse la madre

(1) Genes. 12.

donde estaba el hijo: no aguardó que se acabase la disputa, no se corrió de tanta gente como allí estaba, porque no daba lugar la grandeza del alegría á otra cosa: rompe por medio de todos y no paró hasta llegar á su amado, y tomándolo por la mano, dícele las palabras que cuenta el Evangelista.

Y oída la respuesta dellas, acrecienta el mismo Evangelista diciendo que se fué con ellos á Nazaret y que estaba sujecto á ellos. ¿Quién á quién? dice S. Bernardo. Dios á los hombres. Dios, digo, cuyos súbditos son los ángeles, á quien obedecen los principados y potestades, obedece á María, y no sólo á María sino también á Josef por amor de María. Maravíllate de ambas cosas, y escoge de qué te hayas más de maravillar, ó de la grandísima humildad del hijo, ó de la grandísima dignidad de la madre, porque lo uno y lo otro es cosa de grandísima admiración. Que Dios se sujete á una mujer, humildad es sin ejemplo: y que una mujer mande á Dios, dignidad es sin comparación. Entre los loores de las vírgines señaladamente se canta que siguen al Cordero por doquiera que va. Pues si tan grande gloria es seguir al Cordero, ¿cuánto mayor será la desta Virgen que va delante? Aprende, hombre, á obedecer: aprende, tierra, á sujetarte: aprende, polvo, á hacer lo que te mandan: ten vergüenza, ceniza soberbia. Dios se humilla, y ¿tú te ensalzas? Dios se sujeta á los hombres, y ¿tú deseando señorear, te antepones á tu hacedor? Porque ciertamente, cuantas veces deseo mandar á los otros, tantas veces pienso que me quiero aventajar á Dios. Si por ser hombre te desdeñas de imitar el ejemplo de otro hombre, no te desdeñes de imitar siquiera el de tu hacedor. Si no lo puedes seguir por doquiera que va, al menos síguelo á donde por ti descendió. Quiero decir: si no puedes subir á la alta vereda de la virginidad, al menos sigue á Dios por el segurísimo camino de la humildad, de la cual si se apartaren las vírgines, sin duda ya no siguen al Cordero por doquiera que va.

Y no solamente de humildad, mas también de obediencia tenemos aquí maravilloso ejemplo. Porque ¿quién á quién se desdeñará ya de obedecer, pues el Señor de los ángeles vino á obedescer á los hombres? Si todo el seso de Dios y todo el poder y toda la majestad y grandeza de Dios así se sujeta y así obedesce y así se va por donde le mandan una mujer y un carpintero, ¿cómo no se confunden con esto los presuntuosos y los puntillosos y los que andan midiendo como con un compás las cortesías y reveren-

cias que han de hacer á los otros? Si aquí el cielo se pone debajo de la tierra, ¿cómo la ceniza y la tierra se quiere subir sobre el cielo, y se desdeña de hacer lo que hace Dios?

§ II

Después desto puedes considerar los ejercicios en que el Salvador entendería en todo este tiempo que corrió desde los doce años hasta los treinta que comenzó á predicar: en los cuales no tenemos escrito lo que hizo, pero no has de pensar que estaba ocioso, mas ten por cierto que siempre se ocupaba en lo que pertenecía á tu salvación. Y ¿quién podrá pensar cuántas veces ayuntaba el día con la noche perseverando en oración, cuántas angustias padescía, poniendo ante sus ojos la pasión que había de padescer? ¡Cuántas lágrimas derramaría viendo todos tus pecados, como la madre que ve al hijo muerto delante de sí! Como quier que cuanto era más inocente, tanto más sentía los pecados del mundo, y cuanto excedía á todos los ángeles y hombres en caridad, tanto quiso que fuesen mayores sus trabajos, para que fuese más copiosa nuestra redempción, y cuanto más voluntario fué el dolor, tanto lo tomó mayor, para mostrar más la grandeza de su bondad y caridad.

Y puesto caso que en este caso no predicase ni hiciese alguna obra pública, con todo mucho hizo en enseñarnos á callar y tener silencio hasta que tengamos habilidad y edad competente y seamos llamados de Dios para eso.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA PURIFICACIÓN

DE NUESTRA SEÑORA

Y DE LA PRESENTACIÓN DEL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO CON LAS PROFECÍAS DEL SANTO SIMEÓN

Sobre el Evangelio de S. Lucas, que dice así:

En aquel tiempo, después de cumplidos los días de la purificación de María según la ley de Moisés, llevaron el niño Jesús al templo para presentarlo al Señor, según estaba escrito en la ley, la cual dice que todo hijo varón que abre el vientre de la madre, ha de ser santificado y ofrescido al Señor: y así para ofrescer la ofrenda que mandaba la ley, que era un par de tórtolas ó un par de palominos. Y había un hombre en Hierusalem, que se llamaba Simeón, el cual era justo y temeroso de Dios, y vivía esperando la consolación de Israel, y el Espíritu Sancto moraba en él. Y había recibido respuesta del Señor que no vería la muerte hasta ver al Ungido del Señor. Y en aquel instante movido del Espíritu Sancto vino al templo. Y como trajesen al niño Jesús sus padres para hacer lo que era costumbre según la ley, él lo tomó en sus brazos, y alababa á Dios, y dijo: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz, según la promesa de tu palabra. Porque ya vieron mis ojos tu salud, la cual aparejaste ante la faz de todos los pueblos. El cual sea lumbre, para que sean alumbradas todas las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Acerca de la purificación de la sacratísima Virgen podemos considerar primeramente la grandeza de suhumildad, pues estando ella por palabras tan expresas exempta de la ley de la purificación (como que con aquel sagrado parto quedaba más pura que las estrellas del cielo) todavía se quiso obligar á esta ley y ponerse la Virgen entre las casadas y la limpia entre las no limpias, para ser purificada con ellas. De manera que así como el hijo sin tener señal de pecado tomó imagen de pecador en la circuncisión, así la madre sin tener cosa que alimpiar tomó imagen de no limpia en su purificación, para que en lo uno y en lo otro tuviésemos perfectísimo ejemplo de humildad.

Lo segundo podemos considerar el espíritu de pobreza y misericordia que aquí resplandesce en esta ofrenda de la Virgen, pues no ofresció cordero, que era ofrenda de los ricos, sino un par de tórtolas ó de palominos, que era ofrenda de los pobres. Y habiendo recibido pocos días antes tan grandes presentes y tesoros de aquellos sanctos reyes, ya los había repartido todos por los pobres, quedando en el mismo estado que antes estaba, como la que llena del Espíritu Sancto entendía que la voluntad del hijo era de rico hacerse pobre, para enriquescernos con su pobreza.

Cumplido pues ya el número de los días que asignaba la ley, despidiéndose la Virgen de aquel sancto pesebre y dejándolo lleno de lágrimas y de gracias para la devoción de los fieles, pártese para Hierusalem á cumplir el mandamiento de la ley. Entra pues la Virgen con el niño en los brazos por las puertas de la ciudad. Oh sancto niño, ésta es la ciudad donde, según está de Vos profetizado, habéis de obrar grandes maravillas. Porque aquí habéis de hacer una hazaña mayor que fué criar el mundo, pues mayor cosa es redimir el mundo que criarlo de nuevo. Éste es el campo donde habéis de pelear con aquel famoso gigante Goliat con solas cinco piedras y un cayado en la mano, donde lo venceréis y le cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con la muerte, y el pecado con la pena del pecado. Ésta es la tela donde habéis de justar: paseadla agora muy de vagar, para que tengáis muy bien conoscidos los pasos della. Agora la pasearéis á caballo, después á pie: agora llevándoos la Virgen en sus

brazos, después llevando Vos la cruz en vuestros hombros. Aquel monte que véis asomar en lo alto, ¡oh qué encuentro daréis y recibiréis en él, y cuánta sangre allí derramaréis! ¡Oh cuán diferente ofrescimiento será aquél déste de hoy! Hoy seréis ofrescido y redimido: allí seréis ofrescido y redemptor. Hoy seréis redimido con cinco siclos que darán por Vos: allí será el mundo redimido con cinco llagas que recibiréis por él. Hoy seréis ofrescido en los brazos de Simeón: allí en los brazos de la cruz. Éste es agora el sacrificio de la mañana: aquél será el de la tarde.

Entra pues la Virgen en el templo material para ofrescer el templo vivo y espiritual que llevaba en sus brazos. ¡Oh maravillosa novedad! ¡Ofréscese templo en el templo! ¡Ofréscese Dios á Dios! ¡Preséntase ante Dios el que nunca se apartó de Dios! ¡Es redimido por cinco siclos el que es redempción de todos los hombres! ¡Es ofrescido por manos de la Virgen el que es ofrenda de todo el mundo! Vuelve la Virgen su depósito al mismo que se lo encomendara, y corren los ríos al lugar donde salieron, para que otra vez vuelvan á correr. ¿Qué había de hacer sino dar lo que tenía, la que tales ejemplos de largueza tenía en su hijo? Veía cómo el hijo se había dado á los hombres en precio de su redempción, en ejemplo de su conversación, en viático de su peregrinación, en compañía de su destierro y en premio de su bienaventuranza. Pues ¿qué había de hacer la que tales ejemplos tenía de largueza, sino darnos todo cuanto tenía, que era este celestial tesoro?

De manera que no se presenta aquí esta ofrenda solamente á Dios, sino también se entrega hoy por manos de la Virgen y de Simeón en los brazos de la Iglesia y de todas las almas fieles. Y así Aquél por cuyo deseo suspiraba el mundo con todos los escogidos, y por cuya esperanza y penosa dilación estaba enferma la naturaleza humana, hoy por manos de la sacratísima Virgen se da á todos los fieles, y ellos lo reciben en sus brazos por manos de Simeón, y por auctoridad de toda la Sanctísima Trinidad es ratificada la escritura desta donación. Porque por auctoridad del Padre dada en la Escritura, y por voluntad del Hijo que vino para nuestro remedio, y por inspiración del Espíritu Sancto que trajo á Simeón al templo, y por manos de la Sacratísima Virgen que como verdadera madre poseía este tesoro, se nos hace hoy esta firme donación. Porque en todos los otros pasos y misterios

de la vida de Cristo aún no lo había recibido la Iglesia con esta manera de solemnidad ni estaba pacífica en su posesión. Mas hoy por manos de la Virgen, que era persona común, en el templo de Dios, que era lugar común, siendo procurador de la Iglesia el sancto Simeón, recibe la Iglesia este don en sus brazos y es introducida por él y amparada en su posesión, y así canta hoy y se gloría diciendo: Recibimos, Señor, vuestra misericordia en el medio de vuestro sancto templo. Corred pues agora todos los fieles á este templo, para que os quepa parte desta ofrenda tan gloriosa. Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que no tenéis oro ni plata, venid á recibir este don celestial (1). Corred, viejos, y cantad con Simeón. Corred, viudas, y predicad con Ana. Corred, vírgines, y alegraos con María. Corred, varones, y ceñíos de fortaleza con Josef. Corred, niños, y juntaos con el niño Jesús. Corred, justos, y recibid gracia. Corred, pecadores, y tomad perdón. Corred, ángeles, y maravillaos de ver á Dios redimido, y á la Virgen purificada, y á la libertad divina sujeta á la ley, y aprended en la escuela deste niño que alto es Dios, y con todo esto mira á los humildes en el cielo y en la tierra (2).

También se ha de considerar aquí cómo la sacratísima Virgen acompañó esta ofrenda de tanto precio con otra de tan pequeño valor como eran aquellas aves que mandaba la ley ofrecer: para que de aquí aprendas á juntar tus pobres servicios con los de Cristo, para que con el valor y precio de los suyos sean recibidos y preciados los tuyos. Como la yedra por sí no sube á lo alto, mas arrimada á un árbol, sube cuanto el árbol sube, así no menos sube la bajeza de nuestras obras si las juntamos á este árbol de vida. Junta pues tus oraciones con las oraciones de Cristo, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos y vigilias con las suyas, y ofrécelas al Señor para que lo que por sí es de poco precio, por Él sea de mucho valor. Una gota de agua por sí tomada no es más que agua: mas lanzada en una pipa de vino fino, toma otro más noble ser y hácese vino: y así nuestras obras, que por parte de ser nuestras son de poco valor, ayuntadas con las de Cristo se hacen de precio inestimable.

Mira también que la ofrenda que se ofrece, es de aves, y de aves que tienen el gemido por canto: para que por aquí entiendas

(1) Esai. 55. (2) Psalm. 112.

que la vida de los sanctos en este destierro es gemir y volar: y de lo uno se sigue lo otro, porque del vuelo de la consideración se sigue el gemido de la compunción. Porque el que continuamente anda considerando las miserias deste mundo, la ausencia de Dios, la peregrinación deste destierro, y los pecados, los peligros y los engaños del mundo, ¿cómo puede dejar de vivir en continuo gemido? ¿Cómo puede dejar de decir con el Profeta (1), fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, en cuanto decían á mi alma, ¿dónde está tu Dios?

Después desto considera más en particular el alegría y consolación que este sancto viejo recibió en este día. Los Evangelistas ordinariamente no escriben más que los misterios, dejando todo lo interior (que eran los afectos y sentimientos de las personas) á la devota inquisición de los que esto meditasen. Pues cuáles fuesen los sentimientos y alegrías deste sancto varón viendo con sus ojos y recibiendo con sus brazos al Salvador del mundo, ¿quién lo podrá explicar? Veía el sancto hombre el mundo lleno de maldades y pecados, veía millares de almas descender cada día á los infiernos, dolíanle entrañablemente como á verdadero justo las ofensas de Dios y el perdimiento de tantas almas, deseaba tanto el remedio destos males cuanto le dolían, sabía que este remedio estaba puesto en la venida deste Señor, daba voces de día y de noche clamando y suspirando por ella, acordándose que estaba escrito por Isaías: Los que tenéis memoria del Señor, no os calléis, no ceséis de importunarlo hasta que haga á Hierusalem materia de loor en toda la tierra (2). Pues cuando viese ya el sancto varón cumplidos tan largos y tan penosos deseos, cuando viese ya oídas sus lágrimas y oraciones, cuando viese ante sí nascido el remedio del mundo, cuando viese al hijo en los brazos de la madre como una piedra preciosa engastada en oro, y no solamente lo viese con sus ojos, sino también lo tomase en sus brazos y en ellos lo adorase y reverenciase como quien tan bien conoscía por espíritu de Dios lo que en ellos tenía, cuando todo esto viese y contemplase, ¿qué haría? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¡Qué lágrimas derramaría! ¡Qué gracias y loores daría á quien para tanto bien lo había guardado! ¡Con qué devoción, con qué amor, con qué temor extendería sus cansados brazos para recibir en ellos aquel tesoro!

(1) Psalm. 41. (2) Esai. 62.

¡Qué ríos de lágrimas correrían por aquel rostro y por aquella blanca barba, con las cuales regaría la cara del niño que entre sus pechos tenía! ¡Qué besos le daría! ¡Cómo lo apretaría en sus brazos y diría con la esposa en los Cantares (1): Hallado he al que ama mi alma, téngolo, no lo soltaré!

Y ¡qué gozo juntamente recibiría la Virgen viendo las lágrimas y devoción del sancto viejo, y considerando por cuántas partes comenzaba ya á resplandecer la gloria de su hijo, y cómo cada día crescían más los testimonios de quién Él era! Mas esta alegría no fué del todo pura como las pasadas, sino mezclada con un amarguísimo cáliz de dolor, que se comenzó en este día, y se acabó juntamente con la vida. Porque cuando aquel varón lleno del espíritu de Dios entre la confesión y loores del niño comenzó á pronosticar los grandes trabajos y contradicciones que el mundo le había de hacer, y el cuchillo de dolor que había de traspasar el alma de su inocentísima madre, allí se echó hiel en todos los placeres de su vida, porque nunca tuvo contentamiento tan puro que no fuese aguado con el sobresalto y con los temores deste día. Cuyos trabajos, cuanto menos distinctamente conocía, tanto el amor los hacía sospechar mayores. ¿Qué haces, santo varón? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor á esta Virgen? Dejárasla agora en su simplicidad y ignorancia, y no le dijeras cosa, cuya noticia le sea perpetuo martirio toda la vida. ¡Oh si supieses qué fuente de dolores le descubriste en esa palabra, y qué materia de trabajos le diste con esa penosa profecía! Si nada deso supiera, viviera en perpetua paz y alegría, viviera en continuos deleites con la presencia de su hijo: mas de aquí adelante su vida será una perpetua cruz y una muerte prolija. ¡Oh cuántas lágrimas, oh cuántos gemidos pudieras redimir con el silencio desa palabra! Pues ¿qué consejo fué el tuyo en querer decir lo que tanto importaba callar? No fué cierto consejo tuyo, sino del Espíritu Sancto: porque el mismo que te enseñó lo que estaba por venir, éste lo mandó revelar. No enseña Dios lo que se ha de decir, y calla el tiempo en que se ha de decir: porque el que es maestro de lo uno, es también maestro de lo otro. Pues ¿por qué, Señor, quisiste lastimar así el corazón desta Virgen? ¿Por qué quisiste que viviese siempre con tormento la que nunca hizo pecado? Sin

(1) Cap. 3.

duda la causa fué porque en todo quisiste que fuesen conformes la madre y el hijo, y que pues esta Virgen era la más perfecta de de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Sancto de los sanctos. Y porque la mayor gloria deste Señor fué padescer tantos dolores por obediencia del Padre, no era razón que caresciese desta gloria su sanctísima madre. Y así como el hijo siempre tuvo la cruz delante de sus ojos y siempre padescía con la memoria della, así la Virgen siempre tuviese ante los ojos esta misma cruz y siempre padesciese con esta memoria. Pues ¿dónde están agora los que infaman los trabajos, los que tanto huyen de las persecuciones, los que con todas sus fuerzas buscan el descanso y en él ponen toda su felicidad? Si éstos fueran verdaderos bienes, no carescieran dellos las dos mejores personas del mundo: y si los contrarios fueran verdaderos males, no estuvieran tan llenas dellos. Pues ¿de qué te quejas, enfermo, pobre y atribulado? ¿Porque Dios te trata de la manera que trató á su Hijo y á su madre? Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el padre dió á un hijo suyo muy amado. Pues ¿por qué nos agraviamos de la medicina de las tribulaciones, de que tanta parte dió el Padre eterno á las dos más amadas personas del mundo? Quien con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores y beneficios de Dios, no sé cuál será el que le pueda bastar.

§ II

Después desto considera los ejercicios y vida de aquella bienaventurada viuda, ejemplo de todas las viudas y aun de todas las vírgines y casadas, de la cual dice el Evangelista que nunca salía del templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones de día y de noche. ¡Qué convenientes ejercicios para viuda ayuno y oración! El ayuno mortifica la carne, la oración levanta el espíritu: el ayuno sanctifica el cuerpo, la oración purifica el alma: el ayuno mortifica las pasiones, la oración hinche el corazón de buenos deseos: el ayuno templa la vihuela, la oración hace la música: el ayuno meresce las consolaciones, la oración las recibe: el ayuno alimpia el alma de los vicios, la oración la adorna con las virtudes: con el ayuno pelea el hombre con el demonio, con la oración triunfa de Dios. Y son tan conexas estas virtudes entre sí,

que apenas se pueden hallar la una sin la otra: porque ni en el trabajo del ayuno y asperezas podría el hombre perseverar sin el regalo de la oración, ni la oración se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno.

En estos dos ejercicios perseveraba esta sancta mujer hasta los ochenta y cuatro años de su vida: donde tan poca necesidad había de ayunos para domar la soberbia de la carne, así por la mucha edad como por tan antiguo hábito de castidad. Mas todavía en esta edad ayunaba la sancta vieja (como ayunaban aquellos sanctos ancianos del yermo) no ya para domar la carne, sino para levantar el espíritu, y para hacer guerra perpetua al amor proprio, y para despedir de sí todos los cuidados de las cosas temporales, para poder del todo emplearse en las espirituales. Pues á los tales revela Dios sus misterios, y les da parte de sus secretos, y les descubre la buena nueva de su Evangelio, como lo significó el Profeta cuando dijo: ¿Á quién enseñará Dios su sabiduría, y á quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? Á los destetados de la leche y á los apartados de los pechos (1): esto es, á los que por su amor se apartaron y destetaron de todos los regalos y placeres del mundo: para que los que por Él renunciaron todos los deleites del cuerpo, sean siempre llenos de los deleites del Espíritu Santo.

---

(1) Esai. 28.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA ANUNCIACIÓN

DE NUESTRA SEÑORA

Sobre el Evangelio de S. Lucas, que dice así:

En aquel tiempo fué enviado el ángel Gabriel por Dios á una ciudad de la provincia de Galilea que tenía por nombre Nazaret, á una Virgen desposada con un varón llamado Josef, de la casa de David: y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel á ella díjole: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. La cual oyendo esto, turbóse con estas palabras, y pensaba entre sí qué manera de salutación era aquélla. Y respondió el ángel y díjole: No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios. Mira que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y ponerle has por nombre Jesús. Éste será grande, y llamarse ha hijo del muy alto, y darle ha el Señor Dios la silla del rey David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Cómo se hará eso? Porque no conozco varón. Y respondió el ángel, y le dijo: El Espíritu Sancto sobrevendrá en ti, y la virtud del muy alto te cubrirá con su sombra, y por esto lo que de ti nasciere, será una cosa sancta, y será llamado hijo de Dios. Y (para esto) mira que Elísabet tu parienta ha concebido un hijo en su vejez, y aquélla que todos llamaban estéril, está agora en el sexto mes de su preñez, para que veas cómo no hay cosa imposible á Dios. Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (1).

(1) Luc. I.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Acerca deste altísimo y divinísimo misterio de la encarnación del Verbo divino considera primeramente aquella inmensa caridad y amor que Dios tuvo para con los hombres, pues sin haber de su parte alguna necesidad, ni de parte dellos algún merecimiento, solamente por las entrañas de su infinita caridad envió su unigénito Hijo para su remedio: esto es, para ennoblescerlos con su nascimiento, sanctificarlos con su justicia, enriquescerlos con su gracia, enseñarlos con su doctrina, esforzarlos con su ejemplo, resuscitarlos con su muerte y redimirlos del cautiverio con su sangre preciosa. Éste es aquel grande beneficio que el mismo Salvador encaresció á sus discípulos diciendo: En tanta manera amó Dios al mundo, que dió su unigénito Hijo por ellos, para que quienquiera que en Él creyere (esto es, creyendo lo amare y obedesciere) no perezca, sino alcance la vida eterna. Y habiendo otros muchos medios para este negocio, quiso que fuese remediado por éste que á Él era tan costoso, porque era más provechoso para el hombre, no teniendo cuenta con su descanso, sino con la honra y provecho de su enemigo.

Lo segundo considera la conveniencia deste misterio, que es aquella consideración de que no se hartaba S. Agustín al principio de su conversión, contemplando en la alteza del consejo divino sobre la salvación del género humano. Considera pues cuán conveniente medio fué para nuestra salvación que así como por un hombre entrara la perdición en el mundo, así por otro nos entrase el remedio: y así como por la soberbia de un hombre que siendo hombre, deseó ser como Dios, fuimos todos condenados, así por la humildad de otro nuevo hombre, que siendo verdadero Dios se hizo verdadero hombre, fuésemos todos reparados.

Y allende desto, ¿con qué se podían pagar mejor nuestras deudas que con la sangre del Hijo de Dios? ¿Con qué se podía ennoblescer más nuestra naturaleza que con su humanidad? ¿Quién podía negociar mejor nuestros negocios que el Hijo de Dios? ¿Quién podía abogar mejor por nuestra parte que el sumo sacerdote del

Padre? ¿Quién podía más fiel y piadosamente entrevenir entre Dios y los hombres que el que juntamente era Dios y hombre, guardando fielmente la justicia como juez y procurando la misericordia como parte, encargándose de nuestras deudas como hombre y pagando por ellas como Dios, aprovechándose del título de hombre para deber y del de Dios para pagar? Sin duda no se podía inventar otro más conveniente medio que éste, donde así se ayuntase todo lo que se requería para nuestra salvación. Porque como dice S. León papa, si no fuera verdadero Dios, no pudiera dar remedio, y si no fuera verdadero hombre, no nos pudiera dar ejemplo. Fuera desto, ¿qué medio podía haber más conveniente para declarar Dios la grandeza de su bondad y misericordia y la severidad de su justicia, que éste, donde tantas cosas hizo para castigo del pecado, y tantas para perdón del pecador? Item, para declarar también la excelencia de nuestras almas, el valor de la gracia, la grandeza de la gloria, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado y la dignidad del hombre por tal precio redimido, ¿qué medio podía haber mejor que éste, donde cada cosa déstas descubre la grandeza de su valor con el precio de la sangre de Cristo? Pues para curar las llagas de nuestra alma, que eran tantas y tan grandes, ¿qué medicina se pudiera hallar más eficaz que ésta? ¿Qué ejemplos más eficaces se pudieran hallar para esforzarnos y confundirnos que los de aquel Señor que juntamente era Dios y hombre? ¿Con qué se pudiera mejor curar nuestra soberbia que con su humildad, y nuestra avaricia que con su pobreza, y nuestra ira que con su paciencia, y nuestra desobediencia que con su obediencia, y los regalos y deleites de nuestra carne que con los dolores y asperezas de la suya? Item, ¿con qué se pudiera mejor vencer nuestro desamor que con tal amor, y nuestro desagradecimiento que con tales beneficios, y nuestro descuido que con tal providencia, y los desmayos de nuestra desconfianza que con tales merescimientos y tales prendas de amor?

Lo tercero considera las virtudes y excelencias desta sacratísima Virgen que Dios escogió por madre, y acuérdate que así como antes que Dios criase al primer Adam terreno, le aparejó la casa en que había de morar, que fué el paraíso terrenal, así antes que criase al segundo, que era celestial, le aparejó primero otro paraíso celestial, que fué el alma de la sacratísima Virgen: y así como aquél estaba por mano de Dios plantado de diversas

flores y arbolados de grande hermosura, así éste estaba plantado con maravilloso artificio de todas las flores de virtudes y dones celestiales por mano del Espíritu Sancto. Y para esto proveyó Él que á los tres años de su edad fuese llevada y presentada en el templo, donde comenzaron luego á resplandescer estas nuevas flores de virtudes y gracias, de las cuales hablando S. Hierónimo dice así: Procuraba la Virgen de ser en las vigilias de la noche la primera, en la ley de Dios la más enseñada, en la humildad la más humilde, en los cantares de David la más elegante, en la caridad la más ferviente, en la pureza la más pura y en toda virtud la más perfecta. Todas sus palabras eran llenas de gracia, porque siempre en su boca estaba Dios. Continuamente oraba y como dice el Profeta (1), meditaba en la ley del Señor día y noche. Tenía también cuidado de sus compañeras, que ninguna hablase palabra mal hablada, que no riese alto, que no dijese palabra injuriosa ni soberbia á su compañera. Siempre bendecía á Dios, y porque cuando la saludaban no cesase deste oficio, en pago de la salutación respondía: Gracias á Dios.

Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo.

Mas en este paso, cuando el ángel la saludó, habemos de contemplar á la Virgen en su oratorio recogida. Porque aunque la casa fuese pobre, no faltaría en ella lugar de oración: donde es para creer que tendría sus libros devotos, sus Psalmos, sus Profetas y sus oraciones, y por ventura como la sancta Judit su cilicio y sus disciplinas para castigar aquel sacratísimo cuerpo, que no lo merescía: y principalmente es de creer que en este paso estaría su espíritu elevado en alguna altísima contemplación (como dicen los sanctos) cuando el ángel la visitó.

Lo cuarto considera después de aquella tan dulce y tan graciosa salutación del ángel las virtudes altísimas desta Virgen que en todo este diálogo maravillosamente resplandescen, y particularmente su silencio, su humildad, su virginidad y su fe.

El silencio resplandesce en hablar la Virgen tan pocas veces, tan pocas palabras y tan tarde, hablando tantas cosas y tantas veces el ángel: para enseñar á las vírgines el principal decoro y ornamento de la virginidad, que es el silencio y la vergüenza.

La humildad se nos descubre en aquella turbación y temor que

(1) Psalm. 1.

tuvo de las palabras tan honrosas del ángel: porque no hay cosa más nueva ni más extraña para el verdadero humilde, que oir sus alabanzas. Y asimismo no hay cosa para él de mayor temor: porque así como teme el rico avariento los ladrones porque no le hurten su tesoro, así teme el verdadero humilde las alabanzas de los hombres, que son los verdaderos ladrones que roban el tesoro de la humildad.

La virginidad y amor inestimable que tenía á esta virtud se nos demuestra en aquellas palabras que dijo: ¿Cómo se hará esto? Porque no conozco varón. Como si dijera, según declara S. Bernardo: Sabe mi Señor que su sierva tiene hecho voto de perpetua virginidad: pero si Él es servido que se dispense este voto para que yo haya de tener tal hijo, alégrome del hijo que me da, mas duéleme del voto que se dispensa, puesto caso que en todo me someto á su divina voluntad. Pues ¿qué cosa se podrá decir mayor en alabanza de la virginidad y en honra de la sacratísima Virgen, que verla estimar tanto esta virtud, que con ofrecerle por una parte tal hijo y tal dignidad (que es la mayor de cuantas Dios dió, ni dará jamás, ni en este género puede dar) que este contrapeso tan grande no bastase para ahogar del todo el sentimiento que su alma tenía en ver que por esta vía se impedía el propósito de su castidad? ¡Oh maravillosa alabanza desta virtud! ¡Oh piedra preciosa de inestimable valor, tan estimada de los buenos, y de los malos tan despreciada! ¡La Virgen, llena del Espíritu Sancto, siente la pérdida desta gloria, dándole por recompensa esta dignidad inefable, y el hombre carnal y miserable no duda perderla por un deleite bestial!

Pues volviendo al propósito, allende destas tres virtudes resplandesce también aquí la fe desta sagrada Virgen: porque no dudó de tan grandes maravillas como el ángel le decía, ni pidió señal como Zacarías, siendo mayor cosa parir virgen que parir estéril, y parir á Dios que parir á un hombre: sino como verdadera hija de Abraham imitadora de su fe, así como él creyó que el mozo Isaac después de muerto tendría hijos, resuscitándolo Dios, así ella creyó que siendo virgen sería madre, obrándolo el mismo Dios. Por donde dicen los sanctos que cuando la sagrada Virgen preguntó: ¿cómo se hará esto? que no dudó del hecho, sino preguntó por el modo, porque bien creyó que se podía hacer lo que Dios prometía: mas preguntó en qué manera se haría, pues ella

tenía hecho voto de castidad. Mas á lo uno y á lo otro satisfizo el ángel diciéndole que pariría un hijo y que sería virgen, y así gozaría del fructo de madre y no perdería la corona de virgen. Sobre todas estas palabras escribiendo el devotísimo Bernardo, dice así:

Oíste, Virgen, el hecho y también oíste la manera dél: lo uno y lo otro es cosa de grande admiración y alegría. Alégrate, hija de Sión, alégrate, hija de Hierusalem. Y pues á tus oídos dió el Señor gozo y alegría, oigamos también nosotros la respuesta de alegría que esperamos, para que así se alegren los huesos afligidos y humillados (1). Oíste que concebirás y parirás, oíste cómo no era éste negocio de hombres, sino del Espíritu Sancto. El Ángel está esperando tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva á Aquél que lo envió. Esperamos nosotros también, Señora, esta palabra de misericordia, á los cuales tiene condenados á muerte la divina sentencia, de la cual seremos libres por tu palabra. Por la palabra de Dios eterno fuimos todos criados, y con todo esto morimos: mas por tu palabra seremos agora remediados para que eternalmente no muramos.

Esto te pide, oh piadosa Virgen, el triste Adam, desterrado del paraíso con toda su posteridad: esto Abraham, esto David con todos los otros sanctos padres tuyos, los cuales moran en tinieblas y sombra de muerte, y esto mismo te pide el universo mundo derribado á tus pies. Y no por cierto sin causa, porque de tu palabra pende la consolación de los miserables, la redempción de los cautivos, la libertad de los condenados y la salvación de todos los hijos de Adam. Responde, Virgen, muy de priesa, responde una palabra, la cual esperan los cielos, la tierra y los infiernos. Y el mismo Rey y Señor de todos, cuanto codició tu hermosura, tanto desea agora tu respuesta, con la cual determina restaurar la naturaleza humana. De manera que Aquél á quien agradaste callando, agora le agradarás hablando, pues Él te habla del cielo diciendo: Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz. Si tú le hicieres oir tu voz, Él te hará ver el misterio de nuestra salvación. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas, y lo que gemías, y por lo que días y noches suspirabas? ¿Eres tú aquélla para quien se guardan estas promesas, ó esperamos por otra? Tú

(1) Psalm. 50.

eres por cierto, y no otra. Tú eres aquella prometida, aquella esperada y aquella deseada, de quien tu sancto padre Jacob estando para morir, esperaba la salvación diciendo: Tu salvación esperaré, Señor (1). Pues ¿para qué esperas de otra lo que á ti se te ofrece y lo que por ti se cumplirá, si das consentimiento y respondes una palabra? Responde, Señora, presto al ángel, ó por mejor decir, al Señor por el ángel. Responde una palabra, y recibe otra palabra: da la tuya, y recibe la divina: da la transitoria, y recibe la eterna. ¿Por qué tardas? ¿Por qué temes? Cree, confiesa y recibe. Cobre agora tu profunda humildad una sancta osadía, y tu vergüenza confianza. No conviene que la simplicidad virginal se olvide aquí de la prudencia. En solo este negocio no tema la prudente Virgen presumpción. Porque aunque sea agradable en el silencio la vergüenza, con todo más necesaria es agora la piedad en las palabras. Abre, oh bienaventurada Virgen, el corazón á la fe, y la boca á la confesión y las entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando á tu puerta. Mira no se te vaya en cuanto dilatas la respuesta, y otra vez vuelvas con dolor á buscar al que ama tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por la confesión.

He aquí (dice ella) la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Siempre suele ser familiar á la divina gracia la virtud de la humildad: porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Y por esto húmilmente responde, para que así se apareje silla conveniente á la divina gracia. He aquí (dice) la esclava del Señor. ¡Qué humildad ésta tan alta, que no se deja vencer de las honras, ni se engrandesce con la gloria! ¡Escógela Dios por madre, y ella pónese nombre de esclava! No es por cierto pequeña muestra de humildad en medio de tanta gloria no olvidarse de la humildad. No es grande cosa ser humilde en las bajezas, pero muy grande y muy real ser humilde en las grandezas.

Hágase (dice) en mí, etc. Esta palabra, hágase, es palabra significativa del deseo que la Virgen tenía deste misterio: ó es palabra de oración, que pide lo que le prometen: porque Dios quiere que le pidan lo que Él promete. Y por ventura por esta causa

(1) Genes. 40.

promete muchas cosas de las que quiere dar, porque con la promesa se despierte la devoción, y así merezca la devota oración lo que Él quería dar de gracia. Todo lo sobredicho es de S. Bernardo.

Lo último considera cómo en el punto que la Virgen dijo aquellas palabras, He aquí la esclava del Señor, hágase en mí su voluntad, en ese mismo encarnó Dios en sus entrañas, obrándolo el Espíritu Sancto, á quien señaladamente se atribuye esta obra: porque fué obra de inestimable bondad y amor, que son los atributos del Espíritu Sancto. Mas ¿quién podrá aquí explicar las grandezas y maravillas que en este punto fueron obradas en aquellas entrañas virginales, y quién podrá declarar los sentimientos y afectos y resplandores que sintió aquel purísimo corazón con aquella nueva entrada del Hijo y del Espíritu Sancto, del Hijo para encarnar, y del Espíritu Sancto para obrar este tan grande misterio, que con tan excelentes dones y acrescentamientos entraron en su alma? Esto quede agora en silencio para la devota inquisición y consideración del alma religiosa.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA RESURRECCIÓN

DE NUESTRO REDEMPTOR

Sobre el Evangelio de S. Juan, que dice así:

EN aquel tiempo, el domingo siguiente después del Viernes de la Cruz vino María Magdalena muy de madrugada al sepulcro, y vió quitada la piedra dél y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no lo halló, púsose allí fuera de la casa del monumento en el huerto á llorar. Y estando así llorando, inclinóse y miró al monumento, y vió dos ángeles sentados, vestidos de blanco, uno á la cabecera y otro á los pies del lugar donde fuera puesto el cuerpo de Jesú. Los cuales le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Y ella respondió: Porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde lo pusieron. Y cuando dijo esto, volvió el rostro y vió al Señor, y no lo conoció. Díjole pues el Señor: Mujer, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, que yo lo llevaré. Dijo entonces el Señor: María. Respondió ella: Maestro. Dícele el Señor: No toques en mí, sino ve y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena y dió cuenta desto á los discípulos diciendo: Vi al Señor y díjome esto y esto que os dijese.

En este mismo día á la tarde estando las puertas cerradas, donde estaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino el Señor y púsose en medio dellos, y díjoles: Paz sea con vosotros. Y como dijese esto, mostróles las manos y el costado. Alegráronse los discípulos viendo al Señor. Díceles otra vez: Paz sea con vosotros. Así como el Padre me mandó al mundo, así yo os man-

do á vosotros. Y dichas estas palabras, sopló y díjoles: Recibid el Espíritu Sancto: cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes, serán retenidos.

En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por otro nombre Dídimo, no estaba con los discípulos cuando vino Jesús Y después de venido dijéronle los otros discípulos: Vimos al Señor. Á los cuales él respondió: Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar dellos y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho días, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás también con ellos, vino otra vez el Señor cerradas las puertas, y puesto en medio dellos, díjoles: Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos, y llega tu mano, y ponla en mi costado, y no quieras ser incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y dijo: Señor mío y Dios mío. Y díjole el Señor: Porque me viste, Tomás, creíste. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Mas éstas se escribieron para que creáis que Jesucristo es hijo de Dios, para que creyéndolo así, alcancéis vida por Él.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Éste es el día que hizo el Señor, gocémonos y alegrémonos en él (1). Todos los días hizo el Señor, que Él hizo los tiempos: mas éste particularmente se dice que hizo Él, porque en éste acabó la más excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redención. Pues así como ésta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras, así también éste se llama día de Dios, porque en él se acabó ésta que fué la más excelente de todas sus obras. Dícese también que este día lo hizo Dios, porque todo lo que hay en él, fué hecho sólo por su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla alguna cosa que nosotros hiciésemos, porque siempre hay en ellas alguna cosa de

(1) Psalm. 97.

pena, y la pena nasció de nuestra culpa, y por esto hay alguna cosa de nosotros. Mas este día no es de trabajo ni de pena, sino de destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios.

Pues en tal día como éste, ¿quién no se alegrará? En este día se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Más claro se mostró el sol este día que todos los otros, porque razón era que sirviese al Señor con su luz en el día de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el día de su pasión. Los cielos que viendo padescer al Señor, se habían escurecido por no ver á su Criador desnudo, éstos agora con dobiada claridad resplandescen viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese pues el cielo, y tú, tierra, toma parte desta alegría, porque mayor resplandor nasce hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos cuando se levantaba á maitines, era tanta el alegría que recibía acordándose del misterio deste día, que le parescía que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces y decían: En tu resurrección, Cristo, aleluya, los cielos y la tierra se alegren, aleluya.

Pues para sentir alguna cosa del misterio deste día, piensa primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasión, con aquella misma caridad que subió por nosotros á la cruz, con esa misma descendió á los infiernos para dar cabo á la obra de nuestra reparación. Porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así también el descender al in fierno para librar á los suyos dél.

Desciende pues el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza: cuya entrada escribe un sancto doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo del alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Redemptor allí descendió, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban, cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló, viendo al Salvador presente. Allí fueron turbados los príncipes de Edom, y temblaron los podeosos de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Ca-

naán (1). Luego todos aquellos infernales atormentadores en medio de sus escuridades y tinieblas comenzaron entre sí á murmurar diciendo: ¿Quién es éste tan terrible, tan poderoso y tan resplandesciente? Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno, nunca en estas cuevas tal persona nos mandó hasta hoy el mundo. Acometedor es éste, no deudor: quebrantador es, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, no á penar. Decidme: ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras y por fuerza nos entró? ¿Quién será éste que tanto puede? Si éste fuese culpado, no sería tan osado: y si trajera alguna escuridad de pecado, no resplandecerían tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despojó nuestro limbo? ¡Oh cruz, que así has frustrado nuestras esperanzas y causado nuestro daño! ¡En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas, y agora en un madero las perdemos!

Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías, cuando el noble triunfador entró allí á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo habían salido desta vida. Allí veríais un profeta aserrado, otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras muchas maneras de muertes lo glorificaron. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro del cielo! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así fueron los primeros en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó simiente para que se volviese á poblar el mundo después de las aguas del diluvio. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el cual meresció primero que todos recibir el testamento de Dios y la señal y divisa de los suyos en su carne. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando á cuestas la leña en que había de ser sacrificado (2), representó el sacrificio y el remedio del mundo. Allí estaba el sancto padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y

(1) Exod. 15. (2) Genes. 22.

hábito extranjero la bendición del padre (1), figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino. Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra el sancto Baptista, y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta no ver con sus ojos el remedio del mundo, y lo recibiese en sus brazos, y cantase antes que muriese como cisne aquel dulce cantar (2). También tenía allí su lugar el probecito Lázaro del Evangelio, que por medio de sus llagas y paciencia mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza (3).

Todo este coro de almas sanctas estaba allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio dellas (como maestro de capilla) aquel sancto Rey y Profeta repetía sin cesar aquella su antigua lamentación diciendo (4): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche mientras dicen á mi alma: ¿Dónde está tu Dios? Oh sancto Rey, si ésa es la causa de tu lamentación, cesa ya de ese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda pues agora ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste cuando escribiste: Bendijiste, Señor, á tu tierra, y sacaste á Jacob de cautiverio. Perdonaste la maldad á tu pueblo, y disimulaste la multitud de sus pecados (5). Y tú, sancto Hieremías, que por el mismo Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones que escribías por ver á Hierusalem destruída y el templo de Dios asolado: porque otro más hermoso templo que éste verás de aquí á tres días reedificado, y otra más hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? ¡Cuán de verdad (viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto y ahogados sus enemigos en el Mar Rojo) cantarían todos y dirían (6): Cantemos al Señor, que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó al mar! ¡Con qué entrañas aquel primer padre de todo el género humano derribado ante los pies de su hijo y señor le diría: Veniste ya, muy amado y muy esperado, á remediar mi culpa, veniste á cumplir tu palabra, y no te olvidaste de los que

(1) Gen. 27. (2) Luc. 2. (3) Luc. 26. (4) Psal. 41. (5) Psal. 84. (6) Exod. 15.

esperaban en ti. Venció á la dificultad del camino la piedad grande, y á los trabajos y dolores de la cruz la grandeza del amor!

No se puede con palabras declarar el alegría destos padres: mas mucho mayor era sin comparación la que el Salvador tenía viendo tanta multitud de almas remediadas por su pasión. ¡Cuán por bien empleados darías entonces, Señor, los trabajos de la cruz, cuando vieses el fruto que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado! Con dos hijos que nascieron al patriarca Josef en la tierra de Egipto, ya no hacía caso de todos sus trabajos pasados (1). Y en significación desto al primer hijo que en aquella tierra le nasció, puso por nombre Manasés, diciendo: Hízome Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiría el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz, cuando se viese aquella preciosa oliva con tantos y tan hermosos pimpollos alderredor de sí?

§ II

Mas, oh Salvador mío, ¿qué hacéis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo sanctísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte ha de caber al que queda en las tiendas que al que entra en la batalla (2). Vuestro sancto cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma sanctísima entró á pelear en el infierno. Repartid con él de vuestra gloria, pues habéis ya vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella lastimosa figura que el Señor lo dejara, tendido en aquella cueva fría, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya después de la media noche, á la hora del alba, cuando se quería anticipar el Sol de justicia al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella alma gloriosa en su sancto cuerpo. Y ¿qué tal (si piensas) lo volvió? No se puede esto explicar con palabras: mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es. Acontece alguna vez estar una nube muy escura y

(1) Genes. 41. (2) 1 Reg. 30.

tenebrosa por la parte de poniente, y si cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante y la hiere y la embiste con sus rayos, suele hacerla tan hermosa, tan rubicunda y tan dorada, que parece el mismo sol. Pues así aquella alma gloriosa después que embistió en aquel sancto cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo más afeado de los cuerpos hizo el más hermoso de todos los cuerpos. Desta manera resuscita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección. Éste es aquel sancto patriarca Josef fuera ya de la cárcel, trasquilados los cabellos de su mortalidad, y vestido de ropas inmortales, y hecho señor de la tierra de Egipto (1). Éste es aquel sancto Moisés sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino á destruir todo el poder y carros de Faraón (2). Éste es aquel sancto Mardoqueo despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte (3). Éste es aquel sancto Daniel salido ya del lago de los leones sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas (4). Éste es aquel fuerte Sansón que estando cercado de sus enemigos y encerrado en la ciudad se levanta á la media noche y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando escarnecidos los propósitos y consejos de sus adversarios (5). Éste es aquel sancto Jonás entregado á la muerte por librar della á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella grande bestia, al tercero día es lanzado en la playa de Nínive (6). ¿Quién es éste, que estando entre las quijadas de la bestia carnicera, no pudo ser comido della, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de aires de vida, y sumido en el profundo de la perdición la misma muerte lo sirvió? Éste es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia que nunca se harta, que es la muerte, la cual después que lo tuvo en la boca, conociendo la presa, temió tenerla. Porque dado caso que la tierra después de muerto lo tragó, con todo hallándolo ajeno de culpa, no pudo detenerlo en su morada: porque la pena no hace á un hombre culpado, sino la causa.

(1) Gen. 41. (2) Ex. 2. (3) Esth. 6, 7. (4) Dan. 14. (5) Jud. 16. (6) Jonae 2.

§ III

Ya, Señor, habéis glorificado y alegrado esa carne sanctísima que con Vos padesció en la cruz: acordaos que también es vuestra carne la de vuestra madre y que también padesció ella con Vos viéndoos padescer en la cruz. Ella fué crucificada con Vos: justo es que también resuscite con Vos. Sentencia es de vuestro Apóstol que los que fueron compañeros de vuestras penas, también lo han de ser de vuestra gloria (1): y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todas vuestras penas, justo es que también agora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido después del invierno de tantas aguas.

Estaría la Sanctísima Virgen en aquella hora en su oratorio recogida esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón y como piadosa leona daba voces al hijo muerto al tercero día diciendo: Levántate, gloria mía, levántate, psalterio y vihuela (2): vuelve, triunfador, al mundo: recoge, buen pastor, tu ganado: oye, hijo mío, los clamores de tu afligida madre, y pues éstos fueron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, éstos te hagan agora subir de los infiernos al mundo. En medio destos clamores y lágrimas resplandesce súbitamente aquella pobre casita con claridad del cielo, y ofrécese á los ojos de la madre el hijo resucitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol de medio día como resplandeció en los ojos de la madre aquel rostro lleno de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos y restituída y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la madre espadas de dolor, velas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones, velo acompañado de sanctos ángeles. Al que la encomendaba de la cruz al discípulo,

(1) Rom. 6. (2) Psalm. 56.

ve cómo agora extiende sus amorosos brazos y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, velo agora resuscitado ante sus ojos. Tiénelo, y no lo deja (1): abrázalo, y pídele que no se vaya. Entonces enmudecida de dolor, no sabía qué dijese: agora enmudecida de alegría no puede hablar.

¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprehender hasta dónde llegó este contentamiento? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras menores, haciendo una como escalera de lo bajo á lo alto y conjecturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa desta alegría, considera la alegría que recibió el patriarca Jacob cuando después de haber llorado con tantas lágrimas á Josef su amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto (2). Dice la Escritura divina que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo ni podía creer lo que los hijos le decían. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien si Josef mi hijo es vivo: iré, y verlo he antes que muera. Pues dime agora: si quien tenía otros once hijos en casa, tanta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenía por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiría la que no tenía más que uno, y ése tal y tan querido, cuando después de haberlo visto muerto, lo viese agora resucitado y glorioso, y no señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprehender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no pudiera su corazón sufrir la fuerza della si por especial milagro de Dios no fuera para eso confortado. Oh Virgen bienaventurada, bástate solo este bien, bástate que tu hijo sea vivo y que lo tengas delante y lo veas antes que mueras, para que no tengas más que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar á los que padescen por ti! No parece ya grande aquella primera pena en comparación desta alegría. Si así has de consolar á los que por ti padescen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

---

(1) Cant. 1. (2) Genes. 45.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA ASCENSIÓN

DE NUESTRO SALVADOR

Hoy celebra la sancta madre Iglesia una de las más principales fiestas del año: es de la subida de nuestro Salvador al cielo, la cual (como dice S. Bernardo) es fin de todas las otras fiestas de Cristo y dichoso término y cabo de todos sus caminos y trabajos. Porque Él es el que descendió y el que subió sobre todos los cielos, para que así cumpliese todas las cosas que para nuestra salvación eran necesarias. Para tratar algo desta fiesta tan gloriosa, en lugar de Evangelio recitaremos brevemente la historia della, como se puede en parte colegir de S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles, y luego diremos alguna cosa del misterio desta gloriosa subida y de los fructos y provechos que nos vinieron por él.

Cuanto á lo primero, dice S. Lucas (1) que pasados cuarenta días después de la resurrección, que se cumplen hoy, después de haber el Señor aparecido á los discípulos muchas veces en todo este tiempo, como se llegase ya la hora de su gloriosa subida, llamólos á todos y sacándolos fuera de Hierusalem, llevólos al monte Olivete, que es junto á Betania. ¿Quieres saber si se halló allí su benditísima madre? No hay en eso que dudar, pues ¿cómo se había de partir Jesucristo un tan largo camino sin despedirse de su sanctísima madre? ¿Habíalo de ver subir á la cruz, y no lo había de ver subir á los cielos? ¿Había de padescer los trabajos del monte Calvario, y no había de gozar de la alegría del monte Olivete? No es ésa la condición de Dios, sino que si padesciéremos

---

(1) Act. 1.

juntamente con Él, reinaremos también con Él, y si fuéremos compañeros de sus dolores, también lo seremos de sus alegrías. Pues si los Apóstoles, á quien tan pequeña parte cupo de los dolores de la pasión de Cristo (porque dellos huyeron, dellos lo negaron) fueron convidados á esta fiesta, ¿la bienaventurada madre, á quien tanta parte cupo deste cáliz y que tanto participó desta pena, había de ser excluída desta fiesta? No por cierto. Allí estuvo, allí le habló, allí vió con sus ojos levantarse el fructo de su vientre sobre las estrellas del cielo.

Pues junta toda esta gloriosa compañía, comienza el Salvador á dar orden en lo que habían de hacer, y díceles así: Vosotros habéis de ser mis testigos en Hierusalem y en toda Judea y Samaria y en toda la tierra. Como si dijera: Vosotros, hijos míos y ovejas de mi manada, fuistes testigos de toda mi vida, oístes la doctrina que he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradicciones que he sufrido, los tormentos y injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padescido. Vistes mi resurrección y veréis agora mi ascensión. Pues id con la bendición de mi Padre por todas las regiones del mundo y por todas las islas del mar, y predicad mi Evangelio á toda criatura. Predicad estas buenas nuevas al mundo: que yo nascí y me hice hombre por hacer á los hombres dioses, que yo morí para matar su muerte, que yo resucité para su gloria, y que hoy subo á los cielos para abrirles el camino dellos y aparejarles lugar en ellos. Yo os envío así como me envió mi Padre. Desengañad á los hombres, perdonad los pecados y haceos participantes de mis trabajos y de mi muerte. Díceles que no amen la vanidad, las riquezas caducas, que teman al Señor, que se acuerden que hay juicio, que Dios es testigo de nuestras obras, que hay otra vida, que hay infierno y paraíso para buenos y malos.

Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos la soledad que les quedaba de todo su bien, y orfandad tamaña de tan piadoso padre, unos se echan á sus pies, otros le besan aquellas sacratísimas manos, y otros se cuelgan de sus hombros, y todos á una voz decían: ¿Cómo, padre, nos dejáis solos, huérfanos y desconsolados entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin padre, los discípulos sin maestro, las ovejas sin pastor y los soldados sin capitán? ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros? ¿Dónde quedaremos sin Vos? ¿Qué vida será la nuestra?

Respondióles el Señor: No os aflijáis, hijos míos, que no os dejo como cuidáis. Decís que os dejo solos. No os dejo solos, porque yo con vosotros he de estar hasta el fin del mundo. Decís que os dejo huérfanos. No os dejaré huérfanos. Voy y vengo á vosotros, y alegrarse ha vuestro corazón. Decís que os dejo desconsolados. Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador. Decís que quedáis desamparados y flacos en medio de tan fuertes enemigos. Buen remedio para eso: estad asentados en la ciudad hasta que seáis de arriba vestidos de fortaleza.

Después de así hablar los discípulos, queda la sanctísima madre. ¿Qué hará? Desea de ir con su hijo: mas no es razón que en un mismo día queden los discípulos huérfanos de padre y madre. Quede acá en la tierra por madre, por maestra, por vicaria y gobernadora en ausencia del Rey.

Ea, Señor, que se llega ya el tiempo de la partida, que os está aguardando toda la Corte del cielo. Levantaos, Señor, para vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra sanctificación (1): arca de la cual se pagó la deuda de todo el mundo, arca en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, arca de sanctificación, por la cual fuimos sanctificados, y arca de amistad, por la cual fuimos reconciliados. Llevad pues con Vos esa arca gloriosa de vuestra humanidad, para que la que fué compañera de los trabajos, lo sea también de la gloria, y la que estuvo crucificada en el madero, reine con Vos en el cielo. Levántase pues esta arca, y comienza á subir aquel glorioso cuerpo á lo alto en una nube resplandesciente. Íbase Él subiendo, y los discípulos suspensos y atónitos de ver por el aire á su Elías volando, con los ojos y con el corazón lo seguían. ¡Qué vista! ¡Qué atención! ¡Qué impresión de ojos en ojos y de corazón en corazones! Levantadas las manos (dice San Lucas) subía al cielo y les daba su bendición. ¡Oh quién se hallara presente en aquella hora, para que le alcanzara parte desta bendición y se despidiera deste Señor! Sentía esto el bienaventurado S. Agustín cuando tan dulcemente se quejaba diciendo: Fuístete, consolador mío, y no te despediste de mí. Subiendo á lo alto del cielo, echaste la bendición á los tuyos, y no lo ví. Los ángeles prometieron que volverías otra vez, y no lo oí.

Mas ¿qué lengua podrá agora explicar con cuánta fiesta y ale-

(1) Psalm. 131.

gría fué recibida aquella sacratísima Humanidad en el cielo? Costumbre era muy usada entre los romanos, cuando algún grande capitán había hecho grandes hazañas, hacerle un muy solemne recibimiento rompiendo los muros por donde entrase, y acompañándolo y gritando todo el pueblo: y desta manera entraba el noble vencedor en un carro triunfal, acompañado de los cautivos y prisioneros que llevaba delante. Pues según esto, ¿qué os parece que haría aquella Corte celestial á este grande capitán que triunfó del mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno, y que tanto número de almas libres del cautiverio traía consigo? ¡Qué fiesta se haría aquel día! ¡Qué cantos! ¡Qué músicas! ¡Qué loores! ¡Qué recibimiento! ¡Cuántos ángeles! ¡Cuántos cortesanos! ¡Cuántas voces y aclamaciones de los que decían: ¿Quién es éste que viene de Edom, que trae los vestidos tintos en sangre? Vestido viene de muy hermosas vestiduras, y sube á lo alto con la grandeza de su virtud (1). ¡Oh Señor, qué mudanza es ésta tan grande! ¡Quién os vió, y quién os ve! ¡Quién os vió aquel viernes, y quién os ve en este jueves! ¡Quién os vió en el monte Calvario, y os ve hoy en el monte Olivete! ¡Allí tan solo, aquí tan acompañado: allí subido en un madero, aquí levantado sobre las nubes del cielo: allí crucificado entre dos ladrones, aquí acompañado de coros de ángeles: allí enclavado y condenado, aquí libre y librador de condenados: finalmente, allí muriendo, y aquí triunfando de la misma muerte! Fué Jacob á la tierra de Mesopotamia huyendo la ira de su hermano, y como hombre que iba huyendo, iba solo y pobre, sin más que un bordón en la mano, con el cual pasó el río Jordán, y á cabo de cierto tiempo volviendo por allí con grande prosperidad y riquezas, acordándose de la pobreza con que por allí había pasado, levantando los ojos al cielo, dijo: Con un palo en la mano pasé este río Jordán, y agora vuelvo con dos compañías de hombres y de ganados (2). Este Jacob es figura de Cristo nuestro Salvador, el cual pasó las aguas desta vida con un palo en la mano, que fué el árbol de la sancta cruz, y agora vuelve con dos compañías, la una de ángeles y la otra de hombres, esto es, de muchos sanctos patriarcas y profetas que desde el principio del mundo esperaban su venida, y lo venían acompañando. Allí venía el inocente Abel, y el justo Noé, y el obediente Abra-

(1) Esai. 63. (2) Genes. 31.

ham, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el prudente Josef, y el manso Moisés, y el sancto Ezequías, y el elegante Esaías, y el afligido Hieremías, y el pacientísimo Job, entre los cuales venía el maestro de capilla con su harpa en la mano, bailando delante del arca del testamento, convidando á los otros á que alabasen y glorificasen á Dios diciendo: Cantad al Señor cantar nuevo, porque hizo maravillas (1). ¿Por qué cantar nuevo? Porque ningún cantar viejo responde á la grandeza desta fiesta ni se iguala con el merecimiento della, y por esto, nueva fiesta y nueva gloria con nuevos loores ha de ser celebrada. Pues ¿qué cantar nuevo es el que cantaremos? Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar ya los hermanos juntos (2). Estos dos hermanos son el cuerpo y el espíritu de Cristo, los cuales hasta agora moraban en diversos lugares: porque el cuerpo padescía los tormentos, y el espíritu gozaba de deleites eternos. Mas en este día de hoy ya moran los hermanos juntos, pues el espíritu y el cuerpo suben glorificados al cielo, y habiendo sido tan desiguales en vida, participan agora de la misma gloria. Esto baste cuanto á la historia: agora digamo un poco del misterio.

§ II

Para lo cual es de saber que el principal fin por que la sancta madre Iglesia celebra las fiestas de nuestro Salvador (allende de la imitación de sus ejemplos) es encender nuestros corazones en su amor, pues el fin de toda la doctrina cristiana es amor. Y para esto nos pone delante la multitud de beneficios que este Señor nos hizo, lo mucho que nos amó, los pasos que por nuestra causa dió, lo mucho que por nosotros padeció, para que todas estas cosas bien consideradas enciendan nuestros corazones en su amor.

Mas entre todas ellas una de las que más sirve para esto, es ver cuán enteramente se entregó este Señor á nuestro provecho, y cómo en todas las obras que hizo, quiso ser más nuestro que suyo, tomando para sí el trabajo y comunicándonos el provecho, y cómo finalmente desde el día de su nascimiento hasta el de su gloriosa

(1) Psalm. 97. (2) Psalm. 132.

ascensión ningún paso dió, ninguna obra hizo que no militase todo para nuestro bien. Escribe S. Juan en el Apocalipsi que vió salir de la silla de Dios y del Cordero un hermosísimo río que resplandecía como un cristal, y que á la orilla deste río nascía un árbol de vida que daba doce fructos según los doce meses del año, y que las hojas deste árbol eran para salud de las gentes (1). De manera que no había en el árbol cosa que no fuese de provecho, pues él era árbol de vida, y el fruto era fruto de vida, y hasta las hojas eran hojas de vida. Lo cual todo á ninguna persona compete mejor que á nuestro Salvador, que es verdadero árbol de vida, y que todo cuanto en este mundo hizo y dijo, todo fué para darnos vida. Vino á este mundo para alumbrarnos con su doctrina, conversó con nosotros para informarnos con su ejemplo, murió por nosotros para redimirnos con su sangre, fué sepultado en el sepulcro para vencer nuestra muerte, descendió á los infiernos para prender y saquear á nuestros adversarios, resucitó después de muerto para darnos testimonio y esperanza de nuestra resurrección, subió á los cielos para abrirnos el camino para ellos, y enviónos de ahí el Espíritu Sancto para que mediante la virtud deste Espíritu nos hiciese espirituales y sanctos, y para que nos guiase en este camino del cielo, como dijo el Profeta (2): Tu espíritu bueno me llevará, Señor, á tierra derecha. Así que de tal manera se entregó todo por nosotros, de tal manera nos amó y nos juntó consigo, que ninguna cosa hizo para sí que no la hiciese para nosotros, y ninguna gloria fué tanto suya, que no fuese también nuestra. De suerte que aquello de que se gloría el sancto Job, que nunca comió un bocado de pan solo sin comer el extranjero dél (3), eso mismo conviene á Cristo mucho más perfectamente que á él, pues nunca este Señor aproprió á sí cosa alguna que no tuviesen los hombres también su parte en ella: porque no puede tener ninguna gloria la cabeza, que no tengan también los miembros parte en ella.

Mas por ventura diréis: Ya que eso así sea en todas las otras obras de Cristo, ¿cómo me podréis verificar eso en el misterio de su ascensión? Porque ausentarse Cristo de nosotros y dejarnos en este mundo solos sin su presencia, faltarnos sus palabras, que eran palabras de vida, faltarnos sus ejemplos, que eran tan grandes estímulos de virtud, faltarnos sus milagros, que eran tan

(1) Apocal. 22. (2) Psalm. 142. (3) Job. 31.

grandes testimonios de fe, con todo lo demás, ¿cómo puede ser esto provecho nuestro, especialmente en el estado en que agora está, que es de perfecto comprehensor y no de caminante, donde ya no puede merecer como antes podía?

Oye agora, hermano mío, la respuesta, para que veas la parte que te cabe desta gloria y entiendas que no menos debes al Señor por este misterio que le debes por los otros. Para lo cual primeramente has de presuponer que así como Cristo cuando descendió del cielo á la tierra, de tal manera descendió á la tierra que no dejó el cielo, así también cuando subió de la tierra al cielo, de tal manera subió al cielo, que no desamparó la tierra. Porque aunque subió según la Humanidad, no subió según la Divinidad, porque ésta en todo lugar está presente. Ni aun de tal manera subió con la Humanidad, que del todo nos dejase sin ella, pues así como Elías cuando se fué, dejó el palio á su discípulo Eliseo (1), así este Señor cuando subió al cielo, nos dejó también el palio de su sacratísima carne en el sacratísimo Sacramento.

Presupuesto pues este principio, oye agora cuántos y cuán maravillosos fructos se nos siguieron de su subida. Primeramente, el mayor provecho que el hombre puede recibir en esta vida, es aprovechar en aquellas tres virtudes altísimas y nobilísimas con que Dios se honra, que son fe, esperanza y caridad: y para todas ellas aprovecha grandemente el misterio desta gloriosa subida, como dice Santo Tomás. Porque primeramente aprovecha para mayor perfección de la fe: porque á la razón de la fe pertenece que sea de las cosas que no se ven (2), para lo cual convenía que Cristo, que es el objeto principal de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista, para que así fuese nuestra fe de otra condición que la fe de Santo Tomás, á quien fué dicho: Porque me viste, Tomás, creíste: bienaventurados los que no me vieron, y creyeron (3).

Lo segundo, ayuda también esta subida gloriosa para encender la caridad y para subir nuestros corazones á Dios. Porque cierto es (como dice el Salvador) que donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón (4). De donde así como el avariento siempre tiene su corazón en el dinero, el ambicioso en las honras, y el carnal en sus deleites, así también como Cristo sea todo nuestro tesoro y heredad, y Él sea toda nuestra gloria, nuestra honra,

(1) 4 Reg. 2. (2) Hebr. 11. (3) Joan. 20. (4) Matth. 6.

nuestras riquezas, nuestros deleites y todo nuestro bien (pues todas las cosas, como dice S. Ambrosio, tenemos en Él) claro está que poniéndonos Dios este tesoro en el cielo, nos obligó á tener allí nuestro corazón. Porque si aquel sancto profeta que tenía todo su tesoro en solo Dios, decía (1): ¿Qué tengo yo, Señor, que ver en el cielo, ni qué deseo yo de ti sobre la tierra? ¿por qué no dirá otro tanto el alma que todo su bien tiene en solo Cristo? Esto era lo que hacía á los sanctos (cuando en este mundo vivían) estar aquí con solo el cuerpo, y con el corazón y pensamiento en aquella bienaventurada región. Esto era lo que hacía al Apóstol decir que su conversación toda era en los cielos (2), por estar en ellos Aquél por cuyo amor tenía todas las cosas del mundo por estiércol. Y á esto mismo convida él á los Colosenses en una Epístola donde dice: Hermanos, si resucitasteis ya con Cristo, buscad las cosas que están en lo alto, donde Cristo está asentado á la diestra del Padre: en éstas tened vuestro gusto, y no en las que están sobre la tierra (3). Como si dijera: Hermanos, si imitasteis ya con la novedad y mudanza de vuestra vida la resurrección de Cristo, dejando aquella manera de vida que tenéis, y resucitando á otra vida celestial á manera de Cristo, imitad también la ascensión de Cristo, que subió á la diestra del Padre, levantando vuestro espíritu á la contemplación y amor de las cosas del cielo, dejadas las de la tierra. En las cuales palabras quiere el Apóstol que pues Cristo, que es todo nuestro bien, está en el cielo, allí esté también todo nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría y nuestro pensamiento. Quiere que de allí esperemos el remedio de nuestras necesidades, el alivio de nuestros trabajos, la lumbre para nuestros caminos, la ley de nuestra vida, y finalmente, que así como todo este mundo inferior pende del cielo y de las influencias dél, así todo nuestro espíritu esté como colgado de Cristo, que está en el cielo, y de las influencias y beneficios dél. Porque los que lo contrario hacen, quiero decir, los que viven con la tierra, y se gobiernan por ella, y tienen todas sus raíces y esperanzas en ella, éstos deshacen con la obra lo que confiesan por la boca, y contradicen con sus costumbres lo que predican con sus palabras, pues confesando por una parte que todo su tesoro está en el cielo, tie-

(1) Psalm. 72. (2) Philip. 3. (3) Colos. 3.

nen sus gustos y corazones en la tierra, y así, ó no creen lo que confiesan, ó al menos no entienden lo que hacen.

Lo tercero, aprovéchanos también para la esperanza de la otra vida, para la cual se nos dieron aquí certísimas prendas y seguros. Porque vemos hoy subir aquella sacratísima Humanidad al cielo: vemos aquellos huesos que poco antes habían estado en el sepulcro, ser colocados entre los coros de los ángeles: vemos aquel cuerpo mortal ser recibido en el regazo de la inmortalidad: vemos que aquella naturaleza á quien se cerraran las puertas del paraíso y se defendían con la espada del Querubín (1), sube agora sobre todos los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos (2): y aquella carne á quien se dijo: Polvo eres, y en polvo te volverás (3), glorificada y depositada en el cielo. Pues ¿por qué no esperará semejante gloria el que es participante de la misma naturaleza, si fuere participante de la misma gracia? No hay cierto por qué desconfiar, sino antes por qué confiar, diciendo con el bienaventurado S. Agustín: Donde reina mi carne, allí pienso yo reinar, y donde mi sangre tiene señorío, allí creo yo que seré señor.

Mas no es sola ésta la prenda de nuestra esperanza, sino otra sin comparación mayor, que es ser Cristo nuestra cabeza, y nosotros sus miembros, si estuviéremos unidos con Él por fe y amor. Pues si la gloria de la cabeza es también de los miembros, y si donde está la cabeza, ahí es razón que esté el cuerpo, y esta cabeza hoy entra en el cielo, luego todos los miembros no sólo tienen razón para esperar en el cielo, sino ya en Él tienen tomada la posesión del cielo.

Tiene aquí otra consolación más el hombre fiel, no menor que las otras todas: porque ninguna cosa se halla en este misterio que no exceda en riqueza y bienes á todo lo que pueden pensar los hombres. Esta consolación es una certidumbre de que el que le quiso tanto que se hizo hombre por él, éste mismo es el que tiene cargo de sus cosas todas, el que tiene su providencia, el que siempre mira por él, el que está velando sobre sus necesidades, el que oye sus peticiones, el que habla en su favor, y el que procura sus bienes. Pues quien tuvo tanta caridad que nos buscó con tantos trabajos, y nos buscó para darnos tantos bienes, y que nunca en

(1) Genes. 3. (2) Psalm. 103. (3) Genes. 3.

todos sus trabajos se olvidó de nosotros, ni dejó un punto de su caridad, menos se olvidará estando tan sin trabajos y estando con el mismo amor. Los bienes ya están ganados para Él y para nosotros, no nos los querrá negar quien los ganó tanto á su costa. Si andando por el mundo fué nuestro procurador y oyó nuestras peticiones, mucho mejor (si mejor se puede decir) las oirá estando en la silla de su poder y en posesión de tan grandes bienes.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

PENTECOSTÉS

Consejo es de los oradores en el arte de la retórica que el mejor bocado y la mejor parte de la oración se guarde para el fin, para que queden los oyentes con este dulce en la boca y así juzguen de todo el resto de la oración. Este artificio parece que guardó la divina Sabiduría en el proceso de la vida de nuestro Salvador, acabándola con la más dulce despedida y con el más alto misterio que podía ser, que fué la venida del Espíritu Sancto sobre los corazones de los discípulos y sobre todo el cuerpo místico de la Iglesia.

Cuánta sea la dignidad deste misterio, entenderlo ha muy bien quien considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de Cristo se ordenaron á éste: porque todo cuanto Él en este mundo hizo y padeció, á este fin lo ordenó. Porque así como por nosotros bajó del cielo, así para nosotros nasció, vivió, murió y resucitó, y aun subió á los cielos (como está ya declarado) porque en todos estos pasos y misterios siempre obró nuestra salvación. Y porque toda nuestra salvación es tener al Espíritu Sancto, síguese que éste era el fin que Cristo pretendía en todas sus obras: para que por aquí veáis cuán noble era el fin que por tales medios se procuraba.

Y como sea tanta la excelencia y dignidad deste misterio, no es menor la suavidad y dulzura dél. Cada uno tendrá su gusto en todos estos misterios que aquí habemos tocado. Uno holgará más con el niño en el pesebre, otro con el que padece en la cruz ó en la columna, otro con su resurrección y con la subida á los cielos: yo confieso que me alegro grandemente con la venida del Espíritu Sancto y con el oficio que ejercita en el alma donde mora.

Porque ¿qué cosa más dulce de contemplar que ver al Espíritu Sancto morar en el alma del hombre y estar allí alumbrándola, encaminándola, enamorándola, regalándola, castigándola, esforzándola, purificándola y hinchéndola de aquellos sus riquísimos dones? ¿Qué cosa más dulce que ver estar allí á Dios como maestro en la escuela enseñando á los ignorantes, como médico en la enfermería curando á los dolientes, como hortelano en su huerta arrancando las malas yerbas, como pastor en su ganado defendiéndolo de los lobos, como piloto en el navío guiándolo al puerto de salvación? Porque quien atentamente considerare por una parte la alteza del Espíritu Sancto, y por otra la bajeza del hombre, no podrá dejar de espantarse y deleitarse con una maravillosa dulzura viendo tamaña suavidad en Dios. ¿No es cosa de grande admiración ver un Dios tan grande, tan poderoso, tan glorioso, que se quisiese inclinar á morar en las entrañas del hombrecillo que hoy es y mañana desaparece, y que Él por sí mismo quiera entender en la reformación y sanctificación de su vida? Y si Él esto hiciera así como quiera, y que nos llevara al cielo aunque fuera por los cabellos, todavía fuera grande misericordia. Mas que quiera Él entender en esto con tanta suavidad, que use para esto de tantos medios y figuras, ora con azotes, ora con amores, ora con halagos, ora con inspiraciones, ora con regalos, despertándonos, amonestándonos, esforzándonos y incitándonos á todo bien: y que todo esto haga Él con tanta providencia y cuidado, que parece que desocupado de todos los negocios de cielos y tierra, de ninguna otra cosa tiene cuidado sino désta, ¿qué cosa puede ser de mayor gusto y admiración? Porque realmente así como el corazón humano ninguna otra cosa hace perpetuamente sino estar exhalando de sí espíritus vitales y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto (como corazón deste cuerpo místico de la Iglesia) siempre está produciendo de sí estos espíritus de rayos y luz y de calor en todos los miembros deste mismo cuerpo, que están unidos con Él por gracia.

De manera que todos los buenos propósitos, todos los pensamientos y sentimientos y lágrimas y deseos buenos que tenemos, todos son beneficios deste Espíritu, sin cuyo favor no puede el hombre tener de sí un solo pensamiento bueno. Pues ¿quién no se derretirá todo en amor considerando esta tan especial y amorosa

providencia que Dios tiene dél? ¿Á quién no mueven aquellas palabras que decía al Profeta encaresciendo este misterio: Trájote el Señor Dios tuyo por todo este camino que anduviste, de la manera que un padre trae en sus brazos á un hijo pequeñito que mucho ama, hasta llegar á este lugar (1), que es á las puertas de la tierra de promisión? ¡Oh cuán de verdad entenderá esto el justo, cuando acabado el curso de la peregrinación deste desierto se vea llevado por este Espíritu hasta las puertas del paraíso! ¡Cuán de verdad entenderá allí que si no fuera llevado por tal guía, no pudiera llegar á tal lugar! Lo mismo nos significó también en aquellas palabras del cántico donde dice que así como el águila lanza á volar á sus hijos encima de sus hombros, así Él extendió sus alas, y los tomó sobre sí, y los llevó consigo (2). Pues ¿qué cosa de mayor regalo y providencia que ésta?

Y ésta es la causa porque entre las Personas señaladamente se atribuye esta obra de nuestra sanctificación al Espíritu Sancto, aunque no menos lo sea del Padre que del Hijo que de la Sanctísima Trinidad: porque así como la obra de la encarnación se atribuye al Espíritu Sancto porque fué obra de inestimable bondad y amor, que es apropriado al Espíritu Sancto, así también la obra de nuestra sanctificación, porque también es obra de suma bondad y amor. Si no, dime: ¿qué mayor caridad, qué mayor suavidad que venir aquella altísima Majestad á comunicarse de tal manera á una criatura tan baja como el hombre, que le diga aquellas palabras del Profeta (3): Hijo mío muy honrado y preciado eres en mis ojos, Efraín, y niño delicado: porque después que hablé dél (quiero decir, después que traté de paz y amistad con él) siempre tendré memoria dél? ¿Qué padre podrá decir más dulces palabras que éstas? ¿Qué más puede hacer un padre con un hijo muy amado, que honrarlo mucho, animarlo mucho, acordarse dél, abrirle sus entrañas y usar de misericordia con él? Pues ¿de dónde procede esto sino de sola aquella incomprehensible bondad y caridad de nuestro Señor? ¿Qué hay en el hombre porque Dios así lo trate, ó qué hay en Dios porque así se quiera inclinar al hombre? Claro está que todo esto nasce sólo de bondad y amor, que se atribuye al Espíritu Sancto, y es la más dulce cosa que se ha de contemplar en Dios.

(1) Deut. 1. (2) Deut. 32. (3) Hier. 31.

Mas veamos agora la historia deste misterio. Una de las cosas de que más veces hacía mención el Salvador en su Evangelio, era de la venida del Espíritu Sancto. Esto predicaba al pueblo á grandes voces cuando decía: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba (1): lo cual entendía Él del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él. Esto predicaba también y prometía muchas veces á sus discípulos, y con esta esperanza los consoló al tiempo de su partida, diciendo que Él les mandaría otro maestro y otro consolador que los acompañase y esforzase y consolase en todos sus trabajos. Esto les dijo muchas veces antes que muriese: esto les repitió después de resucitar: con esto se despidió dellos al tiempo de la partida, mandándoles que residiesen en Hierusalem hasta que fuesen vestidos de virtud del cielo (2).

De manera que podemos decir que una buena parte del Evangelio fué profecía del Espíritu Sancto, y que así como los profetas fueron profetas de Cristo, así Cristo fué profeta del Espíritu Sancto. Por donde aún entenderéis cuán alto es el misterio que tal profeta mereció tener.

Con este recado se vuelven los discípulos del monte Olivete al cénaculo de Hierusalem y recogen allí todo el otro ganado que estaba esparcido, que serían por todas hasta ciento y veinte personas. Preguntaréis: por todo ese espacio de tiempo ¿qué hacían? ¿En qué se ocupaban? Todos ellos (dice el Evangelista) estaban perseverando en oración con María, madre de Jesú, y con las otras sanctas mujeres que seguían al Salvador. Acordábanse de aquellas palabras que le habían oído, en las cuales decía: Si vosotros siendo malos, dais buenas dádivas á vuestros hijos, mucho más aquel Padre que está en los cielos, dará su espíritu bueno á los que se lo pidieren (3). Y por tanto, avisados con estas palabras y asegurados con estas prendas, pedían perseverantemente de día y de noche este Espíritu prometido.

¿Qué hacéis, bienaventurados discípulos? ¿Para qué os cansáis pidiendo lo que tantas veces y tanto mil años ha que está prometido por boca de patriarcas y profetas y del mismo Señor de los profetas? ¿Por ventura ha de mudar Dios lo que tantas veces tiene prometido? ¿Ha de faltar su palabra? No por cierto. Mas con todo esto se ha de saber que no hace Dios sus obras así como quiera,

(1) Joan. 7. (2) Act. 1. (3) Matth. 7.

sino (como dice el Sabio (1) con contrapeso y medida: quiero decir, con grandísima orden y concierto. Y así cuando determina hacer algunas cosas, también determina los medios y las causas por donde vengan á efectuarse. Y uno de los medios más ordinarios son las oraciones de los justos: tanto, que las cosas mayores y más determinadas que Dios tiene hechas en el mundo, quiso que viniesen á efectuarse por medio de la oración. ¿Qué cosa mayor que la venida del Hijo de Dios al mundo? Pues ¡qué clamores y voces de patriarcas y profetas precedieron á esta venida! Por donde sabiendo esto el profeta Esaías decía: Los que os acordáis del Señor, no ceséis jamás de importunarlo hasta que venga á hacer á Hierusalem materia de loor en la tierra (2) mandando á ella á su unigénito Hijo. ¿Qué cosa mayor que la venida del Espíritu Sancto? Éste vino no solamente por el sacrificio de Cristo, sino también por la oración de Cristo. Y así dijo Él: Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador (3). ¿Qué cosa mayor que la fundación de la Iglesia? Ésta también vino por aquella oración que pidió el Padre al Hijo cuando dijo: Pídeme, y darte he las gentes por heredad, y por tu posesión los términos de la tierra (4). Y no sólo la fundación de tan grande cosa sino también la conservación della se alcanzó por esta misma oración, diciendo el Salvador: Yo rogué por ti, Pedro, porque no desfalleciese tu fe (5). ¿Qué más diré? Las oraciones de Santa Ana y S. Joaquín nos dieron á nuestra Señora, las oraciones de Santa Isabel y Zacarías nos dieron á S. Juan Baptista, las oraciones de S. Ésteban nos dieron al apóstol S. Pablo, y las oraciones y lágrimas de Santa Mónica dieron á S. Agustín á la Iglesia. Veis aquí pues, hermanos, por qué oran los Apóstoles por la venida del Espíritu Sancto, para que por su ejemplo entendáis vosotros lo que debéis hacer para recibir este mismo Espíritu, que es pedirlo perseverantemente como ellos lo pidieron. Y cuando oís decir oración, no habéis de entender eso que por la mayor parte el mundo hace, que es correr mil Avemarías y Psalmos sin espíritu, sin atención, sin reverencia y sin mirar con quién habláis cuando oráis, que es con el mismo Dios. Porque ésa más se puede llamar distracción que oración. El deseo de los pobres oyó Dios, dice David (6). Y en otro lugar: Clamé con todo mi corazón,

---

(1) Sap. 11. (2) Esai. 62. (3) Joan. 14. (4) Psalm. 2. (5) Luc. 22. (6) Psalm. 9.

óyeme, Señor (1). El que desta manera clama, verdaderamente merece ser oído: porque la pólvora que hace subir nuestras oraciones al cielo, son los clamores y gemidos de corazón.

Tal me parece que era la oración destos santos discípulos cuando esperaban la venida del Espíritu Sancto para todo su remedio. Veíanse huérfanos y desamparados de su maestro: veíanse perseguidos en medio de tan grandes enemigos: entendían que el remedio de todo esto consistía en la venida de aquel segundo maestro que esperaban: no sabían cuánto dilataría su venida: clamaban de día y de noche de lo íntimo de sus corazones, y decían: ¿Cuándo, Señor, nos habéis de mandar ese maestro y consolador que nos prometió vuestro Hijo? ¿Hasta cuándo dilatáis esa tan grande misericordia? Mirad, Señor, nuestro desamparo, nuestro desabrigo, nuestra orfandad y nuestro grande peligro. Mirad que ninguna otra cosa nos queda debajo del cielo sino la palabra y prenda de vuestro Hijo y la esperanza de vuestra misericordia. Nosotros somos los que con Él permanecimos en todas sus tribulaciones y caminos. Por Él dejamos barco y redes y todo lo que en este mundo poseíamos: por Él somos corridos y infamados de todas las gentes: por Él andamos á sombra de tejados y estamos aquí metidos sin osar aparecer entre los hombres. No es justo que sean desamparados los que son perseguidos por amor de Vos. Y pues ésta es la primera honra que le dais por aquella grande obediencia, mostrad, Señor, en la grandeza desta gracia lo mucho que os agradó aquella tan perfecta obediencia.

Estas y otras semejantes palabras repetían todo aquel tiempo, y en esta demanda perseveraban día y noche. Estaban en compañía dellos aquellas sanctas mujeres que seguían al Cordero por doquiera que iba, y lo mantenían con sus haciendas, y le acompañaron fielmente en su vida, en su muerte y en la sepultura, desiguales en el sexo, mas iguales en la fe y en la esperanza con los discípulos del Salvador. Y sobre todo estaba allí la sacratísima Virgen como gobernadora y presidente de todo aquel sagrado colegio en ausencia de Cristo, guiando aquel ganado al secreto del desierto, que es, al recogimiento y perseverancia de la oración, como aquélla que tan bien sabía cuánto importaba la perseverancia deste ejercicio para recibir el Espíritu Sancto. ¡Quién

(1) Psalm. 118.

fuera tan dichoso que mereciera hallarse en aquella bienaventurada compañía y oir aquellos gemidos, ver aquellas lágrimas, perseverar en aquellas oraciones, mirar el rostro de aquella serenísima Reina de los ángeles y aquellas lágrimas que de sus ojos corrían, y ver de la manera que dispondría aquellos pechos apostólicos para la venida del Espíritu Sancto! Era ella esposa del Espíritu Sancto, sabedora de sus misterios, testigo de sus maravillas, y así sabía muy bien cómo se habían de aparejar los corazones para este huésped, y entendía que uno de los principales medios para recibir el Espíritu Sancto era pedirlo con perseverancia, y así perseveraba con los discípulos en oración.

¡Pluguiese á Dios (ya que esto no nos fué concedido) que así como un tahur juega desde prima noche hasta la mañana sin cansar, así á alguno de nosotros aconteciese perseverar toda una noche en oración sin cesar! Porque no creo que á quien allí velase y perseverase llamando al Espíritu Sancto, y luchase y porfiase con Él como otro Jacob hasta el alba del día, que lo despidiría vacío de su espíritu sin darle su bendición, como á este Patriarca se dió (1).

Estando pues ellos perseverando desta manera en oración, á cabo de diez días que el Señor había subido á los cielos, en el día de Pentecostés (que era una fiesta solemnísima que en aquel tiempo se celebraba en memoria que tal día como aquél se dió la ley de escritura á los hijos de Israel después de salidos de Egipto) desciende el Espíritu Sancto en forma de un viento fuertísimo y en lenguas de fuegó, y asiéntase sobre las cabezas y corazones de los discípulos: y fué tan grande la claridad, el amor y la suavidad y conocimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin salir en público y decir á grandes voces y clamores en todas las lenguas del mundo las grandezas y maravillas de Dios.

Éste es uno de los altísimos y devotísimos pasos que hay en este misterio. Arriba dijimos que los que se dan á la consideración de los misterios de la vida de nuestro Redemptor, no se han de contentar con mirar solamente aquella imagen de cosas que escriben en la historia, sino con ojos intelectuales penetrar los

(1) Genes. 32.

misterios y llegar á entender los ánimos y corazones de las personas que allí se nos representan, conjecturando por lo que se ve por defuera en el cuerpo de las cosas, lo que en el ánimo está encerrado. Pues lo que aquí vemos es unos hombres tan flacos y tan cobardes, que el más esforzado dellos espantado de la voz de una moza negó tres veces á su Señor (1), y que él y todos sus compañeros estaban allí escondidos y acobardados sin osar aparecer ante los hombres. Sabemos también que este día descendió el Espíritu Sancto sobre ellos con tanta abundancia de dones y gracias, que después de la persona de Cristo y de su madre no hubo hombres en el mundo, ni habrá jamás, sobre quien descendiese con tamaña abundancia. Porque éstas fueron las primicias, ésta la primera paga de aquel gran sacrificio de Cristo, que aún estaba corriendo sangre en aquel tiempo. Por donde estos hombres de tal manera fueron por virtud del Espíritu Sancto transformados en Dios, que así como todas las palabras que salieren por la boca de Dios son motivos de fe y escritura sagrada. así todo cuanto éstos dijesen y escribiesen, hasta una carta misiva (cual es la que S. Pablo escribió á Filemón) fuese escritura sagrada como si el Espíritu Sancto la escribiera. Pues según esto, ¡cuán grande podríamos entender que sería la luz, el amor, la suavidad, el celo de la gloria de Dios y la fortaleza que aquellos sagrados pechos recibirían! ¡Cuán grande sería el conocimiento que se les daría de aquella infinita bondad y suavidad y hermosura de Dios, pues no se pudieron contener sin salir á dar voces por las calles y pregonar á gritos la grandeza de las noblezas y maravillas que tenían conocidas de Dios!

De Sancta Catalina de Sena se escribe que acabando una vez de salir de un rapto que tuvo en una oración, que comenzó á repetir muchas veces estas palabras: *Vidi arcana verba*, *vidi arcana verba*. Y como su confesor le rogase que le diese á entender alguna cosa de lo que había visto, respondió: Verdaderamente, Padre, tal consciencia haría de os querer dar parte de lo que vi, como de hacer una grande injuria á Dios: porque excede tanto la grandeza de las cosas que alcanza un entendimiento levantado y confortado con la lumbre del Espíritu Sancto

(1) Matth. 26, Marci 14, Lucæ 22, Joan. 19.

á todo lo que con las palabras de nuestro lenguaje se puede significar, que no sólo no alcanza lo que se dice á lo que es, mas aun parece contrario lo uno de lo otro.

Pues ruégoos agora que me digáis: si tales cosas vió esta sancta doncella ayudada con esta lumbre del cielo, ¿qué verían aquéllos en cuyas almas resplandecía aquel Sol meridiano con tamaños resplandores? ¿Qué verían? ¿Qué sentirían? ¿Qué gustarían? ¿Qué harían viéndose abrasados y transformados en Dios con aquella tan grande luz? Creo cierto que si en aquella sazón no dieran las voces que dieron, ó no fueran por especial providencia confortados de Dios, que reventarían y se harían pedazos como las tinajas flacas y mal cocidas cuando hierve en ellas un fuerte mosto. Creo cierto que fué tanto lo que alcanzaron de la bondad y nobleza de Dios, y tanto lo que lo amaron y desearon agradar, que si tuvieran más vidas que estrellas hay en el cielo, con grandísima diligencia y alegría las ofrecieran por Dios. Creo cierto que fué tan grande el celo y deseo que allí tuvieron de la gloria de Dios y de que los hombres conociesen y amasen aquella soberana bondad, y fuesen participantes de aquel bien que ellos gozaban, que cada uno dellos tomara por partido padecer las mismas penas del infierno por muchos años y hacerse desta manera anatema de Cristo, porque los hombres no careciesen de la posesión y gusto de tamaño bien. Y por esto se daban tanta priesa á decir con tan grande fervor á los hombres en todas las lenguas del mundo la grandeza de las maravillas y noblezas deste Señor, para traerlos por esta vía á la posesión y participación de tamaño bien. Ardían, morían, abrasábanse, derritíanse, asábanseles las entrañas con el celo de la honra de Dios y de la salvación de las almas.

Y no fueron defraudados de lo que tanto deseaban, ni era razón que no fuesen eficaces las centellas que de tal fuego procedían: porque de una llamarada de aquéllas abrasaron tres mil hombres, y de otra cinco mil: y así cada día fueron abrasando el mundo, hasta que llegó su llama hasta los últimos fines de la tierra (1), y hicieron que el Dios que solamente era conocido y mal servido en Judea, fuese conocido y amado hasta el cabo del mundo. De manera que abrasados ellos, abrasaron, inflamados inflamaron,

(1) Psalm. 75.

heridos hirieron, y vivificados y sanctificados por aquel Espíritu del cielo, vivificaron y sanctificaron el mundo. Ésta es la escuela donde han de aprender los predicadores á predicar, éstas son las palabras vivas que han de dar vida: porque ni palabras muertas darán vida á ninguno, ni palabras que salen de corazón frío calentarán á ninguno.

SERMÓN EN LA FIESTA

DEL

SMO. SACRAMENTO

Sobre el Evangelio de S. Juan, que dice así:

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es beber. El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo estoy en él. Así como me mandó mi Padre que vive, y yo vivo por amor del Padre, así el que me comiere, vivirá por amor de mí. Éste es el pan que bajó del cielo, no como aquel maná que comieron vuestros padres, y murieron. Mas el que come deste pan, vivirá para siempre.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: agora digamos alguna cosa sobre él.

§ I

Celebra hoy la sancta madre Iglesia la fiesta del Sanctísimo Sacramento del altar, en el cual está real y verdaderamente el cuerpo de nuestro Salvador, para honra del mundo, para gloria de la Iglesia, para compañía de nuestra peregrinación, para alegría de nuestro destierro, para consolación de nuestros trabajos, para medicina de nuestras dolencias y para nutrimento de nuestra vida. Y porque estas mercedes son tan grandes, es grande y muy alegre la fiesta que hoy hace la Iglesia, aunque esta fiesta más había de ser espiritual que carnal, como la han hecho los hombres del mundo. Y aunque haya muchas cosas que decir deste altísimo misterio, conformándonos con la doctrina del sancto Evangelio, trataremos de la necesidad deste sacramento y de los

efectos admirables que óbra en las almas de aquéllos que dignamente lo reciben: para que por una parte den gracias y se enciendan en amor de Aquél que tan grande bien les ordenó, y lo otro para que deseen muchas veces llegarse á este misterio por gozar de tan grande beneficio. Lo cual si lo entendiesen los hombres bien entendido, no dilatarían la comunión de año en año, mas mil veces al día (si fuese posible) trabajarían por llegarse á este misterio, por gozar de tan grande bien.

Pues cuanto á lo primero, comenzando por la necesidad deste sacramento, brevemente digo que la necesidad se conoce por esta comparación. Vemos que todas las cosas que tienen vida, tienen también su mantenimiento proporcionado para conservarse en ella, y así vemos que unas se mantienen de tierra, otras de agua, otras de aire, otras también de otras cosas, cada una en su manera. Y pues el hombre, allende de una vida natural que vive, quiso Dios que viviese otra vida sobrenatural y espiritual (que es vida divina) necesaria cosa era que le dejase también su mantenimiento proporcionado para ella. Y así lo hizo cuando instituyó este divino sacramento en que está Dios: el cual, cuando dignamente se recibe, deifica al hombre y hácele vivir vida de Dios. Declárase también esta necesidad por otra razón. Porque así como el cuerpo del animal tiene necesidad de continuo nutrimento por razón del calor natural, que es como una lámpara encendida ó un fuego vivo que gasta todo lo que tiene alrededor (porque si esto no hiciese, gastarse hía toda la substancia del cuerpo, y la vida natural desfallecería) asi también la vida espiritual tiene necesidad desta misma restauración, por razón de otro calor no natural sino pestilencial que tenemos dentro de nuestras almas (que es el fuego de nuestros apetitos, que los teólogos llaman *fomes peccati)* el cual siempre nos está incitando y provocando á mal, y así nos resfría y enflaquece en el bien: porque cuanto son más fuertes los apetitos de la carne, tanto son más flacos los fervores y deseos del espíritu. Pues por esto nos proveyó la divina Sabiduría de manjar, para que con la virtud y gracia que nos da, y con los efectos maravillosos que en nuestras almas óbra, renovase nuestros espíritus, atizase nuestros deseos, reparase nuestras flaquezas, alumbrase nuestros entendimientos, encendiese nuestras voluntades, fortaleciese nuestros propósitos, armase nuestros corazones y los aficionase á las cosas divinas,

para que con todos estos dones y reparos se rehiciese el hombre en este camino y se conservase en esta vida celestial. De donde nasce que las almas que devotamente frecuentan este sacramento, están como un niño bien criado que tiene siempre la leche á la mano, con la cual está gordo y hermoso, y cada día cresce y se hace mayor: ó como un árbol plantado junto á la corriente de las aguas, con las cuales está siempre verde y fructuoso. Mas los que tarde ó nunca se allegan á esta mesa ni gozan deste regadío celestial, están como un árbol plantado en un desierto, que no tiene fruta ni hermosura: ó como el cuerpo de un animal cuando ha días que no comió, que escasamente se puede tener de pie. Tal está pues el hombre cuando pasa mucho tiempo sin comer este pan celestial, y así en su nombre se dicen aquellas palabras del Psalmo: Secóse mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan (1). Y ésta es la causa de estar el pueblo cristiano en estos tiempos tan flaco y tan mudado de lo que solía, pues en los tiempos pasados con su ejemplo convertían los infieles á Cristo, mas agora les hacen blasfemar el nombre de Cristo, por faltar la frecuencia y virtud deste mantenimiento. Ésta pues fué la principal causa de la institución deste misterio, la cual muestra bien la necesidad que tenemos dél. Agora veamos más en particular los efectos que óbra en nuestras almas, por lo cual se verá esto más clara y palpablemente.

De los efectos deste sacramento.

§ II

La primera virtud y efecto deste Sacramento es dar gracia: el cual efecto es común á todos los otros sacramentos de la ley de gracia, mas á éste pertenece tan altamente, que por excelencia se llama Eucaristía, que quiere decir, sacramento de gracia. Y la razón desto es (como dice Santo Tomás) porque en este Sacramento está entera y verdaderamente Cristo nuestro Salvador, el cual, así como viniendo corporalmente al mundo, dió al

(1) Psalm. 101.

mundo vida de gracia, así viniendo sacramentalmente al alma, le da también esta misma vida, si no queda por su culpa. Por lo cual paresce que este manjar es un singular remedio que Dios instituyó contra aquel ponzoñoso manjar de que nuestros padres comieron (1). Porque así como de aquél se dijo: En cualquier día que dél comiéredes, moriréis, así por el contrario se dice déste: El que comiere deste pan, vivirá para siempre. Éste pues es el efecto común deste Sacramento.

Tiene otro efecto proprio con que se diferencia de los otros Sacramentos, que es, ser una espiritual refección y restauración del alma que lo recibe. Porque así como el que come cobra nuevas fuerzas y aliento del comer, de tal manera que si estaba flaco y desmayado, se restaura y se rehace de nuevo (por la cual causa el comer se llama refección, que es como una restitución del hombre) así también este manjar es una restauración y renovación de las fuerzas espirituales de nuestra alma, con lo cual cobra nuevo espíritu y aliento para andar en el camino de Dios: y por esto se llama este Sacramento por otro nombre Viático, que quiere decir, provisión de caminantes: porque mediante la virtud deste manjar se rehace el hombre cada día y cobra nuevas fuerzas para andar este camino sin que las dificultades y barrancos que en él hay, le hagan caer ó volver atrás. Por lo cual convenientísimamente es figurado por aquel pan que dió el ángel al profeta Elías, que le dió fuerzas para caminar cuarenta días y cuarenta noches sin cansar, hasta llegar al monte de Dios (2). Estas fuerzas y aliento nos da la virtud de la devoción (causada por este Sacramento) cuyo oficio es sacudir de nuestra alma todo peso, toda dificultad y pereza, y darnos aliento y esfuerzo para los trabajos, y un corazón alegre y prompto para andar por el camino de Dios. Por donde paresce que uno de los principales medios que hay para alcanzar la verdadera y esencial devoción, es la frecuentación deste Sacramento, porque realmente es el Sacramento de devoción, y éste es su proprio efecto.

Tiene también otro efecto este Sacramento, que es deleitar con una maravillosa dulzura el paladar de nuestra alma. Porque no se contentó aquel alto Señor que este Sacramento fuese como purga que diese salud, aunque amargase, sino como manjar sua-

(1) Genes. 2. (2) 1 Reg. 19.

vísimo y pan de ángeles que de tal manera sanase y sustentase nuestras almas, que también las deleitase y animase. Esto convenía así para grandeza de su caridad y para necesidad de nuestro remedio. Porque á las entrañas de su bondad y paternal amor convenía que nos mostrase la dulzura de su caridad en la dulzura deste Sacramento, así como dice el Sabio que mostró á aquéllos á quien mandó maná del cielo (1), que así como era manjar de grandísima suavidad, así declaraba el amor y suavidad del que lo mandaba. Y convenía también esto para nuestro remedio, conviene á saber, para que esta dulzura nos encendiese en el amor de tal Señor y nos hiciese más fácilmente despreciar todas las otras dulzuras. Mas cuán grande sea la suavidad deste Sacramento, dice Sancto Tomás que ninguno lo puede declarar, pues en él se gusta la suavidad espiritual en su misma fuente, que es Cristo: porque no era razón que poniendo Dios tanta suavidad en las otras diferencias de manjares que hay en la tierra para recrear los cuerpos, no pusiese mayor suavidad en este manjar espiritual para las almas de sus amigos y escogidos. Antes está cierto que cuanto este manjar es más noble y se ordena á más alto fin y para criaturas más excelentes, tanto tiene mayor suavidad y mayores deleites, los cuales conoce el que con paladar sano y limpio se llega á él. Y ¡cuitado de aquél que no los ha probado, pasándole cada día la miel por la boca, porque es muy cierta señal que tiene estragado el paladar de su alma!

Tiene también otra maravillosa virtud que se sigue de la pasada, que es mitigarse con este manjar el ardor de nuestras pasiones, que es la mayor medicina que tenemos contra las llamas y incentivos del pecado original: porque como este Sacramento hinche el alma de amor, de devoción, de gusto y suavidad y de deseos del cielo, cuanto más crescen estos deseos, tanto más se diminuyen y menoscaban los otros, y cuanto es mayor el gusto de los bienes espirituales, tanto viene á ser menos el de los sensuales. Por lo cual dice S. Bernardo que el que siente en su alma diminuído el furor de la ira, y las llamas de la lujuria, y el apetito de la honra y de la codicia y de los otros afectos sensuales, y se viere vivir y reinar en paz y tener subyugadas y aquietadas sus

(1) Sapient. 16.

pasiones, entienda ser este beneficio comunicado por la virtud del Sacramento.

Escriben los poetas que una Sibila confeccionó un pan de tal manera que en lanzándolo á la boca del Cancerbero, amansó todas sus furias y lo adormesció de tal manera que cerradas sus tres gargantas infernales, ni ladró ni hizo mal á los que por aquel camino pasaban. Y aunque esta comparación sea fabulosa, es muy propria para dar á entender la virtud inestimable deste Sacramento y la causa de su institución. Porque viendo aquel alto proveedor del mundo (que no falta en las cosas necesarias) que traemos todos dentro de nuestros corazones otro Cancerbero mucho más rabioso que éste, y con otras tres gargantas más hambrientas que aquéllas (que son, apetito de honra, apetito de hacienda, apetito de deleites) para que este cruel monstruo no nos despedazase, instituyó y consagró esta manera de pan y dióle tal virtud que pudiese amansar y adormescer el furor destas pasiones para que del todo no inquietasen y despedazasen nuestras almas. Por donde paresce cuán grande y cuán proporcionado remedio sea éste contra la furia de las pasiones de que arriba tratamos, y cuánta necesidad tenemos deste manjar los que este rabioso can traemos con nosotros: y por consiguiente, cuán grande yerro es espantarse los hombres de los que frecuentan este misterio: porque tanto es esto como maravillarse de aquél que mordido de un perro rabioso va á buscar el saludador, ó el que picado de una serpiente ponzoñosa busca el remedio de la triaca. Mas como los hombres no entiendan la cualidad de su dolencia, ni tampoco conozcan la medicina, porque no tienen experiencia della, maravíllanse de los que heridos acuden á la medicina: porque ni saben qué cosa es herida, ni qué cosa es medicina.

Tiene también otra virtud este Sacramento así para contra la fuerza deste mal como de todos los otros que arriba dijimos, que es una maravillosa fortaleza que se da en este Sacramento contra todos los encuentros y dificultades desta vida. De la cual decía David: Aparejaste, Señor, delante de mis ojos una mesa de sanos manjares, que me da virtud y esfuerzo contra todos los que me atribulan (1). Con esta fortaleza pelearon los mártires y con ésta se esforzaron en sus trabajos, con ésta vencieron en sus batallas

(1) Psalm. 22.

y con ésta triunfaron del mundo. Éste es el pan cocido entre las brasas de la ceniza, de que se escribe en el libro de los Jueces que rodando por una ladera abajo vino á dar sobre las tiendas de Madián y las desbarató y destruyó (1): para que de aquí entendamos que con la virtud deste divino pan prevalescieron los mártires contra las fuerzas de los tiranos, y vencieron y vencen hoy en día todos los escogidos deste mundo. Y si el día de hoy hay pocos mártires y pocos vencedores, es porque son pocos los que se arman de la fuerza de este manjar. Porque como dice Cipriano, no está dispuesto para el martirio aquél á quien este Sacramento no arma para el peligro, y el alma desfallece á quien el Sacramento de la Eucaristía no levanta y enciende.

Y por esto uno de los más saludables consejos que se pueden dar en esta vida es que cuando el hombre se viere cercado de angustias, de tribulaciones, de tentaciones, de peligros y combates del enemigo, acuda á este único y singular remedio que Dios para esto nos dejó. Vi yo personas en medio de grandes tentaciones acudir á esta medicina, y hallarse luego súbita y maravillosamente curados con ella. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de tan piadoso Señor y Padre, cuando su creatura húmilmente y confiadamente se llega á Él y se quiere aprovechar de los remedios que Él para esto le instituyó? ¿Cómo podrá aquí faltar su palabra, su misericordia y su providencia, si no faltare nuestra fe y nuestra esperanza? De manera que todas nuestras miserias y trabajos con este divino pan los habemos de comer, si queremos que no nos amargue. Cocieron los hijos de los profetas una olla de yerbas, y cuando las sacaron para comerlas, amargaron como hiel. Dieron voces al profeta Eliseo que les valiese, y el santo profeta tomó una poca de harina y echóla dentro de la olla, y luego la comida amargosa se hizo dulce, de manera que todos pudieron comer della. Pues el que en las amarguras desta miserable vida y en las dificultades y desabrimientos della desea de hallar consolación, mezcle esta harina del cielo muchas veces con sus trabajos, y tenga por cierto que con esto los endulzará.

Finalmente, por concluir todo en pocas palabras, la principal virtud deste Sacramento es juntar al hombre con Cristo y hacerlo participante dél: quiero decir, hacerlo ha participante de su

(1) Jud. 7.

espíritu, de su virtud, de su gracia, de sus merescimientos y de sus trabajos, porque esto quiere decir estar unido con Cristo y ser uno de sus miembros encorporado con Él. Porque por esta unión tiene lugar esta tan rica comunicación y traspasación. Y esto se hace mediante la virtud de esta sagrada comunión, la cual tiene virtud para causar esta unión y encorporarnos desta manera con Cristo. Y por esta razón quiso Él que se administrase este Sacramento en forma de mantenimiento: porque así como lo que nos aplicamos por vía de mantenimiento, de tal manera es nuestro que nada es más nuestro que eso, porque se viene á convertir en nuestra misma substancia, así también cuando comulgamos comemos á Cristo, conviene á saber, encorporamos y participamos en nosotros su mismo espíritu y su gracia, y con esto venimos á vivir con Él su misma vida. Y eso quiere decir comer á Cristo, conviene á saber, trasladarse el hombre en Cristo y hacerse tal como Él en las costumbres y en la vida por la participación de su gracia. Porque así como á un hombre muy diestro y muy usado en las escuelas de Aristóteles, decimos que paresce que comió á Aristóteles y que es otro Aristóteles, porque está todo trasladado en sus paresceres y doctrinas, así decimos en este sentido que el hombre cuando comulga come á Cristo; esto es, que se hace otro Cristo, porque participa de su espíritu, de su gracia y de la imitación de su misma vida. De donde resulta que el Padre eterno, viendo al hombre así adornado y trasladado en su Hijo, lo ama como á hijo y lo mira como á hijo, y tiene dél providencia paternal, cual el padre tiene de su hijo, y así lo hace heredero de su reino como á verdadero hijo, aunque no natural sino adoptivo, al cual las leyes humanas atribuyen y comunican todos los títulos y privilegios de hijo.

Por donde paresce que el que dignamente frecuenta este misterio, no vive ya por sí, ni se gobierna por sí, sino por el espíritu de Cristo que mora en él, como el mismo Señor lo significó en su Evangelio cuando dijo: Así como mi Padre está en mí, y por esto la vida que yo vivo es conforme á la del Padre que en mí mora, así la vida de aquél en quien yo morare (que es, de aquél que me comiere) será conforme á la mía (1), que será vida no humana sino divina. Por donde paresce que no es otra cosa comulgar sino

(1) Joan. 6.

meter á Cristo por la boca de nuestro cuerpo á la casa de nuestra alma, para que de allí rija y gobierne nuestra vida, pues el gobernador proprio (que era el espíritu del hombre) perdió el tino y la prudencia cuando perdió la inocencia. De suerte que así como en el mar, cuando el piloto es ignorante, ponemos otro en su lugar para que rija el navío, y lo mismo hacemos en la república cuando es mal gobernada, y en la escuela cuando es mal enseñada, y en todas las otras cosas que tienen necesidad de gobernador y maestro, así también conviene hacer en la escuela y república de nuestra alma: y eso es lo que hacemos cuando comulgamos y recibimos á Dios en nosotros. Porque allí le entregamos las riendas y el gobernalle de nuestra vida, como gente inhábil para gobernarla.

Éstos pues son los provechos que se nos siguen desta benditísima unión y participación de Cristo obrada por este Sacramento. Y si preguntares: ¿Por qué quiso Dios que esta comunicación nos viniese por ese medio? Á esto se responde que no hay más razón que por haberlo así querido y gobernado aquel autor general y trocador de todas las cosas: el cual, así como vió que un manjar fué causa de la perdición del mundo, así quiso también que otro fuese su remedio, y que así como quiso que por medio de su Hijo unigénito se redimiese el mundo, así quiso que la gracia desta redempción se comunicase también por este Sacramento. Y esto no sin una maravillosa consonancia: porque así como un hombre fué el que destruyó el mundo, y este mal participan nuestras almas en el punto que se juntan con su carne, porque allí contrae la mácula del pecado, así quiso que otro hombre fuese el que salvase el mundo y que esta salud se comunicase por otro semejante contacto de su purísima carne y sangre: para que así como por aquel triste dominio se hacen los hombres participantes de Adam, así por éste se hiciesen participantes de Cristo. En figura desto leemos en el Evangelio que sanaban los hombres de todas sus enfermedades como tocaban á Cristo (1): para dar á entender que mediante este espiritual tocamiento participan los hombres la virtud, así como mediante el otro participan la malicia de Adam.

(1) Luc. 6.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA ASUNCIÓN

DE NUESTRA SEÑORA

Sobre el Evangelio de Marta y María, que se canta en la misma fiesta.

Entre todas las fiestas que la sancta madre Iglesia celebra de nuestra Señora, ésta es la más gloriosa y que con más razón se puede llamar fiesta. Porque en todas las otras fiestas suyas, por grandes que sean, siempre hubo algún poco de trabajo y amargura, porque todo cuanto hay en esta vida, tiene mezcla del lugar donde estamos, que es lugar de destierro: mas esta fiesta, como no es desta vida sino de la otra, está libre de todas estas mezclas, y no solamente no hay en ella trabajos, mas antes un finiquito de todos ellos y perfectísima remuneración suya.

El Evangelio que se canta en este día, si miráis la letra dél, nada tiene que ver con la fiesta: mas si miráis el espíritu, ninguna cosa podía venir más á propósito della. Trata cómo Cristo entró en un castillo, y cómo una mujer llamada Marta lo recibió en su casa, y cómo ésta tenía otra hermana que se llamaba María, que asentada á los pies del Señor oía sus palabras: de manera que una entendía en apascentar el cuerpo de Cristo con su servicio, y la otra el alma de Cristo con su devoción. Todas estas cosas perfectísimamente competen á nuestra Señora, y todas ellas declaran el galardón que este día recibiría por estos servicios. De manera que ella es el castillo á donde vino Cristo, ella la casa donde fué recibido, ella la Marta que le servía, y ella la María que con silencio oía sus palabras y la que escogió la mejor parte,

que nunca le será quitada. Vayamos pues agora declarando cada cosa déstas.

Primeramente ella es este castillo inexpugnable por razón de su fe y de su fortaleza. Todos los sanctos merescen este nombre, mas ella por excelencia más que todos. Y así se dice della en los Cantares que es así como la torre de David edificada con sus baluartes y con mil escudos que están pendiendo della, y todas las armas de los fuertes (1). Esta torre es el alma desta sacratísima Virgen, llena de toda artillería y municiones del Espíritu Sancto, que es de todos los hábitos infusos y de todas las virtudes y dones suyos, con los cuales estuvo tan armada y guarnecida que toda la potencia del mundo y del infierno nunca podrán tomar una sola almena della, porque no la podrán derribar en un solo pecado venial. Mujer de carne era, y en este mundo vivía, con la gente del mundo conversaba, las necesidades de su cuerpo servía, sobre todos los lazos y peligros deste mundo andaba, y con todo esto tenía el Espíritu Sancto á tan buen recaudo este castillo, que en sesenta años de vida, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en pensar excedió un punto el compás de la razón. Gran cosa fué estar una hora aquellos tres mozos en medio de las llamas del horno de Babilonia sin quemarse ni chamuscarse (2); mas ¡cuánto mayor fué perseverar esta Virgen en medio de todas las llamas deste mundo sesenta años de vida sin chasmuscarse en una sola palabra desmandada! La causa fué estar dentro tan bien reparada y provista, haber en ella todo género de armaduras de fuertes, que son las virtudes y dones de todos los sanctos. Porque regla es de S. Agustín que ninguna gracia fué concedida á algún sancto, que no fuese con mayor ventaja concedida á la madre del Sancto de los sanctos. Veis aquí cómo la Virgen fué castillo.

Fué también casa donde el Hijo de Dios fué recibido y aposentado. Porque aunque sea verdad que todos los justos son casas de Dios, con todo esta Señora por excelencia meresce este nombre, pues en ella moró Dios por especial manera, no sólo en su alma por abundancia de gracia, mas también en su cuerpo tomando della carne humana. Por lo cual con mucha razón se llama por excelencia templo vivo de Dios, tabernáculo de Dios, arca del Testamento, silla de la sabiduría, trono de Salomón y pa-

(1) Cant. 4. (2) Dan. 3.

raíso terrenal del segundo Adam. Ésta es aquella casa de que decía la huéspeda de Eliseo á su marido: Marido, paréceme que este hombre que pasa muchas veces por nuestra casa, es siervo de Dios. Hagámosle un pequeño aposento, y pongámosle en él una cama y una mesa y una silla y un candelero, para que sea bien servido cuando por aquí pasare (1). Éstas son las alhajas que el Espíritu Santo quiso que se aparejasen para este Señor en el alma desta Virgen. El aposento pequeño es su humildad, la cama es la oración, la mesa es el fruto de las buenas obras, la silla es la perseverancia, el candelero con su candela es la luz del buen ejemplo y buena doctrina. Éstas son las cinco principales virtudes desta Sacratísima Virgen, y las que debe tener el cristiano que se convierte á Dios. Porque el primer grado de la vida buena es humillarse y subjectarse á los pies de Dios. El segundo es orar y pedirle su gracia. El tercero es dar fructo de buenas obras, porque no sea todo decir, Señor, Señor, y después iros á pasear. El cuarto, perseverar hasta el cabo en lo comenzado: porque de muchos es el comenzar, y de muy pocos el perseverar. El quinto, después que el hombre ya estuviere aprovechado en sí, trabajar por aprovechar á otros con la luz de la doctrina y del buen ejemplo, cumpliendo aquello del Apocalipsi que dice: El que oye, diga: Ven (2). Desta manera se apareja la casa para Dios, y desta manera la aparejó esta Señora mejor que ninguno. Por donde con justísima razón se llama casa de Dios.

También compete á esta Virgen el nombre de Marta con mucha razón. Porque si Marta es la que algunas veces recibió á Cristo en su casa y le sirvió, ¿cuánto más lo será la que lo aposentó en sus entrañas, la que lo envolvió en pañales, la que lo reclinó en el pesebre, la que lo trajo en sus brazos, la que le dió leche á sus pechos, la que huyó con Él para Egipto, la que trabajó de día y de noche para sustentarlo con el sudor de sus manos, la que lo siguió en la vida, la que lo acompañó en la muerte, la que se halló al pie de la cruz y le sirvió en la sepultura? Si es Marta la que recoge al peregrino y viste al desnudo, ¿cómo no lo será la que tantas veces dió de comer á Cristo, y lo acogió en su casa, y lo vistió de nuestra naturaleza? De aquella mujer fuerte escribe Salomón que hizo una tela de paño de lino y la vendió, y que dió

(1) IV Reg. 4. (2) Apoc. 22.

un cinto al Cananeo (1). ¿Qué tela es ésta, y qué cinta, sino aquella santa humanidad de Cristo, con la cual esta mujer fuerte estrechó y abrevió lo que no cabe en los cielos? Este vestido le vendió el día de su Encarnación, y hoy se lo pagan en el día de su Asumpción, y le dan por él el señorío de todo el mundo.

Y no menos le compete el nombre de María que de Marta, porqua si María es la que está asentada á los pies de Cristo oyendo sus palabras, ¿cómo no lo será la que tantas veces gozó desta misma gloria? ¡Cuántas veces, oh serenísima Virgen, asentada á estos mismos pies oíais de aquella celestial boca la doctrina del cielo! ¡Cuán de buena voluntad enseñaría tal maestro á tal discípula! Grande gusto es para el sembrador emplear sus trabajos en buena tierra, y para el pescador extender las redes en río fértil. Entre nueve bienaventuranzas que cuenta el Sabio, una de ellas es hablar el Señor al oído del que oye (2). Pues ¡cuán de voluntad predicaría este Señor á tales oídos! ¡Cuántas veces asentada á la mesa perdería la Virgen el gusto y el comer, y estaría pasmada viendo comer á su pobre mesa Aquél que mantiene los ángeles en la gloria! ¡Cuántas veces echada junto al niño en la cama, perdería el sueño contemplando cómo dormía la guarda de Israel, cómo dormía el velador del mundo, cómo dormía el que movía los orbes del cielo y gobernaba los imperios del mundo! Si el profeta Esaías perdía el sueño de noche con los deseos de Dios, si el profeta David de noche y de madrugada despertaba (3) con estos mismos cuidados, ¿qué haría aquélla que tanta mayor gracia tenía y tanto más presente estaba al que amaba su alma?

Si el oficio de María es contemplar en Dios, ¿cuándo dejó esta Virgen de contemplar en Él por más ocupada que estuviese? De aquellos monjes de Egipto escribe Casiano que estando trabajando con las manos, no dejaban por eso de contemplar en Dios, haciendo con las manos el oficio de Marta y con el corazón el de María. De un compañero de S. Francisco se escribe que era como la golondrina, de la cual dicen que volando come: para dar á entender que el trabajo de la ocupación no le impedía el vuelo de la contemplación, sino que juntamente hacía lo uno y lo otro. De aquellos sanctos animales de Ezequiel se dice que tenía

(1) Prov. 32. (2) Eccli. 15. (3) Psalm. 54.

cada uno la mano metida debajo del ala (1): para dar á entender que los varones perfectos traen la mano de la operación debajo del ala de la contemplación, sin apartarse lo uno de lo otro, porque obrando contemplan, y contemplando obran. S. Buenaventura aconseja á los varones devotos que cuando cuidaren de algún enfermo, ó entendieren en alguna otra obra de misericordia, que realmente piensen que aquel enfermo es la misma persona de Cristo, y que así le sirvan como servirían al mismo Cristo, y que desta manera no se distraerán con las obras exteriores, antes juntarán la vida activa y la contemplativa. Pues si esto hacían los sanctos, y esto se aconseja á todos los buenos, ¿qué haría aquella Sancta de los sanctos, aquélla que no tenía necesidad de imaginar que el prójimo era Cristo, pues traía delante al mismo Cristo? Si la Magdalena acabando de salir del pecado, con tantas lágrimas y devoción lavaba los pies de Cristo, y los enjugaba con sus cabellos, y los ungía con ungüento, no diminuyendo con esta obra exterior la contemplación interior, mas antes acrecentándose lo uno con lo otro, ¿qué os parece que pasaría en el corazón de la Virgen cuando envolvía en pañales al niño y lo desenvolvía, cuando lo arrullaba, cuando lo halagaba, cuando lo calentaba y cuando entendía en todos los otros servicios? No estaba por cierto por entonces ocioso el corazón de la Virgen en medio de tantos misterios, como claramente nos lo significó el Evangelista cuando dijo: María conservaba todas estas cosas tratándolas y confiriéndolas en su corazón (2).

Pues la que tales y tantos servicios hizo, ¿qué gloria recibirá este día? Porque por eso se canta hoy este Evangelio, donde en figura destas dos mujeres se representan los servicios desta Virgen: para que por la grandeza de sus servicios se entienda la grandeza del galardón desta Señora, conforme á sus servicios, y conforme á su humildad, y conforme á su dignidad, y conforme á sus trabajos. Los servicios fueron los mayores del mundo, y así le competirá el mayor lugar del mundo. La humildad la mayor de todas, y así la gloria será la mayor de todas. Porque si Lucifer por ser el mayor de los soberbios cayó en el más bajo lugar del mundo, la que fué la más humilde de las humildes, ¿dónde estará sino en el más alto lugar del mundo? Item si es honra del hijo

(1) Ezech 1. (2) Lucæ 2.

la honra de su madre, y deshonra del hijo (como dice el sabio (1) el padre sin honra, ¿qué lugar tendría guardado tal hijo para tal madre, pues la honra della es honra dél? Y si es verdad, como dice el Apóstol (2), que cada uno recibirá su galardón según sus trabajos, ¿qué galardón recibirá hoy quien tantos trabajos padesció? Trabajos en la circuncisión del hijo, trabajos en las profecías de Simeón, trabajos en la huída de Egipto, trabajos en la pérdida del templo, trabajos en las persecuciones de la vida, trabajos en los dolores de la muerte, trabajos en el desamparo de la sepultura, y sobre todo esto trabajos y soledades suyas después en doce años de vida. Mas este último trabajo ¿quién lo entenderá? Entenderlo ha aquél que se quejaba diciendo (3): ¡Ay de mí, que mi morada se prolongó mucho en esta vida! Entenderlo ha aquél que decía: Deseo ser desatado y verme con Cristo (4). Sentencia común es de los doctores, que uno de los mayores trabajos que los sanctos pasaron en esta vida, fué vivir después que conocieron á Dios. Pues ¿qué haría esta Señora, que era mucho más sancta que ellos y que tanto más deseaba verse con Cristo? Si moría la madre de Tobías con deseos de ver á su hijo, ¿qué haría la madre de Cristo? Si es común voz de todos los sanctos, así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti, Dios (5), ¿qué esperas que diría la madre del mismo Dios? Solo Él sabe lo que esta Virgen en este tiempo padesció. Solo Él sabe lo que en este tiempo su corazón sentía, cuando en la oración dominical decía: Vénganos el tu reino (6), y también la resignación de su obediencia cuando decía: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Pues ¿por qué, Señor, quisistes que esta inocentísima Virgen tales trabajos padesciese, y que tanto tiempo fuese mártir? Todo esto fué, hermanos, para nuestro provecho: como lo fueron las pasiones del Hijo, así las de la madre. Quiso Él que esta Virgen fuese general ejemplo y consolación de todas las mujeres del mundo. Quiso que fuese ejemplo de las vírgines siendo virgen, y de las casadas siendo casada, y de las viudas y desamparadas viviendo desta manera, viuda y sola, para que las que así se hallasen, se consolasen con su ejemplo y le pidiesen confiadamente socorro, creyendo que así como el Hijo por haber sido en este mundo atribulado, sabe socorrer á los atribulados, así también la madre por haberse vis-

(1) Eccli. 3. (2) 2 Cor. 5. (3) Psalm. 119. (4) Philip. 1. (5) Psalm. 41. (6) Matth. 6.

to sola y viuda, sabrá socorrer á las viudas. Pues si el galardón de Dios ha de ser conforme á los trabajos y conforme á los servicios y merescimientos, quien tales merescimientos tuvo, ¿qué galardón recibirá? No hay aquí que responder más de lo que S. Bernardo dice, que así como la Virgen hospedó á Cristo cuando vino á este mundo, en el mejor lugar del mundo, que fué su templo virginal, así cuando ella subió deste mundo al cielo, fué aposentada en el mejor lugar del cielo, que fué á mano derecha de su Hijo, para que ya pueda decir con la esposa: Á la sombra de mi deseado estoy sentada, y su fruto es dulce á mi garganta (1).

Mas ¿qué lengua podrá explicar los privilegios deste día y la gloria desta subida? Un privilegio dice San Dionisio que fué hallarse todos los Apóstoles presentes á la hora de su fallescimiento: lo cual para ella sería materia de grande consolación, y para ellos de grandísima soledad viendo que ya entonces quedaban del todo huérfanos de padre y madre y de todo género de consolación. Otro privilegio fué ser llevada al cielo en cuerpo y alma juntamente, y que su carne no viese la corrupción (2), como la carne del Hijo. Porque dado caso que ella también murió, como murió el Hijo, luego también resucitó, como Él resucitó. Lo cual afirma San Agustín diciendo: Aquella purísima carne de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen, así como no lo puedo creer, así no lo oso decir. Otro privilegio fué la fiesta y recibimiento que en este día de hoy se haría á la salida deste mundo y subida al cielo. ¡Quién se hallara en aquella procesión tan gloriosa, y gozara de aquella solemnidad, para dar más ciertas nuevas de lo que allí pasaría! Mas no podemos hablar desta materia sino por argumentos y conjecturas. Leemos de algunos sanctos que después de fallescer desta vida, fueron acompañados de los ángeles hasta la gloria, como se escribe en el Evangelio de aquel pobre Lázaro que fué llevado por los ángeles al seno de Abraham (3). Leemos del bienaventurado S. Martín que fué llevado con voces y cánticos celestiales hasta el lugar de la sepultura. Pues si esta manera de honra se hizo á los sanctos, ¿qué se hará á la madre del Sancto de los sanctos? Porque tres cosas movían y obligaban á los sanctos á festejar este día: la primera, la grandeza de la sanctidad y

(1) Cant. 2. (2) Psalm. 15. (3) Luc. 16.

merescimientos desta Virgen: la segunda, ser ella madre de aquel Señor que ellos aman sobre todo amor, y por cuyo servicio desean hacer todo lo posible: la tercera, porque fué ella la medianera de su gloria, por cuyas manos recibieron el fruto de la vida. Pues teniendo esto en medio, ¿qué os paresce que harían el día de su coronación, el día en que se ofrescía ocasión de mostrar su agradescimiento y sus voluntades para con el Hijo y para con la Madre? ¡Con qué alegría la saldrían á recibir al medio de esos aires! ¡Cuál sería aquel recibimiento! ¡Qué voces! ¡Qué loores! ¡Qué melodías! ¡Qué música! ¡Qué contentamientos! Escríbese en el libro de los Reyes que cuando pasó David el arca del testamento al lugar que le había aparejado, que fué grandísima la fiesta que le hizo, y que desta manera llevaban el arca de Dios de Israel con clamores y júbilos (1). Pues si esta fiesta se hizo al llevar desta arca material á su lugar, ¿qué harían cuando llevasen esta arca espiritual, donde el mismo Dios estuvo depositado, al lugar que le tenía aparejado desde el principio del mundo? ¿Y qué sería juntamente con esto ver las voces y aclamaciones y espantos de los ángeles, cuando viesen una criatura de tan baja especie como es una mujer nascida y criada en este mundo, transcender todas las criaturas, y dejar atrás todos los coros de los ángeles, y poner su silla al lado de Dios? Ésta sin duda era para ellos cosa de grande espanto y admiración. Porque no se maravillan los hombres de ver volar un ave por cima de una torre, y maravíllanse de ver andar un hombre por cima de una maroma. No se maravillan de ver un cortesano hablar discretamente: mas maravíllanse de ver hablar así á un rústico aldeano. Pues así los sanctos ángeles no se maravillan de ver otros ángeles, que son altísimos y purísimos espíritus nascidos y criados en el cielo, volar sobre las estrellas del cielo y exceder á todas las creaturas en pureza y gloria: mas maravíllanse (y con mucha razón) de ver una mujer de carne (que es la más baja de todas las criaturas racionales) nascida y criada en este mundo, subir á tan grande gloria y pureza, que las estrellas no están limpias en su presencia. Y así maravillados desta grande novedad comienzan á decir entre sí (2): ¿Quién es ésta que sube del desierto llena de tantos deleites, recostada sobre su amado? Otros, considerando

(1) 2 Reg. 6. (2) Cant. 8.

la multitud de sus virtudes, decían: ¿Quién es ésta que sale como pebete, que se hace de mirra y encienso y de otros polvos olorosos? Otros, considerando la grandeza de su resplandor y hermosura, decían: ¿Quién es ésta que sube como la mañana que se levanta, escogida como el sol y terrible como reales de ejércitos bien ordenados?

Pues ¿qué sería sobre todo esto ver las alegrías deste día? Ésta me parece que es la cosa en que más pone hoy los ojos toda la Iglesia y todo corazón devoto, ver aquí hoy el alegría de los ángeles, el alegría de los hombres, el alegría de los patriarcas y profetas, el alegría de Cristo y de su madre. ¡Cuál sería el alegría de los ángeles, viendo la gloria desta Señora y acordándose que por ella fueron restauradas sus sillas! ¡Cuál sería la de los hombres, viendo que por ella fueron redimidos! ¡Cuál sería la de los profetas, viendo ya presente con sus ojos lo que tantos mil años antes tenían visto en espíritu! ¡Cuál la de los patriarcas, viendo aquella estrella de Jacob, cuyo resplandor alumbraba sus almas, cuya esperanza sostenía sus vidas, y cuya memoria los consolaba en su muerte! ¡Con qué devoción, cuando la viesen presente, le dirían aquellas palabras que en su figura fueron dichas á la sancta Judit (1): tú gloria de Jerusalem, tú alegría de Israel, tú honra de nuestro pueblo. Bendita eres tú, hija, en el Señor, porque por ti gozamos el fruto de la vida!

Mas sobre todas estas alegrías, ¿quién podrá explicar el alegría de aquel natural corazón, cuando viese ante sus ojos al hijo tan amado y tan deseado, cuando lo adorase y abrazase, y le diese paz en el rostro, y viese cuán dulcemente la llamaba y convidaba diciendo: Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven (2). Porque el invierno es ya pasado, las aguas y torbellinos cesaron ya, y las flores aparescieron en nuestra tierra? ¿Qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó esta alegría? Si cuando el patriarca Jacob vió al hijo que tenía por muerto, vivo y señor de toda la tierra de Egipto, prorrumpió en aquellas palabras de tanta alegría: ya, hijo, moriré alegre, porque vi tu cara y te dejo sano (3), ¿qué haría esta Virgen cuando á cabo de doce años que de día y de noche moría por la presencia del Hijo, lo viese ante sí glorioso y señor de todo lo criado? ¡Oh, por cuán

---

(1) Judith 5. (2) Cant. 2. (3) Gen. 46.

bien empleadas daríais entonces vuestras lágrimas, vuestros dolores, vuestros caminos, vuestros ayunos y vuestros trabajos! ¡Oh dichosas lágrimas, que merescieron tal consolación! ¡Dichosos ayunos, que merescieron tal hartura! ¡Dichosos trabajos, á que se ofresce tal galardón! Pues el alegría del Hijo en ver á la dulcísima madre ya despenada y descansada, ¿quién la entenderá? Porque cuanto era mayor la caridad del Hijo que la de la madre, y cuanto es mayor gloria para Dios hacer mercedes, que la creatura recibirlas, tanto mayor fué aquí la alegría del Hijo que la de su madre, por grandísima que fuese.

Pues el lugar donde la colocaron, ¿cuál será? ¿En cuál de los coros será colocada? Porque todos los coros tienen opción y derecho para pedirla. Los hombres dicen que á ellos pertenece, por ser de linaje de hombres. Los ángeles dicen que á ellos pertenece, porque aunque en la naturaleza fuese hombre, en la pureza de la vida fué más que ángel. Pues entre los hombres, las vírgines la piden para sí, porque fué guía y reina de las vírgines. Los mártires la piden para sí, porque fué más que mártir. Los Apóstoles la piden para sí, porque fué señora y maestra de los Apóstoles, y así todos los demás. Á esta demanda se da por respuesta que no pertenecía á la dignidad singular de la madre de Dios estar en compañía de otros, sino que ella esté por sí sola y haga coro por sí, donde no tenga compañía alguna, sino que sea singular en la gloria así como fué singular en vida, y así fué colocada al lado de su amantísimo Hijo, como en figura se representó en la madre de Salomón, que entrando una vez á ver á su hijo, levantóse el hijo á recibirla, y púsose un trono al par del trono del hijo, y allí se sentó al par de la madre, y allí le dijo que pidiese lo que quisiese, porque no era razón que tal hijo á tal madre negase alguna cosa. Pues aquí es hoy colocada esta Señora, aquí está, aquí reside para gloria suya y gloria nuestra, gozando de su Hijo y procurando por su pueblo. Á ella pues nos acojamos en todos nuestros trabajos, á ella oremos, á ella nos encomendemos, á ella tomemos por medianera para con el medianero. Al Padre roguemos por el Hijo, al Hijo por la Madre, para que por sus oraciones merezcamos alcanzar en este mundo gracia y después gloria. Amén.

¶ En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora se puede leer el sermón que está abajo en la fiesta de la Concepción.

SERMÓN EN LA FIESTA
DE
TODOS LOS SANTOS
DE LA
BIENAVENTURANZA DE SU GLORIA

Sobre las últimas palabras del Evangelio que dicen:

Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en el reino de los cielos.

Una de las cosas que más suele mover los hombres á todo género de trabajos, es la esperanza del galardón. Porque como sea tan grande la fuerza del amor proprio, cada vez que se le pone algún bien delante, luego da de espuelas al corazón para que se ponga á cualquier trabajo por él. Por donde paresce que una de las cosas que más parte es para inclinar nuestro corazón al amor de la virtud, es la grandeza del galardón: con el cual convida el Salvador en el santo Evangelio de hoy á sus discípulos, poniéndole su proprio galardón al cabo de cada bienaventuranza, y añadiendo al fin de todas ellas estas palabras: Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en el reino de los cielos. Por lo cual no será fuera de propósito tratar hoy desta materia así por esta razón como también por la fiesta que hoy celebra la sancta madre Iglesia de todos los sanctos, de cuya bienaventuranza conviene hoy tratar. Pues cuán grande sea este galardón y esta gloria, no hay lenguas de ángeles ni de hombres que lo puedan explicar: porque como dice el Apóstol, ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón de hombre mortal puede comprehender lo que tiene Dios aparejado para los que lo temen. Porque como dice S. Gregorio, ¿qué lengua podrá explicar, ni qué entendimiento comprehender cuán grandes sean los gozos de aquella ciudad soberana, qué cosa sea ver á los hombres entre los coros de los ángeles, asistir con aquellos bienaventurados espíritus á la gloria

del Criador, ver la cara de Dios presente, gozar de aquella claridad infinita y vivir ya sin recelo de muerte? Mas dado caso que ninguna destas cosas se pueda explicar como ella es, todavía hay algunas señales y conjecturas por donde se entiende algo desto, como es la excelencia del artífice desta obra, el tiempo que gastó en ella, el fin para que la hizo, la nobleza del hacedor, el precio que nos pide por ella, con otras cosas semejantes, de las cuales será bien que tratemos en este sermón.

Y cuanto á lo primero, el artífice desta obra es Dios, cuyo poder es infinito, cuya sabiduría no tiene número, cuya bondad es sin término, cuya obra es todo lo criado, así visible como invisible. Pues, ¿qué será la que saldrá de una oficina donde intervienen tales tres oficiales como éstos, conviene á saber, poder infinito, saber infinito y bondad infinita: donde el Espíritu Sancto con su bondad inmensa quiere dar á los buenos todo género de descanso, y el Hijo con su saber infinito sabe también ordenar en qué se les dé, y el Padre con su poder infinito es poderoso para obrar todo lo que quisiere? Por esto con mucha razón exclama el Profeta diciendo: ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Jacob, y tus tiendas, oh Israel! Como los valles plantados de muy frescos arbolados, como los jardines de regadío á par de los ríos, como los cedros que están junto á las aguas y como los edificios fundados por mano de Dios y no de hombres (1). En las cuales palabras da á entender que lo que va de Dios á hombre, eso va de las obras de Dios á las de los hombres. Lo cual aún parescerá más claro si consideráis cuántos millares de años hay que entiende Dios en esta obra, pues desde el principio del mundo hasta hoy y hasta que se acabe, nunca alzó ni alzará las manos della. De toda la fábrica deste mundo dice el Sabio: El que vive para siempre, crió todas las cosas juntamente (2). Y el Psalmista dice: Él dijo, y fueron hechas todas las cosas: mandó, y fueron luego criadas (3). De manera que no gastó más tiempo en hacerlas que en decirlo· Mas en esta altísima obra ¡cuánto tiempo predicó! ¡Cuántas palabras tiene dicho! ¡Cuántos trabajos tiene pasado! ¡Qué sudores le tiene costado! ¡Cuánta sangre tiene derramado! Poneos á considerar cuánta sea la variedad de sanctos que hasta agora hubo en el mundo, cuánta la multitud de profetas, de mártires, de confe-

(1) Num. 24. (2) Eccli. 18. (3) Psalm. 148.

sores, de frailes, de casados, de continentes, de vírgines y de otros muchos sanctos: porque no son todos otra cosa sino unas piedras ricas para asentar en aquel templo vivo y en aquella ciudad de paz, labradas con tantas diferencias de labores cuantas maneras de virtudes y gracias obró en ellos el Espíritu Sancto. Pues si este mundo que en tan breve espacio fué criado, salió tan acabado y tan hermoso como vemos, ¿qué tal será estotro donde tantos millares de años se empleó y emplea cada día el saber de Dios? Considerad también el fin para que fué hecha esta obra, que es para honra y gloria de todos los escogidos. Para lo cual es necesario que entendamos cuánto es lo que este Señor se precia de honrar á sus amigos. Esto es una cosa que excede todo lo que se puede encarescer. Si no, mirad cuánto es lo que honró aun en este mundo á sus amigos: puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas. ¡Qué cosa es ver al capitán Josué mandar al sol que parase en medio del cielo y que como si él tuviera las riendas en la mano, así lo hiciese detener, obedesciendo Dios, como dice la Escriptura (1), á la voz de un hombre! ¡Qué cosa es ver al profeta Esaías dar á escoger al rey Ecequías (2) qué quería que hiciese del mismo sol, si quería que le mandase volver atrás, ó ir adelante! ¡Qué cosa más admirable que ver á un hombre en la tierra obrar en el cielo, mandar á las estrellas, mudar el curso de los planetas y alterar los caminos y leyes de aquellos orbes celestiales, guardados por tantos siglos! Y siendo el sol un gobernalle del mundo, por quien aquel gran maestro gobierna y rige todas las cosas, ¡que entregue Él este gobernalle en las manos de un hombre para que por su albedrío lo vuelva y revuelva como él quisiere! ¿Qué es esto sino poner toda la máquina del mundo en las manos de un hombre? Y lo que más es aún, que no sólo en vida sino también en muerte honró tanto los huesos y cenizas de sus escogidos, que les dió este mismo poder y señorío. ¿Quién no alaba á Dios viendo los huesos de Eliseo muerto (3) resuscitar á los muertos? ¿Quién no conoce los regalos de Dios para con sus sanctos, cuando lee que se dividía el mar y huían las aguas en cada un año en el día de la pasión de S. Clemente, por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padeció trabajos por su amor? Á la ca-

(1) Josué 10. (2) Esai. 38. (3) 4 Reg. 13.

dena que tocó los miembros de S. Pedro, quiso Él que se hiciese fiesta en toda la Iglesia: para que se vea cuánto estima Él los cuerpos y las almas de los suyos, pues aun las cadenas infames de los ladrones, por haber tocado sus cuerpos, quiere que se tengan en tanta veneración.

Mas ¿qué es todo esto en comparación de aquella honra tan singular que hizo Dios, no ya á la cadena deste Apóstol, no á sus huesos y á su cuerpo, sino á la misma sombra de su cuerpo (1), á la cual dió señorío sobre las leyes del cielo y de la tierra, queriendo que no solamente Pedro fuese omnipotente en su manera como Dios, sino que su sombra también lo fuese?

Pues si en tanta manera es Dios amigo de honrar los sanctos (aun en el tiempo y lugar que no es proprio de galardonar sino de trabajar) y con esto se ajunta que su poder y sabiduría es infinita, para que pueda y sepa hacer todo lo que quisiere, ¿qué tal será aquel lugar que Él tiene deputado para honrar á sus sanctos y para ser honrado en ellos? Verdaderamente no hay lengua que esto pueda declarar. Sobre todo esto considera cuán magnífico sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mira cuán bien pagada fué aun en este mundo aquella red que dejó S. Pedro, cuán honradas las injurias de S. Pablo y cuán enriquecida por todo el mundo la pobreza de S. Francisco. Grande fué aquel servicio que hizo á Dios el patriarca Abraham en estar aparejado para ofrescerle un solo hijo que tenía, en sacrificio (2). Mas ¿de qué manera le pagaron este servicio? Por aquel hijo le prometieron más hijos que las estrellas del cielo y que el polvo de la tierra, y lo que más es, por el sacrificio de aquel hijo le prometieron el sacrificio del Hijo de Dios, porque todas las generaciones del mundo fuesen benditas. ¿Quién podrá decir cuán bien pagados fueron los servicios de David así en esta vida como en la otra, y así en él como en toda su generación? Por una sola cosa que determinó hacer á Dios, le prometió bajo juramento una casa perpetua y un reino eterno (3) que se perpetuaría en toda su generación hasta venir á parar en el reino de Cristo hijo suyo, que para siempre reinaría en el mundo. Todo esto declara la realeza y magnificencia de aquel corazón divino, para pagar y agradescer lo que se hace por Él. Pues si no es otra cosa la gloria sino una

(1) Actuum 5. (2) Genes. 22. (3) Psalm. 131.

gratificación y paga universal de los servicios de todos los sanctos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podremos por aquí imaginar que será esta gloria? Allende desto debéis también considerar cuán grande sea el precio que Dios pidió por esta gloria, siendo como es de sí mismo tan magnífico. No pidió menos que la muerte y los trabajos de su proprio Hijo, ni tenía otra cosa por donde por vía de justicia se pudiera dar. De manera que por las tristezas de Dios se da al hombre alegría de Dios, y por trabajos y muerte de Dios se da vida y gloria del mismo Dios. Porque Él estuvo entre dos ladrones, se te da á ti que estés en compañía de ángeles, y porque Él estuvo arrimado al tronco estéril de un madero, se te da á ti que vengas á estar unido con Dios en el cielo. Pues dime, si se puede decir, ¿qué tal bien es aquél que para que te lo diesen, fué necesario que Dios fuese preso, y azotado, y abofeteado, y escarnescido, y justiciado, y puesto entre ladrones? Más declara esto la grandeza deste bien, que todo cuanto más dél se puede decir. Y aun sobre todo esto se nos pide como por contrapeso que tomemos nosotros también nuestra cruz á cuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare, y que estemos aparejados para morir una y mil muertes antes que hacer un pecado, y que con ninguna cosa criada tengamos ley sino con solo Dios. Si alguno (dice Él) viniere á mí, y no aborresciere á su padre y á su madre y á su mujer y á sus hijos y á sus hermanos y hermanas, y sobre todo esto á su misma vida, no puede ser discípulo mío (1). Y lo que más es de maravillar, que después de todo esto hecho por nuestra parte, dice aquel magnífico Señor que nos da la gloria de gracia, habiendo pedido por ella lo último que se puede pedir. Y así dice por S. Juan en el Apocalipsi: Yo soy principio y fin de todas las cosas, y yo daré al que tuviere sed, á beber del agua de la vida graciosamente (2). Conforme á lo cual dice el Apóstol: Gracia y dádiva de Dios es la vida eterna (3). Pues dime agora, ¿qué tal bien será aquél por que tanto se pide, y que después de todo esto dado, nos digan que se da de gracia! Finalmente, porque lo diga todo en una palabra, has de saber que este bien es bien universal y universalmente participado. Para cuyo entendimiento has de notar que los bienes desta vida no son más que bienes particulares, porque ninguno encie-

(1) Matth. 10 (2) Apoc. 1. (3) Rom. 6.

rra en sí todos los bienes, sino alguna pequeña parte de bien. Unos traen consigo honestidad, otros provecho, otros deleite, otros honra, otros hermosura, otros salud, y otros otras perfecciones particulares, cada uno según es. Mas aquel soberano bien decimos que es universal, porque en él están todos los bienes, toda la hermosura y todas las perfecciones de las cosas criadas por muy más excelente manera que están en sí mismas. Es como un árbol que lleva todas las frutas, como una flor que tiene todas las gracias, como un manjar que tiene todos los sabores y como un piélago para donde corren todas las aguas. Finalmente es un tal bien, que él solo basta para dar mayor hartura y contentamiento á la voluntad, que todos los bienes juntos que se poseyesen. Porque así como el sol, no siendo más que un solo planeta, tiene más claridad y luz que todas las otras estrellas y planetas, y así es más parte para esclarescer y alegrar el mundo que todas ellas, así aquel Sol de claridad eterna de todas las perfecciones es más parte para beatificar y alegrar á los sanctos que la posesión universal de todos los bienes. Porque si esta ventaja tan grande hace una criatura á otras criaturas, ¿qué hará el mismo criador y señor de todo? Pues dime agora: si una sola gota de un bien particular de los de acá (como es alguna grande honra, ó deleite, ó hermosura de alguna creatura) basta (según cada día vemos) para embobar á los hombres y sacarlos fuera de sí, ¿qué sería si se encontrasen con un bien universal en que estuviesen todos los bienes juntos por una tan excelente manera, y supiesen que habían de gozar dél para siempre sin recelo de jamás perderlo? ¿Qué tales andarían? ¿Qué harían, qué darían, qué no padescerían por este bien? Pues no sólo es este bien universal, sino es también universalmente participado. Para lo cual has de notar que los bienes desta vida, así como son particulares, así dan contentamiento á particulares sentidos. Unos deleitan la vista con su hermosura, otros los oídos con su melodía, otros las narices con su suavidad, otros el gusto con su dulzura, otros el entendimiento con su nobleza, otros la voluntad con su perfección, y así cada uno de nuestros sentidos por la mayor parte está casado con alguno destos bienes con tan estrecho vínculo de matrimonio, que no quiere admitir otros amores y deleites sino los de sus proprios objectos. Mas aquel bien infinito, así como es universal, así es universalmente participado en todas las potencias de nuestra

alma y en todos los sentidos de nuestro cuerpo, que todo el hombre parte por parte y sentido por sentido goza dél: y esto, no por tasa ni por medida, sino con tanta abundancia, que así como la tierra harta de agua deja correr por cima la que no puede beber, así el alma del bienaventurado vendrá á participar tanto desta gloria, que no quede en ella cosa que no esté llena y empapada en ella. Si no, dime: si tomases agora una manzana mondada por todas partes, y la echases en un gran vaso de azúcar que estuviese hirviendo, ¿qué tal saldría de allí al cabo de muchos días sino hecha un puro terrón de azúcar? Pues así aquellos cuerpos y almas de los sanctos gozando y participando en todas sus potencias y sentidos la gloria de Dios, ¿qué tales han de estar sino transformados en Dios y hechos dioses? Sobre todo esto has de considerar que toda esta multitud de bienes que este bien universal en sí encierra, se concibe y goza toda junta, sin que la atención y gusto de una cosa impida el gusto de la otra. Y en esta vida no se halla esta manera de gozo, porque es tan estrecha la capacidad de nuestra alma, que no pueden entrar en ella las cosas juntas, sino hilo á hilo, una á una, ni tampoco se pueden gozar juntas, porque la atención y gusto de una no da lugar al de las otras, como vemos por experiencia que estando muy atentos á una cosa, no vemos lo que pasa delante de los ojos. Mas en aquella bienaventurada vida todos los bienes se poseen juntos y se gozan juntos, y del gozo de todos resulta una alegría común, como una música que de muchas voces está compuesta. Pues según esto, ¿qué será ver allí de una vista la hermosura de aquella ciudad, la gloria de aquellos ciudadanos, la cara del criador, la gracia de aquellos edificios, la riqueza de aquellos palacios y la alegría común de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos ángeles, la autoridad de aquel sacro senado y la majestad de aquellos nobles ancianos que vió San Juan (1) asentados en sus tronos en presencia de Dios? ¿Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces como la de acá, sino de tantas diferencias de voces cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oirlos cantar aquella suavísima cantiga que les oyó San Juan en el Apocalipsi (2) cuando decían: Bendición, y clari-

(1) Apocal. 4. (2) Apocal. 7.

dad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud, y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos, Amén? Y si es muy dulce de oir esta consonancia y harmonía de voces, ¿cuánto más lo será ver la harmonía de los cuerpos y almas tan conformes? ¿Cuánto más dulce la de los hombres y ángeles? ¿Y cuánto más dulce la de los hombres y Dios? ¿Qué gloria será ver aquel cordero sin mancilla, y ver en pos dél tantos coros de vírgines siguiéndolo por doquiera que va, vestidos de blanco con sus palmas en las manos, y coronas de pureza en sus cabezas (1), cantando un cantar que ninguno puede cantar sino solos ellos? ¿Qué procesión es ésta para no tener por bienaventurados los ojos que la miraren y los que se hallaren en ella? ¡Oh con cuán breve contienda se gana tan grande gloria! ¿Y qué será sobre todo esto ver aquellos campos de hermosura, aquellas fuentes de vida y aquellos pastos abundosos (2) sobre los montes de Israel? ¿Qué será sentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su misma gloria? Allí comerán y gozarán, cantarán y alabarán, y entrando y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Allí estará asentado el sagrado coro de los Apóstoles, allí el número de los Profetas, allí el ejército poderoso de los mártires, gozando para siempre de sus gloriosos triunfos. Allí estarán remunerados los misericordiosos que recibiendo á su mesa los pobres peregrinos mandaron sus patrimonios á los tesoros del cielo, y echado su pan sobre las aguas que corrían, vinieron después de mucho tiempo á hallar lo que por Dios derramaron.

Veis aquí, hermanos míos, los bienes que tiene Dios prometidos y guardados para los suyos. Por donde no sé qué excusa tienen los amadores deste mundo, si no es decir lo que en otro tiempo alegaban los malos contra los profetas diciendo que todo lo que de parte de Dios amenazaban y prometían eran cosas que se habían de cumplir muy á lo lejos. Mas esto no tiene ya lugar, porque ya no es lo que solía en el tiempo de la ley, cuando tan lejos tiraban las esperanzas de los justos, aguardando la pasión y muerte del Sumo Sacerdote y Pontífice de los bienes venideros, para que por ella se diese libertad y perdón á los culpados. Por esto morían todos los que entonces morían con este deseo, como

---

(1) Apocal. 14. (2) Ezech. 34.

murió el patriarca Jacob, que acabó la vida diciendo: Tu salud esperaré, Señor (1). En figura de lo cual mandó Dios á Moisés que se subiese á lo alto de un monte, y que desde allí viese la tierra de promisión y se contentase con eso, sin poner los pies en ella (2). Desta manera morían los padres antiguos, con este deseo, sin gozar desta heredad, contentándose con sólo mirarla de lejos y esperar que algún día aportarían á ella. Ya pasó esta esperanza tan prolija, porque ya murió el Sumo Sacerdote del mundo, y por esto el plazo que se nos da, no es esperar el tiempo de su muerte, sino la hora de la nuestra. Breve es por cierto este plazo, porque breves son los días del hombre. Pues si se tenía por dichoso el otro filósofo por haber nascido en tiempo de Sócrates, de quien se le podía pegar una poca de virtud, ¿cuánto más dichoso será el cristiano que nasció en el tiempo de Cristo, donde tantos bienes nos vinieron y donde especialmente no es necesario aguardar tantos años en el limbo, esperando el día de nuestra redención? ¡Oh bien no conocido ni estimado en el mundo! ¿Cómo no se comenzará desde agora á alegrar el justo, pues tan cerca tiene el día de su coronación? Díme, ruégote: ¿por qué se estima tanto un hijo mayorazgo, y se le hace tanta cortesía, y se le ofrecen tan honrados casamientos? No cierto por lo que posee al presente, sino por lo que poseerá en adelante, acabada una sola vida que está en medio. Pues ¿por qué no se tendrá ya por rico y bienaventurado el que no aguarda más que su sola vida para ser heredero de Cristo? Aquél heredará cuando su padre muriere: tú heredarás cuando tú murieres. ¿Es esto más que una vida de dilación? Pues si aquél, no por lo que es, sino por lo que espera ser, acabado este plazo tan corto, no es menos honrado que si ya tuviese la posesión de lo que espera, ¿por qué no se alegrará también el justo, pues al cabo de otro plazo tan corto espera un mayorazgo tan grande? ¿No dice el Profeta (3) que cuando el Señor mandare á sus amados el sueño de la muerte, entonces se llega el día de su heredad? Pues ¿qué otra heredad es ésta sino el reino de los cielos y el mismo Señor dellos, como el Profeta lo significó diciendo (4): El Señor mismo será su posesión y heredad?

Pues corred, hermanos, agora que es tiempo, y daos priesa por alcanzar este tan grande bien. No os embaracen los cuidados

---

(1) Genes. 49. (2) Deuter. 32. (3) Psalm. 126. (4) Deuter. 18.

de la hacienda, no os engañen las promesas del mundo, no os detengan los halagos de vuestra carne. Cortad presto todas las amarras deste mundo, y no os pongáis á desatarlas, y volad al puerto de la salud. Desnudos y como quiera que os halláredes, tomad este camino, y el que estuviere ya en lo alto, no descienda á tomar nada de su casa (1), porque toda priesa aquí es tardanza, y más ligeramente caminará el que se hallare más desnudo. Si os parece que os queda mucho en el mundo, Cristo es suficiente recompensa de todo: por cuyo amor es poco todo lo que se puede dejar. Mirad que toda aquella Corte del cielo os está esperando. Los ángeles esperan vuestra venida, y el Señor de los ángeles procura delante la cara del Padre por vosotros, y toda aquella compañía bienaventurada, segura ya de su gloria, está solícita por la vuestra. El Espíritu y la esposa dicen, ven, y el que oye diga, ven, y el que tiene sed, venga también, y beba agua de vida graciosamente (2). Mirad cuántos son los que os dan voces y convidan á esta fiesta. El Espíritu Sancto con sus inspiraciones secretas siempre os llama. La esposa de Cristo, que es la Iglesia, con los misterios que cada día celebra y con sus voces también os llama. Los que están ya llamados y convidados á esta mesa, arden con el celo de vuestra gloria, y con oraciones y lágrimas os llaman. El cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay, cada cosa en su manera también os llama, y os convida á esta fiesta, y os predica este descanso, y os promete esta corona, y os sirve por esta jornada. Entended pues, hermanos, cuán grande sea esta gloria, que tiene á todas las cosas puestas en cuidado por vuestra causa.

(1) Matth. 24, Marci 13. (2) Apocal. 22.

SERMÓN EN LA FIESTA

DE

LA CONCEPCIÓN

DE LA SACRATÍSIMA VIRGEN

NUESTRA SEÑORA

Hoy celebra la sancta madre Iglesia la fiesta de la limpia concepción de Nuestra Señora. Es mucha razón por cierto que celebremos el día en que fué concebida aquélla que fué principio de nuestra vida, puerta de nuestro remedio, llave de nuestra redempción y medianera de nuestra salud, y que digamos: Bendito sea el año, el mes, el día y el punto en que amaneció esta luz al mundo y fué concebida la que había de concebir al Redemptor del mundo y ser templo y morada de Dios. Pues á este templo dice el Profeta: Á tu casa, Señor, conviene sanctidad y longura de días (1). Dos casas tuvo Dios en este mundo señaladas entre todas las otras. La una fué la Humanidad de Jesucristo, en la cual mora la divinidad dc Dios corporalmente, como dice el Apóstol (2), y la otra las entrañas virginales de nuestra Señora, en las cuales moró por espacio de nueve meses. Estas dos casas fueron figuradas en aquellos dos templos que hubo en el Viejo Testamento, uno dellos que hizo Salomón (3), y el otro que se edificó en tiempo de Zorobabel después del cautiverio de Babilonia (4). Estos dos templos concuerdan en una cosa y difieren en dos. Concuerdan en ser ambos templos de un mismo Dios, y difieren lo primero en la riqueza y primor de las labores, porque mucho más rico fué el primero que el segundo, y lo segundo en la fiesta de la dedicación dellos (5). Porque en la dedi·

---

(1) Psalm. 92. (2) Colos. 2. (3) 3 Reg. 7. (4) 1 Esdr. 6. (5) 3 Reg. 8; 1 Esdr. 3.

cación del primero todos cantaban y loaban á Dios, mas en la del segundo unos cantaban y otros lloraban: cantaban los que vían ya acabada aquella obra que tanto deseaban, y lloraban los que se acordaban de la riqueza y hermosura del templo pasado, viendo cuán baja obra era ésta en comparación de aquélla. Pues esto mismo nos acontesce agora en el día de la dedicación destos dos templos místicos de que hablamos. Y por el día de la dedicación entendemos el día de la concepción: porque este día fueron estos dos templos dedicados y consagrados. Pues en el día de la concepción del Hijo todos cantan, todos alaban á Dios, todos dicen que fué concebido del Espíritu Sancto, y por eso su concepción fué sancta y limpia de todo pecado, y donde no hay pecado, no hay materia de lágrimas sino de alegría y de alabanza. Mas en la concepción de la madre unos cantan, otros lloran: unos cantan y dicen: toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha. Otros lloran y dicen: todos pecaron en Adam (1), y tienen necesidad de la gracia de Dios. Mas todos concuerdan en que la sacratísima Virgen antes que nasciese fué llena de todas las gracias y dones del Espíritu Santo: porque así convenía que fuese la que *ab æterno* era escogida para ser madre del Salvador del mundo. Para cuyo entendimiento nos hemos de acordar que así como antes que Dios criase al primer hombre, le edificó la casa y aparejó el lugar donde lo había de colocar, y porque el lugar ha de ser conforme á la condición y dignidad del que ha de morar en él, así como Dios había de crear á aquel hombre en grandísima dignidad, así le aparejó un hermosísimo y convenientísimo lugar, que la Escritura llama paraíso de deleites (2). Este lugar era de grandes frescuras y arbolados, de muy lindos aires, de muy claro cielo, de muchos ríos y fuentes de aguas, de innumerables diferencias de flores y frutas, entre las cuales había la fruta del árbol de la vida, y con esto había una fuente en medio del paraíso que regaba todas aquellas verduras y arbolados. Finalmente, era tal el lugar, que se llamaba paraíso de deleites. Porque todo esto pedía la dignidad del hombre, para quien aquel lugar se aparejaba. Pues así como para este primer hombre y primer Adam aparejó Dios este lugar tan conveniente, así era razón que lo aparejase para el segundo, que fué Cristo nuestro Salvador, y con

(1) Rom. 3. (2) Genes. 2.

mucho mayor razón. Mas éste no había de ser terreno ni material, sino celestial, pues el morador era todo celestial. Este paraíso fué el alma de la sacratísima Virgen nuestra Señora, plantado por mano del Espíritu Sancto, donde estaban espiritualmente todas aquellas flores y frescuras que en el primero: por que allí estaba la rosa de la paciencia, el lirio de la castidad, la violeta de la humildad, la verdura de la esperanza, con otras muchas diferencias de virtudes que este celestial hortelano en este pomar había plantado, de quien Él dice en los Cantares: Pomar cerrado eres, hermana mía, pomar cerrado y fuente sellada (1). Allí estaba también el árbol de la vida en medio deste paraíso, que era la palabra de Dios, de que esta sacratísima Virgen perpetuamente se mantenía. Allí estaba también una fuente en medio deste paraíso, que regaba todos estos arbolados, que era la gracia del Espíritu Sancto infundida en la esencia de su alma, que regaba todas las plantas de las virtudes, para que así diese fruto de vida eterna.

Cuán grande fuese esta gracia y estas virtudes, no hay lengua humana que lo pueda declarar. La razón es porque Dios hace todas las cosas conformes á los fines para que las escoge, y así las provee perfectísimamente de lo que para ellas es necesario. Escogió Dios á Oliab para maestro de su arca (2), escogió á San Juan Bautista para testigo de su venida (3), escogió á San Pablo y á todos los otros Apóstoles para maestros de su Iglesia. Pues conforme á esto los proveyó perfectísimamente de todas aquellas habilidades y facultades que para eso se requerían. Y porque á esta sacratísima Virgen escogió para la mayor dignidad que se puede conceder á pura criatura, de aquí viene que la adornó y engrandesció con mayor gracia, con mayores dones y virtudes que jamás se concedieron á ninguna pura criatura. Y así, una de las cosas en que Dios tiene más declarado la grandeza de su bondad y sabiduría de su omnipotencia, es en la sanctidad y perfección desta Virgen. Por lo cual, si tuviésemos ojos para saber mirar y penetrar la alteza de sus virtudes, en ninguna cosa de cuantas hay creadas se nos representaría tan claro el artificio y sabiduría de Dios como en ésta. De manera que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la tierra con todas sus flores, ni el mar

(1) Cant. 3. (2) Exod. 36. (3) Lucæ 1.

con todos sus peces, ni aun el cielo con todos sus ángeles, nos declararían tanto las perfecciones y hermosura del Creador como la alteza y perfección desta Virgen. Porque si el Profeta dice que es Dios admirable en sus sanctos (1), ¿cuánto más lo será en aquélla que es madre del Sancto de los sanctos, en la cual sola están juntas todas las prerogativas de todos los sanctos?

Y hay en esto dos cosas de grande admiración. La una es compadescerse toda esta perfección en una criatura de carne y de sangre como nosotros. No es maravilla que un oficial haga más delicadas obras de oro y plata que de una masa de barro, porque la masa sufre toda esa ventaja y primor. No se espantan los hombres de ver un águila volar por cima de las nubes: mas espántanse de ver trepar un hombre con dos arrobas de hierro por cima de una cuerda. Quiero decir: no es maravilla que un ángel vuele más alto y sea más adornado de todo género de virtudes y perfecciones (pues es substancia espiritual) que un alma que está cercada y vestida de carne: mas que un alma encerrada en un cuerpo subjecto á tantas miserias y cercado de tantos sentidos pase de vuelo sobre todos los ángeles en perfección, y sea más pura que las estrellas del cielo, esto es cosa de grande admiración. No es maravilla que ande limpia una dama que no tiene otro oficio más que andar alredor del estrado de la reina: mas aquélla que toda su vida anduviese sirviendo en una cocina entre los tizones y ollas, y que con todo eso á cabo de cincuenta ó sesenta años de servicio saliese de allí más limpia que aquélla que está en el palacio real, esto sería cosa de mayor admiración. Pues según esto, ¿no es cosa admirable ver el alma desta Virgen encerrada en un cuerpo cercado de tantos sentidos, y que en tantos años de vida ninguno se le desmandase en un cabello: que nunca sus ojos se desmandasen en ver, nunca sus oídos en oir, nunca su paladar en gustar: que siendo tantas veces necesario comer, y beber, y dormir, y hablar, y negociar, y salir de casa, y conversar con las criaturas, que llevase las cosas con tanto compás, que jamás se desmandase en una palabra, ni en un pensamiento, ni en un movimiento, ni en un afecto, ni en un bocado demasiado? ¿Á quién no ponen en admiración este tan grande compás, esta tan

(1) Psalm. 67.

perfecta igualdad y orden, y este concierto tan perpetuo como es el de los mismos cielos y de sus movimientos?

Lo segundo de que nos debemos espantar, es de ver con cuán pocos ejercicios llegó esta Virgen á tan alta perfección. El apóstol S. Pablo discurría por el mundo, predicaba á los gentiles, disputaba con los judíos, escribía epístolas, hacía milagros y otras cosas semejantes. Mas la sacratísima Virgen no entendía en estas obras, porque la condición y estado de mujer no lo consentía. Sus principales ejercicios (después del servicio y crianza de su Hijo) eran espirituales, eran obras de vida contemplativa, aunque no faltaban, cuando eran necesarias, las de la vida activa. Pues ¿no es cosa de admiración que con tan poco estruendo de obras exteriores, con lo que pasaba en silencio dentro de aquel sagrado pecho, dentro de aquel corazón virginal, mereciese tanto á Dios y ganase tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo, que pasase de vuelo sobre todos los ángeles y sobre todos los querubines? Pues ¿qué sería esto? ¿Qué pasaría en aquel corazón virginal de noche y de día? ¿Qué maitines, y qué laudes, y qué magníficas allí se cantarían? ¡Quién tuviera ojos para poder penetrar los movimientos, los arrebatamientos, los sentimientos, los ardores, los resplandores y los excesos de amor y todo lo que pasaba en aquel sagrado templo! Teníalos el Espíritu Sancto cuando enamorado de tan grande perfección y hermosura decía: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres. Tus ojos son de paloma, allende de lo que dentro está escondido (1): porque esto solamente podían ver los ojos de Dios, mas no los ojos de los hombres. ¿No sería cosa maravillosa si viésemos á un tañedor que en una vihuela de una ó dos cuerdas, ó en manicordio de una ó dos teclas, tañese tantas obras y hiciese tanta harmonía como otro con un instrumento perfecto? Pues ¿no es maravilla que con solo aquel corazón tañese y hiciese esta Virgen tantas obras, obrase tantas maravillas y diese tantas y tan suaves músicas á Dios? Injustamente os quejáis los que decís que sois pobres y enfermos, diciendo que no tenéis de qué hacer bienes ni con qué padescer trabajos por amor de Dios. Basta que tengáis corazón para poder amar á Dios y vacar á Dios: porque si dése os sabéis aprovechar, con él alcanzaréis grandes virtudes y con él haréis innumerables servicios á

(1) Cant. 2.

Dios. ¿En qué entendían aquellos Padres antiguos, aquellos monjes que vivían en los desiertos, sino en contemplación noche y día? Aquel ocio es el mayor de los negocios, aquel no hacer nada es sobre todo lo que se puede hacer. Porque allí el alma religiosa dentro de su retraimiento alaba á Dios, allí ora, allí adora, allí ama, allí teme, allí cree, allí espera, allí reverencia, allí llora, allí se humilla delante de la majestad de Dios, allí canta y pregona sus loores, allí hace todas las cosas tanto más puramente cuanto más ocultamente y sin testigos humanos.

Pues volviendo agora á nuestro propósito, tal convenía que uese y de tal manera convenía que nasciese aquélla que *ab æterno* era escogida para ser madre de Dios: porque costumbre es de Dios (como está ya dicho) proporcionar los medios con los fines: que es hacer tales los medios cuales competen para la excelencia del fin para que los instituyó. Pues como Dios escogiese á esta benditísima Virgen para la mayor dignidad de cuantas hay debajo de Dios, que es para ser madre del mismo Dios, así convenía que le diese el espíritu, la santidad y la gracia tal cual convenía para la excelencia desta dignidad. De donde así como aquel templo material de Salomón fué una de las más famosas obras que hubo en el mundo, porque era casa que se edificaba, no para hombre sino para Dios, así convenía que este espiritual templo donde Dios había de morar, fuese una perfectísima obra, pues para tal huésped se aparejaba. Porque ¿cuál convenía que fuese el alma que el Hijo de Dios había tomado por especial morada, sino llena de toda sanctidad y pureza? Y ¿cual convenía que fuese la carne de donde había de tomar carne el Hijo de Dios, sino libre de todo pecado y corrupción? Porque así como el cuerpo de aquel primer Adam fué hecho de tierra virgen antes que la maldición de Dios cayese sobre ella, como cayó después del pecado (1), así convenía que fuese formado el cuerpo del segundo de otra carne virginal, libre y exempta de toda corrupción y maldición de pecado. Por esto convenientísimamente es figurada esta Virgen por aquella arca del Testamento hecha de madera de Setín (2), que es madera incorruptible, para significar la incorrupción y pureza desta sacratísima Virgen, que es el arca mística donde estuvo el

(1) Genes. 2. (2) Exod. 25.

maná del cielo y pan de ángeles, y donde estuvo aquella vara de la raíz de Jesé, sobre cuya flor se asentó el Espíritu Sancto (1). Es también figurada por el hermosísimo trono de Salomón, de que dice la Escritura que era hecho de marfil, y que estaba dorado de un oro muy resplandesciente, y que tal obra como aquélla no fuera nunca hecha en todos los reinos del mundo (2). Las cuales cosas todas perfectísimamente convienen á esta sacratísima Virgen como á trono espiritual de aquel verdadero Salomón, pacificador del cielo y de la tierra. Es también figurada por aquel huerto cerrado y fuente sellada de los Cantares (3), y por aquella puerta oriental que vió el profeta Ezequiel (4): porque ninguno comió de la fruta de aquel verjel, ni bebió del agua de aquella fuente, ni entró por aquella puerta sino sólo el Hijo de Dios, porque sólo Él era su amor, su pensamiento, su deseo, sus cuidados, su memoria continua. Porque como dice S. Agustín, toda la vida y obras de María siempre estuvieron atentas en Dios, que residía en medio de su corazón, según aquello del Profeta que dice: Dios en medio della nunca será movido, y ayudarla ha el Señor por la mañana muy de mañana (5): ó como traslada S. Hierónimo, en el nascimiento de la mañana, que es en el principio de la vida, donde fué llena de gracia y de dones celestiales: porque tales convenía que fuesen los cimientos de una obra que Dios quería tanto levantar. Porque si el sancto Job se gloría que del vientre de su madre salió con él la misericordia (6), ¿qué diremos désta que había de ser madre de misericordia? Y si Jeremías y San Juan Bautista fueron llenos de gracia en el vientre de sus madres (7), el uno porque lo escogía Dios para profeta, y el otro para más que profeta, ¿qué diremos desta Virgen escogida para madre del Señor de los profetas, pues conforme á la dignidad da Dios la gracia y la sanctidad?

Ésta es pues la fiesta que hoy celebramos para muchos efectos. El primero, para dar gracias al Señor por el nascimiento desta Virgen que fué principio de nuestra redempción. El segundo, para maravillarnos de la sabiduría y omnipotencia de Dios, que puede poner un tan grande tesoro en vaso tan flaco, y criar tan grande perfección en tan bajo subjecto como es el corazón

---

(1) Esai. 12. (2) 3 Reg. 10. (3) Cant. 3. (4) Ezech. 43. (5) Psalm. 41. (6) Job 31. (7) Jerem. 1, Luc. 1.

de la mujer. El tercero, para encender nuestros corazones en amor y devoción de una Virgen tan acabada, tan graciosa y tan hermosa: para que conociéndola, la amemos: y amándola, la imitemos: y imitándola, la invoquemos: y invocándola, merezcamos alcanzar su favor en este mundo por gracia y después por gloria. Amén.

SERMÓN EN LA FIESTA
DEL NASCIMIENTO
DE NUESTRO REDEMPTOR

Sobre el Evangelio de S. Lucas, que dice así (1):

En aquel tiempo acontesció que en aquellos días se publicó un edicto del emperador César Augusto, en que mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino, presidente de Siria. Y iban todos, cada uno á su tierra, para escribirse y protestar de la obediencia al imperio Romano. Pues conforme á esta ley subió Josef de la provincia de Galilea y de la ciudad de Nazaret á la provincia de Judea y á la ciudad de David, que se llama Betlem, porque era de la casa y familia de David, para protestar allí con María su esposa que iba preñada. Y acontesció que estando allí, se cumplieron los días de su parto, y parió á su hijo primogénito, y envolviólo en pañales y acostólo en un pesebre, porque no había otro lugar en aquella venta.

Y había en aquella región unos pastores que entonces estaban velando y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y el ángel del Señor vino á ellos, y la claridad del Señor resplandesció alrededor dellos, y temieron con grande temor. Y díjoles el ángel: No queráis temer: mirad que os anuncio unas nuevas de grande alegría que será para todo el pueblo: que nasció hoy un Salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David. Y esto os doy por señal, que hallaréis al niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababan á Dios y decían: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

---

(1) Lucae. 2.

Y como los ángeles se apartaron dellos y se fueron al cielo, los pastores hablaban entre sí diciendo: Vayamos hasta Betlem y veamos este misterio que el Señor obró y nos reveló. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María y á Josef, y al niño puesto en el pesebre. Y viéndolo conocieron lo que les fuera revelado acerca deste niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron, y de las cosas que les fueron dichas por los pastores.

Y María guardaba todos estos misterios confiriéndolos en su corazón. Y volviéronse los pastores alabando y glorificando á Dios por todo lo que oyeron y vieron, según les fuera revelado.

Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio: síguense algunas piadosas consideraciones sobre él.

§ I

Agora vengamos al misterio glorioso del nascimiento de nuestro Salvador. Porque sin duda entre todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, uno de los más dulces y más devotos y más llenos de maravillas y doctrinas es éste de su glorioso nascimiento. En este día (dice la Iglesia) los cielos están destilando gotas de miel por todo el mundo, y en este día nos amanesció el día de la redempción nueva, de la reparación antigua y de la felicidad eterna.

Salid pues agora, hijas de Sión, dice la Esposa en los Cantares, y veréis al rey Salomón con la corona que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón. Oh almas devotas y amadoras de Cristo, salid agora con el espíritu de todos los cuidados y negocios del mundo, y recogidos en uno todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos á contemplar al verdadero Salomón, pacificador de los cielos y de la tierra, no con la corona que lo coronó su Padre cuando lo engendró eternalmente y le comunicó la gloria de su deidad, sino con la que lo coronó su madre cuando lo parió temporalmente y lo vistió de nuestra humanidad. Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la madre: no entre los coros de los ángeles, sino entre unos viles animales: no asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias: no tronando ni relampagueando en el cielo,

sino llorando y temblando de frío en un portal. Venid á celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal casado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Éste es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando por de fuera como niño pequeñito, se alegraba de dentro por nuestro remedio como verdadero Redemptor.

Pues comenzando agora este misterio desde sus principios, considera primeramente los trabajos que la sacratísima Virgen padescería en este camino que hizo de Nazaret á Betlem. Porque el camino era largo, los caminantes pobres y mal proveídos, la Virgen muy delicada y próxima al parto, el tiempo contrario al caminar, por los grandes vientos y fríos que hacía, junto con el mal aparejo de las posadas, por ser tantos los huéspedes que por tantas partes acudirían. Camina pues tú en espíritu con ella, y con una pureza y sencillez como de niño, con humilde y devoto corazón sigue estos pasos piadosos, para que siendo compañero del camino y del trabajo, después lo seas de la alegría y gloria del misterio.

Considera también la extremada pobreza y humildad que el Rey de los cielos escogió en este mundo para su nascimiento: pobre casa, pobre cama, pobre madre, pobre padre, y tan pobre ajuar y aparejo, que la mayor parte de lo que allí sirvió, no sólo fué pobrísimo y vilísimo, sino también (como dice S. Bernardo) emprestado, y emprestado de bestias. No había allí, dice Cipriano, ambición alguna de casa soberbia, donde el aposento estaba en el portal, la madre en el heno, el hijo en el pesebre. Ningunas recámaras ni palacios escondía aquella estrecha morada, ni había muchos retretes en aquel pequeño aposento. Tal fué la posada que escogió el criador del mundo, y tales los regalos y deleites que tuvo aquel sagrado parto.

Estando pues la sacratísima Virgen en esta tan pobre casa, cumpliéronse (dice el Evangelista) los días del parto, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salvación del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte, del infierno y del pecado: por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de

todos los sanctos. Era la media noche, mucho más clara que el medio día, cuando todas las cosas estaban en silencio y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta: y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales á este nuevo mundo el unigénito Hijo de Dios como esposo que sale del tálamo. Mas ¿de qué manera salió? Como lo representa la Iglesia diciendo: Así como la estrella produce de sí el rayo sin por eso perder de su hermosura y entereza, así esta sacratísima Virgen nos parió este nuevo rayo de luz eterna sin por eso perder nada de su pureza virginal.

Pues en esta hora tan dichosa aquella omnipotente Palabra de Dios descendió de los asientos reales del cielo á este muladar de nuestras miserias, vestido de nuestra carne y acompañado de todas aquellas flaquezas y bajezas con que nascen los otros hombres. De manera que ya puede Él también por sí decir aquellas palabras del Sabio: Soy yo también hombre mortal como los otros, del linaje terreno de aquél que primero que yo fué formado, y en el vientre de mi madre tomé substancia de carne, y después de nascido recibí este común aire, y caí en la misma tierra, y la primera voz que lancé fué llorando como todos los otros, porque ninguno de los reyes tuvo otro origen en su nascimiento, sino todos tienen una misma manera de entrar en la vida y una misma en el salir (1). Considero yo en estas palabras que si por grande humildad y maravilla confesaba éste, que hablaba en persona de rey, todas estas bajezas que tenía comunes con los otros hombres, ¿cuánto mayor maravilla será que pueda ya confesar de sí todas estas mismas bajezas el Señor de todo lo criado? ¿Cuánto mayor maravilla será que se pueda ya decir del segundo Adam lo que por ironía y escarnio se dijo del primero? Ved aquí á Adam hecho como uno de nosotros, que sabe del bien y del mal (2). Ved aquí al Criador del mundo, la gloria del cielo, el Señor de los ángeles, la bienaventuranza de los hombres. Ved aquí aquella sabiduría engendrada antes del lucero de la mañana, aquella que por boca de Salomón tan magníficamente se gloría diciendo: No estaban aun criados los abismos, y yo ya era concebida, aun no eran nascidas las aguas de las fuentes, aun no estaban asentados los montes en sus lugares, antes de todos los

(1) Sap. 7. (2) Genes. 3.

oteros ya yo era engendrada. Ved aquí pues esta eterna Sabiduría, que es el mismo Hijo de Dios, hecho como uno de nosotros, que sabe del bien y del mal (1). Ved aquí con principio al sin principio, ved aquí hecho el hacedor, ved aquí desnudo al que todo lo viste, ved aquí que sabe de bien y de mal Aquél que *ab æterno* se deleitaba en el seno del Padre sin nunca haber sabido cosa de mal. Ya pues sabe de todo como uno de nosotros: sabe de penas, sabe de lágrimas, sabe de trabajos, de gemidos, de dolores, de azotes, de clavos, de cruz. De todo sabe, y no poco sino mucho, pues como dice Esaías (2), Él es varón de dolores y que sabe de enfermedades. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor maravilla que ésta? ¡Oh Señor Dios nuestro, dice Cipriano, cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra! Verdaderamente tú eres Dios que haces maravillas. Ya no me espanto de la figura del mundo, no de la firmeza de la tierra estando cercada de un cielo tan movedizo: no de la sucesión de los días, no de las mudanzas de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan, otras reverdescen, otras mueren y otras resucitan: de nada desto me espanto, sino espántome de ver á Dios en el vientre de una doncella: espántome de ver al todopoderoso en la cuna: espántome de ver cómo á la Palabra de Dios se puede apegar carne, cómo siendo Dios substancia espiritual, recibió vestidura corporal. Espántome de tantas expensas, de tan largo proceso y de tan grandes espacios como se gastaron en esta obra. En más breve tiempo se pudiera concluir este negocio, y con una sola palabra de Cristo se pudieran excusar y redimir tan grandes trabajos, pues con ella se crió el mundo, y con ella se pudiera redimir. Mas bien paresce cuánto más noble criatura es el hombre racional que este mundo corporal, pues tanto más se hizo para su remedio. En los otros misterios todavía hallo razones que me satisfagan: mas en éste solo el espanto roba todos mis sentidos y con el Profeta me hace exclamar diciendo: Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado (3). Maravíllome del ayuno, maravíllome de las tentaciones, maravíllome de ver al Todopoderoso en el sepulcro, maravíllome de verlo muerto y resuscitado. Éstas son las nuevas maravillas que profetizó Hieremías cuando dijo: Una novedad hizo Dios sobre la tierra, que una hembra cercará á un varón (4).

(1) Genes. 3. (2) Esai. 53. (3) Habac. 3. (4) Hier. 31.

Pues, oh Rey de gloria, oh espejo de inocencia, ¿qué tienes que ver con estos nuevos cuidados, con las lágrimas, con los ayunos, con el frío, y con la pobreza, y con el tributo y castigo de los culpados? ¡Oh caridad, oh humildad, oh piedad, oh misericordia incomprehensible de nuestro Dios! ¿Qué haré, Dios mío? ¿Qué gracias te daré? ¿Con qué amor te amaré? ¿Con qué te pagaré tantas misericordias? ¿Con qué humildad responderé á esta humildad, con qué amor á este amor, con qué bondad á esta bondad, con qué agradescimiento á este beneficio? Véome por todas partes cercado de tantas obligaciones, véome como inundado y sumido debajo de las ondas de tan grandes mercedes, y no veo de qué manera pueda salir de tan grande obligación. Antes parescíame que merescía mil infiernos el que te ofendía: mas agora, después de tan grandes y tan nuevos títulos, ya no hay pena que baste para castigo del que no te sirviere. Bendito seas para siempre, Dios mío, que con tales cadenas me prendiste, y tales pesos lanzaste á mi corazón para llevarlo á ti, y con tales beneficios y misterios me ayudaste, para inflamarme más en tu amor, para confirmarme en tu esperanza, para sustentarme más en la inocencia y para aficionarme al trabajo, á la pobreza, á la humildad, á la paciencia, á la cruz y al desprecio del mundo.

§ II

Pues no es menos de maravillar lo que después desto se sigue, Porque luego dice el Evangelista que la sancta Virgen tomó el niño entonces nascido, y envolviólo en unos pobres pañales, y lo echó en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel portal. ¡Oh misterio de grande veneración! ¡Oh cosa no para decirse sino para sentirse, no para explicarse con palabras sino con silencio y admiración! ¿Qué cosa de mayor maravilla que ver á Aquél que está sentado sobre los querubines, Aquél que vuela sobre las plumas de los vientos, Aquél que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, Aquél que tiene el cielo por silla y la tierra por escabel de sus pies, Aquél á quien alaban los ángeles, adoran las dominaciones y tiemblan las potestades, que quisiese venir á tan grande extremo de pobreza, que cuando nasciese (ya que quiso nascer en este mundo) lo pusiese su madre en un pesebre

por no tener otro lugar en aquel portal? ¿Qué esclava, qué persona tan baja llegó nunca á tal extremo de pobreza. que por falta de otro mejor abrigo viniese á acostar á su hijo en un pesebre? ¿Quién juntó en uno dos extremos tan diferentes como son Dios y pesebre? ¿Qué cosa más baja que pesebre, que es lugar de bestias? Y ¿qué cosa más alta que Dios, que está asentado sobre los querubines? ¿Á quién no saca de juicio cosa tan extraña? Un hombre honrado hubo en estos tiempos, á quien otro más honrado mandó apalear: y el injuriado, considerando por una parte la cualidad de su persona y por otra la de la injuria recibida, pensó tanto en esto, y repetía tantas veces en su corazón esta palabra: ¿yo apaleado? ¿yo apaleado? que finalmente vino á salir de sí y perder el seso. Pues ¿cómo el hombre (ya que no salga de su seso) no sale de sí y queda atónito, considerando estos dos extremos tan distantes, Dios en un pesebre, Dios en un establo, Dios entre las bestias? El Señor, dice el Profeta, está en su sancto templo, el Señor tiene en el cielo su silla (1). Pues ¿cómo se trocó el templo por el establo, cómo se mudó el cielo en pesebre? Creo cierto que cuando los sanctos algunas veces salían de sí en la contemplación y quedaban alienados y trasportados en Dios, era considerando estas tan grandes maravillas y este tan grande exceso de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que saliera de sí cuando llegó á este tan grande extremo. Al menos los filósofos deste mundo así lo sentían cuando decían que la predicación del Evangelio era locura, paresciéndoles que no era posible que aquella altísima, simplicísima y nobilísima substancia quisiese abajarse y someterse á tan grandes injurias. Pues hasta aquí llegó la bondad, la misericordia y el amor de Dios para con los hombres, á hacer tales cosas por ellos, que los mismos por quien Él las hacía, las tuviesen por locura. Elegantísimamente dijo un sabio que amar y tener seso apenas se concede á Dios. Porque así vemos aquí á Dios (ya que no podía perder el seso) como fuera de sí y traspasado en el hombre, tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor. Plantó Noé una viña después del diluvio, y bebió tanto vino della, que vino á salir de sí y quedar desnudo y hecho escarnio de sus

(1) Psalm. 10.

mismos hijos (1). Pues así tú, Dios mío, plantaste los hombres en este mundo como vides en una viña, y fué tan grande el amor que les tuviste, que por ellos veniste como á salir de ti, vistiéndote de naturaleza extraña y haciendo tan grandes extremos, que los mismos hombres por quien los heciste, viniesen á tenerlos por locura.

Perseverando aún en la consideración deste sagrado pesebre, hallarás en él cosas no sólo para el conocimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios (como dicho es) sino también para toda virtud. Aquí aprenderás humildad de corazón, aquí desprecio del mundo, aquí aspereza del cuerpo, y finalmente aquí aquella pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio. Sabía muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz y inocencia mora en la casa del pobre de espíritu, y cuántas guerras y desasosiegos y cuidados trae consigo el amor de las riquezas, y por eso luego desde la cuna y del pesebre, como de una cátedra celestial, la primera lición que leyó y la primera voz que dió, fué condenando la codicia, raíz de todos los males, y engrandesciendo la pobreza y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto (dice un doctor) nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel portal. ¡Oh dichosa casa! ¡Oh portal más glorioso que todos los palacios de los reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la Palabra de Dios enmudescida tanto más claramente habla cuanto más calladamente nos avisa! Mira pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo, no te apartes deste portal, donde la Palabra de Dios callando llora: mas este lloro es más dulce que toda la elocuencia de Tulio y que la de los ángeles del cielo. Aquí el resplandor de la gloria del Padre es envuelto en pañales, para que con ellos se limpie la inmundicia de nuestros pecados. Aquí la hartura de los ángeles es sustentada con leche, para que con ella se críe la inocencia de los humildes hasta llegar á su madura perfección. Aquí se nos vuelve en cebada el pan de los ángeles, para que con ella se sustenten los piadosos jumentos y se esfuercen á llevar la carga de los mandamientos divinos.

(1) Genes. 9.

§ III

Mas ya que miramos al Hijo, pongamos agora un poco los ojos en la Madre, que no es menor parte deste tan glorioso misterio. Considera pues aquí la alegría, la devoción, las lágrimas y la diligencia desta sacratísima Virgen en este misterio: mira cuán perfectamente ejercitó aquí ambos los oficios, el de Marta y el de María, con el niño Jesús. Mira con cuánta diligencia entiende en todo lo que pertenece á este sancto ministerio, pues ella es la madre, la comadre, la criada, la señora, el ama y el todo de aquella fiesta. Ella toma al niño en sus virginales brazos, vístelo, desvístelo, apriétalo, abrázalo, adóralo, bésalo y dale el pecho. Todo el negocio está lleno de contentamiento, porque ningún dolor ni injuria hubo en aquel sagrado parto. Ni había allí (dice Cipriano) necesidad de baños ni lavatorios que se acostumbran aparejar á las mujeres cuando paren: porque ninguna injuria había recibido la madre del Señor, la cual parió sin dolor, así como concibiera sin deleite. El fruto ya maduro y á su tiempo cayó del árbol que que lo traía, y no era necesario arrancar por fuerza lo que de su propria voluntad se venía. Ningún tributo se pagó en este parto, ni el deleite precedente (pues no lo hubo) pedía alguna usura de dolor. Y por esto no convenía que la que era inocente, fuese afligida: ni consentía la divina justicia que aquel vaso de elección fuese agraviado con las comunes injurias de las otras mujeres, pues en sola la naturaleza comunicaba con ellas, no en la culpa. Y era singular privilegio, el cual á ninguna mujer hasta allí se concedió ni concederá jamás, que era ser madre y virgen con ambos los títulos esclarescida. Por donde como á madre se le debía plenitud de gracia, y como á virgen más abundante gloria, y así en cuerpo y alma gozaba de la corporal y espiritual presencia de Cristo. Los atavíos de casa que allí faltaban, puesto que los hubiera, no hubiera ojos que los miraran, porque la presencia del niño así tenía ocupados los ojos de Josef y de quienquiera que allí estuviese, así alumbraba sus ánimos y robaba sus corazones, que solo en él les parescía estar la suma de todos los bienes, y no tenía necesidad de mendigar por partes el que en sí solo representaba aquella omnipotente inocencia. Mas no es de creer que falta-

re allí el servicio y ministerio de los ángeles, ni tampoco la particular presencia del Espíritu Sancto que en ella sobrevino. Allí estaba, allí poseía su casa, allí adornaba el templo que para sí tenía dedicado, y guardaba su sagrario, y honraba aquel tálamo de sanctidad, y alegraba con maravillosas consolaciones á aquella bendita alma, y ahuyentaba della las injurias de todos los vanos pensamientos y deseos de manera que la ley de la carne no contradecía á la del espíritu, ni alguna manera de repugnancia turbaba el reposo y tranquilidad de su corazón. El niño mamando en los brazos de la madre gozaba de aquella leche proveída del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundía en la boca del niño purísimo manjar. Y sobre todo esto, el corazón de la madre estaba lleno de unos deleites que sobrepujaban todo humano entendimiento, y había por ambas las partes una maravillosa alegría, cuando por un cabo la devoción y humildad de la madre y por otro la benignidad y suavidad del Sancto de los sanctos se encontraban y juntaban en uno.

Hasta aquí son palabras de Cipriano.

§ IV

Después de todo esto considera el cantar y alegría de los ángeles, de los cuales dice el Evangelista que acabando uno dellos de dar las nuevas á los pastores, se juntó con él una grande multitud del ejército celestial, y que todos á una voz por aquellos aires cantaban loores á Dios diciendo: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. ¿Quién jamás vió juntarse en uno por un cabo tanta humildad y por otro tanta gloria? ¿Cómo concuerda estar entre bestias y ser alabado de ángeles, morar en un establo y resplandescer en el cielo, que esté tan alto y tan bajo, tan pequeño y tan grande, pequeño en la carne, pequeño en el pesebre, pequeño en el heno: mas grande en el cielo, á quien las estrellas servían: grande en los aires, donde los ángeles cantaban: grande en la tierra, donde Herodes y Hierusalem temblaban? Pues ¿qué quiere decir en un mismo misterio, por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Qué altibajos son éstos que juntó en uno la sabiduría de Dios?

Oye agora, hermano, la causa deste misterio. Dos cosas has de considerar siempre en la persona de Cristo, conviene á saber, quién Él era y á qué venía. Si miras á quien Él era, á Él pertenecía toda la gloria y toda la honra, porque era Hijo de Dios; mas si miras á lo que venía, á Él pertenecía toda la humildad y toda la pobreza, porque venía á curar nuestra soberbia. Por esto, si miras con atención, hallarás en todos los pasos de su vida juntas siempre por una parte grande humildad y por otra grande gloria. Grande humildad es encarnar en el vientre de una doncella: pero grande gloria es ser allí concebido del Espíritu Sancto. Grande humildad es nascer de una mujer: pero grande gloria es ser la que lo pare virgen. Grande humildad es nascer en un establo: pero grande gloria es ser publicado por las estrellas del cielo. Grande humildad es ser circuncidado al octavo día como pecador: pero grande gloria ponerle por nombre Jesús, que quiere decir Salvador de pecadores. Finalmente, grandísima humildad fué padescer y morir en una cruz: pero grandísima gloria fué temblar la tierra, y escurescerse el cielo, y alterarse todos los elementos cuando Él en esta cruz padescía.

Todo esto convenía que así fuese, porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro para la dignidad de la persona que la curaba: lo uno, para quién Él era, y lo otro, para el negocio á que venía. Por lo uno dijo S. Juan: Vimos la gloria deste Señor y la grandeza de sus maravillas (1), la cual era conforme á quién Él era, que era Hijo único del Padre. Y por lo otro dijo Esaías: Vímoslo, y no tenía figura de quien Él era, y deseamos verlo el más despreciado de los hombres, varón de dolores y que sabe de enfermedades (2).

Y puesto caso que lo uno parezca que pertenecía para su gloria, y lo otro para nuestro provecho, con todo, si bien miras, así lo uno como lo otro era para nuestro bien, porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y en lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto, si te escandaliza la humildad para no creer que es Dios ése que ves tan humillado, mira la gloria que acompaña á esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la majestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa paresce el nascer Dios de mujer, mas no lo es si miras la gloria con que nasció. Indigna

(1) Joan. 1. (2) Esai. 53.

cosa paresce morir, mas no morir de la manera que Él murió. El morir descubre la grandeza de su bondad, y el morir de aquella manera la gloria de su poder. Con lo uno (según dijimos) edifica nuestras costumbres y nos enciende en su amor, y con lo otro alumbra nuestros entendimientos y nos confirma en la fe. Y por esto no es menos hermoso este Señor á los ojos de quien lo sabe mirar así en su bajeza como en su gloria. Hermosísimo es en el cielo, y hermosísimo en el portal de las bestias: hermosísimo en el trono de su gloria, y hermosísimo en el pesebre de Betlem: hermosísimo entre los coros de ángeles, y hermosísimo entre las pajas y el heno.

FIN

COMIENZA LA TABLA

PRIMERA PARTE

Págs.

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

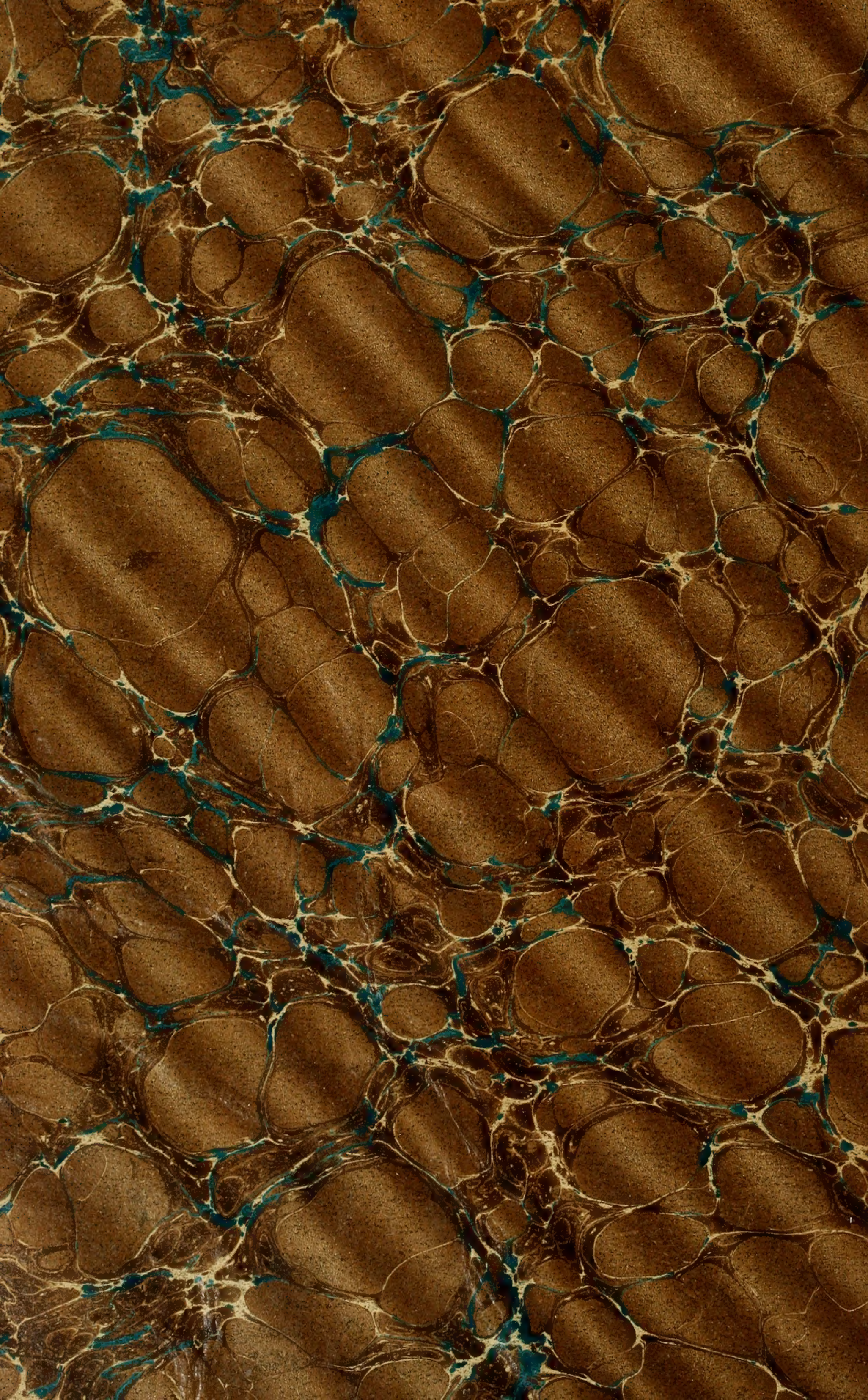
TABLA DE LOS SERMONES

y doctrinas de las fiestas principales del año contenidas en este volumen por el orden de los meses.

FIN DE LA TABLA

FUÉ IMPRESO EN LISBOA
EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA
AÑO 1559

ACABÓSE DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
EL DÍA 28 DE OCTUBRE
AÑO 1905




BX
2349
L84
1906
v.13
c.1
ROBA

